CUERVOS SANGRIENTOS

SIMON SCARROW

LIBRO XII DE
QUINTO LICINIO CATO

LELIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

Macro y Cato, héroes de Roma, se enfrentan a un despiadado enemigo en la Bretaña. Durante casi una década, el Imperio romano ha luchado para reivindicar su posesión de Britania. Pero la implacable oposición de las tribus indígenas, dirigidas por el fanático rey Carataco, finalmente ha conseguido someter a las legiones romanas.

Roma decide enviar a dos de los más valerosos y leales soldados del ejército en auxilio de la campaña: al prefecto Cato y al centurión Macro. Desde un remoto puesto fronterizo de las montañas, se enfrentarán a los infatigables ataques de las fuerzas bárbaras, pero también a un reto aún más mortífero y complicado si cabe: doblegar el control que mantiene en el fuerte romano el centurión Quercus, un hombre que inspira lealtad en sus hombres por encima de sus vínculos con Roma y, gracias a ello, libra una violenta guerra personal. Quercus no se detendrá ante nada para quitarse de en medio a los dos intrusos. Así, con peligrosos enemigos en ambos lados, Cato y Macro luchan por sus vidas y por traer la paz a la más peligrosa frontera del Imperio.

Autor de referencia en la narrativa histórica actual, en esta nueva entrega de la serie Simon Scarrow nos traslada a Bretaña, una de las zonas más conflictivas del Imperio, y nos regala una novela llena de acción, aventura e historia.

LELIBROS

Simon Scarrow

Cuervos sangrientos

Serie Águila - 12

Ad meus plurimus diutinus quod optimus amicus

Murray Jones

CADENA DE MANDO DEL EJÉRCITO BRITÁNICO

Emperador Claudio

↓

Gobernador Ostorio Escápula

↓

Legado Quintato – comandante del grupo de batalla de la XIV Legión

↓

XIV Legión

↓

Prefecto del campamento

↓

Tribunos militares (6)

↓

Centuriones (60) incluido el centurión Macro (Dentro de cada centuria tenemos…)

↓

Portaestandarte

↓

Optio

↓

Ochenta legionarios

Segunda Cohorte Tracia de caballería comandada por el prefecto Cato

↓

Centurión superior Querto

↓

Dieciséis escuadrones de aproximadamente 30 hombres cada uno a las órdenes de un decurión

Contingente montado a las órdenes de un centurión

↓

Cuatro escuadrones de 30 hombres, cada uno a las órdenes de un decurión

Nota especial: La arriba descrita es la organización normal de una unidad como la Segunda Tracia. Sin embargo, en la novela la organización de la cohorte se desvía de la norma por motivos que se harán patentes…

UNA BREVE INTRODUCCIÓN AL EJERCITO ROMANO

La Decimocuarta Legión, como todas las legiones, constaba de unos cinco mil quinientos hombres. La unidad básica era la centuria de ochenta hombres, dirigida por un centurión. La centuria se dividía en secciones de ocho hombres que compartían un habitáculo en los barracones, o una tienda si estaban en campaña. Seis centurias componían una cohorte, y diez cohortes, una legión; la primera cohorte era doble. A cada legión le acompañaba un contingente de caballería de ciento veinte hombres, repartido en cuatro escuadrones, que hacían las funciones de exploradores o mensajeros. En orden descendente, los rangos principales de la legión eran los siguientes:

El legado era un hombre de ascendencia aristocrática. Solía tener unos treinta y cinco años, y dirigía la legión durante un máximo de cinco años. Su propósito era hacerse un buen nombre a fin de mejorar su posterior carrera política.

El prefecto del campamento era un veterano de edad avanzada que previamente había sido centurión jefe de la legión, y se encontraba en la cúspide de la carrera militar. Era una persona experta e íntegra, y a él pasaba el mando de la legión si el legado estaba ausente o *hors de combat*.

Seis tribunos ejercían de oficiales de Estado Mayor. Eran hombres de unos veinte años que servían por primera vez

en el ejército para adquirir experiencia en el ámbito administrativo, antes de asumir el cargo de oficial subalterno en la administración civil. El tribuno superior era otra cosa. Estaba destinado a altos cargos políticos y al posible mando de una legión.

Sesenta centuriones se encargaban de la disciplina e instrucción de la legión. Eran celosamente escogidos por su capacidad de mando y por su buena disposición a luchar hasta la muerte. En consecuencia, el índice de bajas entre estos superaba con mucho el de otros puestos. El centurión de mayor categoría dirigía la primera centuria de la primera cohorte, y solía ser un soldado respetado y laureado.

Los cuatro decuriones de la legión comandaban los escuadrones de caballería, aunque existe cierta controversia sobre si había un centurión al mando global del contingente montado de la legión.

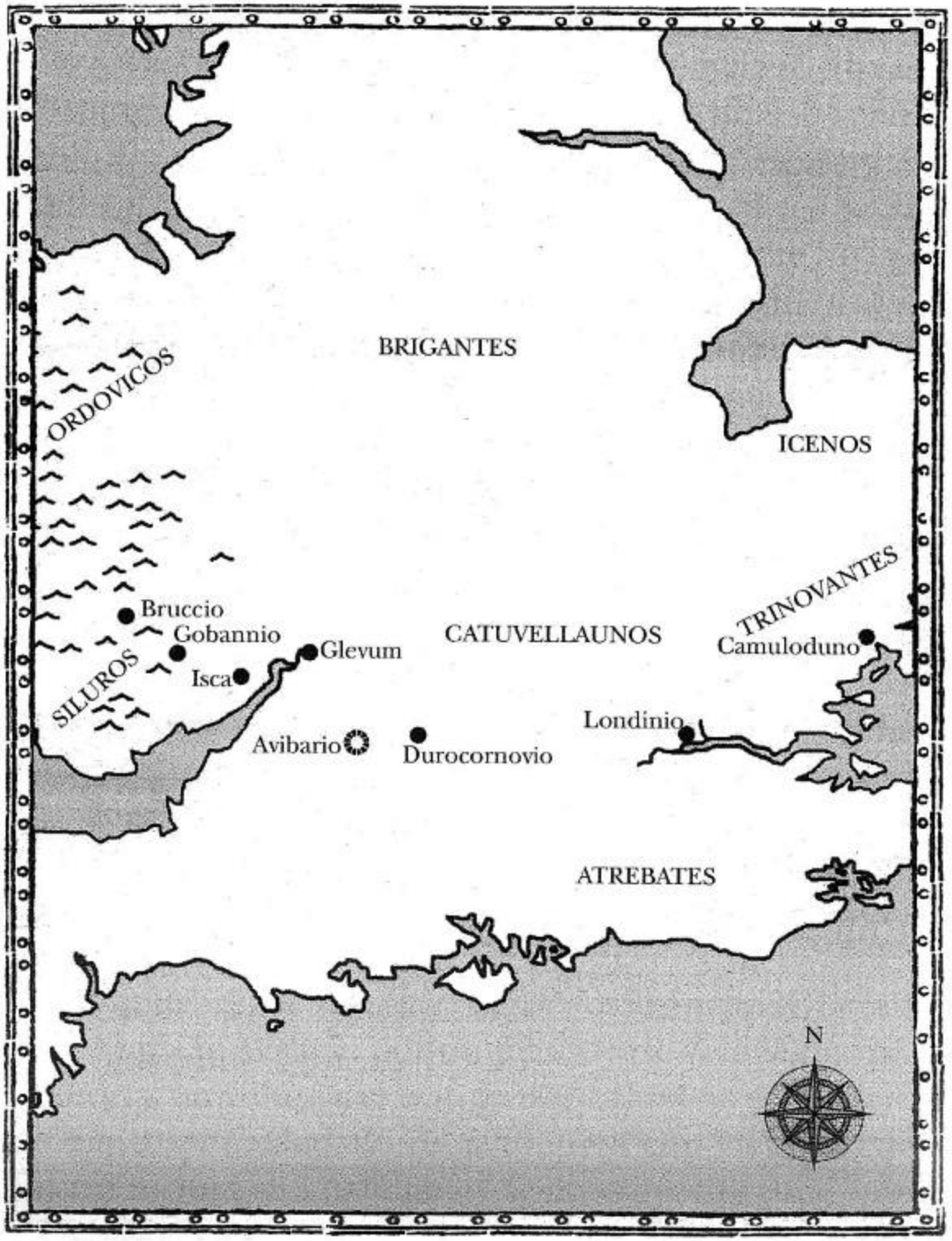
A cada centurión le ayudaba un *optio*, que desempeñaba la función de ordenanza con servicios de mando menores. Los *optios* aspiraban a ocupar una vacante en el cargo de centurión.

Por debajo de los *optios* estaban los legionarios, hombres que se habían alistado por un período de veinticinco años. En teoría, un voluntario que quisiera alistarse en el ejército tenía que ser ciudadano romano, pero con los años empezaron a reclutarse a habitantes de otras provincias, a los que se les otorgaba la ciudadanía romana al unirse a las legiones. Los legionarios estaban bien pagados y podían esperar generosas bonificaciones del emperador de vez en cuando (¡cuando tenía la sensación de que necesitaba reforzar su lealtad!).

Los integrantes de las cohortes auxiliares eran de una categoría inferior a la de los legionarios. Procedían de otras provincias romanas, y aportaban al imperio la caballería, la infantería ligera y otras armas especializadas. Solo se les

concedía la ciudadanía romana una vez cumplidos los veinticinco años de servicio. Las unidades de caballería, como la Segunda Cohorte Tracia, podían tener hasta mil hombres en sus filas, y se reservaban para comandantes capaces y con experiencia. También había cohortes mixtas con una proporción de un tercio de efectivos montados y dos tercios de infantería, y solían utilizarse para patrullar el territorio circundante.

BRITANIA, AÑO 51 d.C.



Capítulo I

Febrero, año 51 d. C.

La columna de jinetes ascendió con gran esfuerzo por el sendero hasta la cima de la colina y, una vez allí, su líder refrenó el caballo y levantó una mano para que sus hombres se detuvieran. La reciente lluvia había convertido la superficie del camino en una extensión de barro pegajoso llena de hoyos y rodadas, y las monturas de la caballería resoplaban y relinchaban mientras vencían la succión del lodazal en sus patas. El aire era frío, y solo se oía el chapaleo de los cascos de los caballos, que aminoraron la marcha hasta detenerse, lanzando resoplidos de aliento que se convertían en vapor. Su líder llevaba una gruesa capa roja encima de un peto reluciente, sobre el cual se cruzaban las bandas que señalaban su rango. Era el legado Quintato, comandante de la Decimocuarta Legión, al que habían confiado la labor de preservar la frontera occidental de la provincia de Britania, recién adquirida por el imperio.

Y no era tarea fácil, pensaba él con amargura. Habían pasado casi ocho años desde que el ejército desembarcó en aquella isla situada en los confines del mundo conocido. En aquel entonces, Quintato era un tribuno de poco más de veinte años, con un gran sentido de la disciplina y lleno de deseos de conseguir la gloria para sí mismo, para Roma y

para el nuevo emperador, Claudio. El ejército se había abierto camino tierra adentro a la fuerza, y había vencido a la poderosa hueste reunida por las tribus nativas, a las órdenes de Carataco. Roma había ido desgastando a los nativos batalla tras batalla, hasta que al fin las legiones habían aplastado a los guerreros cuando estos presentaron su última batalla frente a su capital, en Camuloduno.

Aquel día dicha batalla había parecido decisiva. El emperador en persona había estado allí para ser testigo de la victoria... Y para llevarse todo el mérito. En cuanto los cabecillas de la mayoría de tribus nativas cerraron sus pactos con el emperador, Claudio regresó a Roma para reclamar su triunfo y anunciar a la plebe que la conquista de Britania se había completado. Pero en realidad no era así. El legado frunció el ceño. ¡No era así ni de lejos! Aquella última batalla no había hecho mella en la voluntad de resistir de Carataco. Simplemente le había enseñado que era una temeridad enfrentarse a campo abierto contra las legiones de Roma. Sus guerreros sin duda eran valientes y estaban dispuestos a luchar hasta la muerte, pero no habían sido entrenados para enfrentarse al ejército romano en una batalla campal. Aquel día Carataco había aprendido la lección, y su estrategia de combate se volvería más artera y hábil, recurriendo a la guerra de guerrillas para atraer a las columnas romanas y llevarlas hacia una emboscada, y enviando partidas que se movían con rapidez a asaltar las líneas de suministros y puestos avanzados de las legiones. Habían sido necesarios siete años de campaña para empujar a Carataco hacia la fortaleza que las tribus de los siluros y los ordovicos tenían en las montañas. Eran tribus guerreras, incitadas por la furia fanática de los druidas y decididas a resistir el poder de Roma hasta su último aliento. Habían aceptado a Carataco como su comandante, y este nuevo

centro de resistencia había atraído a guerreros de toda la isla que albergaban un firme odio hacia Roma.

El invierno había sido duro, y los vientos fríos y la lluvia helada habían obligado al ejército romano a limitar sus actividades durante los largos y oscuros meses brumales. Pero, hacia el final de la estación, las nubes bajas y las nieblas se alzaron de las tierras montañosas del otro lado de la frontera, y las legiones pudieron renovar su campaña contra los nativos durante lo que quedaba de invierno. El gobernador de la provincia, Ostorio Escápula, había ordenado a la Decimocuarta que penetrara en los valles boscosos y estableciera una cadena de fuertes. Servirían como bases de abastecimiento para la ofensiva principal, que tendría lugar en primavera. Sin embargo, el enemigo había reaccionado con una velocidad y ferocidad que habían sorprendido al legado Quintato, atacando a la más fuerte de las columnas que este había enviado a su territorio. Dos cohortes de legionarios, más de ochocientos hombres… En cuanto empezó el ataque, el tribuno al mando de la columna envió un jinete al legado solicitando apoyo urgentemente. Al amanecer, Quintato había salido de su base en Glevum al frente del resto de la legión y, cuando se aproximaban al lugar donde estaba el fuerte, decidió adelantarse con una escolta para hacer un reconocimiento, apesadumbrado por el miedo a lo que pudieran encontrar.

Al otro lado de aquella ladera, estaba el valle que se adentraba en el territorio de los siluros. El legado aguzó el oído e intentó ignorar los sonidos de los caballos a su espalda. Pero no oía nada. No se oía el golpeteo rítmico y sordo de las hachas de los legionarios, que deberían estar talando árboles para la construcción del fuerte. Ni tampoco los picos de los zapadores, que deberían estar despejando un amplio cordón de terreno para la zanja que rodearía la

empalizada. Ni voces que resonaran en las laderas del valle a ambos lados o sonidos de lucha…

—Hemos llegado demasiado tarde —masculló para sus adentros—. Demasiado tarde…

Frunció el ceño, irritado por no haber podido guardarse la preocupación para sí mismo, y echó un vistazo rápido a su alrededor para ver si alguno de sus hombres había oído sus palabras. Los miembros más próximos de su escolta permanecían sentados en sus sillas con actitud impasible. No, se corrigió. Impasible no. Había inquietud en sus expresiones, sus ojos parecían afilarse mientras recorrían el paisaje circundante en busca de cualquier señal del enemigo. El legado inspiró profundamente para calmarse y extendió el brazo hacia adelante, al tiempo que aflojaba la presión de los talones contra los flancos de su montura. El caballo avanzó moviendo nerviosamente unas orejas como dagas, como si intuyera el desasosiego de su amo. El camino se niveló, y al cabo de un momento los jinetes que iban en cabeza tuvieron una clara perspectiva de la boca del valle.

El emplazamiento de la obra se encontraba a unos ochocientos metros por delante de ellos. Había un amplio espacio abierto despejado de pinos, cuyos tocones parecían dientes rotos desperdigados por la tierra removida. El contorno del fuerte ya era visible, pero allí donde debería haber habido una zanja profunda, un terraplén y una empalizada, solo había caóticos montones de madera y carros quemados, y los restos de unas hileras de tiendas cuya piel de cabra había sido arrancada y pisoteada en el barro. También había cuerpos, de hombres y de algunos caballos y mulas. Habían desnudado a los cadáveres y, desde aquella distancia, la palidez de la carne hizo que el legado pensara en gusanos. Se estremeció al pensarlo, y se quitó la idea de la cabeza a toda prisa. Oyó que sus hombres tomaban aire al ver aquello, y que soltaban unas cuantas

maldiciones entre dientes mientras contemplaban la escena. Su caballo aminoró el paso hasta detenerse, y Quintato, enojado, clavó los talones en el animal e hizo chasquear las riendas para obligarlo a ponerse al trote.

No había señales de peligro. El enemigo había terminado su trabajo hacía muchas horas y se había marchado con la victoria y el botín. Lo único que quedaba allí eran las ruinas del fuerte, los carros y los muertos. Eso y los cuervos que se alimentaban de la carroña. Cuando los jinetes se acercaron por el camino, los pájaros alzaron el vuelo e inundaron el aire con sus estridentes gritos de alarma al verse obligados a abandonar su macabro festín. Volaron en círculo por encima de ellos como tiras de tela negra atrapadas en el viento de una tormenta, y su desagradable sonido llenó los oídos del legado.

Quintato aminoró el paso de su montura al llegar a las ruinas de lo que habría sido el portón principal. Las torres de madera del fuerte eran las primeras estructuras que se habían construido. Ahora eran simples armazones chamuscados desde los que unas finas volutas de humo se alzaban contra el fondo de colinas cubiertas de rocas y árboles, para mezclarse con las nubes grises que parecían abalanzarse desde el cielo. El foso se extendía a ambos lados hasta las esquinas del fuerte, donde estaban los restos de las torres de los extremos. Con un chasquido de la lengua, el legado condujo a su caballo por las torres de entrada en ruinas. Al otro lado estaba el terraplén y el cordón de terreno abierto dentro de las defensas. Más allá, lo que quedaba de las hileras de tiendas, y el primero de los cadáveres amontonados juntos y enredados. Despojados de la armadura, las túnicas y las botas, yacían retorcidos, magullados y bañados en la sangre que manaba de las oscuras bocas de las heridas que los habían matado. Su carne había sido mancillada, y estaba llena de desgarrones y

cortes más pequeños allí donde los cuervos habían empleado el pico… Algunos de los cadáveres tenían las cuencas ensangrentadas porque los pájaros les habían arrancado los ojos, a otros les habían cortado la cabeza y los muñones estaban cubiertos de sangre coagulada, seca y ennegrecida.

Mientras Quintato contemplaba a los legionarios caídos, uno de sus oficiales de Estado Mayor fue acercando su caballo hasta él y lo saludó con un leve gesto y expresión grave.

—Al menos parece que algunos de nuestros hombres opusieron resistencia.

El legado no contestó al comentario. Era fácil hacerse una idea de los últimos momentos de aquellos hombres, luchando espalda con espalda mientras resistían hasta el final. Después, tras haber rematado al último de los heridos, el enemigo los había despojado de las armas y el equipo. Lo que Carataco y sus guerreros pudieran utilizar lo conservarían; el resto lo arrojarían al río más próximo o lo enterrarían, para evitar que los romanos lo devolvieran a los almacenes de la Decimocuarta Legión. Quintano alzó la mirada y la paseó por el fuerte. Había más cuerpos tendidos entre las tiendas destrozadas. Algunos desperdigados aquí y allá, otros en pequeños montones que evidenciaban el caos que se había desatado en cuanto los guerreros enemigos habían irrumpido en las defensas a medio construir.

—¿Quiere que ordene a los hombres que desmonten y empiecen a enterrar a los muertos, señor?

Quintato se volvió a mirar al tribuno, y la pregunta tardó un momento en penetrar en sus sombríos pensamientos. Le dijo que no con la cabeza.

—Déjalos hasta que llegue el resto de la legión.

El oficial más joven puso cara de sorpresa.

—¿Está seguro, señor? Me temo que dañará la moral de los hombres. Y ya está bastante mermada.

—Sé perfectamente cuál es el estado de ánimo de mis hombres, gracias —repuso el legado con brusquedad. Pero se aplacó de inmediato.

El tribuno había llegado desde Roma recientemente, con la armadura reluciente y ansioso por poner en práctica los conocimientos militares que había adquirido de segunda y tercera mano. Quintato recordó que él no había sido muy distinto a ese hombre cuando se había unido a su primera legión. Se aclaró la garganta, y se obligó a hablar en tono calmado.

—Deja que los hombres vean los cuerpos… —Muchos de los soldados acababan de unirse a la Decimocuarta, reemplazos que habían llegado en los primeros barcos que zarparon desde la Galia una vez pasadas las tormentas de invierno—. Quiero que comprendan lo que les espera si alguna vez permiten que el enemigo les derrote.

El tribuno vaciló un momento, y al cabo asintió.

—A sus órdenes.

Quintato espoleó suavemente a su caballo y continuó avanzando al paso hacia el centro del fuerte. La destrucción y la muerte se extendían a ambos lados del ancho camino embarrado que atravesaba las ruinas, y con el que una segunda vía se cruzaba en ángulo recto. Entonces se topó con los restos de lo que había sido la tienda de mando de la cohorte. Junto a ella había otro montón de cadáveres desnudos, y el legado sintió que un escalofrío le recorría la espalda al reconocer el rostro de Salvio, el centurión superior de una de las cohortes. El veterano de cabello gris yacía boca arriba, mirando ciegamente al cielo encapotado, con la mandíbula colgando y exponiendo sus dientes irregulares y amarillentos. Quintato reflexionó que ese hombre había sido un magnífico oficial. Duro, eficiente y

audaz, y muy laureado, sin duda Salvio había mantenido los más altos principios de su rango hasta el final. Tenía varias heridas en el pecho y en el vientre, y el legado tuvo la certeza de que cuando le dieran la vuelta no tendría ninguna en la espalda. Quizá no le habían arrancado la cabeza en señal de respeto, pensó el legado.

Aún no había visto al tribuno, Marcelo, el hombre que comandaba al equipo de construcción. Quintato se levantó en la silla de montar, pasó la pierna por encima de la grupa de su montura y se dejó caer al suelo con un fuerte chapoteo. Se acercó a los cadáveres, y buscó algún indicio del joven aristócrata cuyo primer mando independiente había resultado ser el último. No tenía sentido mirar entre los cuerpos decapitados, y Quintato los evitó mientras buscaba. No pudo encontrar a Marcelo, ni siquiera después de dar la vuelta a algunos de los cuerpos tendidos boca abajo. Dos de los muertos tenían profundos cortes en la cara y la carne mutilada: el cráneo destrozado y los colgajos de cuero cabelludo hacían imposible una identificación inmediata. La búsqueda de Marcelo tendría que esperar.

De pronto, el legado se dio cuenta de un detalle importante y se quedó inmóvil. Se irguió y deslizó la mirada por los restos del campamento para hacer un cálculo aproximado del número de cadáveres que había desperdigados por el barro. No había ni rastro de ningún enemigo caído. Pero era de esperar… Los nativos siempre se llevaban a sus muertos para enterrarlos en secreto, allí donde los romanos no los encontraran, de modo que les fuera imposible saber cuántas bajas habían sufrido.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó el tribuno, preocupado por la repentina reacción de su superior.

—Aquí hay muy pocos de nuestros hombres. Por lo que puedo ver, diría que falta como una cuarta parte de ellos.

El tribuno miró a su alrededor y asintió.

—Es cierto… ¿Y dónde están?

—Debemos suponer que se los han llevado con vida —respondió Quintano con frialdad—. Prisioneros… Que los dioses tengan misericordia de ellos. No deberían haberse rendido.

—¿Qué les ocurrirá…, señor?

Quintano se encogió de hombros.

—Si tienen suerte, los utilizarán como esclavos y los harán trabajar hasta la muerte. Antes los llevarán de tribu en tribu, y los exhibirán ante la gente de las montañas como prueba de que Roma puede ser derrotada. Y mientras tanto, no dejarán de maltratarlos y humillarlos.

El tribuno se quedó callado unos instantes, y luego tragó saliva con nerviosismo.

—¿Y si no tienen suerte?

—Entonces se los entregarán a los druidas, y estos los sacrificarán para sus dioses. Los despellejarán o los quemarán vivos. Por eso es mejor no caer en sus manos con vida. —Quintato captó un movimiento por el rabillo del ojo, y se volvió para mirar hacia el camino que salía del portón. La centuria que iba a la cabeza del grueso principal había llegado a la cima de la colina y empezaba a descender por la ladera, esforzándose por mantener el paso en un camino cada vez más endiabladamente embarrado. Por un momento se abrió un breve claro en las nubes, y un fino haz de luz cayó sobre la cabeza de la columna. Un brillo reluciente mostró la posición del estandarte del águila de la legión, y de los demás estandartes que llevaban la imagen del emperador y la insignia y condecoraciones de las formaciones menores. Quintato se preguntó si se suponía que aquello era un buen augurio. De ser así, los dioses tenían un extraño sentido de la oportunidad.

—¿Y ahora qué, señor? —preguntó el tribuno.

—¿Mmm?

—¿Cuáles son sus órdenes?

—Terminaremos lo que empezaron ellos. En cuanto llegue el contingente al completo, quiero que se reparen el foso, la zanja y el terraplén… Luego se podrá continuar el trabajo con la empalizada y el fuerte. —Quintato tensó la espalda y miró las oscuras laderas del valle cubiertas de bosque—. Hoy esos salvajes han tenido su pequeña victoria. No podemos hacer nada al respecto. Estarán celebrándolo en las montañas. Los muy idiotas… Esto solo servirá para endurecer la determinación de Roma. Aplastaremos hasta el último vestigio de resistencia a nuestra voluntad. No importa cuánto tiempo lleve, puedes estar seguro de que Ostorio, y el emperador, no nos permitirán ningún descanso hasta que terminemos el trabajo. —Un atisbo de amarga sonrisa se dibujó en sus labios—. Será mejor que no nos acostumbremos a las comodidades del fuerte de Glevum, hijo.

El joven oficial asintió con seriedad.

—Bien, voy a necesitar que se monte una tienda como cuartel general. Que algunos hombres despejen el terreno y se pongan a ello. Envía a buscar a mi secretario. El gobernador debe recibir un informe sobre esto lo antes posible. —Quintato se acarició la mandíbula mientras volvía de nuevo la mirada hacia los cuerpos del centurión Salvio y sus compañeros. Estaba abrumado, embargado de dolor por la pérdida de sus hombres y por el peso de saber que la próxima campaña iba a ser tan dura y sangrienta como la que cualquier romano había conocido desde que pusieron el pie en esta maldita isla.

Este es otro tipo de guerra. Los soldados de Roma tendrán que ser absolutamente despiadados si quieren quebrar el ánimo del enemigo. Soldados que tendrán que ser dirigidos por oficiales que persigan al enemigo con una determinación implacable y una voluntad de hierro.

Quintato reflexionó que, por suerte, existían hombres así. Había uno en concreto del que la sola mención de su nombre bastaba para helar la sangre a sus enemigos. Con un centenar de oficiales como él, las dificultades de Roma en Britania terminarían enseguida. Se necesitaban hombres así en la guerra. Pero ¿qué sería de ellos en época de paz? Quintato se dijo que ese no era su problema.

Capítulo II

El río Támesis, dos meses después

—¡Por todos los dioses, cómo ha cambiado este sitio! —El centurión Macro señaló con un gesto la extensión de edificios de la orilla norte del río. El carguero había cambiado de bordada para rodear un amplio meandro del Támesis, y ahora la proa viró directamente contra la continua brisa y la vela empezó a agitarse en el gris del cielo encapotado.

El capitán hizo bocina con las manos y bramó por la ancha cubierta:

—¡Dotación a la arboladura! ¡Arriad la vela! Unos cuantos hombres treparon a toda prisa por las estrechas jarcias, y el capitán se volvió hacia el resto de la tripulación:

—¡Armad los remos y preparaos! Los marineros, una mezcla de galos y bátavos, vacilaron un breve momento antes de emprender sus obligaciones con gesto huraño. Macro no pudo evitar una sonrisa al observarlos y ver su muda protesta: una cuestión de forma más que de sustancia. Ocurría lo mismo con los soldados que había conocido durante la mayor parte de su vida. Su mirada volvió a dirigirse al paisaje bajo y ondulante que se extendía

a ambos lados del río. La mayor parte de esos campos habían sido despejados de árboles, y unas pequeñas granjas salpicaban la campiña. También había unos cuantos edificios más grandes con tejados de tejas, prueba de que Roma estaba imprimiendo su sello en la nueva provincia. Macro interrumpió sus cavilaciones para mirar a su compañero, que estaba a una corta distancia de él con los codos apoyados en la barandilla lateral del barco, viendo pasar la rizada superficie del río con la mirada ausente. Macro carraspeó sin mucha sutileza.

—He dicho que el lugar ha cambiado.

Cato se movió, levantó la mirada y sonrió rápidamente.

—Lo siento, estaba a kilómetros de distancia.

Su compañero asintió.

—Tus pensamientos están en Roma, sin duda. No te preocupes, muchacho. Julia es una buena mujer y una magnífica esposa. Mantendrá el calor hasta que regreses.

Pese al hecho de que su amigo lo superaba en rango, entre ellos se había forjado una cómoda confianza a lo largo de los ocho años que habían servido juntos. Al principio Macro había sido el oficial superior, pero ahora Cato lo había sobrepasado: había ascendido al rango de prefecto, y estaba listo para asumir su primer mando permanente de una cohorte de tropas auxiliares: la Segunda Cohorte de caballería tracia. Al anterior comandante de la Segunda lo habían matado durante la última campaña, y el Estado Mayor imperial de Roma había elegido a Cato para que ocupara la vacante.

—¿*Y* eso cuándo será, me pregunto? —repuso el más joven con un tono de amargura en la voz—. Por lo que he oído, la triunfante celebración de la conquista de Britania por parte del emperador fue un tanto prematura. Lo más probable es que sigamos luchando contra Carataco y sus seguidores hasta que seamos ancianos.

—¡Pues a mí me parece perfecto! —Macro se encogió de hombros—. Mejor volver a hacer el trabajo honesto de un soldado en las legiones que todo ese cuento clandestino que hemos tenido que aguantar desde la última vez que estuvimos aquí.

—Creía que odiabas Britania. Siempre estás dando la tabarra sobre la maldita humedad, el frío y la falta de comida decente. Si no recuerdo mal, dijiste que te morías por marcharte.

—¿Eso dije? —Macro fingió inocencia y luego se frotó las manos—. De todos modos, aquí estamos. De vuelta a un lugar donde hay una campaña decente en marcha y excelentes oportunidades de más ascensos y condecoraciones y, lo mejor de todo, situaciones propicias para ampliar mi fondo de jubilación. Yo también he estado escuchando rumores, muchacho, y se dice que se puede conseguir una fortuna en plata en las montañas del oeste de la isla. Si tenemos suerte, en cuanto les demos una buena paliza a los nativos y entren en razón, estaremos muy bien situados.

Cato no pudo evitar sonreír.

—Según mi experiencia, darle una paliza a un hombre rara vez lo induce a ser razonable.

—No estoy de acuerdo. Si sabes dónde darle, y lo fuerte que hay que darle, hará lo que sea que necesites que haga.

—Si tú lo dices… —Cato no tenía ganas de entrar en un debate de ese tipo. La idea de estar separado de Julia oscurecía por completo su horizonte de expectativas. Se habían conocido hacía unos años, en la frontera oriental del imperio donde su suegro, el senador Sempronio, había estado sirviendo como embajador del emperador con el rey de Palmira. El hecho de entrar a formar parte de una familia senatorial suponía un considerable avance de posición social para un joven oficial de las legiones como Cato, pero

también era motivo de cierta preocupación para él, ante la más que probable posibilidad de que los miembros de las antiguas familias aristocráticas lo despreciaran. Fuera como fuese, el senador Sempronio había reconocido el potencial de Cato y se había alegrado de que se casara con su hija. El día de la boda había sido el más feliz de su vida, aunque había tenido poco tiempo para acostumbrarse a ser un buen esposo y yerno, pues poco después recibió sus órdenes de partir hacia Britania directamente del secretario imperial. Narciso se hallaba bajo una creciente presión por parte de la facción que había elegido al joven príncipe Nerón para que sucediera al emperador Claudio. El secretario imperial se había alineado con los que apoyaban a Británico, el hijo legítimo de Claudio, y estaban perdiendo cada vez más influencia sobre el senil monarca del mayor imperio del mundo. Narciso le había dicho a Cato que le estaba haciendo un favor mandándolo tan lejos de Roma como era posible. Cuando el emperador muriera, la lucha por el poder sería de lo más cruenta, y no se tendría clemencia con los del bando perdedor…, ni con nadie relacionado con ellos. Si Británico perdía la lucha, estaba condenado, y Narciso con él.

Dado que Cato y Macro habían servido bien al secretario imperial, aunque a regañadientes y siempre sometidos a todo tipo de chantajes, ellos también correrían peligro. Según Narciso, lo mejor era que, llegado el momento, estuvieran luchando en alguna frontera remota, lejos de la atención vengativa de los seguidores de Nerón. Si bien Cato había salvado la vida de Nerón recientemente, también se había cruzado en el camino de Palas, el liberto imperial que estaba a la cabeza de la facción del príncipe. Palas no estaba dispuesto a perdonar a aquellos que se interponían en el logro de sus ambiciones. La deuda que Nerón tenía con Cato no lo salvaría. Así pues, apenas un mes después de que

se hubiera celebrado la boda en casa del padre de Julia, Cato y Macro fueron convocados en palacio para recibir sus nuevos empleos: para Cato, el mando de una cohorte tracia, y para Macro el de una cohorte en la Decimocuarta Legión, dos unidades que estaban sirviendo con el ejército del gobernador Ostorio Escápula en Britania.

Cuando llegó el momento de que Cato partiera había habido lágrimas. Julia se había aferrado a él, Cato la había estrechado con fuerza y había notado los estremecimientos de la joven, que hundía el rostro en los pliegues de su capa, y el roce de las trenzas oscuras que caían sobre sus manos. A Cato se le rompió el corazón al ver el dolor de Julia por la separación, un dolor que él compartía. Pero la orden había sido dada, y el sentido del deber que había unido a los ciudadanos de Roma y había hecho posible que vencieran a sus enemigos no podía eludirse.

—¿Cuándo volverás? —La voz de Julia quedó amortiguada por los pliegues de lana. Alzó la mirada con los ojos enrojecidos, y Cato sintió que una oleada de angustia inundaba su corazón. Se obligó a esbozar una sonrisa.

—La campaña debería terminar pronto, amor mío. Carataco no puede seguir resistiendo mucho más tiempo. Será derrotado.

—¿Y entonces?

—Entonces esperaré noticias del nuevo emperador y, cuando sea seguro regresar, solicitaré un puesto civil en Roma.

Julia apretó los labios un momento.

—Pero eso podrían ser años…

—Sí…

Ambos guardaron silencio unos instantes, y luego Julia habló de nuevo:

—Podría reunirme contigo en Britania.

Cato ladeó la cabeza.

—Tal vez. Pero todavía no. La isla aún no es más que un lugar apartado sumido en la barbarie. Hay pocas de las comodidades a las que estás acostumbrada. Y hay peligros, especialmente los aires malsanos del lugar.

—No importa. Ya he experimentado unas condiciones pésimas, Cato. Sabes que sí. Después de todo lo que hemos pasado, nos merecemos estar juntos.

—Lo sé.

—Pues prométeme que enviarás a buscarme en cuanto sea seguro reunirme contigo. —Lo agarró con más fuerza de la capa y lo miró fijamente a los ojos—. Prométemelo.

Cato sintió que su determinación de protegerla de los peligros e incomodidades de la nueva provincia se esfumaba.

—Te lo prometo, Julia.

Ella lo soltó, retrocedió medio paso y asintió con expresión de doloroso alivio.

—No me hagas esperar demasiado, mi querido Cato.

—Ni un día más de lo que sea necesario. Lo juro.

—Bien… —Julia sonrió, se puso de puntillas para besarlo en los labios y luego retrocedió sin soltarle las manos; luego irguió la espalda, orgullosa—. Entonces, debes marcharte.

Cato la miró largamente una última vez, inclinó la cabeza, se alejó de la casa del senador y, con paso resuelto, enfiló la calle que iba en dirección a la puerta de la ciudad donde tomaría uno de los botes que bajaban por el Tíber, para reunirse con Macro en el puerto de Ostia. Al llegar al final de la calle, volvió la vista atrás y la vio allí, en la puerta. Finalmente, se obligó a dar media vuelta para continuar su camino.

El dolor de la separación no se había atenuado durante la larga travesía por mar hasta Masilia y el posterior trayecto por tierra hasta Gesoriaco, donde habían embarcado en el carguero para emprender la última etapa del viaje a

Britania. Resultaba extraño regresar a la isla después de tanto tiempo. Aquel mismo día, el carguero había pasado por el tramo de ribera donde, en el pasado, Cato y sus compañeros de la Segunda Legión se habían abierto camino hasta la orilla, luchando con una horda de guerreros nativos animados por los druidas que lanzaban maldiciones y hechizos a los invasores. Era un escalofriante recordatorio de lo que tenían por delante, y el nuevo prefecto se temía que pasarían varios años antes de que considerara seguro enviar a buscar a su esposa.

—¿Es eso de ahí delante? ¿Londinio?

Cato se volvió. Una anciana delgada de rasgos severos caminaba por la cubierta hacia ellos, desde donde estaba la escotilla por la que se bajaba a los abarrotados compartimentos de los pasajeros. Llevaba la cabeza cubierta con un chal, y unos cuantos mechones de cabello gris se agitaban con la brisa. Cato la saludó con una sonrisa, y Macro le dio la bienvenida sonriendo de oreja a oreja cuando ella se puso a su lado en la barandilla.

—Tienes mucho mejor aspecto, mamá.

—Por supuesto que sí —repuso ella con brusquedad—, ahora que este condenado barco ha dejado de dar bandazos de acá para allá. Pensé que esa tormenta iba a acabar hundiéndonos. Y, francamente, hubiera sido un descanso que lo hiciera. No me había encontrado tan mal en toda mi vida.

—Pero, mamá, no fue lo que se dice una tormenta —comentó Macro con desdén.

—¿Ah, no? —La mujer le dirigió un gesto con la cabeza a Cato—. ¿Y tú qué crees? Vomitabas tanto como yo.

Cato hizo una mueca. Las sacudidas y cabezadas del barco la pasada noche lo habían dejado en un estado de absoluto tormento, hecho un ovillo en el catre y vomitando en un cubo de madera. Ya no le gustaban las travesías por el

Mediterráneo ni en el mejor de los casos. El bravo mar frente a la costa de la Galia era una pura tortura.

Macro soltó aire con desprecio.

—Pero ¡si apenas fue un pequeño vendaval! De hecho, para mí fue una buena dosis de aire fresco. Me devolvió un poco de sal a los pulmones.

—Mientras que a nosotros nos hizo echar hasta el hígado —replicó su madre—. Preferiría morir antes que volver a pasar por eso. En fin, mejor no recordarlo. Como iba diciendo, ¿eso de ahí es Londinio?

Los dos soldados se volvieron para seguir la dirección que indicaba la mujer, y contemplaron los edificios distantes que bordeaban la ribera norte del Támesis. Se había construido un muelle con grandes pilas de troncos clavados en el lecho del río, que a su vez sostenían las vigas transversales para formar los huecos que luego se llenaron de piedras y tierra y, por último, se pavimentaron. Ya había algunos barcos de carga allí amarrados, así como muchos otros anclados a una corta distancia río arriba, esperando su turno para descargar la mercancía. En el muelle, unos grupos de prisioneros encadenados estaban atareados llevando el cargamento desde las bodegas del barco hasta los edificios largos y bajos de los almacenes. Por detrás de estos se extendían más edificaciones, muchas de ellas aún en construcción. La nueva ciudad iba tomando forma. A unos cien pasos de la orilla, divisaron el segundo piso de un gran complejo que se alzaba por encima de los demás edificios. Cato cayó en la cuenta de que debía de tratarse de la basílica, el lugar donde se ubicaban el mercado, los tribunales y las tiendas, además de las oficinas y centros administrativos de las ciudades que Roma fundaba.

—En efecto, eso es Londinio —respondió el capitán, que se reunió con sus pasajeros—. Está creciendo más rápido

que un absceso en el anca de una mula hispana. Y es igual de repugnante.

—¿Ah, sí? —La madre de Macro frunció el ceño.

—Pues sí, señorita Porcia. Este lugar es una pocilga. Calles estrechas llenas de barro, garitos con bebida barata y prostíbulos. Pasará un tiempo antes de que se normalice y se convierta en la clase de ciudad a la que está acostumbrada.

La mujer sonrió.

—Bien. Es lo que quería oír.

El capitán la miró con el ceño fruncido, y Macro soltó una risotada.

—Ha venido para montar un negocio.

El capitán escudriñó a la anciana.

—¿Qué clase de negocio?

—Tengo intención de abrir una posada —contestó ella—. Siempre hay necesidad de bebida y otras comodidades, y me atrevería a decir que Londinio ve cruzar por sus puertas a una gran cantidad de comerciantes, marineros y soldados que llegan agotados después de una larga y agobiante travesía. Todos ellos buenos clientes para el tipo de servicios que ofreceré.

—Bueno, clientela hay mucha, eso desde luego —asintió el capitán—. Pero es una vida dura. Y en una provincia como esta aún más. Los comerciantes que hacen sus fortunas aquí son hombres rudos. No creo que les haga mucha gracia que una mujer romana intente competir con ellos.

—Ya traté con «hombres rudos» en la posada que tenía en Rávena. Dudo que la gente de este lugar me cause más problemas que ellos. Especialmente cuando sepan que da la casualidad de que mi hijo es centurión superior de la Decimocuarta Legión. —Tomó del brazo a Macro y le dio un cariñoso apretón.

—Así es —confirmó—. El que se meta con mi madre se está metiendo conmigo. Y ninguno de los que lo ha

intentado en el pasado ha salido muy bien parado.

El capitán se fijó en el musculoso físico del fornido oficial romano, y las cicatrices que tenía en la cara y en los brazos acabaron por convencerlo.

—Aun así, ¿por qué ha querido venir aquí, señora? Estaría más cómoda si se estableciera en Gesoriaco. Allí hay mucho comercio…

Porcia frunció los labios.

—Es aquí donde está el dinero de verdad, al menos para aquellos que se pongan manos a la obra enseguida. Además, ahora este chico es todo lo que tengo en el mundo. Quiero estar tan cerca de él como sea posible. ¿Y quién sabe? Cuando lo licencien tal vez se una a mí en el negocio.

A Macro se le iluminaron los ojos.

—¡Vaya, qué buena idea! ¡Todo el vino y las mujeres que un hombre pueda desear bajo un mismo techo!

Porcia le dio un manotazo en el brazo.

—Pensándolo mejor… Vosotros los soldados sois todos iguales. La cuestión es que haré mi fortuna aquí, en Londinio, y aquí es donde voy a quedarme hasta el fin de mis días. Lo que hagas con tu vida depende de ti, Macro. Pero yo lo tengo claro: este es mi último hogar.

El carguero iba acercándose al embarcadero a un ritmo constante. Al aproximarse a la ciudad, los que iban a bordo percibieron el primer tufillo del lugar: un olor acre, a turba y a aguas residuales, que se mezclaba con el del humo de madera y se pegaba al paladar.

—Puede que haya algo que decir a favor de la brisa marina al fin y al cabo —masculló Cato arrugando la nariz.

No había espacio para amarrar en todo el muelle, y el capitán dio la orden de virar hacia el final de la hilera de embarcaciones ancladas río arriba. Se volvió hacia sus pasajeros con expresión de disculpa.

—Tardará un poco en llegarnos el turno. Pueden permanecer a bordo si quieren, aunque puedo ordenar que algunos de mis muchachos los lleven a tierra en el esquife.

Cato se retiró de la barandilla y adoptó la actitud militar que había aprendido de Macro, irguiéndose cuan alto era y mostrándose resuelto.

—Desembarcaremos. El centurión y yo necesitamos presentarnos ante la autoridad militar más próxima lo antes posible.

—Sí, señor. —El capitán se dio cuenta enseguida de que la informalidad de la travesía había terminado. Saludó militarmente y se cuadró—. Me ocuparé de ello enseguida.

El hombre fue fiel a su palabra y, cuando el ancla se hundió ruidosamente en el río y la tripulación desarmó los remos, ya se habían subido de la bodega los equipos de los oficiales y los arcones y bolsas que pertenecían a Porcia. El esquife, una embarcación pequeña de proa redondeada y manga ancha, se bajó por el costado. Dos hombres saltaron a él ágilmente y alzaron las manos para brindar ayuda a los pasajeros. Solo había espacio para los tres; sus pertenencias tendrían que transportarse hasta la orilla en el segundo viaje. Cato fue el último y, al pisar la ligera embarcación, agitó los brazos frenéticamente para recuperar el equilibrio y acabó sentándose de golpe en la bancada. Macro le lanzó una mirada de fastidio y chasqueó con desaprobación cuando los remeros ya tiraban de sus palas para llevar el esquife hacia el muelle. Ahora que estaban más cerca de Londinio vieron que la superficie del río estaba llena de los restos de las aguas residuales que salían de los desagües situados a lo largo del muelle: trozos de madera rota entre otros restos flotantes, con un sinfín de ratas correteando de pedazo en pedazo, buscando cualquier cosa comestible. Un tramo de escaleras de madera subía desde el río hasta un extremo del embarcadero, y los remeros se dirigieron allí.

Cuando estuvieron al lado, el hombre más cercano desarmó su remo y alargó el brazo para agarrar el calabrote viscoso que hacía de defensa. Continuó agarrado mientras su amigo deslizaba el lazo de un cabo por el poste de amarre.

—Ya estamos, señores, señora —dijo el hombre, que sonrió y los ayudó a bajar. Con Cato en cabeza, subieron por la escalera hasta lo alto del muelle y miraron hacia la vía atestada de gente entre los barcos y los almacenes. Una cacofonía de voces inundaba la fresca tarde de primavera, entre las que destacaban los rebuznos de las mulas y los gritos de los capataces que hostigaban a los prisioneros. Aunque la escena parecía caótica, Cato sabía que en cada uno de los detalles de aquella escena había una prueba de la transformación de la isla que había desafiado el poder de Roma durante casi cien años. Para bien o para mal, el cambio había llegado a Britania, y, en cuanto se hubieran sofocado los últimos focos de resistencia, la nueva provincia tomaría forma y se convertiría en parte del imperio.

Macro se acercó a él, echó un breve vistazo a su alrededor y dijo entre dientes:

—Bienvenidos otra vez a Britania…, el culo de la civilización.

Capítulo III

En cuanto el bote regresó con sus pertenencias, Macro se acercó a un grupo de hombres que se hallaban reunidos a la puerta del almacén más cercano.

—Me hacen falta mozos de cuerda —anunció dirigiéndose a ellos con su voz fuerte y clara, propia de una plaza de armas. Ellos avanzaron a toda prisa, y Macro eligió a varios de los hombres con aspecto más robusto, uno de los cuales llevaba una tira de cuero en torno a la cabeza para apartarse el grueso y áspero cabello rubio de la frente. Por debajo del cuero se veía una marca. Macro la reconoció de inmediato. La marca de Mitra, una religión del este que se estaba extendiendo cada vez más en las filas del ejército romano—. Si no me equivoco, tú antes eras soldado, ¿verdad?

El hombre inclinó la cabeza.

—Lo fui, señor. Antes de que una lanza de los siluros me atravesara la pierna. Me dejó cojo. No podía seguir el ritmo del resto de los muchachos. El ejército no tuvo más remedio que licenciarme, señor.

Macro lo miró de arriba abajo. El hombre llevaba una capa militar raída sobre su túnica, y se sujetaba las botas con unas tiras de tela.

—Deja que lo adivine. Malgastaste la prima de la licencia y te has visto obligado a esto.

El antiguo soldado asintió.

—Es más o menos así, señor.

—¿Cuál es tu nombre y unidad?

—¡Legionario Marco Metelo Décimo, Segunda Legión Augusta, señor! —El hombre se puso firmes, pero de inmediato hizo una mueca y bajó la mano para equilibrarse el muslo.

—¿Así que la Segunda, eh? —Macro se acarició la mandíbula—. Es mi antigua unidad. O tal vez debería decir nuestra antigua unidad. —Señaló a Cato con el pulgar—. Servimos a las órdenes del legado Vespasiano.

Décimo ladeó la cabeza con pesar.

—Eso fue antes de mi… época, señor.

—Una lástima. Muy bien, Décimo, estás a cargo de estos hombres. Nuestro equipaje está allí abajo, en el muelle, al lado de mi amigo y de la mujer.

Décimo miró hacia el otro lado de la calle y comentó con desdén:

—Es un poco mayor para él. A menos que tenga dinero… En tal caso nunca son demasiado viejas.

Macro apretó los dientes.

—La mujer en cuestión es mi madre… ¡Y ahora muévete!

Décimo se dio la vuelta rápidamente e hizo un gesto a los demás para que lo siguieran. Mientras ellos levantaban los baúles y el equipo, Cato intentó orientarse.

—¿En qué dirección está la guarnición local?

—No hay guarnición, señor. No hay fuerte. De hecho, ni siquiera hay fortificaciones. Hace unos años había un fuerte, pero el lugar estaba creciendo tan deprisa que se lo tragó. Allí es donde están construyendo la nueva basílica, en el emplazamiento del antiguo fuerte.

—Entiendo. —Cato suspiró con frustración—. Entonces, ¿dónde puedo encontrar a algún miembro del Estado Mayor del gobernador?

Décimo lo consideró.

—Podría probar en las dependencias del gobernador, señor. Están a un lado de la obra en construcción. De todas

formas, allí lo encontrará a él.

Cato se sorprendió.

—¿Ostorio está aquí, en Londinio?

—Sí, señor.

—Pero la capital de provincia es Camuloduno.

—Oficialmente sí, señor. Al fin y al cabo, Carataco era de allí, y es allí donde el emperador Claudio ha prometido hacer erigir un templo en su honor. Pero está demasiado al este. Pese a lo que puedan querer en Roma, parece ser que aquí todo el mundo ha elegido Londinio como la ciudad principal. Incluso el gobernador. Por eso lo encontrará aquí.

Cato asimiló la información y asintió.

—Muy bien, llévanos a su cuartel general.

Décimo inclinó la cabeza, se echó una de las mochilas al hombro gruñendo bajo el peso de la armadura que contenía, y echó a andar cojeando hacia una calle lateral.

—Sígame, señor.

Londinio resultó ser tan desagradable como les había advertido el capitán del carguero. Las calles eran estrechas, estaban abarrotadas de gente y, a diferencia de Roma, no pesaban restricciones sobre los vehículos rodados durante el día. Cato y los demás tuvieron que abrirse paso a la fuerza por las angostas vías atestadas de carros, caballos y gente. Como conocían bien las calles, Décimo y sus compañeros de carga avanzaron a toda prisa, y Cato temió perderlos de vista. Le hizo un gesto sutil a Macro para que apresurara a su madre por entre la multitud. Por la forma de vestir y los rasgos de la gente con la que se cruzaban, Cato se dio cuenta de que la mayoría provenían de otros lugares del imperio, sin duda en busca de dinero fácil en la nueva provincia. El joven prefecto consideró que Porcia iba a enfrentarse a una dura competencia, y esperaba que el rango de su hijo bastara para proteger sus intereses de los

timadores, ladrones y gánsteres que ya estaban tomando posesión de Londinio.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Macro.

Porcia miró con frialdad a unos nativos que pasaban por la calle envueltos en pieles y con tatuajes sinuosos en los brazos.

—Salvajes…

Cato sonrió para sus adentros, y acto seguido frunció el ceño. Aún faltaba mucho para que la gente de la isla aceptara el dominio de Roma. Puede que Carataco y sus seguidores estuvieran muy al oeste de Londinio, pero el ánimo de los miembros de las tribus que vivían en la ciudad y sus alrededores estaba muy lejos de haberse quebrantado. Si alguna vez las legiones sufrían un serio revés, seguro que eso animaba a bastantes nativos a rebelarse abiertamente contra Roma. Y si el grueso principal del ejército del gobernador se concentraba en la frontera, poco se podría hacer para evitar que los rebeldes arrasaran las partes de la provincia que los funcionarios de Roma ya habían clasificado como pacificadas en sus mapas.

—¿Dónde demonios están ese tal Décimo y su cuadrilla? —gruñó Macro, que aunque estiraba el cuello no podía ver gran cosa debido a su baja estatura.

—A unos veinte pasos por delante, más o menos —respondió Cato.

—No pierdas de vista a esos cabrones. Lo que menos falta nos hace es que nos roben el equipo nada más pisar tierra. No voy a volver a las legiones como si fuera un recluta aún verde y un niño de mamá, si puedo evitarlo.

Siguieron adelante con dificultad, haciendo todo lo posible para seguir el ritmo de los mozos de cuerda que iban por delante de ellos. Salieron a una encrucijada llena de carros cargados con ánforas y muy pegados entre sí, y no vieron ni rastro de los mozos al otro lado del cruce. A Cato se

le cayó el alma a los pies, desesperado y furioso al pensar que Décimo les había engañado.

—¡Eh! ¡Prefecto! Por aquí, señor.

Se volvió hacia la voz y vio a Décimo y a sus compañeros a mano izquierda. El antiguo legionario meneó la cabeza con expresión burlona.

—Yo aquí con mi cojera y aun así los oficiales no pueden seguirme el paso. ¿Adónde vamos a ir a parar?

Antes de que Cato pudiera intervenir y decirle que vigilara la lengua cuando hablaba con un superior, el otro hombre levantó la mano y señaló hacia una entrada grande situada a una corta distancia, siguiendo la calle en la que acababan de entrar. Cato vio que al otro lado del muro había unos andamios, y el alto armazón de madera de una grúa que se alzaba contra el cielo lleno de humo.

—Ahí la tiene, prefecto. Esa es la basílica. O lo que hay de ella.

Sin esperar a que sus clientes respondieran, Décimo echó a andar de nuevo, y esta vez el tráfico permitió que los recién llegados le siguieran el ritmo. Tras superar el pequeño convoy de carros de vino, se encaminaron hacia la entrada y se dirigieron a los dos legionarios que montaban guardia. La superficie del arco se había enlucido y encalado, pero el enladrillado del muro que rodeaba el emplazamiento no estaba terminado aún.

—Decid a qué habéis venido —les pidió uno de los guardias sin alterarse, mientras paseaba la mirada por los dos hombres y la mujer mayor, valorando apresuradamente su posición social. Los dos oficiales iban vestidos con unas túnicas nuevas y limpias, que cubrían con unas capas militares que habían adquirido en Roma antes de partir. Aunque no llevaban ninguna insignia que mostrara su rango ni anillos ornamentados que indicaran riqueza, el porte de los dos hombres y las cicatrices visibles hablaban por sí

mismos. Particularmente la larga línea blanca que se extendía por el rostro de Cato desde la frente hasta la barbilla. El centinela se aclaró la garganta y moderó su tono —. ¿En qué puedo ayudarle, señor?

—Prefecto Quinto Licinio Cato y centurión Lucio Cornelio Macro. —Señaló a Macro con un gesto de la cabeza antes de continuar hablando—. Acabamos de llegar de Roma para asumir nuestros mandos. Deseamos informar al Estado Mayor del gobernador y encontrar alojamiento.

—Aquí no encontrará mucho, señor. Hace dos meses derribaron el fuerte.

—Eso tengo entendido. Pero imagino que Ostorio y su personal no trabajarán a la intemperie, ¿no?

—¡Ni pensarlo, señor! —El centinela se dio la vuelta y bajó la punta de la jabalina para señalar los andamios que rodeaban un gran complejo de un solo piso—. Ese es el inicio del palacio del gobernador. Ordenó a los constructores que terminaran el suelo y se fueran. Aun así, consiguieron acabar el hipocausto antes de marcharse, por lo que dentro están todos muy cómodamente instalados. A diferencia de aquellos de nosotros a los que han destinado a escoltar al gobernador. Dormimos fuera, en tiendas.

—Es lo que hacen los soldados, muchacho. —Macro chasqueó la lengua—. Si te resulta demasiado duro, quizá deberías haberte unido a una compañía de actores maricas en vez de alistarte en el ejército.

—¡Vamos! —Cato agitó el brazo hacia adelante y echó a andar por el camino que se había despejado por la obra. Las pilas de troncos, los montones de ladrillos y tejas y las artesas para mezclar el cemento se extendían a ambos lados. Se habían terminado los cimientos para varias estructuras grandes, y las paredes, que llegaban a la altura de la cintura, demarcaban el primer gran edificio cívico de la nueva provincia que dominaría el paisaje e inspiraría un

temor reverencial en el corazón de todos los nativos que lo vieran. Centenares de hombres trabajaban por toda la obra, con unos cuantos grupos de prisioneros encadenados a los que utilizaban para llevar los materiales allí donde se necesitaban. Sus gruñidos, el ruido de la madera que se serraba y el estrépito de las piedras que se cortaban se mezclaban con los gritos de los capataces que daban instrucciones.

Macro meneó la cabeza en señal de aprobación, mientras cruzaban la zona.

—Una vez terminado, esto quedará bastante bien.

En el extremo más alejado de la obra, se había dejado un hueco en los andamios para permitir el acceso al edificio a medio terminar que había detrás, y que servía de cuartel general del gobernador Ostorio y su Estado Mayor. Dos miembros de su escolta montaban guardia en la entrada. Una vez más, Cato explicó su propósito, y luego se volvió para pagar a los mozos de cuerda, que dejaron los bultos en la improvisada entrada. Tomó el monedero que llevaba en el cinturón, y aflojó el cordel.

—Será un sestercio, señor. —Décimo se dio unos golpecitos con el dedo en la frente a modo de saludo informal—. Cada uno.

Macro arqueó una ceja.

—¡Por los dioses, eso es un poco excesivo!

—Es la tarifa corriente en Londinio, señor.

Cato se volvió hacia uno de los guardias.

—¿Lo es?

El legionario asintió con la cabeza.

—Muy bien. —Hurgó en el monedero, sacó unas cuantas monedas, las contó, y se las entregó a Décimo y a los demás —. Parece ser que Londinio va a ser una ciudad cara para vivir. Podéis marcharos… Décimo, una cosa.

El exlegionario hizo un gesto a sus compañeros para que se adelantaran y se volvió hacia Cato.

—¿Señor?

Cato lo miró fijamente, intentando ver tras la ropa sucia y raída y el pelo despeinado al hombre que una vez fuera soldado. Si Décimo decía la verdad, las vicisitudes de la guerra habían interrumpido su carrera en el ejército. Las mismas vicisitudes que habían creído conveniente perdonar la vida a Cato y Macro en todas las campañas y batallas desesperadas que habían soportado a lo largo de los años. A veces Cato tenía la sensación de que estaba tentando muchísimo la suerte que le había tocado. Tarde o temprano, una lanza, tal vez una estocada o una flecha, lo encontraría, igual que había encontrado a Décimo y a infinidad de otros.

—¿Cuántos años has servido en Britania?

Décimo se rascó el mentón.

—Llegué hace más de cinco años de la base de entrenamiento de Gesoriaco. Serví con la Segunda contra los deceanglos, antes de que me enviaran con un destacamento para reforzar a la Decimocuarta en Glevum. Después estuve dos años en campaña contra los siluros…, hasta que me ocurrió esto. —Se dio unos golpecitos en la pierna coja.

—Muy bien. —Cato asintió y se quedó un momento pensando antes de continuar—. ¿Te gusta trabajar como rata de muelle?

—Lo detesto, señor, es una puta mierda. —Se volvió rápidamente hacia Porcia—. Lo siento, señora.

Porcia lo miró con ecuanimidad.

—Pasé casi quince años conviviendo con un marinero de la flota imperial, de modo que guárdate tus putas disculpas.

Macro miró a su madre horrorizado; se quedó boquiabierto, y cuando decidió que lo mejor era ignorar lo que había oído cerró la boca rápidamente.

Décimo se volvió nuevamente hacia Cato.

—Pero ¿qué puede hacer un soldado inválido? Tuve suerte de recibir un pago parcial de la prima de la licencia. Lo bastante para instalarme en una pensión, pero no lo suficiente para vivir de ello.

—Entiendo —repuso Cato—. Bueno, pues puede que tenga trabajo para ti. No es nada demasiado pesado, pero podría entrañar cierto peligro. Si te interesa, vuelve aquí mañana al amanecer.

Por un momento, Décimo pareció sorprendido, luego inclinó la cabeza a modo de asentimiento y se marchó cojeando.

Macro se lo quedó mirando hasta que ya no podía oírle, y entonces se volvió hacia Cato.

—¿De qué iba todo esto?

—Las cosas han cambiado desde la última vez que estuvimos aquí. El gobernador nos informará, eso seguro, pero describirá la situación desde su perspectiva. La mezcla habitual de confianza y de restar importancia a la amenaza que supone el enemigo. Ostorio es como cualquier otro gobernador. Intentará hacernos creer que su período en el cargo es un gran éxito, y querrá que todas las cartas e informes que escribamos a casa lo reflejen. Así pues, puede que sea útil escuchar las opiniones de una de las mulas de Mario. Además, necesito un criado en el campamento para que se ocupe de mi equipo. Alguien en quien espero poder confiar.

—¿Confiar? —dijo Porcia con desdén—. ¿En ese vagabundo? A mí me parece un vulgar ladrón.

Cato le hizo un gesto de amistosa advertencia con el dedo.

—No hay que precipitarse en juzgar a la gente. Las apariencias no lo son todo. De ser así, todo el mundo se alejaría corriendo a más de un kilómetro de tu hijo.

—Ya lo hacen —gruñó Macro—. Si saben lo que les conviene.

—¡Oh, venga ya! —Porcia le dio un suave palmetazo en el hombro—. Eres como un gatito con disfraz de tigre. No creas que no me doy cuenta. Y Cato más aún.

Macro enrojeció, avergonzado. Detestaba hablar de sentimientos, e incluso la mera insinuación de que su naturaleza tuviera un lado sensible lo disgustaba enormemente. Los sentimientos eran para los poetas, artistas, actores y otras categorías de mortales menores. Un soldado era distinto. Un soldado tenía que controlar tanto la cabeza como el corazón, y seguir cumpliendo con su deber. Y cuando estaba fuera de servicio, tenía que hacerse el duro tanto como pudiera. Claro que algunos soldados eran diferentes, admitió para sus adentros. Echó una mirada de soslayo a Cato, delgado, nervudo y, hasta hacía muy poco, con aspecto excesivamente… juvenil. Tal vez ahora hubiera cierta dureza en su mirada, y la torpeza desgarbada de años anteriores sin duda había desaparecido en gran medida. Se movía resueltamente y con economía de esfuerzos, que era el auténtico sello de un veterano. No obstante, Macro conocía lo bastante bien a su amigo como para saber que su mente siempre estaba inquieta, saturada de las obras de los filósofos e historiadores que con tanto entusiasmo había estudiado de niño. Macro creía que Cato era un tipo de soldado muy diferente, y aceptó a regañadientes que el joven era aún mejor por ello.

Se aclaró la garganta con un carraspeo irritado antes de dirigirse a su amigo.

—Bueno, la decisión es tuya. Pero ¿por qué no te compras un esclavo? Puedes permitírtelo. Y con los prisioneros que el ejército ha tomado, seguro que en Londinio habrá alguna ganga.

—No quiero a un miembro de una tribu. Lo que menos falta me hace es un nativo resentido que me limpie la espada, y que me obligue a estar día y noche guardándome las espaldas mientras lidio con el enemigo. No, tiene que ser alguien que lo haga porque quiere. Y si Décimo fue soldado, ¿quién mejor que él? Será un buen indicador del ánimo de los hombres.

Macro lo consideró un momento y asintió.

—Muy bien. Ahora busquemos algún lugar donde dejar el equipo. —Se volvió hacia su madre—. ¿Estarás bien un ratito?

—Lo he estado durante más de cincuenta años… Largaos, muchachos.

Uno de los centinelas les señaló el edificio de administración que estaba utilizando el gobernador, y cruzaron el patio con paso resuelto hacia la entrada. Las gruesas paredes de la estructura amortiguaban levemente los sonidos de la obra, pero una fina capa de polvo y suciedad cubría las losas, y los materiales de construcción se apilaban en torno a los márgenes del patio. Unos cuantos empleados administrativos iban de un despacho a otro llevando tablillas enceradas o brazados de rollos. Dentro del cuartel general, los braseros calentaban el ambiente, y había una gran cantidad de hombres trabajando en las largas mesas que llenaban la sala principal. Cato se aproximó a un tribuno subalterno, que se hallaba inclinado sobre su mesa leyendo un documento, y dio unos golpes con los nudillos sobre el tablero. El hombre levantó la mirada con el ceño fruncido.

—¿Sí?

El prefecto hizo unas breves presentaciones.

—Acabamos de desembarcar. Tengo que informar al gobernador y necesitamos alojamiento hasta que salgamos

para asumir nuestros mandos. Y también una habitación para una señora.

—¿Alojamiento? No hay mucho por aquí. Tuvimos que convertir el edificio de los establos de la parte de atrás en albergue. Hay unos cuantos lugares libres. Es bastante seco, y los compartimentos cuentan con los debidos catres.

—¿Y algún lugar donde alojarse en la ciudad?

—Pueden probarlo. Les va a salir caro, y son lugares bastante lúgubres. Casi todas las habitaciones se alquilan por horas…, ya entiende a qué me refiero, señor.

—Nos quedaremos en el establo —decidió Cato—. Nuestro equipo está en la entrada. Que algunos de tus hombres se encarguen de que se lleve a nuestro… esto… compartimento. El centurión Macro y yo necesitamos presentarnos al gobernador Ostorio de inmediato. Si fueras tan amable de llevarnos hasta él…

El tribuno suspiró, dejó el informe que había estado leyendo, echó la silla hacia atrás arrastrándola pesadamente, y se puso de pie.

—Por aquí, señor. Me encargaré de su equipaje cuando regrese a mi mesa.

Los condujo al fondo de la sala y por un pasillo bordeado de pequeños despachos. Algunos de ellos estaban abarrotados de más empleados todavía, en tanto que otros los ocupaban oficiales y funcionarios civiles asignados al Estado Mayor del gobernador.

La puerta del extremo del pasillo estaba entornada, y el tribuno hizo un gesto a Cato y Macro para que esperaran. Avanzó unos pasos y dio unos golpecitos en el marco de madera.

—Señor, han venido a verle dos oficiales. Acaban de llegar de Roma.

Se hizo una pausa, tras la cual una voz aflautada que denotaba cansancio respondió:

—Ah, muy bien. Hazlos entrar. Que pasen, que pasen…

Capítulo IV

El gobernador Ostorio estaba sentado ante su mesa envuelto en una gruesa capa de color escarlata. Al sistema del hipocausto se sumaba un brasero, lo cual hacía que el ambiente de la habitación fuera sofocante. La mesa estaba cerca del fuego, y el gobernador se encorvaba sobre varios montones de papeles y tablillas. Cuando los dos oficiales entraron con paso firme y se detuvieron a una corta distancia para saludar, Ostorio levantó la mirada con aire cansado. Cato vio que las arrugas se habían adueñado del curtido rostro del gobernador, cuyos ojos aparecían hundidos y bordeados de patas de gallo. Sabía que Ostorio se había ganado una buena reputación como soldado y administrador, y que era un comandante duro y agresivo. Resultaba difícil cuadrar eso con el individuo de aspecto frágil que estaba sentado frente a ellos.

—Presentaos —ordenó el gobernador con brusquedad, y acto seguido tosió y se llevó el puño a los labios hasta que la presión en los pulmones pasó—. ¿Y bien?

Como oficial de mayor rango, Cato fue el primero en hablar:

—Prefecto Quinto Licinio Cato, señor.

—Centurión Lucio Cornelio Macro, señor —añadió Macro.

El gobernador miró a los recién llegados en silencio durante un momento.

—Tendréis que entregar vuestra hoja de servicios a mi jefe de Estado Mayor. Las leeré más tarde. Me gusta conocer

la categoría de mis oficiales. Dados los problemas a los que me enfrento aquí, no puedo permitirme cargar con pusilánimes. Supongo que os han asignado mandos específicos en mi ejército, ¿no?

—Sí, señor —contestó Cato—. Voy a estar al mando de la Segunda Cohorte de la caballería tracia.

—Una buena unidad. Una de las mejores que tengo. Lo ha sido desde que se hizo cargo de ella el comandante temporal. A decir de todos, el centurión Querto ha estado dándole duro al enemigo. Esperaré lo mismo de ti cuando tomes el mando. —Ostorio desvió la mirada hacia Macro—. ¿Y tú?

—Me han asignado a la Decimocuarta Legión, señor.

—Entiendo… —El gobernador asintió lentamente con la cabeza y continuó hablando—. En tal caso, ambos os uniréis a la columna principal que comanda el legado Quintato. Es un oficial magnífico, pero no tolera a los que no están a la altura del nivel que impone. Sea como fuere, ahora mismo necesito a todos los hombres que pueda conseguir. Y más que nunca oficiales, dado el ritmo al que los hemos estado perdiendo. Me atrevería a decir que habrá una vacante entre los centuriones superiores de la Decimocuarta para ti, Macro. De hecho, imagino que serás uno de los que tenga más experiencia en la legión…, al menos mientras sigas vivo.

Macro sintió que lo invadía una oleada de irritación ante el comentario del gobernador. No merecía que le hablaran como si fuera un perdedor, un comandante de puesto avanzado de bajo nivel.

—Tengo intención de sobrevivir el tiempo suficiente para licenciarme y cobrar la gratificación que me espera, señor. Ningún bárbaro va a impedírmelo. Muchos lo han intentado en el pasado, y lo pagaron caro.

—Unas palabras audaces, centurión. —Una débil sonrisa asomó a los labios del gobernador—. Y dime, ¿exactamente

qué es lo que te convierte en un adversario tan peligroso para nuestros enemigos en esta isla fría y abandonada que Roma está empeñada en sumar al imperio?

Por un momento, Macro se quedó sin saber qué responder mientras retrocedía mentalmente por los últimos años de su vida. La lucha en las calles de Roma, luego la campaña en el calor sofocante, la luz deslumbradora y el polvo del sur de Egipto. Antes de eso el desafío de la revuelta de esclavos en Creta…, y la defensa de Palmira contra una horda de partos. Y anteriormente tratar con fanáticos rebeldes judíos y un traslado a la marina imperial en una campaña contra un nido de piratas que atormentaban a los buques mercantes en el mar Adriático… Eso fue tras un largo período de servicio con la Segunda Legión, que protegía la frontera del Rin, antes de que lo destinaran a unirse al ejército que había invadido Britania y aplastado a los ejércitos nativos dirigidos por Carataco. Se mirara como se mirara, era un notable período de servicio, y Macro se había ganado el ascenso a centurión por méritos propios, a diferencia de algunos que debían su posición a poderosos contactos familiares. No obstante, no estaba dispuesto a hacer ostentación de sus méritos delante del gobernador. Se aclaró la garganta.

—Estos últimos años he estado de servicio destacado, señor. Anteriormente serví con la Segunda en el Rin, y luego aquí en Britania.

—¿Servicio destacado? Hoy en día eso es un eufemismo para referirse al espionaje. ¿Cuál era la naturaleza exacta de tu… esto… servicio destacado?

—No estoy en libertad de contarle los detalles, señor.

—Pues dime al menos para quién trabajabas.

Macro estaba indeciso y miró rápidamente a Cato, pero su amigo tenía la vista clavada al frente con una expresión impenetrable, lo que no pasó desapercibido al gobernador. El centurión respiró hondo.

—Para el secretario imperial, Narciso.

—¿Trabajabas para esa serpiente? —Ostorio entrecerró los ojos—. ¿Estáis aquí porque lo ha ordenado él?

La sugerencia enojó a Macro, que inspiró con los dientes apretados, pero antes de que pudiera responder intervino Cato:

—Si ese fuera el caso, señor, difícilmente divulgaríamos esa información. De todas formas, le doy mi palabra de honor de que ya no servimos a Narciso, cosa que por lo demás hicimos por estar sometidos a ciertas presiones. Estamos aquí como soldados. Para servirle a usted, al emperador y a Roma. Nada más.

—¿Tu palabra de honor, eh? —Ostorio cogió un pañuelo y se sonó la nariz—. Es un artículo de comercio del que últimamente Roma anda muy escasa. —Se reclinó en su asiento y se frotó la espalda—. No tengo muchas alternativas, de modo que te tomo la palabra. Pero te lo advierto, si tengo algún indicio de que cualquiera de los dos estáis aquí por alguna razón que no sea la de servir como soldados, os arrojaré a los nativos y dejaré que se ocupen de vosotros. Los druidas tienen formas muy interesantes de matar a sus prisioneros.

—Lo sabemos, señor. Lo hemos visto con nuestros propios ojos —respondió Cato, que tuvo que resistir un estremecimiento al recordar su encuentro con los druidas de la Luna Oscura, en la primera época de su vida en las legiones, cuando servía como un humilde *optio* en la centuria de Macro. Unas breves imágenes de las víctimas expiatorias y del aspecto salvaje de los druidas pasaron precipitadamente por su cabeza, y Cato se apresuró a apartar de sí esos pensamientos.

—¿Y qué me dices de ti, prefecto? —El gobernador miró fijamente a Cato—. ¿Has visto mucha acción? La cicatriz de tu cara parece contar parte de tu historia, pero eres un poco

joven para haber llegado al rango que ocupas. ¿Tu padre es senador? ¿O eres hijo de algún liberto rico, ansioso de que su familia tenga ventaja en el camino del honor? ¿Cuántos años tienes?

—Estoy en mi vigésimo sexto año, señor.

—¿Veintiséis? Eres más joven de lo que pensaba. ¿Y qué miembro de tu familia ha influido en tu rápido ascenso a prefecto?

Cato había aceptado hacía ya mucho tiempo que sería víctima de su humilde cuna durante toda su vida. No importaba lo buen soldado que fuera, ni que su suegro fuera senador, nunca le permitirían desprenderse del estigma de ser descendiente de un liberto que había sido esclavo en el palacio imperial.

—No tengo familia, señor. Aparte de mi esposa, Julia Sempronia, con quien me casé cuando alcancé mi rango actual. Su padre es el senador Sempronio. Pero nunca me he dirigido a él con el propósito de conseguir un ascenso.

—¿Sempronio? —El gobernador enarcó brevemente las cejas—. Lo conozco. Sirvió como mi tribuno en la Octava Legión. Un buen hombre. Muy trabajador…, y lo que es más, digno de confianza. Bueno, si él está dispuesto a dejar que te cases y te acuestes con esa preciosa hija suya, es que debes de poseer ciertas cualidades. Pero me pregunto si tienes la experiencia que va con el rango de prefecto.

—He tenido el honor de servir junto al centurión Macro desde que ingresé en el ejército, señor. Mi amigo tiene tendencia a ser modesto sobre su experiencia. Basta con decir que, durante nuestro servicio, hemos luchado contra miembros de tribus germanas, bótanos, piratas, judíos, partos y numidios. Conocemos nuestro trabajo.

Ostorio asintió con aire pensativo antes de responder.

—Si eso es cierto, tienes un historial realmente envidiable, prefecto Cato. Me alegra tener hombres así. Son

más necesarios que nunca si queremos poner en orden nuestros asuntos aquí en Britania y convertir este páramo sangriento en algo que tenga un leve parecido a la civilización. —Les hizo un gesto con la mano—. Descansad, caballeros.

Cato y Macro relajaron la postura mientras el gobernador ponía en orden sus ideas. Tras un breve silencio, volvió a dirigirse a ellos:

—Es importante que seáis conscientes de cuál es la situación aquí. No sé qué os contaron en Roma, pero cualquier noción de que simplemente estamos llevando a cabo una operación de limpieza antes de que la conquista de Britania se haya completado es…, ¿cómo lo diría?…, un poco inexacta. Han pasado siete años desde que el emperador Claudio tuvo su triunfo para celebrar la conquista. Siete largos años… En todo este tiempo, hemos ido ampliando la frontera paso a paso y a marchas forzadas. Ni siquiera podemos confiar en las tribus que hemos conquistado, ni con las que hemos hecho tratos, no más de lo que uno se confiaría al escupirle a una rata. Hace dos años, sin ir más lejos, cuando estaba a punto de lanzar una ofensiva contra los siluros y ordovicos, di la orden de que desarmaran a los ícenos para asegurarme de que tendríamos las espaldas a cubierto, a salvo de una traición. Podría decirse que es una petición razonable para alguien que se denomina tu aliado. Pero esos cabrones se sublevaron en cuanto conduje mi ejército a las montañas. No tuve más remedio que abandonar la campaña y regresar para encargarme de ellos. Los idiotas se habían escondido en uno de sus ridículos reductos. No tardaron en rendirse después de que irrumpiéramos en sus defensas. Todo terminó enseguida, pero me vi obligado a pasar el resto de la campaña construyendo fuertes y caminos por su territorio para tenerlos vigilados.

Cato frunció los labios al recordar al orgulloso pero susceptible guerrero iceno que les había hecho de guía cuando Macro y él habían emprendido una misión en lo más profundo del territorio enemigo para el comandante del ejército que había invadido Britania. Podía imaginarse perfectamente lo indignado que se habría sentido Prasutago al recibir la orden de entregar sus armas. Las tribus nativas de la isla estaban gobernadas por una casta guerrera que consideraba el hecho de ser desarmados como el insulto más grave a su quisquilloso sentido del orgullo. No era de extrañar que hubiera habido una revuelta.

—Mientras trataba con los ícenos —continuó explicando Ostorio—, Carataco se aprovechó del respiro para ganarse a las tribus de las montañas y convertirse en su caudillo. Cuando pude volver a centrar mi atención en él, había reunido a un ejército lo bastante numeroso como para desafiarme, y tuve que enviar una petición a Roma para que me mandaran refuerzos. Ahora que los tengo, ya es hora de ocuparnos de Carataco y sus seguidores de una vez por todas.

Macro movió la cabeza con aprobación, saboreando la perspectiva de la próxima campaña y la oportunidad de conseguir algún botín y posiblemente otro ascenso. Aunque no le gustaba hablar de sus ambiciones, Macro, al igual que muchos soldados, soñaba con convertirse en centurión jefe de una legión, un rango que confería muchos privilegios y mucho honor a los que lo poseían. Con él venía el ascenso social a la clase ecuestre. Solo los senadores eran más eminentes, aparte del emperador…, reconoció Macro. Si había muchos enfrentamientos en los meses venideros, seguro que las filas del centurionado mermaban, como siempre ocurría, puesto que ellos dirigían a las tropas desde el frente y sufrían un índice de bajas desproporcionado. Si Macro sobrevivía, algún día podría alcanzar el mando de la

Primera Cohorte de la legión, y después de eso el puesto de prefecto de campamento, con lo que asumiría el mando directo de la legión si el legado estaba ausente, resultaba gravemente herido o lo mataban. El simple hecho de pensar en asumir semejante responsabilidad lo llenaba de esperanza.

El gobernador suspiró y se acarició la incipiente barba gris del mentón. Dio la impresión de que se encogía aún más mientras sopesaba la situación en silencio, antes de hablar de nuevo.

—Me estoy haciendo demasiado viejo para esto. En cuanto termine mi período en el cargo, me retiraré. —Las comisuras de sus labios se alzaron ligeramente—. Regresaré a mi finca de la Campania, cuidaré de mis viñedos y envejeceré junto a mi esposa. Ya he servido a Roma el tiempo suficiente, y lo bastante bien como para ganarme al menos eso… ¡Pero hay trabajo que hacer! —Se obligó a erguirse en el asiento y volvió a centrar su atención en los dos oficiales que se hallaban frente a él—. Aunque me estoy preparando para la nueva ofensiva, aún existe una pequeña esperanza para la paz.

—¿Paz, señor? —Cato hinchó los carrillos—. ¿Con Carataco? Dudo que acepte ninguna condición que Roma le ofrezca.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo podrías saberlo, joven?

—Porque conozco a ese hombre, señor. Estuvimos cara a cara, y hablé con él.

Se hizo un silencio tenso mientras el gobernador miraba a Cato con los ojos muy abiertos. Acto seguido, se inclinó hacia adelante.

—¿Cómo puede ser eso cierto? A Carataco lo consume el odio que siente por Roma y por todos aquellos que sirven en sus legiones. Rara vez hace prisioneros, y los que son capturados nunca vuelven a ser vistos por sus compatriotas.

De modo que, ¿cómo es que a ti te concedieron tan dudoso honor?

El tono del gobernador era inquisitivo, pero Cato hizo caso omiso del menosprecio y respondió:

—Fui capturado por Carataco, junto con unos cuantos de mis compañeros, durante el segundo año de la invasión, señor. En cuanto llegamos al campamento enemigo, me interrogó.

—¿Por qué?

—Quería saber más sobre Roma. Sobre lo que motivaba a sus soldados. También quería recalcar que las tribus britanas eran orgullosas, y que sus guerreros nunca se doblegarían ante aquellos que invadían sus tierras. Juró que preferían morir antes que aceptar la vergüenza de la sumisión al emperador.

—Entiendo. ¿Y cómo es que viviste para poder contarlo?

—Me escapé, señor.

—¡¿Escapaste del campamento enemigo?!

Cato asintió con un gesto.

—Pues los dioses deben de serte propicios, prefecto Cato, porque nunca he oído de ningún otro romano que pueda afirmar haber hecho lo mismo.

Macro soltó una risita.

—Y no sabe ni la mitad, señor. La diosa Fortuna ha tenido que emplearse a jornada completa para que el prefecto Cato no se metiera en líos.

Cato miró a su amigo con la ceja enarcada.

—En ese aspecto, tú también eres un virtuoso.

El gobernador carraspeó con irritación.

—Estaba hablando de paz, caballeros. Ya han pasado varios años desde que os tropezasteis con Carataco. Años de guerra constante. La lucha ha desgastado a los dos bandos, y me figuro que el hambre de conflicto de nuestro enemigo estará tan saciada como la mía. Además, en Roma hay quien

se está impacientando cada vez más con la situación en Britania. Muy particularmente Palas, uno de los consejeros más cercanos al emperador. Supongo que no lo conoceréis.

—Algo sé de él, señor —repuso Cato con cautela, tras lo cual el gobernador continuó hablando.

—A juzgar por lo que dicen mis amigos en Roma, Palas es una estrella emergente. Tiene una relación estrecha con la nueva esposa de Claudio y con su hijo, Nerón, quien bien podría ser el próximo emperador. Parece ser que Palas está completamente a favor de retirar el ejército de Britania y abandonar la provincia. No hay duda de que ha sido una empresa cara, y que Roma apenas va a recuperar su inversión en oro y hombres. Tampoco hay muchas posibilidades de sacar algo de valor duradero de Britania en cuanto hayamos agotado nuestra provisión de prisioneros de guerra para el mercado de esclavos. En teoría esta isla tenía que estar llena de plata, estaño y plomo, pero ha resultado que, en realidad, los yacimientos son mucho menos abundantes de lo esperado. Por lo que tengo entendido, solo hay dos motivos por los que aún tenemos efectivos sobre el terreno. En primer lugar, está el hecho de que algunos de los hombres más ricos de Roma han prestado grandes sumas a los cabecillas de las tribus que se han aliado con nosotros. Resulta que Narciso se cuenta entre ellos, lo cual probablemente sea la razón por la que tiene tanto interés en que nuestros ejércitos permanezcan aquí, al menos hasta que le hayan devuelto el préstamo. El otro motivo tiene que ver con el mero orgullo. Si Roma se retira de Britania sin más, sería una humillación para el emperador, y seguro que nuestros enemigos en otras provincias fronterizas cobrarían ánimo al vernos fracasar aquí. Claro que, con un cambio de régimen, el próximo emperador podría justificar una retirada en términos de corregir los errores de su predecesor. Así

pues, caballeros, como podéis ver el control de Roma sobre Britania dista mucho de ser una certeza.

El gobernador bajó la mirada y reflexionó un momento antes de continuar.

—Muchos de nuestros camaradas han derramado sangre aquí, y muchos han caído. Si nos ordenan abandonar Britania, el sacrificio no habrá servido para nada. Tal como yo lo veo, solo hay dos caminos si queremos que el sacrificio de nuestros compañeros haya tenido un propósito: destruir por completo a las tribus que siguen oponiéndose a nosotros, o firmar con ellas una paz duradera. En cualquier caso, la paz en esta provincia debe conseguirse lo antes posible, antes de que suba al trono otro emperador. Solo de ese modo no habrá excusa para retirarnos de Britania. Por eso he invitado a los reyes y jefes de todas las tribus al territorio de los brigantes, al norte. Tengo intención de celebrar una reunión para discutir los términos que pongan fin al conflicto. He dado mi palabra de que se garantizará el paso seguro por nuestras fronteras a las tribus que todavía no han cerrado una alianza con nosotros.

Macro vaciló antes de plantear la pregunta obvia:

—¿Tiene intención de cumplir su palabra, señor?

—Por supuesto.

—¿Aunque se presente Carataco en persona? Si lo capturásemos a él y a los otros que nos están causando problemas, podríamos poner fin a la resistencia nativa en menos que se hierven unos espárragos.

Ostorio suspiró y meneó la cabeza.

—O podríamos agraviar a todas las tribus y proporcionarles una razón para que se unieran de nuevo contra nosotros…, con la misma rapidez que el tópico culinario que sugieres. Quizá sería mejor si te guardaras estas ideas para ti, centurión. Deja que piensen las cabezas más sensatas, ¿eh?

Macro apretó los labios y cerró los puños a la espalda, mientras asentía con un brusco movimiento de la cabeza como respuesta a la humillación. Se hizo un silencio incómodo, hasta que Cato desvió la conversación hacia otros derroteros.

—¿Cuándo y dónde va a tener lugar esta reunión, señor?

—Dentro de diez días, en una de sus arboledas sagradas, a unos cien kilómetros al oeste de Londinio. Llevaré conmigo una pequeña escolta. —De pronto, miró a Cato y sonrió—. No hay una urgencia inmediata de que os unáis a vuestras unidades… De todos modos, solo supone desviarse un poco del camino de Glevum.

—¿Nosotros? —Cato no pudo ocultar su sorpresa—. Pero nosotros somos soldados, señor. No diplomáticos. Además, esperábamos asumir nuestros nuevos mandos de inmediato. Si la próxima campaña va a ser dura, antes de entrar en acción quiero llegar a conocer lo mejor posible a los hombres a los que voy a dirigir.

—Eso no será necesario si podemos firmar la paz con nuestros enemigos. Y dado que ya conoces a Carataco, tal vez resultes útil durante las negociaciones. Vais a venir los dos conmigo.

—Muy bien, señor. Como ordene. Solo hay una cosa. ¿Qué le hace pensar que el enemigo estará dispuesto a firmar la paz con Roma?

Ostorio respondió con un frío tono de voz:

—Porque si no lo hacen, dejaré perfectamente claro que, antes de terminar el año, hasta la última aldea de todas y cada una de las tribus que se oponga a nosotros será arrasada, y los nativos que queden con vida serán todos vendidos como esclavos… —El gobernador bostezó—. Y ahora debo descansar un poco. Esto es todo, caballeros. Sugiero que disfrutéis de los pocos placeres que puede ofrecer Londinio mientras podáis. Estoy seguro de que en el

comedor de oficiales tendrán algunas sugerencias. Podéis retiraros.

Macro y Cato se cuadraron, saludaron y se dieron media vuelta para marcharse. Ostorio miró por un momento el montón de registros e informes que tenía a sus pies, y acto seguido se levantó lentamente de su asiento y se acercó con rigidez al estrecho catre de campaña colocado junto a la pared. Se sentó en él, se tumbó de lado sin quitarse las botas y se tapó con la capa lo mejor que pudo, antes de sumirse en un agitado sueño.

* * *

—¿Qué opinas de él? —preguntó Macro cuando habían recorrido un corto trecho del pasillo al salir del despacho del gobernador.

Cato echó un vistazo a su alrededor, y vio que no había ningún funcionario lo bastante cerca como para oír sus comentarios.

—Ya no puede más. Las obligaciones lo han agotado. Pero he oído que es un comandante tan duro como el que más.

Macro se encogió de hombros.

—El hecho de ser duro no te hace inmune a la edad. Lo sé muy bien. Yo ya no soy tan rápido en combate como antes. Al final nos pasa a todos.

Cato le lanzó una mirada.

—Pues mientras luches a mi lado no dejes que te pase a ti. Lo que menos necesito es a un vejete protegiéndome el flanco cuando estemos enzarzados con el enemigo.

—Eso es bastante ingrato, más aun teniendo en cuenta que tuve que hacerte de niñera en tus primeras batallas cuando eras un recluta novato. —Macro se rio y meneó la

cabeza—. Nunca me hubiese imaginado que acabarías siendo todo un soldado.

Cato sonrió.

—Aprendí del mejor.

—Cállate, muchacho. Vas a hacerme llorar. —Macro soltó una risita. Luego su expresión se endureció—. Ahora en serio. Tengo mis dudas sobre nuestro nuevo general. Por la pinta que tiene ahora, unos cuantos meses en esta inhóspita campiña acabarán con él. Justo en mitad de la campaña.

—No si puede negociar la paz con Carataco. O al menos con suficientes tribus para dejarlo aislado.

—¿Qué posibilidades crees que hay de que Carataco quiera la paz?

Cato recordó la pequeña choza en la que Carataco lo había interrogado. Recordaba con demasiada claridad el brillo resuelto en los ojos del britano, cuando dijo que preferiría morir antes que inclinarse ante Roma.

—Si fuera de los que apuestan, te diría que son de cien contra uno.

—Y yo diría que es un porcentaje muy generoso, amigo mío. —Macro chasqueó la lengua—. Nos esperan momentos duros, Cato. Para variar.

—No podemos hacer nada al respecto.

—¡Claro que sí! —repuso Macro con una sonrisa burlona—. Ya has oído lo que ha dicho: los placeres de Londinio se abren de piernas ante nosotros. —Su expresión se tornó un poco preocupada—. Siempre y cuando no le digas nada a mi madre, ¿eh?

Capítulo v

—Bueno, chicos, ¿qué os parece este lugar? —preguntó Porcia mientras ocupaban una mesa cerca de la chimenea de la posada.

Era la noche de su tercer día en Londinio, y la mujer estaba acompañada por su hijo y por Cato. Estaba lloviendo otra vez, para variar. Un aguacero constante, sesgado por una fuerte brisa que azotaba las calles del villorrio, golpeteaba contra los pocos edificios con tejas y caía por los tejados de paja y juncos del resto. Anteriormente la posada había sido un enorme granero, antes de que lo ampliaran con construcciones anexas que formaban un pequeño patio frente a la entrada. Una verja daba a una calle ancha, que se extendía desde el muelle del Támesis hasta el emplazamiento del complejo de la basílica. Pese al tiempo que hacía, la calle estaba llena de gente que iba de aquí para allá, y el traqueteo de las ruedas de los carros y los rebuznos de las mulas se podían oír claramente por encima del sonido de la lluvia.

Macro se quitó la capucha de su capa militar y recorrió el antiguo granero con una mirada rápida. La posada era cálida y seca, con el suelo pavimentado y generosamente cubierto de paja para absorber la suciedad de las botas y sandalias de los que entraban de la calle. A un lado estaba el mostrador de la taberna, donde se habían insertado los grandes tarros que contenían el estofado y el vino caliente que se servían a los clientes. Varias mesas largas con bancos

a ambos lados llenaban casi todo el espacio abierto. Pese a todas las reformas, aún se percibía un leve olor acre de caballo en la atmósfera que se mezclaba con el del trigo, pero a Macro no le importaba. Había olores peores que aquel.

—Está bastante bien —admitió—. Al menos comparado con la mayoría de los que hay en la ciudad.

Cato asintió con un gesto. Mientras esperaban la orden para unirse a Ostorio y a su Estado Mayor y formar parte de la delegación que se reuniría con los cabecillas tribales, habían visitado todas y cada una de las posadas que les había recomendado Décimo. En Londinio no había mucho más digno de ver. A pesar de sus recelos anteriores hacia el legionario licenciado, a Porcia le había resultado útil su consejo mientras inspeccionaba una serie de posadas y tanteaba con sutileza a sus propietarios para descubrir quién podría estar dispuesto a venderle el negocio.

Cato le hizo un gesto a una sirvienta que había detrás de la enorme barra, y ella se acercó a toda prisa para tomarles nota. Era joven, apenas una adolescente, regordeta y con no muy buen semblante, pero al menos hablaba un latín razonable.

—Una jarra de vino para los tres. ¿De qué es hoy el estofado?

La joven se encogió de hombros.

—De lo mismo que todos los otros días: gachas de cebada y cebolla.

Cato forzó una sonrisa.

—Suena bien. Pues tres cuencos, con pan. Supongo que es reciente, ¿no?

—Se horneó el otro día, señor. Es bastante reciente.

Sin esperar ningún otro comentario, la muchacha dio media vuelta y regresó al mostrador a toda prisa para preparar una bandeja con el pedido.

—¿Bastante bien? —preguntó Porcia de manera inexpresiva mientras miraba fijamente a su hijo—. ¿No tienes nada más que añadir?

—¿Qué quieres que diga? —gruñó Macro—. Es una posada como cualquier otra.

—Pues resulta que no —replicó la mujer agitando un dedo—. Esta es la que quiero comprar. Gracias a Décimo, me enteré de que el propietario es un veterano de la Segunda Legión que ya se ha hartado de Britania y quiere vender para regresar a Roma. Le he hecho una oferta y ha aceptado.

Macro echó otra mirada más prolongada al local.

—¿Por qué esta?

Porcia presentó rápidamente sus argumentos, y los fue contando con los dedos mientras respondía.

—En primer lugar, por la ubicación. Por aquí pasan clientes en abundancia, y muchos de ellos trabajan en el cuartel general del gobernador, de modo que pueden permitirse pagar más por el vino y la comida. En segundo lugar, hay ocho habitaciones en el patio que ya están alquiladas a viajeros. Y puedo añadir más alojamiento en la parte de atrás. Cuando la provincia se establezca, seguro que esta ciudad crece de tamaño. Uno podrá hacer una pequeña fortuna con los que pasen por Londinio. Y en tercer lugar, en el lado opuesto del patio hay unos pequeños almacenes que podríamos alquilar al gremio de las prostitutas. Un servicio extra que algunos de los clientes agradecerán, estoy segura. Aquí hay mucho potencial, y el precio es muy justo. —Hizo una pausa—. Solo hay un inconveniente: lo que me queda del dinero que obtuve de la venta de mi local en Arimino no va a cubrir la oferta que hice.

Macro se sujetó la cabeza con las manos y soltó un suave bufido.

—Ya veo por dónde van los tiros, madre. Quieres que cubra lo que falta con mis ahorros.

—Pero no quiero que me lo des. Piensa en ello como en un préstamo, o mejor todavía, como una inversión sólida. Puedo cubrir la mitad del precio. Tú pagas el resto, yo te nombro socio pasivo... y puedes quedarte los cuatro décimos de los beneficios —se apresuró a añadir.

Macro levantó la mirada bruscamente.

—¿Cuatro décimos? ¿Y por qué no la mitad, si cubro la mitad del precio?

—Porque yo voy a ser la que haga todo el trabajo duro. Cuatro décimos. Es mi última oferta.

Cato permaneció sentado sin moverse, observando el diálogo un tanto impresionado por el buen sentido comercial de Porcia y su actitud implacable para salirse con la suya. Estaba claro cuál de esas cualidades había heredado Macro en abundancia.

—¡Espera un momento! —Macro alzó las manos—. ¿Y si decido que no quiero prestarte el dinero?

Porcia entrelazó sus finas manos e hizo un leve mohín.

—¿De verdad le harías algo semejante a tu madre? Obligarme a comprar una casa de comidas barata de mala muerte, que es lo único que puedo permitirme sin tu ayuda. ¿Matarme a trabajar por una miseria y luego morir vieja y sola?

—¡Por favor, sabes que las cosas no llegarían a ese extremo! —exclamó Macro con enojo—. Yo me encargaría de que se ocupasen de ti. Es lo mínimo que te debo.

—Exacto —asintió ella—, es lo mínimo que me debes. ¿Entonces?

Macro inspiró profundamente y soltó el aire con un suspiro de exasperación.

—Está bien. ¿Cuánto necesitas?

—Cinco mil denarios. Eso es todo.

El centurión se quedó boquiabierto.

—¡Cinco mil den…! Eso es…, eso es… —Arrugó la frente, concentrándose en el cálculo—. ¡La paga de varios años!

—Puedes permitírtelo sin problemas.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Eché un vistazo a ese cofre que guardas en el fondo de tu saco de lona.

—Pero…, ¡si está cerrado!

La mujer le dirigió una mirada compasiva.

—Pasé quince años trabajando en un bar de Arimino, hijo mío. Aprendí muchos consejos y habilidades útiles de mis clientes. Forzar una cerradura es la menor de ellas. La cuestión más interesante es cómo se las ha arreglado un centurión para conseguir semejante fortuna.

Macro cruzó una rápida mirada con Cato, y ambos sintieron que un estremecimiento de inquietud les recorría la espalda. Cuando estuvieron en Roma, habían ayudado a desenmascarar una conspiración en las filas de la Guardia Pretoriana. La plata formaba parte de un convoy de lingotes que los conspiradores habían robado al emperador y, por lo que al palacio imperial concernía, seguía desaparecida. Cato había sugerido que debían devolverla, pero Macro había insistido fervientemente en que se la habían ganado y se negó. De modo que al final se habían repartido las ganancias sin más discusión. Cato había entregado su parte a un banquero de Roma, pero Macro, que consideraba a los banqueros unos parásitos corruptos, cambió la plata por monedas de oro para hacer más portátil su fortuna, y la llevaba siempre consigo. Era su pequeño secreto…, hasta ahora. El centurión echó un vistazo apresurado a su alrededor para ver si alguien podría haber oído el comentario de su madre. Luego se volvió de nuevo hacia ella.

—De acuerdo. Cinco mil. A cambio de la mitad de los beneficios.

—He dicho cuatro décimos.

—La diferencia a medias —dijo Macro, desesperado.

—Cuatro décimos.

Macro apretó los dientes, le lanzó una mirada fulminante a la mujer y acabó asintiendo.

—Mierda. Me rindo. ¡Pero a partir de ahora mantén las manos alejadas de mis cosas!

Su madre sonrió con dulzura y le dio unos cachetes en la mejilla.

—Sabía que entrarías en razón. Y ya verás cómo, a su debido tiempo, le sacarás un buen rendimiento. Te lo prometo.

Macro le dio vueltas al tema. Su madre, al igual que la mayoría de propietarios de pequeños negocios, era tan experta en amañar las cuentas como en cocinar comidas baratas para sus clientes. De todos modos, al menos Porcia contaría con los medios para ganarse la vida de forma independiente, y eso a Macro le venía bien, porque preferiría no tener que preocuparse por ella cuando marchara a combatir al enemigo. En todo caso, si su madre lo hacía bien, obtendría un buen beneficio de su inversión.

La sirvienta regresó con el pedido. La jarra de vino y los cuencos de gachas humeaban. Dejó la bandeja en la mesa con un golpe sordo que hizo traquetear el contenido, y les puso los cuencos delante de mala manera, junto con unos sencillos vasos de arcilla y unas cucharas de bronce. La muchacha se sorbió la nariz y se la limpió con el puño de la manga larga de su túnica.

—Nueve sestercios.

Antes de que Cato pudiera llevar la mano al monedero, Macro lo interrumpió.

—Pagaré yo. ¿Por qué no? Por lo visto hoy toca que me desplumen…

Hurgó en su monedero, sacó un puñado de monedas y las dejó de golpe en la mano mugrienta de la camarera, que las contó rápidamente antes de volver al mostrador. Porcia la observó con detenimiento y frialdad.

—Me da la impresión —comentó en voz baja— de que va a haber unos cuantos cambios cuando tome el mando de este sitio. Esa chica, para empezar, necesita que le enseñen a mejorar su aspecto y sus modales.

—Comamos —dijo Cato levantando la cuchara, impaciente por poner fin al intercambio de críticas entre Macro y su madre.

Estaban hambrientos y comieron en silencio, por lo que, inevitablemente, Cato se puso a pensar en Julia, allí en Roma. Pasarían años antes de que lo eximieran de sus obligaciones en Britania. Y en algún momento tendría que pedirle que renunciara a las comodidades y placeres de su vida en Roma para reunirse con él aquí. No se hacía ilusiones sobre las condiciones de vida básicas en una fortaleza fronteriza, o en una ciudad provincial como aquella. A él no le preocuparía, pero temía que no hiera lo bastante bueno para Julia.

El sonido de unas voces provenientes del patio interrumpió sus pensamientos, y al cabo de un momento entraron dos oficiales. Cato los reconoció: los había visto en el cuartel general del gobernador. Tribunos subalternos que servían con la Novena Legión. Engulló la comida que aún tenía en la boca, se limpió los labios con el dorso de la mano y los llamó:

—¿Queréis sentaros con nosotros?

Los dos jóvenes vacilaron, y Cato les lanzó una de sus mejores sonrisas.

—La bebida corre de mi cuenta.

El más alto de los dos, con un cabello oscuro y fino, sonrió también.

—Bueno, ¡ya que me lo plantea así!

Se acercaron y se sentaron mientras el joven prefecto les presentaba a Macro y a su madre.

—Tribuno Marco Pelino —anunció el más alto, y señaló a su compañero con la cabeza—, y este es Cayo Deciano. Te he visto en el cuartel general, ¿verdad? Eres el nuevo comandante de la cohorte de caballería tracia adscrita al legado Quintato.

—Así es —respondió Cato. Buscó a la sirvienta con la mirada y señaló a sus nuevos compañeros. Ella se movió a regañadientes y se inclinó debajo del mostrador para sacar más vasos—. Y mi amigo aquí presente asumirá el mando de una cohorte de la Decimocuarta.

—Apuesto a que sé cuál será —dijo Pelino con una risita —. Por lo visto les han elegido cuidadosamente para el trabajo.

—¿Y qué trabajo es ese? —preguntó Macro.

La sirvienta dejó dos vasos más, y el tribuno Deciano se sirvió de la jarra mientras hablaba.

—Hay un puesto avanzado, a cierta distancia dentro de territorio siluro, donde los tracios han formado una brigada con una cohorte de la Decimocuarta. Todo forma parte del plan del gobernador de tener columnas fuertes que se adentren tanto como sea posible en territorio enemigo, para vigilarlo y cortar de raíz cualquier intento de irrumpir en la provincia por parte de los muchachos de Carataco. Lo que ocurre es que hemos recibido informes de que hay problemas con la guarnición del fuerte.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó Cato.

—Ya sabe cómo es esto. Los legionarios y los auxiliares nunca se han tenido mucho cariño. Los insultos y las peleas

habituales están bien, pero los soldados de esas dos unidades la tienen tomada unos con otros de verdad.

—Esos idiotas solo necesitan a alguien que les dé una buena reprimenda —refunfuñó Macro.

Deciano sonrió con satisfacción.

—El comandante temporal parece estar haciendo un buen trabajo restableciendo la disciplina, mientras espera que un sustituto asuma el mando. Está claro que la guarnición seguirá necesitando mano firme. Cosa que imagino será el motivo por el que les han enviado a hacer el trabajo, a juzgar por sus expedientes. Hoy he visto los documentos. Impresionantes. Parece que son justo lo que ellos necesitan. Especialmente cuando su columna va a ser una de las que estarán en la línea de combate de la ofensiva de Ostorio.

—Eso suponiendo que no consiga ganarse a los jefes tribales en la reunión que ha convocado —terció Pelino.

—Creo que todos sabemos que eso no va a terminar bien —replicó su amigo—. Parece que lo único que quieren las gentes de este lugar es luchar. Cuando no están liquidando romanos, se dedican a atacarse entre ellos. Ostorio pierde el tiempo, y debería estar dando leña. La única manera de que les entre el mensaje en sus malditas cabezas huecas es dándoles una buena paliza. —Deciano hizo una pausa y abrió mucho los ojos—. Y ya que hablamos de cabezas huecas, ¿habéis visto a ese que estaba en el patio ahora mismo?

Porcia se inclinó hacia adelante con inquietud.

—¿Cómo dices? ¿Un bárbaro aquí, en este local?

—En efecto, señora. Él, su mujer y unos cuantos de sus brutos. Acaban de llegar. Dado que van armados, sin duda van de camino a la reunión del gobernador. El tipo es un maldito gigante. No me gustaría enfrentarme a él en combate.

Macro inspiró por la nariz.

—A mí me parece que cuanto más grandes son, más fuerte caen.

—Bueno, pues necesitaría un hacha de leñador enorme para abatir a ese tipo. En los últimos días, han pasado bastantes por Londinio. Provocaron mucho revuelo porque muchos de los lugareños que tenemos aquí hace años que no se pintan con añil. De hecho, algunos de ellos se han adaptado muy bien a nuestras costumbres y forma de vestir.

Cato lo dudaba. Aunque pudieran aparentarlo y hacer todo lo posible para aprender todo el latín que pudieran, aún se considerarían britanos por encima de todo durante muchos años. Sobre todo cuando las tribus de la provincia todavía se consideraban reinos separados, ferozmente orgullosos de su herencia y de su independencia. Eso cambiaría en cuanto terminara su condición de reino cliente. Era la misma técnica que Roma utilizaba en todas las nuevas provincias: llegar a acuerdos con los gobernantes locales que les garantizaban la protección de Roma, a cambio de la anexión pacífica de su reino en cuanto el gobernante del momento hubiera muerto. Tal vez esto funcionara bastante bien en otras partes del imperio, pero Cato sospechaba que acuerdos como esos no serían tan fáciles tratándose de los belicosos guerreros de Britania. Se terminó el estofado y lo regó con un trago de vino templado, luego miró a Pelino fijamente:

—¿Cómo van los preparativos para la nueva temporada de campaña?

El tribuno adoptó una expresión de cansancio ante la perspectiva de tener que hablar de trabajo, pero Cato lo superaba en rango, y por consiguiente podía dirigir el curso de la conversación a su antojo.

—Casi terminados, señor. Los depósitos avanzados están llenos de suministros, los últimos refuerzos están de camino

para reunirse con sus nuevas unidades, y se está preparando a las monturas de la caballería para soportar condiciones duras. El gobernador quiere que estemos listos para marchar el primer día de buen tiempo de primavera, suponiendo que el intento de conseguir un tratado de paz fracase… Cosa que ocurrirá, sin duda. Después, los dioses dirán. La zona en la que combatiremos es montañosa y con densos bosques. Nuestros exploradores solo han descubierto unos cuantos senderos. Es un terreno ideal para las emboscadas. Si Carataco es listo, se limitará a agotarnos con su táctica de ataques relámpago. Nuestra única esperanza es encontrar sus aldeas y arrasar las suficientes para obligarlos a enfrentarse a nosotros en campo abierto. Entonces, si tenemos suerte, podremos acabar con Carataco y su ejército.

—No pareces muy optimista —dijo Macro.

—Bueno, soy bastante optimista. Porque es lo que el gobernador nos ha dicho que seamos en sus órdenes permanentes. No quiere que pongamos nerviosos a los refuerzos que se suman a nuestro pequeño y alegre grupo. Su planteamiento es no tolerar el derrotismo, y será duro con cualquiera de los subordinados que se atrevan siquiera a sugerir que esta vez no le daremos una paliza a Carataco. De modo que sí, soy optimista. Pero, antes que eso, soy realista. Y yo diría que a quien crea que esto va a ser como un paseo por el foro le espera una sorpresa de la hostia… Me disculpará usted, señora.

Porcia suspiró con exasperación y rechazó la disculpa con un gesto de la mano. Parecía que iba a añadir algo, pero se detuvo de pronto y se quedó inmóvil mirando hacia la puerta de la posada. Cato se volvió para seguir la dirección de su mirada, y vio que dos corpulentos guerreros habían entrado en la taberna de la posada. Llevaban capas pesadas tejidas con un motivo a cuadros blancos y negros, e iban con

el pelo sujeto atrás, trenzado en una larga cola que les colgaba por la espalda. Unos tatuajes de líneas arremolinadas cubrían sus brazos velludos, y unas espadas largas colgaban de los cinturones que llevaban en bandolera. Entraron arrastrando los pies lentamente, y seguidos por varios más de sus compañeros, incluido un hombre enorme que tuvo que agachar la cabeza para evitar la viga que hacía las veces de dintel en la puerta de entrada. A su lado iba una mujer con la cabeza cubierta con la capucha de su capa. La sirvienta echó un vistazo al gigante, y salió a toda prisa por una puerta que había detrás del mostrador, llamando al dueño.

Mientras los recién llegados se dirigían al mostrador, el cabecilla del grupo recorrió la habitación con la mirada hasta posarla en el pequeño grupo de romanos. El hombre tenía una expresión feroz, pero en ella fue asomando un gesto de desconcierto, al tiempo que miraba directamente a Macro y Cato.

—Joder, no me lo puedo creer… —Macro agarró a Cato del brazo—. ¡Mira quién es! ¿Lo reconoces?

—Por supuesto —contestó Cato en voz baja—. Prasutago.

Se oyó un chirrido cuando Macro se levantó del banco y exclamó hacia el otro extremo de la habitación:

—¡Prasutago! Soy yo. Quiero decir…, nosotros. ¡Macro y Cato!

Deciano casi se atragantó con el vino.

—¡No me dirá que conoce a ese bruto!

Macro ignoró al tribuno, avanzó dos pasos hacia el cabecilla del grupo y le tendió la mano. Prasutago se quedó inmóvil un momento, tras el cual esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza, pero sin ofrecerle su mano a cambio. Macro bajó la suya y meneó la cabeza con asombro.

—No me lo puedo creer… Prasutago.

—Hola, centurión. —La voz de una mujer interrumpió el silencio sobresaltado de la posada. Macro se volvió, y vio que la mujer se había quitado la capucha de la capa para dejar al descubierto unas gruesas trenzas de cabello cobrizo. Lo saludó con una sonrisa…, y con ojos centelleantes.

Por un instante, Macro perdió la capacidad de hablar, hasta que tragó nerviosamente y se aclaró la garganta.

—Boadicea…

Capítulo VI

Pues resulta que soy la *reina* Boadicea —dijo acentuando el término. Amaneraba una actitud distante, pero la sonrisa que no pudo contener la delató.

—¿Reina? —Macro frunció el ceño—. No lo entiendo.

—Soy la esposa de Prasutago, y por lo tanto reina de los ícenos. Supongo que tú también has mejorado tu posición desde la última vez que nos vimos. Ya no eres el centurión que conocimos.

Macro negó con la cabeza.

—Sigo siendo el centurión Macro, aunque más viejo de lo que era.

Boadicea se apartó de la barra, se situó al lado de su esposo y le tomó la mano.

—Nos alegra volver a verte.

Los dos oficiales romanos cruzaron la mirada con los jefes de la tribu de los ícenos, y todos se quedaron callados un instante, dejándose llevar por los recuerdos de peligros y apuros compartidos. Macro sintió una profunda sensación de pérdida mientras contemplaba a la mujer cuyo cariño había conocido, cuando Boadicea solo era la hija díscola de un noble iceno. Finalmente, Prasutago ya no pudo seguir manteniendo su actitud distante y regia, y soltó un efusivo rugido de alegría, tras lo cual se precipitó hacia adelante y estrechó a Macro en un abrazo de amistad con el que casi le rompió las costillas.

—¡Ja! ¡Me alegro de volver a verte, romano! Han pasado demasiados años.

Macro apretó los brazos del gigante y se liberó del poderoso abrazo. Inspiró profundamente antes de responder:

—Veo que has aprendido un poco más de latín desde la última vez.

—Está bien hablar el idioma de tu amigo —repuso Prasutago con un marcado acento, pero con palabras fácilmente comprensibles. Entonces se volvió hacia Cato, y le estrechó la mano con una sonrisa cordial—. Y tú, Cato, por lo que veo sigues siendo igual de astuto y valiente. —Dio unos toques en la cicatriz que descendía desde la frente de Cato—. La marca de un guerrero, ¿eh?

—Más bien la marca de uno que no supo esquivar una espada a tiempo —dijo Cato con una sonrisa.

Su esposa se acercó y miró a Cato con semblante ligeramente preocupado.

—La última vez que nos vimos no eras más que un jovencito impertinente. Ahora tu aspecto se parece más al que Macro tenía entonces.

—¿Cómo dices? —interrumpió Macro—. Entonces, ¿qué aspecto tengo ahora?

Boadicea lo miró con detenimiento.

—Tienes más arrugas y algunas canas, pero sigues siendo el mismo Macro que conocí. Y más vale así. Me alegra ver a un viejo amigo… —Su tono se volvió más serio—. Ahora más que nunca es necesaria la amistad. Las relaciones entre Roma y los ícenos son frágiles. Supongo que estaréis al corriente de nuestra historia reciente, ¿no?

—Nos enteramos de lo de la rebelión —dijo Cato—. Es una lástima…

—¿Una lástima? —Prasutago enarcó las cejas—. Fue una tragedia. Una traición del vínculo entre nuestro pueblo y Roma. Ostorio exigió que rindiéramos las armas incluso

después de haberle dado mi palabra de honor de que respetaríamos nuestra alianza con el emperador. Algunos las entregaron. Otros no lo hicieron y murieron empuñando la espada. —Prasutago agachó la mirada—. Fueron unos idiotas, pero unos idiotas valientes. Tal vez…

—Hiciste lo correcto. —Boadicea le dio un apretón en la mano—. Sobreviviste, y ahora sirves al pueblo iceno. Te necesitan.

Prasutago asintió levemente. Cato se dio cuenta de que su honor había sido herido, pero no pudo evitar el impulso de averiguar los detalles de toda la historia.

—Y dime, ¿cómo llegaste a ser rey?

—Fui uno de los pocos que no participó en la rebelión. Estaba demasiado enfermo para luchar junto a mis hermanos. De modo que, cuando todo terminó, el gobernador me eligió para sustituir al viejo rey. Lo mataron en combate.

—Entiendo. Ahora veo que al menos una de las decisiones de Ostorio fue acertada. —Cato se volvió y señaló su mesa con un gesto—. ¿Os apetece beber con nosotros? La señora es la madre de Macro, y los otros dos compañeros del ejército.

—¿La madre de Macro? —Boadicea arqueó una ceja—. Vaya, es alguien con quien me encantaría hablar.

Pero Prasutago miraba con frialdad a los dos tribunos y negó con la cabeza.

—Otro día, amigos míos. Cuando podamos hablar con libertad.

Al oír aquellas palabras, Pelino se sonrojó y se puso de pie. Se dirigió a Cato.

—Gracias por el vino, señor. Nos esperan de vuelta en el cuartel general, y si no le importa tenemos que marcharnos.

El otro tribuno pareció sorprendido, pero entonces lo entendió y asintió con la cabeza. Se despidieron de Porcia

con una inclinación, y dejaron la posada sin siquiera mirar a los gobernantes ícenos. Se hizo un silencio tenso, hasta que Boadicea lo rompió:

—Supongo que sabéis lo de la asamblea de las tribus, ¿no?

—Sí. Formaremos parte del séquito del gobernador.

—Entiendo. —Su voz pareció perder un poco de cordialidad—. En tal caso, os veremos allí, o quizás en algún punto del camino.

—Lo estamos deseando. Y ahora, ¿qué me decís de ese vaso de vino? Tenemos que ponernos al día de muchas cosas.

Boadicea estaba a punto de responder, cuando su marido intervino de nuevo:

—En otro momento. En algún lugar menos… romano. Vamos. —Tomó a Boadicea del brazo y la condujo suavemente hacia la puerta. Prasutago gruñó una orden a sus guerreros, y estos se fueron retirando de la posada, se reunieron con ellos y el pequeño grupo salió y cerró la puerta.

Macro se encogió de hombros con tristeza.

—¿Así tienen que ser las cosas entre nosotros? ¿Ahora que acabamos de encontrarnos con ellos otra vez?

—El tiempo pasa factura de muchas formas, viejo amigo —dijo Cato con cariño.

Macro lo fulminó con la mirada.

—¿Viejo? Vete a la mierda. Volvamos con nuestro vino. Al menos ahora no tenemos que compartirlo con esos tribunos gorrones.

Volvieron al banco y se sentaron enfrente de Porcia. Cato levantó la jarra, frunció el ceño al notar lo poco que pesaba y la sacudió. Se oyó un débil sonido de líquido en su interior. Volvió a llenar la copa de Macro, echó lo que quedaba en la

suya y la levantó para brindar, en un esfuerzo por devolver un poco de alegría al ambiente.

—Brindo por vuestro nuevo negocio. Estoy seguro de que será un gran éxito, a juzgar por la cantidad de clientela de paso que parece que cruza por esa puerta.

Porcia levantó su copa con poco entusiasmo.

—El éxito sería mayor si algunos de ellos se quedaran a beber algo.

Cato echó un vistazo a los posos que quedaban en su copa.

—O incluso si pagaran una o dos rondas.

—A ver, ¿dónde están esos alborotadores? —exclamó una voz que venía del mostrador. Cuando Cato se volvió a mirar, vio que un hombre fornido de pelo cano salía de la puerta que llevaba al almacén. La sirvienta se asomó por detrás de él con inquietud. El posadero recorrió con la mirada la sala en la que sus clientes bebían tranquilamente, y luego se volvió hacia la muchacha—. ¿Y bien, dónde demonios están?

Ella retrocedió encogida hacia la puerta, y el hombre le asestó un fuerte manotazo en la cabeza.

—¡Deja de hacerme perder el tiempo, zorra estúpida! ¡Entra ahí y echa carbón a la lumbre!

La chica se tambaleó a consecuencia del golpe, y luego se encorvó y fue corriendo a hacer lo que le había ordenado su amo.

Cato señaló al hombre con un gesto de la cabeza.

—Supongo que ese es el propietario y vendedor de la posada, ¿no?

—Así es. —Cuando cruzó la mirada con él, Porcia le hizo señas al posadero—. Creo que es hora de cerrar el trato, ahora que mi querido hijo ha accedido a invertir en mi nuevo negocio.

—¿Invertir? —repitió Macro con ironía—. Más bien parece que me han atracado.

Porcia no hizo caso de las quejas de su hijo y sonrió al posadero que se acercaba a su mesa. El hombre se movía con la seguridad de quien estaba acostumbrado a mandar y no toleraba que ningún subordinado causara el más mínimo problema. Estaba empezando a perder pelo, pero aún conservaba la fortaleza física que lo había llevado a superar más de una batalla. Cato no tenía duda de que aquel tipo podría solucionar las cosas rápidamente con cualquier cliente que se descontrolara en su local, y cuando estuvo lo bastante cerca como para ver bien sus rasgos, el joven prefecto tuvo un pequeño sobresalto de sorpresa y exclamó a modo de saludo:

—¡Centurión Cayo Tulio!

El posadero aminoró el paso, miró a sus clientes entrecerrando los ojos con desconfianza, y entonces su expresión cambió de pronto y sonrió con expresión radiante.

—¡Qué me jodan si no son Cato y Macro! ¿Qué demonios estáis haciendo aquí vosotros dos? Creía que hacía años que habíais dejado la Segunda Legión.

—Y así fue —respondió Macro con una amplia sonrisa—. Pero por lo visto, muchacho, habéis estado teniendo algunas dificultades con los lugareños y necesitáis recurrir a los servicios de unos cuantos soldados de verdad para solucionarlo.

—¡Venga ya! —Tulio le dio un manotazo en el hombro a Macro—. Nos las hemos arreglado bastante bien sin que aparecierais vosotros dos a alborotar las cosas. De todos modos, esto es toda una sorpresa, y siempre me alegro de ver a antiguos compañeros. Saben los dioses que quedamos pocos. —Se volvió a mirar a Porcia—. Ah, es usted, señora. ¿Está con ellos? —Guiñó un ojo—. ¿O ellos con usted?

Porcia lo miró con frialdad.

—Si se supone que eso hace gracia, no se la veo. Resulta que el centurión Macro es mi hijo.

Tulio se volvió a mirar a Macro con expresión de asombro.

—Entonces, ¡¿tienes madre?!

Tomó un taburete y se sentó.

—¡Tulia! —gritó—. Trae otra jarra de vino. ¡Del bueno! Espera… ¡El galo servirá! En fin, ¿qué me contáis? ¿Cómo es que habéis vuelto a esta cloaca? No será porque os gusta el tiempo que hace por aquí…

—¿Cloaca? —Porcia le clavó la mirada—. ¿Por eso vendes? Puede que tengas que rebajar el precio en mil o dos mil.

Tulio agachó la cabeza y reconoció su torpe comentario.

—Vendo porque quiero retirarme a un lugar cálido en la Campania, señora. En realidad, Londinio no tiene nada de malo. Se puede hacer un buen dinero aquí. ¿Cómo iba a querer engañar a la querida madre de uno de mis antiguos compañeros de armas? Además —añadió endureciendo levemente el tono—, creía que habíamos cerrado un trato.

—No. Yo hice una oferta. Tú dijiste que lo considerarías. Y ahora, viendo tus ganas de vender, estoy reconsiderando la oferta que hice. Creo que nueve mil es un precio más razonable.

Tulio no pudo ocultar su sorpresa ante la aspereza de su tono.

—Joder, tiene usted una vena dura e implacable. No hay duda de que es tu madre, Macro… El precio sigue siendo diez.

—Nueve.

—Y quinientos.

Porcia se mordió el labio brevemente.

—Nueve mil quinientos.

Tulio frunció el ceño.

—Bueno, ya que es familia de Macro, trato hecho. Pero salgo perdiendo. —Se escupió en la palma de la mano y la tendió. Porcia se la estrechó de inmediato, antes de que

tuviera oportunidad de cambiar de opinión, y sellaron de este modo el trato. Llegó la sirvienta con otra jarra de vino, la dejó en la mesa y se retiró a toda prisa. Tulio sirvió un vaso para cada uno, lleno hasta el borde, y alzó el suyo.

—¡Por la Segunda Augusta!

—¡Por la Segunda! —corearon Macro y Cato, y apuraron sus copas. El vino era mejor de lo que Macro se había esperado, y tomó la jarra de inmediato para volver a llenar los vasos.

—Tómatelo con calma —dijo Porcia con firmeza—. Ahora esto forma parte de mis existencias. La próxima jarra tendrás que pagarla, ¿me oyes?

Tulio sonrió con aire triste.

—Dura como una roca. En fin, supongo que vosotros dos habéis venido para reforzar las filas de las legiones en la nueva campaña de Ostorio.

—En efecto —dijo Cato. Macro va a ir a la Decimocuarta como centurión superior.

—¡Pfftt…, la Decimocuarta, un hatajo de maricas! Creo que no sirven ni para lamerles las botas a los de la Segunda.

Macro fue cauto a la hora de criticar la reputación de su nueva unidad, porque estaba seguro de que desarrollaría de forma natural un orgullo por la Decimocuarta. Apretó los labios, se sirvió un poco más de vino y masculló:

—Ya veremos.

Tulio se volvió hacia Cato.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Vas a unirte a la gente de Macro? Estoy seguro de que no le vendría mal tener a un centurión como tú.

Cato tuvo un momento de incomodidad.

—No. A mí me han destinado a una unidad distinta. A la cohorte de caballería tracia. Me han dado… el mando.

Tulio puso cara de asombro.

—¿A ti? Entonces... ¡debes de haber llegado a prefecto! ¡Joder, eso sí que es una sorpresa! La última vez que nos vimos solo eras un centurión subalterno... —Hizo una pausa y se movió en su asiento con aire avergonzado—. Maldita sea… Bien hecho, muchacho. Quiero decir…, señor.

—Eso no es necesario —repuso Cato—. Estamos fuera de servicio. Quiero decir que… ahora estás fuera del ejército.

—Puede ser, pero todavía tengo respeto por el rango. Y por el hombre que lo ostenta. Prefecto Cato… ¡Ahí es nada! Es fenomenal. Por los dioses que debes de haber visto mucha acción y haberte cubierto de gloria para que te ascendieran a prefecto. O eso, o es que te has tirado a la parienta del emperador. ¡O quizá se te ha tirado Claudio a ti! Por lo que he oído, es un viejo cachondo.

Macro apuró la copa y levantó un dedo.

—Basta ya. Cato se ganó el rango por las malas. Lo sé. Vi cómo lo hacía.

—En tal caso, ¡bien por él! —admitió Tulio—. Y ahora venís a parar aquí los dos, a la tumba de la ambición, o eso dicen.

—¿Y qué significa eso?

—Significa que aquí no hay gloria que obtener. Ya no. Se han terminado las grandes batallas. Carataco y los suyos se han retirado a las montañas. La mayoría de nuestros muchachos están metidos en pequeños fuertes, vigilando con cautela a los nativos e intentando que no los maten cuando salen de patrulla. De vez en cuando logramos perseguir a unos cuantos de esos cabrones pintarrajeados, hasta que se esconden y los perdemos. Pero al ritmo que van las cosas, me atrevería a decir que Roma seguirá luchando por domar a estos britanos mucho después de que se haya olvidado que aquí hubo una invasión. ¿Queréis mi consejo? Solicitad un traslado en cuanto tengáis oportunidad.

—Te equivocas —replicó Macro—. Ostorio está a punto de darles una última oportunidad de someterse a Roma, luego los atacará con todo lo que tiene... —Ya empezaba a arrastrar las palabras.

Tulio se rio.

—¿De verdad? ¿Acaso crees que es la primera vez que un gobernador intenta machacar a esos cabrones? ¿Qué te hace pensar que tiene más posibilidades de terminar el trabajo que Aulo Plautio intentó antes que él?

Macro agitó un dedo hacia Cato y se dio una palmada en el pecho.

—Porque esta vez nosotros vamos a luchar por él. ¡Por eso!

Cato entrecruzó los dedos y meneó suavemente la cabeza.

Macro había empezado a entusiasmarse con el tema, y levantó el puño con emoción.

—¡Carataco se va a enterar, ya lo verás! Lo haremos sangrar hasta el tuétano, y le daremos la paliza que se merece como el canalla que es. Todo habrá terminado antes de las Saturnales.

—¿Quieres apostar por eso? —le preguntó Tulio con malicia.

—¡Por supuesto que sí! —Macro asintió moviendo enérgicamente su enrojecido rostro.

—¡Macro! —exclamó Porcia con brusquedad—. ¡No!

Antes de que su hijo pudiera reaccionar, se notó una corriente fría cuando se abrió la puerta y un funcionario del cuartel general entró en la posada. Fue mirando a su alrededor, hasta que divisó la mesa en la que estaban sentados Cato y los demás, en el preciso momento en el que Macro miraba por encima del hombro para bramar:

—¡Cierra de una vez esa maldita puerta!

—Lo siento…, señor. —El funcionario empujó la puerta y el cerrojo encajó en su lugar, tras lo cual se dirigió hacia la mesa y se cuadró—. Perdone, prefecto, pero el gobernador le manda saludos y dice que ambos tienen que estar listos para sumarse a él mañana por la mañana, cuando salga hacia Durocornovio.

—Está bien —asintió Cato—. Allí estaremos. Puedes irte.

El hombre inclinó la cabeza y se marchó. Cato se puso de pie.

—Vamos, Macro. Tenemos que encontrar a Décimo y preparar nuestro equipo. Lo mejor es que nos retiremos temprano.

—A la mierda. Estoy disfrutando de una copa con Tulio, aquí presente. Vendré cuando acabe.

Por un instante, Cato consideró ordenar a su amigo que fuera con él. Pero sabía que con eso solo conseguiría ponerlo de mal humor. Mejor dejarlo beber hasta que se hartarse y volviera a sus dependencias contento y borracho. Además, la inevitable resaca de su amigo a la mañana siguiente le proporcionaría cierta paz y tranquilidad durante el camino a Durocornovio.

Capítulo VII

Al día siguiente, poco después de amanecer, Porcia fue a despedirse de ellos.

Cato había proporcionado a Décimo plata suficiente para comprar tres mulas, dos para llevar el equipaje y una para que la montara el sirviente. El gobernador había autorizado el suministro de dos caballos para Cato y Macro. No hubo ninguna escena lacrimógena de despedida a las puertas de la ciudad, simplemente porque todavía no se habían construido y Londinio se iba desvaneciendo en medio de una población de chabolas que se extendía a ambos lados del camino que llevaba al oeste. Temiendo por la seguridad de su madre entre los ciudadanos de aspecto bárbaro de aquella comunidad de arrabal, Macro detuvo su caballo, esperó a que hubiera pasado el último de los hombres de la pequeña columna y le dio un breve beso en la frente. Deseó no tener la cabeza a punto de estallar. Tampoco le gustaba la fuerte sensación de náusea que tenía, y que amenazaba con humillarlo delante de sus compañeros si acababa vomitando.

—Es mejor que nos separemos aquí —dijo Macro—. No sé hasta qué punto me fío de esta gente.

Hizo un gesto con la cabeza hacia algunos de los habitantes que se habían levantado temprano y observaban a los romanos conduciendo sus caballos por el camino lleno de rodadas.

—Estaré bien. —Se apartó la capa para dejar al descubierto una cachiporra que llevaba colgando del cinturón de la túnica—. Un recuerdo de mis días en Arimino.

—Intenta no matar a demasiados nativos —bromeó Macro para intentar alegrar los ánimos en su despedida—. Deja algunos para mí. Al fin y al cabo, es mi trabajo.

Porcia esbozó una sonrisa, puso la mano en la mejilla de su hijo y lo miró fijamente.

—Cuídate, y cuida bien de Cato. No hagas ninguna estupidez. Te conozco. Sé cómo eres. No corras riesgos innecesarios. ¿Entendido?

Macro asintió.

La mujer suspiró y meneó la cabeza.

—Quizás algún día tengas un hijo. Entonces lo entenderás… Entenderás lo que siento. Y ahora vete. Antes de que me hagas llorar.

—Eso está por ver —dijo Macro con voz cansina—. Eres dura como una roca.

—¡Vete!

Sin decir ni una palabra más, y sin más vacilación, Porcia bajó la mano, dio media vuelta y enfiló nuevamente el camino de regreso hacia el corazón de Londinio. Macro se la quedó mirando un buen rato, pero ella no volvió la vista atrás.

—Dura como una roca… —repitió él entre dientes.

Solo al perderla entre el gentío tiró de las riendas de su montura y avanzó con paso resuelto para alcanzar al resto de la escolta del gobernador. Mientras pasaba con su caballo, la mayoría de los nativos, habiendo saciado su curiosidad, daban ya media vuelta y volvían a sus rudimentarias chozas. Macro alcanzó pronto al grupo, porque el gobernador no había dado la orden de montar a sus hombres hasta que hubieron dejado atrás la última de las cabañas y salieron a campo abierto.

Cato había aprendido a montar siendo un recluta, y había practicado un poco en los años posteriores, pero aún no se sentía totalmente cómodo en la silla, y el caballo que le habían dado tenía cierta tendencia a dar sacudidas y tirones nerviosos al menor atisbo de movimiento en la periferia de su visión. Ostorio cabalgaba algo por delante de sus hombres, pero de vez en cuando miraba por encima del hombro a Cato, que comprendió perfectamente su propósito: el gobernador estaba poniendo a prueba a su nuevo comandante de caballería para ver cómo manejaba una montura difícil. Por consiguiente, Cato se concentró en mantener a raya a la bestia e intentar anticiparse a sus reacciones al entorno, para asegurarse de que no se desbocaba ni se encabritaba, y de que no lo pusiera en una situación embarazosa.

El camino era desigual, con frecuencia poco más que un sumidero embarrado, pero allí donde el suelo era especialmente blando los ingenieros del ejército habían calzado troncos con tierra apisonada para que proporcionaran una superficie estable a las columnas en marcha, los jinetes y el tráfico rodado. Aunque no llovía, el cielo estaba nublado, y cúmulos de niebla llenaban las hondonadas del paisaje. Como no había sol para disiparlas, seguro que permanecerían allí durante casi todo el día. Cato entendía perfectamente por qué era esa la impresión de la isla que prevalecía en las mentes romanas. El aire con aroma a campiña era fresco, y suponía un alivio después del sofocante hedor de Londinio. Estaban a finales de abril, y las ramas desnudas de los árboles y arbustos mostraban ya algunos brotes. Las flores más primerizas y resistentes salpicaban el paisaje de colores vivos. Poco después, la ciudad no tardó en quedar atrás, y solo un débil matiz marrón en el ondulante horizonte señalaba su presencia.

El joven prefecto no tardó en dominar el peculiar temperamento de su caballo, de modo que pudo prestar un poco de atención a sus compañeros. Había habido una breve ronda de presentaciones en el cuartel general del gobernador antes de ponerse en marcha, pero Cato había olvidado la mayoría de sus nombres. Sin embargo, estaba familiarizado con ese tipo de hombres. Aparte de Ostorio, había diez legionarios escogidos que actuaban como su escolta personal. Veteranos duros con una buena hoja de servicios y en los que se podía confiar: hombres que darían su vida por proteger al gobernador. Luego estaban los tribunos. Seis oficiales subalternos que pasarían por una sucesión de empleos en la administración civil, y que quizás algún día se vieran recompensados con el ascenso al senado. A partir de ahí, a unos pocos elegidos se les concedería el puesto de gobernador de una de las provincias de Roma. Ostorio Escápula había sido uno de esos hombres: uno de los pocos que llegaban a gobernador. Había dedicado su vida a los ideales gemelos de Roma y a dar lustre a su apellido. Cato pensó que sin duda aquel hombre había albergado la esperanza de domar Britania como final adecuado para su larga carrera. Qué lástima que las tribus nativas tuvieran ideas distintas al respecto.

El último miembro del grupo era un traductor nativo, aunque con su cabello castaño bien cortado, la túnica roja y la capa, fácilmente podría pasar por romano. Lo único que señalaba su verdadera herencia era el brillo de la ornamentada torques que llevaba en torno al cuello. Marcomio, la versión latinizada de su nombre nativo, tenía más de treinta años, era delgado e iba bien acicalado. Estaba claro que había abandonado las costumbres de su gente.

Cato cabalgaba detrás de los tribunos, en tanto que Macro se había rezagado para unirse a los hombres de la

guardia personal del gobernador y entablar conversación con ellos. Su alegre charla se mezclaba con el retumbo sordo de los cascos de los caballos, mientras la pequeña columna seguía el camino a través de las verdes colinas del territorio de los atrebates. Había abundantes cultivos y pequeñas granjas, y unas cuantas villas, con sus modélicos campos más regulares, desperdigadas entre los bosques restantes de viejos robles y árboles más pequeños. De vez en cuando, pasaban junto a algunos de los aldeanos que trabajaban la tierra. Cato se fijó con aprobación en que Ostorio los saludaba con una sonrisa, y sus oficiales seguían su ejemplo. Nunca pudo comprender la actitud altanera y despótica de muchos romanos hacia las gentes que habían conquistado. La manera más rápida de romanizar a una población era fomentar las buenas relaciones. La manera más rápida de ponerse a malas con ellos era insultarlos y tratarlos como a inferiores, una política que solo provocaba amargo resentimiento, cuando no resultaba en franca revuelta.

Después de unos ocho kilómetros de recorrido, Ostorio tiró suavemente de las riendas y aminoró el paso hasta situarse junto a Cato. El camino había descendido en pendiente hasta un valle poco profundo, lleno de una niebla que envolvía a los jinetes y dibujaba formas vagas en los árboles y arbustos a ambos lados. Intercambiaron un saludo con la cabeza, tras lo cual el gobernador empezó a hablar.

—Antes de salir, informé a mis tribunos y a la escolta, pero quiero asegurarme de que tanto tú como el centurión Macro estéis al corriente. Como podrás suponer, esta es una ocasión decisiva. Nuestra última oportunidad de conseguir la paz con Carataco y sus seguidores. Por supuesto, no hay ninguna garantía de que él aparezca. Sin embargo, doy por hecho que habrá algún jefe que comparta sus opiniones, y que sin duda le informará. La gran mayoría ya son sólidos aliados. Hay que admitir que otros son más reticentes. Aun

así, creo que habrá más voces que se alcen a favor de la paz que por la guerra, y al menos esta reunión servirá para poner énfasis en el aislamiento de los que todavía se muestran belicosos. Dicho esto, no doy nada por sentado. Tú y tu subordinado trataréis a los delegados nativos con cortesía y respeto en todo momento. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Y esto también incluye a los druidas que pueda haber presentes.

—¿Druidas? Creía que eran nuestros enemigos más acérrimos, señor. Desde luego, este era el caso la última vez que Macro y yo servimos aquí.

—Bueno, siguen odiándonos a muerte, pero si no permitimos que asistan no hay ninguna posibilidad de paz. Espero que se les pueda convencer para que entren en razón.

Cato chasqueó la lengua.

—Los druidas que yo conocí eran fanáticos, señor. Gustosamente preferirían morir antes que ceder ni un palmo ante Roma.

Ostorio se volvió a mirarlo con expresión irritada.

—Como ya te he dicho antes, prefecto, eso fue hace varios años. Los hombres cambian. Incluso los enemigos más implacables pueden hartarse de matarse unos a otros y desear la paz.

—La mayoría de hombres, sí, señor. Pero ¿los druidas?

—Este es el tipo de conducta que debes dejar de lado. Es el motivo por el que te estoy diciendo esto. No puede haber ningún malentendido entre nosotros, prefecto Cato. Te comportarás como te he dicho, y con todos los que asistan a la reunión, incluidos los druidas… No, particularmente con los druidas. Y eso va también por el centurión. No toleraré que ninguno de los dos cause problemas. Es más que una orden: es «la orden».

—Sí, señor.

—Bien. Esto mismo se aplica a Carataco, si es que acaba apareciendo. O a cualquiera que represente a los siluros o a los ordovicos.

—Lo entiendo, señor.

—Pues sé tan amable de asegurarte de que el centurión Macro también lo entienda.

Dicho esto, el gobernador espoleó a su caballo para retomar su posición a la cabeza de la pequeña columna. Cato lo observó con recelo. Daba la impresión de que Ostorio podría estar exponiéndose demasiado en su deseo por conseguir la paz. Aunque pudiera convencer a Carataco de que depusiera las armas, el gobernador debía de saber que los términos de una paz semejante serían inaceptables para Roma si pudieran interpretarse como una lección de humildad para el emperador y sus legiones. Por mucho que Cato compartiera el deseo de Ostorio de poner fin a las hostilidades, sabía que el resultado más probable sería la reanudación de la amarga lucha. Cosa que a Macro le venía estupendamente, reflexionó Cato con una sonrisa forzada. Su amigo parecía crecerse con la expectativa de librar batalla. En ella estaba en su elemento, como pez en el agua. Sería interesante ver cómo su amigo sobrellevaba las órdenes del gobernador.

Cato refrenó a su caballo y esperó a que Macro y los legionarios lo alcanzaran. El centurión parecía haberse recuperado de la resaca, y estaba contando una historia mientras mantenía agarrado un odre de vino que le había pasado uno de los hombres.

—… y yo dije: «Es una pena que ella solo tenga una pierna». ¡Y no lo pilló!

Los demás estallaron en carcajadas cuando Cato llegó a la altura de su amigo.

—Ese es viejo. Al menos debe de ser la décima vez que lo oigo.

—Los chistes son como el vino, mejoran con el paso del tiempo —repuso Macro, y enganchó las riendas al pomo de la silla para poder levantar el odre y echar un trago rápido.

—¿Te parece prudente?

Macro chasqueó los labios y se encogió de hombros.

—Un traguito para curar la resaca, ya sabes.

—Me pregunto qué diría tu querida madre.

—Ni te lo imaginas. Bueno, ¿qué haces aquí, visitando a los reclutas?

—Transmitir órdenes del gobernador. Quiere que demostremos nuestro mejor comportamiento delante de los lugareños. Por lo que yo en tu lugar no le daría demasiado al vino.

—No hay problema, puedo manejarlo cuando quiero. Ahora mismo solo estoy echándome unas risas con los muchachos. Puedes confiar en que cuando llegue el momento interpretaré bien mi papel. ¿Te he decepcionado alguna vez?

—Decepcionarme, lo que se dice decepcionarme, no. Me metiste en unas cuantas peleas en tus buenos tiempos. Hay un momento y un lugar para eso. De momento, tenemos que ser buenos chicos. Ciudadanos modélicos.

—Si hubiera querido ser un ciudadano modélico nunca me hubiera alistado en el ejército.

—Tenemos órdenes, Macro. No hay más que hablar.

Macro asintió con expresión adusta y se rezagó para devolverle el odre de vino a su propietario, tras lo cual volvió a reunirse con el prefecto, que iba mirando con cautela de lado a lado mientras la columna atravesaba la inquietante niebla. El centurión no pudo evitar soltar un resoplido irónico.

—Solo espero que las tribus tengan el mismo interés por el buen comportamiento. Este sería un buen lugar para una emboscada. Podrían atacarnos por todos lados antes de que nos diéramos cuenta.

—Gracias por esta idea tan reconfortante. —Cato aguzaba el oído y la vista para captar cualquier movimiento o sonido sospechoso, pero no se oía nada, aparte de la conversación amortiguada entre los tribunos y el ruido continuo y sordo de los cascos de sus caballos. Por encima de ellos, el cielo se despejó un poco y el sol apareció en forma de un disco pálido que proporcionaba luz, aunque poco calor.

Pasaron varias horas, y la sensación de estar atravesando las nubes solo se disipó brevemente cuando el camino llegó a la cima de una baja colina, antes de descender de nuevo hacia otro valle y más niebla. Cuando el sol alcanzó su cénit, el gobernador detuvo la columna para dejar descansar a los caballos y permitir a sus hombres un breve respiro de las sillas de montar. Dos de los legionarios avanzaron a paso ligero para sostener las riendas de los caballos de los oficiales, mientras estos estiraban las piernas.

Ostorio sonrió a Cato.

—¿Qué tal sienta pisar de nuevo suelo britano? No hay sitio igual en todo el imperio para hacer que se te erice el vello de la nuca, ¿verdad?

Cato recordó que las nieblas y neblinas de Britania podían envolver el paisaje durante días, haciendo estragos en la imaginación de algunos hombres. No era algo que atormentara en exceso a Macro, por supuesto, pero a él le provocaba una sensación de tensa inquietud. Estaba a punto de responder a Ostorio cuando lo oyó. El débil sonido de unos cascos golpeando contra el suelo del camino.

Ostorio dejó de sonreír de inmediato, se apartó del camino y miró más allá de los hombres de su guardia

personal, que estaban junto a sus monturas, escudriñando la niebla en silencio.

—Centurión Macro, saca a esos hombres del camino, y también a ese criado tuyo. La mitad en cada flanco, a quince metros de distancia, y espera mi orden antes de actuar. El resto de vosotros, montad y formad a cada lado del camino.

Mientras los soldados ocupaban sus posiciones, Cato y los demás subieron a las sillas y formaron una línea perpendicular al camino. Ostorio se quedó escuchando y fue el último en montar. Luego hizo avanzar a su caballo para situarse en medio del camino a una corta distancia por delante de sus oficiales. Cato vio que el gobernador bajaba la mano al pomo de su espada, y que la dejaba allí apoyada mientras esperaba. El sonido de los caballos que se acercaban ya se oía con mucha más claridad, y uno de los tribunos subalternos que estaba junto a Cato se aclaró la garganta con nerviosismo.

—¿Cuántos cree que son…?

Cato no estaba seguro de a quién iba dirigida la pregunta, pero sabía que el joven oficial necesitaba que lo tranquilizaran. En sus primeros años de servicio, había oído el sonido de los caballos tantas veces que podía intentar adivinar de cuántos jinetes se trataba:

—Yo diría que no más de diez.

El tribuno asintió y, siguiendo el ejemplo de su comandante, apoyó la mano en el pomo de su espada. Cato se fijó en el temblor nervioso de los dedos del oficial. Recordó sus primeros días en el ejército, y el miedo que sentía en los momentos previos a la batalla, cuando el combate parecía inminente. Ahora sabía que aquel miedo acababa desapareciendo, pero aún sufría la persistente angustia de fallar a sus compañeros, sobre todo a Macro. Eso y el terror a recibir una herida que lo incapacitara y lo convirtiera en objeto de lástima y ridículo. Su montura lo

distrajo de sus pensamientos cuando se asustó de pronto e intentó retirarse de la línea. Cato hincó los talones con firmeza, y apretó los dientes mientras se esforzaba por calmar al animal y lograr que volviera a su posición. Cuando lo consiguió, el sonido de los cascos ya se oía mucho más cerca. Entonces una forma oscura surgió de la penumbra y, al cabo de un instante, se oyó un grito en un idioma tribal. El jinete frenó su montura bruscamente, y aparecieron varios más por detrás de él. La mayoría formaron a ambos lados de él, y otros detrás. Cuando todos estuvieron alineados, sonó una voz en el mismo idioma que pedía que se identificaran, y Ostorio levantó la mano derecha para saludar y respondió:

—¡Romanos!

La respuesta llegó en forma de un brusco refunfuño, al cual siguió la calma y el silencio. Un débil sonido metálico sonó cerca de Cato, y al mirar a un lado vio que la espada del tribuno salía de la vaina.

—¡Guarda eso, idiota! —le ordenó entre dientes—. No hacemos nada sin una orden del gobernador.

El tribuno guardó la espada a medio desenvainar, cerró el puño con fuerza y volvió a abrirlo.

—¡Avanzad para que os reconozca! —gritó Ostorio. Hubo una pausa tensa, hasta que uno de los britanos hizo avanzar su caballo y salió de entre la niebla, que reveló a un hombre robusto con una capa ribeteada de piel bajo la cual se distinguía el brillo apagado de una cota de malla. El pelo le caía sobre los hombros, y cuando estuvo más cerca el gobernador bajó la mano e inclinó la cabeza a modo de saludo—: Rey Prasutago.

—Gobernador Ostorio —respondió una voz grave y retumbante—. Por un momento, pensé que quizá se trataba de una emboscada.

—¿Quién iba a tenderos una emboscada aquí, en un territorio que controlamos?

—Todos tenemos nuestros enemigos. —Prasutago se volvió, hizo señas a su séquito para que se acercaran y estos avanzaron al trote para reunirse con su líder, en tanto que Ostorio ordenaba a Macro y a la escolta que volvieran al camino. Los jinetes ícenos miraron a su alrededor con desconfianza cuando los legionarios aparecieron por ambos lados. El gobernador hizo avanzar poco a poco a su montura y estrechó el brazo de Prasutago.

—Sería un honor que os unierais a nosotros para hacer el resto del viaje a Durocornovio.

—También sería un honor para mí, si os unís a nosotros.

Ostorio guardó silencio un instante, tras el cual asintió.

—Muy bien, estaré encantado de aceptar su invitación.

La tensión disminuyó, y Cato oyó que el tribuno que estaba a su lado resoplaba largamente mientras se relajaba en la silla de montar.

Poco después, el ampliado grupo de jinetes salió de entre la niebla cuando el camino ascendió suavemente hacia otro mucho más transitado, el cual transcurría por lo alto de la cadena de montañas bajas que se extendían hacia el oeste. Las nubes empezaron a dispersarse, y el sol brillaba intermitentemente desde unos claros de cielo azul proyectando sombras que se deslizaban por el paisaje. El gobernador cabalgaba junto a Prasutago, con quien de vez en cuando intentaba entablar conversación. Los guerreros ícenos los seguían. Tras ellos iba la reina Boadicea, flanqueada por Cato y Macro, y a continuación el resto de los romanos.

—Esperaba que pudiéramos alcanzaros —admitió ella—. Después de la susceptibilidad que reinaba anoche en la atmósfera de esa posada, quería tener la ocasión de mostrarme un tanto más amable.

A diferencia de su esposo, ella había aprendido el idioma de los romanos siendo muy joven, gracias a un mercader

contratado por su padre, quien había previsto la necesidad de poder entablar conversaciones con la gran potencia que había llegado a las costas de la Galia y que había estado lista para invadir Britania durante muchos años antes de dar el paso decisivo.

—Ha pasado mucho tiempo —continuó diciendo—. Pero no has cambiado mucho, Macro. Sigues siendo el guapo granuja de siempre.

El centurión soltó un gruñido evasivo. Le resultaba difícil reencontrarse con una mujer con la que había tenido una relación íntima que ahora era imposible. También había habido afecto, pero en gran parte había sido puro deseo. La presencia de Prasutago, con quien Boadicea se había prometido la última vez que Macro la había visto, dificultaba aún más las cosas. Ahora ella era su esposa, y él era el rey de los ícenos. Era una situación endiabladamente incómoda, y Macro no estaba seguro de cómo debía abordarla. Estaba claro que de ninguna manera podía volver a tratarla como antes. Pero también le resultaba difícil tratarla con la formalidad que correspondía a su nueva posición. Y ahora, el acercamiento amistoso de Boadicea no estaba mejorando la situación, precisamente.

—Pero tú, Cato, ahora pareces todo un curtido veterano, y esa cicatriz es muy atractiva. Te da un aspecto un tanto salvaje.

—Es lo que dice mi mujer.

—¡Y además estás casado! No debería sorprenderme. ¿Quién es la afortunada?

—Se llama Julia.

—¿Y dónde está?

—En Roma.

—¡Oh, vaya! No debe de ser fácil para ninguno de los dos. ¿Por qué no la has traído aquí contigo?

Cato no respondió de inmediato. Quería explicarse, decir que Julia estaba acostumbrada a las comodidades y lujos que le proporcionaba su padre y que, a decir verdad, temía que se amargara al verse obligada a vivir en Britania, con su clima inhóspito y sus tribus más inhóspitas aún. Se aclaró la garganta y dijo:

—Prefiero que Julia se quede allí donde esté más contenta.

—¿En serio? —Boadicea le dirigió una mirada curiosa—. Yo habría pensado que donde más contenta estaría una mujer es al lado de su esposo.

—Para las mujeres romanas es distinto.

—Quieres decir que el matrimonio romano no es tan divertido.

—Poseen un gran sentido del deber. Están preparadas para esperar a que sus esposos regresen del servicio activo y tener la casa lista para ellos.

—Ah, claro —asintió Boadicea—. Ya veo por qué tu Julia preferiría hacer eso. Me refiero a que no querrá soportar demasiadas emociones en su vida, ¿verdad?

Cato se irritó. No le gustaba que se metiera de esa forma en los detalles de su matrimonio. Ya lo estaban acosando suficientes dudas en ese sentido. Decidió darle la vuelta a la situación.

—Bueno, ¿y tú qué me cuentas? ¿Te complace tu nuevo papel? ¿Y a Prasutago?

La sonrisa de Boadicea se desvaneció, y la mujer dirigió la mirada a los anchos hombros de su marido, que cabalgaba a la cabeza del grupo.

—Hace tan solo dos años que se convirtió en rey.

—Menuda suerte la de Prasutago —terció Macro.

—Ni mucho menos. Tuvo que elegir entre el exilio o aceptar el título. Aparte de ser el adlátere de Roma, Prasutago ha tenido que aceptar la presencia de una línea

de fuertes a lo largo de la frontera de nuestro territorio, y permitir la libre circulación de las patrullas romanas. Y lo que es aún peor, Ostorio se ha empeñado en que pague también las deudas del antiguo rey, Bodominio, que había pedido prestada una fortuna a algunos prestamistas romanos. Ahora nuestra gente está hasta el cuello de impuestos para pagarles a ellos, y estamos obligados a proporcionar quinientos jóvenes al año para que sirvan en vuestras cohortes auxiliares. Si así es como va a tratar Roma a las tribus de Britania, solo es cuestión de tiempo antes de que haya una revuelta generalizada, te lo aseguro.

—Los ícenos están pagando el precio de desafiar a Roma —dijo Macro sin alterarse—. Eran una sola tribu. ¿Qué esperaban conseguir?

—La única tribu que se rebeló. Pero no los únicos que se sienten agraviados. Nuestros vecinos, los trinovantes, lo tienen aún peor desde que el gobernador fundó una colonia de veteranos en Camuloduno. A vuestros hombres les han dado el territorio circundante, y ellos se han apropiado de aún más tierras por su cuenta. Cualquiera que intente quejarse recibe una paliza. Incluso han llegado a matar a algunos. Luego está el templo dedicado a Claudio que se está construyendo en el centro de la ciudad. No tenía ni idea de que fuera un dios —comentó con desprecio—. No se parecía mucho a un dios cuando lo vi durante su breve visita a Camuloduno.

—Ten cuidado —le advirtió Cato—. Esta clase de comentarios son peligrosos si Roma se entera. Los inmortales tienen formas muy desagradables de recordar a los demás su mortalidad.

—Puede que así sea, pero las amenazas tienden a perder su efecto cuando se presiona demasiado a la gente. Los trinovantes ya están ofendidos por el hecho de que se les hayan arrebatado tierras. Pero para empeorar aún más las

cosas les cobran impuestos para pagar la construcción de un templo absurdo. ¿Te lo imaginas? ¿Qué te chupen la sangre con la intención de que proporciones la plata para pagar un monumento al símbolo de tu propia opresión? Si esta es la paz romana, me temo que a tu gobernador le va a costar muchísimo convencer a las tribus de su valor. No veo que vaya a salir nada bueno de este encuentro.

—¿Y por qué habéis venido? ¿Por qué Prasutago ha aceptado la invitación a la reunión de las tribus?

—¿Invitación? —Boadicea soltó una risa amarga—. Yo más bien emplearía el término «llamamiento». Como el amo llama a su esclavo, o a su perrito faldero. Hemos venido porque el precio de no hacerlo sería que los ícenos se ganaran aún más el desprecio de vuestro gobernador. Supongo que será lo mismo para las otras tribus que tienen la suerte de ser aliadas de Roma.

—El busca la paz —insistió Cato—. Ostorio quiere poner fin al conflicto en esta provincia.

Boadicea se volvió hacia él con una mirada fulminante.

—¿Es que no escuchas? Acabo de explicarte lo que significa la paz para las tribus que ya están bajo el yugo de Roma. Y si, por alguna deformación del significado de la palabra, eso es la paz romana, entonces dime, Cato, ¿la aceptarías de buen grado si fueras un nativo de esta isla?

Capítulo VIII

Al tercer día de camino, en la creciente oscuridad del atardecer, la pequeña comitiva de romanos e ícenos dejó el camino de Durocornovio y se acercó al puesto avanzado de Cunetio, a unos ocho kilómetros de los círculos sagrados, lugar donde iba a celebrarse la reunión de las tribus. La pequeña guarnición estaba formada por media centuria de galos a las órdenes de un *optio*, que puso sus humildes dependencias a disposición del gobernador. El resto de sus hombres desalojaron los barracones para cedérselos a los integrantes de la comitiva. Los soldados se verían obligados a pasar la noche en los almacenes y establos o a la intemperie. El *optio* había sido informado de la reunión, y le habían dicho que permaneciera en el puesto avanzado y evitara todo contacto con los nativos que pasaran por allí. Ostorio estaba dejando pocas cosas al azar en su empeño por evitar otra dura y amarga campaña.

—Hemos hecho lo que se nos ordenó, señor —confirmó el *optio*—. Los hombres no han salido del fuerte desde hace cinco días.

—Bien. ¿Has visto pasar a alguna de las delegaciones tribales?

—Sí, señor. A muchas. Y creo haber visto también a algunos druidas…

—¿Sabes distinguirlos? —preguntó Macro.

El *optio* lo pensó brevemente y asintió con un gesto.

—Los miembros de las tribus vestían con colores vivos. Los otros llevaban unas capas sencillas. Aunque no había muchos… Pero tenían un aspecto distinto y se mantenían apartados de todos los que recorrían el camino.

Macro se volvió a mirar a Cato.

—¿Druidas? No puedo decir que me alegre la perspectiva de otro altercado con los de su calaña.

Ostorio se volvió hacia ellos.

—No habrá ningún altercado con los druidas, ni con nadie. ¿Está claro? Todos los asistentes tienen libertad para ir y venir de los círculos de Avibario durante un período de diez días. Voy a pedir la cabeza de cualquiera que cause algún problema mientras dure la tregua.

—Sí, señor —contestó Macro con una inclinación—. Pero ¿y si la otra parte no respeta el acuerdo? ¿Cuáles son las reglas para entablar combate?

—No hay que desenvainar arma alguna a menos que sea en defensa propia. Por tanto, solo estará justificado si atacan ellos primero —declaró Ostorio con firmeza y mirando a todos sus oficiales. Los ícenos ya habían ocupado los barracones asignados y solo había unos cuantos fuera, observando en silencio al gobernador mientras se dirigía a sus hombres—. Si es necesario luchar, esperaréis mi orden antes de actuar. Que los dioses ayuden a quienquiera que no obedezca mis órdenes en este respecto.

Dejó que su amenaza calara hondo antes de volver a hablar en un tono más moderado:

—Ya deberían haber llegado todas las partes. Mi intérprete, Marcomio, se adelantará y confirmará si, en efecto, es este el caso. De ser así, la primera reunión tendría lugar esta misma noche. Como el emplazamiento es un lugar sagrado para los nativos, esperaremos aquí hasta que nos hagan saber que están listos para que acudamos a la

reunión. A partir de ahí estamos en manos de los dioses, caballeros.

Macro se inclinó hacia su amigo y susurró:

—Sí, pero ¿de qué dioses, los nuestros o los suyos?

—Hasta entonces —prosiguió Ostorio—, sugiero que descanséis un poco. Esta noche necesitaréis estar completamente alerta. Podéis retiraros.

Mientras Ostorio se dirigía a las dependencias del *optio* con paso resuelto, los tribunos y su guardia personal se alejaron hacia la entrada de sus barracones.

—¿Vienes? —preguntó Macro—. Uno de los guardaespaldas tiene una jarra de vino decente. Dije que jugaría a los dados a cambio. ¿Te apuntas?

Cato no se decidía. Sería una diversión agradable pasar aquellas pocas horas con Macro y los demás, pero al mismo tiempo era prefecto, una diferencia de rango que ni él ni los legionarios de la escolta del gobernador podían pasar por alto, ni siquiera estando fuera de servicio. Le dijo que no con un gesto.

—Necesito un poco de tiempo para pensar.

Macro sonrió.

—Vuelves a echar de menos a tu mujer.

—La echo de menos continuamente, Macro. Y me temo que aún seguiré haciéndolo durante un tiempo.

—Pronto tendrás muchas cosas con las que distraerte. —Macro le dio un leve puñetazo en el hombro y se dirigió a la puerta de los barracones. En cuanto su amigo hubo desaparecido en el interior, Cato subió a la torre de guardia del puesto avanzado y miró hacia el oeste, donde el sol se hundía ya en el ondulante horizonte. A unos cuantos kilómetros de distancia en aquella dirección, se encontraban los círculos de piedra sagrados y, cerca de allí, los campamentos de los que habían viajado desde sus territorios. Y entre ellos…, algunos druidas. Cato sintió un

escalofrío que le recorrió la espalda al recordar a los sacerdotes de la Luna Oscura. Macro y él habían combatido contra ellos la última vez que estuvieron en Britania. Temibles y fanáticos, no había crueldad extrema de la que no se sirvieran en la lucha contra Roma. El joven prefecto estaba seguro de que, si habían decidido sumarse a la reunión de las tribus, no se cansarían de instar a los demás a aniquilar a toda fuerza romana. Intentarían convencer incluso a las tribus que en estos momentos eran aliadas de Roma. Aquel era el verdadero peligro de los próximos días: la posibilidad de que el intento de Ostorio de llegar a un acuerdo pacífico pudiera terminar en un levantamiento general contra los legionarios y auxiliares del ejército en Britania, que se encontraría entonces en inferioridad numérica en la isla. Lo más peligroso de todo era la remota posibilidad de que Carataco en persona se presentara ante las tribus y los convenciera de que se unieran a él en la guerra contra el invasor. Cato se estremeció al pensarlo.

—¿Tienes frío?

El prefecto se volvió rápidamente y vio a Boadicea, que le sonreía desde la escalera que daba acceso a la torre.

—Un poco. Ha sido un día muy largo y estoy cansado.

Boadicea subió los dos últimos peldaños. Cuando entró en la torre de guardia, Cato ya volvía a tener los nervios controlados. La mujer se situó a su lado y siguió la dirección en la que el romano había estado mirando hacía un momento.

—Pues me parece que aún va a ser más largo —dijo—. Y más agotador. Creo que el gobernador Ostorio comete un error. Nunca debería haber convocado una reunión de este tipo. Ninguna promesa que pueda hacer satisfará a las tribus que son hostiles a Roma, y desde luego no creo que haya ninguna que sus amos en Roma estén dispuestos a cumplir.

Cato se temía que ella tuviera razón, pero no dudaba de la sinceridad de los esfuerzos del gobernador por evitar más derramamiento de sangre.

—Es posible.

—¿Y por qué estamos aquí, entonces?

Cato echó un vistazo en derredor para asegurarse de que nadie pudiera oír sus palabras.

—Porque Ostorio es un anciano enfermo, desgastado por las cargas de su empleo. Lo que desea más que nada es volver a casa con su familia y disfrutar de lo que le queda de vida con paz y comodidad. Puede que no sobreviva a otra campaña. Me temo que este lugar lo ha quebrantado.

—Pues debería marcharse. Y llevarse consigo a sus legiones.

A Cato le sorprendió la vehemencia de su tono. Los dos últimos días había reinado una atmósfera más cordial entre los ícenos y los romanos.

—Sabes que eso no puede ocurrir.

—En tal caso, todos deberemos vivir con las consecuencias —respondió ella en voz baja, y luego esbozó una sonrisa forzada—. Pero ya basta de esto. Los viejos amigos, los viejos camaradas, deben dejar de lado estas ideas. Hemos compartido peligros y placeres, y existe un vínculo entre nosotros que no se romperá con facilidad. Dime, ¿Macro todavía está molesto de que tomara a Prasutago como esposo? En su momento intenté explicarle que no tenía muchas alternativas al respecto.

—Macro es Macro. No está en su naturaleza albergar esta clase de resentimiento. Siente un gran afecto por ti, eso seguro, pero tú te comprometiste con otro hombre, y él experimentó un dolor y una furia pasajeros y luego dejó atrás el asunto. Así es como elige vivir. De manera que dudo que albergue ninguna animadversión hacia ti ni hacia Prasutago.

—¡Ojalá pudiera ser tan filosófica!

Cato se echó a reír.

—Por lo que a Macro respecta, dudo que sea una cuestión de filosofía. Si de verdad quieres buscarle las cosquillas, llámalo filósofo a la cara y verás.

Boadicea se rio brevemente y luego adoptó un aire reflexivo.

—De todos modos, me gustaría pensar que no desechó su cariño por mí con tanta facilidad como das a entender.

El prefecto captó la pena en su voz y, con una punzada de culpabilidad, se dio cuenta de que nunca había considerado la posibilidad de que su amigo pudiera inspirar semejantes sentimientos en Boadicea. Macro era un soldado magnífico como el que más, y un amigo leal. Pero no poseía muchas otras cualidades, y a Cato le resultaba difícil imaginar que pudiera resultar atractivo a una mujer que no se ganara la vida tumbada de espaldas. Hizo una mueca ante aquel innoble pensamiento. Macro era su más íntimo amigo. Cato se sentía tan cercano a él como un hermano…, o como un hijo.

Un estallido de luz llamó su atención hacia una montaña baja que había en el horizonte, donde el resplandor licuado del sol brillaba contra un cielo despejado.

—Es precioso —murmuró Boadicea.

—Así es —coincidió Cato; pero su cabeza seguía rumiando. Era imposible definir la base de una buena amistad. Y lo mismo podía decirse del amor, por lo visto. Estaba claro que Macro poseía alguna cualidad inefable que atraía a Boadicea. Tal vez podía decirse lo mismo de todo el mundo; toda persona tenía alguna cualidad o algún rasgo que atraía a otra persona…

—¡Mira! Boadicea levantó la mano y señaló al oeste. Cato dejó de lado su introspección y vio un brillante parpadeo en la penumbra, no lejos de la montaña tras la cual se había

puesto el sol. Luego apareció otro, y siguieron apareciendo más hasta que las llamas temblorosas parecieron formar una elipse poco pronunciada, con una línea que salía de un lado. Uno de los centinelas de la guarnición había visto también las fogatas y dio la alarma golpeando la punta de su jabalina contra un pequeño caldero de bronce que había junto al portón del fuerte. Al cabo de un momento, el *optio* se despertó y a voz en cuello ordenó a sus soldados que se situaran en la empalizada. La puerta del barracón más próximo se abrió estrepitosamente, y Macro salió corriendo, con el casco con penacho en una mano y la armadura de malla colgando del otro brazo. Tras él salieron el resto de romanos, y el último de ellos se dirigió hacia Ostorio en el preciso momento en que Prasutago y sus guerreros salían en tropel de sus aposentos y subían a toda prisa a la muralla interior de turba y al adarve entablado situado tras las puntiagudas estacas de la empalizada. El centinela continuó dando la alarma un momento más, hasta que Macro le gritó:

—¡Deja de armar tanto follón, joder! Cuando se desvaneció la última de las poco melodiosas notas, Macro dejó el casco en el suelo y empezó a ponerse la cota de malla no sin esfuerzo:

—¡Rinde tu informe, hombre! ¿Qué fue lo que viste? Antes de que el centinela pudiera responder, Cato tomó aire y gritó desde la torre de guardia: —¡Hogueras al oeste!

Cuando el último de los soldados se hubo situado en la empalizada, Ostorio subió al adarve respirando con dificultad. Las hogueras, que ya eran muchas, estaban bien situadas para que resultaran claramente visibles. Todos se quedaron mirando en silencio, hasta que uno de los tribunos subalternos dijo lo que todos estaban pensando:

—¿Qué es eso? Parece… como un ejército en marcha.

Ostorio tosió para aclararse la garganta.

—Me imagino que es… Avibario.

—Sí, romano —afirmó Prasutago, cuya voz grave se oyó claramente—. Lo es. —Alzó la mirada hacia la torre de guardia, y frunció el ceño al ver allí a su mujer. Al cabo de un momento, la estructura se balanceó ligeramente cuando el enorme guerrero iceno trepó por la escalera y se apretujó junto a Cato y Boadicea en la plataforma. Hubo un seco intercambio de palabras en la lengua ícena, tras el cual Prasutago se colocó entre su esposa y el prefecto y miró hacia las distantes hogueras.

—Esos fuegos marcan el límite de las piedras sagradas. Cuando el sol se apaga, el fuego ilumina el mundo… Cuando los sacerdotes dan la orden.

—¿Sacerdotes? —Cato tomó aire bruscamente—. Quieres decir druidas.

Prasutago se limitó a asentir.

El prefecto se llevó la mano al pecho inconscientemente, allí donde un druida lo había herido hacía siete años. Ahora solo tenía una cicatriz, pero de pronto sintió que se le helaba la carne bajo la tela de la túnica.

—¿Y qué significa eso, Prasutago?

—Preparan el terreno para la reunión. Hay rituales que deben celebrar, y sacrificios. Deben aplacar a los espíritus y complacer a nuestros dioses.

—¿Qué clase de sacrificios? —preguntó Cato en voz baja, pero Prasutago no le respondió. Aguzó la vista para intentar distinguir más detalles.

Finalmente, el rey iceno continuó hablando en su rudimentario latín.

—Pronto enviarán a buscarnos.

—¿Ya?

Prasutago se encogió de hombros.

—¿Por qué no? ¿Tienes alguna otra cosa que hacer? —Le dirigió una elocuente mirada a su esposa.

Boadicea puso mala cara.

—Estábamos hablando de la última vez que estuvimos juntos. Los cuatro, mi rey.

—Eso fue hace mucho tiempo. Mucho tiempo. Muchas cosas han cambiado. Eres mi esposa, y también la reina de los ícenos.

—¿Y qué pasa con la amistad? —preguntó Cato—. ¿Eso ha cambiado?

—¿Es amigo un hombre que quita y quita hasta que no deja nada?

Cato sonrió.

—Estás hablando de Roma. Pero ¿qué pasa con Macro y conmigo? ¿Qué te hemos quitado nosotros? ¿Por qué no deberíamos ser amigos, como fuimos una vez?

Prasutago enarcó las cejas con expresión sorprendida, y contestó con franqueza:

—Porque sois romanos.

—¡Hay movimiento! —Soltó de pronto el tribuno que había hablado anteriormente—. Se acerca un jinete.

—Gracias, tribuno Deciano —repuso el gobernador con sequedad—. Puede que me esté haciendo viejo, pero no estoy ciego.

El comandante del puesto avanzado se volvió hacia él.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor?

—Que tus hombres se mantengan en sus posiciones en la empalizada. Con buena presencia y alerta, ¿eh?

Como la clase de soldados a los que nunca pillarán por sorpresa.

El *optio* sonrió.

—Sí, señor.

El gobernador miró a Prasutago, que aún estaba en la torre.

—Puede que sea una buena idea que tú y tu séquito permanezcáis fuera de la vista, en vez de dar la impresión de que estáis aquí, bajo mi protección.

Prasutago apretó los dientes y refunfuñó:

—Los ícenos no necesitan protección.

—Por supuesto que no —repuso Ostorio en tono tranquilizador—. Solo es una cuestión de forma. Es mejor que tus iguales no malinterpreten el hecho de que estés aquí, y saquen conclusiones precipitadas.

Prasutago vaciló un momento, pero de inmediato lanzó una orden a sus guerreros, se deslizó hasta la escalera y empezó a bajar de la torre. Tras una breve mirada de disculpa hacia Cato, Boadicea fue tras él. Los miembros de su séquito bajaron a toda prisa hasta la base del terraplén de turba y se situaron fuera de la vista del jinete que se acercaba al puesto avanzado. El suave golpeteo sordo de los cascos llegó hasta los oídos de los que estaban en el adarve, y luego el jinete aminoró el paso. Se hizo un silencio tenso mientras el hombre se acercaba al puesto avanzado lo suficiente para poder dirigirse a los que estaban en su interior. La borrosa sombra se detuvo a unos quince metros del foso, y una voz se dirigió a ellos en uno de los dialectos nativos.

—¿Dónde está mi condenado intérprete? —preguntó Ostorio en voz baja—. ¡Marcomio, ven aquí, maldita sea! ¡Rápido!

El intérprete se abrió paso a empujones entre los tribunos para reunirse con el gobernador.

—¿Qué ha dicho?

—Pregunta por usted, señor.

—Pregúntale cómo sabe que estoy aquí.

Hubo un breve intercambio, tras el cual Marcomio transmitió las palabras:

—Dice que nos han estado vigilando de cerca desde que pasamos por Caleva, señor. A nosotros y al contingente de ícenos. Los demás han estado esperando a que llegáramos para empezar las ceremonias, señor. Ahora nos pide…, y

también al rey Prasutago, que lo sigamos hasta los círculos sagrados.

—¿Quién es? —quiso saber Ostorio—. ¿Cómo se llama ese hombre?

Cato tenía mejores vistas desde la torre de guardia, y distinguió perfectamente las vestiduras oscuras y el pelo largo y descuidado del jinete. Supo la respuesta antes de que el intérprete pudiera contestar al gobernador.

—Es un druida, señor. Y dice que su nombre solo lo conocen sus seguidores, como es su costumbre. Y él… esto… solicita que traigáis a vuestros hombres y lo sigáis de inmediato.

—¿Solicita? Sospecho que lo ha expresado de un modo más contundente. Necesito que lo traduzcas con toda la precisión que te sea posible, sin eufemismos. Dime las palabras exactas que utiliza y deja que yo me ocupe de los matices.

—Sí, señor.

—Pues dile que iremos enseguida. —Ostorio se volvió hacia sus oficiales—. No olvidéis lo que he dicho. Nadie hará ni dirá nada sin mi orden expresa.

—¿Y si le ocurre algo, señor? —preguntó el tribuno Deciano.

—En tal caso, creo que podréis confiar en vuestro instinto. —Ostorio sonrió con ironía—. La línea de mando está clara. Si caigo, el prefecto Cato es el oficial superior presente. Recurrid a él.

Varios de los hombres alzaron la vista hacia Cato, que también estaba bajando de la torre. Aunque comprendía perfectamente su deber, la perspectiva de verse de pronto al mando en lo que solo podía ser una situación desesperada le provocó cierta inquietud.

Los caballos, acostumbrados a la rutina de que los desensillaran y les dieran de comer al final del día,

relincharon y resoplaron a modo de protesta cuando volvieron a ponerles primero el sudadero, y luego las pesadas sillas y el resto de los avíos. Décimo se quedó con las mulas, aliviado de no tener que cabalgar con sus dos amos. Ya había caído la noche, cuando las puertas del puesto avanzado se abrieron y el gobernador salió al frente de la columna para reunirse con su acompañante druida. Este último no se había movido, y aguardó a que Ostorio frenara su montura a una corta distancia de él. Hubo una pausa, y luego el druida chasqueó la lengua e hizo avanzar a su caballo al paso en dirección a la comitiva. Cato y Macro iban en sus monturas por detrás del gobernador y su intérprete, y apenas podían distinguir los rasgos del druida, que ahora miraba fijamente a Ostorio con altanería, cual si pasara revista a las tropas. De cerca, con ese cabello descuidado y las vestiduras oscuras, parecía aún más salvaje, como si perteneciera a otro mundo.

—Si se cree que va a asustarme con este rollo de las miraditas, lo tiene claro —dijo Macro entre dientes—. De no ser por las órdenes, ese cabrón se iba a enterar de lo que es bueno.

—Aún es pronto, Macro —susurró Cato—. Si no me equivoco al juzgar la situación, tendrás tu oportunidad.

El druida desvió entonces la atención del gobernador, dio la vuelta y fue avanzando lentamente hacia la cola de la columna. Ostorio mantuvo la mirada al frente, no quería que el escrutinio del druida hiciera mella en su dignidad patricia. Cuando este pasó junto a Macro y Cato, el centurión le guiñó un ojo con descaro, y el druida respondió refunfuñando lo que parecía una maldición. El hombre continuó avanzando, y pasó junto a los tribunos que, siguiendo el ejemplo de su comandante, se esforzaban por no parecer demasiado nerviosos. Entonces se detuvo frente a Prasutago y su séquito. Se hizo un largo silencio, y el druida olisqueó el

aire, arrugó la nariz con gesto de repugnancia y escupió en el suelo delante del rey iceno. A continuación, le dirigió unas pocas palabras.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ostorio con calma a su intérprete.

—Ha dicho que los ícenos han pasado demasiado tiempo en compañía de los romanos. Y… bueno, que están empezando a apestar como ellos.

Macro se rio en voz baja.

—Eso tiene gracia, viniendo de un bárbaro de culo peludo saltador de ciénagas.

Cato le lanzó una mirada.

—Shhh…

De pronto, el druida soltó un grito estridente para que su greñuda montura diera la vuelta, y regresó en un trote corto y rápido a la cabeza de la columna. Ahí se detuvo una vez más, le hizo un gesto a Ostorio para que lo siguiera, y se alejó del puesto avanzado en dirección a las distantes hogueras, poniendo de nuevo a su caballo al trote. La atmósfera nocturna se llenó del golpeteo sordo de los cascos de las monturas y el tintineo de la armadura de los jinetes.

—Va demasiado rápido —se quejó el tribuno Deciano—. Es una locura con lo oscuro que está.

—Si él puede hacerlo, nosotros también —le dijo Cato.

La hierba que pisaban no tardó en dar paso a la tierra apisonada de un camino, y Cato cayó en la cuenta de que debían de haberse reincorporado a la ruta de Caleva, cosa que atenuó un poco su preocupación por la seguridad de los caballos.

Por delante de ellos, el camino atravesaba un pequeño bosque y luego ascendía hacia la cima de una colina. El druida, más familiarizado con la ruta, se había detenido para permitir que lo alcanzaran, y, cuando su montura aminoró el paso y coronó la cima, Cato vio las piedras sagradas de

Avibario en el valle poco profundo de abajo. El espectáculo lo dejó sin aliento. Una avenida de hogueras, de unos ochocientos metros de longitud y unos quince metros de anchura, se extendía por una franja de terreno llano. Enseguida distinguió los pilares de piedra, iluminados por el refulgente resplandor rojizo de las fogatas situadas espaciadamente entre ellos. Al final de la avenida había un círculo de tierra, dentro del cual se alzaban aún más piedras, y más hogueras que ardían en lo alto del montículo. Allí donde la avenida penetraba en el terraplén, había una entrada abierta con una gran puerta de roble, y en el lado opuesto del círculo se alzaban dos obeliscos monumentales con una losa que descansaba sobre ambos. Frente a estos dos grandes obeliscos, había también un gran altar de piedra que, a pesar de estar iluminado con la luz de las llamas, apenas resultaba visible por la sangre que lo había manchado a lo largo de incontables años. Una continua hilera de figuras recorría la avenida hacia la entrada. El druida señaló el extremo más cercano de la avenida, donde cientos de personas y caballos se arremolinaban en una zona abierta, y acto seguido espoleó a su montura y siguió adelante.

Bajaron por una suave pendiente y no tardaron en alcanzar a la multitud, que al ver al druida y a los que lo seguían se hizo a un lado al instante. Mientras avanzaban entre los nativos, Cato fue consciente de los cientos de miradas que los veían pasar. Sin embargo, nadie dirigió exclamaciones de saludo ni lanzó gritos de hostilidad al gobernador y su séquito. En vez de eso, un pesado silencio los envolvió mientras cabalgaban hacia el principio de la avenida. Una vez allí, el druida se detuvo y se deslizó por la grupa de su caballo hasta el suelo. Varios jóvenes acudieron a toda prisa para tomar las riendas de los recién llegados y, en cuanto el gobernador romano y los demás estuvieron

listos, el druida los instó a seguirle con un gesto de la mano y una orden brusca, y así entraron en la avenida.

La mayoría de los asistentes a la reunión ya habían entrado en el círculo, y solo la cola de la anterior procesión permanecía en la avenida de piedra y fuego. El druida caminaba con rapidez, pero Ostorio conducía a sus hombres a un paso más sosegado, pues se negaba a dejar que aquel bárbaro condicionara la solemne aparición de la comitiva romana. Cuando el druida volvió la vista atrás y vio que se había abierto un hueco, enseñó los dientes con expresión de furia. Se detuvo y esperó, resignándose a partir de ese momento al paso marcado por los romanos. Cato era sensiblemente consciente de las figuras que tenían a ambos lados, y que apenas eran visibles dado que los observaban desde la oscuridad, más allá del resplandor de las hogueras. El silencio y el espectacular escenario se alzaron sobre él como un mal presentimiento.

—Esto no me gusta —masculló justo en ese momento Macro, que llevó la mano hacia el pomo de su espada sin ser consciente de ello. Al darse cuenta, se obligó a dejar el arma tranquila—. Si hay problemas, estaremos a un largo trecho de los caballos, y eso si consiguiéramos salir a la fuerza.

—Si hay problemas, ni siquiera podremos salir del círculo —dijo Cato.

—Gracias. Vas a ser una verdadera inspiración para los hombres de tu cohorte.

—Una amarga verdad es mejor que la más dulce de las mentiras, amigo mío.

—¡Pffftt! —soltó Macro con desdén, y siguieron caminando en silencio sin dejar de mirar a uno y otro lado con recelo.

Al final se aproximaron a la entrada del gran círculo, y Cato vio que estaba tachonada de lo que parecían unas

perlas enormes. Hasta que no estuvieron más cerca, no se dio cuenta de que eran calaveras colgadas en estacas.

—¡Por el dulce Júpiter…! —murmuró el tribuno Deciano—. ¿Qué es este lugar? ¿Un templo o un matadero?

—En realidad, es un poco de ambas cosas —le respondió Marcomio con voz queda—. Nuestros dioses exigen sacrificios de sangre de vez en cuando.

Deciano miró al intérprete con expresión de repugnancia.

—Malditos bárbaros… —susurró.

—Nadie os pidió que vinierais, romano.

—Pues menos mal que lo hicimos. Ya es hora de poner fin a estas atrocidades…

Ostorio volvió la cabeza con enojo.

—¡Silencio ahí! Mantened la boca cerrada.

Cruzaron las puertas, de casi cinco metros de altura y hechas de roble. Cato calculó que debía de haber más de un centenar de calaveras clavadas en la madera, y casi le pareció percibir a los espíritus de los muertos, siniestros y hostiles, mirando a los extranjeros que habían venido a Britania sin haber sido invitados. El círculo, de unos cien pasos de diámetro, se abrió ante ellos. Los miembros de las tribus ya habían ocupado sus lugares en torno al perímetro. El druida señaló hacia el otro lado del círculo, a la izquierda del altar, donde había un espacio abierto, y dirigió unas breves palabras al intérprete.

—Dice que tenemos que ponernos allí, señor. Y los ícenos tienen que ponerse a nuestro lado.

Ostorio asintió.

—Muy bien.

Todas las caras se volvieron hacia los recién llegados, y los observaron detenidamente mientras cruzaban la tierra apisonada del corazón de aquel lugar sagrado.

—¿Han venido las tribus de las montañas? —preguntó Cato a Marcomio—. ¿Los ordovicos y los siluros?

El intérprete recorrió con la mirada a los miembros de las tribus que se alineaban bordeando el círculo. Cato se había fijado en las sutiles diferencias que existían en la forma de vestir y en los peinados de cada tribu.

Marcomio dijo que no con la cabeza.

—Y tampoco hay rastro de Carataco. Lo cual no es ni mucho menos sorprendente, dado las ganas que tenéis los romanos de ponerle las manos encima.

—El gobernador dio su palabra de que todos tenían asegurado su salvoconducto. Incluso Carataco.

—Esta clase de garantías suelen incumplirse con facilidad.

Cato miró a Ostorio.

—Al menos algunos romanos no las incumplen.

Una figura surgió de entre los pilares de piedra situados detrás del altar. Vestido de negro desde los hombros hasta los pies, el druida llevaba un tocado del que sobresalía una cornamenta similar a las ramas desnudas de un árbol en invierno. Mientras los romanos y los ícenos ocupaban sus lugares, el druida que los había traído se apresuró a reunirse con los demás junto al altar. El silencio se hizo más evidente cuando todos estuvieron en sus lugares, y solo entonces la figura coronada con los cuernos subió al altar y levantó las manos lentamente. Al extender los dedos, sus enormes uñas sin recortar, bajo el rojo resplandor de las hogueras que ardían en lo alto del terraplén, parecieron las garras de una bestia mitológica. A continuación empezó a hablar, o más bien a salmodiar, con un sonsonete agudo al que los otros druidas se sumaban a intervalos.

—¿Qué están diciendo? —preguntó Macro a Marcomio en un susurro.

—Es una plegaria para que todos los aquí reunidos demuestren sabiduría y hagan la voluntad de los dioses de sus tribus. El Sumo Druida pide que los espíritus de los

dioses hablen a través de nosotros... Lo pide a cambio de la ofrenda.

Cato miró fijamente al intérprete:

—¿Qué ofrenda?

Antes de que Marcomio pudiera responder, apareció otra figura por entre los pilares, un chico, apenas un adolescente, vestido con una túnica blanca y una guirnalda de muérdago en torno al cuello. Se acercó lentamente al altar, con los ojos desmesuradamente abiertos y los labios temblorosos.

Capítulo IX

Detrás del chico iba un hombre con una capa vivamente estampada. Tenía una mano apoyada en el hombro del muchacho, y la otra le colgaba inerte a un costado. Parecía esforzarse por contener su dolor. Cuando el chico llegó al altar, el hombre avanzó, le dio un beso en la frente con ternura y se quedó un momento inmóvil, hasta que el druida dio una orden con brusquedad. El hombre se apartó, encogido y atemorizado, y abrió la boca como si quisiera gritar algo al chico... Pero no tuvo tiempo de emitir sonido alguno: dos druidas lo agarraron por los brazos y lo sujetaron para que no se moviera.

—¿Qué está ocurriendo, por el Hades? —gruñó Macro—. Será mejor que esto no sea lo que creo que es. Marcomio, explícamelo.

—Este es el sacrificio exigido por los dioses. Un niño sin tacha. El hombre que lo ha acompañado hasta el altar es su padre.

—¿Cómo? ¿Qué padre participaría en este jodido espectáculo de terror?

—Es un honor que te elijan, romano. El chico va por propia voluntad, ¿acaso no te has dado cuenta? Y el padre será respetado por su gente cuando todo termine.

—¿Cómo puede ser nadie respetado por llevar a su hijo al matadero?

Había una furia e indignación genuinas en la voz de Macro, y Cato conocía lo suficientemente bien a su amigo

como para temer que, en cualquier momento, pudiera salir disparado para poner fin al ritual sin pensar en las consecuencias.

—Macro, por lo que más quieras, contrólate —el prefecto cogió a su amigo por el brazo—. No podemos hacer nada. No podemos cambiar lo que va a ocurrir.

—¡Eso ya lo veremos! —masculló Macro, soltándose de un tirón.

—No. —Cato se puso delante de su amigo para impedirle ver el altar—. Quédate donde estás. Es una orden.

Macro lo miró sorprendido.

—¿Una orden? Cato…, muchacho, no puedes hablar en serio.

El joven prefecto tuvo una sensación de náusea que le retorció el estómago al oír el tono suplicante en la voz de su amigo. Una parte de él quería decirle a Macro que entendía su aversión, y que compartía el deseo de poner fin a aquella macabra ceremonia. Sin embargo, como soldados que eran no podían ignorar las órdenes que habían recibido. Aquella reunión era demasiado importante… No, tenía que proteger a su amigo, y evitar que cometiera una locura. Se dio la vuelta hacia dos de los hombres de la guardia personal del gobernador.

—Sujetadlo. Si se resiste o grita, dejadlo inconsciente.

Uno de los legionarios le miró sorprendido.

—¿Señor?

—¡Haced lo que os he ordenado! —espetó Cato con ferocidad—. ¡Ahora! Antes de que haga que nos maten a todos.

Los legionarios agarraron de inmediato a Macro y lo sujetaron con firmeza. El centurión estaba tan atónito que fue incapaz de reaccionar. Se quedó mirando fijamente a Cato.

—¿Por qué…?

—No podemos salvar al chico, amigo mío.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Ostorio mientras se abría paso entre sus hombres hacia el alboroto. Los legionarios dudaron un instante, y Macro se liberó de una sacudida. El gobernador los miraba consternado—. Cerrad la boca y estaos quietos, maldita sea… —dijo en un susurro—. Prefecto, ¿qué está ocurriendo, por el Hades?

Cato se volvió a mirar a su superior.

—Ya está solucionado, señor. ¿No es cierto, Macro?

Los ojos de Cato miraron suplicantes a su amigo, y por un momento el centurión le lanzó una mirada de odio, pero finalmente bajó la cabeza y hundió los hombros con aire desesperado. Cato volvió a ponerse delante de él, de modo que no pudiera ver lo que ocurría en la hondonada. El chico tenía problemas para trepar al altar. El prefecto no sabía si era porque estaba demasiado asustado o demasiado débil. El druida que dirigía la ceremonia avanzó, agarró al chico por la cintura, lo aupó al altar y, con actitud enérgica, hizo que se tumbara con los brazos extendidos. Luego obligó al chico a mirar a un lado, de modo que su cabeza quedara orientada hacia el centro del círculo, alzó los brazos a los cielos, inclinó su cabeza astada hacia atrás y empezó a recitar de nuevo su monótona salmodia. Su voz era sonora y melódica, y pronunciaba las palabras sagradas con una cadencia regular. Repitió una frase, y los demás druidas se sumaron a él; luego lo hicieron el resto de los miembros de las tribus, e incluso el chico, tendido en el altar, con los ojos muy abiertos mientras sus labios se movían como si tuvieran voluntad propia. El volumen fue aumentando gradualmente, hasta que el canto fue tan ensordecedor que Cato tuvo la sensación de que aquella trágica salmodia asaltaba sus oídos para meterse en su cabeza, haciendo vibrar todo su cuerpo.

Luego, cuando parecía que los cantos no podían ser más fuertes, el sumo sacerdote se inclinó y volvió a erguirse con una daga de hoja estrecha agarrada con las dos manos. La levantó lentamente, y el metal bruñido de la hoja reflejó el resplandor de las llamas. Todas las miradas estaban clavadas en el espectáculo que tenía lugar en el altar. Cato miró a Macro, y vio que tenía la mandíbula apretada y que con la mano izquierda aferraba su puño derecho como si quisiera impedir que este se dirigiera al mango de su espada. Cuando Cato volvió la mirada hacia el altar, el canto cesó bruscamente. Dio la sensación de que a los nativos les hubieran arrancado el aire de los pulmones en el mismo instante. El silencio fue tan sobrecogedor como lo había sido el runrún de la salmodia hacía un momento, y solo se oía el suave murmullo distante de una brisa ligera y el débil crepitar de las hogueras…

Y entonces, con un alarido agudo e inhumano, el druida clavó la hoja con toda la fuerza salvaje que lo impelía. La punta penetró en la túnica blanca, clavándose en el corazón del chico con tanta fuerza que sus brazos y piernas se sacudieron violentamente. Un grito ahogado pareció salir de sus pulmones como en un estallido. Luego se le fue la cabeza hacia atrás, con la boca abierta, mientras gemía brevemente y se retorcía bajo la daga que lo tenía clavado al altar. La sangre enseguida empapó la tela y encharcó la superficie de piedra, hasta que una mancha oscura empezó a gotear por el borde y a descender en un hilo por el lado del altar. El muchacho quedó inmóvil, y los nativos empezaron a entonar un susurro sibilante para señalar su muerte: «Sa… sa… sa».

—Hijos de puta morbosos… —refunfuñó Macro—. Enfermos salvajes de mierda…

Cato le lanzó una advertencia entre dientes. Mientras la multitud que se congregaba en torno al círculo seguía con

su monótona salmodia de muerte, el druida se puso a trabajar con el cuchillo para abrir el pecho del muchacho muerto, y el prefecto vio que unas volutas de vapor se alzaban en el aire helado. Luego el druida se inclinó hacia adelante, metió la mano y arrancó un pedazo de carne ensangrentada que alzó en el aire para examinarlo con detenimiento. Cato se dio cuenta de que era el corazón del chico, y las náuseas hicieron que se le formara un nudo en la garganta. Tras una prolongada y dramática demora, el druida bajó el órgano, recorrió a los presentes con la mirada y anunció algo. Hubo un audible suspiro de alivio por parte de los miembros de las tribus.

—El Sumo Druida dice que el corazón es bueno y fuerte, y que será una magnífica ofrenda para los dioses —explicó Marcomio a los romanos en voz muy baja. El druida se dio la vuelta hacia un pequeño brasero que ardía cerca del altar, y arrojó el corazón a las llamas. El fuego llameó brillantemente al instante, y una densa nube de humo llena de centelleantes pavesas se elevó en el cielo nocturno. «Algún juego de manos», se dijo Cato. De un modo u otro, el druida había arrojado algo al fuego junto con el corazón. De todos modos, el efecto fue impresionante, y sin duda hizo mella en el público, que se había encogido de manera instintiva con el breve fogonazo de luz. Luego Cato se dio cuenta de que el Sumo Druida había desaparecido al mismo tiempo, tal como si se lo hubiera tragado la tierra. Un murmullo de preocupación se alzó entre los presentes, hasta que el adusto druida que había escoltado a los romanos y a los ícenos hasta allí avanzó y levantó las manos para acallar a la multitud.

—Dice que la reunión de las tribus puede dar comienzo.

El gobernador asintió y se preparó, mientras el druida continuaba dirigiéndose a la multitud y Marcomio le iba traduciendo sus palabras:

—… Según le parece, les habéis pedido que vengan aquí para discutir las condiciones de una paz duradera entre Roma y los reinos tribales de Britania. Algunas tribus ya han jurado lealtad a Roma, mientras que otras aún ofrecen resistencia. Incluso sin Roma, hay rencillas entre unas cuantas tribus que han sido motivo de largas disputas y conflictos. Recuerda a todos los presentes que están en el terreno sagrado de los druidas, y que solo ellos tienen derecho a derramar sangre dentro del círculo. Además, Roma ha prometido la libre circulación de todos los aquí reunidos, tanto aliados como enemigos, por lo que no tiene que haber peleas ni desafíos al honor durante el tiempo que dure la reunión. Cualquiera que incumpla estas condiciones se deshonrará enormemente a sí mismo, pero también a su gente, y con ello cosechará la ira de los dioses para él y sus descendientes. Si alguno de los presentes se niega a aceptar estas condiciones, es libre de marcharse ahora…

El druida guardó silencio y esperó alguna respuesta, pero nadie se movió.

—Muy bien. En tal caso, invito al gobernador de esa parte de nuestro territorio a la que actualmente llaman la provincia de Britania a que se dirija a las tribus.

El druida inclinó la cabeza en dirección a Ostorio, y retrocedió hasta situarse a un lado del altar. El gobernador le hizo un gesto a su intérprete para que lo acompañara, y se dirigió al centro del círculo con paso resuelto. Todos guardaban silencio, y Ostorio llegó a su posición, se detuvo y recorrió con la mirada los rostros que le observaban. No hubo exclamaciones de apoyo, abucheos ni gritos de furia. Solo silencio. El gobernador se aclaró la garganta y empezó a hablar, y su intérprete se puso a transmitir su mensaje a los asistentes en el rítmico idioma celta.

—Soy Ostorio Escápula, pretor de Roma, gobernador de Britania y comandante de todas las fuerzas navales y

terrestres actualmente estacionadas en la isla. Os doy la bienvenida. A todos vosotros. Incluso a los que representan a los siluros y ordovicos, enemigos declarados de Roma y de todo lo que esta representa. —El gobernador hizo una pausa dramática, que el intérprete agradeció sobremanera—. Han pasado casi ocho años desde que las legiones desembarcaron en estas costas. Durante los primeros meses, derrotamos al ejército más formidable que las tribus pudieron concentrar contra nosotros a las órdenes de Carataco. Y no solo una vez, sino tres. Desde entonces, nada se ha interpuesto al poder de Roma. Ni vuestros ejércitos, por valientes que sean vuestros guerreros, ni vuestros castros, por formidables que antes os debieran parecer. No podéis derrotarnos en batalla, por valerosos que seáis. Nuestros soldados están mejor entrenados y mejor equipados. Han triunfado sobre los guerreros más magníficos de Cartago, Grecia y la Galia. Hemos combatido en las montañas más altas y penetrado en los bosques más oscuros de Germania, y ningún río ha sido tan ancho o caudaloso como para impedirnos tender un puente para cruzarlo en cuestión de días. Nada se interpone en nuestro camino, no importa el tiempo que pueda llevar. En cuanto nuestros emperadores ordenan el avance de sus ejércitos, solo puede haber un resultado: la victoria. Así son las cosas. A Roma se le da bien la guerra. El precio por desafiarnos es que vuestras ciudades, aldeas y granjas ardan hasta los cimientos, que vuestros guerreros sean masacrados, y que se lleven a vuestras mujeres e hijos encadenados para ser sometidos a la esclavitud…

»Sin embargo, aunque se nos dé bien la guerra, también se nos da bien la paz. Roma aporta orden y riqueza a aquellos que nos abrazan como aliados y aceptan nuestra protección. Sí, hay impuestos, pero es el precio de vivir en paz. Aceptad nuestras leyes, nuestras costumbres, y con el

tiempo llegaréis a comprender que el sistema romano es vuestro futuro y lo que más os conviene.

Un guerrero de uno de los contingentes tribales, un hombre alto y de complexión fuerte, se adelantó unos pasos. Habló con amargura, señalando al gobernador con el dedo para poner énfasis en lo que tenía que decir.

—Ese es Venucio, de los brigantes —susurró el intérprete al oído del gobernador—. El esposo de la reina Cartimandua.

—Entonces, ¿es rey?

—No, señor. Es la reina la que gobierna la tribu. Él es su consorte, y no comparte su simpatía por Roma.

—Entiendo. ¿Y qué tiene que decir el consorte?

—Está enojado por… la altivez de sus palabras, y porque se atreva a decirle a las tribus que adopten el sistema romano aquí, en el suelo que ha sido sagrado para las tribus desde tiempos inmemoriales. Le acusa de obligarnos a renunciar a nuestros dioses.

Las palabras de Venucio provocaron unos murmullos de enojo, y Ostorio levantó la mano y pidió silencio. Cuando el rumor se desvaneció, volvió a hablar a través de su intérprete.

—Roma no tiene ninguna intención de privaros de vuestros dioses ni de vuestros lugares sagrados. Sois libres de aferraros a vuestras creencias. O de elegir las nuestras, como queráis. Podéis abrazar nuestras costumbres o vivir tal como lo hacéis ahora. La decisión es vuestra. Pero sí debéis aprender a vivir bajo nuestras normas y leyes. Es el precio que hay que pagar para poner fin al amargo conflicto de estos últimos años, y también a los ataques continuados y pequeñas guerras que estallaban entre vuestras tribus. Un precio muy pequeño para tan alta prebenda.

Venucio escuchó las palabras y respondió de inmediato, con el mismo tono enojado de antes.

—Dice que es la costumbre que tienen las tribus. ¿Cómo se supone que va a demostrar su valía un guerrero, si no es guerreando? Un brigante debe demostrar su valentía y su habilidad en combate. Si le arrebatas eso, le arrebatas su propósito en la vida.

Ostorio replicó con firmeza:

—En tal caso, los guerreros deben buscar un nuevo propósito. Deben aprender a ser granjeros, o presentarse voluntarios para servir a Roma en las filas de nuestras fuerzas auxiliares. Ese es su único futuro. Debéis aceptar la verdad. Vuestros guerreros deben renunciar a las viejas costumbres y a luchas estériles, o morir en combate contra las legiones.

Venucio se rio con aspereza.

—Dice que no le das alternativa.

—Al contrario. Le estoy ofreciendo la elección entre la vida o una muerte certera.

Cuando se tradujeron las palabras del gobernador, hubo voces de protesta y gritos enojados por todo el círculo, y Cato temió que su superior corriera peligro de exacerbar los ánimos de los líderes tribales. Entonces otro nativo salió al espacio abierto. Levantó la mano y exigió la atención de los demás. Era un hombre de constitución robusta, pero había engordado demasiado y la papada le colgaba pesadamente bajo una mandíbula ribeteada con una barba muy bien recortada. Aunque iba vestido con una capa de lana y unas calzas, debajo llevaba una túnica de estilo romano y el cabello mucho más corto que los demás miembros de las tribus. Se dirigió con aire de seguridad al centro del círculo, y esperó hasta que obtuvo silencio antes de dirigirse a los allí reunidos.

—¿Quién es ese payaso, en nombre del Hades? —preguntó Macro.

—Me lo puedo imaginar —dijo Cato—. Cogidubno, de los regni.

—¿El que se vendió a nosotros incluso antes de que se pusiera el primer pie en suelo britano?

—El mismo.

Macro vio las expresiones de desprecio en los rostros de muchos de los otros nativos.

—No puedo evitar desear que no hable a nuestro favor.

El hombre del centro del círculo habló con voz profunda y clara, en tanto que sus palabras se traducían.

—En primer lugar, me gustaría ofrecer mi sincera gratitud al gobernador por brindarnos esta oportunidad de forjar una paz duradera… Todos me conocéis. Soy el rey Cogidubno. Quiero hablar sin rodeos, decir la verdad. Yo también fui educado como guerrero, y también he dirigido a mis hombres en combate. No tengo ninguna necesidad de demostrar mi valía para respaldar mis palabras. He venido aquí para apoyar los argumentos del gobernador Ostorio Escápula. Roma, en efecto, ha resultado ser un poderoso amigo y aliado para mí y mi pueblo. Puedo jurar que nos hemos beneficiado de la llegada de Roma, y lo que es verdad para los regni puede serlo para cualquier tribu que acepte la mano de amistad que tiende el gobernador.

—¡Traidor! —exclamó una voz en latín, que de inmediato repitió el grito en el dialecto nativo.

Cogidubno frunció el ceño y, al igual que todos los demás, se volvió hacia el origen de la acusación. Hubo un movimiento en las filas de los nativos, y un guerrero corpulento se abrió paso a empujones hasta el frente. Llevaba una capa con una capucha que entonces se quitó, dejando al descubierto su largo cabello rubio. Enseguida se formó un coro de murmullos excitados. Marcomio meneó la cabeza con gesto sorprendido.

—Señor, ese es Carataco…

Capítulo x

El viejo enemigo de Roma avanzó a grandes zancadas y se detuvo frente a Cogidubno a poco más de la distancia de una espada. Miró de arriba abajo al rey de los regni, como si quisiera constatar para los presentes su desprecio por la vestimenta romana del traidor. A continuación habló, y su voz llegó con claridad hasta los límites de la multitud, mientras Marcomio traducía para los romanos.

—Desde luego que os habéis beneficiado. Todos sabemos lo del magnífico palacio que te están construyendo los romanos. Una caseta de lujo para el perrito faldero favorito del emperador. Eso es lo que eres. Un engendro mestizo, mitad britano y mitad romano, que suplicas delicadas migajas de la mesa de tu amo. Has vendido tu honor a cambio de riquezas superfluas, Cogidubno, para tu eterna vergüenza.

Cogidubno abrió la boca para protestar, pero cuando el otro hombre dio un paso amenazante hacia él se lo pensó dos veces y retrocedió hacia los suyos. Carataco lo fulminó con la mirada unos instantes, luego hizo un amplio movimiento con la mano, como si ahuyentara a un molesto insecto, y se dirigió a la multitud.

—Todos me conocéis —dijo dándose un golpe en el pecho—. Todos sabéis que he luchado contra los romanos desde el principio. Nunca he cedido ante el enemigo, nuestro enemigo… Y es por nuestra libertad por lo que he luchado durante tanto tiempo. Mientras los estandartes del águila de

las legiones sigan sobrevolando nuestras tierras, solo podremos ser esclavos. Así están las cosas. El gobernador romano dice que debemos cambiar. Que debemos olvidar quiénes somos y convertirnos en parte del imperio romano…, su imperio. ¿Tan fácil resulta renunciar a todo lo que somos? —Volvió a golpearse el pecho con la mano, esta vez con más fuerza—. ¡Yo soy Carataco, rey de los catuvellaunos! Y aunque mi reino ya no existe, lo llevo aquí, en el corazón. Mi pueblo, nuestra historia, todos los honores que hemos ganado en batalla, todo está aquí, en este corazón, y vivo para ver el día en que los romanos sean arrojados de nuevo al mar, como ya ocurrió antes, la primera vez que su gran general, Julio César, intentó robarnos nuestra tierra. Ese día llegará, lo creo con la misma convicción con la que creo en nuestros dioses. —Apuntó a Ostorio con el dedo—. El gobernador romano nos dice que debemos renunciar a las viejas costumbres o morir en combate. Nos ofrece una sencilla elección entre salvar nuestro honor o someternos a la esclavitud…, como perros. ¡Yo he elegido el honor y la libertad!

Hizo una pausa para que sus palabras tuvieran el efecto buscado. Algunos de los presentes lo vitorearon, pero muchos siguieron mirándolo en silencio mientras él continuaba.

—El gobernador nos dice que nuestra lucha solo puede terminar con nuestra derrota. Y es cierto que nos derrotaron en las primeras batallas, pero nuestra voluntad de resistir sigue viva. Hemos desafiado a Roma durante muchos años. Ahora hemos abandonado el campo de batalla para hacer otra clase de guerra. Una guerra con la que hemos conseguido diezmar sus puestos avanzados, quemar sus suministros y eliminar a sus patrullas. Estamos desgastando a las poderosas legiones romanas de manera lenta pero segura, consumiéndolas poco a poco. Mientras tanto,

nuestros efectivos no han dejado de crecer, permitiéndonos llevar a cabo acciones aún más audaces contra nuestro enemigo común. Y como prueba de ello os entrego este presente.

Se dio la vuelta e hizo una señal con la mano hacia el lugar que ocupaban los siluros. Dos hombres que sujetaban a un tercero se abrieron paso entre la multitud. El prisionero llevaba puesta la capucha de la capa y se tambaleaba como si estuviera borracho, y los otros dos lo condujeron a rastras hasta el centro del círculo, en medio del silencio de todos los presentes. Los tres hombres se detuvieron frente a Carataco, que se inclinó para retirar la capucha y dejar al descubierto un rostro delgado y demacrado: dos cicatrices oscuras atravesaban el lugar donde antes habían estado los ojos. Al notar que le quitaban la capucha, el hombre se estremeció, abrió la boca y dejó escapar un gemido gutural de pánico, como el de un animal desconcertado al presentir la muerte.

—Le han cortado la lengua —susurró Macro entre dientes—. Quienquiera que sea…

Cato tragó saliva.

—Pronto lo sabremos.

Carataco ordenó que soltaran al prisionero, y luego le dio un empujón, haciéndolo avanzar a trompicones unos cuantos pasos hasta que cayó a cuatro patas con un gemido amortiguado de dolor. El hombre empezó a gatear de inmediato, arrastrándose a tientas por el suelo duro para alejarse de la áspera risa de Carataco y sus compañeros. El líder de los catuvellaunos se volvió hacia Ostorio y su séquito, e hizo un ademán ostentoso.

—Os lo devuelvo. Lo hicimos prisionero hace unos meses, junto con algunos otros a los que hemos despachado desde entonces. A este hombre lo fuimos pasando de aldea en aldea, y fue seriamente maltratado durante el proceso. Una lástima, pues estoy seguro de que hubiera tenido un futuro

prometedor…, si se hubiera quedado en Roma. Pero era necesario para demostrar que los soldados de las legiones son de carne y hueso como el resto de nosotros, y que sucumben con la misma facilidad al corte del cuchillo. Incluso los hombres como vuestro célebre centurión Querto, de quien nos ocuparemos a su debido tiempo. Por ahora, nos hemos cansado de utilizar a este tribuno para divertirnos, y ya es hora de que vuelva con sus compañeros. ¿No es verdad, tribuno Marcelo?

Se acercó al indefenso cautivo por detrás, y le dio un empujón con la bota en dirección al gobernador. El prisionero cayó de bruces. Se oyeron unas cuantas risas crueles en algunos sectores de las tribus allí reunidas. Otros miraban horrorizados, temiendo la inevitable ira de los romanos cuando reaccionaran a aquella atrocidad. El gobernador Ostorio apretó los labios y se esforzó por controlar su furia. Luego se volvió hacia sus hombres y les dijo en voz baja y tono gélido:

—Ayudadle. Sacadlo de aquí…

Macro fue el primero en moverse. Avanzó con paso resuelto y la mandíbula tensa, y Cato fue tras él. El centurión se inclinó y tomó al tribuno por el brazo con suavidad. El hombre se encogió y se echó atrás de forma instintiva con un gruñido ininteligible.

—Vamos a levantarlo, señor… —dijo Macro con voz queda, aunque se sintió profundamente asqueado al ver las purulentas cicatrices de aquel rostro desfigurado que se volvió hacia él sin ver nada. Cato agarró a Marcelo del otro brazo, y entre los dos lo levantaron y lo llevaron con los demás tribunos y la escolta, que miraban a su compatriota con expresión horrorizada.

—Ya ha terminado todo, señor… —continuó diciendo Macro—. Ya está de vuelta con los suyos…

Cato hizo una seña a dos de los guardaespaldas.

—Ocupaos del tribuno. Llevadlo al puesto avanzado de inmediato, y encargaos de que traten adecuadamente sus heridas y le den de comer.

El legionario asintió, y él y su compañero relevaron a los dos oficiales y se llevaron al tribuno fuera del círculo. Macro se los quedó mirando un momento, y sin apartar la mirada de ellos masculló:

—Si alguna vez me ocurre esto, júrame que me cortarás el cuello.

—¿Y tener que responder ante tu madre?

Macro miró a su amigo con expresión sombría.

—Le evitarás tanto sufrimiento a ella como a mí, Cato. Prométemelo.

—Como quieras… —asintió Cato.

—¡Júramelo!

El brillo intenso de los ojos de Macro sorprendió al joven prefecto.

—Lo juro por mi vida, amigo mío.

Macro soltó aire largamente.

—Yo haré lo mismo por ti.

Cato enarcó una ceja al ver la buena disposición de Macro a poner fin a su vida. Pero al recordar la imagen del rostro destrozado del tribuno sintió un gélido retortijón en la boca del estómago al imaginarse ocupando su lugar, regresando a casa mutilado e inútil, y cargando para siempre con las miradas de horror, repugnancia y lástima que deformarían los rasgos de Julia cuando lo viera. Él no podría verla, pero lo notaría en su voz…, lo intuiría. Pensó que quizá Marcelo tuviera también una mujer esperándole en Roma, condenada a soportar de verdad lo que él solo estaba imaginando.

Carataco se había hecho a un lado para permitir que se representara su dramática escena. Cuando se llevaron al

tribuno, volvió a ocupar el centro del círculo y continuó dirigiéndose a los presentes.

—Ese hombre estaba al mando de casi un millar de legionarios. Todos murieron o fueron capturados en un solo asalto. Si somos capaces de aplastar a una columna tan poderosa como esa, me resulta difícil compartir la certeza del gobernador cuando dice que Roma ganará este conflicto. No hay ni un solo puesto avanzado en la frontera con los territorios de los siluros y los ordovicos que esté a salvo de mi ejército, ni un solo convoy de suministros pasará por allí sin ser acosado; tampoco hay ningún camino seguro para los romanos y sus aliados. Así serán las cosas a partir de ahora, hasta el día en que hayamos minado la voluntad de nuestro enemigo de continuar la batalla. Ni siquiera la poderosa Roma puede soportar eternamente la pérdida continuada de hombres y de moral. ¡Y yo os digo a todos que nuestra voluntad de defender nuestra tierra natal y de luchar por nuestra libertad es mayor que su voluntad de conquista! Al final, la victoria será nuestra…

Carataco lanzó una mirada desafiante a Ostorio cuando sus seguidores empezaron a vitorearlo. Cato observaba aquel momento detenidamente, y vio que, además de las tribus de las montañas, algunos de los brigantes se estaban sumando a las aclamaciones, así como guerreros de las otras tribus del norte y oeste de la isla. El gobernador avanzó para hacer frente a Carataco, y los gritos se fueron apagando poco a poco. Cuando Ostorio habló, ya no había ni rastro del tono razonable que había utilizado antes. Su voz era fría y firme.

—El tormento que habéis infligido a uno de mis oficiales no quedará impune. A partir de ahora, ejecutaré a diez de tus seguidores por cada uno de mis hombres que mates o hagas prisionero. Lo mismo sucederá con cualquier otra tribu que sea tan insensata como para unirse a tu

malhadada causa. Ahora me doy cuenta de que mi oferta de paz ha sido un esfuerzo malgastado. Se ha terminado el tiempo de hablar. En cambio, juro por mi vida, y por todos los dioses que venero, que no descansaré hasta que seas derrotado y llevado a Roma junto con tu familia, donde la humillación que ha sufrido el tribuno Marcelo os será diez veces devuelta, a ti y a todos los que comparten tu sangre. Y juro también que no descansaré hasta aplastar a las tribus de las montañas. Los ordovicos y siluros serán exterminados sin piedad. Solo perdurará su recuerdo, para que sirva de recordatorio a todas las demás tribus de esta isla del precio que se paga por desafiar a Roma.

—¡Así aprenderá ese cabrón! —Macro asintió con gesto de aprobación.

Carataco se echó a reír.

—Jura cuanto quieras, romano. Eso no cambia nada. Continuaremos desafiándoos y matando a vuestros hombres, hasta quebrar vuestro espíritu.

Cuando Ostorio iba ya a responder, otra figura entró en el debate. Prasutago avanzó y esperó a que reinara el silencio antes de hablar. Marcomio escuchó su frase inicial, y tradujo sus palabras para los oficiales romanos.

—El rey iceno dice que ya ha habido suficiente derramamiento de sangre. Ha habido demasiados muertos en los dos bandos. Es hora de poner fin al conflicto. Dice que es cierto que la paz romana implica un precio, pero este precio, por costoso que sea de momento, es mejor que el continuo sufrimiento de los afectados por la lucha contra Roma. Conoce por propia experiencia la calidad de los soldados de las legiones. Ha combatido a su lado, y sabe que no pueden ser vencidos y que nunca se rendirán hasta que hayan alcanzado la victoria. —Mientras traducía, Marcomio cambió sus palabras y empleó la primera persona —. Te ruego, Carataco, que aproveches esta oportunidad de

deponer tu espada y abrazar la paz, y seguir el ejemplo de los ícenos.

—¿Seguir vuestro ejemplo? —Carataco soltó un resoplido de mofa—. ¿El tuyo, que te has convertido en rey después de que hayan matado al último noble con las pelotas necesarias para resistir a Roma? ¿Y cuánto tiempo tardaron los valientes ícenos en volverse contra los romanos, para empezar? Años, después de que hubieran vendido sus almas al emperador a cambio de sus monedas de plata. Tu gente aprendió demasiado tarde el precio de su perfidia. Su ayuda llegó demasiado tarde la primera vez que nos enfrentamos a las legiones. Demasiado tarde para suponer una diferencia cuando servía para algo. Y ahora vivís bajo el yugo de la bota romana. Igual que los débiles trinovantes, que ahora hacen de renuente anfitrión de una colonia de veteranos, y que se ven obligados a soportar duros impuestos para pagar el coste de un templo en honor al emperador Claudio. ¡Y luego se atreven a asegurar que nos dejan libertad para adorar a los dioses que queramos! —Bajó ligeramente la voz—. Prasutago, tu gente sufre la misma carga. Tus guerreros se vieron obligados a rendir sus armas…, ¡incluso tras haber firmado una alianza con los romanos! Estás indefenso ante la voluntad de Roma. ¿Qué va a impedir que os traten como esclavos? ¿Crees que los ícenos van a soportar la situación eternamente? Algún día se hartarán y se sublevarán. Y ese día…, rey Prasutago, verán claramente tu traición. Dices que quieres salvar vidas y vivir en paz. La verdad es que tuviste que elegir entre el deshonor y la guerra… Y que elegiste el deshonor…, pero tendrás guerra. Tan seguro como la noche sigue al día. —Se dio la vuelta y apuntó con un dedo acusador a todos los gobernantes y tribus que habían hecho tratos con Roma—. Cuando vuestros guerreros y miembros de la tribu se hayan hartado de la paz romana, os barrerán como si fuerais paja. ¡Pereceréis en las llamas junto a

vuestros amigos romanos! ¡Pensad en ello! Si entráis en razón, buscadme en las montañas.

Miró con aire desafiante a los gobernantes allí reunidos, y luego se acercó a Ostorio y a sus oficiales y les habló en latín. Su acento había mejorado mucho desde que había mandado llamar a Cato a su choza muchos años atrás.

—La guerra continúa. No podéis derrotarnos. Salvaos y abandonad esta isla ahora. Solo entonces podremos tener paz. La paz que existe entre iguales.

Ostorio dijo que no con la cabeza.

—Tengo órdenes. El emperador ha hablado, y su palabra es la ley. Britania se convertirá en parte del imperio.

—Entonces no hay más que decir. —Carataco miró a los oficiales que estaban detrás de Ostorio—. Tened cuidado, acabaréis como vuestro gobernador. Viejo y exhausto persiguiendo lo imposible. Britania será vuestra tumba. —Cuando posó la mirada en Cato, hizo una pausa y frunció el ceño—. Yo te conozco…

—Ya nos hemos visto antes, señor. Cuando fui tu prisionero. Cuando luchábamos en las marismas del oeste.

El comandante de los rebeldes pensó un momento, y luego abrió los ojos sorprendido al recordarlo.

—¡Sí! Parecías mucho más joven por aquel entonces. Ahora tus cicatrices señalan los años de guerra que has soportado.

—Igual que tú.

Carataco sonrió brevemente.

—Ni te lo imaginas. Si no recuerdo mal, cuando fuiste mi prisionero hablamos largo y tendido.

—Así es, señor. Esperaba convencerte de que abandonaras la lucha.

—Y aquí estamos, años después. Eres más viejo, pero no más sensato…, por lo que parece.

Ahora fue Cato quien sonrió.

—Estaba pensando lo mismo de ti, Carataco.

La expresión del líder de los rebeldes se congeló por un momento, y al cabo sonrió con tristeza. Le estrechó el antebrazo a Cato.

—Bien dicho. Es una lástima que tengamos que ser enemigos.

—Pues no permitas que lo seamos, señor.

—Ya es demasiado tarde para eso. Roma debería habernos tratado como a aliados, en lugar de intentar ser nuestros amos. Si alguna vez coincidimos en combate, te mataré sin pena ni remordimiento.

Cato frunció los labios.

—Tal vez. O quizá la próxima vez que nos encontremos será usted mi prisionero.

Carataco miró fijamente al joven prefecto. Por un momento, su rostro se ensombreció. Luego soltó el brazo de Cato y echó a andar cruzando el círculo hacia la entrada, al tiempo que llamaba a sus seguidores. Macro se lo quedó mirando mientras se alejaba y le dijo a su amigo entre dientes:

—Parece ser que se ha terminado el tiempo de hablar. Ahora tenemos entre manos una lucha hasta el final.

Cato respondió apesadumbrado: —Esta ronda de negociaciones ha estado destinada al fracaso desde el principio. Ya era demasiado tarde. Carataco quiere una guerra, y ha venido aquí a provocarla… Y Ostorio está muy dispuesto a dársela. Esto no ha sido más que una pérdida de tiempo. Ahora está a punto de convertirse en una pérdida de buenos soldados y guerreros.

Capítulo XI

Nada más regresar al puesto avanzado con su grupo, el gobernador despidió a su séquito y se retiró a las abarrotadas dependencias del *optio* para departir con sus oficiales. La reunión con las tribus había sido mucho más breve de lo que Ostorio tenía previsto, y no había posibilidades de que se reanudara al día siguiente. Después de que Carataco y los romanos se hubieran retirado, otros contingentes habían seguido su ejemplo, y algunos se pusieron en marcha de inmediato hacia sus territorios natales a pesar de que ya había caído la noche. Estaba claro que los intentos de acordar unas condiciones para la paz en la isla habían fracasado.

—Si Carataco quiere continuar la guerra, eso es lo que tendrá —anunció Ostorio a sus oficiales, apretujados en torno a la pequeña mesa que, junto con una silla y un camastro, constituían el único mobiliario—. No voy a regresar a Londinio. En vez de eso me dirigiré al cuartel general del ejército en Cornovioro en cuanto amanezca. Deciano, tú cabalgarás de vuelta a Londinio e informarás a mi Estado Mayor de mi decisión. Tienen que preparar mi equipo y reunirse conmigo cuanto antes. Y comunica a los comandantes de la Novena y Segunda legiones que daré comienzo a la campaña lo antes posible, y que ellos serán los responsables de garantizar la seguridad de la provincia detrás de la zona fronteriza. Prefecto Cato, tú y Macro os dirigiréis a Glevum e informaréis al legado Quintato.

—Sí, señor.

—Caballeros, mis planes están hechos, solo queda ponerlos en práctica tan rápida y completamente como sea posible. No habrá clemencia para aquellos que se alíen con Carataco. Mis órdenes son que hacer prisioneros no es un requisito. Las mujeres y niños que no matemos se llevarán a la retaguardia y se venderán a los tratantes de esclavos de los depósitos. Todos los poblados hostiles que encontremos tienen que ser incendiados y arrasados. Lo que le dije antes a Carataco iba en serio. Los que se alcen en armas contra Roma tienen que ser aplastados. ¿Está lo suficientemente claro?

Sus oficiales asintieron con la cabeza.

—Pues lo mejor será que os retiréis a descansar y procuréis dormir cuanto podáis. Las horas de sueño van a ser un lujo en los días venideros. Podéis retiraros.

Los oficiales saludaron, salieron de la habitación en fila y se adentraron en la noche. Macro vio que la pequeña guarnición estaba en alerta y distribuida a lo largo de la empalizada. El *optio* debía de haber hablado con alguno de los hombres de la guardia del gobernador, y sin duda se había enterado de lo ocurrido en el círculo sagrado. No querría correr riesgos, y había ordenado a sus hombres que doblaran la guardia durante la noche. Los legionarios de la escolta se habían acomodado en torno a la lumbre en la que cocinaba la guarnición, y comentaban en voz baja lo que habían presenciado. Su inquietud se hacía evidente por la disposición que habían adoptado en torno a la pequeña hoguera: sabían lo que se avecinaba. A un lado, un sirviente estaba lavando las heridas de Marcelo con delicadeza. El tribuno solo llevaba un taparrabos, y comía su ración de gachas con dificultad, emitiendo una especie de borboteo cuando se esforzaba por tragar. Mientras comía, el sirviente limpiaba la mugre de su cuerpo lastimosamente macilento.

Los cortes y magulladuras evidenciaban el trato brutal al que había estado sometido el tribuno. Cato se acercó a su ensimismado amigo, y miró también hacia la escena que estaba contemplando el centurión.

—¿Qué va a ser de este pobre diablo? —preguntó Macro.

—Estoy seguro de que tiene familia en Roma. Cuidarán de él…, lo mejor que puedan.

Macro se lo quedó mirando unos momentos más.

—Hubiera sido más compasivo matarlo. Jodidos bárbaros. No son mejor que los animales.

—Es posible, pero son listos. Todo aquel que vea a Marcelo en su viaje de vuelta a casa va a saber lo que les ocurre a los soldados capturados por el enemigo, y eso afectará a su moral. Y aún hará más mella en Roma, lejos del campo de batalla. Un joven aristócrata como Marcelo, mutilado y reducido a lo que es ahora, va a ser un importante tema de conversación. Añadirá peso a las palabras de los que argumentan que no deberíamos expandir nuestro territorio a Britania, e incluso que tendríamos que abandonar del todo la provincia. Carataco sabe cómo dejarlo claro de manera elocuente, y cómo asegurarse de que cale tan hondo como sea posible. Matar a Marcelo hubiera sido malgastar una oportunidad.

Macro miró a su amigo.

—Por los dioses, eres tan insensible como ese salvaje.

—No, solo comprendo el razonamiento que hay tras sus actos. Mi única preocupación es que podría ser que Ostorio estuviera haciéndole el juego al enemigo. Si arremete a fuego y espada contra las tribus de las montañas, puede que acabe de convencer a algunas de las que hasta ahora se han mantenido a un lado. Además, hay un problema más amplio. Nuestros hombres se acostumbrarán a tratar con dureza a los nativos, y resultará difícil refrenarlos cuando los cambien de destino después de la campaña. Eso suponiendo que

consigamos dar caza a Carataco y obligarlo a presentar batalla.

—Tuve la impresión de que estaba ansioso por combatir —repuso Macro—. Hizo muchos aspavientos con la derrota de la columna de Marcelo, y dijo que solo era el principio.

—Sí, así es. De modo que es muy posible que eso sea lo que quiera que creamos.

Macro resopló irritado.

—¿Entonces, cuál crees que es su intención exactamente?

—No estoy seguro. Si penetramos en las profundidades de las montañas buscando a su ejército, o su principal fortaleza, alargaremos nuestras líneas de comunicación y las haremos vulnerables a los ataques. A mí me parece que no abandonará su antigua táctica. Atraernos para que avancemos, y así atacar nuestra retaguardia. No cabe duda de que ha conseguido enfurecer y provocar a Ostorio.

—O tal vez se está volviendo demasiado confiado y busca una batalla planificada en condiciones favorables.

Cato se encogió de hombros sin demasiado convencimiento.

—Aún hay otra posibilidad.

—¿Y es? —inquirió Macro armándose de paciencia.

—El espectáculo que dio fue tanto para nosotros como para sus propios seguidores. Está llevando a cabo una larga guerra. Y la lucha va a poner al límite sus recursos y la fuerza de voluntad de sus seguidores. Tanto o más que la de nuestro bando. La diferencia sustancial es que nuestros soldados tienen disciplina. Son legionarios, hombres entrenados para la guerra. En cambio, los guerreros tribales con los que cuenta Carataco se mueven por inspiración: su líder debe darles razones para combatir. Me pregunto hasta qué punto puede contar con ellos. Solo permanecerán a su lado si los obsequia con victorias y el placer del combate. Si

los vamos desgastando y se lo ponemos difícil no exponiéndonos demasiado, va a verse obligado a presentar batalla mientras aún tenga suficientes hombres dispuestos a seguir su espada.

—Pues esperemos que sea eso lo que ocurra. No me apetece pasarme los próximos años persiguiendo sombras a través de montañas y bosques.

—Desde luego… —Cato reflexionó un momento—. Y al menos uno de nuestros oficiales parece tener las ideas claras. Ese tal centurión Querto ha dejado huella en Carataco. Espero contar con él cuando tome posesión del mando de los tracios.

Macro se rascó el mentón.

—Puede que a Querto no le guste tanto la idea. Se está haciendo un nombre, y tú vas y te entrometes. Podría ser una situación difícil de manejar.

—No si es la mitad de buen oficial de lo que eres tú, Macro. —Cato estiró los hombros y bostezó—. Será mejor que descansemos un poco, ¿no te parece?

Fueron a buscar las alforjas al establo y se dirigieron a su alojamiento. Dentro del pequeño barracón, había una única lámpara de aceite que proporcionaba la luz justa para moverse en la oscuridad. Los tribunos ya se habían acomodado en sus jergones, envueltos en sus gruesas capas militares. Había unos cuantos que aún estaban despiertos cuando Macro y Cato se abrieron paso hasta el rincón del fondo y extendieron sus finos rollos de burda tela rellenos de crin.

—Os lo aseguro —murmuraba Deciano a sus compañeros—. Esta campaña va a ser un desastre. Esa gente son bárbaros indómitos. Son peor que los animales salvajes…

Se hizo una pausa, tras la cual otro tribuno añadió: —Yo no pienso acabar como Marcelo…

—Deberíamos dejar a esos cabrones en sus montañas —continuó diciendo Deciano—. Construir una línea de fuertes y cercarlos. Eso sería lo mejor.

Macro se tumbó en su jergón y carraspeó: —Tribuno, si no te importa, me gustaría echarme; dormir. Y no será fácil si vais a pasaros la noche aquí sentados, asustando a las mujeres.

En la penumbra, Cato apenas fue capaz de distinguir al tribuno abriendo la boca para responder, pero a juzgar por el silencio que siguió entendió que se lo había pensado mejor. Poco después se tumbó, se subió la capa hasta la barbilla y se acurrucó. Macro chasqueó la lengua suavemente, se movió para ponerse en una posición cómoda y unos instantes después, empezó a roncar como un bendito. Cato sabía que solo había una breve oportunidad de lograr dormir antes de que Macro empezara a roncar de verdad. Durante el viaje desde Roma, había aprendido un truco para despejar la mente y quedarse dormido. Se imaginaba que construía una pequeña villa en las faldas de los montes Albanos, cerca de Roma. Habitación por habitación… Generalmente, antes de llegar al triclinio ya estaba dormido. Sin embargo, si alguna vez llegaba a esa parte sabía que le esperaba una noche agitada. En aquella ocasión, el largo día sobre la silla de montar y la tensión nerviosa de la asamblea se hicieron notar, y Cato se quedó dormido antes de haber completado ni siquiera el atrio… Y afortunadamente mucho antes de que el grave retumbo de Macro inundan el barracón e interrumpiera el sueño de los más nerviosos de los tribunos acurrucados a lo largo de la pared opuesta. Había más de medio día de dura cabalgada hasta la encrucijada de caminos donde el gobernador y su séquito continuaron en dirección norte por el camino de Cornovioro y se separaron de Macro y Cato, que continuaron hasta Glevum. Cuando frenaron sus monturas en lo alto de una pendiente poco

pronunciada, los dos amigos, acompañados por Décimo, contemplaron la escena que tenían por debajo de ellos. La Decimocuarta Legión había construido un gran fuerte en el terreno bajo cerca del río Severn y, como era habitual, un extenso barrio civil se había establecido a una corta distancia de la zanja exterior, más allá del alcance de un arco. La mayoría de edificios se habían construido al estilo nativo, chozas redondas de zarzos y barro con techo de paja y juncos. Una pequeña abertura en el vértice del techo servía para dejar salir el humo del hogar del interior. Algunas de las estructuras eran algo más sólidas, erigidas por comerciantes de la Galia que habían seguido a sus clientes cuando las legiones habían sido trasladadas al ejército que había invadido Britania. El barrio civil, o *vicus*, era el lugar donde los soldados que estaban fuera de servicio podían satisfacer su apetito de vino y mujeres…, y también donde, si la legión permanecía en el lugar mucho tiempo, algunos de los soldados tomaban esposas y creaban una familia. Dichas situaciones eran extraoficiales, dado que los legionarios tenían prohibido contraer matrimonio formal mientras servían, pero era una costumbre arraigada y, al fin y al cabo, los soldados eran humanos.

Además del fuerte, había dos fortificaciones más pequeñas para las unidades auxiliares, la caballería y la infantería adscritas a la Decimocuarta Legión. El conjunto, del que se alzaba una fina nube de humo de leña, tenía aspecto de una ciudad modesta en ciernes. En la otra orilla del río, el paisaje era llano y abierto, y Cato divisó en la distancia la masa gris de la hilera de montañas que señalaba la frontera con el territorio de los siluros. Unas nubes se cernían sobre las montañas y ocultaban los densos bosques de las laderas que había más allá.

—No es una perspectiva muy atrayente —comentó Macro—. Pero al menos ya no vamos escondiéndonos por ahí

haciéndole el trabajo sucio a Narciso.

—Creo que vas a descubrir que, dada la situación, eso no sirve de mucho consuelo. —Cato chasqueó la lengua para que su caballo iniciara el descenso por el ancho camino embarrado que conducía al portón oriental del fuerte. La ruta pasaba junto a unas cuantas pequeñas granjas en las que había algunos nativos sembrando semillas de trigo y cebada, que se cosecharían en verano. Estaban tan acostumbrados a ver pasar a los soldados que nadie prestó apenas atención a los tres jinetes. Solo un niño pequeño, acuclillado en el barro junto a su madre, levantó la mirada bajo un flequillo de cabello oscuro y de repente sonrió a Macro. La espontaneidad de la expresión del niño conmovió al curtido centurión.

—¡Mira, Cato, nadie parece odiarnos! —Macro le devolvió la sonrisa al niño y le guiñó un ojo.

Cato meneó la cabeza.

—Dales tiempo. Ese no tardará en empuñar una espada.

—Hoy eres la alegría de la huerta, ¿eh?

Cato no respondió. En vez de eso, puso su caballo al trote y, con un suspiro desganado, Macro y Décimo hicieron lo mismo. El asistente acercó su mula hacia Macro y le dijo entre dientes:

—Perdone que se lo pregunte, señor, pero ¿el prefecto es así con frecuencia? Ya sabe, ¿tan pesimista?

—¡Oh, no! —Macro se echó a reír—. Solo cuando está de buen humor.

El niño los observó un momento más, hasta que la sonrisa desapareció y volvió a centrarse en las sencillas figuras de paja que tenía agarradas en sus puños diminutos. Soltó un leve gruñido, las llevó la una contra la otra y las machacó.

Mientras avanzaban por el *vicus*, Macro le echó un vistazo por encima y llevó a cabo la valoración profesional que todo soldado que se precie haría, evaluando la clase de

placeres que podría proporcionar aquel poblado improvisado, y tomando nota mentalmente de visitar el lugar en cuanto tuviera ocasión.

Dos legionarios montaban guardia en la rampa que cruzaba el foso y llevaba al portón principal del fuerte. Aquella mañana, Cato se había puesto el peto que Décimo había pulido adecuadamente, por lo que el metal reluciente y el lazo rojo que llevaba atado en el abdomen indicaban su rango con claridad. Al verlo, los centinelas se cuadraron al instante. Tras ellos, el *optio* al mando de la guardia llamó a toda prisa al resto de la sección, que formó a ambos lados de la entrada mientras Cato conducía su caballo al paso por la rampa y le devolvía el saludo al suboficial.

—¿Está el legado Quintato en el campamento?

—Sí, señor. Está… en el cuartel general. —Vaciló un momento, y luego preguntó—. ¿Su autorización, señor?

Cato metió la mano en las alforjas y sacó la pequeña tablilla encerada que llevaba el sello del gobernador, y en la que se detallaba su nombre, rango y el propósito del viaje. El *optio* la examinó rápidamente y se la devolvió.

—Muy bien, señor. Pueden pasar.

Cruzaron el portón y entraron en el fuerte. Los barracones de madera se extendían perfectamente alineados a ambos lados de la ancha avenida que llevaba al grupo de edificios grandes del cuartel general, donde estaban las dependencias de los oficiales superiores y los almacenes de la Decimocuarta Legión. Los soldados que no estaban de servicio se hallaban sentados frente a los barracones de sus secciones, limpiando la armadura o jugando a los dados. Otros se estaban equipando, preparándose para el cambio de guardia o para salir de patrulla. Algunos de los barracones estaban vacíos porque sus antiguos ocupantes habían sido destinados a la guarnición de los puestos avanzados. Se oía el leve repiqueteo de los martillos de la

armería, y un destacamento de soldados de servicio de limpieza se dirigía hacia las letrinas con cubos, cepillos y palas. Macro sonrió al encontrarse en un entorno que le resultaba tan familiar como un hogar.

—Parece que a Quintato le gustan las cosas bonitas y ordenadas.

—Un tipo pulcro —añadió Décimo agriamente.

—Lo cual es solo la mitad de la esencia del ejército. No puedes salir a matar bárbaros en nombre de Roma, a menos que vayas con el aspecto apropiado.

Los guardias de servicio de la guardia los condujeron al cuartel general de la Decimocuarta, donde Cato y Macro dejaron a Décimo con los caballos y mulas, mientras ellos entraban en las dependencias para presentarse al legado. Pese a la inminente campaña, reinaba una atmósfera de calmada eficiencia en aquel lugar, donde los funcionarios administrativos se inclinaban sobre sus registros y llevaban y traían mensajes de los oficiales superiores. El legado Quintato estaba con el intendente de la Decimocuarta cuando su secretario anunció su llegada.

—Un momento —respondió Quintato con brusquedad por detrás de su mesa, y volvió a centrar su atención en el intendente, que permanecía frente a él tieso como un roble —. El granero debería airearse e inspeccionarse a diario. Es responsabilidad tuya. Si hubieras cumplido con tu obligación, hubiéramos ahuyentado a las ratas antes de que echaran a perder un millar de modios de grano. Ahora tenemos que compensarlo.

—Se espera que el próximo convoy de grano llegue a final de mes, señor. Enviaré un mensaje diciendo que necesitamos más para reemplazar las pérdidas.

Quintato meneó la cabeza.

—Demasiado tiempo. Quiero que se reemplace dentro de los próximos cinco días.

El intendente se quedó boquiabierto.

—Pero…

—Sin excusas. Encárgate de ello. Si no puedes hacer un trato con una unidad de reserva, tendrás que comprárselo a los nativos. Puedes retirarte.

El intendente saludó y dio media vuelta, antes de abandonar la habitación con una expresión preocupada en el rostro. Quintato dejó escapar un suspiro de frustración, y acto seguido clavó su penetrante mirada en los dos oficiales que estaban de pie dentro de su despacho.

—¿Y bien?

Cato hizo las presentaciones, y ambos le entregaron las tablillas en las que se detallaban sus historiales de servicio. El legado miró un momento a sus visitantes con curiosidad, antes de leer sus historiales y asentir con satisfacción.

—Me alegra ver que habéis servido aquí antes. Y además tenéis mucha experiencia en combate, aunque hay uno o dos intervalos vacíos en el historial.

—Estábamos esperando un nuevo destino, señor —respondió Cato—. Esperábamos en Roma con media paga.

—Un desperdicio de vuestro talento. Cruzados de brazos mientras algún funcionario imperial de culo gordo se toma su tiempo para buscaros un nuevo empleo. Malditos burócratas, ¿eh? —Una sonrisa comprensiva asomó a sus labios, pero desapareció de inmediato—. Ahora ya estáis aquí.

Sin duda estáis deseando asumir vuestros mandos y lanzaros de lleno contra el enemigo.

Macro sonrió ampliamente.

—Me ha leído el pensamiento, señor.

—Si no es eso lo que estabais pensando, entonces no me servís de nada. No toleraré a nadie que no haga lo que le corresponde, caballeros. No importa cuál sea su rango. Nos

enfrentamos a una dura oposición, y quiero resultados inmediatos. ¿Está claro?

—Sí, señor. —Cato asintió.

—Resulta que he sido afortunado…, diría incluso que muy afortunado, de tener al centurión Querto a mano para que asumiera el mando del puesto avanzado de Bruccio mientras esperábamos vuestra llegada. Querto ha aprovechado toda oportunidad de presentar batalla al enemigo. Ha quemado más aldeas y matado a más siluros que ningún otro hombre de este ejército. Y el enemigo ha acabado por temerle. Según algunos de los prisioneros que hemos capturado, lo llaman el Cuervo Sangriento, y la simple mención de su nombre ya les infunde terror.

—El Cuervo Sangriento… —repitió Macro, y miró a Cato con la ceja enarcada—. ¿Los prisioneros dijeron por qué lo llamaban así, señor?

—Está bastante claro. La cohorte tracia lleva un cuervo en su estandarte. Imagino que lo de sangriento se debe a los métodos que utilizan Querto y sus hombres. Por lo visto, la cohorte ha acabado adoptando ese nombre para la unidad. Ahora se hacen llamar los Cuervos Sangrientos.

Cato sintió un frío cosquilleo en la base de la espalda.

—¿A qué métodos se refiere, señor?

El legado vaciló un momento antes de responder:

—El centurión Querto ha ascendido de la tropa. Fue reclutado en Tracia, aunque su familia es de las montañas de la Dacia de los Cárpatos, lejos de todo lo que nosotros reconoceríamos como civilización. De manera que algunos podrían considerar que sus métodos son… algo más que cuestionables. Pero, por otro lado, el puesto avanzado se encuentra en el corazón del territorio siluro, y sin duda uno tiene que combatir a los bárbaros en las condiciones que exigen el terreno y los salvajes que allí habitan si queremos conseguir la victoria… Y hablando de victoria… —El legado

alargó el brazo y sacó un largo rollo de pergamino que extendió sobre la mesa. Cato vio enseguida que era un mapa. Las marcas indicaban la posición de las fuerzas romanas, donde el terreno circundante estaba bien detallado, pero algunas partes grandes del mapa estaban en blanco, bajo las inscripciones de los nombres de las tribus de los siluros y ordovicos.

El legado dio unos golpecitos en el mapa con el dedo.

—Glevum. Tengo a mis órdenes a la Decimocuarta, a dos cohortes de caballería auxiliar y a cuatro cohortes de infantería. Un tercio de mi columna está destinada en los fuertes que hemos construido, o que están en proceso de construcción. Nuestro trabajo consiste en controlar los valles y actuar como el yunque sobre el que el grueso principal del ejército romano golpeará como un martillo. El martillo es la columna principal, a las órdenes del gobernador. Él está estacionado más al norte, aquí, en Comovioro, con la Décima Legión y doce cohortes de auxiliares. Cuando esté listo para marchar, Ostorio tiene intención de atacar con fuerza a los ordovicos, y luego dirigirse al sur para ir contra los siluros. Si todo sale como está planeado, Carataco y sus fuerzas quedarán atrapados entre nosotros y el gobernador, y serán aplastados.

Cato estudió el mapa y, aunque le preocupaba el desconocimiento de gran parte del terreno por el que tendrían que marchar las fuerzas romanas, vio que la estrategia del gobernador tenía sentido. Asintió.

—Parece un plan razonable, señor.

Quintato enarcó una ceja.

—Me alegro mucho de que estés de acuerdo, prefecto. Estoy seguro de que a Ostorio le complacerá saber que cuenta con tu aprobación. En cualquier caso, primero tiene que encontrar a Carataco. El cabrón ha demostrado ser más escurridizo que una anguila. Lo único que sabemos con

seguridad es que ahora mismo se encuentra en territorio de los ordovicos.

Cato se ruborizó, consideró replicar al legado, pero decidió que sería mejor mantener la boca cerrada y no arriesgarse a más impertinencias por su momento de orgullo desmesurado.

—Tu trabajo…, suponiendo que cuente con tu aprobación, es controlar el valle en el que se encuentra Bruccio. —El legado señaló un punto en el mapa—. Tienes que patrullar el valle y mantenerlo libre de enemigos. Si lo consideras adecuado, puedes extender un poco más tu campo de acción. El último informe que recibí de Querto llegó hace más de un mes. Decía que había incendiado varias aldeas nativas más al oeste y al sur, y afirmaba haber matado a más de un millar de enemigos. Él también ha sufrido bajas considerables, y he decidido enviar una columna de apoyo al fuerte en cuanto llegue de la Galia la última remesa de refuerzos.

Macro chasqueó la lengua.

—¿No se ha sabido nada desde hace un mes, señor? En este tiempo podría haber pasado cualquier cosa. Es posible que hayan atacado el fuerte…

—De ser así, creo que el enemigo ya nos lo habría hecho saber. Carataco siempre se empeña en pregonar cualquier buena noticia para su bando. No, creo que Querto aún está muy metido en el juego.

Cato estaba examinando el mapa, y vio que Bruccio se encontraba muy al interior del territorio siluro. Calculó que a casi cien kilómetros de Glevum. Y a más de sesenta kilómetros de distancia del fuerte romano más próximo. Decidió que estaba en un lugar muy expuesto. Demasiado expuesto. Cualquier convoy de suministros que se dirigiera a Bruccio tendría que cruzar los pasos a través de las

montañas, y después marchar por valles de espesos bosques: un terreno perfecto para las emboscadas.

—¿Con qué frecuencia se reabastece el fuerte, señor?

—No se reabastece.

Cato frunció el ceño.

—¿Cómo es eso, señor? Habrá que reabastecerlo, ¿no? Debe de haber varios centenares de hombres en Bruccio. Por no mencionar los caballos.

Quintato se encogió de hombros.

—Los primeros convoyes lograron llegar. Muy bien escoltados. Luego los siluros se nos echaron encima, y ya no pudimos hacer llegar nada más a la guarnición. Le envié un mensaje a Querto diciéndole que tenía permiso para replegarse antes de que se quedaran sin suministros. Contestó que él y sus hombres vivirían de lo que les diera la tierra y el saqueo. Fue su última palabra sobre el tema, de modo que debe de haber encontrado la forma de arreglárselas.

—Cuesta creerlo, señor —dijo Macro—. Está rodeado por el enemigo. Seguro que podrían hacerlos morir de hambre si se lo propusieran.

—Pues que yo sepa no lo han hecho. Sea como sea, el centurión ha conseguido aprovisionar a sus hombres, eso es lo que parece, al menos. Cuando lleguéis al fuerte podréis comprobarlo por vosotros mismos. Vais a descubrir que Querto puede enseñaros muchas cosas. Y si sois sensatos, prefecto, le haréis caso en muchas cosas.

La crítica implícita enojó a Cato, que se esforzó por no demostrarlo. Él era un soldado profesional que había servido a su emperador con lealtad y eficacia durante muchos años. Sabía muy bien que era sensato escuchar a sus subordinados, sobre todo a uno tan evidentemente competente como el centurión Querto. El prefecto contuvo su irritación una vez más.

—Por supuesto, señor.

—Bien. Entonces podéis salir al alba. Os asignaré una escolta para que os acompañe hasta el fuerte. Un escuadrón del contingente montado de la legión debería bastar. Después de que hayas tomado el mando en Bruccio, quiero un informe más detallado de los efectivos y condiciones de las dos cohortes, así como de los progresos que estén haciendo contra los siluros. Eso si es seguro enviar a un jinete de vuelta a Glevum. Y ahora, si me disculpáis, caballeros, tengo mucho trabajo para preparar al resto de mi columna ante la inminente campaña. Que la buena fortuna os acompañe.

Señaló la puerta con un gesto, y Cato y Macro saludaron y salieron del despacho del legado. Fuera, en el pasillo, mientras se dirigían de vuelta al patio para reunirse con Décimo, Macro comentó en voz baja:

—Tengo mis dudas sobre ese tal centurión Querto. Da la impresión de que podría causarnos problemas.

Cato lo pensó un momento.

—Está jugando según sus propias reglas, eso seguro. Pero, como ya has oído, le está dando duro al enemigo. Eso es lo que quieren el legado y el gobernador. Solo espero que podamos mantener su eficacia cuando asuma el mando.

Macro inspiró profundamente.

—No sé por qué, pero no creo que el centurión Querto vaya a ser muy cordial. Ya lleva meses dirigiendo las cosas a su manera. ¿Qué te hace pensar que se alegrará de cederte las riendas?

—Es un soldado, y hace lo que le dicen.

Macro frunció los labios.

—Espero que tengas razón, amigo, lo espero de verdad.

Capítulo XII

Poco después del alba empezó a llover, y Glevum desapareció tras un velo gris de llovizna cuando los jinetes llegaron a las primeras colinas que rodeaban el valle. Cato se detuvo un momento, se encorvó bajo su capa, y espoleó a su montura hacia el camino que conducía a la distante hilera de montañas, poniéndose de nuevo al frente del escuadrón que los escoltaba. La noche anterior, Macro y Décimo habían visitado el *vicus* y habían compartido unas cuantas jarras de vino barato en una de las sencillas posadas. Cato se había quedado en el cuartel, buscando en los archivos toda la información que pudiera encontrar sobre su nueva unidad y sobre el oficial que estaba temporalmente al mando de ella. La actuación de los tracios había sido loable desde que los habían destinado a Britania, pero en los últimos meses aún había sido mejor, pues habían acabado con más enemigos que en los ocho años anteriores.

En cuanto a Querto, en los registros no había nada que revelara más de lo que Quintato ya le había contado, salvo por una queja sin importancia del anterior comandante de los tracios. Tras una escaramuza en las orillas del Severn, el prefecto Albino había dado la orden de que Querto escoltara a sus cautivos hasta Glevum. Nunca llegaron al fuerte. Según el centurión tracio, todos habían escapado la primera noche de marcha, y acabaron muriendo en el intento. Ninguno sobrevivió. No se mencionaba ninguna medida disciplinaria al respecto, y al cabo de unos días el prefecto

murió al caer de su caballo y romperse el cráneo contra una roca.

La cohorte de legionarios que constituía el resto de la guarnición de Bruccio tenía un historial igual de competente y poco espectacular, hasta su reciente éxito de los últimos meses, cuando los resultados habían empezado a mejorar de forma creciente. El único aspecto curioso era que ninguna de las dos unidades había informado de ninguna falta de disciplina desde que el centurión Querto los había dirigido a las montañas. Era habitual que este tipo de infracciones formaran parte de los informes que se enviaban regularmente al cuartel general de la legión. Pero, tras los primeros informes, solo había breves resúmenes del número de enemigos muertos y de las poblaciones incendiadas. Y nada más desde hacía más de un mes.

Cato, sus compañeros y la escolta cruzaron el puente de troncos que los ingenieros de la Decimocuarta habían tendido sobre el río Severn, y luego siguieron la ruta que transcurría junto a la orilla. Allí había menos indicios de nativos que en cualquier otro punto de su viaje por la nueva provincia. Unas cuantas granjas pequeñas salpicaban el paisaje. Sus habitantes, unas gentes de aspecto salvaje vestidas con pieles y harapos, cuidaban unas cuantas cabras y trabajaban unos pequeños campos de la rica tierra junto al río. Cada ocho kilómetros, los jinetes se encontraban con uno de los pequeños fuertes construidos para proteger la ruta. En cada uno de ellos había una guarnición de veinte o treinta auxiliares, que se resguardaban tras un muro de turba coronado con una sólida empalizada de madera. Un centinela montaba guardia escudriñando el paisaje circundante desde una pequeña torre, que se alzaba por encima de la exigua fortificación.

Al final de la jornada, llegaron a un fuerte grande en Isca, guarnecido con una cohorte de galos. Después de llevar las

monturas y los animales de carga a los establos para pasar la noche, Cato y sus compañeros se unieron al decurión al mando de la escolta de caballería en el comedor de la cohorte. Se trataba de una única estancia con dos mesas y un pequeño mostrador, donde un comerciante flaco vendía vino malo a un precio elevado a sus clientes forzosos. Aquel lado del Severn era territorio siluro, y ninguno de los seguidores habituales de los campamentos del ejército romano había sido lo bastante valiente como para establecerse en un *vicus* al otro lado de las empalizadas del fuerte.

Macro y Décimo se habían quitado de encima la resaca con la cabalgada del día, y el centurión pidió de mala gana un poco de vino al comerciante, con esa actitud de quien sabe que se están aprovechando de él.

—¿Cinco sestercios por esta mierda que parecen meados? —gruñó Macro, que después del primer sorbo frunció los labios y los apartó del borde de la copa—. Un puto escándalo, eso es lo que es.

—No es tan malo, señor. —Décimo alzó la copa y bebió otra vez.

Macro lo miró agriamente.

—Nunca es tan malo cuando no has tenido que pagar ni una gota. Tendría que deducirte de la paga el vino que consumes.

—Entonces usted aún tendría que beber más meados de estos, señor. —Décimo fingió sentirse herido—. De hecho, debería agradecerme que le ayude con él.

—¿En serio? —Macro entrecerró los ojos un momento, y luego se volvió a mirar a Cato—. ¿Tú qué opinas?

—¿Eh? —Cato alzó la mirada con expresión ausente—. Lo siento, ¿qué has dicho?

—El vino. Pruébalo y dime qué opinas.

Cato miró la copa de cerámica de Samos y la olisqueó. El olor no era muy distinto al del vinagre, pero estaba impregnado con algo parecido a una mezcla muy vieja de queso de cabra y aguas residuales. Aun así, Cato tomó un sorbo para complacer a su amigo, y cuando aquel líquido pestilente fluyó por su lengua hizo una mueca. Dejó la copa bruscamente y dando un golpe en la mesa.

—¿A esto le llamas vino?

—Nuestro amigo de detrás del mostrador no tiene ningún reparo en hacerlo. Ese vinatero de mierda… Estoy pensando en tener unas palabras con él.

—¿Y de qué serviría? Esto es lo más bueno que puede encontrarse a esta distancia de la frontera.

Macro puso cara de horror.

—¡Espero que no, por todos los dioses! ¿Qué diablos deben de estar bebiendo en Bruccio, en nombre del Hades?

El comentario dio que pensar a Cato, que se dirigió al decurión que había estado bebiendo en silencio, claramente preocupado. El prefecto se aclaró la garganta.

—Te llamas Trebelio, ¿no?

El decurión volvió la cabeza y asintió.

—Sí, señor.

—No pareces estar disfrutando mucho de nuestra excursión a las montañas. Al menos el vino evitará que pienses en ello. Bebe.

Trebelio tomó un sorbo obedientemente y sin alterar el gesto.

—Parece que hay a quien le gusta… —comentó Macro.

Décimo se rio.

—Ya se lo he dicho, señor. No es tan malo. Se acostumbrará a estas cosas en esta parte de Britania. Aquí uno puede encontrar lo peor de todo: el tiempo, el vino e incluso las mujeres son las más ásperas que encontrará en todo el imperio. Es extraño que Claudio y sus consejeros

piensen que se pueda sacar algo bueno de este maldito lugar. Si quiere saber mi opinión, nunca deberíamos haber invadido estas islas, tendríamos que haber dejado a los bárbaros en paz. Si quieren vivir en chozas de barro, adorar a los condenados druidas y pasarse la vida peleándose entre ellos, pues que lo hagan. Si el emperador hubiera pasado de Britania, yo aún tendría bien la pierna.

Macro se lo quedó mirando.

—¿Acaso te he preguntado? No. Ya sabías cómo eran las cosas cuando te alistaste. Vas adónde te mandan, y no te paras a hacer preguntas. Matas a quien te dicen que mates y ya está. El riesgo que corres es que los cabrones te pillen primero. Y si no te gusta, más te valdría ser uno de esos maricas que van metiendo mano bajo las túnicas y que se pasan la vida leyendo filosofía. —Macro dirigió una mirada rápida a Cato—. A excepción de los presentes.

—Gracias, Macro —repuso Cato con irritación, tras lo cual volvió a centrarse en el decurión—. ¿Cuánto hace que sirves en la Decimocuarta?

—Veinte años, señor. Llegado el verano.

—¿Y cuánto tiempo lleva sirviendo con la Decimocuarta la caballería tracia?

—¿Esos? Parecen ser un elemento fijo, señor. Desde que estoy en la legión.

Cato sonrió.

—He visto muchas unidades auxiliares en mis años de servicio. Algunas buenas, otras malas… Aunque nunca he servido con la caballería tracia. ¿Cómo son?

El decurión se sorbió la nariz.

—No apestan, como muchos de sus compatriotas. Los germanos son peor. Pero al menos con los germanos sabes a qué atenerte. Con los tracios es distinto… Sí, tienen una vena cruel, ya lo creo. Aunque son unos jinetes

endiabladamente buenos. Me alegro de que estén de nuestro lado, eso es todo.

—Entiendo. —Cato tomó la jarra y le llenó la copa al decurión—. ¿Y qué me dices del centurión Querto?

El decurión se puso en guardia y respondió con cautela.

—No sabría decirle, la verdad. Los tracios tienen tendencia a ser reservados. Me he cruzado con él alguna vez en la plaza de armas, cuando hemos estado de maniobras de entrenamiento. Es un hombre fornido. Es grande como un armario, y sus agallas están en proporción con su tamaño.

—Hay que tener mucho cuidado con lo que se come —terció Macro.

Cato le lanzó una mirada de desaprobación, y luego volvió a hablar con el decurión.

—¿Qué más?

—Lo que ya he dicho. Es valiente, y sus hombres lo seguirían a cualquier parte sin pensarlo.

—Así pues, ¿es… inspirador?

—Podría decirse así, señor. Depende de a qué tipo de inspiración se refiera. Es un luchador nato, de los que preferirían morir antes que ceder ni un palmo. El problema es que quiere lo mismo de aquellos a los que dirige. En cierta ocasión, en la plaza de armas lo vi golpear a un soldado hasta dejarlo sin sentido porque no era capaz de hacer que su caballo saltara una zanja. Digamos que se toma la disciplina muy en serio. Y la lealtad. He oído que se supone que era una especie de príncipe en su tierra natal. —Trebelio miró a su alrededor, y se acercó más a ellos—. Eso, y también que es una especie de sacerdote. De los que conocen… la magia. La clase de magia que necesita sacrificios de sangre.

—¿Magia? —repitió Cato lentamente—. No he visto magia de verdad en toda mi vida.

Macro ladeó la cabeza.

—No emitas juicios precipitados. Al fin y al cabo, alguien le ha echado una maldición a este condenado vino, eso seguro.

El decurión frunció el ceño unos instantes, luego apuró la copa y la apartó con un gesto de agradecimiento.

—Será mejor que me ocupe de los caballos, señor. Necesitarán comer antes de la segunda guardia.

Se levantó del banco y abandonó el comedor. Macro se lo quedó mirando y murmuró con ironía:

—¿Ha sido por algo que he dicho?

—Es mejor no burlarse de las creencias de nadie, señor —sugirió Décimo con delicadeza.

—¡Oh, vamos! —Macro se rio—. ¿Magia? ¿Sacerdotes? ¿Sacrificios? Son un montón de patrañas. Cualquiera con medio cerebro sabe que los únicos dioses de peso son los dioses romanos. Por eso Roma domina el mundo.

—Creía que Roma dominaba el mundo porque nuestros soldados son mejores que los de los demás —dijo Cato—. En cualquier caso, está claro que no dominamos ni a la mitad de las tribus de esta isla.

Décimo pareció querer añadir algo, pero cerró la boca y bajó la mirada a su copa. Se quedó en silencio un momento, y al cabo dijo en voz baja:

—Algunos dioses son falsos. Quizá la mayoría. Pero hay uno que es poderoso. Uno que viene de Oriente. Y promete una vida en el paraíso a todos los que elijan seguirle.

Macro se echó a reír.

—¡Ya he oído antes esta clase de tonterías! ¿Te acuerdas, Cato? ¿En Judea? Esos idiotas que se hacían llamar sirvientes de un hombre errante sagrado. Espero que no te estés refiriendo a él, Décimo.

El antiguo legionario dijo que no con la cabeza.

—Nunca he oído hablar de ninguna tontería de Judea. Estoy hablando del dios Mitra, señor. A él me refiero.

—Mitra… —Macro se rascó la barba incipiente de su mentón—. Tengo entendido que es una especie de culto en algunas unidades. Personalmente no le veo el atractivo. ¿Qué tiene que ofrecer que no tenga Júpiter, eh? Creer en Mitra no es mejor que esas estupideces que decía Trebelio sobre nuestro amigo tracio.

Décimo frunció los labios.

—Creo que hay algo más que eso, señor.

Macro señaló la marca que Décimo tenía en la frente.

—Ya veo por qué. Pero estás perdiendo el tiempo, te aviso. Júpiter es el mejor y más grande, y el resto de los nuestros se mean en los dioses de cualquiera.

—Tal vez es lo que piensa ahora, señor. Pero igualmente rezaré a Mitra para que le muestre el camino correcto.

Macro se encogió de hombros.

—Reza cuanto quieras. No voy a cambiar una mierda. Yo mismo echaré una maldición a cualquiera que diga otra cosa.

Cato suspiró y volvió a ocupar su mente con el asunto del centurión Querto. Era evidente que el hombre poseía cierta calidad como guerrero y como líder, y que estaba cumpliendo sus órdenes de una forma plenamente satisfactoria para sus superiores. Un hombre así no renunciaría a su posición con entusiasmo, ni siquiera de buena gana. Bruccio estaba lo bastante lejos de Glevum como para que Cato tuviera que depender de su propia autoridad para asumir el mando del fuerte y de su guarnición. La perspectiva resultaba sumamente incómoda, y cuantas más vueltas le daba, más retadora le parecía.

* * *

A la mañana siguiente, se internaron en el camino que cruzaba las montañas de los siluros y serpenteaba por el amplio valle por el que fluía el río Isca. Era un río ancho y espejado, crecido por la lluvia que había caído durante los primeros meses del año y por la nieve de las cimas de las montañas que se había fundido en los arroyos y afluentes del río principal. La ruta se hallaba protegida por algunos de aquellos pequeños fuertes cuyos centinelas escudriñaban nerviosos el sombrío paisaje que los rodeaba por detrás de las empalizadas. Los ingenieros habían talado árboles a ambos lados del camino, con el fin de impedir que la espesura pudiera proporcionar cobijo para una emboscada contra cualquier patrulla o columna de suministros que atravesara el valle. Al otro lado de la zona despejada los árboles se alzaban de nuevo, y las sombras bajo sus ramas eran oscuras e impenetrables. A lo lejos, donde el terreno se hacía más empinado, la linde de los árboles daba paso a rocosas pendientes de hierba alta y matojos que se doblaban con el viento que atravesaba los desfiladeros de las montañas.

El camino empezó a serpentear por entre afloramientos rocosos y colinas, y la conversación de los jinetes se apagó cuando el opresivo paisaje y la posibilidad de que el enemigo los estuviera observando empezaron a hacer mella en su ánimo. Cato, que se había abrochado el casco, cabalgaba junto al decurión a la cabeza de la columna, y se fijó en las miradas inquietas que Trebelio dirigía a uno y otro lado.

—¿Crees que aquí estamos en peligro? —le preguntó Cato en voz baja.

—Hace varios días, una patrulla cayó en una emboscada no muy lejos de aquí, señor. Perdieron a la mitad de sus hombres, antes de poder llegar al puesto avanzado más próximo. En cualquier caso, el enemigo se ha vuelto más

audaz últimamente. Los siluros han hecho algunas incursiones en la zona fronteriza, y se han arriesgado hasta el Severn en varias ocasiones.

—Bueno, si han tendido una emboscada aquí una vez, sería una estupidez hacerlo de nuevo, allí donde pudiera esperarse. Deberíamos estar a salvo.

El decurión lo miró.

—Espero que tenga razón, señor.

Cato se encogió de hombros e ignoró los temores de aquel hombre.

—¿Cuánto crees que falta para llegar a Bruccio?

—Medio día de cabalgada hasta el último puesto avanzado. Luego debería llevarnos otro día cruzar el desfiladero que lleva hasta el valle. A unos cuantos kilómetros de allí, encontrará el fuerte.

—Eso está bien.

Trebelio esbozó una sonrisa.

—Para mí estupendo. Me muero de ganas de salir de estas malditas montañas y volver a los brazos de mi mujer, en Glevum.

—¿Ah, sí? Eres un tipo con suerte.

—Supongo que sí. No es una chica elegante de Italia. Ni siquiera es de la Galia. Garwhenna es una chica del lugar, medio silura. Quizá para algunos no sea nada del otro mundo, pero es fuerte y leal. Y me ha enseñado un poco su idioma. Resulta útil cuando comercio con los lugareños en busca de comida.

—Me lo imagino.

Se quedaron en silencio un momento, hasta que el decurión señaló una curva en el camino a unos cuatrocientos metros por delante, allí donde un peñasco rocoso se alzaba a un lado del valle.

—Hay un pequeño fuerte justo más allá, señor. Si le parece bien, nos detendremos para dejar descansar a las

monturas, y le pediré al *optio* el informe sobre sus efectivos y su situación en cuanto a los suministros.

—Muy bien —respondió Cato con aire ausente. La lluvia había amainado y se había convertido en una llovizna brumosa, y estaba deseando disfrutar de un poco de cobijo y calor antes de reanudar la marcha. Entonces oyó un ruido amortiguado por encima del golpeteo de los cascos sobre el camino rocoso. Sus sentidos reaccionaron al instante, y aguzó el oído. Por un momento, se preguntó si no se lo habría imaginado. Tal vez se le estaba empezando a pegar la inquietud del decurión. Pero mejor prevenir que curar. Cato dio un tirón a las riendas y levantó la mano derecha.

—¡Alto!

Junto a él, el decurión frenó su montura, el resto de la columna se detuvo pesadamente, y el silencio del paisaje circundante se cerró en torno a ellos. Macro hizo avanzar su caballo para acercarse a su amigo y al decurión.

—¿Qué pasa?

—He oído algo. Por delante de nosotros…

Macro escuchó atentamente y luego meneó la cabeza.

—Yo no oig…

Entonces volvió a oírse claramente: el toque grave y prolongado de un cuerno, amortiguado por la llovizna y por el gran peñasco que se alzaba frente a ellos. Hacía mucho tiempo que Cato no oía aquel sonido, pero era inconfundible. Aquel sonido estridente era el de un cuerno de guerra celta.

Capítulo XIII

—¡Es una emboscada! —Exclamó Trebelio con unos ojos desmesuradamente abiertos de miedo, al tiempo que escudriñaba la línea de árboles a ambos lados del camino, a poco más de un disparo de jabalina—. ¡Tenemos que salir de aquí, señor!

—¡Espera! —le ordenó Cato—. ¡Cálmate! Eres un oficial, joder. —Se volvió a mirar a Macro—. Quédate aquí. Que los hombres dejen las mochilas y se preparen para luchar. Hazlo con el menor ruido posible. El decurión y yo nos adelantaremos para ver qué está pasando.

—¿Nosotros dos solos, señor? —Trebelio parecía horrorizado. Cuando Cato lo fulminó con la mirada, el decurión se esforzó por calmar los nervios y asintió—. Sí…, por supuesto, señor.

—Pues vamos. —Cato espoleó su montura y avanzó a medio galope. Tras vacilar un momento, el decurión lo siguió, y Macro se volvió hacia el escuadrón e inspiró hondo para dar las órdenes a voz en cuello. Sin embargo, recordó la recomendación de su amigo a tiempo, y habló en voz baja y ronca.

—Bueno, muchachos, vamos a hacer esto sin demasiado ruido, ¿eh? Dejad las mochilas y preparaos para lo peor…

Cuando el sendero empezó a rodear el pie del despeñadero, Cato puso el caballo al trote y luego se detuvo. El sonido del cuerno se oía con más claridad, y también percibió unos gritos en la lejanía. Alzó la mirada

hacia el peñasco, y vio que en aquel punto apenas llegaba a los quince metros de altura. Además, una parte de la pared se había desmoronado, y las rocas que habían caído junto al camino hacían posible trepar hasta lo alto.

—Toma mi caballo —ordenó Cato, que se deslizó de la silla y empezó a trepar por las rocas para subir hasta lo alto del despeñadero.

El decurión miró a su superior, alarmado.

—¿Adónde va, señor?

—A reconocer el terreno… —Cato se detuvo y miró hacia abajo por encima del hombro—. Y a ti no se te ocurra moverte de aquí.

No aguardó la respuesta de su subordinado. Continuó subiendo, comprobando con cuidado dónde se agarraba y que las rocas aguantaran el peso de sus botas mientras se iba abriendo paso hacia lo alto. Aunque fue una escalada corta, Cato respiraba ya agitadamente cuando se encaramó al resquebrajado borde que parecía a punto de desmoronarse, y se deslizó por el suelo para alejarse y estar seguro de que no cedía bajo su peso. Luego se puso de pie con cautela, y cuando el cuerno volvió a sonar miró en la dirección de la que provenía el sonido. Al otro lado del despeñadero, el sendero continuaba descendiendo por el valle hacia un altozano, en lo alto del cual había un puesto avanzado romano. En torno a él, formando un vago círculo, había aproximadamente un centenar de figuras armadas con lanzas y escudos. Algunas de ellas llevaban casco, pero la mayoría iban con la cabeza descubierta y el pelo largo y oscuro sujeto atrás. Mientras Cato observaba, algunas figuras más surgieron de entre los árboles a una corta distancia de allí: transportaban un sólido madero a modo de ariete. Se dirigían directamente al fuerte, y su intención estaba perfectamente clara. Cato se aseguró de que no

hubiera más enemigos a la vista, volvió a bajar hasta donde aguardaba Trebelio, tomó las riendas de su caballo y montó.

—¡El enemigo está atacando el puesto avanzado, si queremos salvarlos, no hay tiempo que perder!

Cato llevó su caballo hasta donde pudiera verlo Macro y le hizo señas para que avanzara. Al cabo de un momento, los hombres del escuadrón habían llegado al pie del despeñadero y esperaban órdenes. Libres de la carga de las alforjas y de las redes con el forraje, los caballos se habían animado y resoplaban con excitación raspando el suelo con los cascos. Décimo, montado en su mula, fue el último en llegar, armado con un escudo redondo y con su vieja espada del ejército, que colgada de la correa que llevaba en bandolera.

—El enemigo está intentando capturar el puesto avanzado que hay más adelante —explicó Cato mientras su mente se anticipaba para trazar rápidamente su plan—. Están centrados en nuestros compañeros auxiliares, de modo que no nos verán llegar hasta que sea demasiado tarde. Quedarán atrapados entre nosotros y la guarnición. Cuando rodeemos este despeñadero, quiero que forméis en línea y sigáis el paso que os marque. Debemos caer sobre ellos al mismo tiempo para que la carga tenga toda la fuerza posible. Cualquiera que intente adelantarme o se quede rezagado estará con la mierda hasta el cuello. Concretamente, servicio de letrina durante un mes.

Algunos de los soldados se rieron de su chiste malo, el resto, incluido Trebelio, sonrieron entre dientes, y Cato supo que no le defraudarían.

—Cuando dé la orden de atacar, abríos en abanico y caed sobre ellos con todas vuestras fuerzas. Dispersadlos y arrolladlos. No tengáis compasión hasta que quede claro que el enemigo ha perdido el ánimo de luchar. —Recorrió con la mirada los rostros que tenía frente a él, para cerciorarse de

que lo habían entendido. El entusiasmo de sus expresiones le dijo todo lo que necesitaba saber. Cato hizo dar la vuelta a su montura, y llevó la mano a la empuñadura de su espada corta. Tenía intención de procurarse un arma más larga de caballería cuando llegaran a Bruccio.

—¡Preparad armas!

Macro, Décimo y Trebelio desenfundaron sus espadas al mismo tiempo, en tanto que los demás alzaron las lanzas. Deslizaron las correas del escudo que llevaban al hombro, y agarraron las riendas relajadamente con la mano izquierda cuando se colocaron los escudos para proteger ese lado de sus cuerpos. No habría muchas posibilidades de utilizar las riendas en el combate que se avecinaba; los hombres se aseguraron de estar bien sentados en los arzones de sus sillas, y se prepararon para controlar sus monturas con los talones y los muslos.

Cato bajó la punta de su espada.

—¡Al trote! ¡Adelante!

La columna avanzó con una sacudida y el tintineo de los bocados, los resoplidos de los caballos y las bruscas órdenes de sus jinetes. Macro espoleó a su caballo hasta situarse al lado de su amigo.

—Allá vamos otra vez, en línea y preparados para el abanico de los cojones.

Cato no apartó la mirada del camino, pero no pudo evitar una medio sonrisa. Cuando rodearon la base del despeñadero y salieron a campo abierto, vio que el enemigo estaba a apenas unos centenares de pasos de distancia, avanzando en tropel hacia la zanja que rodeaba el fuerte. Algunos arrojaban lanzas, otros lanzaban piedras, y los auxiliares respondían desde la empalizada con jabalinas ligeras y proyectiles de honda. Ya habían caído varios enemigos. Pero el grupo que llevaba el ariete había llegado

ya hasta el portón, y cuando su arma golpeó los maderos del puesto avanzado se oyó un estrépito en todo el valle.

—¡Formad en línea de abanico! —gritó Cato, y los hombres que iban detrás de él ajustaron el paso para alcanzarlo y se situaron en los flancos hasta que estuvieron todos en fila curva, a apenas unos doscientos pasos del más próximo de los guerreros siluros. Pero estos ya los habían visto. Algunos rostros se volvieron hacia ellos, y los gritos triunfantes y burlas de hacía un momento se convirtieron en voces de alarma. Los que llevaban el ariete dejaron de atacar el portón, lanzaron el ariete al suelo y se alejaron del fuerte con vacilación.

El momento de sorpresa había pasado. El cabecilla siluro dio unas órdenes a gritos a sus hombres, que se volvieron hacia los romanos que se acercaban y empezaron a formar una línea. Cato vio que la oportunidad de aplastar al enemigo en la primera carga se le escapaba de las manos. Si lograban formar filas y presentar las lanzas, lo más probable era que pudieran mantenerse firmes contra los jinetes. Aun así, era fundamental que Cato y sus hombres cargaran al mismo tiempo para asegurar el máximo impacto. En un suspiro tuvo que sopesar mentalmente las opciones, calcular la distancia que quedaba, el tiempo necesario para atacar y la probabilidad de que sus hombres se dispersaran y de que sus monturas galoparan a velocidades distintas. Cato inspiró bruscamente, apuntó a los nativos con la espada y bramó la orden:

—¡A la carga! ¡A la carga!

Macro repitió su grito, apretó los dientes y sus labios mostraron una sonrisa feroz mientras agitaba la espada por encima de la cabeza, aferrando las riendas con la mano izquierda. Trebelio y su escuadrón profirieron su grito de guerra y alzaron las lanzas listos para atacar al enemigo. Décimo iba en la retaguardia, con las piernas colgando casi

hasta el suelo mientras golpeaba el flanco de su mula con el lado plano de la espada. El animal no dejaba de rebuznar, pero seguía adelante con furia. Cato oía el silbido del viento en sus orejas y el frío cortante de la llovizna en la cara. Su corazón palpitaba como loco mientras apretaba los muslos contra los flancos de su caballo y se inclinaba ligeramente hacia adelante. El olor acre del pelaje del animal se pegó a su paladar, y una baba apestosa le salpicó la mejilla. Por delante, pudo ver cómo algunos de los nativos se mantenían firmes, afirmaban los pies en el suelo, se agachaban un poco y bajaban las puntas de sus lanzas y espadas en dirección a los jinetes que cargaban. Otros se habían unido en pequeños grupos, y unos cuantos corrían para ponerse a cubierto entre los árboles mientras su líder les lanzaba insultos enojados, antes de darse la vuelta para enfrentarse a los romanos con una expresión de furia que desfiguraba sus rasgos. El hombre del *carnyx* soplaba el instrumento con todas sus fuerzas para infundir coraje a sus compañeros, y los más resueltos respondieron con una fuerte exclamación de desafío.

Un rápido vistazo a ambos lados hizo patente que la extensa formación de jinetes se había vuelto irregular, y Cato cogió aire rápidamente y gritó:

—¡Mantened la formación!

Solo los más cercanos a él pudieron oír la orden e intentaron ajustar el paso, pero antes de que Cato pudiera decir algo más, cayeron sobre el enemigo. El prefecto vio una sucesión de rostros borrosos grabados con furia y miedo, algunos de ellos con dibujos pintados con glasto en la piel, y luego oyó un golpe sordo a su izquierda cuando el primero de los caballos se precipitó contra un grupo poco compacto de nativos y chocó contra un escudo. El caballo soltó un relincho estridente, y su jinete hincó la lanza y atravesó con ella el cuello de uno de los hombres a los que su montura

había derribado. Cato alcanzó a ver a otros siluros rodeando al caballo, arremetiendo con sus espadas y lanzas, pero su atención se desvió de pronto hacia la línea de hombres que tenía justo delante y, tras ellos, a su cabecilla, que lanzaba gritos de ánimo a sus guerreros. Aquellos hombres parecían más disciplinados que sus compañeros e iban mejor armados, con escudos ribeteados de bronce; algunos de ellos incluso llevaban casco y armadura de romanos, sin duda saqueados de los soldados que habían matado en otros enfrentamientos.

Uno de los hombres de Trebelio cargó directamente contra sus lanzas, pero el caballo se asustó con las puntas y viró bruscamente, y el jinete tuvo que esforzarse por mantenerse en la silla. Cato apenas tuvo tiempo de tirar de las riendas y virar a la derecha para evitar caer sobre las lanzas siluras. Más romanos cargaron contra el objetivo, acuchillando al enemigo mientras llevaban sus caballos de un lado a otro para evitar convertirse a su vez en blancos fáciles. La voz de Macro se oía por encima de los golpes sordos y el estrépito de las armas.

—¡Acabad con ellos, muchachos! ¡Matadlos! ¡Matadlos!

Cato cerró la boca de golpe y apretó los dientes cuando eligió al hombre situado en el extremo de la línea, un guerrero musculoso con un flequillo de hirsuto pelo oscuro sobre un rostro crispado por sus gruñidos. Manejaba una lanza pesada con ambas manos, y vio a Cato en aquel preciso momento, por lo que hizo girar la punta de su arma, encorvó los hombros y se preparó. Cato hundió los talones, y su caballo avanzó con una sacudida, un movimiento repentino que pilló desprevenido al enemigo y lo hizo retroceder instintivamente un paso, al tiempo que Cato hacía descender su espada corta dibujando un arco salvaje en el aire. Con aquel arma, no podía esperar alcanzar el cuerpo de ese hombre, por lo que intentó golpear el asta de

su lanza. El nativo tiró de su arma hacia atrás, y la espada de Cato solo alcanzó el extremo con un fuerte e inofensivo golpe seco. Los dos hombres intentaron zafarse de inmediato para ser los primeros en atacar, pero Cato fue más rápido, espoleó a su montura y volvió a arremeter. Esta vez el filo atravesó los nudillos y dos dedos de la mano del guerrero, y este soltó un aullido de furia mientras la sangre manaba a chorros de sus muñones. Apartó bruscamente la espada de Cato, y, a pesar de que con ello se exponía al alcance del romano, le lanzó una estocada con la lanza.

Pese a su entrenamiento en batalla, la montura hizo ademán de encabritarse y el golpe no alcanzó el costado de Cato, sino que penetró en el flanco del animal. El caballo agitó violentamente las patas delanteras empujado por el dolor, y uno de los cascos golpeó al guerrero, lo lanzó al aire y lo tiró de espaldas. La lanza estaba alojada en las costillas del caballo, que volvió a alzarse agitando violentamente la cabeza. Cato sintió una punzada de terror mientras hacía todo lo posible por controlar a su montura, tirando con fuerza de las riendas mientras gritaba:

—¡Vamos, tranquilo!

Presa del dolor, el caballo ignoró por completo la orden desesperada, siguió adelante tambaleándose y se metió en la línea enemiga, hasta que tropezó en el terreno desigual y cayó pesadamente hacia la derecha, con lo que la lanza se hundió aún más en su costado antes de que el asta se partiera con un fuerte chasquido. Cato soltó las riendas e intentó saltar del caballo a tiempo. Notó que se separaba del cuero de la silla, el suelo subió hacia él y se estrelló contra la hierba. El golpe lo dejó sin aliento, y vio un trozo fugaz de cielo gris antes de que su cara se hundiera en la hierba y el barro. Pudo levantar la cabeza lo justo para ver el rostro del hombre al que había herido a no más de un paso de distancia, con los rasgos deformados por el dolor y lanzando

una maldición a su atacante. Entonces Cato notó un golpe tremendo en la espalda que lo hundió aún más en el suelo. Intentó zafarse del enorme peso del caballo, que se retorció sobre él por un instante cuando el animal dejó escapar un largo relincho aterrorizado agitando los cascos en el aire.

Cato sabía el daño que podía hacer un caballo herido con los cascos, y se agazapó en el suelo todo lo que pudo, notando la dolorosa presión en la pierna derecha, inmovilizada por el animal moribundo. Entonces se dio cuenta de que ya no tenía la espada en la mano. Levantó la cabeza rápidamente, vio el mango en la hierba delante de su cara…, y más allá el brillo resuelto en los ojos del guerrero, que también había quedado atrapado por el caballo herido de muerte. El otro hombre fue el primero en reaccionar, y consiguió agarrar el arma con la mano herida. Cato extendió la mano izquierda bruscamente para sujetar con firmeza la muñeca del guerrero, antes de que pudiera utilizar la espada. El caballo los tenía inmovilizados a ambos, mientras luchaban desesperadamente para conseguir hacerse con el arma. Cato se retorció, consiguió que su otra mano entrara en acción, agarró con ella los muñones ensangrentados de los dedos del guerrero y apretó con todas sus fuerzas. Un grito de dolor hendió el aire, y el hombre soltó el arma que intentaba asir con los dedos que le quedaban. Cato le arrancó el mango a su enemigo y cogió el arma con su mano derecha. Entonces lanzó un tajo contra el pecho del guerrero, que al intentar desviarlo con las manos sufrió más heridas. El prefecto blandió de nuevo la hoja, se afirmó en el suelo, la hincó en su objetivo con todas sus fuerzas y notó cómo la punta penetraba en el pecho de aquel hombre. Tiró de la espada para liberarla, y arremetió de nuevo. Su enemigo soltó un gruñido explosivo, se desplomó de espaldas y se quedó moviendo los labios, emitiendo unas débiles palabras mirando al cielo,

presionando con ambas manos las heridas que borboteaban sangre por entre sus dedos.

El prefecto se dejó caer sobre el codo, con la respiración agitada, sin dejar de apuntar al otro con la espada manchada de rojo. Estaba claro que ya no representaba una amenaza. Intentó echar un vistazo para ver cómo iba el combate, pero la altura de la hierba y el cuerpo tembloroso del caballo le impedían ver nada. Por todas partes se oía el sonido metálico de las hojas, el crujido de las armas contra los escudos y el más suave ruido sordo de la carne y el hueso al ser atravesados, a los que se sumaban los gritos de dolor, furia y triunfo. A Cato le dolía mucho la pierna derecha. Bajó la mirada, y vio que la tenía atrapada bajo la pesada masa de cuero de la silla. Intentó liberarla, pero el dolor era insoportable y Cato no pudo más que volver a apoyarse en el codo maldiciendo con amarga frustración. El guerrero volvió la cabeza y sonrió con burla al ver la situación de Cato, pero justo en ese momento un chorro de sangre salió como un estallido de sus labios, el hombre tosió asustado, abriendo mucho los ojos, y las gotas de sangre salpicaron a Cato en un lado de la cara. El siluro se debatió lastimosamente mientras la sangre le llenaba los pulmones y se ahogaba.

—¡Joder! —masculló Cato con ferocidad para sus adentros —. No voy a morir aquí.

Intentó liberarse otra vez, afirmando la bota izquierda contra la grupa del caballo, al tiempo que tensaba los músculos para intentar soltar la pierna atrapada. Pero era inútil. El peso del animal moribundo caía de lleno sobre su pierna, y hacía que fuera imposible liberarse. Finalmente, el prefecto se dejó caer otra vez sobre los codos.

—Mierda…, mierda…, mierda…

No podía hacer nada, de modo que empuñó la espada por si tenía que utilizarla y esperó a que alguien viniera a por él,

ya fuera amigo o enemigo.

* * *

Macro arremetió con la espada e hizo una mueca cuando el filo se hundió profundamente en la cabeza de su oponente y le partió el cráneo con un sonido parecido al de un huevo enorme al cascarse. El cuerpo del siluro se convulsionó, y el guerrero dejó caer la espada. Un instante después, el hombre se desplomaba junto a su arma, parpadeando como un loco mientras la sangre y los sesos saltaban de su cabeza destrozada. Macro se irguió en la silla y paseó la mirada por los hombres que luchaban a su alrededor. No había ningún enemigo lo bastante cerca como para suponer una amenaza directa, por lo que evaluó la situación a toda prisa.

El enemigo había roto la formación, y ahora tenía lugar una serie de enfrentamientos por todo el terreno que se abría ante el fuerte. Había muchos cuerpos tendidos en el suelo, y Macro vio que habían caído quizás una tercera parte de los hombres de Trebelio. El resto se hallaban en inferioridad numérica, y, ahora que el impacto inicial de la carga había pasado, los guerreros siluros estaban empezando a dominar la situación, puesto que superaban con creces en número a los romanos. Mientras Macro observaba, varios de los guerreros, dirigidos por su jefe, habían rodeado al portaestandarte del escuadrón. Él mantenía el asta pegada al cuerpo, y arremetía contra cualquier nativo que se pusiera al alcance de la larga hoja de su espada. Pero había demasiados enemigos, y uno de ellos, más osado que sus compañeros, dio un salto hacia adelante, le arrebató las riendas al portaestandarte y dio un salvaje tirón para que el caballo girara la cabeza y desequilibrara al jinete. El jefe se acercó y lanzó una

estocada contra el costado del romano, mientras otro hombre arrancaba el asta del estandarte y lo sostenía en alto con un grito de alegría. El centurión vio la expresión mortificada en el rostro del portaestandarte, que utilizaba las fuerzas que le quedaban para hacer virar a su montura con las rodillas y arremeter con la espada contra la espalda del guerrero que había capturado la insignia del escuadrón. El nativo se desplomó, el estandarte cayó al suelo y, acto seguido, sus compañeros se lanzaron sobre el romano, lo derribaron de la silla y lo masacraron sin piedad.

Macro vio que Trebelio y cuatro de sus hombres estaban muy cerca del estandarte caído, se llevó la mano a la boca para hacer bocina y gritó:

—¡Decurión! ¡Salva el estandarte!

Trebelio se volvió y vio a Macro, que señalaba con el dedo en dirección a los siluros que habían matado al portaestandarte y que ya se marchaban con su trofeo. Su éxito había animado a sus compañeros, y Macro vio que el combate pendía de un hilo. Se dio la vuelta en dirección al fuerte.

—¡Vosotros, cabrones, vamos! ¡Salid de ahí dentro y ayudadnos!

El comandante de la guarnición ya había interpretado la situación correctamente y, en el preciso momento en el que las palabras de Macro salían de sus labios, las puertas se abrieron y los auxiliares salieron en formación compacta y a paso ligero hacia la escaramuza. Macro sintió que lo invadía una oleada de alivio, volvió a levantar la espada y miró en derredor buscando un nuevo oponente. Entonces cayó en la cuenta: no había ni rastro de Cato. Sintió una gélida punzada de preocupación, y empezó a buscar a su amigo desesperadamente.

—¡Cato! ¿Dónde demonios estás?

Entonces vio algo rojo que se agitaba en la hierba, a unos cincuenta pasos de distancia: la fina crin del penacho del casco del prefecto. Macro dio un brusco tirón a las riendas para que el caballo diera la vuelta en dirección a su amigo. Cerca de él se veía el bulto de un caballo, y el centurión se dio cuenta de inmediato de que Cato debía de estar atrapado debajo. A una corta distancia de él, uno de los nativos acababa de rematar a un legionario con la lanza y liberó la punta ensangrentada de un tirón. Miró en derredor, y el mismo penacho rojo llamó su atención. Blandió la lanza con una expresión decidida y cruel, y echó a correr en dirección a Cato.

—¡No, maldita sea, ni se te ocurra! —gruñó Macro al tiempo que espoleaba a su caballo.

* * *

Cato presintió que un hombre se acercaba antes de verlo y, al volverse, vio la alta figura que caminaba hacia él a través de la hierba silvestre. Llevaba una gruesa capa marrón sobre una túnica negra, y unos calzones sujetos con una correa. Los extremos de una torques de plata relucían en su garganta, y su pelo, empapado por la llovizna, colgaba lacio sobre sus hombros. Cato vio todo esto en un instante, tras el cual dio otro tirón para intentar liberar la pierna, gruñendo con el esfuerzo. El caballo se había desangrado y yacía inerte, un peso muerto sobre la pierna atrapada debajo. Cato se volvió de lado, se enderezó todo lo que pudo apoyándose en el codo, levantó la espada y apuntó al guerrero que se acercaba.

El hombre vio que tenía una presa fácil y sonrió con crueldad, al tiempo que alzaba la lanza y se disponía a atacar al oficial romano indefenso. Cato apretó los dientes y

le lanzó una mirada fulminante, decidido a no mostrar ningún miedo ante su inminente muerte. Solo lamentó por un instante que tuviera que ser de esa forma, sacrificado como una cabra atada, de un modo tan ignominioso y vergonzoso. Esperó que en Roma, cuando informaran a Julia de su muerte, no le revelaran los detalles, de modo que ella pudiera llorarle como el héroe que Cato quería ser. «No así… No de este modo…».

El guerrero siluro echó la lanza hacia atrás para arremeter contra el romano, y Cato tensó el brazo. La cabeza de la lanza, en forma de hoja ancha que se iba estrechando en la punta para infligir una herida lo mayor posible, descendió con un destello. Cato calculó bien el momento de la parada, no se arriesgó a lanzar el brazo demasiado pronto y fallar el golpe; el filo de la espada golpeó la cabeza de la lanza con un fuerte ruido metálico, y la punta se desvió de su garganta para pasar por encima de su hombro y junto a su oído, tan cerca que oyó el susurro y notó la ráfaga de aire en su piel.

Su oponente soltó un gruñido de frustración y echó la lanza hacia atrás para intentarlo de nuevo. Esta vez apuntó a la espada de Cato, lanzó un violento golpe horizontal y golpeó la hoja hacia un lado con tanta fuerza que Cato estuvo a punto de soltar el arma. El dolor del impacto le recorrió el brazo. A continuación, el hombre esgrimió de nuevo el extremo de la lanza y propinó un golpe deliberadamente fuerte a un lado del casco del romano. Aturdido, el prefecto se desplomó, impotente. El guerrero dejó escapar un rugido de triunfo, y levantó la lanza una última vez para asestar el golpe mortal.

—¡No, no lo hagas! —bramó Macro.

El guerrero vaciló y se volvió para defenderse. Ya tenía el caballo encima. El centurión se arrojó de la silla sobre el siluro, y ambos cayeron al suelo uno al lado del otro. El golpe fue fuerte, y ambos perdieron sus armas al rodar por la

hierba. Macro agarró la daga de su cinturón e intentó clavársela a su enemigo, pero solo consiguió rasgar la burda tela de su capa. El grosor de la tela salvó al hombre, porque solo la punta de la hoja penetró en su carne. Cuando Macro arremetió de nuevo, el siluro rodó para apartarse y recibió una herida superficial en el hombro. La constitución robusta del centurión le daba ventaja en combates cuerpo a cuerpo como aquel, y se puso de cuclillas con rapidez para caer pesadamente de rodillas sobre su adversario. Al mismo tiempo, agarró al hombre del pelo y le ladeó la cabeza de un tirón para exponer su garganta. Echó el codo hacia atrás, dispuesto ya a apuñalar a su enemigo debajo de la barbilla, cuando oyó a su amigo:

—¡Macro! ¡Espera! —gritó Cato.

—¿A qué coño quieres que espere? —repuso él con un gruñido.

—Lo quiero vivo para interrogarlo.

Macro inhaló profundamente con gesto de frustración, asintió y dijo entre dientes:

—Entonces vamos a apagarte la luz, amigo.

Giró el puño, y con el pomo de la daga le propinó un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente. El guerrero siluro soltó un gruñido, y cuando su cuerpo dejó de resistirse Macro soltó su cabellera, con lo que la cabeza del nativo golpeó contra el suelo con un ruido sordo. El centurión enfundó la daga, luego recuperó su espada y se volvió a mirar a Cato con los brazos en jarras.

—¿A qué estás jugando ahí abajo? ¿Durmiendo en horas de trabajo?

—Muy gracioso —gruñó Cato—. En realidad, tengo un pequeño problema, Macro. ¿Te importaría?

Cerca de ellos se oyó el susurro de la hierba, y una sección de auxiliares, encabezados por su *optio*, se

acercaron a Macro a paso ligero. El *optio* se detuvo y saludó apresuradamente.

—Cayo Léntulo, señor.

Macro los miró agriamente.

—Muy oportuno, *optio*. Os perdisteis el combate. Pero al menos podéis hacer algo útil: sacad este maldito caballo de encima del prefecto.

El *optio* y sus hombres dejaron las lanzas y los escudos en el suelo y tiraron del cadáver del animal para retirarlo. Cato apretó los dientes, porque el movimiento reavivó el dolor de la pierna.

—¡Con cuidado! —espetó. La bota quedó libre, y el prefecto se incorporó para examinarse la pierna. Los tachones metálicos del cuero de la silla le habían agujereado la carne por debajo de la rodilla, allí donde el borde de los calzones dejaba la piel al descubierto. La sangre manaba copiosamente, y Cato soltó una maldición mientras se levantaba con esfuerzo. Tenía la pierna entumecida, y al intentar dar un paso se tambaleó. Macro lo agarró del brazo y lo sujetó.

—¿Está bien, señor?

—¡Oh, sí, estupendamente! ¿Cuál es la siguiente pregunta estúpida?

Macro bajó la mirada a la pierna de su amigo con expresión preocupada.

—¿Hay algo roto?

Cato dijo que no con la cabeza y se enderezó para ver qué había sucedido con el combate. El enemigo había sido derrotado. Una gran cantidad de cuerpos yacían desparramados por el suelo, junto con unos cuantos caballos. Trebelio estaba reuniendo a los supervivientes de su escuadrón, y Cato vio que apenas la mitad de los que habían cargado con él estaban aún en las sillas. Otros estaban heridos, encorvados sobre sus monturas. Unos

cuantos caballos se habían quedado sin jinete y andaban por ahí, piafando nerviosos. Alcanzó a ver también a los últimos miembros del grupo de guerreros siluros, que desaparecían en las sombras bajo los árboles, y Cato calculó rápidamente que el enemigo había perdido al menos una treintena de hombres. Los auxiliares se abrían paso por entre los cuerpos, rematando a los que aún vivían. El prefecto asintió con satisfacción. Había sido una lucha rápida y violenta, pero habían salvado el puesto avanzado y el enemigo había recibido una dura lección.

Macro le dijo que el escuadrón de Trebelio había perdido el estandarte.

—Quizá podamos darles alcance…

—No…

Cato consideró que sería una temeridad salir en persecución del enemigo y adentrarse en el bosque para intentar recuperarlo. Sin duda acabaría siendo un desperdicio de vidas inútil. Haber perdido el estandarte le acabaría saliendo caro al decurión cuando regresara a Glevum. El ejército no toleraba excusas en relación a la pérdida de uno de sus estandartes, aunque fuera de la más pequeña de sus unidades. Quedaría deshonrado, como mínimo lo degradarían a la tropa, y la mancha en su historial no se borraría nunca. Pero mejor eso que perder lo que quedaba del escuadrón en un intento por recuperar su honor. Quizá recuperaran el estandarte con el tiempo, cuando los siluros hubieran sido aplastados y sus territorios se hubieran sumado a la provincia de Britania. Macro le miraba fijamente.

—Dile a Trebelio que meta a sus hombres dentro del fuerte, antes de que haga una estupidez.

Macro asintió.

—Entiendo.

Cato ordenó a dos de los auxiliares que lo ayudaran a llegar a la puerta, y otros dos se llevaron al guerrero inconsciente. En cuanto hubieran acomodado a los heridos y se ocuparan de su pierna, habría tiempo de sobras para ver qué información podían sacarle a su prisionero.

Capítulo XIV

Trebelio dio un paso atrás frente al prisionero y se limpió la sangre de los nudillos con un trapo.

—Creo que ya está listo para ser interrogado, señor.

Cato asintió desde la silla de tijera en la que estaba sentado en el comedor de oficiales del puesto avanzado. Le habían limpiado y vendado las heridas leves de la pierna, pero durante su breve lucha con el lancero había sufrido una grave torcedura en la articulación de la rodilla, y le dolía muchísimo al caminar. De modo que uno de los auxiliares le había fabricado una sencilla muleta para que pudiera moverse hasta que la rodilla se recuperara. Resultaba un inconveniente, reflexionó Cato, pero en cosa de un par de días estaría recuperado. Lo cual era más de lo que podía decirse del guerrero siluro, que estaba pagando muy caro su intento de acabar con la vida del prefecto cuando no podía defenderse.

El prisionero estaba desnudo hasta la cintura. Tenía las manos atadas a la espalda, y le habían pasado el asta de una lanza por detrás, a través del hueco de los codos. Al asta habían atado una cuerda, el otro extremo de la cual se había lanzado por encima de la sólida viga que iba de un extremo a otro del comedor de oficiales, de modo que tirando de la cuerda pusieron de pie al prisionero hasta que solo tocaba el suelo de puntillas. Acto seguido Trebelio había «administrado» al siluro una serie de golpes continuados en el estómago y la cara. No tan fuertes como para provocarle

una herida que lo incapacitara, pero sí lo suficiente para causarle un dolor y miedo considerables. El decurión había explicado que se había capacitado como frumentario, un interrogador, y, viéndolo trabajar, Cato supo que había aprendido bien su oficio. Macro estaba sentado a una mesa cercana, encorvado sobre un cuenco humeante de gachas de cebada mientras observaba los procedimientos. En la mesa había una jarra de vino, dos copas, y otro cuenco para el prefecto, que este aún no había tocado.

—Muy bien. —Cato carraspeó—. Pregúntale de dónde vino su grupo de guerra. Quiero saber dónde está su poblado.

Trebelio tradujo la pregunta lo mejor que pudo al idioma nativo. El siluro miró a Cato y lanzó un escupitajo de sangre y saliva en su dirección, tras lo cual masculló brevemente. El decurión le levantó la cabeza con una mano y le propinó un fuerte bofetón.

—Eso bastará —dijo Cato—. ¿Qué ha dicho?

Trebelio le soltó el pelo al siluro, y al hombre se le fue la cabeza hacia adelante.

—Ha dicho que nos jodamos, señor.

Macro bajó la cuchara de bronce y puso cara de indignación.

—¡Qué descortesía! Os aseguro que la perspectiva de poner una lengua limpia en las bocas de los bárbaros como él hace que todo valga la pena. Decurión, dile que, si no nos muestra un poco de respeto, iré y me follaré a su hermana. Y a su madre, y también a sus hijas. Mierda, me follaré hasta a sus perros de caza campeones hasta dejarlos medio muertos si no empieza a cooperar un poco. —Macro agitó la cuchara —. Díselo.

Hubo un breve intercambio de palabras, y el decurión sonrió ampliamente.

—Dice que por qué iban a follar sus perros contigo cuando aún hay cerdos en el mundo.

Macro lanzó una mirada feroz, pero al cabo de un momento estalló en carcajadas y meneó la cabeza.

—Este tipo tiene pelotas… Al menos por el momento —añadió en tono más áspero.

Cato le hizo un gesto a su amigo para que dejara de hablar.

—Dile que acabará contándonos lo que quiero saber de un modo u otro. Puede hacérselo fácil, o podemos continuar con esto durante el resto del día y la noche. Tanto tiempo como se nos antoje, hasta que obtengamos lo que queremos. No es ninguna vergüenza hablar ahora y ahorrarse mucho dolor.

Trebelio lo tradujo y le pegó un puñetazo en el vientre al siluro para dar mayor énfasis a las palabras del prefecto, pero el nativo soltó un gemido, respirando agitadamente, y apretó los dientes con aire desafiante. Cato ordenó al decurión que continuara, y Trebelio arremetió metódicamente contra el prisionero con una serie continuada de golpes en el estómago, cabeza y costillas. El siluro lo soportó sin mediar palabra, solo gemía de dolor y tomaba aire de manera brusca y superficial cuando su torso tatuado le dolía demasiado para respirar con normalidad.

—Esto no nos lleva a ninguna parte —decidió Cato un rato después—. Será mejor que intentemos abordarlo de otra manera. Decurión, bájalo y tráele un poco de agua y pan.

Trebelio se limpió las gotas de sudor de la frente.

—Si quiere podría intentarlo aplicando un poco de calor, señor. Un hierro candente en el culo suele ser de lo más efectivo.

Cato dijo que no con la cabeza.

—Ahora no. Quizá más tarde, si nos hace falta. Vamos a intentar que hable con otros métodos. Bájalo. Busca a

Décimo y dile que traiga un poco de comida y agua, y un poco más de vino para mí y el centurión.

Trebelio desató la cuerda, y el siluro se desplomó en el suelo y soltó un gruñido cuando el golpe lo dejó sin respiración. Antes de salir del cuarto para ir a por agua y comida, el decurión le quitó el asta de lanza al prisionero de un tirón y le liberó los brazos. El siluro quedó tendido de lado, jadeando, hasta que recuperó el aliento y se sentó en el suelo. Luego fue arrastrándose hasta la pared, se recostó en ella y fulminó con la mirada a los dos oficiales romanos.

Macro se terminó la sopa y empujó el cuenco a un lado. Se limpió los labios con el antebrazo.

—¿Sabes, Cato? No creo que le caigamos muy bien a este tipo.

El prefecto esbozó una sonrisa.

—Venimos hasta aquí para compartir los beneficios de la civilización —continuó diciendo Macro—, y así nos lo agradecen. A veces me pregunto si estos bárbaros merecen nuestras atenciones. ¿Qué tienes pensado hacer cuando Trebelio haya terminado su trabajo?

Cato se dio unos golpecitos en el empeine de la bota con el extremo de la muleta.

—Yo más bien pienso que este va a representar un verdadero reto para las artes del decurión. Es un tipo duro, de eso no hay duda. Quizá tengamos que llevárnoslo con nosotros. Atarlo encima de una de las mulas e intentar volver a interrogarlo cuando lleguemos a Bruccio. Estoy seguro de que Querto tendrá un interrogador en la guarnición.

El siluro alzó la mirada de golpe, aunque solo por un instante. Cato vio el miedo en su expresión antes de que el prisionero apretara la mandíbula y lo mirara con odio.

—¿Lo has visto, Macro?

—¿El qué?

—Cómo ha reaccionado cuando mencionaste el nombre de Querto. Parece ser que la reputación del centurión entre las tribus locales es tan infame como nos han contado.

Se abrió la puerta del comedor de oficiales, y Trebelio la sostuvo mientras Décimo entraba cargado con una sólida bandeja de madera en la que había una jarra, tres sencillos vasos de cerámica de Samos, una cantimplora y un pequeño pedazo de pan. Dejó la bandeja sobre la mesa, echó vino en los vasos y se los pasó a los oficiales.

—Dale un poco de agua —le ordenó Cato—. Y ofrécele pan.

Décimo asintió, se acercó al prisionero con cautela y se arrodilló a su lado. Destapó el odre de agua y lo sostuvo en alto para que el prisionero lo viera. El siluro vaciló y, un instante después, asintió con un brusco gesto de la cabeza y abrió los labios para que el romano pudiera inclinar la boquilla hacia su boca. Bebió con avidez, empapándose el pecho de agua. En cuanto hubo terminado, se apartó y esperó a que Décimo le pusiera el pan en las manos. Hizo un esfuerzo para llevarse el pan a la boca, le dio un mordisco y masticó. Cato dejó que comiera, y luego se volvió a mirar a Trebelio.

—Pregúntale cómo se llama.

—¿Cómo se llama? —Macro frunció el ceño—. ¿Y para qué necesitas saberlo? No tienes pensado hacerte su amigo íntimo.

—Macro, deja que me ocupe de esto. —Cato le indicó al decurión que tradujera su pregunta. El siluro miró un momento al prefecto con recelo, mientras sopesaba los pros y los contras de decir su nombre, luego tomó una decisión y dio su respuesta.

—Dice que se llama Turro.

—Entiendo. —Cato asintió y se dio unos golpecitos en el pecho—. Prefecto Cato. Este gruñón de aquí es el centurión

Macro.

Dado que Trebelio había estado golpeando al prisionero durante la última hora aproximadamente, Cato decidió que no se ganaría nada presentando al decurión. En cambio, continuó hablando para intentar encontrar una grieta en la dura fachada del prisionero. El hombre tenía aspecto de rondar los treinta años, y Cato intentó adivinar.

—¿Tienes mujer, Turro? ¿Familia?

Después de que el decurión lo hubiera traducido, el siluro tomó otro bocado de pan pausadamente y masticó con lentitud para ganar un poco de tiempo. Cato se lo permitió, y Macro, impaciente por la actitud del prefecto, se apoyó contra la pared y se cruzó de brazos. Al final el hombre tragó el último bocado de pan y movió la cabeza en señal de afirmación.

—*Sa…*

Cato le dirigió una leve sonrisa.

—Yo tengo esposa, en Roma. Se preocupa por mí. No veo la hora de que termine esta campaña para poder volver con ella. O tal vez venga ella aquí para reunirse conmigo, en cuanto se haya establecido la nueva provincia y tengamos paz.

Turro escuchó la traducción y respondió.

—Dice que si los romanos volvieran al otro lado del mar y dejaran esta isla a sus gentes, todo el mundo podría regresar con su familia.

Cato meneó la cabeza con tristeza.

—Desgraciadamente, no es tan sencillo. La mayoría de las tribus ya se han convertido en nuestras aliadas y han aceptado el gobierno de Roma, junto con todos los beneficios que este conlleva. Unos beneficios que tienen un precio, lo reconozco. No podemos abandonar a nuestros nuevos amigos a la suerte que reserva para ellos Carataco y sus guerreros, que sin duda se vengaría de lo que él

considera una traición. Además, la reputación del emperador depende de que traigamos la paz a Britania, sea cual sea el coste, o el tiempo que se tarde. Y deberías saber que, cuando Roma se propone conseguir algo, lo consigue, y nadie puede interponerse en su camino. Díselo, Trebelio.

El siluro escuchó, y luego asintió con aire pensativo antes de responder.

—Dice que los romanos y los siluros tienen mucho en común. Ninguno de los dos está dispuesto a ceder a la voluntad del otro. Será una guerra larga.

Cato se encogió de hombros.

—Puede ser. Pero lo dudo. Nuestros soldados son los mejores del mundo conocido. No hay duda en cuanto al resultado, Turro. Créeme. Si los siluros continúan siguiendo a Carataco, serán conducidos por una senda que termina en la destrucción. Y por el camino solo hay sufrimiento, para ambos bandos. Sería mucho mejor afrontar la realidad, y que los guerreros de los siluros buscaran la paz con Roma. Entonces podré regresar con mi esposa y tú, Turro, podrás volver con tu familia. Eso estaría bien, ¿no?

El prisionero sonrió y contestó en tono pesaroso. El decurión tradujo la respuesta:

—Dice que, aunque coincidiera contigo, vuestros deseos nunca influirán en los de vuestros líderes. El emperador y Carataco continuarán con este conflicto hasta que hayamos derramado hasta la última gota de nuestra sangre. Así pues, debemos seguir luchando.

—Tú no —gruñó Macro—. Para ti la lucha ha terminado, ricura. De un modo u otro.

Cato hizo caso omiso de su amigo y centró su atención en el prisionero. El último comentario del siluro le provocó un leve estremecimiento de satisfacción. De modo que estaba desencantado con su líder. Sin duda habría otros como Turro, muchos otros. Miembros de otras tribus que habían

respondido al llamamiento a las armas de todo corazón, pensando que sería una causa más gloriosa que la habitual sucesión de disputas tribales y conflictos menores. Carataco sabía cómo arengar a los guerreros, y las orgullosas tribus de las montañas habían respondido con entusiasmo. Pero en lugar de marchar a la batalla los habían arrastrado a una prolongada guerra de desgaste que se había hecho más enconada con el transcurso de los meses. A diferencia de los soldados del ejército romano, los siluros eran granjeros y pastores. Era muy probable que ansiaran regresar con sus familias al calor de sus hogares, en lugar de andar acechando romanos soportando la lluvia y los vientos gélidos de las montañas. Cato decidió que era el momento de aprovechar su pequeña ventaja. Forzó una sonrisa mientras se dirigía a Trebelio.

—Pregúntale por qué tiene miedo del centurión Querto.

El decurión pareció sorprendido por la pregunta, pero se encogió de hombros, se volvió hacia el prisionero y la tradujo. Turro dejó de masticar de golpe, tragó con nerviosismo y se quedó mirando al suelo.

—Eso le ha llamado la atención —dijo Macro. Cruzó la habitación y clavó la bota en el muslo del prisionero—. Habla.

El nativo encogió las piernas, las pegó al cuerpo, se encorvó como un perro azotado y empezó a hablar en voz baja y angustiada.

—Dice que Querto es un demonio. Que ha incendiado muchos poblados y que mata a todo ser viviente que se cruza en su camino. Hasta el último niño, perro y cordero. Es malvado y cruel, adora a dioses oscuros y hace sacrificios de sangre en su nombre. No hay maldad que no haya infligido a los siluros. Cuando cabalga hacia la batalla, lleva consigo las pieles de los más grandes guerreros a los que ha derrotado. Bebe la sangre de aquellos a los que mata, y se come su

carne. Los que van con él son esclavos de su voluntad y siguen su ejemplo. Adondequiera que van dejan una estela de muerte y devastación a su paso. Son…

Trebelio, un tanto confundido, pidió al prisionero que repitiera las últimas palabras y, tras un breve intercambio, se volvió hacia los dos oficiales:

—La palabra latina que más se aproxima es «bárbaros».

—¿Bárbaros? —Macro se echó a reír—. ¡Bárbaros! ¿Los de nuestro bando? ¡Será descarado el cabrón! Trebelio, hazte a un lado, le voy a dar yo jodidos bárbaros.

—Basta ya, Macro —lo interrumpió Cato—. Déjalo en paz.

El prefecto observó al prisionero con aire pensativo. Estaba claro que el centurión Querto se había ganado una reputación aterradora entre los siluros. Y eso era bueno. Si podías infundir miedo en el corazón de un enemigo antes de que se enfrentara a ti en batalla, el combate estaba medio ganado. Claro que aquel hombre estaba exagerando los detalles. Era de esperar, cuando un rumor se alimenta de otro. Sin duda los métodos del centurión eran duros, y aprovechaba al máximo el factor sorpresa para lograr sus victorias sobre el enemigo, pero el resto eran tonterías. Historias de pesadilla. De todos modos, eso daba ventaja a Cato sobre su prisionero. Miró a Trebelio, y le dijo en tono áspero:

—Pregúntale otra vez dónde está su aldea. Dile que si no me da la ubicación nos lo llevaremos a Bruccio y dejaremos que Querto se haga cargo del interrogatorio.

Al oír la traducción, Turro se encogió como si le hubieran dado una patada, y Cato vio que la posibilidad de caer en manos del centurión Querto lo aterrorizaba de verdad. El siluro juntó las manos, se arrastró levemente hacia Cato y le suplicó.

El decurión transmitió las palabras del prisionero con un semblante de fría satisfacción:

—Le suplica que no lo haga. Que no lo lleve a Bruccio. Que lo lleve a Glevum en lugar de allí. Prefiere ser un esclavo antes que enfrentarse a Querto… Luego ha rogado a sus dioses que lo salven o algo así.

Cato se inclinó hacia adelante e hincó la muleta en el pecho del prisionero.

—¡Pues dime dónde está tu aldea! Dímelo, y tienes mi palabra de que no os pasará nada ni a ti ni a tu gente. Os convertiréis en esclavos, pero escaparéis a la espada y el fuego. ¡Vamos, dímelo!

Turro emitió una especie de lamento con la garganta y dijo que no con la cabeza, debatiéndose entre el terror de enfrentarse al enemigo que lo perseguía en sus peores pesadillas y la vergüenza de traicionar a su tribu. Apretó los dientes, inclinó la cabeza, se encogió de nuevo y volvió a retraerse.

Trebelio chasqueó la lengua.

—¿Quiere que siga con el interrogatorio, señor? Puede que ahora que le ha metido miedo baste con otra paliza para que se venga abajo.

Cato lo pensó un momento. Pese al terror que sentía, aquel hombre no iba a delatar a su familia. Existía la posibilidad, por remota que fuera, de que los romanos fueran atacados antes de llegar a Bruccio. Sin duda el prisionero se aferraría a dicha esperanza… Hasta que llegaran al fuerte. Entonces no podría evitar las consecuencias de su decisión de negarse a hablar. El prefecto meneó la cabeza.

—No. Levántalo. Llévalo fuera y átalo bien hasta mañana. Asegúrate de que no pueda hacerse daño. Será mejor que le digas al *optio* que ordene a los hombres de guardia que le echen un vistazo de vez en cuando. Muy bien, hemos terminado.

Trebelio saludó, y a continuación tiró del prisionero para levantarlo.

—Vamos, guapo, es hora de echar un sueñecito.

El decurión se llevó a Turro del comedor de oficiales y cerró la puerta al salir.

Cato hizo un gesto con la cabeza a Décimo, que estaba acuclillado en un rincón masticando una tira de carne seca.

—Quiero hablar con el *optio* al mando de este puesto avanzado.

Décimo se puso de pie con dificultad y salió Cojeando de la habitación. Reinó un breve silencio, hasta que Macro señaló el cuenco de comida que habían preparado para Cato.

—¿Te importa?

El guiso se había enfriado, formando una masa pegajosa con una fina capa de grasa sobre la superficie. Cato meneó la cabeza otra vez.

—Por supuesto que no.

Mientras Macro atacaba su segundo plato, su amigo se acarició el mentón y consideró la situación en la que se encontraban.

—Cuanto más nos acercamos a Bruccio, más extrañas parecen ser las cosas. Aunque solo fuera cierto la mitad de lo que ha dicho nuestro amigo Turro, vamos a correr un gran riesgo. ¿No te parece muy conveniente?

Macro levantó la vista del plato, deteniendo la cuchara a medio camino de la boca: unos pequeños grumos marrones cayeron de ella.

—¿Conveniente, en qué sentido?

—No puede decirse que hiciéramos muchas amistades en Roma antes de marcharnos. En realidad, Narciso nos estaba haciendo un favor al hacer que nos destinaran a Britania lo antes posible.

—Y aquí estamos, ¿qué problema hay?

—Lo que ocurre es que «aquí» resulta ser un fuerte aislado que no puede estar más lejos, rodeado de guerreros enemigos y comandado por un hombre que parece ser un maníaco sediento de sangre. Me da la sensación de que nos han tendido una trampa que solo puede acabar mal, Macro.

—¿Quién nos la ha tendido?

—¿Quién crees tú? Tiene que ser Palas. —Cato recordó al empalagoso liberto griego que servía como consejero imperial. Con el emperador cada vez más viejo y débil, sus sirvientes se estaban posicionando para aprovecharse de la situación cuando el sucesor de Claudio ocupara el trono. Palas se había alineado con la nueva esposa del emperador, Agripina, y con su hijo Nerón. Este último ya sería emperador si no fuera porque Cato y Macro salvaron a Claudio de un atentado contra su vida. Cato suspiró—. Pusimos fin al complot de Palas contra el emperador, y quiere su venganza, así como atar todos los cabos sueltos.

—Es una lástima que nada de eso lo salpicara. —Macro resopló—. Ese astuto cabrón griego salió impune.

—Cierto, pero nosotros sabemos lo que hizo. Mientras sigamos vivos, Palas nos verá como una amenaza potencial. No puede permitirse que revelemos lo que sabemos, aunque pocos iban a creernos. ¿Qué podría ser mejor para él que enviarnos a un lugar peligroso?

—¿No te olvidas de algo? Dudo que el fuerte se hubiera construido siquiera cuando Narciso nos mandó aquí. Y tu predecesor murió poco antes de eso. Es imposible que las noticias pudieran haber llegado a Roma antes de que partiéramos.

—Da igual. Los detalles no tienen mucha importancia. Es muy posible que, cuando Palas se enteró de que íbamos destinados a Britania, enviara un mensaje a uno de los agentes que tiene aquí con órdenes de procurar ponernos en peligro. Estoy seguro de que Palas tiene a un hombre entre

el personal del gobernador…, si no es el propio gobernador. Sea como sea, han conseguido enviarnos a un lugar donde haya muchas posibilidades de que nos maten. Bruccio cumple perfectamente los requisitos, y la muerte del anterior prefecto hizo que no fuera necesario reasignarlo a un nuevo destino. De momento, a Palas le ha salido muy bien su maniobra…

—Si es que esa maniobra, como la llamas tú, realmente existe —comentó Macro sin demasiado convencimiento—. Francamente, amigo, creo que te preocupas por nada. El hecho de que nos mandaran a Bruccio no es más que cuestión de suerte, una carambola del destino.

Cato lo miró.

—¿De verdad lo crees así? ¿Después de todas las maquinaciones que hemos visto durante los últimos años? Ya sabes cómo funcionan las cosas en palacio.

Décimo regresó con el *optio* y los interrumpió. Entraron en el comedor de oficiales, el suboficial cerró la puerta y saludó a sus superiores.

—*Optio* Manlio Acer, señor. Quería verme.

Cato asintió con un movimiento de la cabeza.

—Descansa, *optio*. Siéntate.

El suboficial pareció brevemente sorprendido por la informalidad que le mostraba alguien con un rango nada menos que de prefecto, pero tomó asiento en el banco de enfrente.

—Este es el último puesto avanzado antes de llegar al fuerte de Bruccio, ¿verdad? A partir de aquí no hay nada. Ni siquiera un puesto de señales.

El *optio* movió la cabeza en señal de asentimiento.

—La cuestión es que no se ha recibido ningún informe de Bruccio desde hace más de un mes. ¿Has oído algo?

—Oído no. Pero hace unos diez días vi una patrulla que se dirigía al final del valle, señor. Un escuadrón de caballería

tracia. Se quedaron mirando un momento, y luego desaparecieron entre los árboles.

—¿Pero no recibisteis ningún mensaje? ¿Ni os pidieron suministros?

El *optio* dijo que no con la cabeza.

—Es raro, ¿no te parece? —insistió Cato.

—Raro ni se acerca a describirlo, señor. Antes de que Querto tomara el mando, el prefecto solía enviar dos escuadrones y dos centurias de legionarios al depósito para escoltar al convoy de suministros hasta el fuerte cada diez días, siempre con regularidad. Tras la muerte del prefecto, la rutina continuó durante un tiempo, pero luego empezaron a pasar muchos días entre los viajes de abastecimiento. Al final, dejamos de recibir peticiones para el reabastecimiento y la escolta.

Macro miró al *optio*.

—¿Por qué no enviasteis a una patrulla a investigar?

—No es mi trabajo, señor. Mis órdenes consisten en vigilar este lado del paso, e informar a Glevum si vemos al enemigo.

—Pues resulta que no es suficiente, ¿verdad? —preguntó Macro con mordacidad—. Tardaste mucho en venir a ayudarnos antes, y ahora esto. No estoy impresionado con tu trabajo.

Acer juntó las manos y se frotó los nudillos de una con el pulgar de la otra.

—Señor, tengo menos de cuarenta hombres. Estamos en el corazón del territorio enemigo. Si corremos riesgos innecesarios, morimos.

—Para eso te alistaste, Acer. Para eso nos alistamos todos. No es una excusa.

El *optio* abrió la boca para protestar, pero vio el brillo gélido en los ojos de Macro y optó por agachar la cabeza con

semblante avergonzado. Cato decidió que no serviría de nada socavar al *optio*, y volvió al tema que les ocupaba.

—Si no ha habido ninguna petición de suministros, significa que Querto y sus hombres están viviendo de la tierra.

—O que han sido aniquilados —sugirió Décimo con preocupación—. Si no se ha sabido nada de ellos, ¿qué otra cosa podría haber pasado?

Macro lo corrigió:

—El *optio* dice que vio a una de sus patrullas hace diez días.

—Exactamente —coincidió Cato—. Así pues, debemos suponer que el fuerte y su guarnición están intactos. En cualquier caso, pronto lo sabremos. Si podemos salir al alba, deberíamos llegar al fuerte al atardecer.

—¿Va a continuar, señor? —preguntó Décimo.

—Por supuesto. Tengo órdenes de asumir el mando del fuerte.

—Pero las cosas no están bien, señor. Ni de lejos. Sería una locura seguir adelante. Al menos hasta que no sepa en qué nos está metiendo.

—A pesar de todo, continuaremos hasta Bruccio.

—Yo no, señor. Yo no voy a dar ni un paso más. Por la mañana voy a regresar a Glevum, y desde ahí a Londinio.

Macro sonrió.

—¿Tú solo? ¿A pie, con tu pierna coja? Me parece que es más arriesgado que continuar hasta Bruccio.

—Me llevaré… una de las mulas.

—¿Una de nuestras mulas? Me parece que no, Décimo.

El veterano se volvió a mirar a Cato.

—Puede dejarme una, señor.

Cato le dijo que no con la cabeza.

—Tenemos que llevar a un prisionero, así como nuestro equipaje. Pero si te ayuda a cambiar de opinión, te daré cien

denarios más si te quedas con nosotros hasta el otoño.

Macro saltó sobresaltado.

—¿Cien? ¿Estás loco?

Cato levantó la mano para hacerlo callar y no desvió la atención de Décimo.

—Si es tan peligroso como crees, te necesitaré a mi lado. Y cuando todo esto termine, con esos cien denarios podrías establecerte muy bien en Londinio. ¿Qué dices?

Décimo adoptó una expresión consternada mientras sus temores luchaban con su avaricia. Al final, miró a Cato con amargura.

—De todos modos, parece que no tengo alternativa. No puedo quedarme aquí. No puedo regresar a Londinio. El único camino es hacia adelante. De acuerdo, que sean cien denarios. Acepto.

Cato esbozó una sonrisa.

—Muy generoso por tu parte. Y ahora será mejor que te ocupes de nuestros jergones. El centurión Macro y yo dormiremos aquí. Luego descansa un poco. Mañana será un día largo.

Décimo asintió con tristeza y salió del comedor. En cuanto se hubo marchado, Macro dejó escapar un suspiro y masculló:

—Me alegra ver que Décimo está dispuesto a quedarse con nosotros… Aunque los cien denarios ayudaron.

—Ya sabes cómo va. El dinero manda. —Cato enarcó una ceja—. Y en realidad, prácticamente lo hace a gritos.

El *optio Acer* lo miró.

—Quizá su sirviente tenga razón…, señor.

—¿Y eso?

—No sé cómo decirlo, señor.

—Bueno, pues intenta decirlo con palabras, hombre —gruñó Macro—. Antes de que pierda la paciencia.

El suboficial se encogió, pero luego respiró hondo y se armó de valor para hablar.

—No sé qué les han contado sobre lo que ha estado pasando en Bruccio, señor, pero, a mi entender, la cosa nunca ha ido del todo bien desde que se construyó el fuerte. El último prefecto era…, bueno, un poco débil. Dejaba casi toda la dirección de la guarnición en manos de Querto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Cato.

—Se lo oí decir a los soldados que pasaban por aquí de camino a la base de suministros. Eso, y más cosas. —El *optio* bajó la voz—. Dicen que Querto gobierna el fuerte con mano de hierro, y reparte los castigos más duros por las mínimas infracciones. Dijeron que había ordenado que golpearan a uno de los *optios* hasta matarlo por cuestionar su orden de no hacer prisioneros después de un ataque en una aldea local.

Macro tomó aire.

—La buena disciplina es una cosa. Pero esto es ir demasiado lejos.

Cato le lanzó una mirada.

—¿Tú crees? Continúa, Acer. ¿Qué más has oído?

—Durante un tiempo, el prefecto hizo la vista gorda, pero al final se enfrentó a Querto. Le dijo que había presentado una solicitud para que lo trasladaran a otra unidad. Eso fue poco antes del accidente del prefecto.

Macro entrecerró los ojos.

—¿Qué estás sugiriendo, *optio*?

Acer tragó saliva con nerviosismo.

—Solo les estoy contando lo que sé, señor. Pueden sacar sus propias conclusiones. —El suboficial se cuadró y miró a Cato—. Ya he dicho suficiente, señor. Debería ocuparme de los centinelas. Después del ataque de esta tarde, he doblado la guardia. No quiero que vuelvan a sorprenderme.

—Muy bien —asintió Cato—. Puedes marcharte.

En cuanto se fue, Macro hinchó los carrillos y soltó aire.

—Ahora están todos igual. Querto ha asustado a los de nuestro bando tanto como al enemigo. Quizá tengas razón. Tal vez en todo esto haya algo más de lo que yo creía.

—Pronto lo sabremos. Si todo va bien, mañana llegaremos a Bruccio. —Cato estiró la espalda y bostezó—. Y al fin conoceremos al centurión Querto en persona.

Capítulo xv

—La cima del desfiladero debería estar justo delante… —dijo Trebelio en voz baja, como si temiera que pudieran oírles.

Los rodeaba una niebla tan densa que ocultaba las paredes rocosas que se alzaban a ambos lados. El traqueteo de los cascos de los caballos sobre las láminas de pizarra parecía adquirir un volumen desconcertante mientras los jinetes iban ascendiendo por el sendero que zigzagueaba hasta el altiplano. La montura de repuesto de Cato era una bestia sosegada y apacible que se llamaba *Aníbal*. Por suerte, su temperamento no se parecía en nada al de su tocayo, y no causó problemas a su jinete romano. Según los cálculos de Cato, era media tarde. Una ligera llovizna impregnaba el aire y cubría de gotas menudas las capas de los jinetes. Habían atado al prisionero a lomos de una de las mulas, y su espalda tatuada relucía con la humedad. La calma y el silencio de aquel inhóspito entorno ponían nerviosos a los hombres del escuadrón, que iban mirando de un lado a otro desconfiados mientras conducían sus monturas por la pendiente del sendero. Cato se arrebujó más en la capa, e intentó no temblar.

—¿Y qué hay al otro lado del desfiladero? —le preguntó al decurión.

—Un pequeño altiplano. Luego el camino baja hasta el valle y va directo al fuerte, a unos ocho kilómetros de aquí. No tiene pérdida.

—Entonces, ¿ya has estado allí?

—En una ocasión, poco después de que lo construyeran.

—¿Cómo es la distribución del terreno?

Trebelio hizo una pausa mientras recordaba los detalles.

—Está bien situado, sobre un pequeño barranco por el que fluye una rápida corriente. El risco describe una curva que rodea un lado del fuerte, y luego hay un terreno escarpado frente a las otras dos caras, que cuentan con el foso y el terraplén habituales. Es una posición formidable, y haría falta un gran ejército e incluso un tren de asedio decente para irrumpir en ese lugar.

—¿Tiene unas buenas vistas del valle?

El decurión asintió.

—Eso también. Aunque con una niebla como esta no es que sirva de mucho, y las nieblas son frecuentes en estas montañas. —Meneó la cabeza—. No alcanzo a entender por qué coño querría alguien vivir aquí, ni siquiera unos bárbaros como los siluros. —Se volvió a mirar a Cato—. En cuanto lleguemos a la cima del desfiladero, voy a regresar a Glevum, señor.

—Lo sé.

Se hizo una breve pausa, tras la cual Trebelio continuó hablando.

—Ya les hemos escoltado más allá de lo que exigían mis órdenes, señor.

—Ya lo sé. No tienes que justificarte ante mí, decurión. Estaremos bien.

—Sí, señor. —El decurión dio un talonazo e hizo avanzar a su montura para retomar su posición al frente de la pequeña columna.

Siguieron cabalgando en silencio, hasta que Macro situó su caballo junto a Cato y murmuró:

—Espero que realmente estemos bien. Si los amigos siluros del chico risueño siguen por aquí, no creo que

tengamos muchas posibilidades cuando Trebelio y sus muchachos den media vuelta.

—Si el enemigo le tiene tanto miedo a Querto como parece tenerle nuestro prisionero, no creo que vayamos a correr ningún peligro una vez entremos en el valle. En cualquier caso, no por parte de los siluros.

Macro le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Ya oíste lo que dijo Acer sobre el anterior prefecto. Por lo visto, debería tener cuidado de no acabar igual.

Macro echó un vistazo a su alrededor con aire preocupado, antes de responder con voz queda:

—¿De verdad crees que Querto se atrevería a hacer algo así? ¿Cargarse a su comandante en mitad de una campaña?

—¿Se te ocurre mejor momento para hacerlo? Con el enemigo cerca y las bajas acumulándose, ¿quién iba a cuestionar una muerte más? Siempre y cuando el asesino tenga cuidado de no resultar demasiado evidente, podría librarse de cualquier acusación. A juzgar por lo que se dice, el centurión Querto es un hombre con una vena cruel, y no permite que nadie se interponga en su camino.

—Puede que sea cierto —repuso Macro pensativo—. Pero, aun así…

—¿Aun así qué? —replicó Cato secamente—. Sabemos de hombres que han hecho cosas peores, Macro. Cosas mucho peores.

—Y yo que pensaba que solo teníamos que guardarnos las espaldas mientras estuviéramos en Roma. —Macro soltó una maldición entre dientes—. ¿Qué coño nos pasa, Cato? Allí donde acabamos tenemos que andar con cien ojos. Es como si estuviéramos malditos o algo así. Creía que al volver a Britania habíamos dejado todo eso atrás.

Continuaron un rato en silencio por el camino que se iba allanando, hasta que el hombre que hacía las veces de

explorador y cabalgaba unos metros más adelante dio una voz. Trebelio ordenó a la columna que se detuviera de inmediato, y llamó al jinete para que informara.

—¡Algo por delante, señor, en el camino!

—¿Qué es?

—No puedo distinguirlo bien. Había un hueco en la niebla, ahora ha desaparecido otra vez. —La voz del hombre dejó traslucir su nerviosismo, y Macro agitó las riendas para que su caballo avanzara.

—Ya me he hartado de tanta tontería. Vamos.

Por un momento, Cato sintió una chispa de irritación por el hecho de que su amigo tomara la iniciativa antes de que él pudiera reaccionar. Dio un talonazo en los flancos de *Aníbal*, y fue detrás de Macro. Cuando pasaron junto al decurión, Macro le hizo una seña.

—Tú también, machote.

Los tres oficiales avanzaron al trote unos cien pasos siguiendo el camino, hasta que vieron aparecer por entre la niebla arremolinada la figura del explorador que, con la lanza lista en la mano, escudriñaba las inciertas sombras de más allá.

—¿Qué has visto? —preguntó Macro cuando frenó su caballo junto al soldado—. ¡Suéltalo, muchacho!

—Había algo en el camino, señor.

—¿Algo? —gruñó Macro—. Intenta ser más específico. ¿Algo o alguien?

El soldado tragó saliva.

—Me pareció ver a un hombre, señor, plantado en el camino. Solo fue un momento, luego la niebla se hizo más densa.

—¿Él te vio?

—No estoy seguro. No parecía moverse. Ni siquiera cuando le di el alto reaccionó. Y tampoco respondió, señor.

—Entiendo. —Macro miró un momento hacia adelante entrecerrando los ojos—. Y desde entonces nada. ¿Ningún indicio de movimiento? ¿Ningún sonido?

—No, señor. Nada.

Macro se volvió a mirar a Cato.

—¿Qué le parece, prefecto?

Cato notó que se le aceleraba el pulso y contuvo el impulso de ponerse a temblar que crecía en la base de su espalda. Su pierna herida aún le producía escalofríos. Tal vez incluso tuviera algo de fiebre. Tragó saliva y respondió con toda la firmeza de la que fue capaz:

—Creo que deberíamos ir a comprobarlo nosotros mismos, centurión. —Se volvió hacia el decurión—. Trebelio, si oyes algo, ven de inmediato con tus hombres. ¿Entendido?

Trebelio asintió, pero no se ofreció para unirse a sus superiores, que avanzaron al paso con sus caballos.

La niebla se cernía sobre el paisaje como un velo que se agitaba con el menor soplo de aire. Era una niebla densa que aquí y allá se aclaraba en algunas zonas para luego volver a cerrarse. Una calma sobrecogedora y una sensación de amenaza caía sobre los dos jinetes por todos lados. Un caprichoso soplo de la suave brisa reveló entonces el camino por delante, y vieron surgir de la niebla una forma delgada a unos cincuenta pasos de distancia. Los dos detuvieron los caballos de inmediato.

—¿Qué es eso? —Macro entrecerró los ojos—. Tú tienes mejor vista que yo. ¿Eso es un hombre?

—Creo que sí, pero no se mueve.

Cato decidió que, si era un hombre, había algo raro en su postura. Inspiró profundamente y gritó:

—¿Quién anda ahí?

No hubo respuesta, y seguía sin percibirse ninguna señal de movimiento, por lo que, después de un corto intervalo,

Cato hizo avanzar a su montura al paso, seguido de cerca por Macro.

—Esto no me gusta —masculló el centurión—. ¿Y si es otra emboscada?

—Si lo es, están haciendo todo lo posible para no pillarnos por sorpresa.

Pese a su tono calmado, a Cato le palpitaba el corazón en el pecho y tenía las manos sudorosas por la inquietud mientras avanzaba el primero por el camino. Miró a ambos lados, aguzando la vista y el oído por si percibía algún ligero movimiento, pero todo estaba igual que antes. Poco a poco, mientras se acercaban, la figura que tenían delante se fue perfilando y adquiriendo nitidez. No había duda de que era un hombre, y al final pudieron ver por qué no se había movido ni respondido cuando Macro le dio el alto. Estaba desnudo y había sido empalado en una sólida estaca de madera clavada en medio del camino. La piel pálida y moteada del hombre estaba cubierta de dibujos nativos, y su cabeza y extremidades colgaban inertes. Al acercarse más, Cato vio que la estaca le atravesaba la ingle, y que la madera estaba cubierta de una mancha oscura que también se encharcaba en el suelo en torno a la base del palo.

—¿Qué demonios es esto, en nombre del Hades? —preguntó Macro en voz baja.

—Un mojón, diría yo. Querto está marcando el límite de su territorio, y advirtiendo a aquellos que osen entrar en el valle.

—¿Advirtiendo a quién? ¿Al enemigo o a nosotros?

—Yo diría que a ambos. ¿Por qué si no iba a ponerlo aquí, donde pueda encontrarlo una de nuestras patrullas? —La última palabra se le atoró en la garganta al divisar otro cuerpo en una estaca, a cierta distancia a un lado del camino, y luego otro más enfrente, formando una línea

perpendicular a la ruta que conducía al valle de más allá—. Hay más, Macro, mira…

Los señaló, y su amigo soltó una maldición. Se quedaron mirando los cuerpos un momento, hasta que Macro dio media vuelta e hizo bocina con la mano.

—¡Decurión! ¡Trae a tus hombres! Es seguro.

Cato le lanzó una mirada sorprendida.

—¿Seguro?

—Estos tres no van a suponer una gran amenaza, ¿verdad?

Cato miró los cadáveres.

—No, ellos no.

Se oyó el estrépito sordo de los cascos sobre las piedras sueltas de pizarra, y Trebelio y el resto de la columna aparecieron por entre la niebla y se detuvieron frente a la hilera de estacas. Aunque la mayoría de aquellos soldados habían experimentado los horrores de la guerra, Cato vio que los hombres más próximos a él empalidecían. El prisionero, que iba colgando sobre el lomo de una de las mulas de Décimo, alzó la mirada y abrió los ojos con terror al ver a los hombres empalados. Empezó a hablar atropelladamente, en un tono suplicante y desesperado.

—¡Décimo! —gritó Macro—. Hazlo callar.

Décimo asintió con un gesto. Hizo dar la vuelta a su mula para acercarse al prisionero y alzó el puño con gesto amenazador. Turro se encogió, cerró la boca de golpe y miró al romano con recelo.

—¿Quiénes son? —preguntó Trebelio.

—Siluros, supongo. —Cato señaló las pinturas del hombre más próximo—. Podemos averiguarlo enseguida. ¡Décimo! Trae aquí al prisionero.

Las mulas avanzaron al trote. Al ver los tres cuerpos, Turro se quedó con la boca ligeramente abierta y empezó a temblar.

—Pregúntale si son de los suyos.

Trebelio tradujo la pregunta, y Turro asintió moviendo la cabeza con preocupación.

—Entonces esto es obra de Querto, seguro —dijo Macro—. Es lo único que tiene sentido.

Estaba a punto de continuar, cuando el hombre empalado que estaba más a la derecha emitió un débil gemido. Las cabezas de los jinetes se volvieron hacia la figura, y Cato vio que se movía levemente, esforzándose por poner los pies contra la áspera madera de la estaca.

—¡Por Mitra! —A Décimo le tembló la voz—. ¡Está vivo!

Cato pasó la pierna por encima del arzón de la silla, se deslizó hasta el suelo y se dirigió hacia aquel hombre caminando sobre la hierba. Macro le siguió, mientras los demás se quedaban mirando. Cuando llegó hasta él, Cato vio que era un guerrero joven, de no más de veinte años y de extremidades delgadas. Su pelo, apelmazado y pegado a la cabeza por la lluvia, le caía sobre los hombros. Tenía los ojos medio abiertos, y los puso en blanco al tiempo que soltaba un débil pero penetrante gemido de dolor. Cato vio que intentaba apoyar los pies contra la estaca para levantar su peso, pero las plantas resbalaban irremediablemente sobre la madera húmeda, y la ingle se asentaba de nuevo en la punta con un horrible crujido húmedo. El dolor de aquel tormento debía de ser insoportable. De pronto, el prefecto lo entendió: el joven guerrero no intentaba librarse de la estaca, solo esperaba poner fin a su sufrimiento hundiendo más la punta en sus órganos vitales. Cato apenas pudo reprimir las náuseas. Miró a Macro para ordenarle que pusiera fin al sufrimiento del siluro, pero al ver el rostro consternado del centurión se dio cuenta de que no sería una orden justa. Si eso era lo que quería, no tenía derecho a obligar a su amigo a hacerlo. Apretó los dientes y desenvainó la espada. Tras una breve vacilación, se armó de

valor para llevar a cabo aquella horrenda tarea, avanzó y alzó la punta del arma hasta que tocó la carne desnuda del hombre, justo por debajo de la caja torácica. El siluro abrió los ojos de par en par, llevó la mirada hacia Macro y luego la bajó y la posó en Cato. Este se fijó en que el joven tenía los ojos de un azul intenso: prefería centrarse en su mirada, pues intentaba desesperadamente desviar la atención de otros detalles.

El siluro masculló algo entre sus labios agrietados, unas palabras que pronunció en voz baja y tono suplicante, tras lo cual asintió con la cabeza e hizo una mueca, obligado por el terrible dolor que le causaba incluso un movimiento tan leve como aquel.

Cato tensó el músculo, echó la espada hacia atrás una corta distancia y la hundió en la piel suave por debajo de las costillas, hasta que la punta penetró hacia arriba y llegó al corazón. El siluro echó la cabeza hacia atrás y soltó un fuerte grito ahogado. Su cuerpo se tensó cuando el prefecto retorció la hoja, a izquierda y derecha, para luego retirarla de un tirón. Un chorro de sangre salió detrás de la espada y salpicó el suelo por debajo de la estaca, donde una voluta de vapor apenas visible se alzó en el aire. El siluro empezó a temblar violentamente y a respirar con jadeos irregulares y entrecortados a medida que se iba debilitando, hasta que al final su cuerpo quedó inerte y la cabeza cayó contra el pecho. El cadáver colgaba de aquella estaca como una lonja de carne en una carnicería. Cato se esforzó por mantener la expresión neutra mientras se agachaba para limpiar la hoja de la espada en una mata de hierba. Quitó toda la sangre que pudo, y luego se irguió y volvió a meter la espada en la vaina con un fuerte golpe seco. Al darse la vuelta, vio que todo el grupo le observaba.

—Ya hemos terminado aquí. Es hora de seguir adelante.

Hubo una pausa, y al cabo Trebelio se aclaró la garganta.

—Disculpe, señor, pero aquí es donde mis hombres y yo damos media vuelta.

—¿De qué estás hablando?

—Aquí empieza el valle, señor. Como usted mismo ha dicho, estos cuerpos señalan el territorio que controla el fuerte. A partir de aquí estará a salvo hasta que llegue a su nuevo puesto de mando.

Cato se quedó mirando al decurión, y vio que disimulaba muy mal su miedo.

—Puede que tengas razón, pero preferiría que tú y tus hombres nos escoltarais hasta que tengamos el fuerte a la vista antes de dejarnos. Solo para que puedas informar al legado de que hemos llegado de una pieza y no desaparecimos en algún punto del camino. No sé si me entiendes.

Trebelio asintió moviendo lentamente la cabeza.

—Le entiendo, señor. Pero, como ya he dicho, voy a volver atrás.

Aquello fue demasiado para Macro, que se volvió hacia el decurión con una mirada feroz.

—¡Más bien nos abandonas, cobarde! ¿De qué tienes miedo? —Macro hizo un gesto en dirección a los cuerpos que colgaban de las estacas—. ¿Acaso crees que estos cabrones van a bajar de un salto y a darte una buena paliza? ¡Por todos los dioses, Trebelio, échale un par!

El decurión apretó los dientes y respondió en tono frío y apagado:

—No soy ningún cobarde. Llevo luchando en esta maldita isla los últimos ocho años, como la mayoría de mis hombres aquí presentes. Me quedan cinco antes de licenciarme. De modo que obedezco las órdenes al pie de la letra. Y mis órdenes dicen que mis hombres y yo teníamos que escoltarle a usted y al prefecto hasta este valle. Así lo hemos hecho.

—Pues voy a darte nuevas órdenes —interrumpió Cato—: te ordeno que nos escoltes hasta Bruccio.

El decurión no respondió, en vez de eso se quedó mirándolo con actitud desafiante. Cato decidió enfocarlo de otro modo. Continuó hablando en tono más razonable.

—Mira, Trebelio. Ya sabes lo que te espera cuando llegues a Glevum. Van a hacerte responsable de la pérdida de tu estandarte en el puesto avanzado. Si vienes con nosotros hasta Bruccio, te doy mi palabra de que intercederé por ti ante el legado.

El decurión consideró la oferta, pero meneó la cabeza con pesar.

—Lo siento, señor. No voy a seguir. Y aunque accediera a hacer lo que me pide, dudo que alguno de mis muchachos quisiera seguirme.

Cato se lo quedó mirando fijamente un momento, dándole la oportunidad de cambiar de opinión, pero Trebelio le aguantó la mirada y guardó silencio. El prefecto soltó un suspiro de frustración y decidió hacer un último intento apelando a la disciplina. Se dirigió a su montura, tomó las riendas y se encaramó a la silla.

—Bueno, pongámonos en marcha.

La respuesta a su orden fue el silencio. Ninguno de los hombres se movió.

Cato notó que se le aceleraba el pulso, y de pronto el aire frío dio la impresión de serlo aún más. Trebelio le sostuvo la mirada inexpresivamente, y sus hombres permanecieron en sus sillas dispuestos a seguir su ejemplo.

—¡Ya habéis oído al prefecto! —gritó Macro—. ¡Formad en columna y preparaos para avanzar!

—No…, señor —respondió Trebelio con voz lo bastante alta para que le oyeran sus hombres—. Nosotros recibimos órdenes del legado. Ordenes que sin duda tenían una razón de ser que no cuestionaré de ningún modo. Ni usted ni el

prefecto pueden cambiar eso. ¡Columna! ¡Media vuelta y en formación!

—¡Ah, no, de eso ni hablar! —gruñó Macro al tiempo que agarraba la espada. Se oyó un suave roce cuando la hoja empezó a salir de la vaina.

Cato dio un tirón apresurado a las riendas, situó su caballo entre Macro y el decurión y dijo entre dientes:

—No lo hagas, Macro… Trebelio y sus hombres están aterrorizados. Si intentas amedrentarlo puede pasar cualquier cosa.

—Pero…

—Olvídate de ellos. Es una orden.

Macro frunció el ceño un instante, acto seguido se encogió de hombros con frustración y volvió a deslizar la espada en su sitio.

—Al menos alguien obedece las órdenes por aquí…

Se quedaron mirando a Trebelio y sus hombres, que se apresuraron a formar en columna de a dos. Cuando estuvieron preparados, el decurión se volvió en la silla para saludar a sus superiores.

—Deberían procurar llegar a Bruccio antes del anochecer. Buena suerte.

Cato lo saludó con la cabeza, en tanto que Macro tensó la mandíbula y masculló:

—Que te jodan a ti también.

Trebelio levantó el brazo.

—¡Columna, adelante!

Los jinetes pusieron los caballos al trote y emprendieron de nuevo el camino hacia el desfiladero. El último de ellos no tardó en desaparecer en la niebla, y Cato y los demás siguieron oyendo el ruido de los cascos de los caballos durante un rato más, hasta que se hizo el silencio y se quedaron solos. Décimo miró en derredor con preocupación y se mordió el labio.

—¿Y ahora qué, señor? No es demasiado tarde para irnos con ellos.

—Piensa en la recompensa —respondió Cato con delicadeza. Miró el cadáver del joven siluro—. No tiene sentido continuar aquí.

Macro asintió.

—La conversación es un poco limitada, la verdad. Solo espero que encontremos pronto a alguien vivo, y que sea de nuestro bando. Toda esta niebla y este silencio están empezando a cabrearme.

—¡Qué mejor razón para ponerse en marcha! —dijo Cato con una sonrisa.

El prefecto chasqueó la lengua y condujo a su caballo hacia el camino evitando pasar junto al cadáver, y Macro y Décimo espolearon a sus monturas para situarse junto al prefecto. El viejo legionario dio un tirón a la cuerda atada a las mulas, que profirieron un rebuzno amortiguado y avanzaron tras ellos. El prisionero mascullaba plegarias a sus dioses mientras seguían adentrándose en la niebla. El camino descendía a lo largo de poco más de kilómetro y medio hasta el lecho del valle. En ese punto, una suave brisa empezó a disipar el velo de niebla gris leve y gradualmente, y pudieron distinguir las laderas que surgieron a ambos lados. Décimo fue el primero en darse cuenta, y utilizó la fusta contra la grupa de la mula para acercarse más a los dos oficiales.

—Señor, alguien nos viene siguiendo…

Cato y el centurión aminoraron el paso hasta detenerse, y se volvieron sobre las sillas de montar. Los tres miraron atrás por un momento, aguzando el oído. Al cabo, Macro suspiró intensamente.

—Son imaginaciones tuyas, Décimo. El único peligro que corres en este lugar es la posibilidad de cagarte de miedo.

Décimo le dijo que no con la cabeza.

—¡Shhh! Escuche.

—¿Qué crees haber oído? —preguntó Cato tras un breve silencio.

—Un caballo… Caballos. Estoy seguro, señor.

—Bueno, pues yo no oigo nada.

—Lo que yo decía —terció Macro con desdén—, se está asustando por nada.

Entonces oyeron un débil relincho a cierta distancia por detrás de ellos. Se quedaron los tres helados, y Cato notó un gélido cosquilleo recorriendo su espalda.

—¿Por nada, eh? —murmuró Décimo—. Se lo dije, señor. ¿Qué hacemos? ¿Salimos corriendo? ¿Buscamos un lugar para escondernos? Si nos alcanzan, se asegurarán de hacernos lo mismo que Querto les hizo a sus compañeros. O algo peor.

Macro lo miró y enarcó una ceja.

—¿Peor? Creo que debo de haber subestimado tu imaginación… ¿Qué opinas, Cato, deberíamos dar media vuelta y afrontar lo que venga?

—No. No tenemos ni idea de cuántos son. Lo mejor será seguir adelante y hacerles pensar que aún no los hemos descubierto. Décimo, mantente atento. Si te parece que se acercan más, dímelo enseguida. Buscaremos un lugar para ponernos a cubierto sobre la marcha. Ya no podemos estar muy lejos de Bruccio. Puede que incluso nos topemos con una patrulla. Vamos.

Continuaron por el camino, Cato y el centurión vigilando los flancos y el frente, mientras Décimo volvía la vista atrás nerviosamente cada pocos segundos. Los jinetes que iban tras ellos no parecieron hacer ningún intento de acercarse más, y si no fuera por algún que otro relincho apagado o el débil golpeteo de los cascos contra la piedra y la turba, costaba creer que no estuvieran solos en aquel paisaje etéreo y amenazador, territorio del frío, la humedad y las

sombras. Cuando habían recorrido unos ochocientos metros más, Macro puso su caballo a la altura del de Cato y dijo en voz baja:

—Hay más a la izquierda…

Cato asintió con la cabeza.

—Los he visto hace un momento.

—¿Y no has dicho nada?

—No quería asustarte.

—Ja… ya veo… —entonó Macro con rostro inexpresivo mientras ambos mantenían la cabeza al frente sin dejar de mirar a la izquierda para no perderlos de vista. El terreno era más llano, y el valle se extendía a ambos lados bajo la niebla cada vez más fina. A unos cuatrocientos metros a su izquierda, había una zona con árboles. Un pequeño bosque. Avanzando entre la maleza vieron una fila de jinetes, diez en total. Estaban demasiado lejos para distinguirlos con detalle. Cato tuvo un repentino presentimiento y miró a su derecha. Otro grupo de jinetes los estaba siguiendo a una distancia similar.

—Me temo que hemos caído en una trampa, Macro, o debería decir que hemos cabalgado hacia ella. Mira allí.

—Hizo un gesto sutil, Macro volvió la cabeza y soltó una maldición entre dientes.

—¿Por qué no atacan? —preguntó Macro—. ¡No me dirás que no se dan cuenta de que tienen ventaja!

Cato valoraba rápidamente sus opciones. No había otra salida más que seguir avanzando. A menos de un kilómetro por delante, el camino entraba en un bosque que se extendía un buen trecho por el lecho del valle. Si podían llegar al bosque con ventaja suficiente respecto a sus perseguidores, quizá lograran salir del camino y esconderse entre los árboles.

—¡Señor! —Décimo lo llamó en voz baja—. ¿Lo ha visto? ¡Están por todas partes!

—Ya los veo —respondió Cato con calma—. Tú no hagas caso. No hagas nada hasta que yo dé la orden.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Macro.

Cato no respondió. Calculó la distancia que quedaba y la dirección que tendrían que tomar los perseguidores para alcanzarlos. Habría que dejar atrás a las mulas. Esas bestias tal vez eran fuertes y resistentes, pero también demasiado lentas. Como era habitual en él, Cato consideró todas las alternativas, incluso abandonar a Décimo a su suerte, para que Macro y él tuvieran al menos una posibilidad de escapar. Pero, como también solía hacer, desechó aquella idea al instante. Dictara lo que dictara la lógica, existía un código de conducta que él jamás había traicionado. Un código honorable que iba más allá de los que ostentaban el mando. No, sacrificar a Décimo no sería algo propio de él.

Cato aminoró el paso de su caballo para ponerse a la altura de su sirviente y le dijo en voz baja:

—Cuando yo lo diga, Décimo, baja de la mula y salta a la grupa de mi caballo.

—¿Y el prisionero? —preguntó Macro.

—Lo dejaremos atrás con las mulas. Si estos jinetes son siluros, con un poco de suerte se detendrán para liberarlo, y eso nos dará un poco más de tiempo.

—¿Qué piensas hacer, muchacho? —preguntó Macro.

—Cabalgaremos a toda velocidad hacia aquella línea de árboles. Ellos se verán obligados a cabalgar campo a través para seguirnos, y perderán un poco de terreno. Si llegamos hasta los árboles con ventaja suficiente, podremos salir del camino y despistarlos en el bosque.

—Es una locura —protestó Décimo—. Nos darán caza como a perros.

—Puede ser. Pero yendo dos en mi caballo, nos atraparían enseguida en campo abierto. Tendremos más posibilidades de escapar de ellos en el bosque.

Décimo tensó la mandíbula, miró al prefecto y dijo con amargura:

—Debería haberme quedado en Londinio…

Macro escupió a un lado.

—Empiezo a pensar lo mismo.

—¡Silencio! —ordenó Cato—. Estad preparados para cuando dé la señal.

Cuando se encontraban a unos centenares de metros de la linde del bosque, Cato se fijó en que los jinetes se estaban acercando por ambos lados. Decidió que había llegado el momento de actuar. Inspiró profundamente, frenó el caballo y le dijo a Décimo con firmeza:

—Es el momento. ¡Sube!

Décimo se deslizó de la silla de su mula, y Cato le ofreció la mano para ayudarlo a trepar a la silla detrás de él. En cuanto el hombre estuvo bien agarrado en el arzón trasero, el prefecto espoleó a *Aníbal*.

—¡Adelante, Macro! ¡Tan rápido como puedas! ¡Yo te seguiré!

El centurión empezó a palmear la grupa de su montura, se inclinó hacia adelante y la condujo en dirección a los árboles distantes. Las mulas, asustadas por aquella acción repentina, rebuznaron y trotaron tras los caballos durante un corto trecho, hasta que la carga del bagaje y el prisionero las obligaron a aminorar la marcha. Al ver que no podían seguir el ritmo de los caballos, terminaron por detenerse y se quedaron allí, vacilantes, en fila a lo largo del camino, abandonadas a su suerte.

En cuanto se dieron cuenta de lo que tramaba su presa, los jinetes de ambos flancos se lanzaron al galope y se dirigieron hacia el claro que había antes de la línea de árboles, allí donde el camino penetraba en el bosque, con la intención de cortar el paso a los romanos. Macro ya se había adelantado una corta distancia, y Cato estuvo tentado de

llamarlo para que no los dejara atrás. Fue una idea absurda e indigna de él, y la desechó al instante, al tiempo que apretaba los dientes e hundía los talones para obligar a su montura a aumentar el ritmo, levantando piedras pequeñas y terrones de hierba a su paso. El frío y el entumecimiento desaparecieron con la ansiosa y acalorada emoción de la persecución, y los detalles del mundo que lo rodeaba saltaban ante sus ojos mientras los poderosos músculos del caballo galopaban hacia la seguridad de los árboles.

—¡Vamos, Cato! —gritó Macro por encima del hombro—. ¡No te quedes atrás!

Los jinetes que los perseguían se encontraban ya tan cerca que sus gritos podían oírse incluso por encima del estrépito de los cascos que retumbaban en el valle. Pero Cato no pudo distinguir las palabras, y se inclinó un poco más en la silla, obligando a Décimo a agarrarse con más fuerza. Los árboles se les vinieron encima por ambos lados, y el camino entró en el bosque. La ruta continuaba más o menos recta durante un centenar de metros, luego describía una curva en torno a un grupo de robles altos y desaparecía de la vista.

—¡Macro! —El fuerte impacto del galope del caballo hacía que a Cato le resultara difícil gritar sus órdenes—. ¡En cuanto pasemos... esos robles... sal del camino... a la derecha!

Macro asintió con la cabeza, y los dos caballos siguieron el estrecho camino ruidosamente. Cato se arriesgó a mirar atrás, pero no vio a sus perseguidores. Entonces, cuando ya estaban a una corta distancia de la curva, oyó un grito excitado, se volvió de nuevo y vio que el primero de sus perseguidores ya había llegado al sendero del bosque, a apenas cien pasos de distancia. Cato pensó fugazmente que aún tenían suficiente ventaja para que su plan saliera bien, y espoleó más aún a su caballo. Cuando enfiló la curva, vio

que Macro ya estaba rodeando las zarzas y ramas caídas al pie de los viejos robles y desaparecía de su vista. Cato notaba los flancos de su caballo contra las pantorrillas, hinchándose y cayendo como fuelles mientras el animal avanzaba con dificultad bajo el peso de los dos hombres. Ya estaba aminorando la velocidad, a pesar de que el prefecto le animaba a seguir desesperadamente. Llegaron a los robles, y Cato se inclinó hacia un lado mientras el caballo tomó la curva al galope, pero cuando se disponía a forzar al animal para lanzarse hacia el bosque, vio a Macro a no más de diez pasos delante de él, parado en medio del camino y espada en mano, mientras su montura resoplaba y golpeaba el suelo con los cascos. Cato dio un fuerte tirón a las riendas, con lo que su caballo se encabritó bruscamente hacia la izquierda y rebotó contra el cuarto trasero del otro animal con un relincho asustado. La violenta parada arrojó a Décimo hacia adelante, y golpeó a Cato de tal modo que a punto estuvieron de salir volando por encima de *Aníbal*.

El prefecto se irguió de inmediato.

—Macro, ¿qué diablos…?

Entonces los vio. A no más de quince metros por delante de ellos, el camino se hallaba bloqueado por más jinetes que miraban a los romanos en silencio desde sus sillas. Llevaban unas capas negras, y el pelo les caía lacio hasta los hombros. Todos ellos iban armados con una lanza y un escudo ovalado. Eso fue todo lo que Cato pudo observar, antes de que el sonido de unos cascos que se aproximaban rápidamente por detrás desviara su atención.

—Estamos jodidos… —gimió Décimo mientras Cato bajaba la mano y desenvainaba la espada.

—¡Cállate! —gritó el prefecto, que acercó su caballo al de Macro.

—A la mierda el plan —dijo el centurión con una sonrisa forzada—. ¿Y ahora qué? ¿Nos abrimos paso a la fuerza?

Cato dijo que sí con la cabeza.

—Es lo único que podemos hacer. ¿Preparado?

Ambos agarraron con firmeza las empuñaduras de sus espadas y apretaron las piernas contra los costados de las monturas, preparándose para cargar. Cato oyó un roce sordo cuando Décimo desenvainó también su arma.

Tras ellos se oyó un repentino retumbo de cascos y gritos de alarma cuando sus perseguidores llegaron a la curva, se toparon con el obstáculo y se detuvieron desordenadamente. Cato decidió que aquel era el momento de atacar, mientras reinaba el desconcierto entre al menos algunos de sus oponentes. Ya estaba tomando aire para soltar su grito de batalla, cuando una voz grave hendió el aire con un grito autoritario. Una figura surgió de entre las filas de hombres que bloqueaban el camino por delante. Hizo avanzar a su magnífico caballo tranquilamente, y luego lo hizo girar de forma que quedara perpendicular al camino, con el cuello enhiesto, las orejas erguidas y el aliento saliendo de sus ollares en forma de vapor. A Cato le latía el corazón tan rápido que estaba seguro de que sus dos compañeros sin duda podían oírlo. Miró fijamente al hombre que les hacía frente. Al igual que los demás, llevaba el pelo sujeto hacia atrás con una cinta ancha, de modo que su negra melena se abría en una ancha cola. Tenía una frente prominente, y sus ojos oscuros y hundidos centelleaban sobre una barba espesa que le cubría la mandíbula. Aunque llevaba capa, Cato vio que su constitución era enorme, y que sus brazos desnudos eran como jamones cubiertos de vello oscuro. El guerrero los miró impasible, mientras los suyos esperaban que les diera una orden, con las lanzas preparadas para abatir a los tres romanos que habían osado adentrarse en el corazón de aquellas agrestes montañas.

Hubo una pausa que hizo que cada instante persistiera en los aguzados sentidos de Cato, que captó todos los

detalles visuales, todos los sonidos y olores de lo que podrían ser los últimos minutos de su vida. Luego la figura se recostó hacia atrás en la silla y apoyó la mano izquierda en la cadera.

—¿Quiénes sois? —preguntó en latín.

—Romanos —contestó Macro.

—No me digas —replicó en un tono un tanto divertido—. Bueno, pues es una lástima. Había esperado dar ejemplo con algunos más de esa escoria de siluros… ¿Qué estáis haciendo aquí?

Cato se irguió en la silla y envainó la espada.

—Soy el prefecto Quinto Licinio Cato. Este es el centurión Lucio Cornelio Macro. Me han enviado para asumir el mando del fuerte de Bruccio. Supongo que sois tracios de la guarnición.

El hombre asintió.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Macro, que bajó la espada pero la mantuvo firmemente agarrada al costado.

El hombre chasqueó con la lengua e hizo avanzar su caballo hacia los romanos. Se detuvo de nuevo, justo delante de ellos, y levantó la cabeza. Sus ojos oscuros se clavaron en Cato.

—Soy el centurión Querto.

Capítulo XVI

La niebla ya se había disipado del todo cuando los jinetes salieron del bosque y siguieron el camino por el terreno abierto. Las nubes aún cubrían el cielo, y el sol no era más que una débil presencia entre el velo gris que se cernía sobre el paisaje. Una suave llovizna se sumaba a la incomodidad de Cato y sus compañeros mientras cabalgaban con los auxiliares tracios. En cuanto hubo examinado la autorización de Cato para asumir el mando, el centurión Querto dio órdenes para que fueran a buscar a las mulas y al prisionero. Luego reagrupó a sus hombres, y condujo la columna en dirección al fuerte. Cuando llegaron a terreno abierto, envió a dos jinetes por delante a explorar, mientras él se rezagaba para situarse junto a Cato y Macro.

—¿Te importa decirme de qué iba todo eso? —dijo Macro—. Ahí atrás, cuando tú y tus hombres nos dabais caza.

Querto frunció los labios, de modo que desaparecieron tras el pelo de su barba antes de responder:

—Esto es territorio siluro. O lo era hasta que establecimos el fuerte. Mi trabajo es llevar la guerra al enemigo. Una de mis patrullas os vio, antes incluso de que entrarais en el desfiladero. Con la niebla no pudieron acercarse lo suficiente para identificaros como romanos. De todos modos, hace tiempo que no vemos a ningún romano que no sea de nuestra guarnición.

—Eso tengo entendido —dijo Cato—. Tampoco has enviado ningún informe a Glevum desde hace tiempo. En el

cuartel general, incluso hubo quien estuvo a punto de daros por desaparecidos a ti y a tus hombres.

—No tanto como para evitar que os enviaran aquí, por lo que veo.

Cato y Macro cruzaron una rápida mirada.

—¿Por qué has estado tanto tiempo sin ponerte en contacto con el cuartel general? —le preguntó Cato.

—Estamos rodeados por el enemigo. Si envío a un hombre con un informe, lo más probable es que los siluros lo capturen. En cuyo caso pierdo a un hombre y de todos modos el informe no llega. Así pues, no tiene sentido. Si tuviera algo importante que decirle al legado, me aseguraría de que la noticia le llegase sin demora. Como no ha sido así hasta este momento, sigo con mis órdenes de hostigar al enemigo. Por esa misma razón os he tendido esta emboscada con uno de mis escuadrones. Estaba convencido de que erais siluros. Por cierto, caísteis de lleno en la trampa. Aunque tenía la impresión de que erais más de tres, sin contar al prisionero de ahí atrás.

—Nuestra escolta dio media vuelta en el desfiladero que conduce al valle —explicó Cato—. Allí donde encontramos a tres siluros que habían sido abandonados para que murieran empalados. Supongo que eso es obra tuya.

—Me gusta que el enemigo sepa lo que puede esperar si se atreve a cruzarse en mi camino. Hay otros avisos como esos en cada una de las rutas que llevan al valle. Y también dejamos algunos cada vez que asaltamos una aldea o nos enfrentamos con uno de sus grupos de guerreros.

—¿Por qué?

Querto se volvió para lanzarle una mirada fulminante.

—Es evidente. Asusta al enemigo.

Macro soltó una risa seca.

—Y también asusta a nuestros muchachos.

—Pues mejor que mejor. Así se apartan de mi camino —replicó con el ceño fruncido—. No necesito que nadie interfiera en mi trabajo.

—¿Tu trabajo? Querrás decir tus órdenes. Se supone que tienes que hostigar al enemigo, no librar una batalla personal.

Querto se encogió de hombros y volvió la vista al frente.

—Mi valle, mis reglas. Siempre y cuando haga lo que quiere el legado.

—Sí, bueno, pues ahora yo estoy al mando —terció Cato con cautela—. Puede que cambien algunas cosas en Bruccio.

—Ya veremos…

—Y ya que hablamos del tema, dado que soy el nuevo prefecto, vas a llamarme señor, centurión Querto.

El otro hombre lo miró, y apenas se molestó en disimular su desprecio al responder:

—Como quiera, señor.

Cato sintió que un puño gélido le atenazaba el corazón. Una nube negra y amenazadora pareció rodear al oficial tracio. Cato prefería ser prudente. No podía negar que estaba bastante asustado, y no tenía ningún deseo de proporcionar a ese hombre la oportunidad de deshacerse de cualquiera que le disputara el control de sus hombres. Decidió que lo más sensato sería hacer que Querto fuera consciente del panorama general.

—Me imagino que habrás sufrido unas cuantas bajas desde que se construyó el fuerte.

—Algunas. Principalmente los hombres más débiles.

—Entonces te alegrará saber que, en cuestión de días, una columna de reemplazo marchará desde Glevum para unirse a nosotros.

Querto le dirigió una mirada penetrante.

—¿Más romanos?

Cato asintió.

—En su mayor parte legionarios. Aunque los que sepan montar bien podrían reemplazar a algunos de los hombres que perdiste, si lo decido así.

Fue un sutil recordatorio de que el oficial tracio regresaría a su unidad, y cedería el mando total de la guarnición a Cato.

—Cuando lleguemos al fuerte espero un informe completo de tu período al mando, junto con un inventario de suministros y una lista actualizada de los efectivos —continuó diciendo Cato—. También quiero a las dos cohortes formadas para inspección mañana al amanecer.

Querto no respondió, y Cato notó que enrojecía de furia. Se aclaró la garganta y dijo con claridad:

—¿Has oído mis órdenes, centurión?

—Sí, señor.

—Pues sé tan amable de responder en el futuro.

—Sí, señor —dijo Querto de manera inexpresiva—. Si esto es todo, tengo que ir a verificar la situación con mis exploradores.

—Pensé que habías dicho que este valle era tu territorio —comentó Macro—. Y que para eso servían los hombres a los que empalaste para que el enemigo los viera, para ahuyentarlos.

—Es lo que hacen. Y los ponen nerviosos, y también sirve para recordar a mis hombres la clase de guerra en la que combatimos. Ese es el destino de cualquiera que permita que lo hagan prisionero. Una lección que creo que incluso vosotros dos deberíais aprender. Y cuanto antes mejor. —Miró a Macro con el ceño fruncido—. Aun así, hay algunos guerreros enemigos que tienen… digamos que más carácter, y de esos podemos esperar cualquier cosa.

Espoleó a su montura y avanzó a medio galope hacia el frente de la columna, para reunirse con los exploradores que se encontraban un poco más adelante. Cato y Macro se lo

quedaron mirando mientras se alejaba, con la capa agitándose en torno a su cuerpo como un remolino de cuervos.

El prefecto echó un vistazo a su alrededor. Los tracios le devolvían la mirada con firmeza, como si no les importara estar bajo el escrutinio del nuevo prefecto a cargo del fuerte de Bruccio. Muchos de ellos llevaban tatuajes en la cara, unos dibujos oscuros y arremolinados, muy distintos de los ornamentados dibujos azules que preferían los britanos. Las capas y túnicas que llevaban estaban muy raídas y manchadas, y el equipo era una mezcla del reglamentario de las tropas auxiliares, armas capturadas a los siluros y algunos ejemplos de diseño más exótico que Cato supuso que provenían de su Tracia natal.

Décimo iba al final de la columna, cabalgando al borde del camino para no perder de vista a Cato y Macro y estar tranquilo. Detrás de él, atado al arzón de una de las otras mulas, iba el prisionero siluro con una expresión de gran sufrimiento grabada en el rostro. Cato se volvió a mirar a su compañero y le dijo en voz baja:

—¿Qué estás pensando, Macro?

Su amigo le respondió en tono quedo.

—El centurión Querto no se lo está tomando bien.

—Ya lo creo.

Macro hizo un gesto discreto en dirección a los hombres que cabalgaban detrás de ellos.

—Y en mi vida he visto gentuza semejante, ni siquiera entre algunas de las unidades auxiliares de aspecto más lamentable del ejército. Es cierto que parecen bárbaros, como dijo el prisionero. Cuesta distinguirlos de los nativos.

Cato asintió.

—Tal vez sea esa su intención. Querto está yendo un paso más allá, y está haciendo que sus hombres tengan un aspecto aún más terrorífico que los siluros.

—Pues a mí no me asustan los disfraces —declaró Macro con firmeza.

—A ti no hay muchas cosas que te asusten, me alegra decir.

Macro sonrió ante el cumplido, pero su expresión volvió a endurecerse.

—Aun así, no me gusta la situación. Tendremos que vigilar a Querto muy de cerca. Es probable que ya esté pensando en cómo puede despacharnos sin llamar demasiado la atención del cuartel general.

—Pienso exactamente lo mismo —dijo Cato—. Y mientras él continúe sembrando el miedo en los corazones de las tribus locales, el legado estará satisfecho. Tendremos que ir con pies de plomo.

Macro asintió.

—Hay otra cosa que me preocupa. Si esta gente es un ejemplo de los hombres de la guarnición del fuerte, ¿con qué más tendremos que lidiar? No va a sentarles muy bien la instrucción, y menos aún que los obliguemos a ir impecables.

—No.

Cato notó cómo una gota de lluvia le caía en la mano con la que sostenía las riendas y levantó la vista al cielo. Una franja de nubes negras se acercaba por encima de las montañas, llevada por el viento. Se puso la capucha de la capa, y se encorvó dentro de los gruesos pliegues de la tela. Cayeron más gotas, y la lluvia no tardó en cerrarse en torno a los jinetes, silbando y salpicando el suelo y convirtiendo la superficie del camino en un brillante río de barro.

—¿Sabes? —se quejó Macro—. En momentos como este, es cuando me pregunto si no hubiera sido mejor dejar estos campos Elíseos particulares a las gentes del lugar. ¿Para qué coño quiere Claudio añadir este infierno miserable al imperio?

—Ya sabes cómo va esto, Macro. No nos corresponde hacer las preguntas. Estamos aquí porque estamos aquí, y no hay más.

Macro se rio.

—Al fin estás aprendiendo.

* * *

La lluvia siguió cayendo sin descanso durante el resto de la tarde. Cuando la luz pálida empezaba a desvanecerse, el paisaje de la parte alta del valle dio paso a lo que una vez fueron tierras de cultivo. Unas granjas abandonadas se extendían a ambos lados del camino. Aún quedaban en pie algunos grupos de chozas vacías, sin humo que saliera de sus hogares. Otras habían sido devastadas por el fuego, y solo quedaba de ellas unas feas ruinas ennegrecidas que se alzaban del suelo como los dientes podridos de una vieja bruja. En torno a ellas estaban los campos abandonados, cubiertos de malas hierbas y de cebada silvestre. Cerca del camino, en la crecida hierba, Cato vio restos de animales, pieles resecas colgando sobre el hueso, tendidos allí donde los habían sacrificado. También había cadáveres humanos, rostros ajados y oscurecidos, cuya piel se había pegado a las calaveras con las cuencas de los ojos vacías. Más pruebas del trabajo de Querto y sus hombres.

El camino llegó a la orilla de un río estrecho y seguía su curso cauce arriba. La lluvia estallaba contra la superficie del agua como una ducha de monedas de plata. Unas cuantas millas más adelante, cuando los últimos vestigios de luz diurna empezaban ya a desvanecerse, los jinetes vieron por fin el fuerte de Bruccio. Cato se irguió en la silla y miró fijamente hacia adelante. Por la descripción que le había hecho antes Trebelio, ya tenía cierta idea de con qué

iba a encontrarse, y vio que, en efecto, habían elegido muy bien el emplazamiento. El curso del río rodeaba la baja colina sobre la que se había alzado el fuerte, y proporcionaba una defensa natural por tres de sus lados. Un atacante tendría que abandonar toda idea de asaltar los muros de turba que dominaban las escarpadas pendientes que caían hasta la ribera. El cuarto lado del fuerte estaba protegido por un foso frente a la empalizada.

—Impresionante —admitió Macro—. Si lo ha visto, Carataco no tendrá muchas esperanzas de tomar Bruccio.

Cato asintió. Por valientes que fueran los nativos, carecían de conocimientos sobre armas de asedio. Por ese motivo habían depositado tanta fe en los castros que habían construido en abundancia. Sin embargo, si bien habían resultado efectivos en los conflictos entre las tribus de la isla, no tenían muchas posibilidades contra las balistas y los onagros de las legiones romanas. Estos últimos habían derribado con facilidad las empalizadas y puertas de los castros, uno tras otro, mientras que las balistas habían azotado los muros y abatido a todos los guerreros que tuvieron la osadía suficiente de resistir y mantener su desafío al enemigo. Después de eso, sencillamente había sido cuestión de formar en testudo para aproximarse a las brechas de las defensas, lanzarse al ataque y arrollar a los defensores que quedaran.

Hasta el momento, los britanos solo estaban empezando a descubrir maneras de contrarrestar la superioridad que los soldados de Roma tenían en el campo de batalla o en el arte del asedio. Carataco había tenido que sufrir varias derrotas antes de aprender a evitar las batallas a campo abierto con las legiones y a sacar partido del ritmo pesado de la maquinaria de guerra romana. Ya hacía varios años que había dedicado sus energías a atacar las líneas de suministro de las legiones, haciendo rápidas incursiones al

otro lado de la frontera y retirándose antes de que los romanos pudieran reaccionar. Había resultado ser una estrategia efectiva y provechosa, y además los jinetes regresaban a sus poblados cargados con el botín que habían conseguido asaltando villas y tendiendo emboscadas a las columnas de suministro y patrullas incautas. Los romanos, por su parte, tras haber perdido la iniciativa, solo podían responder a los ataques enviando columnas que corrían hacia el escenario de esos ataques cuando ya era demasiado tarde para intervenir. Con el tiempo, sin embargo, el gobernador Ostorio acabó por darse cuenta de que la larga guerra contra las tribus nativas solo llegaría a su fin si no había ningún refugio seguro para Carataco y sus guerreros. Sin la derrota de los siluros y los ordovicos, nunca habría paz en la nueva provincia de Britania.

* * *

Ahora que el fuerte ya estaba a la vista, Querto y sus exploradores se detuvieron y aguardaron a que el resto de la columna los alcanzara, tras lo cual continuaron por el camino hacia los accesos del fuerte. Como cabía esperar, ante las empalizadas no había las típicas chozas de los civiles que seguían a las legiones allá a donde fueran, y tampoco se había construido ninguna casa de baños. Solo se alzaban unos almiares protegidos con techo de brezo, que servían de reserva de alimento para los caballos. Estos, a su vez, estaban protegidos por una modesta empalizada con dos centinelas en la entrada. El camino giraba en ese punto, y subía hacia la puerta principal de Bruccio.

—¿Qué son esas… cosas? —preguntó Macro al tiempo que señalaba cuesta arriba.

Cato se volvió en la silla, hizo visera con la mano para protegerse de la lluvia y miró en la dirección que Macro había indicado. Desde las puertas del fuerte, y a ambos lados, el camino se hallaba bordeado por una hilera de postes bajos, situados a intervalos de unos tres metros a lo largo de una distancia de unos doscientos pasos. En lo alto de cada poste había algo parecido a una tosca esfera. A Cato se le revolvió el estómago cuando imaginó lo que eran. Unos pasos más allá, pudo confirmar lo que había temido. Cabezas. Una avenida de trofeos horripilantes en distintos estados de descomposición, con las expresiones petrificadas de dolor y terror del momento de su muerte, relucientes bajo la lluvia, con el agua goteando por los mechones de pelo que colgaban del cuero cabelludo.

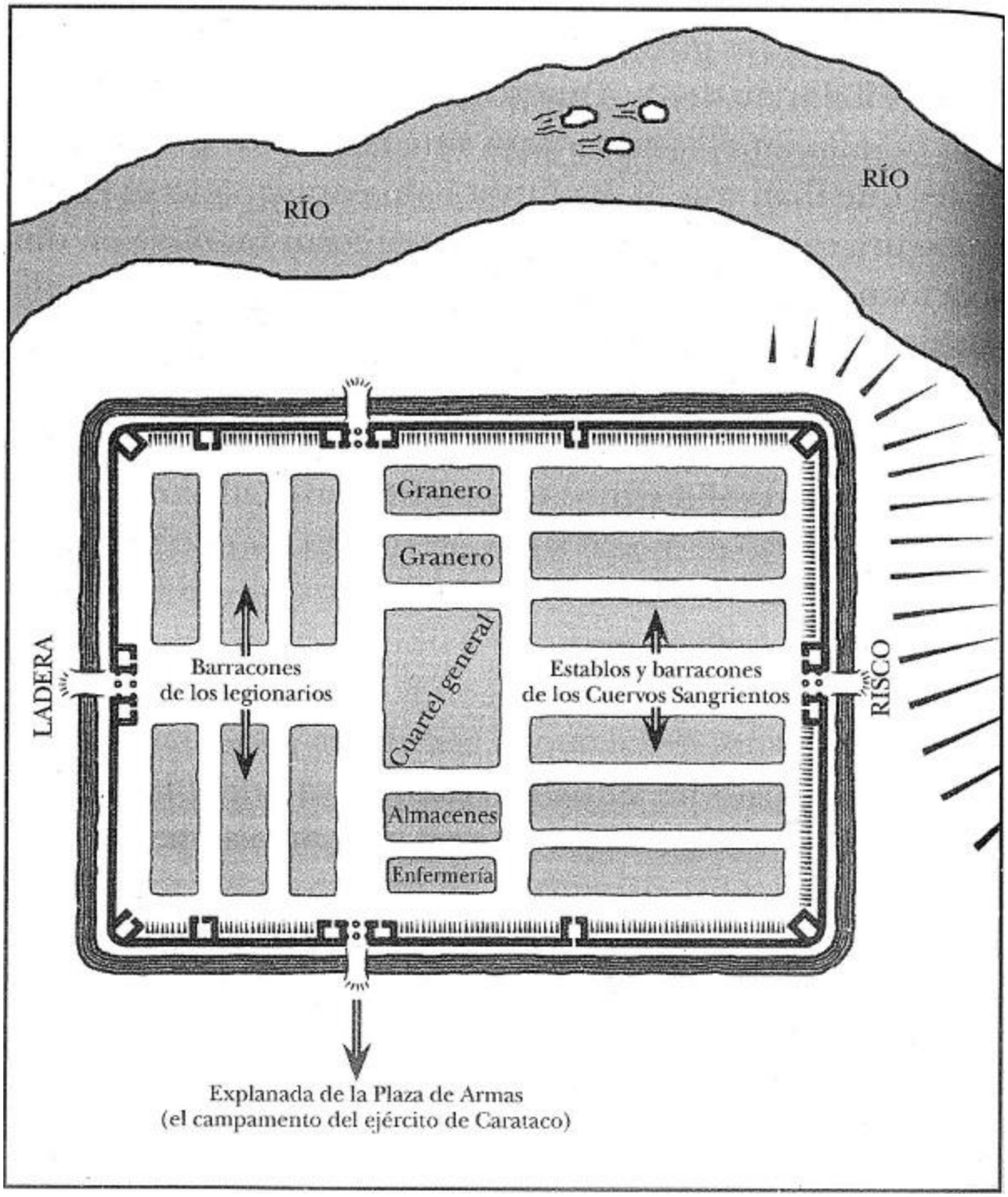
Cato tragó saliva y se esforzó por controlar la oleada de asco que amenazaba con abrumarlo. Entonces, cuando alzó la vista hacia el fuerte para apartar la mirada de aquella escena digna del mismísimo Hades, vio más cabezas a lo largo del muro: miraban al valle como si quisieran advertir a cualquier espectador que aquello se había convertido en un lugar de muerte y oscuridad. «Una oscuridad propia de un alma humana negra como la mismísima noche», pensó Cato mientras cabalgaba en silencio junto a Macro y pasaban entre las cabezas cercenadas de las víctimas de Querto y sus hombres.

Al llegar al paso elevado que cruzaba el foso exterior, se gritó una orden dentro del fuerte y las puertas empezaron a abrirse, los goznes chirriaron y crujieron bajo el peso de los sólidos maderos. Querto se detuvo e hizo dar la vuelta a su caballo en el camino para situarse frente a los dos oficiales que iban tras él. La lluvia había empapado su capa y su oscura cabellera, de modo que parecían fundirse en una sola mancha de un brillo apagado como la brea. Una amplia

sonrisa separó la barba de Querto, que con un gesto de la mano señaló la sombría apertura bajo las torres de entrada.

—Centurión Macro, prefecto Cato..., bienvenidos a Bruccio.

EL FUERTE DE BRUCCIO



Capítulo XVII

Llamaron a la puerta, y Décimo entró al cabo de un momento y saludó con una inclinación.

—Señor, ya ha llegado el último de los oficiales. Están esperando en el salón.

—Muy bien. —Cato se levantó de su silla de tijera de detrás de la mesa—. Ayúdame con la armadura.

—Sí, señor. —Décimo cruzó el despacho del comandante y se dirigió hacia el soporte de madera del que colgaban las armas y la armadura de Cato. Apenas habían pasado dos horas desde su llegada al fuerte. Al prisionero lo habían llevado al cuartel de la guardia, y Décimo había ocupado su tiempo en deshacer el equipaje del prefecto y el centurión en el alojamiento que les habían asignado en el edificio del cuartel general. No había sido necesario que Querto retirara sus cosas, puesto que nunca había querido ocupar las habitaciones que habían pertenecido al predecesor de Cato. Las escasas posesiones del anterior prefecto no se habían tocado, y Décimo había llamado a los dos administrativos del personal del cuartel que quedaban para que se las llevaran a uno de los almacenes. Aquellos funcionarios eran veteranos de edad avanzada con el pelo cano, demasiado débiles para ocupar su lugar en las filas junto a sus compañeros más jóvenes y más aptos para el combate.

Antes le habían explicado a Cato que, desde que Querto había tomado el mando, al resto del personal administrativo del cuartel lo habían sacado de detrás de las mesas para

sumarlo a las tropas que el centurión dirigía contra las tribus de los alrededores. Los registros y demás archivos de las dos cohortes de la guarnición se habían abandonado, y hacía tiempo que el edificio del cuartel general no se utilizaba para tales tareas. Solo quedaban ellos dos como únicos funcionarios administrativos, y sus funciones se limitaban a los pocos trabajos que su comandante temporal se dignaba asignarles.

Cato se había cambiado la túnica y las botas que había llevado durante el viaje desde Glevum. En su lugar, se había puesto una túnica limpia, un jubón de cuero adornado con tiras en los hombros y unas botas de piel blanda que eran más cómodas y prácticas que las resistentes botas de soldado que prefería llevar en combate. Puso los brazos en cruz, mientras Décimo encajaba el peto y el espaldar de su coraza y empezaba a abrochar las hebillas. Cuando hubo terminado un lado, el sirviente dio la vuelta arrastrando los pies y empezó el trabajo en el otro, carraspeó y se dirigió a su superior:

—Esto no es lo que me esperaba, señor —empezó a decir con cautela.

—No es lo que ninguno de los dos se esperaba —repuso Cato con ironía—. El centurión Querto tiene unas ideas bastante personales sobre los deberes del comandante de una guarnición y oficial del ejército romano.

Décimo soltó un gruñido y continuó con la siguiente hebilla.

—Nunca he visto nada parecido a este lugar, señor. Es más, no quiero volver a ver nada parecido jamás. Todas esas cabezas… Y los cuerpos abandonados en el foso. No está bien. Y esos soldados suyos…, es como si estuvieran en trance, maldita sea. Ninguno de ellos quiso siquiera dirigirme la palabra mientras marchábamos hacia el fuerte. Se limitaron a ignorarme, aunque pude ver cierta mirada en

sus ojos. Como si…, como si tuvieran miedo de hablar demasiado.

—¿En serio? Quizá lo único que hacían era acatar una buena disciplina.

Décimo abrochó la última hebilla y retrocedió un paso.

—¿Eso es lo que piensa, señor?

—No tengo que decirle lo que pienso a mi asistente, Décimo. Y tampoco creo que sea adecuado que expreses tales opiniones sobre un centurión superior. ¿Está claro? —Cato no quería reprender a Décimo, pero tenía que saber que existían unos límites que había que respetar, a menos que te dieran permiso para cruzarlos. El prefecto continuó hablando en tono más relajado—. Esa es la versión oficial, en circunstancias normales. Pero la situación aquí dista mucho de ser normal. Por el momento, debemos andarnos con pies de plomo con el centurión Querto. Necesito que tú seas mis ojos y mis oídos entre la tropa de la guarnición. Averigua qué ha estado pasando aquí. Mira a ver si alguno de los hombres sabe algo sobre la suerte que corrió mi predecesor, el prefecto Albino. Pero ten cuidado, Décimo. Se prudente.

—Lo seré, señor. Dado que no me dejó alternativa a la hora de venir aquí, mi objetivo es salir de Bruccio de una pieza y ganarme lo que me prometió.

—Suponiendo que viva lo suficiente para pagar mi deuda.

Décimo se lo quedó mirando.

—¿Tanto peligro cree que corremos, señor?

Cato lo miró con expresión sorprendida.

—Por supuesto que sí. Estas montañas y valles son la cuna de los guerreros más duros e implacables de Britania.

Nos odian con pasión, y lucharán hasta el final… Sí, Carataco y sus seguidores están dispuestos a todo. Y es posible que no solo tengamos que preocuparnos del enemigo. No voy a mentirte, Décimo. Yo tampoco he visto

nunca nada parecido a este lugar. Tendré que andarme con cuidado. Y tú y Macro también. Mantente alerta en todo momento, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Bien. Espero estar siendo demasiado cauteloso y que las cosas no sean tan malas como parecen. Quizá dentro de unos días nos reiremos de todo esto.

—No sé por qué, pero lo dudo, señor.

—Ya veremos. Ahora, la banda.

Décimo tomó del soporte la tira de tela de color rojo intenso y la colocó sobre la coraza rodeando el abdomen del prefecto, la anudó por delante y remetió los extremos de manera que quedara distendida y colgara formando unas ondas decorativas.

—¿Qué tal estoy? —preguntó Cato.

Décimo frunció los labios.

—Si estuviéramos en otra parte, diría que muy bien. Pero aquí parece fuera de lugar, señor.

Cato no respondió, se limitó a señalar su espada y Décimo le colocó la correa por encima del hombro, acomodó la vaina a la derecha y luego subió el cuello de la túnica para asegurarse de que la coraza no rozara la piel del prefecto en ningún punto. Retrocedió para admirar su obra, y forzó una sonrisa.

—Parece a punto de presentarse ante el mismísimo emperador, señor.

—Una última cosa. —Cato no soportaba la vanagloria, pero consideró que afirmaría su posición en el fuerte si los oficiales se daban cuenta de que su nuevo comandante no era un niñato sin carácter que había llegado directamente de una casa confortable en Roma—. Allí, en ese arcón. El arnés con las medallas.

Décimo hizo lo que le decía, y sacó el conjunto de discos pulidos sujetos al cuero reluciente del arnés. El prefecto se

sintió complacido al ver la mirada de franca admiración en los ojos del veterano cuando le colocaba el arnés sobre el peto. Cato lo sujetó en su sitio mientras su sirviente le abrochaba la hebilla a la espalda.

—Habrá visto mucha acción, señor. No te dan estas cosas solo por presentarte.

—No, es cierto. —Cato sonrió brevemente—. En cuanto a lo de la acción, he visto más que suficiente. Aunque me da la impresión de que voy a ver mucha más, y pronto, si los dioses se salen con la suya.

—Los dioses no sé, señor, pero estoy seguro de que es lo que Carataco tiene en mente para nosotros. Y si no es él, será el centurión Querto.

—Ahora me corresponde a mí decidirlo —replicó Cato con firmeza. Inspiró hondo y se volvió hacia la puerta; se detuvo un momento para poner las ideas en orden y serenar su mente. Acto seguido, tomó el portadocumentos de cuero que contenía su autorización para asumir el mando de la guarnición y se dirigió a la puerta con paso resuelto. Salió al pasillo, y se encaminó al salón principal del edificio del cuartel general acompañado del sonido de sus botas resonando en las paredes.

* * *

Cuando Cato entró en el salón, los centuriones y *optios* de la unidad tracia y de la cohorte de infantería de la Decimocuarta Legión estaban sentados en una serie de bancos. Unas lámparas de sebo colocadas en unos soportes de hierro dispuestos en las paredes iluminaban el espacio, y un enorme brasero que ardía en un extremo lo calentaba.

En cuanto entró Cato, Macro se puso de pie rápidamente y gritó:

—¡Oficial al mando presente!

Los otros hombres vacilaron, hasta que Querto se levantó con lentitud y los demás siguieron su ejemplo. Cato rodeó la habitación hasta llegar al espacio que había frente a los oficiales, y le indicó a Macro que estaba preparado.

—¡Descansen!

Los oficiales tomaron asiento, y Cato les dejó un momento para acomodarse mientras paseaba la mirada por los hombres que ahora comandaba. Había supuesto que habría una diferencia notable entre el aspecto de los oficiales de la cohorte de caballería tracia y los de la legión, pero enseguida se dio cuenta de que no era así. Todos iban sin afeitar, con el pelo sin cortar y sujeto hacia atrás al estilo del centurión Querto. Solo a dos de los centuriones de la Decimocuarta y a sus respectivos *optios* se les reconocía como romanos, con el cabello corto y las túnicas y botas reglamentarias. A Cato se le cayó el alma a los pies al verlo, y supo que se enfrentaba a un reto mayor de lo que había pensado. Tomó aire, agarró la autorización, y se dirigió a los hombres con las manos a la espalda.

—Buenas noches, caballeros. Si este fuerte es como cualquier otro, ya habréis tenido noticia de mi llegada, pero, para que conste, soy el prefecto Cato, nombrado para comandar la guarnición de Bruccio. —Sostuvo el portadocumentos en alto, abrió la tapa del tubo y sacó la autorización que llevaba el sello del emperador. La alzó para que todos pudieran verla, y luego la devolvió al estuche de cuero. Señaló a Macro—. El otro oficial recién llegado es el centurión Macro, que va a asumir el mando de la Cuarta Cohorte de la Decimocuarta. Antes de dar comienzo a la reunión, me gustaría saber más sobre los hombres que voy a comandar. De uno en uno.

Antes de que Cato pudiera elegir al primero, Querto ya se había levantado con los brazos cruzados.

—Muy bien. Soy el centurión Sícaro Querto, de Dacia. Era un príncipe entre mi gente, hasta que me vi obligado a huir después de que mi padre fuera asesinado. Me crie en Tracia, donde fui reclutado para el regimiento de caballería y me enviaron a servir al Rin. Allí estuve, hasta que el regimiento recibió órdenes de unirse al ejército que se estaba reuniendo para la invasión de Britania. En las campañas que siguieron, fui ascendido a *optio*, y poco más tarde a centurión. Fui dos veces condecorado por el valor en combate. A la muerte del prefecto Albino, me convertí en comandante de la cohorte, y del fuerte de Bruccio, y desde entonces hemos llevado la guerra al interior del territorio siluro, hemos quemado decenas de aldeas y hemos matado a miles de enemigos. He hecho que Roma sea una palabra temida en los territorios que se extienden entre Glevum y el mar. El enemigo sabe cómo me llamo, y mi nombre infunde terror en los corazones de todos los que lo oyen. —Extendió los brazos y apretó los puños—. ¡Soy Querto, el que destruye a todo aquel que se atreva a interponerse en mi camino! ¡Nadie puede derrotarme!

Los demás oficiales empezaron a dar patadas en el suelo en señal de aprobación, y el centurión disfrutó de sus elogios hasta que bajó los brazos y todos guardaron silencio otra vez. Querto se volvió a mirar a Cato con una fría sonrisa de satisfacción.

—Estos oficiales son mis hermanos. Están al mando de mis escuadrones de caballería. —Los fue señalando de uno en uno—. Fermato, Crémax, Estelano, Píndaro, Mitrídates y Miro. Guerreros valientes todos ellos. Esos de ahí —señaló a los centuriones legionarios con un gesto— son de infantería. Los centuriones Publio Severo y Cayo Petilio. Su tarea es defender el fuerte, dado que es lo único para lo que están capacitados.

Los dos centuriones enrojecieron de furia y vergüenza, pero no se atrevieron a responder al insulto que se les había dirigido. Querto les lanzó una mirada de desprecio, hasta que volvió nuevamente la vista hacia Cato y ladeó levemente la cabeza.

—Llevamos meses haciendo la guerra contra los siluros sin ninguna interferencia por parte del legado de Glevum. Yo no solicité a nadie para que reemplazara al prefecto Albino. Con todo respeto, señor, su presencia aquí no es necesaria, ni deseada. Debería regresar a Glevum. Dígale al legado que estoy llevando a cabo sus órdenes, y que continuaré haciéndolo hasta que los siluros solo existan en el recuerdo.

Cato vio que Macro empalidecía mientras escuchaba aquel torrente de insolencia, y temió que su amigo interviniera. Se situó entre los dos y clavó la mirada en Querto.

—Centurión, no eres tú quien dice quién es necesario aquí y quién no. Tú, igual que yo, estás sujeto al reglamento del ejército romano. Ambos hemos jurado al emperador obedecer a aquellos que sitúe por encima de nosotros sin cuestionarlo. A mí me han ordenado asumir el mando aquí, y tú vas a reconocer mi autoridad para hacerlo. Ambos conocemos los severos castigos que se aplican a los que se niegan a obedecer las órdenes recibidas. En esta ocasión, como reconocimiento del éxito de tus operaciones, pasaré por alto tu insubordinación, y la atribuiré al celo con que te has visto obligado a combatir al enemigo. Pero no volveré a tolerar un comportamiento semejante por tu parte. ¿Queda entendido?

Querto lo miró con una expresión divertida que solo sirvió para enojar y alarmar aún más a Cato. El centurión tracio inclinó la cabeza con sorna.

—Como desee el prefecto…

—Así sea. Siéntate —dijo Cato con firmeza y, para su alivio, el tracio hizo lo que se le ordenó. El prefecto aguardó un instante para que la tensión del momento se relajara un tanto—. Pese a los éxitos que habéis cosechado en los últimos meses, hay que tener en mente el objetivo del gobernador. El propósito de construir fuertes como el de Bruccio es restringir los movimientos del enemigo y hostigar a las tribus con la intención de obligar a Carataco a concentrar sus fuerzas para enfrentarse a nosotros. Es en este punto cuando el grueso del ejército romano podrá avanzar contra el enemigo e intentar obligarlo a presentar una batalla decisiva. Si aplastamos a los siluros y los ordovicos, Carataco dejará de ser lo que es. Ninguna otra tribu estará dispuesta a dejar que los conduzca a una nueva derrota. Y dado que no hay ningún otro comandante capaz entre los nativos, la amenaza contra los intereses romanos en Britania quedará resuelta de una vez por todas. Mi tarea consiste en procurar que la guarnición de Bruccio haga su papel en este plan conjunto. No toleraré a ningún oficial ni soldado que no entienda y acepte su deber. Esta guarnición forma parte del ejército romano, y me encargaré de que se ajuste al nivel que se espera de los soldados romanos. El primer paso de este arduo camino será una inspección completa de todos los soldados de la guarnición, mañana al amanecer. También querré las listas de efectivos, inventario de equipo, suministros de víveres para los hombres y forraje para los caballos.

Dichos registros se mantendrán al día, y se mandarán las copias pertinentes al personal del cuartel general. A partir de ahora, va a haber cambios en el funcionamiento de la guarnición, y sería sensato que cooperarais tanto como sea posible. —Hizo una breve pausa—. Hasta mañana por la mañana, caballeros. Podéis retiraros.

Una vez más, los oficiales aguardaron a que Querto tomara la delantera. Este se puso de pie y se volvió hacia ellos.

—Ya habéis oído al prefecto. ¡Retiraos!

Se alzaron obedientemente, y empezaron a salir del salón en fila. Mientras tanto, Cato hacía todo lo posible por contener la ira que le ardía en el pecho. Esperó hasta que solo quedaron un par de oficiales y Querto, y entonces lo llamó.

—Centurión Querto. Un momento, si eres tan amable.

Querto se encogió de hombros, dio media vuelta y se sentó en uno de los bancos de más atrás, mientras los últimos oficiales desaparecían por el pasillo echando miradas interrogativas por encima del hombro. Macro se quedó donde estaba.

—¿Quiere que me quede yo también, señor?

—No es necesario, centurión. Puedes marcharte.

—¡Sí, señor! —Macro se cuadró con brío y salió marchando del salón.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Cato centró su atención en el fornido tracio. Ahora que se había quitado la capa y estaba allí sentado solo con la túnica, Cato vio que tenía una constitución aún más robusta de lo que había creído. Aquel hombre poseía un físico comparable al de los mejores luchadores de la arena de Roma, y sus facciones amenazadoras bastaban para proveerlo de un porte irresistiblemente intimidatorio. Cato tuvo que recordarse una vez más que ostentaba un rango superior al de ese hombre, y que era necesario asegurarse de que se respetaba. Miró al tracio entrecerrando un poco los ojos.

—¿Qué está pasando aquí?

—¿A qué se refiere, señor?

—¡No te hagas el tonto conmigo, Querto! Los soldados parecen salvajes, y los cuerpos y cabezas que has ordenado

exhibir en la empalizada... Sobrepasa lo que se considera aceptable. No es civilizado.

—Ahórreme sus buenos sentimientos, prefecto. Estamos en guerra. No estamos jugando a la guerra. —Señaló la armadura y las medallas pulidas de Cato con un gesto de desprecio—. Aquí no hay sitio para los valores civilizados. Roma ha estado luchando contra las tribus de las montañas durante los últimos seis años, y de todos es sabido que los resultados han sido muy pobres. He perdido a muchos compañeros en la lucha, hombres a los que estaba muy unido. Los verdaderos salvajes son las gentes que habitan estas tierras. Odian a Roma con fanatismo, y los druidas los empujan a ello. Hasta que no sean aniquilados, y sus druidas con ellos, no habrá paz romana en esta provincia. Llevo combatiéndolos el tiempo suficiente para saber que seguirán luchando hasta la última gota de su sangre. Y las derrotas solo servirán para endurecer su determinación. Solo hay una manera de quebrar su espíritu y poner fin a esto.

—¿Y cuál es?

El tracio se inclinó hacia adelante, y sus ojos se clavaron en los de Cato con una mirada penetrante.

—No hay que tener clemencia. Hay que demostrarles que podemos ser aún más salvajes, crueles e implacables que el más siniestro de sus druidas. Yo les doy miedo. Tanto miedo que pensarán en mí con terror cada minuto del día, y también estaré rondando sus sueños con visiones de sangre y fuego.

—¿Ese es el motivo de la horrible exposición que rodea el fuerte?

—Por supuesto, y también el motivo por el que animo a los hombres a adoptar un aspecto aún más bárbaro que el del enemigo.

—En cuanto a eso, te felicito por tu logro —repuso Cato con mordacidad—. Pero hay algo más, ¿verdad?

Querto se quedó un momento sin responder, y luego miró a Cato y esbozó una sonrisa.

—Tiene razón, prefecto. Mi táctica y el aspecto de mis hombres solo son parte del plan. Lo más importante es que los soldados piensen y actúen como salvajes cuando llegue el momento. Eso es algo que no puedes ordenarles que hagan sin más. Deben hacerlo sin pensar. Deben convertirse en individuos más bárbaros que los salvajes contra los que luchan. Solo entonces podemos ganar. Y estamos ganando. Cada aldea que destruimos, cada hombre, mujer y niño al que matamos, cada cuerpo mutilado que exponemos, sirve para debilitar la determinación de nuestro enemigo. —Hizo una pausa y bajó la voz—. Al principio, cuando construimos el fuerte, los siluros nos atacaban todas las noches. Tendían emboscadas a nuestras patrullas, masacraban a nuestros grupos de forrajeros, y nos provocaban con las cabezas de nuestros compañeros. Cuando asumí el mando, incendiamos sus granjas, destruimos sus poblados y los expulsamos a todos del valle..., a todos los que no pasamos a cuchillo. Luego empezamos a hacer lo mismo en los valles circundantes, y nos aseguramos de que comprendieran quién era el responsable de su sufrimiento. Corrió la voz sobre nuestras acciones, y no tardamos en encontrarnos con pueblos enteros que habían sido abandonados. El miedo es como cualquier otra enfermedad contagiosa, se propaga de uno a otro, debilita el ánimo y la capacidad de resistir. Estamos a punto de quebrar su espíritu combativo definitivamente. Lo sé. No llevará más de otro mes. Entonces vendrán a nosotros de rodillas, suplicando la paz sin condiciones.

Cato escuchó en silencio, asimilándolo todo. Pensó que, en cierto modo, aquello daba cierto sentido a lo que había visto, pero sabía que Querto estaba ocultando algo. Además, eso no excusaba su desafío a la autoridad. Y por encima de

todo, aún estaba la cuestión de las circunstancias en que el anterior prefecto había muerto.

—Supongo que este… éxito tuyo ha tenido un precio. ¿A cuántos hombres has perdido desde que asumiste el mando aquí?

—No más de los que Roma puede permitirse.

—¿Cuántos?

—No he llevado los registros de efectivos.

—Pero debes de tener una idea —insistió Cato.

Querto juntó las manos.

—Hay un precio para el éxito en la guerra. Un precio que se paga con las vidas de los hombres. A mi cohorte le ha costado más de la mitad de sus soldados. Compensé las bajas con los legionarios que se ofrecieron voluntarios para ocupar sus puestos. Y he de decir que, aunque hay muchos que así lo hicieron, hay otros tantos que no. Hombres como Petilio y Severo, que no tienen agallas para un trabajo como este. Ellos se quedan defendiendo el fuerte cuando yo conduzco al resto a combatir al enemigo. Pero ahora andamos cortos de legionarios. Está bien que podamos esperar refuerzos. Hombres suficientes para terminar lo que empecé. —Le brillaron los ojos ante dicha perspectiva.

—Ahora estoy yo al mando, Querto. Yo decidiré lo que va a pasar en los próximos días.

El tracio lo observó con frialdad.

—Haría bien en dejarme continuar con mi trabajo…, señor.

—¿Es una amenaza? —preguntó Cato mientras resistía el impulso de dejar que la mano se le fuera al pomo de la espada.

Querto se quedó callado un momento, y al cabo dijo que no con la cabeza.

—Estamos en el mismo bando. Trabajamos para el mismo fin. Sencillamente es una cuestión de método, y creo que el

mío funciona. Deje que se lo demuestre. Venga con nosotros en la próxima incursión, y júzguelo usted mismo. Tengo entendido que se encontró a un grupo de guerra siluro atacando el puesto avanzado del valle de al lado.

—Sí. ¿Y cómo te has enterado exactamente?

—Uno de mis exploradores lo vio. Me informó de ello, y salimos para dar caza a los siluros. En vez de a ellos les encontramos a ustedes. Y a su prisionero. En cuanto lo haya interrogado y tengamos la ubicación de su aldea, podremos darles un castigo ejemplar.

—Preferiría que lo interrogara el centurión Macro.

—¿Está capacitado en técnicas de interrogatorio?

Cato se permitió una leve sonrisa.

—El…, bueno, aprendió con el tiempo. Macro puede soltarle la lengua a cualquiera, si alguien puede hacerlo. Pero eso puede esperar a mañana.

Querto asintió con aire pensativo.

—Como quiera, señor.

—Seré sincero contigo, centurión. No estoy seguro de qué pensar sobre tus actividades de los últimos meses. Necesito considerar la situación. Seguiremos hablando mañana, después de la inspección.

—Los hombres no necesitan una inspección, señor.

—Eso ya lo decidiré yo —replicó Cato con un bostezo.

El tracio se puso de pie.

—¿Esto es todo?

—Aún no. Quiero que se retiren las cabezas de las murallas del fuerte, antes de mañana.

Querto inclinó la cabeza a modo de levísimo saludo, dio media vuelta y abandonó el salón. En cuanto se quedó solo, Cato se dejó caer en la silla, apoyó la cabeza en las manos y cerró los ojos. El oficial tracio le suscitaba una antipatía y desconfianza instintivas. No obstante, el hombre había argumentado bien sus métodos extremos, y quizá tuvieran

cierto mérito. Empezaba a notar los esfuerzos de la larga cabalgada desde Glevum, y le costaba pensar. Necesitaba un buen descanso. Un sueño reparador que despejara su mente para el día siguiente, que sin duda sería duro.

Contuvo otro bostezo y se puso de pie, estiró los hombros y notó un agradable crujido en una articulación. Salió de la sala, y no vio señales de Macro en el pasillo. Se sintió vagamente intranquilo por el hecho de retirarse a su cuarto sin saber si su amigo estaba sano y salvo en aquel fuerte desconocido, con su guarnición de soltados intoxicados por la sed de guerra de Querto. Pero decidió que Macro era lo bastante duro para cuidarse solo. Fue andando lentamente hasta sus dependencias, y cerró la puerta. Vaciló un instante, y luego corrió el pestillo para cerrar bien. A continuación, y solo como medida extraordinaria, arrastró un cofre con documentos y lo colocó frente a la puerta, antes de dirigirse al dormitorio.

Allí se quitó la espada, se despojó como pudo del arnés, se desabrochó la armadura y lo dejó todo en el suelo, junto al catre. Luego se sentó en él y se tendió en el fino colchón relleno de crin, y cerró sus cansados ojos con alivio. Por un momento, repasó la conversación que había mantenido con Querto, antes de empezar a adormilarse.

La última imagen que se filtró en sus pensamientos fue la del joven siluro empalado en la entrada del desfiladero que conducía a aquel valle de muerte. Cato frunció el ceño ante aquella imagen, y supo que era un presagio de visiones peores que estaban por venir. Y entonces se sumió por fin en un sueño atribulado.

Capítulo XVIII

—¡Eh, oye! —Macro llamó al otro centurión mientras salía tras él del edificio a la oscuridad del pequeño patio, frente al cuartel general del fuerte. Una única antorcha ardía en un soporte sobre la puerta de entrada, y los demás oficiales ya se habían marchado—. ¡Severo!

El hombre se detuvo y se volvió hacia Macro, que le sonrió ampliamente.

—¡Sabía que eras tú! ¡Por todos los dioses, hombre! ¿Cuánto tiempo ha pasado? —Macro se acercó a él con paso resuelto y le estrechó los hombros. El centurión estaba delgado y tenía un aspecto demacrado. Un fino y áspero cabello gris llenaba su cabeza, y su calva coronilla relucía con un brillo apagado a la luz de la llama de la antorcha—. Has cambiado, Severo. Casi no te reconocí. ¿Qué le ha pasado a ese legionario atlético con esa magnífica cabellera rubia? ¿El que rompía los corazones de todas las mujeres del lugar en el *victus* de la fortaleza de la Segunda Legión?

—Se ha hecho viejo, y ha perdido fuelle —respondió Severo en voz baja. Miró más allá de Macro, hacia el pasillo que llevaba al salón—. ¿El prefecto va a entretener a Querto mucho tiempo?

—Conociendo a Cato, aún estarán hablando un buen rato.

Severo pareció aliviado, y le brindó una sonrisa cansada a Macro.

—Bueno, al menos tú no has cambiado mucho. Sigues siendo el mismo toro de siempre, con un pelo tan rizado y

áspero que podrías cepillarte las botas con él.

—Entonces, ¿tú también me reconociste?

—En cuanto te vi en el salón.

—¿Y cómo no dijiste nada? Dudo que actualmente queden muchos de la sección de entrenamiento original. Joder, me alegro mucho de ver una cara conocida en esta pesadilla de lugar.

La sonrisa de Severo se desvaneció.

—Es una pesadilla, sin duda.

—Y ese tal Querto es una buena pieza. Un verdadero asesino.

Severo miró fijamente a Macro.

—Y no sabes ni la mitad. Por eso no dije nada cuando te reconocí en el salón. Ya corro bastante peligro sin llamar la atención…

—¿Peligro? ¿A qué te refieres, Severo?

El otro hombre miró en derredor con preocupación, pero nada se movía en las sombras del patio. Estaban solos.

—Mira, Macro, tenemos que hablar. Pero aquí no. Vamos a tu lado del fuerte, lejos de estos cabrones tracios. Todavía me quedan unas cuantas jarras de vino galo. Compartiré una copa contigo.

—Estupendo. ¡Vamos! —Macro le dio una palmada en el hombro—. Tenemos que ponernos al día de muchas cosas. Me vendrá bien tomar una copa antes de asumir el mando de la cohorte.

Salieron del cuartel general y torcieron hacia la calle que dividía el interior del fuerte en dos. A mano izquierda, Macro vio que algunos de los demás oficiales se dirigían a los barracones alargados, a un lado de los cuales tenían su alojamiento los soldados de caballería, mientras que al otro estaban los establos de sus monturas. Él y Severo torcieron a la derecha, hacia los barracones más pequeños de la cohorte de legionarios. Mientras caminaban por el fuerte, Macro vio

indicios de abandono. Las malas hierbas asomaban en los callejones que había entre los edificios de madera y barro. Algunos sumideros se habían atascado, y se estaban formando unos pequeños charcos de agua maloliente. No se oía ninguno de los sonidos habituales que Macro asociaba a los fuertes que había conocido durante la mayor parte de su vida. En los barracones reinaba el silencio, sin las risas estridentes de los hombres que compartían una copa mientras jugaban a los dados. Tampoco había soldados limpiando su equipo y sentados en taburetes frente a los barracones de cada sección. Casi no se veía a nadie en absoluto. Al llegar a la zona asignada a la cohorte de legionarios, pasaron junto a una estructura de madera con una gran cruz. Macro le echó un vistazo, pero no dijo nada y siguió charlando con su compañero.

—Me alegra ver que ambos hemos llegado a centurión —comentó Macro—. Me costó bastante tiempo, y la dosis habitual de buena suerte. ¿Y tú qué me cuentas? Te trasladaron fuera de la Segunda muy rápidamente, si no recuerdo mal.

Severo asintió.

—Estaban retirando efectivos del Rin para engrosar las filas de las legiones destinadas a la campaña del otro lado del Danubio, en Escitia. De donde, por cierto, es natural nuestro comandante. Como puedes imaginar, mantengo en secreto esa parte de mi carrera.

—Él ya no es el comandante. Ahora el fuerte tiene un nuevo prefecto.

Severo le dirigió una rápida mirada.

—¿Eso crees? Dudo que Querto vaya a ceder el control de la guarnición tan fácilmente.

—No tiene elección. Ya sabes, la cadena de mando.

Severo se rio con amargura.

—Creo que vas a descubrir que las cosas funcionan de un modo un poco distinto en Bruccio. —Severo lanzó una mirada a su alrededor, y cambió de tema rápidamente—. Dime, ¿qué fue del resto de los muchachos de la sección, después de que yo dejara la Augusta?

Macro se rascó la barbilla mientras recordaba a sus antiguos compañeros.

—Póstumo se ahogó cuando su barco volcó en una patrulla por el río. A Lúculo lo mordió un perro de caza. La herida se gangrenó y lo mató. Barco, ese cabrón grandote, ¿te acuerdas…? A él lo eligieron para la guardia personal del legado, luego Calígula se fijó en él y lo trasladaron a la Guardia Pretoriana. Lo último que supe fue que había obtenido un ascenso a centurión en la flota de Miseno. Acúleo se hizo administrativo en el cuartel general, y lo licenciaron por amañar los libros. A Pisón lo mataron en una escaramuza con unos germanos que se habían negado a soltar el dinero de los impuestos, y Mario, bueno, esto te resultará difícil de creer: a Mario lo mató una mula de una coz.

Ambos se rieron, hasta que Severo miró a su compañero con cautela.

—Oí algo sobre tu ascenso a centurión. Tengo entendido que te convocaron en Roma para ser condecorado y ascendido por Claudio en persona.

—Sí —contestó Macro enseguida—. Solo fue un poco de ceremonia, unos cuantos meses de permiso en la ciudad y de vuelta al Rin.

—Ah. —Severo puso cara de decepción—. Oí rumores de que fue algo más que eso.

—Ya, ¿y tú cómo acabaste aquí? —Macro desvió la conversación con torpeza—. En Bruccio, el verdadero culo del imperio.

Severo se encogió de hombros.

—Vas adónde te mandan. Ostorio está decidido a seguir adelante y aplastar el último centro de resistencia a Roma. De manera que ha estado construyendo una serie de fuertes grandes como este, lo bastante resistentes como para contener cualquier ataque y con hombres suficientes para complicarles la vida a las tribus de los alrededores. Los fuertes están aislados, pero ese era un riesgo que el gobernador estaba dispuesto a correr. Al fin y al cabo, solo se trata de nuestras vidas.

Macro echó un vistazo en derredor.

—Algunos fuertes están más aislados que otros.

—Dímelo a mí.

—Más bien esperaba que me lo contaras tú.

—Aquí afuera no —dijo Severo en voz baja.

Levantó la mano, y señaló el extremo de un barracón a unos veinte pasos de distancia.

—Ese es el mío. Hogar de la Segunda Centuria, Cuarta Cohorte, Decimocuarta Legión. O lo que queda de mi centuria. Las dependencias del comandante de la cohorte están allí, al final de la calle.

—¿Quién es el centurión de más rango ahora mismo?

—Sería yo. Tendría que ser Estelano, pero se ha pasado a los tracios. Lo cierto es que solo quedamos Petilio y yo. Y apenas tenemos hombres suficientes para completar las filas de dos centurias.

—¿Dos centurias? —Macro enarcó las cejas. La dotación completa de una cohorte de la legión era de cuatrocientos ochenta hombres, organizados en seis centurias de ochenta soldados. Apenas quedaba una tercera parte de dicha cantidad—. ¿Qué le ocurrió al resto?

Habían llegado a la puerta del alojamiento de Severo, que indicó a Macro que entrara. Un ordenanza estaba sentado junto a la pequeña chimenea, calentándose, y se puso de pie de un salto cuando entraron los oficiales.

—Tito, alimenta el fuego y tráeme una jarra de vino de mis reservas. —Se volvió hacia Macro—. ¿Has comido?

Macro le dijo que no con la cabeza.

—Pues tráenos un poco de pan. ¿Queda algo de queso?

—No, señor. Se comió lo que quedaba hace dos días. Y lo mismo con el pan. Hay galleta, señor.

Severo suspiró.

—Pues galleta, y trae más de ese dichoso cordero seco.

El ordenanza inclinó la cabeza, y luego se concentró en el fuego y apiló con cuidado algunos leños partidos sobre las brasas.

—¿Hay problemas con los suministros de comida? —preguntó Macro.

—No, si te gusta el cordero seco o salado y la galleta. Querto ha recurrido a vivir de los nativos como parte de su esfuerzo por cortar ataduras con Glevum. Significa que comemos lo que Querto y sus hombres saquean de sus aldeas. Dado que acaban de sembrar las semillas hace poco, solo queda lo que los nativos reservaron para el invierno.

—Bueno, yo tengo tanta hambre que me comería cualquier cosa. Y no poca sed.

—Afortunadamente, en ese sentido puedo proporcionarte algo un poco más interesante que la cerveza nativa, que, por otro lado, es lo único que hay en el menú.

—¿Cerveza?

—Así la llaman. Francamente, he olido meados de caballo más apetecibles que eso. Pero a Querto le gusta que los soldados la beban. Considera que una dieta sencilla los ayuda a tener la mente concentrada en matar.

El ordenanza terminó de alimentar el fuego y salió de la habitación. Macro tenía muchas ganas de que Severo respondiera a su anterior pregunta.

—Parece que ha habido mucho de eso en los dos bandos. Dime, ¿qué le ocurrió al resto de la Cuarta Cohorte?

—Empezamos a perder hombres en cuanto llegamos al valle e iniciamos los trabajos de construcción del fuerte. Nada serio, solo las escaramuzas habituales cuando los nativos se lanzaban sobre nuestras partidas de leñadores. Luego, cuando el fuerte estuvo terminado, el prefecto empezó a enviar patrullas al valle. Teníamos órdenes de atacar solo a hombres armados. Al resto había que dejarlos tranquilos. Incluso nos animaban a comerciar con ellos. —Severo sonrió—. Por lo visto el prefecto tenía la curiosa idea de que hay más formas de construir un imperio que utilizando la simple fuerza.

—Sí, yo también he conocido hombres como esos. —Macro suspiró—. Con unas ideas muy extrañas sobre cómo llevar a cabo el trabajo de un soldado.

—Exactamente. La cuestión es que los siluros se contentaban con tender emboscadas y hostigar a las patrullas, luego escondían las armas y volvían a meterse en sus aldeas como si nada hubiera pasado, y nosotros teníamos que aceptarlo. Excepto Querto. Él se negaba. Su unidad había estado combatiendo a los siluros durante años, y él aducía que conocía su forma de pensar y que el planteamiento del prefecto no solo era una pérdida de tiempo, sino también un sinsentido. Quizá tuviera razón. Él debería saberlo. Unos cuantos años atrás, antes de que fuera ascendido para comandar la unidad, fue capturado junto con los supervivientes de un escuadrón que dirigía. Por lo visto los siluros los retuvieron durante varios meses, y mataron a unos cuantos…, hasta que entregaron el resto a los druidas para un sacrificio. Querto consiguió escapar después de haber visto cómo quemaban vivos a sus compañeros. Así que supongo que tiene una ligera idea sobre la forma en que viven y piensan los siluros. En cualquier caso, eso lo convenció de que nunca podremos ganarnos a esa gente. Y lo que es más, cree que solo podrán

ser derrotados si volvemos su barbarie contra ellos y hacemos que los siluros tengan tanto miedo a los romanos como nosotros se lo tenemos a los druidas.

Macro resopló.

—¿Y esa es su estrategia?

Severo continuó hablando en voz más baja.

—Eso es solo la mitad de la historia. Querto sabía que aquellos que le seguían tenían que estar comprometidos con su forma de hacer la guerra. Por eso ha animado a sus hombres a cambiar de aspecto y volver a las viejas costumbres de Tracia. Empezó a cambiar su entrenamiento, obligándolos a concentrarse solo en matar y en rendirle una obediencia absoluta. Un día trajo a unos prisioneros de un poblado situado en el extremo más alejado del valle. Habría unos veinte en total, entre hombres, mujeres y unos cuantos niños. Los hizo atar a unas estacas en el campo de entrenamiento que hay bajo el fuerte y, acto seguido, ordenó a sus hombres que los utilizaran para practicar el tiro con la jabalina. Uno de los soldados se negó, Querto desenfundó la espada y lo mató allí mismo. Yo no lo vi, pero según me han dicho no mostró ninguna emoción al hacerlo, y simplemente les dijo a sus hombres que les ocurriría lo mismo si alguna vez dudaban siquiera de obedecer una orden.

—Mierda… Eso es llevar las cosas un poco demasiado lejos.

—Lo mismo pensaba el prefecto Albio.

Los interrumpió el regreso del ordenanza, que dejó una jarra, dos vasos y una fuente de madera en la que había dispuesto unas cuantas tiras de cordero seco y un puñado de galletas de harina de cebada. Hizo una inclinación con la cabeza, salió de la habitación y cerró la puerta. Severo aguardó hasta que oyó que los pasos del hombre se alejaban, y entonces continuó.

—El prefecto hizo llamar a Querto y, según me han dicho, le advirtió que no volviera a hacerlo. Le dijo que Roma no asesinaba a sus prisioneros, y que tanto los soldados como los oficiales estaban sujetos a una disciplina que no podía transgredirse sin más. Pero no lo sancionó ni lo degradó, se limitó a decirle que informaría al legado para que se tomaran medidas disciplinarias si volvía a ocurrir algo así. ¿Puedes creerlo? De manera que Querto decidió que, en adelante, no tomarían prisioneros. Se cargaba a todo siluro que encontrara en el acto, ya fueran campesinos, mujeres o niños, pero el prefecto se enteró y anunció que, a partir de entonces, acompañaría a Querto en las patrullas.

—Deja que lo adivine —dijo Macro—. La patrulla de la que el prefecto nunca regresó.

Severo asintió con la cabeza.

—La versión oficial es que atacaron una aldea y el prefecto murió en combate al caer del caballo. Fue la primera aldea que quemaron hasta los cimientos, y en la que pasaron a cuchillo a todo ser vivo…, para vengar la muerte del prefecto, dijo Querto. Esta fue la pauta a partir de entonces. Aldea tras aldea, granja tras granja. Hasta que los únicos que quedamos en el valle fuimos nosotros. Entonces, a principios de este año, empezó a actuar en los valles circundantes. Perdió algunos hombres durante el proceso, por supuesto, pero ofreció a los legionarios la oportunidad de unirse a los tracios. Para entonces la comida empezaba a agotarse, y como los legionarios se quedaban solo a proteger el fuerte, Querto dijo que no necesitaban tanta comida como los auxiliares. Luego el motivo fue que no se la merecían, ya que no corrían ningún riesgo. Un hombre puede pasar con el estómago vacío hasta cierto punto, y muchos de nuestros muchachos se fueron con él de buen grado. Las únicas condiciones eran que obedecieran su voluntad completamente y que adoptaran el mismo aspecto

que los tracios. Eso es lo que les ocurrió a Estelano y Fermato.

Macro puso unos ojos como platos.

—¿Son… oficiales romanos?

—Lo eran. Una tercera parte de la cohorte tracia está formada por antiguos legionarios. Había otro requisito antes de que los soldados pudieran considerarse seguidores de Querto. —Severo sirvió un vaso de vino para cada uno y se quedó mirando el líquido oscuro de la suya—. Querto les decía que tenían que tomar la cabeza de uno de sus enemigos y beberse la sangre.

Macro lo miró fijamente.

—Joder, estás de broma…

—Ojalá lo estuviera. Por todos los dioses, ojalá estuviera de broma. Pero es verdad.

Pese a los horrores que había visto en las campañas en las que había luchado a lo largo de los años, Macro notó que se le hacía un nudo en la boca del estómago, un nudo fuerte y frío, helado…

—No puede ser cierto.

—Pronto lo verás con tus propios ojos. Tú y el nuevo prefecto. Aunque él no durará mucho.

Macro dirigió la mirada al otro lado de la mesa.

—¿Cato corre peligro?

—Por supuesto que sí. Si intenta tomar alguna medida contra Querto, estará firmando su sentencia de muerte.

—¡Pero él es el prefecto, joder! —protestó Macro—. Nombrado para asumir el mando por el emperador en persona.

Se hace lo que él dice. Si Querto intenta algo, Cato hará que lo castiguen. O que lo arresten.

—¿En serio? ¿Y quién ejecutará esa orden?

Macro meneó la cabeza con gesto incrédulo.

—Esto es el puto ejército. Se da una orden y los soldados se lanzan a obedecerla.

—Ah, sí, es el ejército, sin duda. Pero en este fuerte el ejército pertenece a Querto. ¿A quién crees que obedecerán los tracios si hay un enfrentamiento entre tu prefecto y Querto? Y lo mismo se puede decir de la mayoría de legionarios supervivientes. Ninguno de ellos se atreve a desmarcarse. Ya no… Supongo que habrás visto la cruz junto a la que hemos pasado antes. Tras la muerte del último prefecto, hubo algunos oficiales y soldados de esta cohorte que se negaron a aceptar a Querto como a su nuevo comandante. Le hicieron frente delante de toda la guarnición. Querto hizo que sus hombres los arrestaran por amotinamiento, y luego los crucificaron uno a uno y los dejaron allí hasta que murieron. Uno a uno…, mientras el resto esperaba en los calabozos su triste final. Desde entonces, nadie se ha atrevido a desafiarlo. Y lo que es aún peor, se ha prometido una recompensa a quien aporte información sobre cualquiera que esté urdiendo un motín. Como puedes imaginar, eso les ha cerrado la boca. —Severo apuró su vaso de vino—. No deberías haber venido, Macro. Pero ¿cómo ibas a saberlo? Nadie lo sabe fuera de este valle, salvo esos pobres desgraciados de los siluros.

Macro se quedó un momento en silencio.

—¿Por qué nadie ha intentado informar al legado de lo que está ocurriendo en Bruccio?

—Los legionarios tienen prohibido abandonar el fuerte, salvo que sea formando parte de una patrulla tracia. Cuando asumió el mando, Querto anunció que cualquiera que se marchara sería considerado un desertor, y por tanto ejecutado.

—¿Alguien ha intentado llegar a Glevum?

—Uno de los *optios*. No se había alejado ni ocho kilómetros del fuerte cuando una de las patrullas tracias lo

alcanzó.

—¿Y qué pasó? —preguntó Macro en voz baja.

—Querto cumplió su palabra. —El centurión tomó una tira de carne y ablandó la punta hasta que desprendió un bocado. Mientras masticaba miró a Macro, sentado al otro lado de la mesa frente a él—. Pasasteis junto al *optio* al llegar al fuerte. Su cabeza está en una de esas estacas, y lo que queda de su cuerpo en el foso exterior.

Reinó el silencio mientras Macro asimilaba todo aquello, y luego meneó la cabeza con incredulidad.

—Esto es una locura. Una completa locura. Hay que contárselo al legado.

Severo parecía tener dudas.

—Siempre y cuando estemos siguiendo sus órdenes de tomar la ofensiva contra los siluros, ¿por qué iba a preocuparse? Querto está siendo de lo más eficaz… El legado tiene los resultados que deseaba. No, por lo que a Quintato concierne, todo marcha según lo planeado y no hay problemas en Bruccio. ¿Por qué si no iba a enviaros aquí a ti y al prefecto Cato solos? Puedes olvidarte de recibir ayuda por ese lado.

—Entonces tenemos que tomar medidas. Alguien tiene que hacer algo al respecto.

—Puedes intentarlo si quieres, Macro. Pero a mí no me involucres. Te he avisado de lo que ha estado ocurriendo aquí porque eres un antiguo compañero. Pero no estoy dispuesto a ir más lejos.

—¿No vas a apoyarme?

Severo se quedó inmóvil y, al cabo de un momento, se encogió de hombros con aire de impotencia.

—Yo no puedo hacer nada. Al menos por ahora. Tengo la esperanza de que Carataco tire la toalla. Es la única forma de que salga de aquí con vida. Si Carataco derrota a Ostorio y expulsa a los romanos de los territorios de los ordovicos y

los siluros, volverá su atención hacia nosotros. Teniendo en cuenta lo que Querto les ha hecho a las tribus de los alrededores de Bruccio, puedes estar seguro de que el corazón de Carataco no albergará mucha compasión cuando se ocupe de los supervivientes que pudiera haber de la guarnición.

Macro se reclinó en su asiento e inspiró profundamente. Nunca hubiera podido imaginarse una situación como esta. Luego pensó en Cato, y el corazón le dio un vuelco. ¡Había dejado a Cato a solas con Querto! Hizo ademán de levantarse y golpeó el borde de la mesa. Severo tuvo que extender la mano rápidamente para evitar que se volcara la jarra.

—¡Eh! Ten cuidado, Macro. ¡Que el vino es mío, joder!

—¡A la mierda el vino! —gruñó Macro—. ¡El prefecto está en peligro!

—No… No lo está. Al menos de momento. Piénsalo detenidamente, Macro. Siéntate y piénsalo bien.

Señaló el banco en que había estado sentado Macro, y este vaciló un momento hasta que se permitió volver a sentarse.

—Continúa.

—Al principio, Querto intentará ganarse al nuevo prefecto. Si puede hacerlo, evitará cualquier conflicto y será libre de seguir adelante como hasta ahora. Sus hombres lo siguen porque asumió el mando de la guarnición siguiendo las normas al pie de la letra. Si intenta asesinar a Cato, o hacerse con su puesto, eso dividirá a los hombres. Con esto no quiero decir que no intente simular un accidente. Sobre todo si el nuevo prefecto pretende arrebatarle el control de la guarnición. Siempre y cuando Cato tenga bien cubiertas las espaldas, estará a salvo. Pero deberá tener mucho cuidado con cómo trata con Querto y sus tracios. Lo mismo puede aplicarse a ti, mi viejo amigo.

Antes de que Macro pudiera responder, se abrió la puerta dejando ver a una figura oscura en la calle. Los dos centuriones se la quedaron mirando intranquilos, y la figura soltó una risa seca, tras lo cual fue a situarse bajo el cálido resplandor del fuego. Macro vio que se trataba de uno de los oficiales de la cohorte tracia.

—Esto es muy acogedor. ¡Y además hay un pequeño banquete!

Severo tragó saliva con nerviosismo.

—Estelano… ¿Qué quieres?

Estelano los miró con frialdad.

—Gracias. Sí, encantado.

Cerró la puerta, cruzó la habitación y se sentó en el banco.

—¿No hay otro vaso? Pues tendré que arreglarme con esto. —Agarró la jarra, la inclinó en el aire hasta que tuvo el pico sobre sus labios rodeados de barba, y se echó a la boca un chorro del líquido escarlata, que fue tragando con avidez, hasta que volvió a dejar la jarra en la mesa de golpe y chasqueó los labios—. ¡Qué bueno!

Severo le lanzó una mirada feroz.

—Te lo repito, ¿qué quieres?

—Solo he venido para ver al nuevo comandante de la Cuarta Cohorte. —Le tendió la mano a Macro—. Centurión Marco Estelano, trasladado a la Segunda de la caballería tracia. Encantado. No tuve ocasión de presentarme antes, en el cuartel general. Se me ocurrió venir a saludarte.

—Ya lo veo —respondió Macro sin alterar la voz y haciendo caso omiso de la mano que le tendía—. Aunque debo decir que no pareces un centurión muy verosímil.

Estelano mostró una amplia sonrisa entre la barba.

—¿Lo dices por el atuendo? Es idea de Querto. Nos da a todos un aspecto salvaje y terrorífico. ¡Grrrrrr! —Hizo una mueca y se echó a reír.

Macro ni pestañeó.

—Sí, me imagino que tal vez haga cagarse de miedo a un niño pequeño en una noche oscura. Pero a mi entender, pareces el cepillo de la letrina.

La sonrisa en el rostro de Estelano se desvaneció.

—¿Perdona?

Macro sonrió.

—Ya sabes, esa cosa con la que me limpio el culo.

Estelano frunció el ceño, clavó una mirada fulminante en Macro y luego, de repente, volvió a sonreír.

—Ah, eres un tipo duro. Seamos realistas. Cualquier soldado de las legiones que vive lo suficiente para estar al mando de su propia cohorte tiene que ser un tipo duro. Tú y yo estamos cortados por el mismo patrón, Macro. Yo era el comandante de la Cuarta antes de presentarme voluntario para servir con Querto.

—Eso me han dicho. —Macro alargó la mano con aire despreocupado, tomó un pliegue de la capa oscura del otro hombre entre el índice y el pulgar y la frotó suavemente—. No sé por qué, pero dudo que estemos cortados por el mismo patrón. Yo llevo el uniforme de un oficial romano, no los harapos de un perro bárbaro.

Estelano recuperó la capa de un tirón y se apartó de él.

—Esta actitud no es necesaria, amigo mío. Solo vine para darte la bienvenida a Bruccio. Nos hacen falta buenos soldados, ahora más que nunca. Querto dice que el enemigo está a punto de desmoronarse. En cuestión de uno o dos meses, estarán acabados. De modo que me alegra tu llegada, y la del prefecto, y más aún la de la columna de refuerzos que tiene que llegar. Sangre nueva. Justo lo que necesitamos para darles una lección a esos siluros hijos de puta.

—Parece que ya les han dado unas cuantas lecciones… Y lo mismo puede decirse de los hombres del fuerte.

Estelano miró a Severo, quien bajó rápidamente la vista a su vino y mantuvo la boca cerrada.

—Da la impresión de que alguien ha estado contándote historias, centurión Macro. La verdad es que por aquí hacemos las cosas de forma un poco distinta. Algunos tienen dificultades para aceptarlo, y harían bien en guardarse sus opiniones. Sin embargo, en cuanto veas las cosas por ti mismo y lo comprendas, estoy seguro de que le darás todo tu apoyo a Querto, como hacemos casi todos los demás. Si no, al menos no te interpongas en su camino. Es mi consejo.

Macro se obligó a esbozar una sonrisa.

—Y te lo agradezco, Estelano. Y ahora, si me disculpas, estoy cansado. Necesito retirarme a mi alojamiento, deshacer el equipaje y acomodarme para pasar la noche. Quiero estar fresco para la inspección de mañana, cuando el nuevo prefecto se presente ante la guarnición como su nuevo comandante.

—Ah, sí… El prefecto Cato, comandante del fuerte de Bruccio. Unos títulos magníficos, desde luego. Pero un título es poco más que meras palabras, Macro. Que esta sea la primera lección de tu nuevo puesto, si sabes lo que te conviene. ¿Qué tal montas?

El brusco cambio de tema pilló desprevenido a Macro.

—Tan bien como es necesario que monte cualquier legionario —contestó con embarazo.

—Con eso basta. A Querto le vendría bien otro buen oficial para la cohorte tracia.

—Pues dale las gracias por la oferta. Pero de momento estoy al mando de la Cuarta Cohorte de la Decimocuarta Legión.

Estelano sonrió con frialdad.

—De momento…

—Tengo intención de hacer de la Cuarta la mejor cohorte de la legión. Hazme un favor, Estelano. Di a los romanos que

se han unido a Querto que aquí todavía hay sitio para ellos. Al menos hasta que llegue la columna de refuerzo. Después, enviaré un informe a Glevum manifestando que todo legionario que sirva con los tracios ha renunciado a los privilegios, la paga y los incentivos que van con el servicio en las legiones. Tal vez quieras considerar la oferta para ti mismo.

—Me parece que no.

—¿No? —Macro se puso de pie—. Es una lástima. Estaba seguro de que, bajo toda esta espectacular mata de pelo apestoso, se ocultaba un romano decente. Por lo visto me equivocaba. Que tengas una buena noche…, tracio.

Estelano entrecerró los ojos bajo su tupido entrecejo, pero no dijo nada mientras el nuevo comandante de la Cuarta salía del comedor. Una vez fuera, Macro inspiró profundamente y se dirigió a los barracones del final de la calle. Había desembarcado en Britania emocionado por la perspectiva de volver a ejercer su profesión en las legiones. Había sido como volver a casa… Todas las imágenes, los sonidos, los olores y la rutina de la vida al servicio de Roma que antes le eran tan familiares. Ahora que estaba allí, en Bruccio, ese sueño se mofaba cruelmente de él. Porque en vez de en su sueño se había encontrado en la más sombría de las pesadillas, donde la muerte era una sombra constante cerniéndose sobre tu espalda.

Capítulo XIX

Durante la noche hubo tormenta, y la lluvia azotó las tablillas de madera del tejado y corrió en riachuelos por las estrechas calles entre los grupos de barracones. Pero fue amainando y, antes del alba, dejó de llover. El sol se alzó en un cielo que era como un mosaico de azul y nubes dispersas. La guarnición salió al terreno llano situado por debajo del fuerte, y formó frente al montículo de tierra que servía de tarima para que el comandante pasara revista. El suelo estaba empapado, y las botas de los soldados y los cascos de las monturas de la caballería no tardaron en convertir el camino desde el portón en un cenagal. Unas cuantas de las estacas habían caído en el barro con el peso de las cabezas, y Querto había puesto a trabajar a un pequeño grupo para que volvieran a plantarlas bien.

Cato y Macro salieron del fuerte antes de que Severo hiciera lo mismo con la primera centuria, y los dos oficiales se dirigieron al montículo para observar de cerca los procedimientos. Los legionarios formaron por centurias, en filas de cuatro en fondo, en el centro de la improvisada plaza de armas. Aunque sabía que su nueva unidad no contaba con todos sus hombres, Macro se sintió amargamente decepcionado al contemplar el par de centurias supervivientes. El número de efectivos dejaba en ridículo al grupo abanderado, donde los seis estandartes se sumaban al portaestandarte de la cohorte y a los hombres que llevaban las trompas curvas de latón sobre los hombros.

En cambio, la cohorte tracia parecía contar con todos sus efectivos, y alineó a diez escuadrones de jinetes que se distribuyeron equitativamente a cada flanco de los legionarios, de modo que había cinco escuadrones en cada ala. El portaestandarte de la unidad hizo avanzar su montura hasta la derecha de la línea, y desplegó una bandera roja con un cuervo negro que aferraba una pequeña calavera en las garras. El ejército de Cato parecía lamentablemente desequilibrado mientras los hombres formaban allí en silencio. El último en llegar a la explanada fue el centurión Querto. Bajó a caballo, y pasó junto a la formación erguido en su silla mientras los inspeccionaba con un aire de altanería posesiva. Luego hizo dar la vuelta a su caballo y lo condujo lentamente hasta el montículo, donde desmontó con despreocupación y le pasó las riendas a un ordenanza antes de subir por la rampa de la tarima.

—Me alegro de que estés con nosotros —dijo Macro al tiempo que el tracio se situaba a la derecha de Cato.

Querto no respondió, y se limitó a ocupar su posición a la derecha del prefecto con las manos juntas y relajadas a la espalda. Soplaba una ligera brisa que agitaba las crines de los caballos, las capas oscuras de los tracios, la bandera de los Cuervos Sangrientos y los penachos de los cascos de los oficiales.

Cato sacó el tubo de cuero y extrajo el documento que lo autorizaba a asumir el mando. Después de la conversación que había mantenido con Querto la noche anterior, y otra con Macro antes del alba, estaba inquieto. Si el centurión tracio elegía este momento para desafiarlo, delante de los hombres a los que había dirigido durante meses con mano de hierro, Cato no se hacía ilusiones en cuanto a lo que le podía pasar. Si tenía suerte, lo arrestarían y lo encerrarían en el cuarto de seguridad que había bajo el cuartel. Por tanto, había decidido obrar con cautela: antes de tomar cualquier

medida, quería conocer a sus hombres y establecerse en el fuerte. Prefería esperar el momento oportuno, hasta que descubriera algún punto débil en el mando de Querto.

Cato desenrolló el documento y empezó a leer.

—Yo, Tiberio Claudio Druso Germánico, primer ciudadano, sumo sacerdote y padre de la nación, por la presente proclamo que Quinto Licinio Cato ha sido nombrado prefecto de la Segunda Cohorte de caballería tracia. Al susodicho Quinto Licinio Cato se le ha encomendado mantener el honor de la cohorte, obedecer a los oficiales superiores a él y jurar que dedicará su vida al emperador y al senado y pueblo romanos. —Cato hizo una pausa para poner énfasis a lo que seguía—. Este nombramiento se ha efectuado por decreto imperial, y se recuerda a los oficiales y soldados que se hallen a las órdenes de Quinto Licinio Cato que están obligados por el juramento que hicieron al alistarse a obedecer a aquellos que tengan autoridad sobre ellos como obedecerían a su emperador, sin cuestionar las órdenes, bajo pena de sufrir todo el rigor de la ley militar. Lo cual asevero de propio puño.

Cato dio la vuelta al documento y lo sostuvo en alto para que todos pudieran ver el sello imperial en la parte inferior. Aguardó un momento, bajó de nuevo la autorización, volvió a enrollarla y la metió en el tubo de cuero. A continuación, miró a los hombres que tenía delante durante unos instantes, antes de empezar su discurso.

—Ya sabéis cómo me llamo. Sabéis cuál es mi rango, y puede que sepáis que he venido desde Roma para asumir este mando. Pero es lo único que sabéis de mí. Algunos de vosotros habéis servido a las órdenes de varios comandantes distintos. La mayoría de ellos habrán sido los hijos de familias nobles de Roma, ricas y con buenos contactos. Algunos de vuestros comandantes quizás hayan ascendido desde la tropa. Yo provengo de esta segunda tradición. Me

incorporé a la Segunda Legión cuando estaba destinada en el Rin. Allí fue donde luché mi primera batalla, contra bárbaros de las tribus germanas. Después de eso, la Segunda se unió al ejército formado para invadir Britania. Estuve aquí en el desembarco y en todas las batallas antes de que Carataco fuera derrotado frente a su capital de Camuloduno. Desde entonces, he combatido a los durotriges, a los druidas de la Luna Oscura y a muchos otros enemigos de Roma.

»Así pues, caballeros, tenéis ante vosotros a un soldado que se ha ganado el derecho a ser vuestro prefecto y comandante de la guarnición de Bruccio. No soy ningún aristócrata consentido. He experimentado el frío gélido del servicio de guardia en una noche de invierno, igual que vosotros. He sentido el azote de la vara de vid de un centurión, igual que vosotros. Sé lo que es marchar día tras día con la armadura completa, cargado con el equipo y las raciones, y luego tener que levantar un campamento cada noche. Sé qué puedo esperar de los hombres que tengo a mis órdenes porque yo he estado en vuestro lugar, he vivido y combatido como vosotros y tengo las cicatrices que lo demuestran. —Guardó silencio un momento, y luego prosiguió—. Espero un alto nivel de los hombres que comando, y no quedaré satisfecho con menos. La campaña contra los siluros y los ordovicos ha sido encarnizada estos tres últimos años. Miles de compañeros ya han perdido su vida en la lucha, pero su sacrificio no ha sido en vano. El gobernador Ostorio ha reunido un poderoso ejército que dará el golpe decisivo contra el enemigo antes de terminar el año. Hoy, aquí, nosotros participaremos en esa gran batalla. Participaremos de esa victoria. ¡Nos ganaremos la gloria y el botín que nos corresponde, y añadiremos guirnaldas y medallas a nuestros estandartes de batalla! —

Desenvainó la espada y la alzó en el aire—. ¡Honor para la Segunda Tracia! ¡Honor para la Decimocuarta Legión!

Macro repitió su grito, al igual que los legionarios formados en la plaza de armas, pero las oscuras figuras sentadas en las sillas de montar permanecieron inmóviles y en silencio.

Cuando los débiles vítores de los legionarios se apagaron, Querto se movió, desenfundó su espada de caballería de hoja larga, la alzó apuntando directamente al cielo y su voz retronó por toda la plaza de armas.

—¡Honor a los Cuervos Sangrientos!

Inmediatamente, todos los jinetes levantaron las lanzas de golpe formando un bosque oscilante de puntas relucientes, y su clamor resonó en los oídos de los tres oficiales que se encontraban en la plataforma. Querto repitió el grito una y otra vez, y sus hombres respondieron con unos rugidos frenéticos. Macro miró a Cato y vio que tenía la mandíbula tensa y apretada, y una expresión de amargo resentimiento. Cruzaron una rápida mirada, y Macro sintió una punzada de preocupación por su amigo.

Al final, Querto bajó la espada, envainó el arma y sus hombres enmudecieron de inmediato, con lo que reinó un silencio inquietante. Mientras el tracio volvía a su lugar junto al prefecto, Cato tragó saliva, dio un paso adelante y se volvió hacia los otros oficiales.

—Con esto prácticamente terminan las formalidades, caballeros. Solo queda una última cuestión antes de que inspeccione a los hombres. —Cato hizo una pausa, consciente de que lo que iba a decir dejaría estupefacto a Macro, pero era un paso necesario en las circunstancias actuales. Los vítores de los tracios de hacía un momento no hicieron más que confirmar su decisión. Se aclaró la garganta—. He decidido nombrarte mi segundo al mando,

centurión Querto. Los soldados te escuchan y los conoces bien. ¿Aceptas?

Miró fijamente a Querto, hasta que al fin el tracio frunció los labios y respondió con una leve sonrisa:

—Acepto, señor.

—Bien. Confío en que llevarás a cabo tus responsabilidades de manera eficiente y con obediencia.

—Por supuesto. Puede tener la seguridad de que le brindaré el beneficio de mi experiencia y consejo mientras esté al mando de la guarnición, señor.

—Te lo agradezco. Y ahora, me gustaría inspeccionar a los hombres. Di a los tracios que desmonten y formen en dos líneas.

—Sí, señor. —Querto le ofreció un saludo y acto seguido dio media vuelta, bajó de la plataforma y se acercó a sus hombres con paso resuelto y dando órdenes a gritos.

Cato se lo quedó mirando, plenamente consciente de la silenciosa presencia de Macro a su lado.

—Imagino que te estás preguntando el motivo de mi decisión…

—No soy quien para hacerlo, señor —respondió Macro con sequedad—. Usted es el comandante de la guarnición. Usted da las órdenes.

Cato asintió para sí y se sintió irritado por el impulso de explicarse ante Macro. Su ascenso al rango de prefecto después de dos años de puestos temporales le había dado una autoridad superior a la de su amigo. Tenía que ser moderado con sus momentos de amistad, y sobre todo a la hora de pedirle consejo al único hombre al que había considerado un amigo íntimo. Cato tuvo una breve sensación de pérdida al pensar en los años que había compartido el mismo rango que Macro. Ahora había perdido ese sentido de igualdad. Más aún, se dio cuenta de que ambos lo habían perdido, y comprendió que Macro lo estaría

lamentando tanto como él. Resultaba tentador permitirse un momento de intimidad, pero Cato reprimió sus emociones con determinación y se maldijo por ser tan débil como para dejar que lo distrajeran de las obligaciones y peligros del momento presente. Había sido muy difícil elegir a Querto como segundo. Había considerado enfrentarse a aquel hombre, despojarlo del mando y poner fin a su intolerable desafío de la disciplina del ejército. Pero si intentaba amilanar a Querto en estos momentos, lo más probable era que la mayoría de los hombres de la guarnición apoyaran al tracio. Y si eso ocurría, Macro y él estarían en grave peligro. Hasta que llegaran los refuerzos, Cato sabía que tenía que hacer creer a Querto que podía controlar a su nuevo prefecto. En cuanto contara con el respaldo de hombres suficientes que no le debieran lealtad al tracio, entonces podría poner a Querto en su sitio.

—Los hombres están listos para la inspección, señor —apuntó Macro.

—Muy bien. —Cato se irguió y marchó hacia las filas de soldados que aguardaban. Querto estaba con el grupo abanderado de su cohorte, bajo el cuervo negro de su estandarte. Esperó hasta que el prefecto hubo pasado, entonces echó a andar junto a Macro, y ambos siguieron al comandante de la guarnición a lo largo de la primera línea de soldados. Cato captaba con ojo experto hasta el último detalle de los hombres que tenía delante. Los soldados de caballería de la cohorte tracia hubieran roto el alma de cualquier centurión legionario responsable de su instrucción. Las capas negras que llevaban estaban salpicadas de barro y manchadas de mugre, y ninguno de ellos había siquiera intentado remendar los bordes raídos ni los pequeños desgarros. Llevaban el pelo revuelto y descuidado, y la mayoría lucían tatuajes en la cara. Aunque Cato había visto a algunos de aquellos hombres el día

anterior, el impacto de contemplar a la cohorte entera resultaba desconcertante desde un punto de vista profesional. Llevaba tiempo suficiente en el ejército como para esperarse ciertas cosas de la apariencia de los soldados, así como de su rendimiento, y reconocer el vínculo entre ambas cosas. Pero el aspecto bárbaro que presentaba la cohorte era inquietante de por sí, y Cato pudo entender perfectamente el efecto que podía tener en un enemigo que se había acostumbrado a la impecabilidad del ejército romano. La aparición de Querto y sus hombres de entre la niebla que cubría el paisaje montañoso infundiría el terror en sus víctimas.

Se detuvo frente a un hombre alto y flaco.

—Enséñame tu espada.

—Sí, señor. —Se apoyó la lanza en el hombro y sacó la hoja larga de la vaina. La espada salió con suavidad, y el hombre la sostuvo en vertical para que Cato la viera claramente. El metal relucía, y no había indicios de las marcas y manchas de óxido de un arma mal cuidada. Cato levantó la mano para comprobar el filo con los dedos, y vio que estaba tan bien afilada como podía esperarse. Asintió con la cabeza.

—Muy bien. Ahora ábrete la capa.

El soldado de caballería hizo lo que le ordenó Cato, que vio que los aros de hierro de su cota de malla tenían el brillo apagado que denotaba que recientemente se les había aplicado arena y se habían frotado con fuerza con una badana. Pese al aspecto de sus hombres, estaba claro que Querto insistía en que cuidaran bien de sus armas y armaduras. Cato ordenó a aquel hombre que enfundara la espada, luego examinó a algunos otros al azar, y observó con aprobación que cuidaban muy bien de su equipo. A continuación, se centró en las monturas. Los caballos eran grandes y recios, como los que se criaban en la Galia e

Hispania para el ejército. Ya habían soltado casi todo el pelaje de invierno, pero no les habían cepillado los flancos para dejar las manchas de barro que ocultaban las marcas identificativas de la grupa. Sin embargo, eso estaba en armonía con el aspecto salvaje de la cohorte. Aun así, las sillas y los arreos estaban en buenas condiciones, y los caballos parecían estar bien alimentados y en forma.

Cato se volvió hacia Querto.

—Supongo que se han ido adaptando a las duras condiciones.

—Sí, señor. Hice que los entrenaran y ejercitaran desde finales de invierno. Están en buena forma y listos para la batalla. Ya tuvieron una muestra a principios de mes.

—Entiendo. Eso está bien. Los hombres y las monturas están en buen estado, centurión, pese a su apariencia. Puede que este sea un asunto que requiera mi atención a su debido tiempo.

—¿Qué importa su aspecto, siempre y cuando maten al enemigo…, señor?

Cato alzó la voz para que los que estaban alrededor pudieran oírlo perfectamente:

—Importa porque lo digo yo.

Querto frunció el ceño un instante.

—Muy bien, señor.

Cato era consciente de la necesidad de no imponerse demasiado pronto, y se dirigió a Macro.

—Y ahora los legionarios de tu cohorte.

—Sí, señor —asintió Macro.

Recorrieron el espacio entre las dos unidades, y el centurión Severo se unió a ellos cuando empezaron la inspección de los legionarios. Cato vio que la mayoría de ellos estaban excesivamente delgados, y mientras caminaba lentamente por entre las filas percibió su recelo. A diferencia de los tracios, estos hombres iban pulcramente ataviados,

con los cascos bruñidos, los escudos en buenas condiciones y las armas exactamente igual de letales que las de sus compañeros montados. Pero no podían ocultar su nerviosismo.

—¡Tú! —Cato señaló con el dedo a un soldado que se inclinaba levemente hacia adelante y apoyaba el peso en el borde del escudo—. ¡Ponte recto! —Se detuvo delante de él y lo miró con dureza—. ¿Cómo te llamas?

—Cayo Balbo, señor.

—¿Y así es como te presentas en la formación? ¿Has estado bebiendo?

—No, señor.

—¿Y por qué pareces un viejo borracho que apenas se sostiene?

Balbo hizo una mueca y se obligó a enderezarse, apretando los dientes. Severo se acercó a Cato y le dijo en voz baja:

—Está enfermo, señor. La mayoría lo están. Enfermos o débiles. Lo cual no es sorprendente, pues pasan casi todo el tiempo con medias raciones. O con menos, cuando los suministros escasean entre los ataques a los poblados enemigos.

Cato inspiró hondo mientras consideraba la situación. Otro de los retos a los que se enfrentaba en su trato con Querto. Pero quizás aquel sería más fácil de resolver. No tenía sentido que Querto y su cohorte salieran a caballo y dejaran el fuerte en manos de unos soldados que no estaban ni mucho menos en condiciones de defender Bruccio… Aunque era muy probable que el tracio contara con que los siluros no osarían penetrar en el valle vigilado por los horripilantes trofeos de los salvajes guerreros que se habían abierto camino a la fuerza hasta el corazón de su territorio, y que habían construido un fuerte casi inexpugnable.

—¿Cuántos soldados hay demasiado enfermos para presentarse a la revista? —preguntó Cato.

Severo consultó rápidamente su tablilla encerada.

—Quince hombres de la Primera Centuria y doce de la Segunda, señor.

—Y ninguno de las demás centurias.

—No hay más centurias, señor. Hace diez días reuní lo que quedaba de la cohorte en dos centurias. Los enfermos están en las listas de estas dos unidades. Tendría que haber unos diez más, pero di la orden de que solo los que aún pudieran mantenerse en pie vinieran a formar.

Cato señaló a Balbo con un gesto.

—Este casi no puede ni tenerse en pie. Que lo saquen de la plaza de armas y se lo lleven a la enfermería. Tiene que descansar y comer hasta que haya recuperado fuerzas —alzó la voz para que todos le oyeran—. ¡Y lo mismo va para el resto!

Severo dirigió una mirada a Querto, que estaba con sus oficiales riendo y charlando de manera informal.

—Las órdenes vigentes son que a los legionarios no hay que darles más ración que la especificada, señor.

—Pues ahora yo especifico una nueva ración para ellos —replicó Cato con irritación—. No podemos tener soldados tan débiles que no puedan defender el fuerte.

—En tal caso, ¿puede darme la orden por escrito, señor? Tendré que presentar mi autorización para que el intendente me dé raciones de más. Es… uno de los tracios, señor.

—¡Joder! —masculló Macro—. Esto ya empieza a ser demasiado. Hay que poner en su sitio a esos cabrones de auxiliares, señor.

Cato se quedó callado un momento, y luego asintió con la cabeza.

—Me ocuparé de ello en cuanto termine la revista. ¡Centurión Severo!

—¿Señor?

—Envía a Balbo a la enfermería. A él y a cualquiera que esté demasiado débil para ocupar su puesto en la línea de batalla. Centurión Macro, tu cohorte puede retirarse.

—Sí, señor. —Macro saludó, se volvió hacia los soldados y tomó aire—. ¡Segunda Cohorte, Cuarta Legión, podéis retiraros!

Los legionarios se pusieron firmes, dieron media vuelta al unísono y soltaron una ruidosa patada en el suelo con el pie derecho, tras lo cual rompieron filas y se dirigieron hacia el fuerte. Macro esperó un momento antes de dirigirse a Cato:

—Pasaré por el cuartel general a recoger la autorización para el incremento de las raciones, señor.

—Por supuesto. Me reuniré contigo allí de inmediato. En cuanto haya despachado a Querto y sus hombres.

Macro saludó, llamó a Severo por señas y se encaminaron hacia el fuerte. Cato regresó con la cohorte tracia y dio permiso a Querto para que sus hombres se retiraran. Cuando los jinetes se alejaron con sus monturas, el prefecto llamó a su comandante.

—Hay una cosa más. El prisionero siluro. Hay que interrogarlo.

—Ya me he encargado de ello, señor. Mis muchachos se ocuparon anoche.

Cato lo miró con frialdad.

—Dije que el centurión Macro se ocuparía del interrogatorio. No te ordené que lo hicieras.

—Tomé la iniciativa, señor. Me pareció que cuanto antes hiciéramos hablar a ese cabrón, mejor.

—Entiendo. ¿Y reveló la ubicación de su poblado?

Querto sonrió.

—Se portó como un ángel. Nos dio instrucciones muy precisas, así como la cantidad de hombres de armas.

—Muy bien. —La furia que Cato sintió por el hecho de que el tracio hubiera llevado a cabo el interrogatorio se desvaneció al contemplar la oportunidad que le brindaba la información proporcionada por el prisionero—. En tal caso, podemos preparar una expedición punitiva cuanto antes.

—Se lo diré a los hombres.

—Yo encabezaré el ataque, y el centurión Macro se unirá a nosotros. Tengo ganas de ver a mi nueva cohorte en acción.

La sonrisa de Querto desapareció rápidamente.

—Eso no es necesario, señor. Mis chicos y yo ya sabemos lo que tenemos que hacer. Déjemelo a mí y nos ocuparemos de los siluros.

—Ya lo he decidido, centurión. Te veré en el cuartel general a mediodía para planear el ataque. Trae contigo al prisionero. Quizá pueda proporcionarnos más detalles si son necesarios.

Querto enarcó las cejas.

—¿Algún problema, centurión?

—Es que ya no tenemos al prisionero.

—¿Qué quieres decir? ¿Se ha escapado?

—No, sigue aquí. Pero decidí que ya nos había dado toda la información que nos hacía falta.

—Eso ya lo juzgaré yo —dijo Cato con firmeza—. ¿Dónde demonios está?

Querto levantó la mano y señaló hacia el camino que llevaba al fuerte.

—Está justo allí.

Cato se volvió a mirar.

—¿Y por qué está ahí afuera? No lo veo. ¿Dónde está?

—Allí. En la última estaca.

Cato sintió que un frío terror le helaba la carne. Se obligó a mirar a la avenida de cabezas empaladas, la más próxima de las cuales aún goteaba sangre. Se le hizo un nudo en el

estómago al reconocer los rasgos magullados del joven al que habían capturado hacía dos días.

—Turro…

Capítulo xx

Dos días después, poco antes del alba, Cato estaba tendido sobre una cama de helechos en la ladera de una colina escarpada. Observaba un poblado siluro. La noche había sido fría, y la humedad pegajosa del rocío había hecho que se pasara la última hora temblando, antes de que el brillo del sol naciente asomara por la cima de las montañas del este. Por primera vez desde hacía muchos días, el cielo estaba despejado y tenían por delante una jornada de buen tiempo. Cato había dejado su capa escarlata con el resto de los hombres acampados entre los árboles, y se había puesto una capa negra para no destacar en el paisaje cuando amaneciera. A su lado, Querto escudriñaba en silencio el pacífico escenario que tenían por debajo. A derecha e izquierda, se extendían las laderas boscosas de la cadena de montañas. Había un valle amplio, de poco más de kilómetro y medio de ancho, cubierto de ondulantes tierras de cultivo sembradas de surcos, entre las que se intercalaban corrales de piedra en los que los rebaños de cabras yacían inmóviles en el suelo, proporcionando calor a las crías nacidas a principios de primavera y que ahora dormían apretadas contra sus madres. Había varios grupos de chozas redondas, la mayor de las cuales ocupaba un altozano en el centro del valle que dominaba el paisaje circundante. Cato calculó que la choza principal tendría más de quince metros de ancho, y una fina columna de humo salía perezosamente por la abertura del tejado de paja y juncos. Había dos guardias

apoyados en las paredes de adobe a ambos lados de la entrada. Otros dormían en torno a los restos de las hogueras que aún humeaban en el terreno abierto frente a la choza. Cerca de la choza principal, había varios edificios pequeños.

—Ese es nuestro primer objetivo —dijo Querto en voz baja al tiempo que señalaba la choza principal—. El jefe del poblado y su séquito. Al menos tiene a un centenar de hombres ahí abajo. Son muchos para una aldea de este tamaño. Debe de haber recibido visitas. También habrá más en las granjas. Quizás otro centenar de hombres en la flor de la vida, pero dudo que muchos de ellos hayan empuñado alguna vez nada más peligroso que un garrote o un hacha.

—Hasta una hoz puede hacerte llorar. —Cato reprimió una sonrisa amarga al recordar la grave herida que una vez le infligió un druida que empuñaba una hoz. De vez en cuando, la cicatriz aún hacía que sintiera la piel tirante a un lado del pecho. Apartó de sí aquel recuerdo—. Dime, ¿cuál es tu plan de ataque habitual?

Querto estudió brevemente el terreno antes de contestar.

—El otro extremo del valle se abre al lecho del río. He enviado cuatro escuadrones para que rodeen las colinas por detrás y atajen por el campo abierto, de modo que puedan bloquear cualquier intento de huida en esa dirección.

Cato lo miró con dureza.

—Es la primera noticia que tengo al respecto. ¿Cuándo diste las órdenes?

—Anoche. Cuando usted y el centurión Macro dormían.

—¿Y por qué no me lo has dicho al despertarme? Como prefecto de la cohorte debería saberlo.

Querto le sostuvo la mirada sin perder la calma.

—Como dijo antes de que saliéramos, señor, quería observar la táctica que he desarrollado para mis ataques. Por consiguiente, supuse que no quería tomar parte activa en

las decisiones de esta operación. No había necesidad de decírselo.

Cato se quedó callado un momento.

—Si tengo que entender tu táctica, Querto, necesito conocer todos los detalles. Asegúrate de que en el futuro se me informe de todas las decisiones. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Muy bien. Continúa.

El tracio inspiró profundamente y prosiguió:

—En cuanto esté cubierta la principal ruta de escape, lanzamos nuestro ataque contra el jefe y su séquito. Bajaremos cabalgando desde los árboles, y cargaremos contra el altozano en cuanto se dé la alarma. Cuando eso ocurra, mis hombres harán todo el ruido que puedan. Eso ayuda a que el enemigo se cague de miedo. Caemos sobre el jefe y su séquito con toda la rapidez que sea posible, atacamos con dureza y no hacemos prisioneros. Si no tienen a nadie que les guíe y ningún estandarte en torno al que reagruparse, el resto de hombres del valle normalmente intenta rendirse. Algunos habitantes de la aldea tratarán de escapar, pero se encontrarán con los cuatro escuadrones desplegados en su camino. Avanzamos sobre ellos, matamos a todo el mundo y reducimos los edificios a cenizas. Habrá algunos que logren eludirnos y esconderse; esperarán a que nos hayamos ido, y entonces saldrán de sus agujeros e irán corriendo a las tribus más próximas a contarles lo ocurrido a sus aliados. Ellos enviarán una patrulla para verlo con sus propios ojos, e informar de que los supervivientes decían la verdad. —Querto separó los labios con una sonrisa lobuna—. Y así es como infundo el terror en el enemigo. Así es como la leyenda de los Cuervos Sangrientos se extiende por el territorio de los siluros y llena de terror a esos cabrones…

El tono de su voz escondía algo oscuro, y Cato le dirigió una rápida mirada. Allí había odio y algo más. Pero no había

tiempo de reflexionar al respecto. El enemigo no tardaría en despertarse, y la cohorte tracia debía lanzar su ataque para sacar el máximo provecho del elemento sorpresa. Sin embargo, había un asunto que Cato estaba decidido a resolver antes de que se iniciara el ataque.

—Tu plan es válido. Solo quiero hacer un cambio.

Querto se volvió bruscamente hacia él.

—Dijo que había venido a observar. No a interferir.

—Dijera lo que dijera, soy el comandante de la cohorte y las órdenes las doy yo, y cuando te dirijas a mí me llamarás señor.

Querto le devolvió la mirada haciendo todo lo posible por mantener una expresión neutra.

—Sé lo que me hago, señor. He utilizado esta táctica muchas veces sin problemas. No es necesario cambiar nada.

—Eso lo decidiré yo —declaró Cato con firmeza.

—¿Ah, sí? —Querto retrocedió del borde de la pendiente arrastrándose antes de ponerse de rodillas. Cato se fijó en que, para ser un hombre tan corpulento, se movía con una agilidad sinuosa. Con aire despreocupado, Querto se echó un lado de la capa hacia atrás para mostrar su espada. Se quedaron los dos inmóviles un momento, y Cato miró al centurión con desafío. Al cabo, Querto se rio y se puso de pie, de modo que descolló sobre la figura tendida de su comandante—. ¿Y qué es lo que cree que debería cambiar, señor?

Cato se apoyó en los codos para incorporarse, miró por encima del hombro y se sintió incómodo y vulnerable. Se echó hacia atrás para no ser visto desde las chozas del valle de abajo, y se puso de pie con dificultad para dirigirse al tracio en mayor igualdad de condiciones, observándolo por si veía algún indicio de traición.

—Llevaremos a cabo tu plan tal como lo has planteado, pero quiero hacer prisioneros. En cuanto hayamos quebrado

su resistencia, nos llevaremos vivos a los que se rindan.

—¿Y por qué íbamos a hacer algo así?

Cato sabía que no tenía ninguna necesidad de dar explicaciones a un subordinado, pero había un brillo peligroso en los ojos del otro hombre y no quería forzar un enfrentamiento… Aún no.

—Los prisioneros proporcionan información sobre el enemigo, y valen un buen dinero. —Había una tercera razón: que Cato no aprobaba la matanza de mujeres, niños y otros no combatientes. Pero estaba seguro de que el hecho de decirlo solo serviría para exponerse al ridículo ante Querto.

—Son el enemigo, señor. Incluso los niños. ¡Son todos unos bárbaros salvajes! —Escupió—. ¿Por qué dejar que las liendres crezcan para convertirse en piojos? Lo mejor es acabar con ellos de un solo golpe.

—No los mataremos porque, cuando esta campaña termine, ellos formarán parte del imperio y pagarán sus impuestos. Me temo que al emperador no le haría ninguna gracia la perspectiva de pasar a cuchillo a aquellos que algún día acabará gobernando.

—El emperador no está aquí, y no tiene ni idea de lo salvaje que es esta gente. Nunca se los podrá civilizar, solo se les puede matar como alimañas que son. —Querto hablaba con los dientes apretados, como si le doliera algo, y sus ojos ardían de furia—. Merecen ser exterminados, ¡hasta el último de ellos! Aldea tras aldea, hombre tras hombre, incluso su ganado, sus cerdos, ovejas y perros. No debemos dejar que nada sobreviva.

Por un momento Cato se sorprendió por la vehemencia que mostraba el tracio, y entonces supo lo peligroso que era ese hombre. Notó un escalofrío, y que un frío gélido se extendía por sus entrañas. Tragó saliva e intentó hablar con toda la calma de la que fue capaz:

—¿Por qué? ¿Por qué los odias tanto?

Querto miró a Cato por debajo de sus pobladas cejas.

—¿Acaso no lo sabe?

—¿Por qué tendría que saberlo? Si hay un motivo, explícamelo.

El tracio bajó la cabeza, y Cato ya no pudo seguir viendo tan claramente su expresión.

—Romano, yo conozco a los siluros. He vivido entre ellos. Fui su prisionero. Me trataron peor que a un perro. Me ataron y me atormentaron haciéndome pasar hambre y sed, y me azotaban por simple diversión. Se burlaban de mí. Se reían a mi costa… Me humillaron. Y no solo sus guerreros, sino también sus mujeres y sus hijos. ¿Cree que los niños son inocentes? Piénselo mejor. Deles permiso para hacer lo que quieran, y no habrá nada de lo que no sean capaces. Nada. Mire. —Se remangó la manga derecha y levantó el brazo. Cato vio que había un tosco entramado de blancas cicatrices. Querto forzó una sonrisa—. Me lo hicieron con las puntas de las lanzas calentadas al fuego. En los brazos, las piernas, en la espalda y en el pecho. Niños… Deben morir con el resto. No consentiré que sea de otro modo.

Cato sintió cierta compasión por el sufrimiento de aquel hombre. Macro y Julia habían sido prisioneros de un gladiador rebelde y su banda de seguidores y, aunque rara vez habían hablado de ello, Cato sabía que la experiencia los había marcado a ambos. Pero él creía firmemente que ese tipo de experiencias no justificaban un comportamiento como aquel. No había excepciones. Retrocedió medio paso y respondió con delicadeza:

—Te estoy dando una orden, centurión Querto. Haremos prisioneros.

—¡No! —Querto se agazapó, como una bestia acorralada, y llevó la mano a la empuñadura de su espada—. ¡Ellos mueren! ¡Todos! Y mataré a cualquiera que tenga clemencia con ellos.

—Entonces tendrás que matarme. —Cato lo dijo sin pensar, y su estupidez le horrorizó. Fue subiendo los dedos por el muslo en dirección a su espada.

—¿Matarle? —Querto se rio—. ¿Cree que no podría?

A Cato le palpitaba el corazón como si tuviera un martillo en el pecho.

—No sería el primer romano al que has matado, ¿verdad?

—Ni de lejos, prefecto. —Se oyó el débil roce de la hoja que empezaba a desenvainar.

Cato llevó la mano a su arma, pero resistió el impulso de sacarla de la vaina.

—Ya basta, Querto. Piensa en lo que estás haciendo. Me amenazas con un arma y, por los dioses, juro que haré que te crucifiquen.

—Bueno, ¿qué está pasando aquí? —lo interrumpió una voz. Cato miró a su izquierda, y vio aparecer a Macro de la penumbra, abriéndose paso con cuidado por entre los jóvenes árboles que crecían a lo largo del borde de la hondonada. Se oyó un leve gruñido de frustración en la garganta de Querto, que enfundó el arma y adoptó una postura más erguida. Cato hizo lo mismo, con el corazón aún palpitante en el pecho. En un descabellado momento de arrebato, pensó en gritarle a Macro que le ayudara a matar a Querto allí mismo, mientras tenían la oportunidad. Pero existía el peligro de que pudiera herir de muerte a alguno de los dos. Además, ¿qué pasaría si regresaban al campamento sin el tracio? Cualquier historia que se inventaran resultaría sospechosa, y los hombres de Querto enviarían a alguien a buscar a su líder. Cuando encontraran el cuerpo los destrozarían a los dos. Cato se dio cuenta de que aquel no era el momento de actuar. Se volvió hacia su amigo, e intentó parecer calmado.

—Macro, ¿qué haces aquí?

—Tardaba mucho, señor. Estaba preocupado. Vine para asegurarme de que no le hubiera ocurrido nada… A ninguno de los dos.

Si a Cato le quedó claro lo que quería decir, también le quedó claro a Querto, que alzó la vista al cielo y apretó los labios antes de decir:

—Será mejor que sigamos con esto, señor. Antes de que el enemigo se despierte.

—Sí. —Cato asintió, sin apartar la mirada de Querto—. Volvamos al campamento. Ve tú delante.

Querto se puso en marcha de inmediato, empezó a subir la colina a grandes zancadas para salir de la hondonada, rozando las finas ramas de los árboles jóvenes con sus anchos hombros y esparciendo el rocío a su paso. Cato se apresuró a seguirlo, y Macro se puso a su lado y se acomodó a su ritmo.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó en voz baja.

—Perfectamente.

—Da la impresión de que aparecí en el momento oportuno. ¿Qué estaba pasando?

—Una diferencia de opiniones. Nada más.

Macro se quedó callado un momento.

—Una diferencia de opiniones con ese hijo de puta tracio es probable que implique la muerte de un hombre. Será mejor que lo vigiles de cerca.

—Ya lo hago, créeme.

Tuvieron que esforzarse para seguir el ritmo del tracio. Dejaron atrás los árboles jóvenes, y se adentraron entre los altos pinos que cubrían la ladera. Una luz pálida se extendía por el cielo y daba un tono lechoso a los árboles. Querto avanzaba con rapidez por delante de ellos, y de vez en cuando echaba un vistazo atrás, pero no aflojó el paso para permitir que lo alcanzaran ni intentó adelantarse y dejarlos atrás. Pareció conformarse con mantener una distancia

prudencial entre ellos. Poco después, llegaron al claro en el que los cuatro escuadrones de caballería tracia habían pasado la noche sin fogatas para calentarse. Los hombres ya habían ensillado sus monturas y estaban reunidos en pequeños grupos, hablando en voz baja, con las lanzas apoyadas en el hombro y los escudos posados en el suelo.

En cuanto vislumbraron a su líder, se dirigieron a toda prisa a sus caballos, agarraron las riendas y esperaron órdenes. Querto se encaramó a la silla y exclamó tan fuerte como creyó prudente:

—¡Montad!

Cato y Macro tomaron sus caballos de manos de uno de los soldados que los guardaba y montaron. Situaron sus monturas en posición, entre el portaestandarte y los que tocaban los cuernos. Querto permanecía erguido en la silla, a una corta distancia de ellos, supervisando a los ciento veinte hombres de su fuerza principal. Cuando todos estuvieron bien colocados en sus sillas y el único sonido que se oía era el de los caballos al masticar el freno y el roce de sus cascos contra el suelo, Querto asintió con satisfacción.

—¡Preparados para avanzar!

Hizo dar la vuelta a su caballo en dirección al estrecho sendero que salía del claro, y chasqueó la lengua. El animal avanzó al trote, y Cato, Macro y los demás lo siguieron. Tras ellos fueron los escuadrones formados en columna, hasta que no se oyó más que el golpeteo de los cascos y el tintineo de los bocados y frenos. Al cabo de unos cien pasos a través de los árboles, el sendero se unía al antiguo camino que se adentraba en el valle, y Querto enfiló la suave pendiente a la cabeza de la columna. Los árboles ocultaron el paisaje durante un corto trecho hasta que, de pronto, se encontraron cabalgando al descubierto. En los pastos, a ambos lados, un grupo de robustas reses se dieron la vuelta y echaron a correr al verlos aparecer de repente.

A cosa de un kilómetro y medio de distancia, Cato vio el altozano en el que la choza del jefe dominaba el valle. Delante de él, un sendero pasaba cerca de uno de los grupos de chozas más pequeñas que constituían el poblado tribal. Más allá, el camino transcurría junto a unos cuantos corrales y las cubiertas de cuero de los silos, y luego descendía hasta un río de rápida corriente. Al otro lado de un vado, el sendero subía por la ladera del altozano.

Querto levantó el brazo con el que manejaba la espada y gritó:

—¡A medio galope!

Espoleó a su caballo, y el animal dio una patada y se empinó ligeramente, tras lo cual avanzó con una sacudida a un paso más rápido. Los hombres que iban detrás de él hicieron lo mismo, y el retumbo sordo de cientos de cascos inundó la atmósfera en torno a Cato. Un rostro apareció en la entrada de una de las chozas más próximas al camino, el de un hombre que se asomó con unos ojos como platos. Lanzó un grito de alarma, y desapareció otra vez en el interior. Al cabo de un instante, la columna pasó ruidosamente junto a aquella choza, y Cato vio que de otra un poco más alejada salía una mujer con un niño pequeño aferrado contra el pecho. La joven echó un vistazo al estandarte, dio media vuelta y se lanzó a la carrera alejándose de la aldea en dirección a los árboles. Aparecieron más figuras que huían en todas direcciones. Uno de los jinetes cambió bruscamente de dirección, pero un oficial se fijó en él de inmediato y le ordenó a voz en cuello que volviera a unirse a la columna.

El vado apareció por delante y, un instante después, Cato atravesó la corriente, que estalló en un caos de gotas plateadas mientras los caballos arremolinaban el agua al cruzar el río. Querto aminoró el paso en la otra orilla y extendió el brazo a un lado.

—¡Formad en línea!

El grupo de abanderados, con Cato y Macro incluidos, formaron en el centro de la línea, y los escuadrones se repartieron a ambos lados.

—¡Allí arriba! —Macro levantó el brazo y señaló la ladera—. Nos han visto.

Varios hombres habían salido en tropel de las chozas y bajaban por la pendiente gesticulando, llamando a las armas a sus compañeros.

La línea estuvo formada en pocos segundos. Cuando el último de los hombres de los flancos hubo situado su montura en posición, se oyó el toque agudo de un cuerno, cuyo sonido fue retomado por otro más alejado al cabo de un instante.

—Se han despertado —gruñó Querto—. No hay tiempo que perder. Vamos a atacar. —Desenvainó la espada y la alzó en el aire—. ¡Cuervos Sangrientos! ¡Cuando dé la orden! ¡A la carga!

Capítulo XXI

Querto bajó rápidamente la espada e hizo avanzar su caballo, al tiempo que un rugido feroz salía de su garganta. Sus hombres retomaron el grito, y Macro también, en tanto que Cato apretó la mandíbula y respiró rápida y profundamente mientras arengaba a su montura con la espada desenvainada, utilizando la hoja plana para golpearle la grupa. La línea de jinetes fue adquiriendo velocidad rápidamente a medida que se alejaban de la orilla del río y cruzaban la alta y frondosa hierba, adornada de rocío y salpicada de flores de un vivo color amarillo. Detrás de los jinetes el sol se alzaba por encima de las colinas, y los primeros rayos bañaban el valle con una pálida luz dorada.

Los caballos fueron adquiriendo velocidad hasta ponerse a galope tendido, y Cato notó el rugido del aire en los oídos mientras su cuerpo se sacudía y balanceaba siguiendo el ritmo de los impactos del caballo que galopaba debajo de él. Agarró las riendas con más firmeza, apretó los muslos contra los flancos de su montura y se inclinó hacia adelante manteniendo su mano armada baja y extendida hacia un lado, donde no pudiera herirlo accidentalmente, ni a él ni a Macro, que iba a su derecha. A ambos lados, los tracios sostenían las lanzas en una vertical inclinada hacia adelante por el mismo motivo, y Cato vio que estaban acatando la disciplina; ni un solo hombre había perdido la línea ni había bajado la punta de su arma todavía. El estruendo de los gritos excitados de Macro le llenaba los oídos. Los caballos

más rápidos empezaron a adelantarse levemente, y Querto ordenó a sus hombres que mantuvieran la formación gritando a voz en cuello para que le oyeran por encima del estrépito.

A unos ciento cincuenta pasos por delante, los guerreros siluros se apresuraban hacia la choza del jefe para formar un perímetro defensivo. Agarraron a toda prisa las primeras piezas de armadura y armas que encontraron. La mayoría de ellos llevaba escudo, unos escudos grandes, planos y redondos, con unas caras pintadas con elegancia que representaban animales salvajes. Con la otra mano asían lanzas, espadas o hachas. Cuando la suave pendiente empezó a nivelarse, Cato vio que el jefe salía de su choza, una figura alta y corpulenta, con la coronilla calva y bordeada de un pelo pelirrojo peinado hacia atrás con dos trenzas. Sus hombres le habían dado tiempo suficiente para ponerse una cota de malla, y les estaba dando órdenes a gritos con un hacha de batalla de mango largo en la mano derecha.

Cuando los Cuervos Sangrientos llegaron a la cima del altozano, las chozas del exterior los obligaron a rodearlas desordenadamente, con lo que los jinetes empezaron a maldecir y los caballos a relinchar, apiñados unos contra otros. Seguían saliendo hombres de las chozas, y, cuando Cato se aproximaba a la entrada de una de ellas, la cortina de cuero se retiró de repente y un siluro protegido con un escudo lanzó una estocada con una lanza de caza contra los jinetes que pasaban. La punta penetró en el costado del caballo del portaestandarte, que iba justo delante del prefecto. Un relincho agudo hendió el aire, y el animal se hizo a un lado de golpe y arrancó la lanza de manos del guerrero. El extremo del arma golpeó contra el lado de la choza y se partió con un fuerte chasquido, y el trozo astillado salió volando hacia Cato. Él agachó la cabeza justo

a tiempo, y notó el golpe de la madera, que rebotó en la parte superior de su casco. A continuación, levantó la vista y se retorció en la silla para asestarle una estocada al atacante. La espada que había sacado de los almacenes del fuerte tenía más alcance que el gladio al que estaba acostumbrado, pero el guerrero retrocedió de un salto y la hoja solo alcanzó el marco de madera de la puerta. Cato recogió el brazo y la choza quedó atrás.

A su derecha, vio que Macro alcanzaba a un siluro bajo y corpulento que llevaba una túnica marrón. El hombre se volvió a medias, justo a tiempo de ver cómo la hoja de Macro hendía el aire y le daba en la cabeza, cortándole la carne y destrozándole la mandíbula. El guerrero se desplomó y se perdió de vista bajo los caballos. Se oyó un breve grito de dolor que murió con él, aplastado en el suelo.

—¡Matadlos a todos! —gritó Querto con una expresión de maníaco en sus rasgos. Sus hombres repitieron el grito, mientras acababan con los pocos nativos que habían respondido demasiado tarde a la llamada para unirse con sus compañeros frente a la choza del jefe. Otro hombre salió de la misma choza principal, un tipo alto y de constitución robusta. Iba protegido con armadura y un casco bajo el cual asomaba un cabello rubio que le caía por encima de los hombros. Llevaba lanza y escudo, y se abrió paso a empujones entre otros dos para ocupar su lugar en la línea de combate. Había algo en sus facciones que llamó la atención de Cato. Tenían algo que le resultaba vagamente familiar. Pero no tenía tiempo de pensar en ello más de un instante.

Los Cuervos Sangrientos avanzaron en tropel, cruzaron el espacio abierto con un retumbo de cascos, pisoteando los restos de fogatas y levantando remolinos de ceniza y brasas encendidas. Algunos de los tracios se precipitaron entre Macro y Cato, obligándolos a separarse, y Cato se vio

desplazado a unos veinte pasos a la izquierda de su amigo y del resto del grupo de mando en el preciso momento en que los primeros jinetes bajaban las puntas de sus lanzas y se abalanzaban al ataque contra la línea de guerreros siluros. Se oyeron toda una serie de ruidos metálicos y golpes sordos cuando las armas entrechocaron y alcanzaron los escudos. Los gritos de batalla murieron en los labios de los hombres cuando se enzarzaron en combate, esgrimiendo las armas con furia mientras se asestaban tajos y estocadas unos a otros. Cato vio que delante de él se estaba abriendo un hueco entre dos jinetes, y tiró de las riendas para conducir a su montura hacia allí, con la espada en alto, lista para atacar.

Un guerrero enemigo apareció frente a él de un salto, enseñando los dientes entre el denso vello oscuro de su barba. Levantó el escudo e hincó una lanza contra el cuello de su caballo. *Aníbal se* encabritó y se apartó, agitando violentamente las patas delanteras, en tanto que Cato echaba todo su peso hacia adelante y aferraba las riendas con firmeza para evitar caer de la silla. Uno de los cascos golpeó la punta de la lanza del guerrero y la empujó hacia abajo, y el hombre retrocedió unos pasos para evitar el peligro de las coces. El caballo se dejó caer de nuevo, y Cato se esforzó por mantenerse erguido, justo a tiempo de parar otra estocada por parte del siluro. Su hoja larga resonó con el golpe, y el prefecto torció el brazo para desviar la punta de la lanza, luego azuzó a su caballo para que avanzara contra el guerrero enemigo, golpeó contra su escudo con un ruido sordo y echó al hombre hacia atrás. Cato no le dio tiempo a recuperar el equilibrio e hizo descender su espada, haciéndola llegar tan lejos como pudo. El filo cortó el aire con un silbido y alcanzó a aquel hombre en el hombro, decorado con elaborados dibujos de glasto. La hoja hendió la carne y llegó a la clavícula, que se partió con la fuerza

salvaje del golpe. El guerrero lanzó un grito de dolor, retrocedió tambaleándose y dejando caer el escudo. No obstante, todavía fue capaz de levantar la lanza, aun a través del velo rojo de su dolor, y lanzó la punta hacia Cato.

El prefecto dio un tirón salvaje a las riendas, y *Aníbal* se volvió bruscamente a la derecha, con lo que la punta de la lanza golpeó ruidosamente el escudo. Cato se retorció en la silla e hizo descender la espada otra vez, incapaz de dar mucha fuerza al golpe. Pero bastó para que el Siluro retrocediera dando traspiés, con la sangre que manaba de la herida del hombro corriéndole por el pecho. Soltó la lanza, colocó firmemente la mano sobre la carne desgarrada, dio media vuelta y se alejó del combate tambaleándose. Cato lo dejó marchar y, al ver que no había ninguna amenaza inminente, echó un vistazo a su alrededor. Los auxiliares habían penetrado en las filas poco densas del enemigo, y los combatientes luchaban en pequeños focos frente a la choza grande. Macro iba junto a Querto, y ambos se lanzaron contra un grupo de siluros y se quedaron entre ellos, dispersando al enemigo y matando a unos cuantos guerreros más que se sumaron a los que yacían ya en el suelo, muertos o heridos.

El jefe, su compañero alto y varios de sus hombres habían formado un apretado círculo para resistir a los tracios. Mientras Cato observaba, uno de los Cuervos Sangrientos hizo avanzar su caballo y lanzó un golpe con la lanza. La punta golpeó contra un escudo y, cuando el tracio recuperaba el arma, el hombre alto de pelo rubio avanzó corriendo y alcanzó al jinete en el costado con una pica. La fuerza del golpe bastó para derribarlo de la silla, y el cuervo cayó al suelo al otro lado del caballo. De inmediato, un siluro fornido armado con un hacha dio un salto hacia adelante e hizo descender su arma con ambas manos. La cabeza del hacha se estrelló en la espalda del auxiliar, que quedó

tendido en el suelo. Otro golpe detrás de la cabeza le partió el casco de hierro y le destrozó el cráneo.

Cato vio entonces que el portaestandarte estaba a un lado, atrapado contra la choza por un grupo de siluros que utilizaban las espadas para asustar al caballo mientras se abalanzaban sobre el tracio para matarlo. A todos los soldados del ejército romano les inculcaban la vergüenza de dejar que el estandarte cayera en manos enemigas, de modo que, automáticamente, Cato volvió su caballo hacia la choza y avanzó. Pasó rozando a unos jinetes que se habían quedado un poco apartados del combate. Cato blandió su espada ensangrentada y les ordenó a voz en grito:

—¡Seguidme!

No esperó a ver si le habían obedecido o no, y concentró su atención en el enfrentamiento entre los siluros y el portaestandarte. Uno de ellos ya había herido al caballo, y la sangre caía por el pelaje del animal y salpicaba el suelo. Otro hombre hizo un amago hacia el jinete, con lo que le obligó a volverse y afrontar el peligro. De inmediato, otro se precipitó hacia él desde el otro lado, le asestó un tajo en la pantorrilla y retrocedió de un salto. El portaestandarte lanzó un grito de dolor, sus labios se separaron dibujando una mueca en su rostro mientras se movía de un lado a otro, desesperado por mantener alejados a todos sus oponentes.

El ruido del caballo de Cato al acercarse hizo que el más próximo de los siluros se volviera a mirar y se diera la vuelta hacia la nueva amenaza, afirmando los pies en el suelo mientras se cubría el cuerpo con el escudo y alzaba la espada dirigiendo la punta hacia el romano que se le venía encima. Por detrás de aquel hombre, Cato vio que el portaestandarte lo miraba a los ojos. Su rostro tenía una expresión extraña, fría y calculadora. Acto seguido, soltó el asta del estandarte, y la imagen del cuervo negro sobre la tela roja ondeó mientras caía al suelo.

—Qué demonios…

Horrorizado, Cato vio que el portaestandarte agarraba las riendas y alejaba el caballo de la choza. Uno de los enemigos cayó sobre el estandarte con un grito de triunfo. Dejó el escudo y recogió el estandarte, poco antes de ver que el caballo de Cato se dirigía hacia él a toda velocidad. El guerrero soltó un grito rápido, hizo un gesto a sus compañeros y salió corriendo con su preciado trofeo.

Cato se inclinó hacia adelante en la silla, sostuvo la espada con el brazo extendido a un lado y cargó contra el siluro que tenía más cerca. Cortó el aire con la espada, pero su enemigo se apartó ágilmente y acto seguido avanzó para lanzar su contraataque, una estocada dirigida con mucha fuerza contra la cintura del prefecto. El movimiento nervioso de su caballo echó a perder el intento, y la punta rebotó a un lado del peto de Cato. El romano propinó entonces otro tajo que golpeó el escudo del siluro y lo alejó. Ambos se detuvieron un instante, evaluándose mutuamente, y entonces el compañero del siluro avanzó para sumarse a la pelea. Más allá, el tercer hombre escapaba con su trofeo, rodeando la parte trasera de la choza. Cato oyó el sonido de unos cascos por detrás de él, solo podían ser los hombres a los que había ordenado que le siguieran, y siguió atacando a los siluros que se habían vuelto hacia él. Hizo avanzar su montura y arremetió una y otra vez contra sus escudos, con unos golpes sordos que hicieron saltar astillas de la superficie de madera pintada, y consiguió hacer retroceder a uno de los guerreros, alejándolo de su compañero.

—¡Ocupaos de ellos! —gritó Cato, y espoleó su caballo para dirigirse a la parte de atrás de la choza. En aquel momento, lo único que importaba era recuperar el estandarte. Mientras su montura se ponía al galope, oyó a sus espaldas el entrechocar de las armas cuando los tracios se lanzaron contra los dos hombres. Su caballo rodeó

ruidosamente la curva de la choza, y Cato pudo ver al siluro que sostenía el estandarte frente a él como si fuera un ariete y bajaba corriendo por la pendiente alejándose del combate. A unos cincuenta pasos más adelante, el prefecto vio que había un gran cercado de mimbre entramado que contenía unos veinte o treinta caballos, algunos de los cuales ya estaban ensillados. Un joven mozo de cuadra siluro se había encaramado a la entrada de la cerca, y miraba cuesta arriba hacia los sonidos de la batalla con cara de preocupación. Volvió a entrar enseguida, y reapareció al cabo de un momento con una horca, apuntando con las puntas de la herramienta en dirección a Cato. El hombre que llevaba el estandarte seguía corriendo, y cuando se volvió a mirar a su perseguidor su expresión victoriosa se tornó de alarma al ver que el romano iba pisándole los talones.

Cato apretó las piernas contra los costados de su montura y preparó la espada mientras se acercaba a su presa. La hoja se alzó, se detuvo mientras el prefecto calculaba el momento de asestar el golpe y luego cayó. En el último instante, el siluro intuyó el golpe, se arrojó a un lado y rodó sobre la hierba aferrado con fuerza al estandarte de los Cuervos Sangrientos.

—Mierda… —masculló Cato al tiempo que tiraba de nuevo de las riendas para dirigir el caballo hacia el guerrero, que se levantó y corrió a toda velocidad hacia el cercado gritando órdenes al joven de la entrada. Cato puso el caballo a un constante medio galope para convergir con el guerrero, pero era demasiado tarde para interceptarlo y matarlo antes de que llegara a la puerta. En cuanto consiguió llegar allí, el siluro se dio la vuelta. El pecho se le movía agitadamente por el esfuerzo, pero el hombre atacó a Cato con la punta del estandarte. La persecución había terminado, y el prefecto detuvo su montura a una corta distancia de los dos hombres. Se dio cuenta de que el joven de la horca tenía miedo. Sus

ojos se abrían de par en par, y las puntas de su precaria arma temblaban. Cato acercó el caballo poco a poco, apuntó al joven con la espada y movió la hoja hacia un lado.

—¡Márchate! ¡Sal de aquí!

Aunque las palabras no eran en su idioma, el significado quedó muy claro y el joven empezó a moverse hacia un lado arrastrando los pies, hasta que una orden brusca por parte de su compañero lo detuvo. Cato oyó ruido de cascos por detrás de él, y al echar un vistazo a la pendiente vio que los dos tracios bajaban cabalgando hacia el cercado. Se animó al verlos. Ahora sería imposible que se perdiera el estandarte. Pero entonces aminoraron el paso y se detuvieron a unos cien pies de distancia.

—¿A qué estáis esperando? —les gritó Cato—. ¡Conmigo! ¡Ya!

Ninguno de los dos se movió, y sus monturas permanecieron quietas en la larga hierba mientras sus jinetes miraban a Cato en silencio.

El prefecto sintió que la furia ardía en su pecho. «¡Pues vaya con la cacareada reputación de los Cuervos Sangrientos!», pensó con amargura. Estaba ya a punto de volver a gritarles, cuando el siluro del estandarte lanzó un rugido y cargó contra él. Cato no tuvo mucho tiempo para reaccionar, y se volvió para presentar su escudo mientras sostenía la espada por encima de la cabeza. El guerrero tenía los ojos muy abiertos, y apretó los dientes mientras preparaba los hombros y arrojaba todo su peso detrás del golpe. La punta alcanzó la parte baja del escudo y astilló la madera, penetró entre las tiras laminadas, salió por el otro lado, y alcanzó al caballo justo por delante de la rodilla de Cato. El animal se hizo a un lado de una sacudida, y Cato lanzó una estocada contra la cabeza del guerrero. El siluro se agachó, recuperó el estandarte de un tirón, echó a caminar hacia atrás y se preparó, luego le gritó algo a su

compañero. El joven avanzó con vacilación, y fue desviándose a la izquierda poco a poco con la intención de flanquear a Cato.

—Joder… —dijo él entre dientes mientras se volvía a uno y otro lado para intentar no perder de vista a ninguno de sus dos contrincantes. Se arriesgó a echar un vistazo cuesta arriba, hacia los dos tracios que seguían esperando, y un escalofrío le recorrió la espalda. Ya no cabía duda de que esos dos seguían órdenes de Querto. Centró nuevamente la atención en el enemigo. La principal amenaza era el guerrero. Si Cato podía acabar con él, seguro que el joven daría media vuelta y huiría. Por otro lado, el nerviosismo de aquel muchacho lo hacía impredecible. Tanto podía arrojarse contra Cato como un animal salvaje como salir huyendo ante el menor peligro. El prefecto se volvió hacia él de manera instintiva y se inclinó para golpear la horca. El joven no fue lo bastante rápido para esquivar el golpe, y la hoja partió una de las puntas de la horca y empujó la herramienta hacia el suelo. Inmediatamente Cato propinó un débil revés, con el que la punta de la hoja rasgó la túnica del joven y le hizo una leve herida superficial en el pecho. El muchacho gritó más de sorpresa que de dolor, retrocedió tambaleándose aterrorizado y soltó la horca. A continuación se volvió dando traspiés, y finalmente echó a correr, alejándose de Cato y del cercado, hacia alguna de las chozas que había a unos cuantos centenares de pasos de distancia.

El otro siluro lanzó un insulto desdeñoso al joven que se marchaba, y luego arremetió de nuevo con el estandarte de los Cuervos Sangrientos. En esta ocasión apuntó más alto, y Cato levantó el escudo para bloquear el golpe, pero en el último instante su oponente desvió la punta hacia un lado, de modo que el travesaño de hierro de lo alto del estandarte pasó bajo el borde del escudo. Luego, con un rápido giro de

muñeca, enganchó el travesaño en el escudo y tiró con todas sus fuerzas. El escudo dio una sacudida en la mano de Cato, y el borde superior le dio en la barbilla. Notó el sabor de la sangre en la boca, volvió a notar un tirón del escudo y lo soltó. Estandarte y escudo salieron volando hacia el guerrero, que perdió el equilibrio y cayó en la hierba. Antes de que el hombre pudiera recuperarse, Cato se inclinó en la silla, tiró una estocada al cuello de su oponente y lo clavó en el suelo, retorció la hoja y la liberó de un tirón. La sangre salió a borbotones de la herida, y el siluro se agarró la garganta con las manos mientras escupía sangre, gorgoteaba y se esforzaba por respirar. Cato, seguro de que el guerrero estaba acabado, bajó del caballo para recuperar tanto su escudo como el estandarte de los Cuervos Sangrientos. Deslizó la correa del escudo por uno de los arzones de la silla, y montó de nuevo sosteniendo el estandarte en alto, de modo que la tela lastrada revelaba claramente la imagen del cuervo. Se sintió aliviado de haber evitado la vergüenza de que la unidad fuera humillada por la pérdida del estandarte.

Volvió el caballo hacia la pendiente, y vio que los dos tracios sacudían las riendas y conducían sus caballos cuesta abajo. Cato los miró frunciendo el ceño, y estaba ya a punto de pedirles explicaciones cuando se dio cuenta de que había algo raro en su actitud. Lo miraban con frialdad mientras se acercaban, luego bajaron las lanzas y las sostuvieron a un lado, dispuestos a atacar…

Dispuestos a matar a su prefecto.

Capítulo XXII

Habían caído casi todos los enemigos, y los supervivientes se hallaban agrupados en torno a su jefe y el hombre alto de pelo rubio, que había combatido tan bien como el mejor soldado que hubiera visto nunca Macro. Movía los pies con agilidad, y propinaba golpes diestros y letales con su lanza. Ya había matado a dos de los tracios y herido a un tercero, sin haber sufrido ni un rasguño a cambio. En torno a él había otros diez o doce siluros, algunos de ellos heridos, pero todos con los escudos alzados y las armas apuntando a sus enemigos.

Hubo una breve pausa mientras los jinetes se replegaban para formar una media luna en torno a los siluros, que habían retrocedido y se hallaban de espaldas a la entrada de la choza del jefe. Miraban con recelo a los tracios, con el pecho palpitante.

Macro vio que estaba cerca de Querto y se dirigió a él.

—Es hora de decirles que se rindan. ¿Conoces su idioma lo bastante bien como para pedírselo?

Querto se volvió hacia Macro con el ceño fruncido.

—Lucharán hasta el final o morirán. No habrá prisioneros.

Macro fue acercando su caballo al del tracio.

—Sí, los habrá. Ya oíste al prefecto. Capturaremos a todo aquel que se rinda. Solo serán un objetivo legítimo los que no lo hagan.

Querto refunfuñó y clavó una mirada fulminante en los hombres que había frente a la choza.

—Son las órdenes —insistió Macro con firmeza—. Diles que depongan las armas.

Por un momento, dio la impresión de que el otro se negaría. Pero al cabo asintió, tomó aire y se dirigió al enemigo. Mientras el hombre rubio respondía, Macro se irguió en la silla y miró en derredor buscando a Cato.

«¿Dónde demonios está? —masculló para sus adentros—. A veces creo que es un peligro dejar suelto a ese muchacho…».

Entonces recordó que había visto fugazmente a su amigo rodeando la choza del jefe en persecución de un guerrero. Macro miró otra vez a Querto, quien seguía intercambiando palabras con el jefe de los guerreros. Vio que los siluros se relajaban un poco y se miraban unos a otros mientras proseguía la conversación. Macro consideró que su rendición era prácticamente segura, y que ya no era necesario que permaneciera junto a Querto. Tiró de las riendas, se abrió paso entre los jinetes y se fue trotando hasta la parte trasera de la choza, siguiendo la dirección que había visto tomar a su amigo poco antes. Pasó junto a un cuerpo tendido en el suelo y siguió dando la vuelta. Al llegar a lo alto del declive, sintió una oleada de alivio al divisar el penacho rojo del casco de Cato, y vio que el prefecto tenía el estandarte de la cohorte tracia en una mano y el escudo en la otra. A una corta distancia delante de Cato, había dos de los tracios que cabalgaban hacia él con despreocupación. Macro estaba a punto de lanzar un grito para llamar a su amigo, cuando las palabras murieron en su garganta. Los dos tracios habían puesto sus monturas a medio galope y cargaban contra Cato con las lanzas en ristre.

—¿Qué coño es esto? —se dijo Macro entre dientes. De pronto, como si recibiera un mazazo, se dio cuenta de que su amigo estaba siendo atacado por sus propios hombres,

clavó los talones en su montura y le dio una palmada en la grupa—. ¡Vamos!

El caballo avanzó de un salto y bajó por la pendiente al galope. Macro vio que los tracios se acercaban más y más a su amigo. Cato los miraba fijamente e intentaba manejar el escudo para valorar cómo le protegería mejor del ataque de dos hombres a la vez. En el último momento, espoleó a su caballo y bajó el estandarte como si fuera una lanza, y fue a por el jinete de su derecha. Los tres hombres chocaron, y se oyó el golpe sordo de una lanza que rebotó en el escudo. Luego hubo un entrechocar de armas cuando Cato y el hombre de su derecha intercambiaron unas furiosas lanzadas y paradas. El estandarte no estaba pensado para utilizarse como pica, y a Cato le resultaba difícil de manejar mientras luchaba por su vida. Además, sus posibilidades de sobrevivir se veían mermadas por la necesidad de no apartar la vista de la izquierda, al tiempo que rechazaba los ataques del otro tracio. Macro se dio cuenta de que su amigo no podría aguantar mucho más, y azuzó a su caballo violentamente. Se oyó entonces un grito de frustración cuando a Cato se le escapó el estandarte de entre los dedos con una sacudida y cayó en la hierba. Llevó la mano atrás rápidamente, e intentó agarrar la espada mientras uno de sus oponentes se iba acercando más a su lado desprotegido para asestar el golpe mortal. En el último momento, el prefecto estrelló el escudo en la cara del hombre de su izquierda, al tiempo que esquivaba la lanza levantada del otro asaltante, metía las manos por debajo de su escudo y lo agarraba de la capa y de la túnica en un intento desesperado de desmontar al tracio. Forcejearon, Cato estaba ya medio fuera de la silla, en tanto que el otro tracio encaraba ya su montura hacia la espalda del prefecto para atacarlo por detrás.

Pero entonces oyó el galope del caballo de Macro, y el segundo tracio vaciló, lanzó una fugaz mirada hacia el centurión y, por instinto, hizo virar su montura para afrontar la inesperada amenaza. Macro sostuvo el escudo en alto y se encorvó para que lo cubriera hasta las mejillas. No había tiempo para pensar, por lo que simplemente apretó la mandíbula y cabalgó directamente hacia el hombre. El tracio comprendió las intenciones de Macro en el último segundo, y espoleó a su caballo para intentar apartarse. Era demasiado tarde, y la montura de Macro chocó violentamente con él. El impacto derribó al otro caballo que, con un relincho agudo y aterrorizado, cayó de costado y rodó de espaldas, agitando violentamente las patas en el aire. El jinete soltó un grito de pánico antes de que el peso del caballo que se le venía encima lo dejara sin respiración y le aplastara el pecho y las extremidades.

Cato seguía peleando con el otro hombre, intentando agarrarlo del torso con una mano, en tanto que con la otra aferraba la muñeca de su brazo armado y se esforzaba por mantener la punta alejada de su cuerpo.

—¡Aguanta, muchacho! —gritó Macro mientras recuperaba el control de su montura que, asustada, intentaba rehuir el enfrentamiento.

El tracio que luchaba con Cato dio un fuerte tirón a las riendas, con lo que su caballo se apartó un tanto y tiró del prefecto, amenazando con arrancarlo de la silla. Cato se aferró desesperadamente, consciente de que, si se soltaba y le dejaba espacio al tracio para que utilizara la lanza, estaba muerto. Cuando ya parecía que iba a caer bajo el caballo del otro, Cato le soltó de pronto la muñeca y agarró el mango de su daga. La desenfundó tan deprisa como pudo, y acuchilló al tracio en el muslo y la ingle. El hombre profirió unos aullidos de dolor y furia, soltó la lanza y lanzó un puñetazo en la orejera del casco del prefecto, y a continuación un

fuerte golpe en el tabique nasal. Cato notó un crujido, sintió un dolor agudo y empezó a sangrar por la nariz. El tracio gruñó y alzó el puño para golpear de nuevo, pero pareció congelarse en el gesto: al alzar la mirada instintivamente, Cato vio el destello de una espada que se hundía en el ángulo del cuello del hombre y notó que su sangre caliente le salpicaba la cara. El tracio miró a Cato con la boca abierta y una expresión de sorpresa en los ojos, que se le pusieron en blanco antes de que se desplomara en la silla con un apagado gorgoteo. La espada ensangrentada volvió a brillar tras ser retirada de un tirón, el hombre profirió un último gemido y su caballo se hizo a un lado con una especie de contoneo, arrastrando consigo a Cato hasta que este consiguió arrancar la daga de la pierna del tracio y soltó la capa. Cayó al suelo, arrojando la daga a un lado para no aterrizar encima de ella. El golpe fue fuerte y lo dejó sin aliento, pero Cato tuvo suficiente tino para hacerse un ovillo en el suelo mientras los cascos del caballo golpeaban la hierba a su alrededor.

—Ya está, muchacho… —le dijo la voz preocupada de Macro.

Cato se arriesgó a echar un vistazo, y vio el penacho transversal del casco de un centurión que le tapaba la luz cada vez más intensa del cielo del amanecer. Sintiéndose a salvo, rodó para levantarse y se puso de pie de forma insegura, mientras se limpiaba la sangre de la nariz con el dorso de la mano. Macro recuperó el estandarte que estaba tirado en la hierba, y lo clavó firmemente en el suelo. Luego se volvió a mirar a los dos tracios. El caballo que se había caído se había vuelto a levantar y permanecía a cierta distancia de su jinete, como si desconfiara de él. El hombre se retorcía débilmente, respirando con dificultad. El otro tracio se balanceó un momento en la silla y luego se deslizó por un lado hasta caer al suelo. Su montura se alejó dando

unos cuantos saltitos, se detuvo y bajó la cabeza para olisquear a su jinete.

Macro se volvió nuevamente hacia Cato.

—¿Te importaría explicarme de qué coño iba todo esto?

El prefecto todavía no había recuperado el aliento y lidiaba con el dolor de su nariz rota. Levantó la mano, y respondió con una voz engolada debido a la sangre de la nariz:

—Un… momento…

—Estaban decididos a matarte, muchacho. Lo vi todo. No hay duda.

Cato asintió y se acercó al hombre que Macro había derribado. Se inclinó y vio la terrible herida, allí donde la espada de Macro había penetrado inclinada en su cuello, destrozando la clavícula y tal vez los pulmones, antes de detenerse a una profundidad de unos veinte centímetros. La sangre salía a borbotones de la herida, se le encharcaba en el pecho, rebosaba y caía sobre la hierba mientras el tracio apretaba los dientes con la mirada fija en el pálido cielo. Cato se arrodilló a su lado.

—¿Por qué me atacasteis?

El tracio parpadeó, volvió la vista hacia Cato pero no respondió. El prefecto se acercó más a él.

—¡Dímelo!

Sus labios esbozaron una leve sonrisa burlona.

—Este cabrón necesita que lo azucen un poco —dijo Macro. Rodeó a su amigo y se quedó de pie junto a la cabeza del tracio. Levantó la bota y la puso sobre la herida de aquel hombre, al principio con suavidad, pero inmediatamente incrementó la presión hasta que el tracio gritó de dolor y se retorció. Macro meneó la bota contra la herida, con lo que los clavos de la suela se clavaron en la carne y el hueso ensangrentados. Solo entonces aflojó.

—Responde a la pregunta del prefecto, o te doy un poco más.

—¿Por qué me atacasteis? —repitió Cato.

El tracio jadeaba, luchando contra las oleadas de dolor que le provocaba la herida. Se pasó la lengua por los labios mientras reunía fuerzas para responder.

—Lo hice… por el centurión.

—¿El centurión? ¿Querto?

El hombre asintió con un leve movimiento de la cabeza.

—La cohorte… le pertenece a él… no a ti. Nunca a ti.

—¿Él te ordenó que lo hicieras?

El tracio se desplomó otra vez sobre la hierba y empezó a temblar de forma incontrolada mientras se desangraba. Cato lo agarró del pañuelo del cuello, empapado de sangre, y tiró bruscamente para levantarle la cabeza.

—¿Querto os ordenó que me matarais? —le gruñó al hombre.

El tracio puso los ojos en blanco y se atragantó con su propia sangre, que le borboteó por la comisura de los labios, pero aún fue capaz de pronunciar una última palabra con voz débil.

—Querto…

—¿Qué? —preguntó Cato—. ¿Qué pasa con Querto? ¡Habla!

Pero era demasiado tarde. Al tracio se le fue la cabeza hacia atrás, inerte, y Cato lo miró con furia una última vez, tras lo cual soltó el pañuelo y retiró la mano con enojo.

—¡Hijo de puta!

Mientras Cato se levantaba, Macro retiró la bota y se la limpió en la hierba. El centurión se quedó mirando el cadáver y chasqueó la lengua.

—Hay que reconocer que Querto inspira lealtad en sus hombres.

—¿Lealtad? —Cato escupió la palabra con amargura—. ¿Lealtad a qué? A Roma no, desde luego. Solo a ese cabrón enfermo que quiere bañarse en sangre.

Macro miró a su amigo.

—Lo decía con ironía.

Se quedaron mirando mutuamente, hasta que Cato sonrió con nerviosismo, contento de soltar la tensión del momento. Macro sonrió de oreja a oreja.

—¿Has visto? Creo que debe de hacer demasiado tiempo que ando contigo, Cato. La ironía… bueno, está claro que no era algo que me saliera con facilidad. En fin, ¿qué está pasando, en nombre del Hades? ¿Crees que estos cabrones actuaban por su cuenta o seguían órdenes de Querto?

—¿A ti qué te parece? Él está detrás de esto. Me quiere muerto, igual que al último prefecto, para así poder seguir dirigiendo Bruccio como su pequeño reinado.

Macro infló los carrillos y soltó aire.

—Se está arriesgando mucho. Un prefecto muerto parece un accidente, mala suerte. Dos parecen una conspiración. —Se interrumpió y meneó la cabeza—. Joder… Conspiración. Se cierne sobre nosotros como un maldito nubarrón. Pensaba que cuando volviéramos al ejército íbamos a llevar una buena vida. No esto… ¿Estás seguro de que esto es cosa de Querto?

—Estoy seguro. Me tendieron una trampa, Macro. Incluso el portaestandarte debía de estar involucrado. Dejó que los siluros lo capturaran, a sabiendas de que yo los perseguiría y me alejaría del combate. En cuanto me separé del resto de la cohorte, estos dos vinieron detrás de mí. Primero se mantuvieron al margen, esperando que el enemigo tuviera la oportunidad de matarme primero, y luego intervinieron para terminar el trabajo. Todo muy bien pensado. Yo habría tenido una buena muerte intentando salvar el estandarte, y Querto tendría una historia que poder vender, tanto a ti

como al cuartel general, llegado el momento. —Cato asintió con seriedad—. Es astuto como una serpiente.

Macro empujó al tracio muerto con la puntera de la bota.

—¿Qué hacemos? Ha fallado en su intento y tú sigues vivo. ¿Ahora qué? ¿Le hundimos un cuchillo entre los omóplatos a Querto? Ese cabrón se merece eso y más.

Antes de que Cato pudiera responder, oyeron el ruido de unos caballos que se acercaban y, al levantar la vista, vieron que Querto bajaba por la pendiente hacia ellos, a la cabeza de uno de sus escuadrones. Macro preparó la espada y se dio la vuelta de cara a ellos con expresión adusta. Cato se situó a su lado, y llevó la mano al pomo de su espada.

—Macro —le dijo en voz baja—, corremos un grave peligro. Deja que hable yo.

Su amigo asintió sin dejar de mirar con recelo a los jinetes que se aproximaban.

Querto frenó su montura a una corta distancia de ellos, y sus hombres se detuvieron ruidosamente a ambos lados del centurión. Hubo unos breves instantes de silencio, durante los cuales Cato escudriñó el rostro del oficial tracio y vio en él la fría mirada de frustración que confirmó sus sospechas. Querto señaló el estandarte con un gesto.

—Así pues, lo ha salvado. Salvó el honor de la cohorte.

—Salvé el estandarte —repuso Cato deliberadamente. A continuación, señaló los cuerpos de los tracios—. Pero no pude salvar a estos hombres.

Querto miró a los muertos, y luego sus oscuros ojos se clavaron nuevamente en Cato.

—¿Qué ocurrió? —preguntó en tono apagado.

—Intentaron quitarle el estandarte a ese siluro. Los mató a ambos antes de que yo pudiera intervenir.

Macro se movió a su lado; la explicación lo había pillado desprevenido. Cato rezó fervientemente para que su amigo mantuviera la boca cerrada durante los próximos instantes.

Querto movió lentamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Entonces, murieron como héroes.

—Se diría que sí…

Al fin el tracio hizo un gesto para señalar el rostro de Cato.

—Está herido, señor.

—No es nada. —Cato dio media vuelta para acercarse a su caballo y se encaramó a la silla. Macro vaciló un momento, le lanzó una mirada fulminante a Querto, y luego siguió el ejemplo de su amigo. El prefecto recorrió entonces el valle con la mirada, y vio las figuras distantes de los hombres y mujeres de la tribu que corrían para salvar la vida, agarrando de la mano a sus hijos y dirigiéndose hacia los árboles a ambos lados del valle. Se limpió la sangre de los labios. Ya empezaba a coagularse en la nariz, y tan solo seguía manando un pequeño hilo de sangre. Se aclaró la garganta.

—Centurión Querto, ordena a tus hombres que reúnan a los prisioneros. Solo tienen que matar a aquellos que se resistan. Hay que llevar a los prisioneros, así como a nuestras bajas, a la choza del jefe de la tribu. ¿Está claro?

Querto movió la cabeza en señal de afirmación.

—He dicho: ¿Está claro, centurión?

—Sí, señor.

—Eso está mejor. Pues ocúpate de ello enseguida.

—Sí, señor. —Querto hizo dar la vuelta a su caballo y dio órdenes a sus hombres a voz en cuello. Los jinetes se pusieron en marcha de inmediato para informar a los demás escuadrones, y Cato y Macro cabalgaron de nuevo hacia lo alto de la ladera. Querto hizo señas al resto de sus hombres, y estos formaron en filas detrás del prefecto y su compañero. En cuanto llegaron al altozano, Cato se dirigió a la zona abierta frente a la choza grande, y vio a una veintena de

enemigos desarmados y sentados en el suelo, vigilados por varios de los auxiliares tracios. Entre los prisioneros se encontraba el gigante rubio, que llamaba la atención no solo por su estatura, sino también por su cabello claro, pues la mayoría de siluros lo tenían oscuro. Lo habían despojado de su armadura, del escudo y del casco, y ahora Cato pudo ver sus rasgos con más claridad. Frenó el caballo a una corta distancia, y se quedó mirando a aquel hombre.

—¿Ves a ese de ahí, Macro? —Cato lo señaló—. Me resulta muy familiar. ¿Lo reconoces?

Macro miró y se encogió de hombros.

—No puedo decir que sí.

Cato frunció el ceño.

—Yo lo he visto antes. Hace poco. Estoy seguro…

Cato condujo su caballo hacia aquel hombre, y se detuvo a unos dos metros de donde estaba sentado. El guerrero alzó la mirada con gesto desafiante.

—¡En pie! —ordenó Cato, y le hizo una seña con la mano.

El hombre no se movió, y Macro se acercó al trote con el rostro colorado.

—¡Ya has oído al prefecto! ¡Ponte en pie, jodido perro sarnoso!

Lentamente, y con toda la dignidad que podía conservar en esa situación, el guerrero se levantó, se puso derecho y miró a sus captores con expresión desdeñosa.

—¿Quién eres? —le preguntó Cato—. Tú no eres siluro.

—Soy de los catuvellaunos —respondió el hombre en latín con un leve acento.

—¿Y qué haces aquí entonces? Tu tribu se rindió a nosotros hace años. —Cato se obligó a mostrarse frío—. Lo cual te convierte en un prófugo.

—¿Prófugo? No soy ningún prófugo. Juré luchar contra Roma hasta mi último aliento. Como muchos de los miembros de mi tribu, decidí seguir a Carataco.

Al oír mencionar el nombre del líder enemigo, Cato sintió un estremecimiento cuando recordó la primera vez que había visto a ese hombre: en el círculo de piedra, entre el séquito del rey rebelde que se había enfrentado a Roma desde el primer momento en que las legiones habían desembarcado en suelo britano. Al igual que muchos de los catuvellaunos, tenía el cabello claro, pero otro detalle le llamaba la atención a Cato… Su constitución y su rostro le recordaban al mismísimo Carataco.

—¿Cómo te llamas?

—¿Cómo me llamo? —El guerrero frunció los labios con desprecio—. Mi nombre es para mi pueblo y para los hombres que luchan a mi lado como hermanos.

—¿Ah, sí? —Macro sonrió con crueldad—. Señor, si no es capaz de pronunciar su nombre, creo que ya no necesitará más la lengua. Deje que le corte la lengua a este cabrón.

Macro agarró la daga, la desenfundó y la sostuvo de forma que el guerrero pudiera verla con claridad. Cato guardó silencio un momento, y dejó que la sanguinaria petición de Macro surtiera efecto. Vio que el guerrero apartaba la vista de la daga, y que su máscara se desvanecía y revelaba un atisbo del miedo.

—Dime tu nombre… —le ordenó Cato—, mientras aún conserves la lengua.

El guerrero levantó la vista, recobró la compostura con orgullo y devolvió la mirada a sus captores. —Soy… Maridio.

—Maridio… —repitió Cato—. Guerrero de los catuvellaunos y, si no me equivoco, hermano del rey Carataco.

Capítulo XXIII

—Bueno, ¿y qué hacemos con él, con este tal Maridio? —preguntó Macro mientras se calentaba las manos en el enorme brasero del despacho de Cato. Aunque no faltaba mucho para que llegara el verano, unos vientos fríos azotaban las montañas siluras, sumándose a la frecuente lluvia y a las eternas nieblas. Fuera de las paredes del edificio del cuartel general un viento racheado en la noche hacía traquetear los postigos de la ventana del despacho de Cato. Décimo les había llevado un sencillo guiso para comer. El maestro de caballerizas de la cohorte tracia había considerado que algunos de los caballos heridos en el reciente ataque no estaban en condiciones de seguir prestando servicio, y los habían sacrificado para aprovechar la carne. La guarnición de Bruccio disfrutaría durante unos días del complemento de carne fresca en su dieta, antes de que volvieran a darles las gachas de costumbre.

Cato se sirvió un vaso de posea, la bebida habitual de los legionarios que consistía en vino barato rebajado con agua.

—Tuvimos una suerte loca al capturarlo.

—Cierto —coincidió Macro con sentimiento—. Pero ¿qué estaba haciendo en ese poblado, para empezar?

Cato tomó un sorbo y se quedó un momento pensando.

—Es probable que lo enviara Carataco. Quizá para reclutar más hombres. O tal vez para que viera de primera mano el efecto que Querto estaba teniendo en sus aliados, y

al mismo tiempo intentar reunidos para su causa. No podemos saberlo con seguridad, a menos que nos lo diga él.

—No ha soltado ni una palabra. He hecho que algunos de los muchachos de Severo le den un buen correctivo, pero ese cabrón es tan duro como aparenta. Todavía no le hemos sacado nada útil. Quizá tengamos más suerte esta noche.

—Eso espero. Le he dicho a Querto que esta noche envíe a algunos de sus hombres para el interrogatorio.

Macro levantó la mirada rápidamente.

—¿Para qué involucrarlo?

—Soy el prefecto de la cohorte tracia, así como el comandante del fuerte. Necesito asegurarme de aprovechar cualquier oportunidad de recordárselo, tanto a él como al resto de sus… de mis hombres.

Macro suspiró con aire cansino.

—Dudo que los tracios tengan más suerte que mis chicos. Aunque puede que su aspecto les dé algo de ventaja a la hora de meterle miedo a Maridio, yo no me haría muchas ilusiones.

—Bueno, si no podemos hacerle hablar, tal vez nos sirva de rehén más adelante…, eso suponiendo que entre él y Carataco perviva algún sentimiento fraternal. En cualquier caso, habrá que llevarlo a Glevum. Es demasiado importante para retenerlo aquí.

Macro asintió y pasó a abordar otra cuestión.

—¿Y qué hacemos con el resto de prisioneros? No podemos tenerlos en Bruccio.

En la última incursión de hacía ocho días, tan solo habían capturado a unos cincuenta siluros en el valle. Fueron muchos más los que habían optado por morir luchando o habían muerto a manos de los tracios antes de poder decidir. Cuando la columna había regresado al fuerte de Bruccio, habían metido a los cautivos en uno de los barracones vacíos y habían cerrado bien las puertas. Les daban de

comer unas raciones escasas todos los días, y permitían que cada mañana vaciaran los cubos de la letrina. La guarnición ya había consumido gran parte de la comida saqueada en la aldea, y no tardarían en empezar a reducir las limitadas reservas que se guardaban en el granero del fuerte.

—También he tomado una decisión respecto a ellos —respondió Cato desde el otro lado del sencillo tablero de caballete que le servía de mesa de trabajo. Se reclinó en su asiento, mientras Décimo tomaba un cuenco de la bandeja que llevaba y lo depositaba en la mesa frente a su comandante, junto con una cuchara de bronce—. Los escoltaremos hasta Glevum. Enviaré a cuatro escuadrones de los tracios para que vigilen a los prisioneros. Querto estará al mando.

Macro levantó la mirada de su cuenco para dirigirla a su amigo.

—¿Qué te hace pensar que estará de acuerdo con eso?

—Porque será una orden. Lo arreglaré de manera que, si se niega, tendrá que hacerlo delante de toda la guarnición. Entonces veremos a quién obedecen los soldados.

Macro suspiró.

—Detesto ser yo quien te lo diga, pero los tracios lo respaldarán a él, casi sin excepción.

Cato asintió.

—Espero que tengas razón. Por eso estamos esperando a que aparezca la columna de refuerzo. En cuanto dispongas de todos tus efectivos, tendré hombres más que suficientes para inclinar las cosas a nuestro favor. Si elijo el momento adecuado, Querto tendrá que ceder o enfrentarse a un número superior de soldados. Se ha pasado de la raya, pero no tanto como para que no vea que puede rectificar. Mi intención es darle una oportunidad.

Macro se quedó callado un momento, luego replicó con voz tensa:

—Por el amor de todos los dioses, Cato, ¿por qué? Ese cabrón intentó hacer que te mataran.

El prefecto juntó las manos y apoyó la barbilla en ellas mientras consideraba la protesta de su amigo. Macro tenía razón. El tracio era peligroso, y lo empujaba una obsesión que Cato a duras penas podía comprender. En aquella manera extrema que tenía de hacer la guerra había algo más que la simple tendencia sanguinaria de su raza. Querto quería venganza, lo consumía el deseo de destruir a los siluros, y de eliminar de la faz de la tierra hasta la última criatura viva que poseyeran. No obstante, el efecto del horror de la campaña de los tracios en el enemigo, las cabezas, los cuerpos en descomposición y los restos quemados de las aldeas había resultado impresionante. Los siluros temían a los hombres de la cohorte. Solo con ver la bandera del Cuervo Sangriento echaban a correr para salvar la vida. Quizás el miedo fuera la mejor de las armas, caviló Cato. Nada podía resistirse a él, ni la mejor armadura ni la más alta empalizada. Solo un coraje de igual intensidad tenía alguna posibilidad contra una estrategia basada en infundir un terror como el que provocaban Querto y sus hombres. Así pues, el centurión de los cuervos había conseguido que el terror fuera la herramienta bélica suprema…

Una parte de la mente de Cato rehuyó aquella línea de pensamiento. El cálculo frío de hacía un momento le hizo sentir desprecio por sí mismo. Él no era Querto. Nunca podría serlo. Pero, al mismo tiempo, sabía que era perfectamente capaz de una crueldad semejante. La diferencia entre él y el tracio era que Cato decidía no ser cruel… Aunque tal vez eso fuera solo la excusa que se ofrecía para justificar su cobardía moral. Levantó la vista y miró a Macro, preguntándose si debía compartir sus dudas con él. Por lo que a su amigo concernía, Querto se había

condenado a sí mismo en cuanto había intentado hacer que mataran a Cato. No importaba nada más. Macro tenía tendencia a tomar una ruta más directa a la hora de juzgar a la gente.

—Si podemos convencer a Querto de que salga de Bruccio y escolte a los prisioneros hasta Glevum —empezó a decir Cato—, nos libraremos de él mientras nosotros nos hacemos con el control absoluto de la guarnición. Nos aseguraremos de que no pueda retomar su dominio cuando regrese. Si lo intenta, podré actuar según las reglas, y hacer que lo arresten por insubordinación, o incluso por amotinamiento. Se cumplirá el debido proceso legal.

—¿Qué coño te pasa, Cato? —se quejó su amigo—. ¿Acaso se cumplía el «debido proceso legal» cuando intentó apuñalarte por la espalda, eh? Cuando tu enemigo juega sucio, tú haces lo mismo. No tienes más que decirlo, y le clavaré una espada en las entrañas a ese cabrón sin derramar ni una jodida lágrima por ese hijo de puta. Ese es mi estilo de «debido proceso legal».

Por un momento, Cato quedó desconcertado por las palabras de su amigo.

—Bueno… Sí, desde luego.

Se hizo un breve silencio, durante el cual Cato dejó que su amigo se calmara un poco antes de continuar hablando. Décimo aprovechó la ocasión para carraspear. Cato lo miró.

—¿Puedo irme ya, señor?

Cato asintió.

—Ve y come algo.

—Gracias, señor. —Décimo se volvió hacia la puerta y, cuando estaba a punto de abandonar la habitación, Macro lo llamó.

—Oye, Décimo, mira si queda un poco de ese pan siluro en las provisiones de los oficiales. Si hay, tráenos una hogaza a cada uno.

—Sí, señor —respondió Décimo, que salió del despacho y cerró la puerta sin hacer ruido.

Cato no tenía mucho apetito: sus preocupaciones lo agobiaban.

—A mí me bastará con el estofado.

—Como quieras. Si no quieres el pan, me comeré el tuyo.

Macro atacó su estofado, y sorbió ruidosamente el líquido humeante de la cuchara mientras Cato removía el suyo con aire pensativo.

—Debemos tener cuidado, Macro. Nunca hemos estado ante una situación como esta.

Mientras hablaba, Cato recordó la marcha de regreso desde la aldea de los siluros. Macro y él se habían asegurado de permanecer dentro de la columna, día y noche, uno siempre vigilando mientras el otro dormía. Querto había intentado acabar con la vida de Cato una vez, y seguro que entre sus seguidores había más hombres dispuestos a hacer lo que él les ordenara, aunque fuera asesinar a un oficial superior. En cuanto llegaron al fuerte, Cato había dado órdenes para que la guardia del cuartel general la formaran solo soldados de la cohorte de legionarios. Hombres a los que el centurión Severo había elegido por ser dignos de confianza.

—Tienes toda la razón —repuso Macro—. ¡Y yo que creía que trabajar para esa rata babosa de Narciso era peligroso! Los dioses se están divirtiendo de lo lindo con nosotros.

—Me pregunto quién se ríe… No, hablo muy en serio, Macro. Mientras Querto permanezca aquí en el fuerte y desafíe mi autoridad, corremos un grave peligro. Si vamos a ocuparnos de él, debemos hacerlo paso a paso. Ahora vamos a esperar el momento oportuno, hasta que aparezcan los refuerzos. En cuanto lleguen, podremos hacer que las cosas vuelvan a ser como deberían. Querto no tendrá más alternativa que aceptarlo.

—¿Y luego qué? ¿Lo pasado, pasado está? Intentó matarte, maldita sea.

—¿Qué pruebas tenemos? ¿Qué puedo hacer sin tener pruebas?

Macro abrió la boca para protestar, pero frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Tonterías. Otra vez el «debido proceso legal», supongo.

Cato asintió.

—Tal como están las cosas, no puedo presentar cargos contra Querto. Ni por intentar matarme, ni por el asesinato del anterior prefecto. Además, no solo se trata de ocuparse de Querto. ¿Recuerdas que te mencioné que el hecho de estar aquí podría tener algo que ver con Palas? ¿Que era muy posible que hubiera querido enviarnos a algún lugar donde hubiese muchas posibilidades de que nos mataran?

Macro señaló a su alrededor con la cuchara.

—¿De verdad crees que es difícil encontrar un lugar así en este rincón del imperio?

—No estamos en el imperio. Estamos mucho más allá de la frontera de la provincia. Lo bastante lejos como para no obtener ayuda si nos metemos en problemas. Y tenemos problemas. Si intentamos tomar un atajo al ocuparnos de Querto, puedes estar seguro de que el agente que Palas tiene aquí en Britania, sea quien sea, nos acusará del crimen. Uno no sale impune del asesinato de un centurión superior, ni de tomar medidas disciplinarias contra él sin tener las pruebas adecuadas. Lo más probable es que cualquier cosa de este estilo nos acabara estallando en la cara. Sobre todo si hay alguien esperando la menor excusa para hundirnos en la mierda. Como ya he dicho, tenemos que andarnos con sumo cuidado. Si hay que hacerlo, debemos deshacernos de Querto de una manera que pueda justificarse. ¿Lo entiendes, Macro?

El centurión suspiró profundamente.

—No hay derecho, Cato. Creía que habíamos dejado atrás todas estas cosas. Pensaba que íbamos a volver a las legiones para hacer de soldados como es debido, y dejar las tretas para aquellos a los que les gustan. —Meneó la cabeza, tomó otra cucharada del estofado sin alegría y añadió entre dientes—: No hay derecho, te lo digo yo.

Cato no pudo evitar una sonrisa irónica.

—Vamos, hombre, ¿de verdad pensaste en algún momento que iba a ser tan fácil?

* * *

Décimo abrió la puerta del comedor de oficiales y se asomó para echar un vistazo antes de cruzar el umbral. Ya era tarde, por lo que allí no había nadie y el fuego de la chimenea ardía sin mucha intensidad, proporcionando un brillo cálido que iluminaba el modesto cuarto. Soltó un suspiro de alivio por no tener que estar en la misma habitación que alguno de los oficiales de la cohorte tracia. Cerró rápidamente la puerta tras él, y se dirigió a la entrada que llevaba al almacén donde se guardaba la comida de los oficiales. Los artículos comunes se almacenaban en la estantería que había a un lado, mientras que enfrente había unos estantes con el nombre de los oficiales, donde cada uno de ellos guardaba sus provisiones privadas. «No es que haya mucha cosa en ninguna de las estanterías», pensó Décimo chasqueando la lengua. En la aldea no habían encontrado mucho que valiera la pena llevarse, solo unas pocas porciones de queso de cabra, algunas jarras de su cerveza dulce y las hogazas de pan planas y duras cuyo sabor era tan poco apetitoso como su aspecto. Décimo tomó dos hogazas de las provisiones comunes, e hizo la marca en la tablilla encerada que colgaba de un clavo junto a la

entrada del almacén. Oyó que se abría la puerta del comedor de oficiales, y que se cerraba al cabo de un momento; tragó saliva con nerviosismo y, al salir de la despensa, vio la imponente figura del centurión Querto, de pie frente a la puerta. El brillo del fuego proyectaba una sombra que se agitaba levemente tras él, e iluminaba sus rasgos morenos con un resplandor rojizo, de modo que parecía aún más grande que a plena luz del día. Sus ojos se clavaron en el criado del prefecto, pero no dijo nada.

Décimo se acercó con vacilación, y señaló la puerta con un gesto de la cabeza.

—Si me disculpa, señor.

—Todavía no —dijo Querto en voz baja y cavernosa—. Tengo hambre. Tráeme un poco de queso y pan. Y una jarra de cerveza.

—Señor, iba a llevar esto al despacho del prefecto.

—Después.

—El prefecto y el centurión Macro están esperando que regrese lo antes posible, señor.

—En cuanto haya terminado contigo, podrás irte. Ahora, alimenta el fuego y tráeme la comida.

Décimo vaciló un momento. El tracio frunció el ceño, y el sirviente dio media vuelta apresuradamente y dejó las hogazas en una mesa. Se acercó al fuego, tomó unos leños de los que había apilados en un rincón y los amontonó escalonados sobre las brasas; a continuación cogió el soplillo y avivó las llamas con cuidado, hasta que empezaron a consumir los leños inferiores. Durante todo ese tiempo sintió la presencia del oficial tracio, que había tomado asiento en el banco más próximo y le observaba en silencio mientras trabajaba.

—Con eso bastará —dijo Querto—. Ahora la comida.

Décimo se irguió rápidamente y se dirigió a la despensa, donde amontonó lo requerido en una fuente de madera y

regresó para servírselo al centurión.

—Aquí tiene, señor. Y ahora, si no hay nada más…

—Hay algo más. —Querto arrancó una punta del pan y masticó sin parar hasta que tuvo la boca lo bastante vacía para hablar—. Te llamas Décimo, según tengo entendido.

Décimo movió la cabeza en señal de afirmación, pero no le gustaba que el oficial tracio supiera nada de él, aunque solo fuera su nombre.

—¿Se te ha comido la lengua el gato?

—N-no, señor.

—Eso está mejor. Pues bien, Décimo, quizá puedas ayudarme.

—Por supuesto, señor.

—¿Estás contento sirviendo al prefecto?

Décimo se mordió el labio.

—¿Contento, señor? No lo había pensado.

—Oh, estoy seguro de que sí. Me resultaría difícil creer que estuvieras contento en un lugar tan remoto y salvaje como Bruccio. Tienes un aire a antiguo soldado. La cojera sugiere que te declararon no apto para el servicio. ¿Tengo razón?

Décimo asintió, y al ver que el ceño del oficial tracio se arrugaba se apresuró a contestar en voz alta:

—Sí, señor. Serví en la Segunda Legión. Antes de conocer al prefecto estaba en Londinio trabajando en los muelles.

—¿Y abandonaste las comodidades de Londinio para venir aquí?

—El prefecto me ofreció un buen pago por servirle. En aquel momento, me pareció buena idea.

—Pero apuesto a que ahora ya no te parece tan buena. —Querto esbozó una sonrisa—. Me imagino que estarás pensando que no hay cantidad de plata por la que valga la pena estar en un lugar como este.

Décimo decidió que tal vez fuera mejor quitar importancia a la situación, y escaparse lo antes posible del oficial tracio.

—Estoy seguro de que podría imaginarme plata suficiente como para hacer que cualquier cosa valiera la pena, señor.

—Seguro que sí —respondió Querto en voz baja.

Décimo carraspeó.

—Si esto es todo, señor, será mejor que me vaya. No puedo permitirme hacer esperar al prefecto y al centurión Macro.

—Antes de que te vayas, Décimo, hay una cosa sobre la que me gustaría que pensaras. —Querto se inclinó hacia adelante y clavó sus ojos oscuros en el veterano. Décimo sintió que se le helaba la sangre—. Te gusta la plata, por lo que eres un hombre de los que me gustan. ¿Y si te ofreciera el doble de lo que te paga el prefecto para que trabajaras para mí?

—¿Señor?

—Vamos, Décimo. No creerás que el pan y la cerveza son las únicas cosas que los Cuervos Sangrientos sacan de las aldeas que atacamos. En estas montañas hay gran cantidad de filones de plata, esa es una de las razones por las que el emperador está tan ansioso por hacerse con el territorio de los siluros. Hemos recogido un pequeño tesoro en plata, y he prometido repartirla a partes iguales con todos los oficiales y soldados que estén en el ajo. ¿Por qué no ibas a poder sacar tajada tú también? Siempre y cuando sirvas a mis necesidades. Veo que te tienta… ¿Por qué no ponértelo más fácil? ¿Y si te pago el triple de lo que te ha prometido el prefecto?

—Mil sestercios, eso fue lo que me prometió Cato.

—¿Tan poco para un buen hombre como tú? El prefecto es un tacaño. ¿Qué me dices? ¿Tres mil sestercios es una buena suma?

Décimo puso unos ojos como platos ante la perspectiva de poseer semejante fortuna, y Querto insistió.

—Claro que también podrías quedarte con lo que él ha prometido pagarte. Bastaría para asegurar tu porvenir. Y lo mejor de todo es que lo único que tienes que hacer es seguir sirviendo al prefecto. Por lo que a mí concierne, por tres mil sestercios en plata solo tendrías que mantener los ojos y los oídos bien abiertos, e informarme de todo lo que diga que tenga que ver conmigo y con mi cohorte. Eso es todo. ¿Qué me dices, Décimo?

El sirviente guardó silencio mientras las ideas bullían en su cabeza.

—Necesito pensármelo, señor.

Querto observó al otro hombre un momento, y al cabo asintió.

—De acuerdo. Pero quiero tu respuesta mañana. Hay otra cosa que tienes que saber. Si descubro que has repetido alguna parte de esta conversación, haré que me traigan tu cabeza. Ya verás que es mucho más seguro, así como más gratificante, serme leal en este fuerte. ¿Entendido?

—Sí, señor. —Décimo tragó saliva nerviosamente.

—Pues puedes marcharte. Recuerda, una sola palabra fuera de lugar y eres hombre muerto.

—Lo entiendo, señor. —Décimo asintió y salió del comedor de oficiales con toda la firmeza de la que fue capaz. Una vez fuera, cerró la puerta, se apoyó en la hoja sin poder contener apenas el temblor en sus piernas, y luego recorrió a toda prisa la corta distancia calle abajo hasta el cuartel general.

Capítulo XXIV

Sacaron a Maridio a rastras de su celda con los brazos atados a la espalda, y lo llevaron a la pequeña sala del cuarto de guardia. Le habían quitado toda la ropa menos las calzas, y su pecho y su cara estaban llenos de heridas. Tenía un ojo tan hinchado que apenas veía por él. Apestaba a su propia inmundicia, e iba cubierto de suciedad y sangre seca.

—Ponedlo en el gancho —ordenó Querto, y sus hombres arrastraron al guerrero hasta situarlo bajo la viga del centro de la habitación.

Un gancho de hierro sobresalía de la viga. Mientras uno de los tracios sujetaba a Maridio para que no se moviera, el otro trajo una barra de madera de poco más de un metro de largo con un trozo de cuerda firmemente atado en ambos extremos. Echó los brazos del prisionero hacia atrás, y metió la barra entre ellos de codo a codo, luego pasó la cuerda por el gancho y la ajustó hasta que la barra quedó paralela al suelo. Maridio hizo una mueca al notar la tensión en los hombros.

Cato y Macro observaban los preparativos desde un banco que había a un lado de la estancia. El centurión de la Decimocuarta estaba sentado con la espalda apoyada en la pared, las piernas extendidas y los brazos cruzados, aparentemente impasible ante el sufrimiento del prisionero.

Cato, sin embargo, no era tan indolente. Por lo que a él concernía, el interrogatorio del prisionero era un mal necesario, y tenía ganas de que terminara lo antes posible.

Uno de los interrogadores tracios se volvió a mirar a Querto y declaró:

—Está listo, señor.

Antes de que Querto pudiera responder, Cato se inclinó hacia adelante y espetó:

—Es a mí a quien dirigirás tus comentarios, soldado, si quieres evitar un cargo de insubordinación.

El tracio miró a Querto, y este asintió con discreción. El soldado se cuadró.

—Sí, señor. El prisionero está preparado para el interrogatorio, señor.

—Muy bien. Podéis empezar —respondió Cato.

—¡Sí, señor!

El soldado se situó frente al prisionero, en tanto que su compañero se puso detrás de Maridio y le propinó una brutal patada en la parte trasera de las rodillas. El prisionero cayó, y sus hombros se vieron obligados a soportar todo el peso de su cuerpo. Maridio soltó un tenso grito de tormento, y echó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos y apretando la mandíbula, intentando dominar el dolor. El soldado que tenía delante se acuclilló ligeramente, echó el puño hacia atrás y se lo estrelló a Maridio en el vientre, dejándolo sin aire en los pulmones y jadeando para recuperar el aliento. Siguió otro golpe, y otro, y fueron cayendo a un ritmo constante sobre su estómago y su pecho, hasta que los gritos de dolor dieron paso a unos jadeos y gemidos amortiguados.

Cato se acercó a Macro y murmuró:

—¿Esto es estrictamente necesario? ¿Otra vez?

Macro movió la cabeza en señal de afirmación.

—Ya viste cómo fue la cosa con ese siluro, Turro. Los crían muy duros en Britania. Por eso tenemos que pasar algún tiempo ablandándolos antes de llegar a las preguntas. En la mayoría de los casos, funciona bastante bien, pero Maridio

está resultando ser todo un reto. Quizá Querto y sus chicos tendrán éxito allí donde Severo no lo consiguió. —Macro se quedó un momento en silencio, y su estómago rugió. El centurión lanzó un guiño a su amigo—. Es una lástima que no tuviera tiempo de terminarme esa última hogaza de pan. Décimo se tomó todo el tiempo del mundo para traérnoslas, el condenado. Tengo hambre.

—¿Hambre? —Cato se maravilló. El espectáculo que tenía delante no le estimulaba ni mucho menos el apetito, pero claro, reflexionó, a Macro no había nada que se lo quitara.

Los golpes continuaron durante un rato más, hasta que Querto avanzó y, con un gesto de la mano, indicó a sus hombres que se apartaran.

—Esto bastará por ahora, muchachos. Dadle un respiro antes de continuar.

Los soldados de la caballería tracia retrocedieron y se sentaron a una mesa en un rincón de la sala, mientras Querto cogía un taburete y tomaba asiento delante del prisionero. Por un momento reinó el silencio, y lo único que se oía era el sonido de la respiración irregular de Maridio por encima del débil ulular del viento, que soplaba en rachas en torno a las paredes del cuarto de guardia.

Cato se puso de pie, cruzó la habitación y se quedó de pie al lado del oficial tracio. Su mirada se posó un momento en la cabeza del prisionero, antes de empezar.

—Sé que entiendes el latín. Igual que tu hermano. Los dos lo habláis con fluidez. Debisteis de tener un buen maestro.

—Nuestro maestro fue un prisionero romano… Lo matamos en cuanto supimos lo suficiente para poder… pasar sin él.

—¿Por qué decidisteis aprender nuestro idioma?

Maridio respiró profundamente y alzó la mirada: un brillo malévolo refulgió en su ojo bueno.

—Nuestro padre nos enseñó que el primer paso para derrotar a tu enemigo es entenderlo. Y yo entiendo todo lo que necesito saber sobre Roma.

—¿Ah, sí? —Cato esbozó una sonrisa—. ¿Y qué es lo que entiendes de nosotros?

Maridio se pasó la lengua por los labios resecos, y lo pensó un momento antes de responder.

—Que tenéis un apetito insaciable por las tierras, las propiedades y la libertad de otros. Peináis la tierra, creáis un erial y lo llamáis civilización. ¡Menuda civilización! —resopló—. Sois un pueblo codicioso. Sois como una enorme y gorda sanguijuela que chupa la sangre de este mundo. Vuestros soldados matan, violan e incendian todo lo que se encuentran por delante. Como esta escoria tracia a los que pagas para que te hagan el trabajo sucio. No son guerreros, ni siquiera son hombres, solo escoria.

Querto se inclinó hacia adelante y, con aire despreocupado, le propinó un fuerte revés. Maridio gimió, parpadeó y meneó la cabeza.

—Modera esa lengua que tienes en la boca —le advirtió Querto—, o mis muchachos se encargarán de arrancártela para servirla en un plato y obligarte a comerla.

—Que te jodan…

Querto apretó el puño, pero Cato intervino antes de que pudiera lanzar el golpe.

—No. Es suficiente, de momento.

Volvió serenamente la mirada hacia el prisionero, y habló de nuevo.

—Dices que tenemos apetito por las tierras de otros, pero dime, Maridio, ¿en qué se diferencia eso de las guerras en las que tú, tu hermano y tu padre os enzarzasteis para conquistar a las tribus que rodeaban a los catuvellaunos? Corrígeme si me equivoco, pero tu tribu aplastó a los trinovantes y se apropió de su capital. También les habéis

arrebatado territorio a los cantiacos, los atrebates, los dobunnos y los coritanos. —Cato hizo una pausa y se encogió de hombros—. A mí me parece que no hay mucha diferencia entre las ambiciones de los catuvellaunos y las de Roma, solo que resulta que a mi gente se le da mucho mejor.

Maridio frunció el labio y lanzó un escupitajo en la bota de Cato.

—¡Qué te jodan!

Cato se miró la bota.

—Y por lo visto, resulta que también somos un poco más refinados e imaginativos en nuestro uso del lenguaje y la invectiva.

—¡Eso, joder, que se entere este hijo de puta! —añadió Macro con énfasis y cierta ironía.

Cato contuvo una mueca y centró de nuevo su atención en el prisionero.

—Bien, pues ahora que ya hemos dejado de fingir que existe una autoridad moral en este conflicto, solo queda la cuestión de quién va a ganar. A estas alturas ya debes de saber que Roma triunfará. Tenemos más y mejores hombres, y más recursos de los que Carataco puede ni siquiera soñar con poseer. Lo único que él puede hacer es retrasar la derrota. En sus manos están todas las muertes, de ambos bandos, que tengan lugar antes de que acabe por rendirse. No puede vencernos, solo prolongar el sufrimiento y la destrucción hasta la inevitable derrota. Seguro que tú puedes verlo, Maridio.

El prisionero se encogió de hombros.

—Mejor ser derrotados y morir como guerreros, que vivir como esclavos.

—¿Esclavos? ¡Qué va! A ti y a tus hermanos no se os tratará de forma distinta a como se ha tratado al rey Cogidubno, que tuvo la sensatez de convertirse en nuestro aliado desde el principio.

—¿Ese gordo cobarde? —dijo con desprecio—. A ojos de todas las demás tribus de Britania se ha condenado a sí mismo, a su linaje y a su pueblo.

—De todas las tribus no, ni mucho menos. Los regni solo son una de las doce tribus que han hecho las paces con Roma.

—¡Pues malditas sean también! —gritó Maridio.

Nadie dijo nada durante unos instantes. Macro bostezó.

—Todo esto es muy interesante, señor, pero no nos está ayudando. Está igual de loco que el resto. Averigüemos lo que nos hace falta y acabemos con esto.

Cato levantó una mano para hacer callar a su amigo.

—Te doy una última oportunidad antes de proseguir con el interrogatorio, Maridio. Aunque admiro tu coraje y tu orgullo, esto no hace más que prolongar el sufrimiento de tu gente.

El prisionero soltó una carcajada seca.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Ellos no son mi gente. Son los siluros y los ordovicos. ¿Qué me importa a mí su sufrimiento?

—¡Muy bonito! —comentó Macro.

—Siguen siendo personas —continuó diciendo Cato—. Se merecen algo mejor de aquellos que los gobiernan. Se merecen la paz.

—¿La paz romana?

Cato hizo caso omiso de la pulla.

—La paz. Y eso es lo que les ofreceremos cuando Carataco sea derrotado. Solo necesito saber la posición de su ejército y cuántos hombres tiene. No me importa cómo consiga la información, pero la conseguiré.

El prisionero lo miró con el ceño fruncido y sacó la barbilla con gesto desafiante.

—Que te jodan, romano.

Macro suspiró.

—¿Qué, otra vez?

Cato se hizo a un lado con expresión cansada y le hizo un gesto con la cabeza a Querto.

—Tus hombres pueden continuar.

El tracio retiró un poco el taburete e hizo una seña a sus hombres. El soldado de caballería encargado de golpear al prisionero se puso de pie y fue a situarse delante de Maridio, mientras hacía crujir sus dedos y giraba el cuello para desentumecer sus músculos. Cato pensó que parecía un boxeador antes de entrar en combate. El soldado afirmó las botas en el suelo, en tanto que Maridio apretaba la mandíbula y entrecerraba los ojos preparándose para más golpes.

De pronto, se abrió la puerta del cuarto de guardia y todas las miradas se volvieron hacia ella cuando el oficial de guardia, uno de los *optios* de Severo, entró y saludó a Cato.

—Señor, permítame informarle de que uno de los centinelas dice haber visto movimiento por debajo del fuerte.

—¿Movimiento? —Cato frunció el ceño—. ¿A qué te refieres? Sé más concreto, hombre.

El *optio* era joven, solo un año o dos mayor de lo que había sido Cato cuando obtuvo dicho rango. Su preocupación resultó evidente cuando dudó una vez más mientras intentaba ordenar las ideas.

—Rinde ya tu informe, *optio*. —Cato se obligó a hablar con calma—. ¿Qué es lo que ha visto exactamente el centinela?

—Dice que hay unos hombres delante del fuerte.

—¿Los vio? ¿Cuántos eran?

—Oyó voces, señor. Y caballos. Entonces envió a otro soldado a buscarme.

—¿Y tú dónde estabas?

El *optio* inspiró rápidamente.

—En la letrina, señor.

Cato se tragó su irritación. Sin duda el *optio* había estado pasando el rato con algunos compañeros, tal como hacían muchos soldados, con la tradicional y acogedora camaradería del barracón de las letrinas. Era mucho más cómodo pasar el rato y disfrutar de las bromas estando caliente y seco en la letrina que pasar la noche patrullando las ventosas empalizadas del fuerte. Pero eso no era una excusa. El *optio* estaba de guardia. Si necesitaba ir a mear podía haberlo hecho al pie de la empalizada. Y si tenía que cagar, pues hubiera tenido que esperar a terminar el servicio.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo Cato con sequedad—. ¿Tú oíste o viste algo cuando subiste a la empalizada?

—N-no estoy seguro, señor.

Macro perdió la paciencia.

—¿Sí o no? ¿En qué quedamos?

—Me pareció oír voces, señor. —El *optio* pasó la mirada de Cato a Macro, y la volvió nuevamente al prefecto.

Querto se echó a reír.

—Parece que este idiota tiene mucha imaginación. El río está crecido. He visto a muchos hombres confundir el sonido de una corriente rápida al pasar sobre las rocas con voces, caballos o lobos, luego su imaginación y su miedo hacen el resto. No creo que sea nada. *Optio*, vuelve a tus obligaciones y castiga a tu centinela. Quizás una semana limpiando tu mierda en la letrina le curará los nervios.

—Espera —interrumpió Cato—. Pareces muy seguro de lo que dices, centurión.

—¿Y por qué no iba a estarlo? Los siluros tienen demasiado miedo para dejarse ver por el valle. No ha habido ni rastro de ellos en ningún lugar próximo al fuerte desde

hace meses. Tu hombre se está asustando por nada. Creía que los legionarios eran de pasta más dura.

Macro se enfureció.

—No hay mejor combatiente que un legionario. Harías bien en recordarlo, tracio.

—Es posible, pero está claro que hay centinelas mejores. *Optio*, dile a tu hombre que recobre la compostura y deje de amilanarse por un par de ratas.

—Ahora te has pasado de la raya —gruñó Macro, que dio un paso hacia Querto al tiempo que deslizaba la mano hacia la empuñadura de su espada—. Retira eso o te hundiré los dientes en la garganta, tan hondo que estarás cagándolos un mes.

Querto se levantó y miró a Macro con una sonrisa divertida que apenas torcía sus labios. Pero sus ojos expresaban tal frialdad mortífera que Cato temió por la vida de su amigo. Se interpuso entre los dos para evitar que la confrontación llegara más lejos, y se dirigió al *optio* que seguía junto a la puerta, nervioso.

—*Optio*, este fuerte está en pleno territorio enemigo, y es el bastión romano más alejado de la frontera. Eso significa que no corremos riesgos. Si tú o cualquiera de tus hombres creéis que hay algún peligro, tenéis que informar de inmediato. ¿Has ordenado que llamen a la centuria de Severo?

El oficial subalterno meneó la cabeza.

—No…, señor.

Cato tuvo que contener su enfado. Aquel hombre era un inepto, pero no podía entretenerse en castigarlo. Solo serviría para retrasar las cosas.

—Pues hazlo inmediatamente. Quiero a Severo y a sus hombres en las empalizadas ahora mismo. Y adviértele que lo haga en silencio. Puedes irte.

El *optio* se cuadró, saludó y salió precipitadamente, aliviado de escapar de la mirada severa de su comandante. Cato se volvió hacia los otros oficiales de la habitación.

—Lo más probable es que no sea nada, como tú dices, Querto, pero no voy a correr ningún riesgo en cuanto a la seguridad del fuerte. Vamos a ver lo que pasa con nuestros propios ojos. —Cato hizo una pausa, y dirigió un gesto al prisionero—. Vosotros dos, devolved al prisionero a su celda.

Fuera, el fuerte se hallaba tranquilo y silencioso, y solo se oía el leve ulular de la brisa fría entre los barracones. El cielo estaba despejado en su mayor parte y salpicado de estrellas. La luna creciente era vagamente visible tras un grupo de fantasmales nubes plateadas, pero aún tardaría unos días en proporcionar la luz suficiente para iluminar el valle que se extendía frente a las empalizadas. Cato se detuvo a escuchar brevemente, pero no oyó que se hubiera dado la alarma ni ningún otro sonido inquietante desde el exterior del fuerte. Por un momento, se permitió animarse un poco mientras caminaba al frente de los demás oficiales hacia la puerta principal, que daba a la ladera que descendía hasta la zona de entrenamiento del valle. Procuró andar a un paso tranquilo para aparentar toda la serenidad posible delante del tracio. Cuando llegaron a la puerta, oyeron a Severo que daba órdenes en tono apagado, y el ruido sordo de las botas de los legionarios que salían apresuradamente del barracón para ir a ocupar sus puestos en la empalizada.

La torre de entrada era una construcción de madera y barro, y un brasero situado a una corta distancia del puesto de observación proporcionaba calor y algo de iluminación a los hombres que estaban de servicio. Los oficiales entraron en la torre y subieron por la escalera que salía a la plataforma situada por encima del portón. Unos sólidos postes de pino formaban el parapeto, y el centinela de

guardia dio media vuelta hacia los oficiales, se puso firmes y plantó la jabalina en el suelo.

—¿Eres tú el que informó de que había movimiento? —le preguntó Cato con brusquedad.

—Sí, señor —respondió el soldado con decisión.

—Pues rinde tu informe.

El centinela asintió, se volvió hacia el parapeto, se apoyó la jabalina en el hombro y señaló la oscuridad, más allá de la zanja defensiva.

—Oí voces allí abajo, señor, en la zona de la plaza de armas, y también vi moverse a alguien.

—¿Viste a alguien? ¿Estás seguro de eso?

El centinela vaciló un instante, pero se reafirmó de inmediato.

—Sí, señor. Sin duda era un hombre agachado en la hierba, a una corta distancia de la zanja.

Querto soltó un resoplido desdeñoso, al tiempo que se apoyaba en la baranda de madera que recorría la parte superior del parapeto y escudriñaba la oscuridad.

—Yo no veo ni oigo nada… ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que te pareció ver algo?

—Fue justo antes de decírselo al *optio*, señor.

—¿Y desde entonces, nada?

—No, señor —admitió el legionario.

Querto chasqueó la lengua en señal de desaprobación y se volvió a mirar a Cato, que, bajo la débil luz de las estrellas, distinguió la expresión de desprecio en el rostro del tracio.

—Parece que al final yo tenía razón…, señor.

Cato no respondió, se acercó al parapeto y miró hacia la plaza de armas agudizando los sentidos. Al otro lado del foso, el terreno parecía fundirse en una masa oscura; a duras penas distinguía el tenue contorno de los almiares, y eso porque sabía dónde estaban. Macro se puso a su lado y

guardó silencio, mientras buscaba también algún indicio de peligro.

—¿Qué le parece, señor?

Cato desvió la mirada al oír el ruido de los legionarios que se desplegaban a lo largo de la empalizada, a ambos lados de la torre de entrada. Aunque les habían ordenado que ocuparan sus puestos con el mayor silencio posible, el ruido sordo de las tachuelas de las botas contra la madera del adarve y el tintineo y golpeteo apagados del equipo le parecieron muy fuertes en la quietud de la noche. Cato se debatía entre la necesidad de mostrarse cauteloso y el miedo de parecer idiota delante de Querto por haber hecho salir a Severo y a sus hombres por la simple sospecha de un centinela. Miró al legionario, y distinguió su rostro curtido y se expresión de confianza. Tenía más de treinta años, y su actitud y su porte eran los de un veterano. Cato decidió que aquel hombre no era de los que daría la alarma sin tener un buen motivo. Se volvió hacia Macro.

—Yo no veo nada. Pero este hombre sí lo ha visto, y mantendremos a los soldados en sus puestos hasta el alba.

—Sí, señor —repuso Macro en tono de alivio—. ¿Y qué hay de la otra centuria y de los tracios?

—¿Ha ordenado despertar a mis hombres solo por un centinela nervioso? —Querto meneó la cabeza.

—No son sus hombres, centurión, sino los míos —replicó Cato con firmeza—. Todos y cada uno de los soldados de este fuerte están bajo mi mando. Incluido tú. Te agradeceré que lo recuerdes.

Querto se quedó callado un momento, y luego encogió sus anchos hombros.

—Como quiera. Aunque mi deber es aconsejarle. Yo conozco a los soldados, el fuerte y este valle mucho mejor que usted, y yo digo que ahí fuera no hay nada. El enemigo está demasiado acobardado para atreverse a aparecer

delante de Bruccio… Una tendencia que, por lo visto, parece estar extendiéndose por nuestras filas.

El comentario iba dirigido al centinela, pero el veterano no mostró ninguna reacción ante el insulto.

—Tomo nota de tu «consejo», centurión —dijo Cato con sequedad. Se volvió a mirar a Macro. Había tomado una decisión—. Da la orden para que el resto de la guarnición se mantenga en estado de alerta.

Macro asintió.

—Sí, señor.

Se dirigió a la escalera, bajó por ella y salió con paso ligero hacia los barracones. Cato se volvió hacia el centinela.

—Déjanos un momento a solas, soldado.

El veterano levantó el escudo y se trasladó a la esquina opuesta de la plataforma de la torre. En cuanto Cato tuvo la seguridad de que el soldado no podía oírles, se volvió hacia el tracio.

—No toleraré que vuelvas a cuestionar mis órdenes.

—Como dije, estaba ofreciendo consejo.

—Hay mucha diferencia entre ofrecer un consejo y los comentarios insolentes e insubordinados a los que te has acostumbrado. Eso se ha terminado. —Cato habló en voz baja, con los dientes apretados y la cara a no más de un palmo de la del tracio. Pese a su intención de revelar sus cartas con prudencia, su paciencia había llegado al límite: estaba más que harto de la osadía de aquel hombre—. He visto todo lo que necesitaba ver del fuerte, de los soldados, de los oficiales y de la forma en que has llevado a cabo tu campaña contra el enemigo. Este no es el estilo de Roma. No es el estilo del ejército romano, y tampoco es mi estilo. Soy yo quien está al mando, y a partir de ahora mis órdenes se obedecerán sin rechistar. Si vuelves a pasarte de la raya, centurión Querto, haré que te arresten y se presenten cargos. ¿Lo has entendido?

El tracio puso los brazos en jarras.

—Al fin… Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de llegar a esto. Empezaba a dudar que tuviera agallas. Igual que ese idiota, el prefecto Albio. Ahora hablaré yo. Conozco a los de su calaña. Jóvenes que han llamado la atención de un legado o un gobernador, y a los que han ascendido mucho más de lo que se merecen. Yo ya era un guerrero cuando usted aún estaba mamando de la teta de su madre. Habrá participado en campañas y batallas, seguro, pero usted, y todos esos otros oficiales romanos engreídos, han estado luchando para someter a Britania durante hace casi diez años. Y el enemigo sigue ahí, riéndose de los romanos. —Se inclinó para acercarse más, y se dio unas palmadas en el pecho—. Se burlan de ustedes, pero a mí me temen. Sé cómo quebrar su voluntad de luchar. Sus métodos han fallado. Los míos están teniendo éxito. Y haría bien en no meter la nariz en ello y dejarme a mí el mando de la guarnición…, señor. —Pronunció la última palabra con una ironía y un desprecio manifiestos.

Cato lo miró fijamente sin alterarse.

—¿Tus métodos? Yo no veo ningún método en lo que has hecho aquí. Las cabezas en las estacas, los cuerpos empalados, las aldeas incendiadas, las mujeres y niños masacrados… No hay ningún método en eso. Solo la crueldad sedienta de sangre de un bárbaro más.

—Un bárbaro que conoce a su enemigo tan íntimamente como a sus propios hombres.

—¿Ah, sí?

Querto guardó silencio un momento, tras lo cual continuó diciendo en tono apagado:

—Me considera un bárbaro…, bien, aprendí mis métodos en manos del enemigo. El enemigo es un pueblo cruel. La crueldad es el único idioma que entienden, de manera que decidí pagarles con la misma moneda, y con intereses. Y

ahora es su espíritu el que se está quebrando, y no el de nuestras tropas. Sé lo que me hago, prefecto. Y puedo hacerlo con o sin usted. Entiéndalo, y quizá sobreviva para regresar a Roma algún día.

Antes de que Cato pudiera responder, el centinela extendió el brazo y exclamó:

—¡Señor! ¡Ahí abajo!

Cato dio media vuelta y miró en la dirección que indicaba el veterano. Tardó un instante en captar el movimiento, y entonces vio una figura que salía de la penumbra, un hombre a caballo que cabalgaba al paso por el terreno desigual hacia la avenida de cabezas, y que luego dirigía su montura por el camino en dirección al portón. La fugaz satisfacción que pudiera sentir Cato por el error de juicio de Querto con respecto al centinela se desvaneció mientras escudriñaba al jinete que se aproximaba. Entonces, cuando el hombre se encontraba ya a no más de treinta metros del foso, la media luna se desprendió al fin del tenue banco de nubes y bañó el paisaje nocturno con una débil luz grisácea. Bastó para poder distinguir algunos de los detalles del jinete que se acercaba y de algunos hombres más que se movían por la explanada de la plaza de armas. A Cato le dio un vuelco el corazón al ver a estos últimos. Luego volvió a fijar la atención en el jinete, que detuvo su caballo y se llevó algo a los labios. La estridente nota de un cuerno rompió el silencio de la noche. Con ello la intención del jinete estuvo clara: no pretendía sorprender a los del fuerte amparándose en la noche ni lanzar un ataque, sino parlamentar. El toque se repitió, y luego el jinete siguió adelante.

Querto se rio y se volvió hacia el centinela.

—En cuanto esté a tiro, intenta darle con tu jabalina.

—No —intervino Cato—. Él ha seguido las reglas, y nosotros también lo haremos. Aparta la jabalina.

El centinela apoyó el asta en el suelo y se concentró de nuevo en el jinete.

—¿Reglas? —Querto respiró profundamente.

Cato no le hizo caso y volvió la vista hacia el fuerte. Ya se había despertado toda la guarnición, y la luz que brillaba en las puertas de los barracones iluminaba a los hombres que salían en tropel, arreglándose el equipo de camino a los puestos que tenían asignados. Aparecieron unas pequeñas llamas cuando los soldados corrieron a encender los braseros al pie de cada torre: allí prepararon los fuegos con los que prenderían los haces de madera embreados que luego se arrojarían para iluminar los aproches del fuerte.

—¡Vosotros, los del fuerte! —gritó una voz, y Cato fijó la mirada en el jinete que se acercaba al puente cubierto de tierra que cruzaba la zanja.

Cato hizo bocina con la mano.

—¡Ya te has acercado suficiente! ¡Párate ahí!

El jinete frenó su montura obedientemente y permaneció erguido en la silla, mirando las siluetas oscuras de los hombres que había en lo alto de la torre de entrada, negras contra el telón de fondo de las estrellas. Por detrás y por debajo de él, una antorcha cobró vida con un parpadeo, cerca de la plaza de armas. Cuando la llama prendió, se encendieron otras antorchas, y Cato vio una delgada hilera de hombres que se extendía por todo el terreno por delante del fuerte.

—¿Quién eres y qué es lo que quieres? —le gritó Cato.

Hubo una pausa, tras la cual el jinete respondió con una voz grave que llegó hasta el extremo de las empalizadas a ambos lados del portón principal.

—Soy el rey Carataco, caudillo de las tribus libres de Britania.

A Cato se le heló la sangre en las venas. Se inclinó más sobre la barandilla para ver mejor al jinete. A la luz de las

antorchas, el rostro de aquel hombre se veía con claridad suficiente para demostrar la veracidad de sus palabras.

—He venido a reclamar lo que es mío —continuó diciendo en un latín fluido—. Tenéis a mi hermano. Os ordeno que me lo entreguéis, si es que aún vive.

Cato apenas podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Y no solo por la sorpresa de que el mismísimo líder enemigo estuviera allí, ante las humildes empalizadas de un fuerte como el de Bruccio, sino por las implicaciones que ello pudiera tener en la más amplia campaña contra los rebeldes britanos. Si la noticia de la captura de su hermano había llegado a oídos de Carataco y este se había dirigido al sur a toda prisa para negociar su liberación, el enemigo estaba sin su comandante. Era una oportunidad magnífica para que el gobernador Ostorio atacara. La escalera crujió, y al cabo de un momento la cabeza de Macro apareció por la trampilla de la plataforma, con la respiración agitada por el esfuerzo.

—¿Lo has oído? —le preguntó Cato.

—Sí. Ese cabrón tiene un buen par de pulmones. Dudo que haya un solo hombre en el fuerte que no sepa que está justo ante nuestras puertas. —Macro echó un vistazo por encima del parapeto y meneó la cabeza con admiración—. Digan lo que digan sobre él, ese britano los tiene bien puestos.

—Deberíamos matarlo ahora mismo —gruñó Querto—. Antes de que ese loco pueda esconderse de nuevo en su madriguera.

Macro apretó la mandíbula.

—Tiene razón. Mátalo.

—No —replicó Cato con decisión.

El comandante enemigo volvió a dirigirse a ellos.

—He preguntado si teníais a mi hermano, Maridio. ¡Centurión Querto, habla y respóndeme!

Antes de que el tracio pudiera responder, Cato se inclinó hacia adelante.

—Yo soy el comandante de Bruccio y el prefecto de la cohorte tracia.

—¿Prefecto? ¿Qué le ha pasado a ese canalla infame de Querto?

Cato respondió alzando la voz todo lo que pudo para que la guarnición entera pudiera oírlo.

—Ahora está a mis órdenes.

—¿Y quién eres tú, romano? ¿Cómo te llamas?

El hecho de no responder no parecía suponer ninguna ventaja, de modo que Cato inspiró profundamente y gritó:

—Soy el prefecto Quinto Licinio Cato.

—Prefecto Cato… —Hubo una breve pausa—. ¿Está vivo mi hermano?

—Sí, está vivo.

—Bien. En tal caso exijo su liberación inmediata.

—¿Exige? —Macro soltó una leve risa seca—. Cabrón descarado. Dígale que se vaya a la mierda, señor.

—Mátelo —masculló Querto—. Antes de que sea demasiado tarde.

Cato hizo caso omiso de los dos.

—Maridio es mi prisionero. ¿Por qué debería soltarlo?

Carataco guardó silencio un momento.

—Porque, si no lo haces, romano, tomaré este fuerte, y juro por todos los dioses de mi tribu que te mataré, a ti y a todos los hombres que tienes a tus órdenes. Y os daré el mismo trato que habéis dado a mis aliados. Todo aquel al que capturemos con vida será empalado en las empalizadas de Bruccio, y vuestras cabezas bordearán el camino desde aquí hasta Gobannio… Suelta a Maridio, y tienes mi palabra de que respetaré vuestras vidas, con la condición de que abandonéis el fuerte y marchéis de vuelta a Glevum.

—¿Se está riendo un poco o solo me lo parece? —susurró Macro al oído de su amigo—. Debe de estar de broma. ¿Cómo demonios cree que va a tomar el fuerte? Le haría falta un ejército para hacerlo.

Cato sintió que un frío le atenazaba las entrañas al contestar a su enemigo:

—No voy a rendir el fuerte, del mismo modo que no soltaré a Maridio…, ni a ningún otro prisionero.

Carataco permaneció un momento en silencio, sentado en la silla.

—Pues que así sea.

Acto seguido se volvió, lanzó un grito en dirección al valle en su idioma nativo, y los hombres que llevaban las antorchas avanzaron a todo correr.

Macro estiró el cuello y aguzó la vista.

—Pero ¿qué coño están haciendo? ¿Se han vuelto locos?

—Van a los almiares…, creo.

Las antorchas de los guerreros proyectaron un resplandor rojizo sobre los almiares cuando los hombres se acercaron, y entonces la primera antorcha describió un arco brillante en el aire y aterrizó en uno de ellos. Se arrojaron más antorchas a los demás almiares, y las llamas se alzaron de cada uno de ellos y se extendieron rápidamente hasta que ardieron en la oscuridad, creando grandes charcos de luz en el paisaje circundante… Y revelando las densas filas de guerreros, que se extendían por el lecho del valle a miles, todos en silencio.

—Por los dioses… —murmuró el centinela mirando aquella impresionante hueste.

Cato y los demás oficiales no dijeron nada mientras contemplaban al ejército enemigo con expresión grave. La anterior posibilidad de que Ostorio aprovechara la situación regresó para burlarse de Cato, que sonrió con amargura para sus adentros. El comandante enemigo había traído consigo… a todo su ejército.

—¡Romanos! —gritó de nuevo Carataco—. ¿Podéis verlo? Tengo hombres más que suficientes para aplastar Bruccio varias veces. Y así lo haré, a menos que entreguéis a Maridio y a los demás y depongáis las armas. Tenéis hasta el alba para tomar una decisión.

Hizo dar la vuelta a su caballo y cabalgó de nuevo entre las hileras de cabezas putrefactas. Tras él, la guarnición del fuerte observaba estupefacta la horda silenciosa de guerreros bañados por el resplandor rojo como la sangre de los almiares en llamas.

Capítulo xxv

Después de que Carataco desapareciera entre las filas de su ejército, Cato se quedó un rato mirando los almiares en llamas y a los miles de guerreros que se desplegaban en el valle, aunque no vio indicios de que se prepararan para un asalto inminente. Dio la orden de que la guarnición pusiera fin al estado de alerta, en tanto que Severo y su centuria se prepararon para hacer la primera guardia. Al resto de los soldados se les permitió descansar al pie de las empalizadas, por si acaso se les necesitaba.

En cuanto se hubieron dado las órdenes pertinentes, los oficiales superiores fueron convocados al cuartel general. Nadie habló mientras esperaban a que llegaran todos. Macro había ordenado a Décimo que fuera a buscar comida y vino con agua, y se acomodó en un banco a un lado de la sala. Querto y sus oficiales se sentaron en el otro extremo. Cato caminaba lentamente de un lado a otro entre ellos, mientras esperaba a Severo y a su compañero centurión, Petilio. Los dos oficiales legionarios habían apostado a sus hombres a lo largo del muro delantero, que era el que más expuesto estaba. A los tracios los destinaron a los otros tres muros, que se hallaban protegidos por el río y los peñascos que descendían desde el fuerte.

Décimo llegó con un pequeño caldero de estofado de cordero y cebada, platos de campaña y cucharas. Traía también dos jarras y vasos de cerámica de Samos para los oficiales. Mientras lo disponía todo, llegaron los dos

centuriones legionarios y ocuparon su sitio al lado de Macro. Cato hizo un gesto con la cabeza a su sirviente.

—Sirve la comida, y luego ve a buscarte un equipo a los almacenes y únete a la centuria de Severo en la muralla.

En cuanto Décimo hubo terminado con sus obligaciones y se hubo marchado, Cato empezó a dirigirse a sus oficiales mientras ellos daban buena cuenta del estofado.

—Disfrutadlo. Creo que durante los próximos días habrá pocas oportunidades de comer regularmente. A estas alturas, ya sabréis cuál es nuestra situación. Parece ser que hemos averiguado el paradero del ejército que el gobernador Ostorio ha estado intentando atrapar durante los dos últimos años. Otra cosa es si viviremos lo suficiente para informarle de este hecho. —Cato hizo una pausa, pero no hubo ninguna reacción a su intento de animar el sombrío ambiente. Respiró con aire cansado, y continuó dirigiéndose a sus oficiales—. Carataco ha exigido que rindamos el fuerte y entreguemos a nuestros prisioneros. Por supuesto, solo hay uno que le importa de verdad, su hermano Maridio. Si accedemos, nos da su palabra de que se nos permitirá marchar de vuelta a Glevum ilesos.

—¿Su palabra? —interrumpió Querto—. Eso no vale nada. Él es igual que el resto de salvajes que viven en estas montañas. No conoce el significado del honor. No podemos confiar en él.

Cato asintió.

—Y aunque pudiéramos, dudo mucho que la palabra de Carataco fuera suficiente para influir en el ánimo de los siluros que lo siguen. Después del magnífico trabajo que has estado haciendo en los valles que rodean Bruccio, estarán sedientos de venganza hacia ti, tus hombres y el resto de los que estamos aquí en el fuerte. Diga lo que diga su comandante, no quedarán satisfechos hasta que el último soldado romano esté muerto.

—Donde las dan, las toman —dijo Macro. Alzó su vaso hacia Querto—. Nos has metido en un buen lío, amigo mío.

El tracio frunció el ceño, y uno de sus oficiales hizo ademán de ponerse de pie para desenfundar la espada, pero Querto extendió el brazo de golpe y lo empujó para que volviera a sentarse. Se hizo un breve y tenso silencio, hasta que el centurión Severo dijo:

—¿Y si les ofrecemos a Querto, a condición de que nos permitan abandonar el valle al resto de nosotros?

Querto lanzó una mirada fulminante al oficial legionario.

—Cobarde…

Severo meneó la cabeza y replicó con enojo:

—Si estamos en esta situación es por ti, por haber estado jugando a hacer el bárbaro. Es a ti a quien quiere el enemigo. Como dice Macro, el culpable eres tú, y ahora puedes recoger lo que sembraste.

Macro se volvió hacia él.

—Espera, Severo. Estaba bromeando. En ningún caso entregaría a uno de los nuestros a esos perros siluros para que lo destrocen. Ni siquiera a él.

Severo fue mirando a los demás, y al final posó la mirada en Cato.

—¿Por qué tendríamos que dar nuestras vidas por él, señor?

—Porque somos oficiales romanos. Si sacrificaras a Querto entregándolo al enemigo, sería una mancha en tu honor que nunca desaparecería. Y no solo en el tuyo… Sería una mancha en el honor de la legión, para siempre. Nunca permitiría algo así. De todos modos, he tomado una decisión. Vamos a defender el fuerte. Es nuestro deber. Y resulta que también es nuestra única oportunidad de sobrevivir, centurión Severo.

El oficial legionario abrió la boca para protestar pero, al ver el frío gesto en el rostro de su comandante y la mezcla

de expresiones de furia y desprecio de los demás, se hundió de nuevo en su asiento apoyando la espalda en la pared.

—Entonces estamos todos muertos... —murmuró con desesperación.

—Aún no —dijo Cato—. Antes, Carataco y sus guerreros tienen que conseguir entrar en el fuerte. Nuestro trabajo es procurar que no lo hagan. Bruccio está muy bien situado. Solo pueden atacarnos con facilidad por un solo frente y, aunque nos superan en número, no hay suficiente espacio para que puedan lanzar todo el peso de su ataque de una vez. Siempre y cuando tengamos hombres suficientes para guarnecer bien la torre de entrada y los muros a ambos lados, podremos retener el fuerte.

—¿Y durante cuánto tiempo cree que podemos hacerlo, señor?

—Durante todo el que sea necesario —contestó Cato—, hasta que alguien consiga romper el cerco, o hasta que el enemigo ceje en su empeño de capturar el fuerte.

Severo soltó una risa triste.

—¿Romper el cerco, señor? El fuerte está demasiado lejos para que alguien venga a ayudarnos.

—Eso no es cierto. —Macro reprendió a su subordinado—. En cuanto haya luz suficiente, podemos encender la almenara. Si hace buen tiempo, el humo se verá desde Gobannio. Ellos darán la alarma, y el legado Quintato enviará una columna. Ya lo verás.

—No podemos utilizar la almenara —objetó Cato.

Macro puso mala cara.

—¿Por qué no?

—Piénsalo. Por lo que sabe Quintato, el enemigo se halla a varios días de marcha al norte, cerca de Ostorio y de su ejército. En cuanto divisen el humo de nuestra almenara y le informen de ello, sin duda enviará una columna de apoyo, una columna que se dirigirá directa a una trampa. Carataco

elegirá cuidadosamente su posición, y dispone de hombres de sobra para aniquilar una fuerza destacada de la Decimocuarta. —Cato se encogió de hombros—. No podemos arriesgarnos a encender el fuego y atraer a nuestros compañeros a una muerte segura. Es mejor que solucionemos esto luchando, o que encontremos alguna forma de hacer llegar un mensaje al legado para que nos envíe la ayuda necesaria… —Todos vieron que el prefecto enmudecía de pronto—. Mierda…

Macro enarcó una ceja con expresión preocupada.

—¿Qué ocurre, señor?

—La columna de refuerzo. Puede que ya esté de camino a Bruccio. Si llegan mientras Carataco está aquí…

Todos los presentes en la habitación comprendieron perfectamente el peligro, y Macro fue el primero en hablar.

—Si ven el humo de la almenara, sabrán que nos están atacando y darán media vuelta.

—Suponiendo que el cielo se mantenga lo bastante despejado para que lo vean. Además, quizás hagan todo lo contrario, y vengan en nuestro apoyo.

Macro frunció los labios.

—En cualquier caso, tenemos que advertirles, señor. Tenemos que hacer llegar un mensaje al legado.

—¿Cómo? —preguntó Cato—. Sospecho que, en estos momentos, Carataco ya ha estrechado el cerco en torno a nosotros. Habría que ser muy valiente para atreverse a abrirse paso entre las líneas enemigas. No voy a enviar a ningún hombre a una muerte segura.

—¿Ni aunque se ofrezca voluntario? —preguntó Severo, esperanzado.

—Ni aunque se ofrezca voluntario.

Macro meneó la cabeza.

—Señor, es un riesgo que tenemos que correr. Y no solo para salvar nuestros pellejos. Ostorio tiene que saber cuál es

la situación. Si se entera de que Carataco y su ejército están aquí, puede marchar hacia Bruccio de inmediato. Es la oportunidad que ha estado esperando. La oportunidad de atrapar y destruir al enemigo de una vez por todas.

—Soy consciente de ello —repuso Cato secamente—. Sin embargo, aunque alguien lograra abrirse paso entre el enemigo y llegar a Glevum, el gobernador tardaría varios días en recibir el mensaje. Para entonces, lo más probable es que el asedio haya terminado, de un modo u otro… —Cato paseó la mirada por la habitación—. Caballeros, os he expuesto la situación con todo el detalle que he podido. La cruda verdad es que tenemos que resistir aquí y rechazar a Carataco tanto tiempo como sea posible.

—¿Y qué hay de Maridio? —preguntó Querto—. ¿Qué hacemos con él?

—Intentar utilizarlo. Cuando amanezca, haré que lo lleven a la torre de entrada y se lo mostraré a Carataco. Le advertiré que le cortaremos el cuello a su hermano en cuanto intente lanzar cualquier ataque contra el fuerte.

Macro miró a su amigo, sorprendido.

—¿Harías eso?

—Amenazar con ello, sí. Matarlo, no. Es demasiado importante. El gobernador Ostorio lo querrá vivo.

Querto se inclinó hacia adelante.

—¿Y si capturan el fuerte? ¿Entonces qué?

Cato miró fijamente al centurión sin decir nada, y al cabo respondió:

—Si llegamos a ese extremo, entonces daré la orden de que lo maten.

—Podemos seguir otro camino, prefecto.

—Estoy abierto a sugerencias, Querto. Habla.

—Podríamos salir del fuerte a la fuerza. Marchar en orden cerrado, abrirnos camino luchando por entre sus líneas y dirigirnos a Gobannio.

Macro meneó la cabeza otra vez.

—Eso es una locura. Son demasiados. Nuestra caballería no tendrá espacio para desplegarse. Quedará cercada, y la aniquilarán si se queda con la infantería. —Miró a Querto con expresión de complicidad—. Claro que es posible que los legionarios pudieran abrir un hueco, y eso daría una oportunidad de escapar a la caballería. Supondría sacrificar a mis hombres. Pero vosotros quizá consiguierais escapar. La cosa va más o menos por ahí, ¿verdad?

Querto dirigió la mirada lentamente hacia Macro.

—Si podemos salvar una unidad…, es mejor que perder dos. Es un cálculo muy sencillo, centurión.

Severo le lanzó una mirada fulminante desde el otro lado del cuarto.

—Y tú me llamas cobarde…

Cato dio un paso adelante y alzó la voz.

—¡Silencio, caballeros! Nadie va a abandonar el fuerte. Nos quedaremos todos aquí a luchar. No hay alternativa. Carataco tiene a miles de hombres ahí delante. Yo tengo, ¿cuántos?, Querto, ¿cuál es el último recuento de efectivos de los tracios?

—Doscientos treinta y ocho.

—¿Y los heridos?

—Veintisiete, cinco de ellos graves. El resto son heridos leves.

—Ya no. Quiero a todo aquel que pueda tenerse en pie listo para ocupar su puesto en la empalizada. ¿Y tú, Macro? ¿Los efectivos de tu cohorte?

—Ciento cuarenta y ocho, y nueve heridos leves… Ciento cincuenta y siete en total. Aunque la mayoría no están en óptimas condiciones debido a la pobre alimentación.

Cato hizo un cálculo rápido.

—Cuatrocientos veinte, más o menos. Suficientes para retener el muro a ambos lados del portón principal.

—A duras penas —comentó Querto—. En cuanto empecemos a perder hombres, llegará un momento en que no podremos detener a esos salvajes.

Cato le lanzó una mirada fulminante.

—Obviamente. Nos ocuparemos de ello cuando llegue el momento. Mientras tanto, tenemos todos los motivos para pensar que podemos resistir. Podemos hacer durar la comida que tenemos durante al menos otros diez días. Incluso algo más, si recortamos las raciones de los prisioneros. El verdadero problema va a ser el de los caballos. Con la pérdida de los almiares, tendrán que pasar con el forraje que haya en el fuerte. ¿Querto?

El oficial tracio se rascó la barbilla.

—En los establos hay una reserva permanente para tres días.

—¿Tres días? —Cato lo consideró brevemente—. Muy bien, mantened la ración completa de uno de los escuadrones. El resto de las monturas tendrán que pasar con media ración. Al cabo de dos días, reducidla a un cuarto. Si para cuando se agoten los suministros seguimos aún bajo asedio, tendremos que empezar a sacrificarlos. Al menos eso contribuirá a las raciones para los soldados. La carne fresca les dará ánimos.

A Querto se le ensombreció el semblante, y sus oficiales se movieron en sus asientos e intercambiaron unas miradas de enojo. Querto se puso de pie.

—Nadie va a matar a mis caballos. No sin mi permiso.

Cato cruzó las manos a la espalda con aire despreocupado para que nadie pudiera ver el tenso temblor en sus dedos. El tracio lo había desafiado una vez más delante de todos los oficiales: había llegado el momento de imponerse o perder la partida. Sin embargo, lo embargaba el miedo de no poseer autoridad suficiente para obligar a

Querto y a los oficiales de la cohorte auxiliar a acatar su voluntad. Se obligó a hablar lenta, clara y enérgicamente.

—Ya he tolerado bastante tu comportamiento insubordinado, centurión Querto. La próxima vez que te dirijas a mí de esa forma haré que te arresten, pese a la necesidad que tengo de reunir hasta el último de los hombres que pueda para defender el fuerte. Es por ti y por culpa de tu maldito método que todos los presentes nos hallamos en peligro… Así pues, si doy la orden de empezar a sacrificar los caballos, se hará de inmediato y sin rechistar, empezando por el tuyo. ¿Entendido?

Un silencio que podía cortarse con el gladio se apoderó de la sala. Cato miró a su subordinado sin pestañear. El tracio, a su vez, lo miró con el ceño fruncido, hasta que al final apretó los dientes, asintió con la cabeza y retomó lentamente su asiento en el banco.

Cato sintió una oleada de alivio que le recorrió todo el cuerpo, y aguardó un momento para que los demás reflexionaran sobre el hecho de que el tracio hubiera cedido, tras lo cual continuó:

—Cuando el enemigo ataque, si es que lo hace, el centurión Severo mantendrá la mitad de su centuria en reserva tras el portón principal. El centurión Estelano se llevará a cincuenta de los tracios para cubrir las empalizadas laterales y la parte trasera del fuerte. El resto defenderá el muro frente a la explanada del patio de armas. ¿Entendido? —Cato fue mirando a sus oficiales, y estos asintieron—. Ya sabéis cuál es vuestra obligación. Tenéis las órdenes. No hace falta decir más, caballeros. Centurión Querto, encárgate de que tus hombres se dividan en dos guardias. Alternaréis con los legionarios. Asegúrate de mantenerlos alerta.

—Mis hombres saben cuál es su deber, señor —replicó Querto agriamente.

—Me alegra oírlo. —Cato señaló la puerta con un gesto de la cabeza—. A vuestros puestos entonces, caballeros.

Querto y sus oficiales salieron en fila de la habitación seguidos por Severo y Petilio. Cato cruzó la mirada con Macro, y alzó levemente la mano para indicarle a su amigo que se quedara. Macro cerró la puerta y dio media vuelta.

—¿Qué pasa?

Cato le habló en voz baja:

—Cuando empiece la acción, asegúrate de no perder de vista a Querto. Después de lo que ocurrió en la aldea de los siluros, quién sabe lo que podría intentar en el fragor de la batalla.

—No te preocupes, muchacho. —Macro se obligó a sonreír—. Si decide empezar otra vez con sus jueguecitos, va a descubrir que yo juego muy en serio. —Se pasó un dedo por el cuello y se rio—. Ahora mismo no se me ocurre una manera mejor de pasar el rato que clavándole una espada entre las costillas a ese cabrón y retorcérsela de mala manera.

Cato enarcó una ceja.

—Una idea encantadora. Pero no adelantemos acontecimientos. De momento necesitamos a Querto, dada la influencia que ejerce en sus hombres. Nos ocuparemos de él cuando termine el asedio, suponiendo que sigamos vivos para entonces.

Macro frunció el ceño.

—Una idea igual de encantadora. Joder, muchas gracias.

Cato se echó a reír, y luego sonrió ante el momentáneo alivio de la tensión del momento que le había procurado la cara de frustración de su amigo. Alargó el brazo para coger el casquete de cuero y se lo puso en la cabeza, tras lo cual se colocó el casco y se abrochó la correa. Macro hizo lo mismo, pero terminó antes que su amigo y se fijó en la torpeza de sus dedos más inexpertos.

—Trae —le dijo con suavidad—, ya lo haré yo.

Cato retrocedió un paso y le dijo que no con la cabeza, enojado consigo mismo por dejar traslucir la preocupación que sentía.

—Ya puedo yo.

Se obligó a continuar atándose con mano firme las gruesas correas de cuero.

—¿Crees que Carataco va a echarse atrás cuando amenaces con matar a su hermano, llegada la mañana? —preguntó Macro.

Cato bajó las manos e hizo una pausa.

—No lo sé. Yo diría que ha traído a su ejército hasta aquí tanto para acabar con Querto y sus ataques como para rescatar a Maridio. Si estuviera en su lugar, yo antepondría la necesidad de reforzar el apoyo de mis aliados a la vida de mi hermano. Pero claro, yo nunca he tenido un hermano, de modo que quizá no puedo comprender la intensidad de sus sentimientos por Maridio.

—Yo tampoco tengo ningún hermano, pero creo que, de tenerlo, querría salvarlo si tuviera la oportunidad —comentó Macro con aire pensativo—. Y si fracasara, no descansaría hasta haberlo vengado.

—Entonces, quizá te parezcas más a Carataco de lo que crees. —La idea pilló al propio Cato por sorpresa. Quizás aquello fuera más cierto de lo que le gustaría pensar. Las personas como Macro y Carataco eran almas afines, hermanos de armas sin tener en cuenta las causas por las que luchaban. Poseían ciertos atributos de valor, integridad y honestidad de sentimiento a los que Cato solo creía poder aspirar y nunca alcanzar. Él se cuestionaba demasiado las cosas para permitirse el placer de semejantes certezas. Se le encogió el corazón al percibir la intensa sensación de pérdida que le producía saber que él nunca podría compartir la seguridad de criterio de la que disfrutaba Macro.

Macro, por su parte, parecía indignado.

—¿Yo? ¿Compartir algo con ese cabrón? ¡Jamás! Eso es una tontería. —Alargó la mano hacia el pestillo—. Joder, solo con pensarlo… Tengo que volver a la muralla.

Antes de que Cato pudiera decir más, su amigo ya había salido de la habitación con aire resuelto y mascullando algo ininteligible para sus adentros.

—¡Para que luego digan del vínculo universal del guerrero! —Cato se encogió de hombros y salió detrás de su amigo.

* * *

La guarnición de Bruccio montó guardia durante toda la noche para vigilar los accesos al fuerte. Se sacaron de los almacenes las reservas de jabalinas, y se apilaron al pie del muro. También se prepararon haces de leña bien atada y generosamente mojada con brea, para que prendieran con rapidez y pudieran ser arrojados por encima de la empalizada e iluminar al enemigo. Las llamas parpadeaban en unos cuantos braseros repartidos por el adarve, y algunos de los soldados se estaban calentando junto al escaso fuego, que daba un tono rojizo a sus rostros. Las guardias cambiaron al toque de un cuerno del cuartel general, tras una breve serie de notas que se oyeron por todo el campamento. Los almiares habían ardido en llamas un buen rato, bañando con su fulgor encarnado tanto el terreno más cercano al fuerte como a los guerreros enemigos que se habían apostado en las cercanías. El fuego se extinguió después de medianoche, y solo quedaron unas brasas cobrizas que seguían brillando en la oscuridad.

Cato y Macro se situaron en la torre de entrada, y se turnaron para recorrer las defensas y asegurarse de que los

soldados estaban alerta. De vez en cuando, el prefecto se detenía y miraba hacia la noche, aguzando la vista y el oído para detectar algún indicio de movimiento enemigo. Pero no percibió nada, salvo alguna que otra orden o breve intercambio de palabras amortiguadas que provenían de la explanada de la plaza de armas. No había ningún indicio de actividad más allá de los otros muros del fuerte donde, en cualquier caso, el fragor del río sobre las rocas hacía imposible captar cualquier sonido. A su regreso a la torre de entrada, Cato dejó el casco a un lado y se sentó apoyándose en la pared del cuarto de guardia. Se arrebujó en la capa y cerró los ojos. Frente a él, Macro roncaba profundamente, hasta que lo despertaron a la hora en que le tocaba recorrer las defensas. Cato no podía dormir, pero quería demostrar a los centinelas de la torre que poseía la seguridad suficiente como para echar una cabezada aún en presencia de sus enemigos. Sabía que eso causaría una buena impresión en los soldados, y que pronto correría la voz sobre la presencia de ánimo del comandante del fuerte.

Pero aunque su cabeza reposaba inclinada y su pecho ascendía y descendía a un ritmo relajado, su mente bullía mientras repasaba la disposición del fuerte y del terreno sobre el que se alzaba. Luego intentó meterse en la cabeza de Carataco para determinar los puntos débiles de las defensas, y cómo y cuándo podría asaltar el fuerte. Cato consideró su reacción para cada una de las posibilidades, y cómo desplegaría sus escasos efectivos para rechazar a la horda enemiga. Un ataque continuado y simultáneo contra dos o tres lados del fuerte sería muy peligroso. Eso no tardaría en obligar a Cato a recurrir a las reservas, e inevitablemente alguna sección de los muros acabaría quedando expuesta al disponer de pocos defensores. Solo había otra cuestión que atormentara sus pensamientos más que esa idea. Carataco estaría sin duda resuelto a ocuparse

del fuerte y de sus defensores lo más rápido posible, antes de que Ostorio pudiera dar con la ubicación de su ejército. Sí, la guarnición podía esperarse un ataque inmediato en cualquier momento.

Como en respuesta a sus preocupaciones, Cato oyó los pesados pasos de unas botas sobre las tablas del suelo a su lado, y una mano le sacudió el hombro. Vaciló lo justo para dar la impresión de que lo despertaban de un sueño profundo, parpadeó y miró la forma oscura del *optio* de guardia, que se erguía sobre él y que a duras penas era visible con la tenue iluminación de la única lámpara de aceite que ardía en el cuarto de guardia.

—¿Qué pasa?

—Disculpe, señor, pero uno de los muchachos dice que ha oído algo delante de la puerta.

Cato hizo un gesto hacia el otro extremo de la habitación, en dirección a la forma corpulenta de Macro, que roncaba estruendosamente mientras dormía.

—¿Ha oído algo por encima de eso? Asombroso… Ahora voy.

Cato se levantó con rigidez y cogió el casco. Mientras se abrochaba el barboquejo, se acercó a Macro y le dio suavemente en el costado con la punta de la bota.

Macro refunfuñó, se echó atrás chasqueando los labios y soltó un soñoliento gemido. A continuación abrió los ojos y se incorporó, mientras se frotaba enérgicamente los rizos de su tupido cabello.

—¿Qué pasa?

—Parece ser que el enemigo está avanzando.

—Bien —murmuró Macro con decisión. Recogió el casco y se puso de pie—. Pues vamos a echar un vistazo.

En lo alto de la plataforma, los soldados de la sección comandada por el *optio* estaban mirando cuesta abajo. El *optio* señaló una figura alta en la esquina.

—Ese soldado, señor.

Caía una leve llovizna, con la fuerza justa para producir un debilísimo silbo al chocar contra la madera del fuerte. No había ni rastro de estrellas, solo un cúmulo de nubes oscuras, apenas discernibles, que cargaban el cielo. Los dos oficiales se acercaron al centinela en silencio y se situaron a su lado.

—Muy bien, muchacho —dijo Macro en voz baja—. ¿Qué está pasando?

El legionario respondió sin volver la mirada.

—Hace un momento oí un traqueteo. Como si el asta de una lanza se enganchara en el borde de un escudo, señor.

—Es una descripción muy precisa. ¿Estás seguro?

—He oído ese sonido lo suficiente para saber reconocerlo, señor. Estoy seguro.

—Está bien. —Macro asintió y, a continuación, se asomó para escudriñar en la penumbra junto a Cato. Ambos permanecieron inmóviles un momento, y al cabo Macro se irguió de nuevo y meneó la cabeza—. Fuera lo que fuera, ahora ya no se oye.

Cato no se movió. Aunque estaba escuchando, su cansada mente no paraba de valorar posibilidades. Calculó que no quedaba más de una hora para el alba. La luz empezaría a volver al mundo mucho antes de eso. Era el mejor momento para atacar. No había duda de que, en su mayoría, los defensores del fuerte se habrían pasado la noche sin dormir. Estarían tan cansados e inquietos que la menor tontería les pondría aún más nerviosos y minaría su moral.

—He dicho que ahí no hay nada —repitió Macro pacientemente.

Cato se volvió hacia él con expresión irritada.

—Ya te he oído, centurión. Y te agradecería que te reservaras tus opiniones hasta que te las pidiera.

Macro inspiró profundamente e inclinó la cabeza.

—A sus órdenes, señor.

—Muy bien. —Cato echó un último vistazo cuesta abajo para asegurarse de que el fuerte se hallaba a salvo de momento. Luego se volvió hacia Macro—. Quiero a Maridio aquí arriba en la torre con la primera luz del día. Se lo mostraremos a Carataco. Haz que lo encadenen en uno de los establos más próximos para que podamos ir a por él con rapidez si es necesario.

—Sí, señor.

Macro saludó y se dirigió hacia el *optio*, que esperaba junto a lo alto de la escalera que bajaba al cuarto de guardia. Cato se lo quedó mirando con arrepentimiento mientras se retiraba. No había sido su intención regañar así a su amigo, pero pasarse la noche despierto, aguzando ojos y oídos para detectar la menor señal de peligro, no contribuía a mejorar su humor. Estaba a punto de volver a llamar a Macro con algún pretexto para poder disculparse, cuando oyó un débil zumbido que provenía de la explanada de la plaza de armas. El sonido aumentó de volumen enseguida, y parecía provenir de una zona amplia situada justo delante del fuerte. Otro soldado lo oyó y estiró el cuello hacia allí. Desde algún punto en la oscuridad se oyó una brusca voz de mando y, tras intensificarse por un instante, el ruido cesó y fue acompañado de un rápido murmullo de gruñidos. Cato reconoció el sonido, y comprendió el peligro de inmediato.

—¡Al suelo! —Se llevó las manos a la boca para hacer bocina, y gritó a ambos lados de la torre de entrada—. ¡Agachaos!

Al cabo de un instante, el aire se llenó del fuerte crujido de los proyectiles de piedra que se estrellaban contra los postes y tablas de madera del parapeto a lo largo del muro y en lo alto de la torre de entrada. El terrible retumbo y

golpeteo de los proyectiles que alcanzaban su objetivo prácticamente ahogaba el silbido de los que pasaban de largo por encima de la empalizada y caían en el campamento sin apenas causar daños. Hubo varios impactos que sonaron más fuertes, y algunos gritos de dolor cuando los proyectiles de honda alcanzaron a los centinelas más expuestos.

Fuera, en la oscuridad, se gritó otra orden, y Cato reconoció la voz de inmediato: Carataco. Estalló un enorme rugido y, delante del fuerte, el suelo pareció cobrar vida cuando miles de figuras se alzaron de la hierba alta hasta las rodillas y salieron a la carga hacia la zanja del otro lado de los muros.

—¡Dad la alarma! —gritó Cato a voz en cuello, tan fuerte como pudo—. ¡Guarneced el muro!

Capítulo XXVI

Más proyectiles de honda traquetearon contra las empalizadas de madera con un estrépito ensordecedor que ahogó el sonido agudo de la larga trompeta de latón que resonaba por el fuerte llamando a los hombres a las armas. Los gritos del enemigo se fueron apagando cuando los hombres se precipitaron cuesta arriba hacia la zanja exterior. Solo se oían unas cuantas voces que gritaban en la oscuridad, instando a sus guerreros a seguir adelante y sin duda colmando de insultos a los defensores romanos. Cato se asomó por la esquina de la torre y vio que había caído un soldado en el parapeto. Macro se inclinaba sobre él y agarraba al legionario por la armadura de los hombros.

—¿Estás bien, soldado?

Cato se dirigió hacia él agachándose cuanto podía, mientras el aire se llenaba del suave zumbido de los proyectiles que volaban por encima de ellos. Un estertor lastimoso salía de la garganta del soldado. Cato solo pudo distinguir una sombra en el casco de aquel hombre, y alargó la mano para tocarla. En efecto, había una abolladura no muy honda, de la profundidad de una cuchara, allí donde el casco había recibido de lleno el impacto de un proyectil de honda. Aunque no le hubiera roto la cabeza gracias a la protección que le ofrecía el casco, la fuerza del golpe lo había dejado inconsciente.

—¡Llevadlo a la parte de atrás de la torre! —ordenó el prefecto a uno de los legionarios agachados allí cerca, antes

de salir corriendo a la parte trasera de la puerta para comprobar cómo se estaba organizando la resistencia en el interior del fuerte. Se habían atizado los fuegos de los braseros para asegurar que la llovizna no los apagara, y gracias a sus llamas vio cómo los soldados subían en tropel por las escaleras de madera y se desplegaban a lo largo del muro. Los centuriones y demás oficiales les gritaban que se movieran con rapidez, y que mantuvieran la cabeza gacha mientras ocupaban sus posiciones, con una rodilla en el suelo detrás de los escudos. Los legionarios ocuparon el adarve a ambos lados del portón principal, y los tracios se repartieron por los dos flancos de la empalizada. En cuanto comprobó que la guarnición había reaccionado con rapidez, Cato se dio la vuelta, le hizo señas a Macro y se dirigió a la parte delantera de la torre. El sonido de los proyectiles seguía restallando contra los maderos, pero Cato sabía que debía estudiar el avance del enemigo para averiguar su estrategia. Cobró ánimo y se levantó por detrás de una de las almenas entabladas, y bajó la mirada en diagonal hacia el foso.

La oscura pendiente era un hervidero de cuerpos, y los primeros enemigos ya habían llegado al borde de la zanja y descendían a toda prisa hacia las sombras que llenaban el fondo. El prefecto pudo oír perfectamente el estrépito de los fragmentos de cerámica rota que solían colocarse en los fosos de los fuertes de todo el imperio, junto con otros obstáculos, para dificultar el avance de los atacantes. Los gritos de dolor delataban a aquellos que se cortaban los pies o las manos con los afilados bordes, y los disparos de honda cesaron de pronto, sin duda porque el enemigo tenía miedo de alcanzar a los compañeros que se acercaban ya a las defensas.

Macro se puso de pie, se llevó una mano a la boca para hacer bocina y gritó a los que estaban en el adarve:

—¡Preparad las fajinas!

Varios soldados levantaron los haces de leña y los apoyaron en el muro, mientras otros acercaban las antorchas a los braseros y, en cuanto prendían, se apresuraban a reunirse arriba con sus compañeros.

—¡Encendedlas! —ordenó Macro—. ¡Y luego arrojadlas por encima del muro!

Pese a la inflamable combinación de leña y brea, la llovizna hizo que costara encender algunas de las fajinas. Aun así, hubo unas cuantas que prendieron enseguida y que chisporrotearon furiosamente. En cuanto estuvieron en llamas, los soldados que sostenían largas horcas de dos en dos atravesaron los haces, los echaron hacia atrás y aguantaron el peso hasta que se gruñó una señal y los arrojaron describiendo un arco por encima de las empalizadas. Las ramas rugieron ferozmente al caer en picado atravesando la oscuridad, golpearon contra el suelo con un ardiente estallido de chispas y rodaron una corta distancia antes de detenerse y proyectar una vacilante luz rojiza en derredor. Algunas de las fajinas se quedaron cortas y cayeron rodando en la zanja, entre los atacantes que se abrían paso por ella hacia la rampa, lo que provocó de inmediato los gritos de pánico de algunos de ellos, que se apartaban como podían, empujándose entre sí para que los haces encendidos no les cayeran encima. Algunos no tuvieron suerte, y se vieron de pronto envueltos en llamas y aullando aterrorizados. Con el resplandor de las fajinas, Cato vio a pequeños grupos de hombres que relucían con la llovizna y que subían por la pendiente con dificultad, cargados con unas toscas escalas de asalto.

Se llenó de aire los pulmones y gritó:

—¡Lanzad jabalinas!

Los legionarios y los tracios se pusieron de pie en los adarves de la empalizada y echaron el brazo hacia atrás, en

posición de lanzamiento. El objetivo se encontraba a una corta distancia, y las puntas de hierro de las armas descendieron sesgadas hacia la oleada de guerreros nativos que subían en tropel hacia el fuerte. No había necesidad de apuntar, y los soldados lanzaban sus armas con un gruñido explosivo. Las letales astas, que se distinguían momentáneamente a la luz de los fuegos de abajo, hendían el aire y se precipitaban entre la agitada concentración de enemigos. Cato vio a un hombre que fue alcanzado al borde del foso a la derecha de la torre de entrada, la punta de hierro de la cabeza del arma le atravesó el vientre. El guerrero se dobló en dos, soltó el hacha que llevaba y cayó hacia atrás aferrando el asta de la jabalina.

Más atacantes cayeron abatidos. Resultaba difícil fallar a tan corta distancia, y con el enemigo ascendiendo trabajosamente hacia el pie de la muralla. El primero de los grupos con escalas llegó a la zanja. Los hombres bajaron a ella con su pesada carga, la cruzaron y subieron por el otro lado. Plantaron la base en el suelo empapado y empujaron la parte superior contra la empalizada, cerca de la torre de entrada. Los guerreros empezaron a trepar por los peldaños de inmediato, animados por un noble con cota de malla que golpeaba la espada contra el escudo presa de una frenética excitación. Cato se volvió a mirar a Macro y señaló abajo.

—¿Lo ves?

Macro movió la cabeza en señal de afirmación.

—¡Dale! —ordenó el prefecto, que confiaba en la destreza de su amigo con la jabalina. Cato nunca se había sobrepuesto al peligro que representaba para los de su propio bando un mal lanzador como él, después de haber estado a punto de empalar a Macro con una jabalina en una ocasión, durante su primer combate en la frontera del Rin.

Macro agarró una de las armas apiladas en la parte de atrás de la torre y subió al parapeto. Apuntó con el brazo

izquierdo mientras echaba atrás el brazo armado y su bíceps se tensaba poderosamente, preparándose para lanzar. Entrecerró un poco los ojos y, a continuación, soltó el brazo derecho hacia adelante con un gruñido animal de esfuerzo. La jabalina descendió describiendo una trayectoria plana y pasó rozando al líder nativo, el cual acababa de dar un paso a un lado para animar a gritos a sus guerreros, totalmente ajeno al arma que atravesó el espacio donde él había estado hacía tan solo un instante.

—¡Cabrón! —chilló Macro, frustrado—. Espera. Voy a…

Dio la vuelta para ir a buscar otra arma, pero Cato lo agarró del brazo.

—Ya es demasiado tarde. ¡Mira!

El primero de los guerreros enemigos ya había llegado a lo alto de la escala y se estaba batiendo con un par de legionarios que le cortaban el paso. El nativo llevaba un hacha de mango largo en la mano derecha y la blandía como un loco mientras iba subiendo peldaño a peldaño. La pesada hoja del hacha golpeó el escudo de uno de los defensores, astilló la superficie y empujó al soldado hacia atrás. Al ver aquella arma feroz que cortaba el aire gélido, su compañero retrocedió un paso de manera instintiva. Inmediatamente, el guerrero aprovechó la ocasión, pasó una pierna por encima de la empalizada y saltó al adarve con agilidad, donde empezó a asestar hachazos a diestro y siniestro, estrellando ruidosamente la cabeza de su arma contra los pesados escudos de los legionarios, y rechazándolos mientras un segundo hombre trepaba a lo alto de la escala. Más allá se estaban levantando más escalas a lo largo del muro, y los defensores se hallaban totalmente entregados a su esfuerzo por empujarlas hacia atrás. Si eso fallaba, golpeaban desesperadamente las cabezas y hombros de los hombres que trepaban por ellas y conseguían asomarse a la empalizada. Cato vio a Querto que, a unos cincuenta pasos

de distancia, le cercenaba el brazo a un enemigo que intentaba saltar al adarve. El tracio profirió un rugido de triunfo cuando el guerrero cayó de la escala y, acto seguido, se volvió en busca de otro oponente.

Cato tomó aire y desenvainó la espada con excitación.

—¡Macro, conmigo! Nos necesitan en la muralla.

Bajó por la escalera de la torre, saltó el último trecho y corrió hacia la puerta que daba al muro. A no más de tres metros de distancia, el compañero del tipo que llevaba el hacha se dejó caer en cuclillas sobre el adarve y se volvió a mirar a Cato justo cuando este salía sosteniendo la espada al costado, listo para atacar. La luz de un brasero situado debajo proyectó un vivo resplandor en la cara de aquel hombre, y reveló una barba hirsuta y unos mechones de cabello empapado, bajo los cuales sus ojos brillaron mientras tanteaba a su oponente romano. No dudó un instante más: lanzó un gruñido y acometió a Cato sosteniendo en alto una espada larga con la intención de partirle la cabeza a su oponente. El prefecto estaba alzando su espada confiado en parar un golpe tan burdo como aquel, cuando, de pronto, Macro apareció precipitadamente por detrás de él y lo empujó hacia su enemigo sin querer. Cato trastabilló y, a punto de caerse, supo por instinto que si quería sobrevivir al próximo instante debía utilizar el impulso que llevaba. La espada del guerrero ya describía una curva en el aire y centelleaba como bronce fundido al reflejar la brillante luz del brasero.

—¡Mierda! —exclamó Macro entre dientes al tiempo que se echaba a un lado de un salto.

Cato se abalanzó con todo su peso por debajo del brazo extendido del guerrero y chocó contra su pecho. Un olor acre a sudor de alimaña inundó el olfato del prefecto. El golpe hizo retroceder un paso al nativo, que tropezó contra el borde irregular de un tablón mal serrado y cayó de espaldas.

Cato extendió la pierna que tenía delante, tensó la rodilla para frenar el impulso y fue dando traspiés hasta detenerse sobre su oponente. El siluro aún sostenía su espada, y lanzó un golpe desesperado que dirigió hacia la pierna de Cato. Aquel golpe hubiera herido de gravedad al prefecto, pero el extremo del arma se clavó en el interior del parapeto con un ruido sordo, sin llegar a su objetivo. Los dos hombres cruzaron una breve mirada, y el nativo intentó recuperar la espada. Pero era demasiado tarde para él. Cato se inclinó hacia adelante y hundió su espada corta en las costillas de aquel hombre, notó el impacto por todo el brazo hasta que oyó el crujido de un hueso y la hoja penetró, venciendo la resistencia de la carne. Cato retorció la hoja bruscamente, como le habían enseñado a hacer siendo un recluta. Apoyó la bota en el pecho de su víctima, y sacó la espada de la herida de un tirón, con un sonido húmedo. El siluro soltó un grito ahogado y se desplomó con la boca abierta.

Cato tenía la escala delante y, un poco más allá, estaba el hombre del hacha. Una mano apareció por encima del parapeto y, al cabo de un instante, le siguió una cabeza, unos hombros y la punta de una espada. El hombre vio a Cato al mismo tiempo y soltó un grito de alarma. Entonces el prefecto agarró la escala por arriba e intentó empujarla hacia un lado, pero el peso de los hombres que había en los peldaños era demasiado para él. El siluro, temiendo caer, se había aferrado a la escala con la mano armada para no perder el equilibrio, pero al ver que no corría peligro sonrió con burla y echó la espada hacia atrás para lanzarle una estocada a Cato.

Justo en ese momento, el prefecto percibió un movimiento borroso por el rabillo del ojo: de pronto, la espada de Macro apareció en su campo de visión, y se estrelló en la cara de aquel hombre, le partió el pómulo y le echó la cabeza hacia atrás. El nativo gritó desesperado,

soltó la escala para llevarse la mano a la herida, perdió el equilibrio y cayó a las oscuras sombras del pie del muro. Su grito alertó al hombre del hacha, que miró por encima del hombro y, al ver a los dos oficiales romanos, abrió desmesuradamente los ojos con expresión furiosa.

—¡Coge la escala! —gruñó Macro—. ¡Ese es mío!

Cato no tuvo tiempo de responder, porque su amigo pasó bruscamente y con decisión por su lado, agazapándose ya un poco para tantear al corpulento siluro, que se volvió hacia él volteando el hacha con una floritura, alardeando de su maña con el arma.

El prefecto no lo pensó más: enfundó su espada a toda prisa y agarró los extremos de la escala, afirmó los pies, tiró de la tosca madera hacia un lado, y notó que la escala cedía ahora con cierta facilidad, después de haber reducido el peso de su carga. Poco a poco consiguió inclinarla, hasta que finalmente la soltó. La escala chocó contra la esquina de la torre de guardia, con lo que se sacudió de encima a otros dos hombres antes de acabar en la zanja de nuevo.

Mientras tanto, Macro le hacía una finta al del hacha para poner a prueba sus reacciones. Su oponente hizo girar el hacha de inmediato, y agarró el mango con las dos manos para parar el golpe.

—Tienes buenos reflejos —lo felicitó Macro en voz baja, que avanzó entonces para atacar de verdad con una estocada dirigida al vientre del nativo. El siluro apartó la hoja de un golpe con socarronería, y a continuación paró el siguiente, que iba dirigido a su cara, dejó que la mano derecha se deslizara suavemente por el asta del arma y lanzó un tajo en diagonal directo al hombro de Macro. Lo hizo con tanta rapidez, que el centurión solo tuvo tiempo de apartarse de un salto, y la hoja del hacha no lo alcanzó por menos de un dedo. Chocó contra la empalizada, a una corta distancia por delante de Cato, y el impacto lo dejó sin

aliento. El corpulento guerrero avanzó y le asestó un golpe en el pecho con el extremo del mango, que se estrelló en uno de los medallones de plata que Macro llevaba en el arnés, obligándolo a dar un paso atrás. El hombre hizo ademán de volver a golpear con el pesado mango, pero Cato pasó como una exhalación junto a su amigo y arremetió con su espada contra el pecho del siluro. Fue un golpe realizado con el brazo completamente extendido, y resultó en una herida superficial, pero sirvió para que el del hacha se detuviera en seco y se revolviera a toda prisa ante la nueva amenaza. Macro tomó aire apresuradamente, y ocupó su lugar al lado de Cato.

—Este tipo está empezando a cabrearme.

Cato asintió, con los dientes apretados y la mirada fija en el hombretón del hacha. Arremetió de nuevo y, como su estatura y alcance eran superiores a los de Macro, obligó al nativo a ceder terreno. Macro dejó escapar un rugido y se precipitó a la carga, y Cato hizo lo mismo. El movimiento repentino de los dos oficiales pilló por sorpresa al guerrero enemigo, y su vacilación acabaría costándole la vida.

Macro golpeó primero: lo acuchilló en el hombro derecho, y la sacudida hizo que el hombre soltara la enorme hacha de guerra, que cayó a la tablazón del adarve; Cato atacó a continuación con una estocada que lo alcanzó justo debajo de la garganta, le destrozó la tráquea y penetró unos quince centímetros hasta que la hoja salió por su mejilla. Cuando el prefecto le arrancó la espada, el hombre retrocedió tambaleándose, indefenso, y de pronto se detuvo con una sacudida y echó la cabeza hacia atrás cuando la punta de un venablo le atravesó el costado. Detrás del nativo apareció un legionario, que liberó su arma de un tirón, al tiempo que propinaba una patada al gigante para arrojarlo por la pendiente de tierra de las defensas, por la que cayó rodando

hasta detenerse, agarrándose el cuello con las manos mientras se desangraba con un gorgoteo.

—¡Buen trabajo, soldado! —exclamó Macro con una amplia sonrisa—. ¡Lo ensartaste como a un cerdo!

El soldado respondió al cumplido con una sonrisa, y se volvió de nuevo hacia el parapeto con la punta ensangrentada de la jabalina levantada, lista para caer sobre el próximo que fuera tan imprudente como para intentar escalar la empalizada. Cato enfundó su arma sin prestar atención a la sangre que aún la manchaba, y miró a lo largo de la muralla. En lo alto de las escalas aún tenían lugar unos cuantos enfrentamientos, pero ningún enemigo más había logrado llegar al adarve del otro lado del parapeto. Asintió con satisfacción.

—De momento, todo va bien. Vamos. Volvamos a la torre.

Subieron de nuevo al parapeto de la torre, desde donde podían tener una clara visión general del ataque. Los soldados situados a la izquierda de la puerta también estaban resistiendo contra los nativos que se arremolinaban delante del fuerte, iluminados desde atrás por las fajinas que ardían en el suelo. Mientras observaba, Cato vio que las llamas empezaban a extinguirse antes de lo que él había esperado, y levantó la mirada a la densa inmensidad del cielo nocturno; la lluvia caía con más fuerza y resonaba al golpear en su casco, añadiendo un leve silbido de fondo a los sonidos de la batalla. En el terreno abierto tras la puerta principal, los hombres de la reserva esperaban con las lanzas y los escudos apoyados en el suelo. Cato distinguió a Severo, que caminaba de un lado a otro frente a sus soldados dándose golpecitos en la greba con la espada. Prácticamente pudo oler la preocupación de aquel hombre y, aun a su pesar, ofreció una breve plegaria a los dioses para que el centurión dirigiera bien a sus soldados si se los necesitaba para llenar cualquier hueco en la línea. El

prefecto miró entonces a su derecha, y allí pudo ver a Querto, lanzando gritos de ánimo a sus hombres. De vez en cuando se ponía de pie sobre la empalizada y, a plena vista del enemigo, profería un rugido desafiante. Cato admitió, con cierta admiración, que aquel era precisamente el ejemplo que los soldados necesitaban en un momento así.

Se volvió a mirar a Macro.

—Esta lluvia no nos va a hacer ningún favor.

—El enemigo lo tiene igual de mal que nosotros. O peor. Al menos nosotros tenemos refugio.

Cato meneó la cabeza.

—No lo has entendido. Está empezando a apagar las fajinas. Si sigue lloviendo así, no podremos encender la almenara cuando amanezca. Y aunque pudiéramos, apuesto a que las nubes engullirán el humo que hagamos.

Macro miró al cielo, y parpadeó cuando las gotas le cayeron en los ojos.

—¿Es que no hay nada en esta maldita tierra que no esté contra nosotros?

Antes de que Cato pudiera responder, le llamó la atención un movimiento en la cuesta frente a la torre de entrada. Aguzó la vista, y distinguió lo que le pareció un gran grupo de hombres que subían sigilosamente por el sendero, apartándose de la zona iluminada. Se asomó para intentar ver mejor.

—¡Cuidado, señor! —le advirtió Macro—. ¿Quiere presentar un blanco fácil a esos cabrones de los honderos?

Como para subrayar sus palabras, justo en ese momento Cato oyó un débil zumbido que le pasó por encima de la cabeza, muy cerca. Se sobresaltó y, con un sentimiento de culpabilidad, volvió a situarse tras las protecciones y observó desde allí. Mientras los nativos se acercaban, Cato percibió algo en la forma en que se amontonaban que le

inundó las entrañas de una oleada de preocupación. Entonces cayó en la cuenta de lo que era.

—Tienen un ariete… ¡Macro! ¡Mira allí! —Señaló a los hombres que subían por el sendero, y que se dirigían directamente al estrecho paso elevado que cruzaba el foso.

Macro entrecerró los ojos, miró a través del brillo apagado de la lluvia y puso cara de fastidio.

—Lo que nos faltaba…

Cato se volvió hacia los otros soldados que había en la torre.

—¡Recoged las jabalinas y venid aquí, ahora!

Los legionarios agarraron los haces de jabalinas y formaron a lo largo del frente de la torre.

—Hay un grupo de hombres que se dirigen al paso elevado —les explicó el prefecto en voz alta para que le oyeran por encima del estrépito del combate y la lluvia—. Llevan un ariete. No podéis permitir que lleguen a la puerta.

Los legionarios entendieron el peligro enseguida. Levantaron las jabalinas alzándolas por encima de la cabeza, y se cubrieron con los escudos para protegerse de los honderos. A continuación, apuntaron al enemigo que se acercaba y aguardaron la orden de Cato, en tanto que Macro ocupaba su posición entre ellos. El prefecto observó a los guerreros con detenimiento, y entonces pudo distinguir claramente el tronco largo y grueso que llevaban entre todos. Lo más probable era que lo hubieran talado en alguno de los bosques que crecían a lo largo de la pared del valle. Cato pensó que al menos no habrían tenido los medios necesarios para revestir el extremo con una pesada punta de hierro, pero aunque fuera un arma roma y toscamente serrada, al final acabaría destrozando la puerta igualmente. La cabeza del grupo se encontraba a no más de treinta pasos del extremo del paso elevado, y el prefecto alzó el brazo.

—¡Preparados!

El objetivo estaba lejos, y con la lluvia era probable que sus hombres no tuvieran tan buen agarre en las armas. Cato dejó que el enemigo se acercara un poco más. Quería que la primera descarga fuera lo más devastadora posible.

Se oyó un gruñido cuando uno de los legionarios no pudo más y lanzó su arma con todas sus fuerzas: la jabalina describió un arco hacia el enemigo y cayó al suelo a unos cuantos pasos de distancia.

—¿Quién coño ha sido? —preguntó Macro que, enfurecido, se volvió a mirar a lo largo del parapeto y, al localizar al culpable, lo fulminó con la mirada—. Estás arrestado, soldado. ¡En cuanto termine esta pequeña reyerta! ¡Y ahora toma otra arma y espera la maldita orden!

El legionario agarró una jabalina de repuesto y apuntó.

Cato vio que el enemigo iba escoltado por unos hombres que llevaban unos grandes escudos redondos. Más allá, pudo ver a otro grupo más pequeño dirigido por un guerrero alto, que se detuvo fuera del alcance de las jabalinas para observar el avance de los que llevaban el ariete. Cato asintió para sus adentros: solo podía ser Carataco. Por fin tenía clara la intención de su enemigo: mientras mantenían ocupados a los romanos a lo largo del muro, el grupo del ariete podía batir la puerta antes de que los defensores se dieran cuenta de las intenciones de los britanos. Cato admitió que hubiera sido un buen plan…, de no ser por la luz que aún despedían las llamas de las fajinas: eso les había permitido ver el ariete, y los romanos estaban listos y esperando.

El primer hombre había alcanzado el extremo del paso elevado, y Cato se llenó los pulmones de aire, echó el brazo hacia adelante y rugió:

—¡Lanzad jabalinas!

Hubo un coro de gruñidos cuando los legionarios arrojaron sus armas desde la torre, por encima del paso

elevado y hacia el lugar donde las apretujadas filas del enemigo formaban un blanco fácil. Las jabalinas de punta de hierro penetraron en carne y hueso con golpes sordos, y los gritos y gemidos de los heridos hendieron la oscuridad. El grupo se detuvo en seco, el ariete cayó al suelo, y los que tenían los escudos los alzaron para protegerse.

—¡Otra vez! —ordenó Cato a sus hombres—. ¡Seguid lanzando, muchachos!

Los legionarios agarraron más armas, apuntaron y lanzaron las jabalinas. Cayeron más enemigos, incluyendo los de los escudos, puesto que la madera y el cuero con los que estaban hechos prácticamente no proporcionaba protección contra el impacto de las mortíferas puntas de hierro. Macro gritaba de alegría mientras arrojaba un arma tras otra y animaba a los legionarios. Más allá de la maraña de muertos y heridos, los supervivientes rompieron filas y se alejaron a todo correr camino abajo. Cato alcanzó a oír cómo el jefe enemigo les gritaba con enojo, y acto seguido vio perfectamente cómo daba una orden a voz en cuello. Un instante después, los proyectiles de honda surgían de nuevo zumbando de la oscuridad y se estrellaban en las protecciones del fuerte; algunos de ellos rebotaron estrepitosamente en los escudos de los legionarios, y uno de esos proyectiles desviados alcanzó a Cato en la orejera con un fuerte ruido metálico. Notó el golpe, pero por suerte el pequeño proyectil había perdido casi toda su fuerza y apenas le hirió.

—¡A cubierto! —ordenó cuando el fuerte traqueteo de los proyectiles se intensificó y uno de ellos alcanzó a otro legionario, que al recibir el golpe se incorporó medio noqueado, exponiéndose más aún a la andanada de piedras. Otro proyectil le dio en la cara y le pulverizó la nariz y la cuenca ocular, y de la cara del hombre salió un roción de sangre. El soldado se desplomó como un saco, y golpeó las

tablas de madera con un ruido sordo y el traqueteo del escudo a su lado. Los demás legionarios se agacharon detrás del parapeto protegiéndose con sus pesados escudos rectangulares, que les proporcionaban una protección adicional mientras un nuevo aluvión de proyectiles de honda traqueteaba contra la torre. Cato respiró con preocupación durante una breve pausa, tras la cual se atrevió a echar un vistazo por encima del muro. El enemigo había vuelto a tomar el ariete y estaba cruzando el paso elevado. Un fuerte chasquido en la madera que tenía delante hizo saltar astillas por los aires junto al prefecto, que notó un pinchazo cálido en la mejilla y volvió a agacharse.

—Mierda… —Se llevó la mano a la cara, notó que le salía sangre y entonces tocó algo duro que le sobresalía de la carne. Apretó los dientes, pellizcó el extremo con fuerza, tiró de él para sacarlo y lo lanzó al suelo. El fuerte dolor punzante se intensificó, pero Cato sabía que no tenía tiempo para entretenerse en esas minucias.

Macro se agachó a su lado con la respiración agitada.

—Esos cabrones nos tienen inmovilizados, señor.

Una voz gritó frente a la puerta, y un instante después empezó un breve y rítmico canto. Al tercer compás, se oyó un estrépito de madera contra madera, y Cato y Macro notaron que la torre temblaba bajo ellos. Los maderos de la puerta eran sólidos, y también las sujeciones, los goznes y la tranca, pero Cato sabía que los golpes que podían aguantar eran limitados.

—Tenemos que retrasarlos todo lo posible. Yo me quedaré aquí y haré que los hombres continúen con las jabalinas.

—Será un trabajo duro.

—No hay otra salida. Tenemos que machacar a los del ariete para intentar salvar la puerta. Si la puerta exterior cede, solo quedará la interior. Cuando la perdamos, podemos darnos por muertos.

Macro asintió con la cabeza.

—Quiero que tomes el mando de la reserva. Forma detrás de la torre de entrada y abre la puerta interior. Si derriban la otra, arremete con todas tus fuerzas. Recházalos y quítales el ariete. Se procurarán otro enseguida, pero ganaremos algo de tiempo. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Pues a por ellos, centurión.

Mientras Macro bajaba por la escalera, Cato se volvió hacia los legionarios agachados tras el parapeto. Levantó la voz para que lo oyeran por encima del entrechocar de las armas, los gritos de los hombres y el continuo retumbo del ariete enemigo.

—¡Muchachos, tenemos que mantener el ritmo con las jabalinas! Utilizadlas con rapidez, y no hagáis el tonto o presentaréis un blanco fácil. ¡Adelante!

Cato conocía el peligro de exponerse a los disparos de las hondas, pero igualmente sabía que tenía que dirigir a aquellos hombres con el ejemplo. Tomó una jabalina ligera del montón que había en la parte trasera de la torre, procurando no mirar a los dos cadáveres que habían arrastrado hasta allí. Luego se preparó detrás del parapeto, sopesó el arma y la agarró adecuadamente, apretó la mandíbula con fuerza y se levantó con rapidez; cuando vio a los del ariete, se inclinó hacia adelante y lanzó la jabalina hacia abajo, contra las espaldas relucientes y el pelo lacio por la lluvia de los hombres que aferraban el tronco con decisión. Antes de volver a agacharse, vio fugazmente que había alcanzado a un guerrero entre los hombros. Un instante después, dos proyectiles golpearon contra la torre allí donde había estado hacía un momento. Una oleada de euforia recorrió su cuerpo, y alzó el pulgar con gesto triunfante hacia los soldados.

—¡Un bárbaro más al que hemos enviado con sus dioses!

Capítulo XXVII

Macro levantó el escudo para protegerse al salir de la torre de guardia y se dirigió con paso resuelto hacia la media centuria formada a una corta distancia de allí. Al ver que se acercaba, el centurión Severo dejó de caminar de un lado a otro y se volvió hacia él con expectación.

—¡Firmes! —ordenó Macro, y los legionarios levantaron los escudos apresuradamente y presentaron sus jabalinas en una acción muy bien ejecutada, tal como si estuvieran en la explanada de entrenamiento. Macro asintió con aprobación antes de dirigirse al comandante de la unidad. Se fijó en la expresión de congoja del otro hombre. En aquel preciso momento, el ariete se estrelló una vez más contra la puerta exterior, lo que hizo que Severo se encogiera y desviara rápidamente la mirada hacia el sonido.

—No tardarán en atravesarla —declaró con inquietud—, luego la puerta interior…, y no podremos detenerles.

—¡Eso lo dudo mucho! —replicó Macro en voz lo bastante alta para que lo oyeran los demás legionarios—. Porque somos nosotros los que van a dar una buena paliza a esos bárbaros hijos de puta. Bien, vosotros dos. —Señaló a los legionarios situados en el extremo izquierdo de la pequeña formación—. Abrid la puerta interior. Y hacedlo rápido.

Severo se quedó boquiabierto.

—¿Abrir la puerta? ¿Qué diantres…?

Macro forzó una sonrisa y continuó diciendo sin alterarse:

—¡Vamos, esos cabrones están destrozando una de las puertas! ¡Que me aspen si voy a permitir que le hagan un solo rasguño a la otra!

Severo se lo quedó mirando como si estuviera loco, pero Macro no le dio oportunidad de decir nada. Desenvainó la espada y se volvió hacia los legionarios.

—Dejad las jabalinas. Este es un trabajo para las espadas, muchachos.

Los hombres dejaron de inmediato las armas en el suelo, se prepararon con las manos en los pomos de sus espadas cortas y esperaron órdenes.

—¡Formad en columna de a cuatro! ¡Cerrad filas y escudos al frente!

La lluvia había formado charcos en el suelo, y las botas de los soldados los cruzaron con un chapoteo para ocupar sus posiciones. Los dos legionarios a los que había enviado a abrir la puerta ya habían sacado la tranca de sus soportes y tiraban hacia adentro de los pesados maderos. Las bisagras de clavija de madera gimieron, la puerta se abrió, y las oscuras fauces del corto pasillo que conducía a la puerta exterior quedaron a la vista de los legionarios. Una vez realizada su tarea, los dos hombres corrieron a reunirse con sus compañeros, Macro ocupó su puesto a la cabeza de la apretada formación y le hizo señas a Severo para que se situara a su lado.

—Vamos a darles la cuña. Tú y yo en la punta. —Macro sonrió ampliamente y murmuró el credo del centurión—: ¡El primero en entrar en combate, y el último en salir!

Severo asintió y sonrió débilmente.

—El primero en entrar, el último en salir…

La expresión de Macro se endureció mientras desenvainaba su espada y la alzaba en el aire húmedo.

—¡Primera Centuria, Cuarta Cohorte, desenvainad vuestras espadas! ¡Luchamos por la gloria de la

Decimocuarta Legión!

Los legionarios alzaron las espadas al aire y vitorearon. En lo alto del muro, a ambos lados, los soldados que no estaban enzarzados en combate con el enemigo se volvieron al oír el ruido, y Macro se animó al ver que los hombres de los Cuervos Sangrientos se unían y retomaban el grito desde un extremo del muro al otro. Macro bajó la espada y señaló el pasillo con la punta: justo en ese instante, se oyó un fuerte crujido en la oscuridad cuando el ariete hizo pedazos uno de los maderos de la puerta exterior.

—Avanzad a paso lento… ¡Adelante!

Los legionarios echaron a andar hacia la abertura con los escudos alzados al frente, de modo que cubrían a los hombres hasta los ojos. Cuando entraron en el pasadizo, el ariete golpeó de nuevo, rompió la maltrecha madera y desprendió otro pedazo. Al retirarse el ariete, Macro distinguió las formas tenues de los enemigos a través del hueco dentado. Vio también que la tranca estaba aún intacta. Detuvo a sus hombres a dos pasos de la puerta, lo bastante dentro del pasillo para que el enemigo no los viera en la oscuridad.

El ariete golpeó de nuevo, acompañado por un estridente vítor por parte de los guerreros siluros, que intuían que la puerta se rompería de un momento a otro. Tras una nueva arremetida, otro pedazo de madero cedió con un crujido de astillas, y el siguiente golpe dio de lleno en la tranca, que saltó dentro de los soportes que la sujetaban. Volvió a caer en su sitio, pero con la siguiente embestida crujió y empezó a partirse. Dos golpes más bastaron para completar el trabajo: la tranca se hizo pedazos, y un lado de la puerta se abrió hacia adentro bruscamente y reveló las apiñadas filas de guerreros enemigos que esperaban para entrar como un solo hombre en el fuerte. Mientras Macro afirmaba los pies e inspiraba profundamente, vio caer dos jabalinas más. Un

guerrero se irguió dando una sacudida y profirió un aullido de dolor, mientras intentaba agarrar el arma que le había atravesado la espalda y se había hundido en sus órganos vitales. A continuación, cayó a la zanja desde el paso elevado.

—¡Por Roma! —bramó Macro, y el interior del pasillo de la torre de entrada le devolvió el eco de su grito al instante—. ¡Avanzad!

Por delante de ellos, los hombres agrupados en torno al ariete alzaron la mirada y escudriñaron la oscuridad. Su contorno se distinguía claramente contra el resplandor rojizo de las fajinas que aún ardían en el exterior. Antes de que pudieran reaccionar, Macro y sus legionarios salieron del pasadizo en cerrada formación y a paso ligero, como un letal ariete en cuña. El centurión estrelló su escudo contra el enemigo más próximo y lo mandó de vuelta con sus compañeros, luego lanzó una salvaje estocada de su espada corta, que penetró en el pecho de otro siluro. A su lado, Severo lanzó un tajo contra un hombro y abrió un corte profundo en toda la longitud del brazo, tras lo cual empujó su escudo y avanzó detrás de él. Los legionarios que seguían a los oficiales avanzaban a la fuerza por ambos lados, arremetiendo a cuchilladas contra sus enemigos. Los siluros no se esperaban un contraataque como aquel justo en el momento de su triunfo, y los que llevaban el ariete lo soltaron y lo dejaron caer en el paso elevado, al tiempo que retrocedían alejándose del peligro y dejaban que sus compañeros armados se ocuparan de la lucha. Algunos reaccionaron con rapidez, y alzaron sus escudos redondos y cargaron contra los romanos que salían por la puerta rota.

Aquel era, sin embargo, el combate cuerpo a cuerpo para el que se entrenaban las legiones y en el cual destacaban, y en la densa concentración de cuerpos que cubrían el paso elevado las puntas letales de las espadas cortas sobresalían

centelleantes de entre sus grandes escudos curvos, y se clavaban profundamente en torsos y extremidades antes de que las liberaran de un tirón, provocando graves y terribles heridas que sangraban sin parar. Mientras avanzaba dando grandes golpes con su escudo y tirando una estocada tras otra, el rostro de Macro, cerrado en una mueca feroz, no dejaba de recibir rociones de sangre. En ocasiones sus golpes no alcanzaban a nadie. A veces se los paraban, pero la mayoría de ellos daba en el objetivo, y poco a poco empezó a notar la calidez de la sangre que corría por encima de la guarda de su espada y bajaba por su mano mientras él seguía avanzando, conduciendo a sus hombres estocada a estocada por el paso elevado. A su izquierda divisó el foso, con las pendientes y el fondo llenos de enemigos muertos o moribundos. Había más hombres apretujados en la estrecha franja de terreno entre la escarpa y la empalizada, ansiosos por trepar por las escalas y lanzarse contra los defensores. Macro oyó gritar a Cato desde arriba:

—¡Bajad las jabalinas! ¡Esos son nuestros hombres!

Macro no había pensado en el peligro de ser alcanzado por sus compañeros, y dio las gracias a su amigo mentalmente mientras arremetía una vez más con la espada, pero su oponente empujó el escudo con desesperación y desvió el golpe. De pronto, hubo cierta agitación entre las filas de los siluros, y un guerrero enorme, vestido con pieles, se abrió paso a empujones hacia el frente blandiendo una gran hacha de guerra con sus poderosas manos. Sus compañeros lo miraron con asombro, y se apresuraron a ponerse fuera de su alcance cuando el hacha giró y describió un violento arco por encima de su cabeza. El gigante profirió un rugido salvaje y pareció centrar su atención en el casco con penacho de Severo, decidido a matar a los oficiales romanos para quebrar el ánimo de los soldados que los seguían.

Severo se mantuvo firme, con el escudo levantado y la espada hacia atrás, lista para atacar. De hecho, no tenía alternativa. Las filas de hombres que iban detrás de él hacían imposible cualquier intento de retirada. El gigante plantó un pie al frente y balanceó el hacha describiendo un amplio arco a la altura del pecho. Macro oyó el silbido de la cabeza del hacha al cortar el aire, y luego el estrépito cuando golpeó contra el borde del escudo de Severo, destrozando el ribete de bronce y las capas de madera y cuero, que estallaron en pedazos bajo la fuerza aterradora del impacto. El escudo destrozado saltó de los dedos entumecidos del centurión, y cayó por un lado del paso elevado al foso. El gigante soltó un grito de triunfo, y continuó blandiendo su arma con los músculos a punto de estallar. El hacha volvió a moverse, esta vez a una altura un poco mayor. Severo se agazapó para levantar la espada e intentar parar el golpe, pero al comprobar la fuerza de la embestida se dio cuenta de lo inevitable, abrió la boca y un último grito salió de sus labios.

—¡Noooo!

La cabeza del hacha arrancó la espada de manos del centurión con un ruido metálico, y el arma salió despedida dando vueltas por los aires; un instante después, el filo alcanzó al centurión en el cuello, partió carne y hueso e hizo saltar la cabeza, metida aún en su casco bruñido, de los hombros del oficial.

—Joder… —Macro se quedó momentáneamente atónito por aquella acción y, con una fría punzada de lucidez, supo que sería la próxima víctima de aquel hombre.

—¡Yo no, amigo! —gruñó al tiempo que se volvía hacia el gigante y se lanzaba hacia adelante, agachándose para bajar su centro de equilibrio. Macro era consciente de que no había nada que pudiera resistir el impacto de un hacha tan pesada como aquella. Tenía que acercarse al gigante, y

conseguir que la temible arma fuera inútil. El guerrero siluro ya estaba dándose la vuelta hacia él, esgrimiendo el hacha y disponiéndose a lanzar un golpe. Macro atacó y levantó el escudo rápidamente, justo antes de chocar con el hombre. El borde superior del escudo le dio en la mandíbula, le cerró la boca de golpe y cortó en seco su bramido de guerra. Al mismo tiempo, Macro extendió su brazo armado y lanzó un tajo en diagonal. No era el golpe más efectivo, porque carecía de profundidad, pero alcanzó a su contrincante en el costado, por debajo de las costillas, penetró en los pliegues de su capa de piel y se hundió en la carne antes de que Macro recuperara la posición de su escudo, maravillado de la solidez de su oponente. Sin darle tiempo a reaccionar, afirmó las botas en el suelo y empujó al tiempo que sacaba su espada y volvía a lanzar otra cuchillada, y otra, oyendo los gruñidos del hombre a medida que los golpes lo dejaban sin aliento.

Consciente de que el hacha no le servía para atacar o defenderse desde tan cerca, el gigante la arrojó al suelo y agarró el escudo de Macro por los lados e intentó arrancárselo de las manos.

—¡No, ni hablar, cabrón! —espetó Macro, que sujetó el asa con más fuerza. Por encima de él vio el rostro enrojecido por la furia del hombre, que descollaba sobre su escudo. Macro se impulsó con los pies de manera instintiva y le lanzó un cabezazo al gigante con el casco, y el sólido metal que protegía el borde le rompió la nariz. El gigante soltó el escudo y retrocedió tambaleándose, mientras la sangre le caía por la barba y empapaba los desgarrones de los pliegues de su capa. Macro se detuvo un instante para recuperar el aliento, y se dio cuenta entonces de que había llegado al otro extremo del paso elevado. Ante él, el último miembro del grupo encargado de echar la puerta abajo había dado media vuelta para huir, dejando a una veintena

de compañeros esparcidos por la tierra apisonada frente a la puerta rota, la mayoría de ellos atravesados por jabalinas.

—¡Macro!

El centurión se volvió, levantó la mirada y vio que Cato señalaba hacia abajo.

—¡Macro, el ariete! ¡Coged el ariete y volved al interior!

—¡Sí, señor!

Macro dio entonces media vuelta y ordenó a dos de sus secciones que enfundaran sus armas y agarraran los tocones de ramas que el enemigo había estado utilizando a modo de asas. Los soldados restantes formaron una pared de escudos en el extremo del paso elevado para proteger a sus compañeros. Y lo hicieron justo a tiempo porque, a medida que el enemigo se alejaba de los romanos, una nueva lluvia de proyectiles de honda surgió de la oscuridad y cayó con un traqueteo sobre la superficie de los escudos. Los soldados que llevaban el ariete volvieron a entrar en el túnel de la torre con dificultad, gruñendo por el esfuerzo de transportar la carga, mientras Macro marcaba el paso con firmeza para que la pared de escudos se retirara al interior del fuerte.

Por encima de ellos, Cato soltó un suspiro de alivio. La captura del ariete les haría ganar al menos varias horas. Aunque habían perdido la puerta exterior, la interior aún aguantaba, y eso les daría tiempo suficiente para llenar el pasadizo de tierra y rocas y hacerlo impracticable. Alzó la mirada al cielo, y percibió el primer atisbo del amanecer entre la lluvia y las nubes, una débil franja gris que perfilaba las montañas del este. Ya distinguía con más detalle el combate en las empalizadas situadas a ambos lados de la puerta, así como el terreno frente a ella. Allí vio de nuevo a Carataco que, con los puños apretados y los brazos en jarras, contemplaba el fuerte con mirada feroz. El comandante enemigo se volvió entonces hacia sus seguidores, y al cabo de un momento sonó el fuerte toque de un cuerno de

guerra, cuyas notas graves se oyeron por todo el campo de batalla. Uno a uno, los hombres que se encontraban en lo alto de las escalas luchando para afianzarse en la muralla dejaron de combatir y empezaron a descender peldaño a peldaño. Los que estaban abajo retrocedieron con cautela, bajaron al foso, salieron trepando por el otro lado y regresaron a toda prisa cuesta abajo, algunos de ellos con ánimos suficientes como para llevarse consigo las escalas de asalto. Carataco permaneció inmóvil un momento, y a Cato le pareció que su enemigo lo divisaba en lo alto de la torre. Entonces, el líder catuvellauno alzó un dedo y lo señaló directamente a él, a modo de clara amenaza. No iba a rendirse. No hasta que el fuerte de Bruccio, su guarnición y su comandante fueran borrados del mapa.

Carataco dio media vuelta y bajó andando despacio por la pendiente, volviendo al valle junto con el resto de su ejército.

Cato oyó crujir la escalera a su espalda, y Macro entró en la torre y se acercó a su lado.

—Hemos ganado el primer asalto… —dijo Cato en voz baja.

Macro asintió.

—Pero hemos perdido a Severo, y a unos cuantos más. ¿Lo viste?

—Lo vi. —El prefecto bajó brevemente la mirada hacia el paso elevado, donde el cadáver decapitado del centurión yacía tendido sobre el cuerpo de uno de los siluros al que había matado una jabalina. Luego recordó cuál era su deber principal en una situación semejante.

—Da la orden de que los legionarios se retiren. Los tracios pueden montar el primer turno de guardia en el muro. Que lleven a los heridos al dispensario, y que repartan raciones a los demás. Ah, y hazles saber que estoy orgulloso de ellos. Nos hemos asegurado de que el enemigo recuerde a la

guarnición de Bruccio por las razones adecuadas. Ahora saben que podemos ofrecer una buena resistencia, además de incendiar y masacrar.

Macro asintió, fue a dar media vuelta para marcharse, pero en el último instante se detuvo, indeciso:

—¿Estás seguro de que quieres que les diga eso a los muchachos?

Cato se acarició el mentón.

—Tal vez la última parte no. Solo diles que estoy orgulloso de ellos. Orgulloso de ser su comandante. Eso debería infundirles un poco de entusiasmo… Lo van a necesitar cuando Carataco vuelva a por nosotros.

Capítulo XXVIII

Rompió el alba sobre un escenario muy distinto al de la mañana anterior. De los almiares no quedaba más que unos montones ennegrecidos de cenizas humeantes. En la pendiente frente al fuerte había zonas quemadas allí donde habían ido a parar las fajinas que habían ardido hasta el final, y haces de leña chamuscada donde la lluvia había apagado otras. También había cuerpos esparcidos por todo el foso y a lo largo del pie de la muralla. El enemigo había sufrido las bajas más numerosas frente a la puerta principal, donde el suelo y gran parte del paso elevado estaban cubiertos de cadáveres, de los que las astas de las jabalinas sobresalían apuntando en todas direcciones como agujas clavadas con descuido en un acerico. En cuanto hubo luz suficiente para ver que el enemigo se había retirado hasta la explanada de la plaza de armas, a unos doscientos pasos de distancia, y más allá en el valle, Cato envió una patrulla a recuperar de entre los cadáveres las jabalinas que aún pudieran utilizarse. Sin embargo, poco después, al ver que se acercaba un grupo de honderos, la patrulla regresó apresuradamente por la puerta destrozada para guarecerse en el fuerte, llevando los haces de jabalinas recuperadas bajo el brazo. Otra sección se había encargado de traer los cuerpos de dos legionarios muertos en el ataque contra el ariete, así como el cadáver de Severo. No habían sido capaces de encontrar su cabeza. Mientras contemplaba el escenario desde la torre, Cato decidió que probablemente

uno de los nativos se la hubiera llevado como trofeo antes de retirarse cuesta abajo.

El campamento enemigo se extendía por el lecho del valle. Todavía no habían construido ningún refugio, y los hombres dormían a la intemperie, en torno a las hogueras que se habían esforzado por encender en las horas posteriores a la salida del sol. Había dejado de llover, pero el suelo estaba embarrado y la leña disponible demasiado húmeda. Los únicos que habían regresado con leña fácilmente combustible fueron los nativos que se habían adentrado en los bosques del valle hasta penetrar en las zonas más resguardadas. Por el tamaño de su campamento, Cato calculó que aproximadamente había allí unos diez mil hombres, quizá varios cientos de ellos montados, a juzgar por el número de caballos que pastaban por el lecho del valle.

—Ellos eran al menos veinte veces más que nosotros… —murmuró Cato para sus adentros—. Ni siquiera Macro hubiera apostado por esa proporción.

El prefecto echó una mirada al terreno que rodeaba el fuerte, y vio pequeños grupos de hombres acampados en la otra orilla del río que serpenteaba rodeando el terreno elevado en el que estaba construido el fuerte. Por esa zona habría pocas posibilidades de escapar. Haría falta ser muy valiente para cruzar la rápida corriente a nado, esquivando las rocas en torno a las que se arremolinaba el agua. Y aunque fuera posible llegar nadando al otro lado del río, habría que eludir al enemigo antes de intentar escapar del valle para llegar al puesto avanzado romano más próximo y dar la alarma. Estaba claro que sería una misión suicida.

No obstante, si el cielo continuaba encapotado hasta ese extremo, tal vez se vieran obligados a enviar a un hombre. Unas nubes bajas y grises que parecían querer competir con la niebla encapotaban el cielo y ocultaban las cimas de las

montañas que bordeaban el valle. Por lo que podía ver el prefecto, se habían hecho más densas desde el amanecer, y la visibilidad parecía estar reduciéndose paulatinamente. No serviría de nada encender la almenara. Era imposible que vieran el humo ni desde Gobannio ni desde ningún otro puesto avanzado. Por el momento, la guarnición dependía de sí misma.

Cato contuvo un bostezo, decidido a no demostrar que estaba cansado, y se volvió hacia el centinela que tenía más cerca.

—Avísame en cuanto el enemigo haga algún movimiento.

—Sí, señor. —El legionario saludó y centró su atención en el ejército de Carataco, mientras el comandante del fuerte bajaba por la escalera al interior de la torre. Al llegar abajo, vio que Macro supervisaba el bloqueo del pasadizo entre la destrozada puerta exterior y la interior. Se estaba echando abajo el extremo del barracón más próximo, y los soldados llevaban los escombros al pasadizo y los apilaban dentro.

Macro lo saludó con un gesto.

—Pronto habremos terminado. Esa gente no va a entrar por aquí.

—Muy bien —respondió Cato con satisfacción. Un punto débil menos en las defensas del que preocuparse.

Macro bajó la voz y continuó diciendo:

—¿Tienes ya el recuento de bajas?

Cato suspiró. Un administrativo le había llevado el informe al final de la primera hora del día.

—Doce muertos, dieciocho heridos. La mayoría abatidos por los disparos de honda. A partir de ahora, tenemos que procurar no exponernos innecesariamente en el muro. Es demasiado arriesgado.

—¿Y qué no lo es en esta situación?

—Cierto. —Cato se frotó la frente, y entonces vio a Décimo, aún con el equipo de legionario, que se acercaba

cojeando desde el cuartel general con un plato de campaña y un vaso en las manos, sorteando con cuidado los charcos y el barro. Cuando el asistente alzó la mirada y vio a su comandante, aceleró el paso.

—Le he traído algo de comer, señor. Necesita mantener las fuerzas, de modo que aquí tiene estofado y un poco de posea.

Cato tomó el plato de campaña agradecido, y se dio cuenta de lo hambriento que estaba tras el combate nocturno. El estofado estaba recalentado más que caliente, y empezó a comer a grandes cucharadas.

Macro se relamió.

—¿Hay más de esto por ahí?

Décimo lo miró.

—Me temo que se ha terminado, señor.

—Entiendo… —Macro se dio unos golpecitos en la nariz—. Espero que lo hayas disfrutado tanto como parece hacerlo el prefecto.

Décimo agachó la mirada con incomodidad, y se pasó la mano por la comisura de los labios, convencido de que alguna huella lo había delatado.

—Parecía una lástima dejar que se enfriara, señor.

—No me cabe duda —gruñó Macro.

Décimo se quedó mirando al suelo con preocupación unos instantes, hasta que reunió el valor suficiente para hablar.

—Señor, ¿hay alguna esperanza de que salgamos vivos de esta?

El prefecto masticó un pedazo de carne y se lo tragó.

—Siempre hay esperanza.

Décimo hundió los hombros y asintió con resignación.

Mientras se terminaba la improvisada comida, Cato estuvo observando las expresiones de los soldados que pasaban por allí. Parecían cansados, pero firmemente

decididos. Incluso había algunos que conversaban alegremente con sus compañeros. Aquel primer éxito les había levantado la moral, aunque no lo necesitaban para llevar a cabo su cometido… No, ni mucho menos. Aquellos hombres eran legionarios de la Decimocuarta, profesionales endurecidos, acostumbrados a las penurias y al peligro, imbuidos de un fuerte sentido de la tradición y de la necesidad de defender el honor de su legión. Interpretarían muy bien su papel. Eran los auxiliares los que preocupaban a Cato. Su estado de ánimo parecía más incierto, un problema agravado por los excesos del centurión Querto. Aunque sus filas se habían engrosado con los legionarios transferidos de la otra cohorte de la guarnición, Cato tenía la sensación de que estaban más crispados. Se habían acostumbrado a patrullar y asaltar el territorio enemigo: eran los que castigaban, y no los castigados. Esta clase de lucha estática, de resistencia, requería una determinación firme. Seguro que en los días venideros ambas unidades serían puestas a prueba hasta el límite.

Como anticipándose a sus pensamientos, Cato vio que Querto se acercaba a él por el terreno abierto cercano al muro.

—Se acercan problemas —susurró Macro.

—No necesariamente.

—Tratándose de él, yo diría que necesariamente.

Cato se irguió cuan alto era mientras el tracio se acercaba y saludaba a su superior con un gesto informal de la cabeza.

—Una noche dura, señor. Pero les hemos dado una paliza y los hemos echado sin contemplaciones.

—¿En serio? —Macro se rascó la barba incipiente del mentón—. Así pues, ¿crees que hemos ganado?

—Al menos por el momento. No se atreverán a lanzar otro ataque frontal sin planificarlo adecuadamente —afirmó

Querto con seguridad—. Y menos ahora que hemos demostrado, una vez más, que deberían tenernos miedo.

Macro miró a Cato y enarcó una ceja.

—Somos todos héroes, ¿eh?

El prefecto hizo caso omiso del comentario y se dirigió al tracio.

—Supongo que tienes algo de que informar, ¿no?

—Sí, señor. Mis caballos. Tenemos avena para alimentarlos durante unos cuantos días, como ya sabe, pero necesitarán agua.

—Por supuesto que sí. Hay de sobra en la cisterna del fuerte. Y también en el pozo.

Querto meneó la cabeza.

—En un par de días vaciarán la cisterna. Y el pozo aún en menos tiempo.

—Entiendo. Entonces tendremos que racionarles el agua y la comida.

—Eso no es posible, señor. Podemos restringirles la comida, pero no pueden pasar sin agua. No, si queremos que estén en condiciones de cabalgar.

—¿Qué sugieres?

Querto hizo un gesto hacia la parte posterior del fuerte.

—Hay un pequeño sendero que baja serpenteando por aquel risco de allí. Es lo bastante ancho para que se pueda conducir un caballo por él. Mis muchachos pueden bajarlos por allí hasta el río para que beban.

El prefecto consideró la sugerencia.

—Será mejor hacerlo de noche, aprovechando la oscuridad.

—Es demasiado peligroso, señor. Si dan un mal paso en el sendero, caerán al río. Solo podemos usar el camino a la luz del día.

Cato suspiró con exasperación.

—Pues ocúpate de ello. Asegúrate de proporcionar una escolta a los que vayan, tal vez los siluros conozcan ese paso, e intenten tenderles una trampa.

Cato consideró que la conversación había concluido, pero Querto no se marchaba.

—¿Hay algo más, centurión?

—Solo me preguntaba qué tiene intención de hacer a continuación…, señor.

—¿Hacer?

—Soy el siguiente en la cadena de mando. Si usted cae, tendré que llevar a cabo su plan.

Cato esbozó una sonrisa.

—Tengo intención de defender el fuerte.

Querto hizo un gesto con la cabeza en dirección al campamento enemigo, sin rastro de su anterior bravuconería.

—Los hemos vencido una vez, pero no podremos hacerlo indefinidamente. Si perdemos hombres al ritmo en que lo hemos hecho en este primer intento, solo es cuestión de tiempo. Tras unos pocos asaltos más, tendremos que abarcar tanto que nos arrollarán.

—Te agradezco la valoración —repuso Cato con sequedad.

—No podemos quedarnos aquí atrapados. Tenemos que salir, señor.

—Eso no es posible. Por si no te has dado cuenta, estamos rodeados.

—Pues tendremos que escapar. Mientras aún dispongamos de hombres suficientes para hacerlo. —Querto alzó la mirada—. Si el tiempo se mantiene así, esta noche será oscura. Lo suficiente para ocultar nuestra huida.

—Y lo suficiente para que tropecemos unos con otros, si no con el enemigo.

—¿Y si utilizamos a nuestros prisioneros como escudo? Carataco no permitiría que sus hombres atacaran si hubiera algún peligro para su hermano y los demás.

Cato meneó la cabeza.

—Puede que no. Pero dado el sufrimiento que has infligido a los habitantes del lugar durante los últimos meses, me atrevería a decir que Carataco tendrá problemas para contener a sus aliados. Lo único que quieren es masacrarnos y llevarse nuestras cabezas como trofeos. No, es demasiado peligroso. Ya hemos hablado de esto, Querto. Tendremos más posibilidades si aguantamos hasta que vengan en nuestra ayuda. Es mi decisión.

El tracio le dirigió una mirada gélida.

—Es la decisión equivocada. —Antes de que Cato pudiera responder, el tracio dio media vuelta y se marchó para reunirse con sus hombres, que descansaban en el terraplén que subía a la muralla.

Macro le lanzó una mirada fulminante mientras se alejaba.

—El enemigo nos haría un favor si le dieran en la cabeza a este chulo de mierda.

Cato estaba demasiado cansado para hacer ningún comentario. Terminó lo que le quedaba de guiso y apuró el vaso de posea. Se frotó la barbilla un momento con aire pensativo.

—Creo que es hora de que pongamos en juego a Maridio y a los demás prisioneros.

Había empezado a llover otra vez, y a lo largo de la empalizada había montones de soldados que miraban con curiosidad a dos legionarios que bajaban una escalera por la empalizada que daba al terreno cercano al paso elevado. Junto a ellos, Macro miró a Cato con preocupación.

—No creo que sea una buena idea, muchacho.

Cato señaló con un gesto a los prisioneros apretujados tras la torre de entrada, bajo la atenta mirada de varios legionarios.

—Pero tal vez nos haga ganar un poco más de tiempo, amigo mío.

—¿Qué te hace pensar que Carataco accederá?

—Lo más probable es que no lo haga, pero se lo pensará. Y cada hora que malgaste considerando el problema aumenta nuestras posibilidades de salir vivos de esta.

—No mucho. Tú mismo lo dijiste. Estamos aislados, y mientras estas nubes permanezcan sobre nosotros nuestro ejército no se dará cuenta de nada. —Macro carraspeó y escupió la flema por encima del muro—. Es increíble la mierda de tiempo que hace en esta isla. Solo un perro rabioso o un celta se aventurarían a salir con el vendaval que sopla a mediodía en este vertedero, te lo aseguro.

Cato sonrió, y su amigo siguió hablando en tono más serio:

—Tú ten cuidado. Si hay el menor indicio de traición, das media vuelta y vuelves corriendo a la escalera. Tendré a un grupo de soldados preparados para cubrirte con las jabalinas.

Cato guardó silencio unos instantes, y luego asintió.

—Me parece bien. Pero que no estén a la vista. Esto es un arma de doble filo. Si Carataco sospecha que quizás estemos intentando hacerlo caer en una trampa, perderemos cualquier posibilidad de salir de esto dialogando. Bueno, será mejor que salga ya.

Cato le hizo una seña con la cabeza al hombre que alzaba el cuerno, y el tracio alzó su instrumento curvo y tocó una nota grave que resonó por el valle. En cuanto el prefecto vio que algunos enemigos se habían dado la vuelta y miraban hacia el fuerte, pasó la pierna por encima de la empalizada y buscó a tientas el peldaño más cercano. Cuando hubo

apoyado bien los pies empezó a bajar. Una vez abajo, alzó las manos hacia el parapeto. Macro le tiró el asta de repuesto del estandarte. Le habían enganchado un banderín ancho de color rojo, y Cato lo sostuvo en alto y lo movió de un lado a otro por encima de la cabeza. Lo verían fácilmente, y el banderín rojo y su capa militar resaltarían en la hierba y el brezo de la pendiente. Bajó al foso con cuidado, y se abrió paso por entre los cuerpos allí tendidos. Algunos aún estaban vivos, gemían débilmente y le tendieron una mano suplicante mientras pasaba. No podía hacer nada por ellos, por lo que cobró ánimo para ignorar su trágica situación y trepó por el lado opuesto de la zanja. Acto seguido, descendió por la cuesta agitando su bandera, mientras las notas del cuerno seguían sonando. El murmullo intermitente de la lluvia hacía que el día pareciera aún más lóbrego a su alrededor.

—¡Ya se ha alejado suficiente, señor! —gritó Macro—. ¡Permanezca al alcance de las jabalinas!

Cato se detuvo. Continuó agitando el banderín, trazando lentos círculos mientras la lluvia lo empapaba. Por debajo de él solo veía claramente a los enemigos más próximos, el resto se volvían grises e indistintos bajo la llovizna que llenaba el valle. Una cortina de hombres vigilaban el campamento, y Cato se fijó en que uno de ellos, al verlo, dio la vuelta y corrió hacia una choza improvisada hecha de ramas cortadas y brezo, situada en medio de aquellos que se esforzaban por refugiarse a campo abierto bajo sus pieles. Al cabo de un momento, salieron de la choza unas cuantas figuras que contemplaron al oficial romano que se encontraba a unos cuatrocientos metros de distancia. Tras lo que pareció una rápida conversación, Cato vio que uno de aquellos hombres se dirigió resueltamente a una fila de caballos cercana, desató una montura blanca y subió a ella de un salto. Hizo dar la vuelta al animal en dirección a Cato,

y la puso a un suave medio galope. Los hombres de su ejército se quedaron donde estaban, y algunos de ellos lanzaron unos vítores cuando pasó junto a ellos y luego atravesó la línea de centinelas para dirigirse hacia el fuerte. Aminoró la marcha al aproximarse a Cato. Acercó su caballo al paso hasta que estuvo a unos diez metros de distancia, y entonces se detuvo al tiempo que echaba una mirada recelosa por el terreno circundante y hacia la empalizada del fuerte llena de soldados.

Cato apoyó el estandarte en el suelo.

—¿Quieres hablar, romano? —le preguntó Carataco en su latín con acento.

—Así es. —Cato hizo un gesto hacia los cuerpos que yacían en la pendiente, cerca de donde estaban ellos—. El asalto de anoche le costó caro. Quiero disuadirle de que malgaste más vidas de sus hombres en unos ataques tan vanos.

—Agradezco tu preocupación —respondió Carataco de manera inexpresiva—. Pero tengo toda la intención de tomar tu fuerte y reducirlo a cenizas. —Hizo un gesto hacia el cielo, y una sonrisa asomó a sus labios—. Si el tiempo lo permite.

—No puede tomar el fuerte. Es una posición demasiado sólida, y no tiene tren de asedio ni posee la pericia para fabricar las armas que requiere para batir nuestras defensas.

—Lo único que necesitamos es un ariete decente. Hasta un bárbaro incivilizado posee la inteligencia para construir uno, como ya has podido comprobar.

—Sí, he podido admirar de cerca el rudimentario trabajo del ariete que capturamos. Ahora el paso hasta la puerta está bloqueado, de modo que los arietes que decida hacer serán inútiles. Lo único que le queda es preparar ataques frontales. Y ya hemos visto cómo acaba eso.

—Sufrimos bajas —admitió Cartaco—, pero vosotros también, y sospecho que puedo permitirme perder más

hombres que tú. Además, muchos de mis seguidores tienen parientes en estos valles, y sus corazones arden en deseos de vengar a los que habéis masacrado. Tengo intención de seguir atacando Bruccio hasta que quede destruido y haya muerto hasta el último romano que hay dentro de sus muros.

Por un momento, Cato consideró explicarle que aquello era obra de Querto, pero se dio cuenta de que no supondría ninguna diferencia para unos hombres que consideraban a todos los romanos unos opresores brutales. Suspiró.

—Ya me temía que respondería así, señor. —Cato levantó el estandarte dos veces, la señal que había acordado antes con Macro. Carataco se sobresaltó, receloso.

—¿Qué clase de truco es este?

—No es ningún truco, se lo aseguro. Sabe que tenemos prisioneros, su hermano Maridio entre ellos. Si mira allí, en el muro a la izquierda de la torre de guardia, los verá dentro de un momento.

Los dos se quedaron contemplando cómo una fila de hombres y unas cuantas mujeres caminaban junto al parapeto arrastrando los pies, bajo la vigilancia de Macro y algunos legionarios. Al frente de ellos iba la alta y orgullosa figura de Maridio. En cuanto vio a Carataco lo llamó, y Macro se acercó a él rápidamente y le propinó un bofetón.

—¡Mantén cerrada tu boca bárbara!

Cato hizo una mueca al ver la violencia con la que se le había silenciado, y vio que la expresión de Carataco se ensombrecía. Se aclaró la garganta, y se dirigió al comandante enemigo en voz alta.

—Quiero que sepa que, si lanza otro ataque contra mi fuerte, ejecutaré a diez de mis prisioneros, aquí afuera, a plena vista de su ejército, y colgaré sus cabezas en la torre de entrada para recordarle su locura. Y si eso no consigue detenerle, el próximo en caer será su hermano. Solo que en su caso me aseguraré de que su muerte sea larga y dolorosa.

Será crucificado en lo alto del muro. He oído que un hombre puede tardar tres días en morir en una cruz. Maridio, como ya sabe, es un magnífico guerrero. Fuerte y duro. Seguro que resistirá algo más que eso antes de morir. —Cato habló en un tono frío y calculador, decidido a ocultar cualquier indicio de lo mucho que le disgustaba la imagen que estaba describiendo.

—Así pues, esta es la civilización que ofrece Roma —dijo Carataco con desprecio—. Vuestras costumbres vienen a ser poco más que la representación de crueles espectáculos. Tal como me habían enseñado.

Cato meneó la cabeza.

—Esto no es la civilización. Esto es la guerra. Usted amenaza con matarme a mí y a mis hombres. Mi deber es hacer lo que sea necesario para evitarlo. No me deja alternativa.

—Entiendo. —Carataco entrecerró los ojos con expresión astuta, y miró a Cato durante unos breves segundos—. Tengo la sensación de que tu corazón no respalda tus palabras, romano. ¿De verdad estarías dispuesto a llevar a cabo tu amenaza?

—Si vuelve a atacarnos, descubrirá que cumplo mis promesas. Y eso se lo juro. Ejecutaré a su gente en cuanto el primer siluro llegue al foso delante de mi fuerte. Y morirán por mi propia mano. —Cato miró fijamente a los ojos de su enemigo, como si lo retara a creer otra cosa. Carataco le sostuvo la mirada, y luego la desvió por encima del hombro de Cato hacia su hermano y los otros que estaban en el muro.

—Dudo que tengas agallas para hacerlo.

—Pues se equivoca.

—En tal caso, déjame que te haga yo una promesa, romano —Carataco alzó la voz para que los que estaban en la empalizada del fuerte pudieran oírle claramente—. Si

haces lo que dices y haces daño a los que tienes prisioneros, juro por todos mis dioses que tendré aún menos compasión contigo y con tus hombres. Tomaré el fuerte y, si has matado a uno solo de tus prisioneros, capturaré vivos a tantos de vosotros como sea posible. Y luego haré que os despellejen vivos, uno cada día, delante de sus compañeros. Y tú serás el último de todos… Y ahora, te haré una oferta. La misma que antes. Entrega a tus prisioneros ilesos, y os permitiré salir libremente de este valle. No soy un hombre poco razonable. Te daré un día para que lo consideres. Si rechazas mi oferta, volveremos a atacar. En tal caso, si has hecho daño a mi hermano o a los demás, ya sabes la suerte que te espera. No habrá más palabras entre nosotros. —Dio un tirón a las riendas, hizo dar la vuelta a su caballo y se alejó trotando cuesta abajo. Cato se lo quedó mirando un momento, embargado por el impulso de gritarle a Macro que sus hombres soltaran una descarga de jabalinas contra el comandante enemigo. Con la muerte de Carataco, la coalición de tribus que aún se resistían a Roma se desmoronaría. Pero el momento pasó, y Carataco no tardó en quedar fuera de su alcance.

El prefecto suspiró con frustración por haber vacilado, aunque sabía que nunca sería tan indigno como para saltarse las reglas de parlamento. Carataco también lo había percibido, y Cato sintió una triste desesperación por no haber conseguido ocultar su verdadera naturaleza. Se apoyó el estandarte en el hombro, y regresó al fuerte.

Capítulo XXIX

Las horas restantes del día se emplearon en preparar las defensas para el próximo ataque. El repiqueteo de los martillos de la forja del fuerte se alzaba sobre los barracones mientras Macro supervisaba la producción de abrojos, esas pequeñas piezas de hierro de cuatro puntas que con frecuencia se diseminaban por el terreno frente a las líneas de batalla romanas, para dificultar el paso de las caballerías y romper los ataques enemigos. Un abrojo que atravesara un pie o un casco que lo hubiera pisado bastaba para lisiar a un hombre o a un caballo y apartarlos del conflicto. Los almacenes del fuerte no disponían de estos artilugios, y Macro tuvo que dar órdenes para que se fundieran las existencias de puntas de jabalina y bridas de repuesto, así como unas cuantas barras de hierro que estaban destinadas al comercio con los nativos antes de que Querto adoptara una estrategia más contundente y rompiera todo mercadeo con ellos. Unas pequeñas columnas de humo salían de la forja, pero la brisa que acompañaba a la lluvia las disipaba rápidamente, antes incluso de que las nubes bajas se las tragaran.

—El problema es que no podemos fabricar los suficientes para que sirvan de mucho —explicó Macro a su prefecto cuando este fue a comprobar sus progresos a media tarde. El calor era intenso en la forja, y el herrador y sus ayudantes iban desnudos de cintura para arriba. Sudaban a raudales con el horno, y se turnaban a los fuelles utilizados para

mantenerlo a la temperatura adecuada. El hierro fundido se vertía en un molde preparado a toda prisa, que formaba unas piezas en forma de V. Luego estas piezas se juntaban de tres en tres, y se unían a golpes cuando aún estaban al rojo vivo. El centurión se secó la frente y señaló una cuba de madera casi llena de aquellas armas oscuras y puntiagudas —. Esto apenas cubrirá una décima parte de la longitud del foso delantero. Tenemos bastantes para esa zona, pero no para las otras zanjas. Y aunque nos queda material para seguir produciendo más, no los terminaríamos hasta dentro de cuatro, tal vez cinco días.

—Bueno, ya es algo —dijo Cato—. Para empezar, no los pondremos muy juntos, y esperaremos que hieran a suficientes como para que entorpezcan al resto en el próximo asalto.

—Así pues, ¿crees que Carataco atacará, a pesar de tu amenaza?

—Estoy seguro de que lo hará. Si yo estuviera en su lugar, lo haría sin dudarlo.

—¿Y cumplirás con tu amenaza? ¿Lo que dijiste que harías a los prisioneros?

Cato inspiró profundamente y asintió.

—Creo que no tengo alternativa. Al menos con el primer grupo. Luego puede que Carataco tema causar la muerte de su hermano. Será un asunto feo, Macro. Un asunto muy feo. Pero habrá que hacerlo.

—No tienes que ser tú quien lo haga —comentó Macro con delicadeza—. Limítate a dar la orden. Puede hacerlo otro. Si quieres lo haré yo. O pídeselo a Querto. Estará encantado de matar a los prisioneros, dado que para empezar ya no quería apresarlos.

—No. Tengo que ser yo —replicó Cato con resignación—. Carataco tiene que ver que cumplo mis amenazas. También les hará bien a los soldados ver que soy capaz de ser tan

cruel como ese tracio. No quiero que nadie dude de que, cuando digo que mataré a alguien, lo haré. Es bueno para la disciplina.

Macro enarcó las cejas con expresión sorprendida.

—Bueno, si estás seguro, muchacho…

Cato sonrió a su amigo.

—Solo me alegro de que Julia no esté aquí para verlo.

—No te preocupes por ella. Sabe lo que significa ser soldado. Julia ya ha visto más muerte de la que le tocaba en esta vida. Lo entendería.

—Una cosa es matar en el calor de la batalla, y otra hacer algo así. Esto es muy diferente.

Macro se encogió de hombros.

—Al final todo es lo mismo, da igual cómo lo disfraces.

Cato le dirigió una mirada escrutadora.

—¿Eso crees, en serio?

—Lo sé. —Macro tomó un paño y se secó la cara—. Matar es matar, tanto si lo llamas guerra como asesinato. Lo que pasa es que cuando algún cabrón de pez gordo ha hecho de la muerte una política, resulta más aceptable. ¡Intenta contarles eso a las víctimas! —Macro soltó una risa seca, y a continuación frunció el ceño al ver que uno de los ayudantes del herrador se dejaba caer en un taburete e iba a coger una cantimplora—. ¡Tú, levanta ese culo! ¡Nada de holgazanear! Seguiremos con esto hasta que yo diga que se ha terminado.

El legionario se levantó con rigidez, agarró el martillo y las tenazas y cogió las próximas dos piezas de hierro candente para fabricar otro abrojo.

—Será mejor que vuelva al trabajo, señor.

—Muy bien. Asegúrate de descansar esta noche. Si Carataco lo intenta otra vez antes del amanecer, quiero que estés fresco para el combate.

—¿Y tú? ¿Dormirás?

—Lo intentaré.

Macro meneó la cabeza con una sonrisa triste y volvió a supervisar la producción de aquellas armas pequeñas pero efectivas.

Cato se sintió aliviado al abandonar el calor de la forja, y disfrutó del frío cortante de la brisa del exterior. Las nubes aún estaban bajas en el cielo, y aunque no anochecería hasta dentro de una hora más o menos, la luz ya parecía estar desvaneciéndose. Se dirigió hacia el barracón de los establos que se estaba utilizando para retener a los prisioneros, y se preparó para la dura tarea que tenía por delante.

Cuando aún no había dado más que unos pocos pasos, vio a Querto que salía de entre el comedor de oficiales y uno de los barracones asignados a los tracios. El centurión lo vio enseguida y cruzó la calle hacia él a grandes zancadas.

—Señor, una cosa.

Cato se detuvo y respondió secamente:

—¿Qué pasa?

—Necesito permiso para dar de beber a los caballos, señor. Como ya mencioné antes. Los bajaré hasta el río de escuadrón en escuadrón, y apostaré un pelotón a ambos lados del río por si los siluros intentan algo.

Cato asintió. Era un plan bastante sensato.

—Muy bien. Asegúrate de no correr riesgos. Al menor indicio de problemas, vuelve a traer a tus hombres al fuerte de inmediato. Si Carataco intenta aislarnos del río y nos quedamos sin agua, quizá tengamos que deshacernos de las monturas antes de lo que pensábamos.

Querto vaciló antes de responder:

—A sus órdenes.

El tracio dio media vuelta y regresó en dirección al comedor de oficiales. Cato se lo quedó mirando un momento y luego murmuró:

—Bueno, esto es lo que se llama un cambio de actitud…

Tal vez aquel hombre estaba empezando a aceptar que ya no podía desafiar su autoridad. Era una lástima que hubiera sido necesaria la desesperada situación actual para que Querto cediera, pensó Cato, pero al menos podría apartar de su mente ese problema… O no… Quizás iba todo demasiado rápido, le advirtió una voz en su interior. Nunca hubiera imaginado que el tracio aceptaría su nueva condición tan fácilmente. Cato se mordió el labio mientras veía alejarse al centurión. «Maldito sea ese tipo», pensó.

* * *

—Di a tu gente que se levanten —ordenó Cato a Maridio.

Las condiciones en el establo eran todo lo tolerables que podían ser para unos prisioneros en un fuerte bajo asedio. Los soldados eran necesarios en los muros, de modo que la tarea de vigilar a los siluros se había asignado solo a cuatro hombres. Los prisioneros tenían las manos a la espalda sujetas con grilletes, por los que pasaba una cadena que los ataba a los sólidos postes que sujetaban las vigas del establo. Era imposible que se soltaran y se volvieran contra los defensores del fuerte. Sin embargo, en aquellas condiciones tampoco tenían posibilidad de utilizar la letrina, y la atmósfera del interior era apenas soportable. El hedor de la inmundicia humana llenaba aquel espacio tan reducido, que olía como un establo mal cuidado.

El príncipe de los catuvellaunos estaba sentado con la espalda recta, y devolvió la mirada a Cato con aire desafiante. No hizo ningún intento de responder a la orden. Cato se volvió hacia los legionarios que habían entrado al establo con él.

—Levantadlos.

Los legionarios avanzaron con resolución y obligaron a moverse a los prisioneros, dándoles puntapiés con sus pesadas botas y pinchándolos con las astas de las jabalinas. El repentino arrebato de violencia provocó los gritos de protesta y dolor de los nativos, pero hizo que se levantaran con mucha rapidez, y que formaran un grupo en el centro del establo que poco a poco fue guardando silencio bajo la severa mirada de Cato, hasta que solo se oyó el tintineo de las cadenas sujetas a los postes y los pasos arrastrados sobre la paja del suelo. Cato los miró y se fijó en la mugre endurecida de su ropa, piel y cabello. Había unos cuantos ancianos y mujeres entre ellos, y algunos niños asustados que se apretujaban contra sus padres. Su lamentable aspecto suscitó la compasión de Cato de manera instintiva, pero se obligó a reprimir el sentimiento.

Necesitaba a diez. Diez que serían ejecutados al día siguiente si Carataco intentaba atacar el fuerte. Pero ¿a quién elegir? Cato tuvo una leve sensación de náusea en la boca del estómago. Aquel poder sobre la vida y la muerte le horrorizaba. Sin embargo, fueron sus propias palabras las que habían hecho necesaria la elección. Debía afrontar las consecuencias del juramento que había hecho ante el comandante enemigo. Pero ¿a quién debía escoger? ¿A los ancianos? Ellos ya habían vivido toda una vida y tenían menos que perder. ¿A los jóvenes? Sería más fácil conducirlos al sacrificio, y sus muertes tendrían un impacto mucho mayor que la pérdida de los ancianos. Pero ¿por qué tendría que ser mayor el sentimiento de pérdida por una vida apenas vivida que por perder la riqueza de la experiencia? ¿Qué lógica tenía eso? Tal vez sería mejor escoger a los hombres en edad militar. Sus muertes deberían ser las que se sintieran más profundamente en un conflicto, aunque solo fuera porque ellos eran los que más podían contribuir a la capacidad de su nación para hacer la guerra,

y sin embargo su ejecución sería la que menos pesaría en los corazones y en las mentes de su gente.

Uno de los legionarios tosió, y Cato cayó en la cuenta de que llevaba un rato mirando ensimismado a los prisioneros. Se enojó consigo mismo por reflexionar tan largamente sobre el destino de aquellas personas. La simple verdad era que no había una respuesta correcta a la cuestión de seleccionar a los que debían morir. Él era un soldado que tenía que llevar a cabo una tarea y, por lo demás, no había que profundizar mucho más en el tema. Cato dio un paso adelante y señaló al miembro de la tribu que tenía más cerca.

—Sacad a este y a otros nueve fuera del establo. Encadenadlos en la torre de entrada, a la vista del exterior.

—Sí, señor —dijo el *optio* a cargo del grupo de vigilancia.

—Y encerrad a Maridio en la caserna del sótano del cuartel general. Coloca a uno de tus hombres en la puerta. Lo quiero bajo vigilancia continua. Es demasiado valioso para dejar que le ocurra algo. Si intenta quitarse la vida, tu hombre será el responsable de las consecuencias. ¿Entendido, *optio*?

—Sí, señor.

Cato echó un último vistazo a los prisioneros.

—Adelante. —Dio media vuelta y se marchó. Eso era todo lo que hacía falta para determinar el destino de diez personas, reflexionó, una decisión arbitraria y una simple orden. Aquello debería haber supuesto para él una liberación de la carga de la responsabilidad, pero no fue así. La decisión pesaba en su corazón como una roca enorme que le machacaba el alma hasta hacérsela polvo.

Ya oscurecía cuando Cato dejó a los prisioneros y realizó un último recorrido por el fuerte y el adarve con la intención de asegurarse de que sus hombres estaban prepararos para enfrentarse a lo que el enemigo pudiera intentar durante la

segunda noche. Mientras recorría la muralla, miró hacia el río y vio que algunos de los tracios estaban abajo, conduciendo una reata de caballos por el último trecho del sendero que boyaba hasta la orilla. Había más hombres al lado de sus monturas, desplegados por las laderas y montando guardia por si se acercaba el enemigo. La inconfundible figura de Querto ya estaba en la ribera, abrevando a su caballo. Al mirar a la otra orilla, Cato vio que los nativos no podían hacer nada para evitar que los tracios llevaran a cabo su cometido. Eso no tardaría en cambiar, pensó. Seguro que Carataco apostaba honderos a lo largo de la ribera para hostigar a cualquier romano que intentara llevar a los caballos a beber al río.

Cuando terminó su recorrido por el adarve, Cato subió a la torre de entrada una vez más para comprobar la actividad del enemigo antes de regresar a sus habitaciones y comer algo rápido. Luego, cuando hubiera decidido la contraseña para esa noche, descansaría unas cuantas horas. Había decidido confiar la segunda guardia de la noche a Macro, en quien se podía confiar que daría la alarma a tiempo si Carataco intentaba lanzar otro ataque nocturno. La subida por la escalera le pareció agotadora, y solo entonces el prefecto cayó en la cuenta de que llevaba casi dos días sin dormir. Ahora que pensaba en ello, nada le parecía más agradable que la perspectiva de su sencillo camastro en los modestos aposentos del comandante de la guarnición.

La lluvia había cesado, y abajo en el valle la penumbra de la noche se hallaba salpicada del resplandor rojizo de las fogatas. Cato vio a un grupo de hombres que trabajaban duro cortando varios troncos al borde de la explanada de la plaza de armas. Aquello no lo inquietó excesivamente, hasta que su mirada se posó en otro grupo de guerreros que estaban atareados formando haces con árboles jóvenes y delgados y atándolos firmemente. Eran demasiado grandes

para tratarse de haces de leña, y entonces se dio cuenta de que Carataco había dado órdenes de hacer fajinas para tender un puente sobre la zanja. El enemigo las llevaría hasta allí en cuanto cayera la noche, las arrojarían al foso, y poco a poco construirían más pasos elevados para cruzar las defensas, pasos que les permitirían llevar los arietes para batir otros tramos de la empalizada. Era evidente que los siluros estaban decididos a llevar a cabo un nuevo ataque. Nada iba a impedirles tomar Bruccio, reflexionó Cato. Hasta ahí había llegado su nuevo puesto de mando. Le había durado menos de un mes.

«Pero ¿en qué coño estoy pensando?», se preguntó Cato de repente con un susurro feroz. No tenía ningún derecho a ser derrotista cuando las vidas de centenares de hombres dependían de su liderazgo. Estaba siendo lamentable y vergonzosamente indulgente consigo mismo, y sintió asco y disgusto por su actitud. No era la primera vez que tenía la sensación de estar representando el papel de prefecto, y lo que de verdad temía era que lo descubrieran sintiéndose así. Que otros hombres, los verdaderos soldados profesionales, vieran a través de su fachada. Y lo peor de todo era la perspectiva de que Macro lo reconociera al fin por lo que era. Perder el respeto de Macro le hundiría en la miseria. Cato pensó que su amistad había sido extraña desde el comienzo. Al principio, Macro había desesperado al ver sus inútiles esfuerzos por aprender el oficio de soldado, pero con el tiempo Cato había demostrado suficiente coraje e ingenio para ganarse al veterano. Fue el sello de aprobación de Macro lo que le había dado ánimos para seguir luchando, para ascender desde la tropa…, para sobrepasar incluso a su mentor. Macro había sido más padre para él que el suyo propio. Había sido más que un hermano. Se dio cuenta de que aquel era el vínculo peculiar de los soldados. Un vínculo más poderoso que los lazos familiares,

quizá no tanto como el amor, aunque era algo más esencial incluso, y más exigente.

Cato dejó escapar un suspiro exasperado. ¡Lo estaba haciendo otra vez! La costumbre de examinarse a sí mismo continuamente… Una costumbre que no servía para nada. Concluyó que divagaba de esa forma porque estaba agotado. Lo que necesitaba era descansar. Sí, le hacía más falta de lo que pensaba.

Cato dio la espalda al campamento enemigo, abandonó la torre y regresó penosamente a sus dependencias, donde Décimo le llevó un poco del pan que quedaba, duro y correoso, y un trozo de queso de cabra del que habían arrebatado a los nativos en su última incursión. Era una comida pobre, y aunque Cato no tenía mucho apetito se obligó a comer, consciente de que necesitaba sustento para enfrentarse a los desafíos del próximo asalto. La reunión de aquella noche con sus oficiales solo se celebró por ceremonia, pues todos ellos conocían bien cuáles eran sus obligaciones y no tenían mucho de qué informar. Cato los despachó rápidamente y se retiró a sus habitaciones. Se permitió quitarse el cinturón de la espada y la coraza, pero se dejó las botas puestas por si un nuevo ataque le obligaba a salir a toda prisa, y se sentó pesadamente en la cama. Alargó la mano para apagar la mecha de la pequeña lámpara de aceite que proporcionaba una luz tenue a la habitación, se tendió y apoyó la cabeza en la almohada cilíndrica rellena de paja. Luego se quedó mirando el tejado de madera, apenas visible en la penumbra. Una vez más, repasó mentalmente las defensas del fuerte, pero antes de llegar muy lejos cayó en un sueño profundo y sin sueños y, por una vez, empezó a roncar tan fuerte como su amigo Macro.

* * *

El toque del cuerno tardó un instante en penetrar en la mente de Cato que, tras unos momentos de brumosa incomprensión, se movió. Se incorporó de golpe con una punzada de pánico y deslizó las piernas por encima del camastro, agarró el cinturón de la espada y corrió hacia la puerta. Mientras cruzaba el pequeño patio, vio que los funcionarios del cuartel salían de sus alojamientos, y pudo distinguir la expresión de desconcierto de sus rostros somnolientos gracias a la luz del brasero del centinela. Ya había indicios del amanecer en el cielo lejano, y Cato tuvo un arrebato de enojo. ¿Por qué demonios Décimo no le había despertado hacía una hora, como le había ordenado? Cato lo buscó entre los hombres que corrían con la intención de ordenarle que fuera a buscar su casco y armadura, pero no había ni rastro de su asistente y tampoco tenía tiempo de entretenerse en buscarlo. Los primeros soldados ya salían en tropel de los barracones con el equipo en las manos, y corrían a ocupar sus puestos en la empalizada. No se oían ruidos de combate ni gritos de guerra procedentes del exterior del fuerte, solo los pasos apresurados de las botas y las órdenes que gritaban los oficiales de las dos cohortes de la guarnición.

El prefecto se detuvo sin saber adonde dirigirse. Su instinto le decía que corriera al muro desde el que se veía el campamento enemigo, pero el cuerno sonaba en el muro de la zona posterior del fuerte. Por lo visto Carataco intentaba una aproximación diferente, y Cato corrió por la calle que llevaba al portón trasero. Una característica común de los campamentos romanos era que se construían con cuatro portones, uno en cada lado del gran cuadrado que dibujaba el fuerte, independientemente de su funcionalidad. Bruccio no era una excepción, aunque tres de las puertas se abrían a unas pendientes escarpadas. Oyó gritos más adelante, y luego el traqueteo y roce metálico de las armas.

—¡Al portón trasero! —gritó Cato mientras corría—. ¡A la parte de atrás!

Se fue repitiendo el grito, y las botas retumbaron en la oscuridad por detrás de él y a cada lado, a medida que los soldados corrían entre los barracones en dirección a la puerta trasera. Cato vio la torre de entrada, que se alzaba al final de la calle, iluminada por el brillo del brasero que ardía en lo alto. Debajo de ella se arremolinaban unas formas oscuras, y Cato sintió un terror gélido al darse cuenta de que el enemigo debía de haber entrado. ¡¿Cómo era posible?! Aquella era la guardia de Macro. Él no habría permitido que ocurriera tal cosa.

Entonces oyó a su amigo que gritaba por encima del ruido del combate:

—¡Contened a estos cabrones!

El prefecto desenfundó la espada de un tirón y se echó la vaina a un lado mientras corría a toda velocidad hacia la lucha. A un lado, vio fugazmente a dos o tres hombres que salieron de pronto de entre el último par de barracones sosteniendo unos caballos, y a una veintena más, tracios todos ellos, en torno a la puerta interior, enzarzados en combate con unos cuantos hombres que defendían el pasadizo. Entonces vio que los del grupo más pequeño llevaban escudos de legionario y cascos romanos. Uno de esos cascos incluso tenía la cresta de centurión. De modo que era eso… Carataco había utilizado equipo capturado para abrirse paso al interior del fuerte mediante un engaño…

Macro gritó otra vez.

—¡No los dejéis salir, muchachos!

¿Salir? Cato se detuvo en seco. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué estaba pasando? Cada vez acudían más hombres a la torre de entrada, algunos de ellos con antorchas que habían agarrado a toda prisa de las hogueras de la guardia que

ardían durante toda la noche. Con su luz, la escena se volvió algo más clara. Querto y un grupo de sus hombres intentaban abrirse paso a la fuerza entre la sección de legionarios que guarnecían la torre y el oficial de guardia, Macro. Los soldados que iban llegando a la escena vacilaban sin saber qué hacer, ¿qué partido debían tomar en aquella lucha desigual? El centurión tracio levantó la vista con expresión salvaje y amedrentadora.

—¡Matadlos! —gritó a sus seguidores—. ¡Ahora, o somos hombres muertos! —Cato avanzó con paso resuelto y la espada preparada.

—¡Querto! —bramó—. Deponed las armas, tú y tus hombres. ¡Hacedlo ya!

Los tracios que estaban en la puerta retrocedieron, indecisos; se apartaron de los legionarios y se volvieron hacia el prefecto que se acercaba. En torno a ellos, formando un círculo cada vez más numeroso, estaban los legionarios y auxiliares a los que la alarma había despertado. Cato entendió por fin lo que ocurría, y se detuvo a una distancia prudencial de Querto.

—Estáis intentando desertar… ¡Centurión Petilio!

—¿Señor? —respondió el oficial de entre la multitud allí congregada.

—¡Lleva a tus hombres al portón de inmediato!

—¡Sí, señor! ¡Legionarios! ¡Conmigo!

Los soldados avanzaron apresuradamente y ocuparon posiciones entre los tracios y el portón. La luz de las antorchas ya permitía ver a los mozos de cuadra con claridad, y Cato se sobresaltó al ver a su asistente entre ellos.

—¿Décimo? ¡En nombre de los dioses! ¿Qué estás haciendo?

El criado se encogió bajo la mirada de su superior, y acto seguido soltó las riendas de los caballos que estaba

cuidando y avanzó poco a poco, pasando la mirada de Cato a Querto. A continuación, corrió tanto como le permitió su cojera a unirse a las filas de los hombres situados a ambos lados del oficial tracio. Los demás mozos siguieron su ejemplo y corrieron a reunirse con su líder. Entre ellos distinguió a Maridio, con los brazos atados a la espalda. Cato los observó a todos con furia, sin querer dar crédito todavía a la prueba de la traición que tenía ante sus ojos. Se volvió hacia el portón.

—¡Macro!

No hubo respuesta. Cato fue andando hacia Petilio y sus hombres.

—¡Macro! ¡Di algo, hombre!

—¡Está aquí, señor! —respondió un legionario mientras Cato se abría paso a empujones hacia el pie de la torre. A través de la penumbra, vio a un legionario despatarrado en el suelo, inmóvil. Había otro sentado con la espalda apoyada en la puerta y sujetándose un brazo herido, apretando la herida con una mano para contener la sangre. Uno de los hombres se arrodillaba junto a una figura tendida de costado. A Cato le dio un vuelco el corazón mientras se agachaba. Macro parpadeaba y gemía débilmente, pero no había indicios de sangre en su cuerpo.

—Recibió un golpe en la cabeza, señor —dijo uno de los centinelas—. Vi cómo pasaba justo antes de que usted llegara.

Cato sintió alivio. Se puso de pie de inmediato, llevado por la furia, se volvió hacia Querto y apuntó al tracio con la espada.

—¡Arrestad a ese hombre! ¡Arrestadlos a todos!

—¿Señor? —El centurión Petilio parecía confuso.

—¡Cobardes! —espetó Cato—. ¡Cobardes y desertores! Haz lo que te ordeno. ¡Arrestadlos!

Petilio dio un paso hacia ellos.

—¡Soltad las armas!

Querto se rio con aspereza.

—Me parece que no. Si os enfrentáis a mí, os enfrentáis a todos mis hombres. ¿No es verdad, muchachos? ¡Ya nos hemos hartado de este cachorro romano! No tiene derecho a estar al mando. ¡Este fuerte es mío! ¡Este fuerte pertenece a los tracios! —Alzó la espada al aire, y los hombres que lo rodeaban vitorearon con timidez, y luego lo repitieron con más entusiasmo.

Cato se fijó en que algunos de los que estaban en el círculo de soldados en torno a la torre de entrada se unían al clamor y empezaban a cruzar el terreno abierto para situarse junto al que consideraban su comandante. Un escalofrío de miedo le recorrió la espalda ante el creciente peligro de la situación. Avanzó y se dirigió al círculo de hombres.

—¡Escuchadme! ¡Escuchadme todos!

Los gritos se apagaron, y Cato extendió el brazo y señaló a Querto con el dedo.

—¡Este hombre, este cobarde, estaba a punto de dejar el fuerte y abandonarnos a nuestra suerte!

—¡Mentira! —replicó Querto con brusquedad—. ¡Iba a enviar a mis hombres a pedir ayuda a Gobannio, ya que este romano se negó a dar esa orden! ¡Hará que muramos aquí! Yo, en cambio, os salvaré.

Cato señaló a Maridio.

—¿Y entonces, qué está haciendo aquí el príncipe catuvellauno? Ibais a utilizarlo como rehén para cruzar las líneas enemigas. ¿No es verdad?

Querto entrecerró los ojos con expresión astuta.

—Por supuesto. ¿Qué oportunidad iban a tener mis hombres sin él? Mejor que sirva para algo útil, antes que dejar que se pudra encadenado.

—Y supongo que tú ibas a quedarte aquí, ¿no? —preguntó Cato con cinismo.

—Por supuesto. Mi sitio está aquí, al lado de mis compañeros. Dirigiéndolos en la batalla.

Cato frunció el labio.

—¡Eres un mentiroso! Y un cobarde. La prueba de tu traición está aquí, junto al portón: los hombres a los que atacaste para escapar del fuerte. Los hubieras matado a todos y hubieras salido cabalgando y dejando la puerta abierta al enemigo. Sin duda con la esperanza de que nos aniquilaran, de modo que tú pudieras regresar a Glevum y afirmar que habías escapado con un valioso prisionero que entregarle al legado. Ahora lo entiendo todo.

—¡Tú no entiendes nada! —le gritó Querto. Extendió los brazos como si quisiera abrazar a sus hombres—. ¡Hermanos míos, ahora es el momento de recuperar nuestro fuerte de manos de este idiota arrogante! ¡Es él quien debería ser arrestado! Él es el cobarde, el prefecto sin agallas para matar a su enemigo hasta que no quedara de él ni sus perros de caza. No es digno de vuestra lealtad. Yo en cambio os he demostrado mi valía una y otra vez. ¡Seguidme, hermanos! ¡Seguidme! ¡Y encadenad a este perro con la escoria silura!

Querto alzó la espada al aire, al tiempo que profería un grave rugido que corearon sus más ardientes seguidores en la multitud allí reunida. A Cato le palpitaba el corazón en el pecho. Sabía que su autoridad se le escapaba de entre las manos con cada momento que pasaba. Debía actuar cuanto antes, mientras aún hubiera una oportunidad de influir en los auxiliares tracios. Podía contar con la lealtad de los legionarios, pero se hallaban en inferioridad numérica. Si la cosa acababa en una refriega entre romanos, perderían. Solo podía hacer una cosa para salvar la situación. Debía

aprovechar la oportunidad que Querto le había brindado sin darse cuenta.

Cato se irguió, avanzó y se situó en el espacio abierto entre los legionarios y Querto y su grupo, donde todos pudieran verlo claramente. Levantó los brazos y, poco a poco, el ruido empezó a apagarse.

—El centurión Querto me acusa de ser un cobarde. Todos lo habéis oído. ¡Un romano no tolera semejante insulto por parte de nadie! Todos vosotros sois soldados valientes. Solo un oficial valiente merece vuestra lealtad. De modo que vamos a ponerlo a prueba. ¡Veamos quién es el indicado para asumir el mando de los Cuervos Sangrientos! —Señaló directamente a Querto con la espada—. Lo desafío a que luche conmigo por el derecho al mando. ¡Si se niega, estará demostrando ser el cobarde que digo que es!

Se hizo un silencio asombrado, y Querto avanzó para plantar cara a Cato con una sonrisa fría.

—¿Lucharías conmigo?, —bajó la voz para que solo Cato pudiera oír sus próximas palabras—. Eres un maldito idiota, prefecto Cato… y ahora morirás por ello.

Querto se quitó de encima su capa de piel, se desabrochó las correas laterales del peto y lo dejó caer al suelo para quedarse solo con la túnica corta, igual que Cato.

Salvo que le sacaba casi una cabeza y era de constitución más robusta. Se apoyó la hoja de la espada en el hombro.

—¿Quieres zanjar esto con la espada o con el gladio?

Cato lo pensó con rapidez. La espada de caballería tenía un mayor alcance y peso, pero a él lo habían instruido con el arma de legionario y había esgrimido una en todas las campañas en las que había combatido.

—Antes de ser prefecto, fui legionario. Y lucharé como debe hacerlo un legionario.

Querto le dirigió una sonrisa lobuna.

—Como quieras. Empecemos. ¡Dejad espacio ahí! —gritó, y los tracios retrocedieron para crear un espacio abierto de unos veinte pasos de anchura, iluminado por el vacilante resplandor de las antorchas que sostenían varios de ellos.

El cielo se estaba tiñendo de un color pálido en lo alto, y Cato vio que las nubes eran más tenues que en los días anteriores, y que incluso había un punto en el que parecía como si fuera a abrirse un claro que dejara ver el cielo. Ahora que estaba en aquella situación a vida o muerte, se sintió invadido por una extraña calma. Centró la atención en el tracio, se agachó un poco, y sostuvo la espada en posición.

—Solo puede haber un comandante en Bruccio —dijo con calma—. No se puede dar ni pedir cuartel. Esto es una lucha a muerte, tracio.

—A muerte, romano —asintió Querto.

Cato tragó saliva, inspiró profundamente y gritó:

—¡Pues empecemos!

Capítulo xxx

El prefecto aún no había acabado de pronunciar la última palabra cuando Querto cargó contra él con la boca abierta mientras profería un rugido salvaje y ensordecedor. Si se suponía que eso tenía que aterrorizar a Cato, la táctica falló. Él ni se inmutó, y sostuvo el gladio con la mano y el brazo firmes. El tracio esgrimió su hoja más larga describiendo un arco en diagonal hacia el cuello de Cato, que lanzó el arma hacia un lado para desviar el golpe. El metal chocó contra el metal con estridencia, e hizo saltar una chispa brillante que se apagó de inmediato cuando la punta de la espada de Querto se hundió en el suelo sin causar daños. Cato trazó entonces un rápido revés con su arma dirigido al pecho de su oponente, en un esfuerzo por ser el primero en herir al otro, y se vio recompensado con el sonido de un rasgón cuando la punta desgarró la túnica del centurión justo por debajo del dobladillo del cuello. Querto retrocedió apresuradamente, y levantó la espada para parar cualquier otro golpe.

El prefecto supo que, si quería aprovechar al máximo su arma, debía mantenerse cerca de su oponente, de modo que siguió atacando, tirando estocadas y pequeños tajos violentos que obligaron al otro a pararlos y desviarlos con desesperación, mientras la arremetida lo empujaba hacia el círculo de espectadores. Estos se apresuraron a apartarse y se separaron, dejando al descubierto la franja cubierta de hierba del terraplén que se elevaba a un lado de la torre de

entrada. En aquel momento, haciendo acopio de su poderosa fuerza, Querto apartó la espada de Cato de un golpe, y acto seguido dirigió su hoja hacia la cabeza del prefecto violentamente. Ahora le tocó a Cato retroceder, y lo hizo con facilidad, apoyado en las puntas de los pies para así poder utilizar los músculos de las piernas e impulsarse en la dirección en que necesitara hacerlo. Se abrió un hueco entre los dos luchadores, y el prefecto fue retrocediendo aún más hasta tener espacio y considerar su próximo movimiento. Ambos respiraban agitadamente, y Cato sentía palpitar la sangre en su cabeza como si hubiera estado corriendo una buena distancia. Se notaba las extremidades ligeras e impacientes, como si tuvieran vida propia, y se sintió embargado por un arrebato de júbilo mientras seguía sin apartar la mirada del tracio.

Querto apretó los dientes, y las comisuras de sus labios se alzaron ligeramente con una irónica expresión divertida.

—Eres todo un guerrero, ¿verdad, prefecto? Tienes más agallas de lo que pensaba —gruñó el tracio—. Pero eso no va a salvarte.

Cato avanzó un paso de un salto e hizo un amago, en parte para poner a prueba los reflejos de su oponente, y en parte para hacerlo callar. Querto se retiró ágilmente y sostuvo la espada apuntando al rostro de Cato, aprovechando su más largo alcance para detenerlo en seco.

—¡No tan deprisa!

Cato volvió a situarse a una distancia prudencial, y tanteó a su enemigo. El tracio era rápido además de fuerte, una combinación peligrosa, desde luego. No obstante, adolecía de una arrogancia fanfarrona que aún podría jugar a favor de Cato..., al menos si vivía lo suficiente para explotarla. Al mismo tiempo era consciente de la emoción inquieta en los rostros de los hombres que observaban el

duelo. Al principio había reinado el silencio, pero ahora una voz gritó:

—¡Mata a ese niñato romano!

Unos cuantos tracios más mostraron el apoyo a su líder a gritos, y sacudieron los puños hacia Cato. Los legionarios, menos numerosos, reaccionaron enseguida con exclamaciones de apoyo a su prefecto. Se fueron sumando más voces, hasta que ya no se oyeron más que gritos. A Cato le recordó al ambiente de un espectáculo de gladiadores, y dio gracias por no haber tenido que soportar nunca el miedo y la vergüenza de los que se veían obligados a luchar para el simple entretenimiento de la plebe.

Querto fue recorriendo el contorno del círculo de espectadores observando a su oponente con cautela, hasta que se situó de espaldas a sus seguidores y Cato se vio obligado a ver sus expresiones hostiles. Los legionarios se esforzaban para que sus gritos de aliento se oyeran por encima del alboroto que armaban los tracios, pero hubo una voz que destacó por encima de todas:

—¡Ataque, señor! ¡Mate a ese perro tracio de una maldita vez!

—¡Cállate, idiota! —intervino otra voz por detrás de Cato—. ¿Quieres que ese perro tracio venga después a por ti?

Cato sonrió con amargura. Así pues, incluso los legionarios, por mucho que aborrecieran a Querto, eran prudentes en cuanto a las posibilidades de su comandante de ganar aquel combate. Bueno, pues les demostraría que se equivocaban, decidió Cato. Demostraría que tenía derecho a comandar la guarnición tanto por la fuerza de las armas como por la autoridad del emperador.

Querto estaba calmado y relajado, como si despreciara a su rival, y entonces le dio la espalda a Cato y se volvió hacia sus hombres con los brazos en alto para agradecer sus aclamaciones. Ellos respondieron aumentando el volumen

de sus vítores, y Querto alzó los puños al aire repetidamente.

El prefecto apretó los dientes y se movió hacia la espalda de aquel hombre mientras visualizaba por un momento la punta de su espada clavándose, atravesándole la espina dorsal y penetrando ladeada en su negro corazón. Los auxiliares gritaron una advertencia a su centurión, y Querto giró rápidamente sobre sus talones y se agachó. Soltó una risa forzada en beneficio de sus hombres y exclamó en voz alta:

—¿Ibas a atacarme cuando te estaba dando la espalda, verdad? ¡Y tú me llamas cobarde!

Mientras sus hombres respondían excitadamente a su insulto, Querto avanzó con confianza y esgrimió su espada con un ancho movimiento elíptico. Cato, sin embargo, no se detuvo, no vaciló, sino que fue directo a buscar el contacto, desvió la espada contraria con un golpe violento y arremetió contra el pecho del otro. Querto paró la embestida con firmeza y avanzó, al tiempo que hundía la guarnición de la espada en el pecho de Cato y lo empujaba hacia atrás. El prefecto se movió con el golpe para aminorar el impacto, pero aun así se quedó sin aliento y el dolor le quemó las costillas. Al mismo tiempo, se vio obligado a levantar la espada rápidamente para parar un apresurado tajo dirigido a su cabeza cuando Querto intentó aprovecharse del fuerte golpe que le había propinado. La hoja se desvió con estrépito, pero Cato sintió de inmediato un dolor agudo en el muslo, justo por encima de la rodilla, cuando la punta de la espada del tracio le abrió una herida superficial en la carne.

Los dos contrincantes se separaron, y Querto soltó un grito de triunfo al ver la mancha roja en la rodilla del prefecto. Sus seguidores lo vitorearon, en tanto que los legionarios enmudecieron y miraron a su comandante con preocupación, intentando determinar la gravedad de su

herida. Cato se arriesgó a bajar la mirada rápidamente, y vio que la sangre le bajaba por la espinilla y resbalaba por encima de sus botas de cuero. Bajó y subió el cuerpo con cuidado, pero no notó que aumentara el dolor ni tampoco sintió ese pinchazo revelador que indicaría un daño serio en los músculos. Aun así, estaba sangrando, y eso lo debilitaría si la lucha duraba demasiado. Apretó los dientes, avanzó de nuevo y fingió un leve traspié a la vez que soltaba un gemido de dolor.

Querto se rio secamente.

—Estoy decepcionado, prefecto Cato. Me había esperado algo más de esta contienda. Pero mírate. Delgado, débil y sangrando como un cerdo espetado. Podría dejar que te desangraras, pero quiero una buena muerte. Algo que demuestre a los soldados que soy apto para ser su comandante.

Cato se apoyó en su pierna herida, alzó la mirada por debajo de su flequillo oscuro y respiró profundamente. Se pasó la lengua por los labios, y dijo con voz ronca:

—Tú no eres apto para estar en el ejército romano, no digamos para estar al mando de uno de sus fuertes.

—Eso ya lo veremos.

Querto se agachó levemente y se acercó con cautela. Cato lo dejó venir y levantó su gladio, la punta osciló, y él irguió la espalda y se preparó para luchar por su vida una vez más. Cuando Querto alzó la espada para asestar un golpe y levantó el pie derecho para balancearse hacia adelante, Cato se precipitó hacia él rugiendo a voz en cuello. El tracio tuvo el tiempo justo de abrir desmesuradamente los ojos por la sorpresa, antes de que la punta de la espada de Cato se alzara con un destello, avanzara y penetrara en el hombro izquierdo del otro. Todos los presentes alzaron una exclamación de absoluto asombroso. La hoja desgarró tela, piel y músculo hasta que golpeó contra el hueso. Querto

soltó un gruñido explosivo bajo el ímpetu del golpe y se tambaleó. El prefecto siguió empujando, arrojando su peso detrás de la espada y retorciendo la empuñadura mientras la hundía.

Pero Querto se había ganado su temible reputación en el campo de batalla por sus magníficas aptitudes, y se recuperó rápidamente, se arrancó la hoja de un tirón y giró para apartarse de Cato, con lo que el impulso del prefecto lo llevó unos cuantos pasos más allá del tracio, hasta que pudo detenerse y dar media vuelta para hacerle frente de nuevo. Cato se precipitó hacia él de inmediato, y tuvo lugar un desesperado intercambio de golpes. Los soldados empezaron a vitorear de nuevo, cada bando animando a su oficial, y ahora los legionarios gritaban casi tan fuerte como los auxiliares. Con un último y sonoro entrechoque de espadas, ambos retrocedieron ante el otro y se agacharon con el pecho agitado mientras intercambiaban miradas hostiles.

—Eres un cabrón astuto… —gruñó Querto—. Eso… tengo que reconocerlo.

Cato guardó silencio y empezó a caminar lentamente describiendo un círculo. La herida del hombro de su adversario era profunda, pero resultaba difícil distinguir la sangre que se filtraba por los pliegues de la túnica negra de Querto, salvo por el brillo de la tela allí donde se había empapado. Cato asintió con satisfacción. Aunque no era una herida mortal, sangraba mucho, y empeoraría si el tracio se esforzaba en moverse para luchar.

—¿Qué coño es esto? —preguntó una voz aturdida.

Por el rabillo del ojo, Cato se dio cuenta de que Macro se ponía en pie con inseguridad y con una mano en la cabeza. Se quedó mirando a los dos oficiales, y enseguida se hizo una idea de la situación.

—¡Destrípalo, muchacho! —bramó—. ¡Mata a ese cabrón!

Querto profirió un gruñido enojado y arremetió de nuevo esgrimiendo su hoja más larga a diestro y siniestro con golpes salvajes, obligando a Cato a retroceder. Apenas podía parar aquellos golpes enajenados, notando que la fuerza de los impactos sacudía su brazo con un doloroso hormigueo y amenazaba con hacerle aflojar la mano del mango.

Y entonces ocurrió.

La espada de caballería del tracio se estrelló con todo su peso contra la empuñadura del gladio de Cato, sus dedos se contrajeron, y el prefecto notó que el arma se le escapaba de la mano. Querto soltó entonces un rugido de triunfo y entró a matar. Cato saltó hacia un lado, y oyó el zumbido de la hoja cuando la espada pasó rápidamente junto a él y golpeó el suelo con un sordo ruido metálico. Caminó rápidamente hacia un lado, y su oponente echó la espada hacia atrás y volvió a acercarse con la punta a la altura de la cintura, dispuesto a asestar un último golpe mortal.

—No puedes escapar de mí —dijo Querto con desdén—. ¡Párate y acepta tu muerte como un hombre, no como un romano cobarde!

Cato tenía los brazos separados del cuerpo y las piernas bien afirmadas en el suelo, listo para saltar en cualquier dirección en cuanto percibiera que su enemigo estaba a punto de atacar. Al mismo tiempo, sabía que Querto lo estaba haciendo retroceder hacia la torre. En torno a él no se oían más que los gritos de los seguidores tracios, que pedían su cabeza a voz en cuello. La calma que había inundado su mente se había quebrantado. Ahora sus sentidos rivalizaban con su acelerada mente en una desesperada confusión de atisbos de los rostros que tenía delante, de la pureza del pedazo de cielo azul entre las nubes, de la visión de Julia mientras él le sonreía la mañana siguiente a su boda, de Macro riéndose a carcajadas al conseguir una tirada ganadora a los dados y del dulce olor del aire tras un

chaparrón de verano… Un hombre repasando a toda prisa la miríada de tesoros de su vida, para deleitarse con ellos por última vez antes de que lo reclamara la muerte.

Algo centelleó brevemente y cayó en la arena a los pies de Cato. Él bajó la mirada, y vio que tenía una espada de caballería junto a las botas y, por instinto, recogió el arma con rapidez y notó la diferencia de peso y equilibrio en comparación con la espada corta de las legiones. Los músculos de su brazo se tensaron con la carga, y vio que la expresión de Querto se endurecía al darse cuenta de que la victoria, que tan certera le había parecido hacía apenas unos instantes, empezaba a escapársele de las manos.

—Ya basta de hacer el tonto —gruñó el tracio al tiempo que levantaba su arma—. Ahora vas a morir, escoria romana.

Retrajo los labios, y dejó ver sus dientes mientras se precipitaba directo a Cato con el brazo armado extendido y la punta de la espada volando hacia el cuello del prefecto. Cato retrocedió un paso y se golpeó el talón contra los maderos de la puerta. El dolor le subió por la pantorrilla. No podía retroceder más ni había posibilidad de escabullirse echándose a un lado. Sabía que ya no podía hacer nada aparte de resistir. Levantó la espada, como para intentar parar la hoja que hendía el aire hacia él llevando consigo todo el peso del tracio. Cato tragó saliva con fuerza, notó que el miedo contraía los músculos de su cuello y… entonces, en el último instante, se tiró al suelo directamente a los pies de su oponente y alzó la hoja hacia su vientre. La espada del tracio centelleó por encima de su cabeza, y el golpe astilló la madera de la puerta. Cato recibió la patada de una pesada bota a un lado de la cabeza, y con el impacto notó perfectamente cómo crujía su cuello. Entonces chocó contra el suelo, rodó sobre sí mismo y giró el mango de la espada, que tembló cuando la punta se hundió profundamente en la carne de Querto. Cato sostuvo el arma

con firmeza para contrarrestar la fuerza del empuje de su oponente, que le tiró de la mano y obligó a su muñeca a retorcer la hoja. Unas botas rasparon contra el suelo, y a continuación reinó la calma.

A Cato le zumbaba la cabeza, pero fue consciente de que los gritos cesaban de pronto. El golpe en la cabeza lo había aturdido, y tardó un momento en ver los rasgos de Querto, a no más de un paso de él. Tenía la mirada fija, con unos ojos de loco y la mandíbula colgando, dando boqueadas. Cato tuvo náuseas, la cabeza empezó a darle vueltas, y tuvo que cerrar los ojos con fuerza un momento.

—Está acabado… —murmuró una voz pastosa, y Cato intentó asentir, pensando en aceptar su destino. Notó unas manos por debajo de los brazos que lo levantaron para ayudarlo a ponerse de pie. Empezó a despejársele la cabeza y las náuseas desaparecieron, de modo que se arriesgó a abrir los ojos. Un rostro conocido lo miraba con preocupación.

—¿Cato…, señor?

Cato parpadeó y se obligó a responder como pudo.

—Macro… ¿Estás bien?

—¿Si yo estoy bien? —Macro soltó una sonora carcajada y se dio unos golpecitos en la cabeza—. ¡Todavía no se ha fabricado el arma que atraviese este cráneo!

Cato asintió.

—No me sorprendería que fuera cierto. ¿Que… Querto?

—Lo que dije. Acabado. —Macro hizo un gesto hacia el suelo, y Cato bajó la mirada y vio al tracio tendido de lado, con la espada de caballería enterrada casi hasta la empuñadura en la ingle e inclinada hacia sus órganos vitales. Se balanceaba de un lado a otro sobre un charco de sangre que se iba extendiendo, y respiraba con dificultad emitiendo un leve lamento.

A Cato se le aclararon las ideas enseguida.

—Bien.

Entonces dirigió la mirada a los rostros de los hombres que rodeaban la parte trasera del portón del fuerte. Algunos de los tracios parecían anonadados. Otros estaban claramente enojados, y sus semblantes se ensombrecieron cuando los legionarios empezaron a vitorear el nombre de Cato.

—Será mejor que le vean esa pierna, señor —dijo Macro, que se quitó el pañuelo del cuello, se agachó y le vendó la herida con cuidado.

Cato se esforzaba por mantener la cabeza centrada. Lo había hecho. Había vencido al tracio. Delante de toda la guarnición. Había corrido un riesgo terrible, se había jugado la vida para poner fin a la lucha por la supremacía sobre la guarnición. Miró a los auxiliares con fría autoridad. Una figura dio un paso adelante, y Cato volvió la vista hacia el hombre con un parpadeo y reconoció al centurión Estelano.

—Disculpe, señor.

—¿Qué quieres?

Estelano señaló al moribundo con un gesto.

—Mi espada, señor. Si me lo permite, voy a recuperarla.

—¿Tu espada? —Cato arqueó una ceja—. Sí… Sí, por supuesto.

Estelano asintió y se acercó a Querto. Se quedó un momento de pie junto a él, vacilando; finalmente, empujó al tracio para dejarlo boca arriba y agarró el mango de la espada. Estelano apoyó una bota en la ingle del hombre y liberó su arma. Un chorro de sangre oscura, casi negra, salió detrás de la hoja con un sonido de succión. El cuerpo de Querto se tensó, mientras él dejaba escapar un último y ronco grito ahogado. Luego su cuerpo pareció aflojar toda su tensión, desvaneciéndose en la nada, hasta que la luz de su mirada se apagó y el tracio murió exhalando un leve suspiro.

Estelano limpió la sangre de la hoja y envainó su arma, tras lo cual se puso firmes delante de Cato.

—A sus órdenes, señor.

Cato asintió y le preguntó en voz baja:

—¿Por qué?

—¿Señor?

—¿Por qué me arrojaste tu espada?

Estelano frunció el ceño.

—Lo llamó romano cobarde, señor. Eso no es cierto. No es cierto de ningún oficial romano. En cualquier caso, tenía derecho a morir con una espada en la mano.

—Te lo agradezco.

Estelano se lo quedó mirando un momento en silencio, y luego le dijo de manera inexpresiva:

—Hubiera hecho lo mismo por él, señor.

—¿Por él? —intervino Macro en tono de desprecio—. ¿Por ese hijo de puta tracio?

Estelano dijo que sí con la cabeza.

—Piense lo que piense de él, tenía el corazón de un guerrero y se merecía la muerte de un guerrero.

Los interrumpió el sonido del cuerno en el portón principal. Sonaba la alarma. Todos se volvieron hacia el sonido, una serie de notas estridentes que se oían por todo el fuerte. Cato fue el primero en reaccionar.

—¡A vuestras posiciones! ¡Os quiero a todos en la muralla ahora!

Macro agitó el pulgar en dirección al grupo de hombres que habían apoyado a Querto.

—¿Qué hacemos con ellos? Son unos malditos desertores.

Cato los miró.

—Ya nos ocuparemos de eso más tarde. De momento, necesito a todo el mundo. Ordena que vuelvan a sus unidades.

—¿Incluso a Décimo?

El prefecto se volvió a mirar a su asistente. El hombre temblaba bajo la mirada fulminante de los dos oficiales. Cato sintió una punzada de compasión por aquel hombre, esclavo del miedo hasta ese punto. Compasión…, y cierto grado de empatía. Pero el miedo de que los otros descubrieran ese sentimiento de temor en él era mayor que el miedo al peligro, y eso hacía que Cato se obligara a llevar a cabo las acciones que Macro atribuía a la valentía. Así pues, fue con una mezcla de compasión y culpa que Cato meneó la cabeza en señal de negación.

—Mándalo de vuelta a mis dependencias.

* * *

Al llegar a la torre sobre el portón principal, el sol naciente bruñía el borde de las montañas del este y Cato pudo ver el valle en toda su extensión. El cielo se estaba despejando, y el nuevo día prometía ser seco y cálido, con solo una levísima brisa. Unas condiciones perfectas para encender la almenara, pues el humo sería claramente visible a diez o doce millas de distancia. Abajo, el campamento enemigo era un hervidero de actividad, en el que los hombres formaban apresuradamente en grupos de guerra y ensillaban los ponis de denso pelaje preferidos por los nativos. Los primeros grupos ya se dirigían hacia el final del valle en dirección… ¡a Gobannio! Un pequeño ejército avanzó hacia el fuerte y se detuvo al pie de la pendiente. A Cato le quedó muy claro el propósito de dicha fuerza: contener a la guarnición mientras el grueso principal se ocupaba de lo que fuera que los había despertado. Solo podía ser la presencia de soldados romanos cerca de allí. Aquella posibilidad animó a Cato por un instante, pero su intensa alegría se convirtió en gélido terror

cuando cayó en la cuenta de lo que podía significar todo aquello. Aún había tiempo de evitar el desastre.

El prefecto se volvió rápidamente, corrió al otro lado de la torre y se asomó por la barandilla que daba al fuerte. Agitó el brazo para llamar la atención del *optio* a cargo de la almenara, un enorme cesto de hierro lleno de leña empapada en brea. A un lado estaba el montón de hojas secas que harían una gran cantidad de humo cuando las llamas hubieran prendido.

—¡Enciende la almenara! ¡Inmediatamente!

Cuando vio que el *optio* había entendido sus órdenes, Cato volvió a centrar su atención en la boca del valle, y maldijo a los dioses que hubieran considerado oportuno retirar las nubes y la lluvia del cielo precisamente la mañana en la que la columna de refuerzo que había salido de Glevum se estaba aproximando al fuerte, demasiado cerca ya para que la almenara los advirtiera a tiempo. La intención del enemigo estaba muy clara. Carataco se estaba preparando para tender una emboscada a la columna romana. Los hombres de refuerzo serían sorprendidos por los guerreros enemigos en el peligroso desfiladero: una trampa mortal. Los romanos serían totalmente ajenos al peligro hasta que fuera demasiado tarde. Por lo que a ellos concernía, las huestes de Carataco se encontraban mucho más al norte, concentrados en el laborioso avance del gobernador Ostorio y su ejército. No tardarían en averiguar la verdad, reflexionó Cato con amargura.

El prefecto sabía que solo había una mínima posibilidad de salvar a la columna, pero no iba a quedarse de brazos cruzados mirando cómo masacraban a sus compañeros.

Capítulo XXXI

—¿Por qué no me deja ir a mí, señor? —preguntó Macro con franqueza—. Está herido, y los hombres le necesitan en el fuerte.

Cato le dijo que no con la cabeza mientras terminaba de abrocharse las grebas. Se irguió y sonrió a su amigo.

—Me nombraron prefecto de la Segunda Cohorte tracia, así como comandante de la guarnición. Creo que ya es hora de que ejerza mi rango, ahora que Querto ya no es un problema.

Se encontraban junto al portón lateral que se abría a la ladera más próxima al camino que conducía al final del valle. Dos escuadrones de la cohorte de caballería se preparaban apresuradamente en el espacio abierto entre el muro y los barracones y establos del fuerte. Cato solo podía disponer de sesenta jinetes para la tarea que tenía en mente. Si se llevaba más, Macro no tendría los hombres necesarios para defender Bruccio. El prefecto miró la densa columna de humo de la almenara que se alzaba en el aire. Subía de manera continuada una corta distancia, pero el amanecer había traído consigo una ligera brisa y el humo no tardaba en dispersarse formando difusas volutas grises. Si los soldados de la columna de refuerzo estaban alerta, cabía la posibilidad de que vieran la señal y acertaran a dar media vuelta mientras aún tuvieran una remota oportunidad de escapar.

Macro se volvió a mirar a los tracios y chasqueó la lengua.

—¿Qué cree que puede conseguir con sesenta hombres? —Miró a su amigo con preocupación—. Es prácticamente un suicidio.

—Espero que no llegue a eso —repuso Cato con un atisbo de sonrisa—. Vamos mejor montados que el enemigo, y contamos con el elemento sorpresa. No se esperarán que salgamos a caballo para apoyar a la columna de refuerzo.

—¿En serio? Me pregunto por qué demonios no habrán de esperarlo —repuso Macro con sequedad.

La sonrisa de Cato se desvaneció, y bajó la voz para que solo lo oyera Macro.

—¿Acaso pretendes que nos quedemos al margen mientras masacran a nuestros compañeros? Tengo que intentar ayudarles a abrir un camino para salir de la trampa. Tú harías lo mismo si estuvieras en mi situación, y lo sabes.

Macro no podía negar que eso era cierto, pero insistió en su argumento.

—¿Qué lógica tiene, Cato? Sales a la carga para intentar rescatar a nuestros muchachos, y hay una posibilidad entre cincuenta de que lo consigas. Lo único que harás será desperdiciar tu vida, y las vidas de tus hombres. La columna de refuerzo no tiene nada que hacer.

—No es así. ¿Estás dispuesto a hacer una apuesta de cincuenta contra uno?

—Solo un idiota haría una apuesta así.

Cato le tendió la mano.

—Pues llámame idiota. Apostaré diez sestercios.

Macro le estrechó la mano e intentó parecer animado.

—¡Hecho! Los diez sestercios más fáciles que he ganado jamás…

A continuación, se hizo un breve e incómodo silencio mientras permanecían con la mano estrechada y se despedían sin decir más. Cato retiró la suya y miró por encima del hombro de Macro.

—Los hombres ya están listos. Tenemos que irnos, amigo. Asegúrate de tener a todas las centurias preparadas para mantener el portón abierto para nosotros si…, es decir, «cuando» regresemos con los refuerzos.

—Estarán preparados. Yo mismo iré al frente.

—Bien. Pues estaré deseando volver a verte muy pronto. —Cato comprobó que tuviera el casco bien ajustado, respiró para calmarse y caminó con rigidez hacia su caballo, que le sujetaba uno de los tracios. Tomó las riendas de *Aníbal*, le dio unas palmaditas en el cuello y murmuró dirigiéndose a sus orejas como dagas—: Hoy pórtate bien por mí, y cuando yo te lo diga, corre como el viento.

El caballo resopló y sacudió mínimamente la cabeza, Cato esbozó una sonrisa, tomó las riendas y se encaramó a la silla intentando no hacer una mueca por el dolor con el que le recompensó la herida de la pierna. Tomó el escudo ovalado que le entregó el mozo, y se colgó la correa al hombro. Pese a la costumbre de que los oficiales superiores llevaran solo la espada, Cato había optado por armarse con una lanza larga y pesada como la del resto de sus hombres, y fue moviendo la mano por el arma hasta que encontró el punto de equilibrio. Colocó el extremo del asta en el pequeño ristre de cuero que colgaba de la silla, e hizo que *Aníbal* diera la vuelta para situarse frente a sus soldados. Los escuadrones se hallaban en formación de dos en fondo detrás de sus oficiales, el centurión Estelano y un tracio, el decurión Kastos, que miraron a su prefecto con expresión seria, esperando la tradicional arenga breve antes de que los condujera a la batalla.

Breve sí sería, pensó Cato: disponían de muy poco tiempo. Él hubiera preferido prescindir por completo de las formalidades y simplemente dar la orden de abandonar el fuerte, pero sabía que, tras la muerte tan reciente de Querto, los hombres necesitarían que se dirigiera a ellos.

—¡Cuervos Sangrientos! —empezó diciendo—. Nuestros compañeros corren un gravísimo peligro. Carataco tiene intención de masacrarlos y de llevarse sus cabezas como trofeos para ofrecérselas a sus aliados druidas. No es un final adecuado para ningún soldado. El enemigo quiere humillarlos ante nuestros ojos, y con ello humillarnos también a nosotros por no poder intervenir. Pero no van a someternos, ni a nosotros ni a nuestros compañeros. Eso es lo único que nos importa hoy. Nuestra tarea es sencilla. Cabalgaremos en su ayuda, y nos abriremos paso entre las filas enemigas para que nuestros compañeros puedan llegar al fuerte… Lo que haya ocurrido antes, ya no se puede cambiar. Tenemos a nuestro alcance la oportunidad de ganar la gloria eterna para los Cuervos Sangrientos. Aquellos que vivan para recordar este día nunca olvidarán el honor que habrán compartido con sus hermanos, ni el respeto que les tendrá el resto del ejército. —Hizo una pausa, un tanto frustrado por no ser capaz de dar uno de esos discursos enardecedores que había leído en los libros de historia de su juventud. Pero no había tiempo para ese tipo de retórica cuidadosamente ensayada. Agarró la lanza y la sostuvo en alto—. ¡Por la gloria de Roma! ¡Por el honor de los Cuervos Sangrientos!

El centurión Estelano lo imitó y levantó la lanza por encima de su cabeza.

—¡Por el honor de los Cuervos Sangrientos!

El resto de los hombres repitieron el grito, y sus caballos golpearon y rasparon el suelo con los cascos, impacientes, contagiados de la emoción de sus jinetes. Cato se volvió a mirar a Macro, y le hizo un gesto con la cabeza.

—¡Abrid el portón! —gritó Macro, y los dos legionarios que esperaban junto a la tranca la levantaron al instante para sacarla de los sólidos soportes de hierro y la dejaron a un lado antes de tirar de las puertas para abrirlas.

Cato hizo dar la vuelta a su montura y dirigió a *Aníbal* hacia el arco de la torre de entrada, al tiempo que gritaba:

—¡Adelante!

Estelano dio la orden a sus hombres, y todos siguieron a su prefecto haciendo avanzar a los caballos al paso en columna de a dos. Cuando Cato pasó junto a Macro, intercambiaron un breve saludo con una inclinación de cabeza. El otro escuadrón los siguió, cruzaron la puerta, el puente sobre el estrecho foso y tomaron el camino que descendía en diagonal por la pendiente a un lado del fuerte. Cato sabía que no los verían hasta que rodearan la pequeña colina en la que se alzaba el fuerte, y se conformó con dejar que la columna fuera al paso hasta allí antes de incrementar el ritmo. Notó que se le aceleraba el corazón, y tuvo que obligarse a no volver la vista atrás hacia la puerta y la seguridad del fuerte. A lo lejos, a poco más de kilómetro y medio de distancia, vio la retaguardia de la fuerza enemiga que se dirigía a interceptar a la columna de refuerzo. Mientras cabalgaba a un paso regular, decidido a dar la impresión de estar calmado y tener el control, Cato se sintió embargado de inquietud por el peligro que tenía ante él.

Con suerte, el oficial que dirigía la columna tendría a unos cuantos exploradores protegiendo al grueso principal y, en cuanto se percataran de la presencia del enemigo, los refuerzos cerrarían filas y confiarían en sus escudos pesados y disciplina férrea para abrirse camino a la fuerza hasta el fuerte. Cato reflexionó que, por otra parte, el oficial bien podría ser uno de esos tribunos recién acuñados que había llegado a la frontera con su confianza en la supremacía romana y su desprecio por los bárbaros aún intactos. Uno de esos romanos que avanzaba a golpe de entrañas, hasta que la experiencia le ponía la zancadilla. Algunos volvían a levantarse como podían, otros pagaban el precio de su arrogancia con la muerte.

El sendero desigual que llevaba al pie de la ladera empezó a nivelarse, y Cato divisó el extremo de la explana de la plaza de armas y el campamento enemigo situado más allá. Los verían en cualquier momento, si es que no lo habían hecho ya. Dio unos golpecitos con los talones para llamar la atención de su caballo.

—¡Vamos, *Aníbal*! ¡Adelante!

El animal se agitó y apretó el paso a un trote ligero. Por detrás de él, Estelano y luego Kastos repitieron la orden, y un débil retumbo ocupó el lugar del suave golpeteo de los caballos al paso. Cato había escudriñado el terreno del valle antes de abandonar el fuerte, y había decidido dirigirse a un saliente rocoso desde el que se dominaba el extremo del desfiladero. El terreno que llegaba hasta él no ofrecía mucha protección, pero daba la impresión de ser lo bastante despejado para la caballería. Dio un suave tirón a las riendas para guiar a *Aníbal en* esa dirección, y luego miró hacia el enemigo. Los que aún estaban en el campamento ya habían visto a los jinetes, y gesticulaban señalando a los dos escuadrones que salían del fuerte. Al cabo de un momento, el primero de los cuernos dio el toque de alarma para alertar a sus compañeros, que se encontraban valle arriba. La última de las cuadrillas de guerra, a poco menos de un kilómetro por delante, tardó solo un momento en detenerse y dar media vuelta. Vacilaron unos instantes, y Cato vio entonces que se desplegaban en línea para hacer frente a sus hombres. Casi todos los guerreros enemigos iban armados con lanzas y escudos, pero algunos llevaban armas más rudimentarias y no tenían armadura.

Cato condujo a los tracios hacia la línea enemiga a un trote regular. Más nativos se habían parado y se habían dado la vuelta para mirar, sin saber muy bien cómo reaccionar ante la inesperada respuesta de la guarnición de Bruccio. Cato tuvo un instante de satisfacción al ver aquello. Todas

las semillas de confusión que pudiera sembrar servirían para entorpecer el ataque enemigo contra la columna de refuerzo. Los guerreros de Carataco llegarían de manera poco ordenada, y tal vez con ello los refuerzos podrían desplegarse en orden de batalla y no ser sorprendidos en fila a lo largo de la línea de marcha. Con un poco de suerte, quizás hubieran visto ya el humo de la almenara y tomado las medidas necesarias.

Otras tres cuadrillas de guerra se habían dado la vuelta para enfrentarse a los tracios, y se apresuraban a cruzar el terreno abierto para ocupar posiciones en los flancos de la línea. Cato no se puso nervioso al ver aquello, simplemente porque no tenía ninguna intención de entablar combate con ellos. Sería un suicidio para una fuerza de caballería tan reducida como la suya. Por bien montados y armados que fueran, jamás se lanzaría contra una abrumadora concentración de infantería como aquella. No, ese no era el plan del prefecto Cato. El verdadero peligro lo presentaban los jinetes enemigos. Superaban ampliamente en número a los dos escuadrones y, lo que era aún más preocupante, al no tratarse de caballería pesada, serían capaces de adelantarlos. Si lograban atacar y entretener a los Cuervos Sangrientos el tiempo suficiente para que interviniera la infantería, todo terminaría rápidamente y la destrucción de los dos escuadrones solo supondría las primeras bajas romanas del día.

La línea enemiga no tenía más de cuatrocientos metros de distancia, y Cato calculó rápidamente que serían unos quinientos hombres. Levantó la lanza, y señaló a la derecha de la línea, hacia el saliente de la montaña que daba al desfiladero.

—¡A la derecha!

Torció rápidamente en la nueva dirección, y sus hombres guiaron sus monturas para seguirle. El enemigo, temiendo

un intento de flanquear su línea, fue presa de la confusión, hasta que sus líderes los empujaron y consiguieron que formaran una tosca elipse, de la que sobresalían las lanzas y otras armas más rústicas. Los soldados de la caballería romana siguieron su línea de avance y pasaron tan cerca de los siluros que oyeron claramente sus gritos de guerra e insultos. Unos cuantos tracios les devolvieron los gritos de la misma manera, hasta que el centurión Estelano se volvió hacia ellos enfurecido.

—¡Cerrad la maldita boca o haré que os pongan bajo arresto en cuanto volvamos al fuerte!

Siguieron avanzando al trote y llegaron al terreno que subía hacia el saliente rocoso. A su izquierda, estaba el camino que ascendía por el valle y atravesaba una estrecha franja de abetos antes de subir al collado situado entre las dos montañas. Cato pudo ver que los grupos de guerreros enemigos avanzaban con cuidado a ambos lados del camino para ocupar posiciones con la intención de atacar a la columna de refuerzo. Por delante de ellos, abría paso la caballería de Carataco. En cabeza iba un pequeño grupo de jinetes con llamativas capas, apiñados en torno al ondulante y largo estandarte de su comandante. Cato calculó que los jinetes enemigos se hallaban lo bastante lejos como para no presentar un peligro inmediato para los Cuervos Sangrientos. Echó un vistazo atrás, y vio que los guerreros a los que habían adelantado hacía un momento volvían a desplegarse y marchaban por la ruta que habían tomado los tracios desde el fuerte para cortarles la retirada. Ahora ya no podían echarse atrás, pensó Cato con pesimismo.

Los costados de *Aníbal* se agitaban por el esfuerzo de subir por la pendiente, pero el prefecto lo instó a seguir adelante y a mantener el ritmo, hasta que al fin llegaron al saliente y el terreno se niveló formando una franja estrecha de arbustos y zonas de turba. Se volvió para mirar abajo,

hacia el valle que habían dejado atrás. Los guerreros enemigos que pretendían impedir que los romanos pudieran regresar al fuerte seguían subiendo por la cuesta hacia ellos. Al otro lado de los abetos, Cato pudo ver más allá del collado, y se le aceleró el corazón al divisar a la columna de refuerzo, que parecía una fina cinta roja y centelleante por los reflejos de los muy bruñidos cascos. Una pequeña fuerza de caballería marchaba en retaguardia, protegiendo los carros y carretas del tren de bagaje. Setecientos u ochocientos hombres en total, calculó Cato, acongojado. Él había previsto que el legado Quintato enviaría al menos el doble de legionarios o auxiliares para escoltar a los refuerzos hasta el fuerte y luego regresar a Glevum. Pero, tal como estaban las cosas, la pequeña esperanza que había albergado de ser lo bastante numerosos como para abrirse paso a la fuerza hasta Bruccio quedó frustrada.

Calculó que los refuerzos llevarían casi dos horas marchando, y que habrían recorrido unos ocho kilómetros desde el campamento de la noche anterior. Al menos no habían intentado seguir marchando en la oscuridad para llegar a Bruccio. De haberlo hecho, se hubieran tropezado con el enorme ejército de Carataco, que habría acabado con ellos sin que desde el fuerte se enteraran de nada. No obstante, no parecían haber visto el humo que se alzaba desde la almenara de Bruccio, o al menos no habían reaccionado al aviso. Tampoco habían visto a las cuadrillas de guerra britanas ocultas en los pliegues del terreno al borde del ancho collado, ni a los que los esperaban en el camino que bajaba hasta el valle. Avanzaban a ciegas hacia la trampa que Carataco les estaba tendiendo.

Estelano fue avanzando poco a poco hasta situar su caballo al lado del prefecto, echó un breve vistazo a la escena que se extendía ante ellos y se volvió hacia Cato.

—¿Cuáles son sus órdenes, señor?

—Tenemos que advertirles del peligro. —Cato se torció en la silla—. ¡Trompetas! ¡Dad el toque de ataque! ¡Tan fuerte como podáis!

Los hombres que llevaban los cuernos curvados de caballería se llevaron los instrumentos a los labios y tomaron aire. Al cabo de un instante, la corta secuencia de notas resonó por el valle y reverberó en los peñascos rocosos por encima de los tracios. Cato se incorporó en la silla y señaló más allá del saliente.

—Seguiremos cabalgando por aquí, y rodearemos a los enemigos emboscados antes de dirigirnos hacia la columna. Seguid tocando los cuernos mientras avanzamos.

—¡Sí, señor! —Estelano saludó.

Cato alzó la lanza y la inclinó hacia adelante.

—¡Segunda Tracia! ¡Seguidme!

Las monturas avanzaron a lo largo del saliente con un suave trote retumbante y luego siguieron la ladera. Mientras avanzaban hacia el desfiladero, Cato sintió cierto alivio al ver que la columna se había detenido. Distinguió a una centuria de legionarios al frente; el resto de los soldados llevaban los escudos ovalados de los auxiliares. Pero no había indicios de que llevaran a cabo ningún repliegue defensivo. Maldijo en silencio al comandante por no ser más cauto, y espoleó a *Aníbal*. A unos cien pasos más adelante, siguiendo la pendiente, vio a los primeros hombres de Carataco, que se estaban reuniendo para atacar. Por supuesto, los toques de trompeta también los habían alertado a ellos, y Cato vio las motas pálidas de sus rostros mirando cuesta arriba. Consideró detenidamente la disposición de las fuerzas enemigas y el terreno en el que iba a librarse la inminente batalla. Ya estaba claro que no tendrían muchas probabilidades de abrirse paso hasta el fuerte. La única opción que quedaba era retroceder combatiendo hasta Gobannio. Si llegaban al puesto

avanzado y Carataco optaba por sitiarlo también, sus fuerzas tendrían que dividirse para cubrir ambas fortificaciones romanas. Cato reflexionó que, llegado ese punto, Macro y el resto de la guarnición tendrían más posibilidades de sobrevivir.

El toque de los cuernos celtas del grupo de jinetes que se apiñaban en torno a Carataco interrumpió sus pensamientos. Las demás cuadrillas de guerra repitieron la nota rápidamente y, a continuación, el sonido de sus gritos salvajes resonó por la pendiente y llegó a oídos de Cato y sus hombres como el rugido de una ola. Los guerreros surgieron repentinamente de sus escondites como si nacieran del suelo, y se precipitaron en tropel hacia el frente y los flancos de la columna romana. A Cato se le hizo un nudo en la garganta y vio que ninguno de los legionarios se movía.

—¿A qué diantre están esperando? —preguntó Estelano.

Y entonces, como en respuesta a sus palabras, los soldados de la columna empezaron a formar en torno al tren de bagaje, mientras el escuadrón de caballería de la escolta salía al trote hacia un lado para formar una línea. Cato sabía que los soldados estaban bien entrenados, pero era evidente que había muy pocas posibilidades de que completaran su maniobra antes de que los bótanos llegaran a la carga contra ellos.

—Mierda… —masculló para sus adentros, y se volvió en la silla para dar una orden. No le quedaba más remedio que actuar. Ahora solo se podía hacer una cosa—. ¡Alto! ¡Desplegaos en línea y preparaos para cargar!

Capítulo XXXII

—¿Cargar? —repitió el centurión Estelano al tiempo que hacía dar la vuelta a su caballo para mirar a su superior—. Señor, no podemos cargar por una pendiente como esta. Es demasiado vertical y peligrosa. La mitad de nuestros hombres se caerán antes de llegar al desfiladero.

—Eso ya lo sé, maldita sea —espetó Cato—. Te agradeceré que no cuestiones mis órdenes, centurión. Y ahora haz formar a los hombres. Y seguid el paso que marque yo. No quiero que nadie se adelante ni que se quede atrás. Llegaremos al campo de batalla todos juntos. Es nuestra mejor posibilidad de sobrevivir. ¿Está claro?

Estelano apretó los dientes y asintió, tras lo cual se volvió para repetir la orden.

—¡Cuervos, formad en línea!

Los dos escuadrones torcieron a la izquierda y se desplegaron a lo largo del saliente rocoso. Cato miró abajo, y vio que había quizás unos trescientos metros de terreno escarpado que tendrían que salvar antes de que se nivelara lo suficiente como para poder dar la orden de lanzarse a la carga. No se precipitarían en oleada por el terreno abierto, como en las cargas de caballería de ejércitos menos disciplinados. La caballería romana había recibido una estricta instrucción, y la carga consistía en un incremento de la velocidad cuidadosamente gradual y en orden de línea. Solo darían rienda suelta a sus monturas y las dejarían galopar los últimos cincuenta pasos antes de entrar en

contacto con el enemigo. Aun así, habría que tener mucho cuidado en el avance cuesta abajo para mantener unida la formación.

Cato miró a ambos lados, y vio que los dos escuadrones estaban preparados: los soldados asían las lanzas y sujetaban los escudos cerca del cuerpo. Las monturas levantaban la cola, excitadas, y algunos caballos agitaban la cabeza al percibir la tensión de los jinetes. Cato sostuvo la lanza en el aire.

—¡Mantened la línea! Cuando se dé la orden de cargar, no os detengáis hasta alcanzar a la columna… ¡Cuervos Sangrientos, adelante!

Aníbal empezó a bajar por la pedregosa pendiente echando el cuerpo atrás y aprovechando la fuerza de sus patas traseras para no precipitarse hacia adelante. Mientras descendían, Cato miró hacia adelante y vio que los enemigos más rápidos habían llegado ya a la altura de los soldados de refuerzo cuando estos aún se estaban desplegando para formar en cuadro en torno al tren de bagaje. Los legionarios se deshicieron con facilidad de los primeros siluros, pero cada vez eran más los que atacaban, de modo que los hombres del frente de la columna no pudieron completar el cuadro y solo pudo formarse una desordenada línea de batalla, que rodeó rápidamente los carros y carretas agrupados en medio. El escuadrón de caballería de la columna, a una corta distancia de allí, se lanzó a la carga, y pronto fueron envueltos por la horda de guerreros siluros que llegaban en tropel a la columna romana.

Los guerreros britanos que habían estado siguiendo de cerca a los Cuervos Sangrientos de Cato habían rodeado el desfiladero para proteger la retaguardia de su ejército. Ahora los esperaban al pie de la ladera, preparados para enfrentarse a sus oponentes. Entre ellos, el prefecto

distinguió algunas de las capas oscuras de los druidas, que animaban a gritos a los guerreros y lanzaban maldiciones y hechizos a los jinetes que se acercaban. Cuando la pendiente empezó a suavizarse, Cato gritó por encima del hombro.

—¡Formad en cuña detrás de mí!

Los comandantes de ambos escuadrones transmitieron la orden, y los soldados de caballería ajustaron el paso para que la línea se transformara rápidamente en una cabeza de flecha, con diez hombres cabalgando detrás, listos para llenar los huecos en la formación si caían sus compañeros. Iban a tener que atravesar la línea enemiga para dirigirse a la columna enzarzada en combate, y Cato fue cambiando la dirección paulatinamente para dirigirse al flanco derecho de los guerreros. En aquellos momentos, el enemigo se encontraba a no más de un centenar de pasos de distancia, y los más indisciplinados ya estaban soltando flechas en su dirección. Los proyectiles se quedaron muy cortos, y Cato hincó los talones y dio la orden que todos esperaban ansiosos:

—¡A medio galope!

Aníbal dio una sacudida debajo de Cato y se lanzó a una tranquila carrera. El suelo retumbaba y el aire se llenó del tintineo de los bocados, el golpeteo sordo de los escudos y el crujido del cuero. El hueco entre los dos lados se estrechó rápidamente, y el prefecto agarró el asa del escudo con más fuerza, levantó la lanza por encima de la cabeza y se preparó para atacar al enemigo. Vio sus rostros por delante de él y leyó sus expresiones: miedo, agitación y una absoluta determinación. Inspiró con rapidez, y gritó tan fuerte como pudo para hacerse oír por encima del estrépito:

—¡Cuervos Sangrientos…, a la carga!

Los tracios repitieron el grito al tiempo que espoleaban a sus monturas y se afirmaban bien en las sillas. Las notas

agudas de los cuernos de caballería penetraron en la cacofonía del retumbo de cascos y los rugidos de guerra. Cato se encorvó hacia adelante, con la parte izquierda del cuerpo protegida por el escudo, los músculos del brazo derecho tensos y listos para atacar al primer siluro que se le pusiera por delante. Cubrieron la distancia en lo que pareció un instante, y vio a dos hombres que se apartaban de un salto justo delante de él. Tiró una estocada con la lanza al más cercano, pero el britano fue demasiado rápido y la punta del arma solo hendió el aire. Cato la echó de nuevo hacia atrás, al tiempo que *Aníbal* se precipitaba sobre las filas enemigas. Otro hombre, este más valiente, mantuvo su posición justo enfrente, y Cato ladeó la lanza en su dirección. El siluro llevaba un escudo de cometa con un dibujo sinuoso, y sostenía una espada larga por encima de la cabeza. El prefecto tiró de las riendas con la misma mano en la que llevaba el escudo, hizo que *Aníbal* volviera la cabeza y el animal relinchó cuando el bocado de hierro presionó su boca. *Aníbal viró*, y su pecho se estrelló contra el escudo del guerrero y lo tiró al suelo. Cato clavó la lanza, y esta vez la punta alcanzó al hombre en el muslo. No era una herida grave, pero sí lo bastante profunda como para hacer que gritara de dolor y se alejara tambaleándose. Cato hundió entonces el talón en el flanco del caballo para enderezarlo y siguió adelante. A ambos lados de él, los tracios chocaron contra la línea enemiga y la atravesaron del mismo modo, lanceando aquí y allá. Cato vio que uno de sus hombres daba la vuelta y empezaba a perseguir a un britano que huía, y le ordenó a voz en cuello: —¡Déjalos! ¡Sigue! ¡Sigue!

Espoleó a *Aníbal* y siguió adelante por la suave pendiente del desfiladero, donde vislumbraba los destellos de las armas y unos cuantos estandartes que ondeaban sobre la hierba en lo alto de la cuesta. Los escuadrones tracios habían roto la derecha de la línea enemiga y desbaratado la

resistencia de los guerreros que protegían la retaguardia del enemigo. Cato se volvió a mirar por encima del hombro, y se sintió aliviado al ver que la formación estaba intacta, aunque no tan claramente definida como antes del impacto de la carga. Aun así, no había huecos, y no vio a ningún jinete enzarzado aún en combate con ningún miembro de la infantería enemiga. Lo invadió una oleada de euforia por haber roto la línea tan fácilmente, y se preparó para la verdadera batalla que se avecinaba.

La cuña subió hacia el desfiladero con un retumbo, y la enconada lucha se reveló frente a ellos con toda su desesperada brutalidad. Miles de guerreros enemigos se apiñaban en torno a la hostigada columna, y Cato se dio cuenta de que no había sobrevivido ninguno de los hombres del escuadrón de caballería que había emprendido su carga desesperada poco antes. En una pequeña elevación del terreno, Carataco y su séquito permanecían sentados en sus caballos, observando el combate. Por un instante, Cato se sintió tentado por la idea de dirigir a sus hombres contra el general enemigo. Si pudieran matarlo, acabarían con el corazón, y el cerebro, de la coalición de tribus que aún se oponía a Roma. Y entonces, por fin, habría paz en la nueva provincia de Britania. Pero antes de que pudiera reaccionar a su impulso y dar la orden, vio que Carataco y sus seguidores bajaban del pequeño otero para unirse a la batalla al otro lado del atribulado perímetro romano.

Delante de él, el más próximo de los britanos se había vuelto hacia el sonido de los caballos tracios que se aproximaban. La fama y el aspecto salvaje de la caballería tracia, que Querto tanto había promovido, pareció hacer mella en el enemigo. Algunos de los nativos se apartaron de inmediato de su camino y huyeron para salvar sus vidas. Solo los guerreros más duros se revolvieron hacia ellos, preparándose para resistir la carga. Cato miró más allá, y vio

una arremolinada concentración de enemigos que él y sus hombres tendrían que atravesar para llegar hasta la columna. ¿Y entonces qué? Escapar de aquel desfiladero parecía imposible, y el prefecto descartó la idea. Para él solo debían existir el momento y el lugar presentes. Debía dirigir a sus hombres y seguir luchando tanto tiempo como fuera posible. Si los dioses le eran favorables, aún podría sobrevivir a esto. Si no, rezó brevemente para que su final fuera rápido y relativamente indoloro.

Los flancos de *Aníbal* se agitaban por el esfuerzo de la prolongada carga, pero el caballo siguió adelante con valentía y derribó a dos hombres antes de que un tercero asestara un tajo contra la testera de bronce que protegía la frente y los ojos del animal. Por suerte, solo fue un golpe de refilón, pero el sonoro impacto sobresaltó al caballo, e hizo que se empinara y coceara. Cato arrojó todo su peso hacia adelante y se esforzó por recuperar el control.

—¡Tranquilo, muchacho! Tranquilo… —le dijo en un susurro cerca de su oreja derecha, y *Aníbal* se dejó caer de nuevo y Cato lo hizo avanzar.

En torno a él, la formación en cuña se había quedado sin punta cuando los tracios penetraron en las filas de la infantería enemiga profiriendo sus gritos de guerra, al tiempo que hincaban sus largas lanzas a diestro y siniestro, clavándolas en las extremidades y los cuerpos de los britanos. Cato miró en derredor, y vio que algunas de las sillas estaban vacías y, cerca de él, otro hombre estaba rodeado de guerreros que lo acuchillaban mientras él intentaba seguir moviéndose y no presentar un blanco fácil a sus enemigos. Pero eran demasiados, y cuando el tracio alzó el brazo para tirar un golpe con la lanza, un hacha le dio en la espalda con un ruido sordo y, aunque no atravesó la cota de malla, le rompió los huesos de debajo. Se le cayó

la lanza de entre los dedos, y al cabo de un momento lo arrancaron de la silla y Cato lo perdió de vista.

La voz del centurión Estelano se oía por encima del combate, tensa y ronca.

—¡Seguid adelante, chicos! ¡Seguid adelante!

Cato espoleó a *Aníbal* y siguió avanzando, sosteniendo el escudo en alto mientras preparaba el brazo armado con la lanza. Un guerrero de edad avanzada, un tipo musculoso de largo cabello gris trenzado, salió de pronto de entre la aglomeración blandiendo un hacha, vio al oficial romano y se lanzó al ataque con los dientes apretados y profiriendo un gruñido salvaje. Cato se inclinó hacia adelante e hincó la lanza. La punta dio en el blanco y se hundió profundamente en la ingle de aquel hombre. El guerrero se dobló en dos, soltó el hacha y cayó a cuatro patas, Cato pasó de largo y buscó a su próximo enemigo con la mirada. Tan absorto estaba en el combate que, cuando se quiso dar cuenta, ya estaba casi encima de la línea romana. Se abrió un hueco entre los britanos, y allí estaban los soldados blandiendo los pesados escudos rectangulares de las legiones. Cato inspiró profundamente y les gritó:

—¡Abrid filas! ¡Dejadnos pasar!

No hubo ninguna reacción; los ojos entrecerrados de los legionarios atisbaban con recelo por encima del borde de los escudos. A un lado se veía la cresta más fina de un *optio*, y Cato lo señaló con la lanza.

—¡Tú! ¡Di a tus hombres que nos abran paso!

El *optio* le observó brevemente, y luego dio la orden a sus soldados con un bramido. Cato vio, para su alivio, que los escudos se separaban, espoleó a *Aníbal* y entró por el hueco hasta el espacio que se abría detrás de los soldados romanos. Dio la vuelta de inmediato y blandió la lanza.

—¡Cuervos Sangrientos! ¡Cuervos Sangrientos! ¡Conmigo!

Más hombres fueron entrando por el hueco a toda prisa, solos o en pequeños grupos, luchando para librarse de los britanos y abrirse camino. Cato vio que prácticamente los dos escuadrones enteros lo habían logrado. Unos pocos habían quedado separados de la formación, y vio que el último de ellos, a no más de treinta pasos de distancia, era arrancado brutalmente de su montura y caía en medio de un remolino de guerreros enemigos, cuyas armas ensangrentadas se alzaron y descendieron una y otra vez sobre él. Los britanos se habían recuperado de la sorpresa de la carga de los Cuervos, y ahora renovaban sus esfuerzos y atacaban con más furia aún a la columna romana.

Cato colocó el extremo de la lanza en el ristre y gritó:

—¡Centurión Estelano! ¡Decurión Kastos! ¡Conmigo!

—¡Aquí, señor! —Estelano se abrió paso con su caballo por entre los jinetes apiñados en el hueco que había entre los legionarios y los carros.

—¿Dónde demonios está Kastos?

—Lo alcanzó una lanza en el pecho y cayó ahí atrás, señor.

Cato asintió.

—Pues tomaré el mando directo de su escuadrón.

—¿Quién eres, en nombre del Hades? —lo interrumpió una voz y, al volverse, el prefecto vio a un tribuno junto a uno de los carros cercanos. Un hombre alto y corpulento, pocos años mayor que él. Cato hizo dar la vuelta a su caballo y se acercó al carro.

—Prefecto Quinto Licinio Cato, comandante en Bruccio.

El hombre lo saludó con la cabeza.

—Tribuno Mancino, señor. De la Decimocuarta. ¿Qué demonios está haciendo aquí?

Cato hizo caso omiso de la brusquedad de su tono.

—Tenía la esperanza de ayudaros a abriros camino hasta el fuerte. Pero parece que andáis un tanto escasos de

efectivos para hacerlo.

Mancino meneó la cabeza con gesto irónico.

—Pienso exactamente lo mismo. Pero el legado dijo que la escolta sería adecuada. Al parecer, no fue su decisión más sensata.

—Desde luego. ¿Cuál es tu plan?

—¿Plan? —El tribuno señaló la enconada lucha que tenía lugar en torno a los carros. A los heridos los retiraban de la línea de combate y los dejaban apoyados en las ruedas de los carros—. ¿Usted qué cree? —replicó con un deje de tensión en la voz—. Luchamos por nuestras vidas. —Tras una breve vacilación, el tribuno cedió el mando—: ¿Cuáles son sus órdenes, señor?

Cato miró a su alrededor, y vio que por el momento los soldados romanos estaban resistiendo. Se volvió a mirar a Mancino.

—Tenemos que salir de esto luchando. No podemos ir hacia adelante, porque aún hay más enemigos en dirección al fuerte. Tendremos que dirigirnos a Gobannio.

El tribuno frunció los labios.

—Puede que no sea tan fácil, señor. Nos iba siguiendo una cuadrilla de guerra desde poco después de salir de Gobannio. No se separaron de nosotros hasta esta mañana, cuando desaparecieron de pronto. O eso creía yo.

—Bueno, pues ahora mismo es la única dirección que podemos tomar. —Cato hizo una mueca cuando una flecha rebotó en su escudo y salió desviada volando por encima de su casco—. Utilizaré a mis hombres para abrir paso. Mantén todo lo cerca que puedas a la infantería, y empezaremos a avanzar. Vacía tres de los carros para los heridos. El resto habrá que abandonarlos. Tal vez haya suerte, y la perspectiva de un botín fácil frene a algunos enemigos.

Mancino asintió y se volvió para gritar las órdenes a una de las secciones que esperaban en su pequeña reserva. Los

soldados dejaron los escudos y empezaron a descargar los tres últimos carros, abandonando el equipo de repuesto y las raciones en el barro que las pesadas ruedas, los cascos de los caballos y las botas de los hombres de la columna habían revuelto. Luego empezaron a subir a los heridos en el primer carro. El prefecto sabía que no tardaría en llenarse con más heridos, y lo mismo ocurriría con los otros dos vehículos.

Mientras los legionarios preparaban los carros, Cato ordenó a Estelano que ordenara formar a los tracios en la parte trasera del perímetro, en dirección a Gobannio.

El *optio* a cargo de la reserva se acercó y saludó.

—Señor, ¿qué hacemos con los animales de tiro? ¿Nos los llevamos con nosotros o los matamos?

Cato miró las mulas y bueyes enganchados a los carros que iban a dejarse atrás. No tenía sentido dejar que el enemigo los aprovechara. La práctica habitual era matarlos para que no fueran capturados. No obstante, quizá fueran más útiles de otro modo... Dedicó un momento a pulir su plan, y a continuación se dirigió al *optio*.

—Que los desenganchen y los coloquen delante de los tracios. ¿Tienes forrajeras?

—Sí, señor.

—Pues sujeta una a los arreos de cada uno de los animales.

—¿Señor? —El *optio* puso cara de sorpresa, pero luego asintió obedientemente—. ¡Sí, señor!

—Encárgate de ello. ¡Y tan rápido como puedas!

El hombre se fue corriendo para llevar a cabo sus órdenes, y Cato hizo una pausa para evaluar la situación de la batalla. Había perdido a algunos de sus hombres. Quedaban poco más de cuarenta tracios. A la columna de refuerzo le estaba yendo algo mejor, gracias a la pared de escudos que finalmente fueron capaces de presentar al enemigo. Ellos sufrirían muchas menos bajas que los

bótanos, ligeramente armados, pero eso no iba a durar mucho. El precio que se pagaba por la ventaja de la armadura pesada era el agotamiento que causaba a los soldados. Era por ese motivo que los legionarios luchaban por turnos en las grandes batallas planificadas. Cato sabía que en el camino de regreso a Gobannio no iban a tener ni un respiro. Dentro de unas pocas horas, estarían exhaustos y se convertirían en víctimas fáciles para sus ágiles enemigos.

Mientras esperaba que se llevaran a cabo sus órdenes, el prefecto volvió mentalmente sobre la ruta que salía de allí. El camino transcurría a través del desfiladero y descendía a otro pequeño valle más allá. En aquella zona, el paso se estrechaba y estaba bordeado por un denso bosque de pinos. Si podían llegar hasta allí, una retaguardia quizá pudiera resistir entonces al enemigo para que el resto de la columna escapara. O al menos para que pudiera sacar suficiente ventaja y llegar a Gobannio sin más problemas.

Por encima de las cabezas de los combatientes, vio a Carataco y a su escolta, que arengaban a sus guerreros. Por un breve instante, tuvo la sensación de que el comandante enemigo lo estaba mirando directamente a él, tan decidido como antes a acabar con todos los hombres de la guarnición de Bruccio y con cualquier otro romano que se cruzara en su camino. Entonces Carataco espoleó a su caballo, se dirigió a otra sección de su ejército y desmontó para entrar en el combate.

El tribuno Mancino se acercó y se quedó al lado de Cato, observando el desarrollo de la furiosa y desigual lucha que tenía lugar en torno a ellos.

—¿Para qué quiere los animales de tiro? —le preguntó Mancino.

—Si hubieras leído a Tito Livio serías capaz de adivinarlo.

—¿Tito Livio? —Mancino se encogió de hombros—. Lamento decir que no estaba en mi programa de estudios,

señor.

—Pues es una pena. Tiene su utilidad. —Cato vio que los animales y los tracios estaban en posición, y que ya se había dado la vuelta al último de los tres carros y estaba listo para emprender la marcha—. Estamos preparados, tribuno. Cuando yo lo diga, los animales saldrán en estampida y provocarán cierta distracción. Mi caballería los seguirá e intentará abrir camino para la columna. Haz avanzar a tus hombres de inmediato. Que mantengan la formación cerrada y presenten los escudos al enemigo. Si puedes salvar a los heridos, hazlo. Pero si se quedan fuera de la línea y no pueden ser rescatados, déjalos atrás. ¿Está claro?

—Claro, pero difícil de soportar, señor.

—Pues mala suerte. No podemos permitirnos que la columna afloje la marcha por nada. No si queremos tener alguna posibilidad de salvar al menos a algunos de nuestros hombres.

—Lo entiendo, señor.

—Bien. Pues vamos a lo nuestro. —Cato chasqueó la lengua y condujo a *Aníbal* a través de los carros abandonados para ponerse al frente de las apretadas filas de los tracios. Vio al *optio* que supervisaba a los que estaban atando las últimas forrajeras a las mulas y bueyes, nerviosos y agrupados tras la línea de auxiliares que constituían la retaguardia del perímetro, y que pronto se convertirían en la cabeza de vanguardia tras los escuadrones tracios.

—*Optio*, ¿llevas encima la caja de yesca?

El hombre dio unos golpecitos en la bolsa que llevaba colgando en bandolera.

—Sí, señor.

—Pues enciende una llama enseguida. En cuanto la tengas, que tus hombres prendan unos torzales de paja y peguen fuego a las forrajeras.

El *optio*, sorprendido, enarcó las cejas, pero asintió obedientemente y se puso a trabajar. Cato se abrió paso hacia el centurión al mando de la retaguardia.

—¿Cuál es tu unidad, centurión?

El oficial, un hombre moreno y de aspecto duro, saludó.

—Cuarta Cohorte Hispánica, señor.

—¿Y tú?

—Centurión Fernando, señor.

—Cuando dé la señal, quiero que tus hombres se hagan a un lado para dejar pasar a los animales. Tendrán que moverse con rapidez, si quieren evitar que los pisoteen. Luego, seguid a la caballería, abriréis camino con nosotros.

—¡Sí, señor!

Todo estaba preparado, y Cato regresó a su posición a la cabeza de los tracios. Delante de él, el *optio* había encendido un pequeño fuego alimentado con unos puñados de forraje seco. En cuanto las llamas prendieron, hizo señas a sus hombres para que se acercaran, y estos encendieron los torzales de paja firmemente entrelazados y se apresuraron a regresar a sus puestos detrás de los animales, donde esperaron la orden. Cato se acomodó en la silla y agarró la lanza.

—¡Encendedlas!

A su voz de mando, los legionarios acercaron las improvisadas antorchas a las forrajeras, y el seco material combustible empezó a arder de inmediato. Unas finas volutas de humo se alzaron en el aire y las llamas se extendieron con rapidez. El calor y la luz deslumbradora alarmaron a los animales, que empezaron a empujarse unos a otros. Cato aguardó un momento más, para asegurarse de que estuvieran tan agitados que echaran a correr precipitadamente en cuanto les abrieran el paso. Uno de los bueyes soltó un fuerte bramido de miedo y dolor, y golpeó el suelo con la pata delantera preparándose para embestir.

—¡Ahora, Fernando!

El centurión auxiliar inspiró rápidamente y gritó:

—¡Cuarta Hispánica! ¡Abrid filas!

La línea de batalla se separó cuando los hombres de la sección central se replegaron y se apartaron. Se movieron con la rapidez suficiente para sorprender al enemigo, que se quedó mirando al hueco con las armas en alto, como si se hubieran convertido de pronto en estatuas de bronce que representaban el fragor de una batalla. El buey bramó de nuevo, y las llamas de la forrajera empezaron a chamuscarle la piel. Soltó un resoplido, y se precipitó hacia el hueco intentando escapar del heno que ardía en su grupa. Los demás animales echaron a correr tras él para huir del mismo tormento, y salieron precipitadamente directos a las apiñadas filas de los britanos. Para muchos de ellos, apretujados como estaban, era imposible apartarse del camino de la estampida, y el ímpetu de las bestias aterrorizadas se llevó por delante a un gran número de nativos. El primero de ellos cayó bajo los cascos soltando un grito de terror, y luego fueron más los pisoteados mientras los animales de tiro salían a todo correr de entre la formación romana. Nada podía interponerse en el camino de las mulas y bueyes dominados por el pánico. Sus rebuznos y bramidos llenaban la atmósfera a medida que las llamas, avivadas por sus frenéticos esfuerzos por huir, ardían tras ellos y acrecentaban su pavor.

Cato esperó hasta que el último de los animales hubo salido, y entonces echó la lanza hacia adelante y dio la orden que todos esperaban.

—¡Cuervos Sangrientos! ¡Dadles una buena paliza!

Sabía que no era la orden formal, pero era inequívoca, y sus hombres lanzaron su grito de batalla, espolearon a las monturas y salieron a la carga a través del hueco. Cato y el escuadrón del difunto Kastos salieron hacia la izquierda,

Estelano y los demás hacia la derecha, e irrumpieron entre los desperdigados y aterrorizados britanos clavando las lanzas una y otra vez, matando al enemigo que huía en desbandada. Cuando el último soldado de caballería estaba a punto de salir del perímetro de la columna, el tribuno Mancino dio la orden de avanzar y los soldados empezaron a moverse a un ritmo constante detrás de la pared de escudos, siguiendo el camino que cruzaba el desfiladero hacia Gobannio. Los britanos siguieron su paso, arremetiendo como locos contra los escudos y arriesgándose a embestir de vez en cuando alguna extremidad expuesta o hueco que se abría entre ellos. Por su parte, los romanos también utilizaban sus espadas contra el enemigo. Algunos de ellos todavía conservaban sus jabalinas, y aprovecharon su mayor alcance con buen resultado, espetando con ellas a los nativos que se acercaban demasiado a la hilera de escudos. Los soldados de la columna dejaron un rastro de cuerpos a su paso, muertos y moribundos, la mayoría de ellos britanos, pero también a algunos romanos, a los que masacraron en cuanto quedaron atrás.

Los animales se habían desperdigado, corriendo ofuscados en un esfuerzo inútil por escapar de las llamas que les chamuscaban el lomo, y entonces fueron Cato y los tracios los que tuvieron que mantener abierta la línea de marcha. Fueron atacando de un lado a otro del camino, dispersando a los grupos de guerreros enemigos que intentaban resistir frente a la formación de cuadro que avanzaba poco a poco por el desfiladero. Como Cato había previsto, el enemigo cayó sobre los carros abandonados y los saqueó en busca de objetos de valor, piezas de armadura y armas. Carataco se vio obligado a cabalgar hacia sus seguidores y conducirlos de nuevo al frente para que el combate se reanudara con fervor.

Habían recorrido poco más de kilómetro y medio con escasas bajas cuando se aproximaron a la leve pendiente antes de que el valle se estrechara, y Cato estaba reorganizando a sus hombres para otra acometida contra el enemigo cuando el centurión Estelano, que se había adelantado un poco, tiró de las riendas de repente y se quedó mirando cuesta abajo. Se volvió y, alarmado, le hizo señas a Cato.

—¡Señor! ¡Aquí! ¡Tiene que ver esto!

Las cuadrillas de guerra enemigas se habían replegado y estaban observando a los tracios con cautela, de modo que Cato aprovechó la breve tregua para conducir su caballo hacia donde esperaba Estelano. En cuanto detuvo su montura junto a él, el motivo de la consternación del centurión le quedó muy claro: el camino estaba bloqueado por un rústico parapeto que se había levantado a toda prisa con rocas y árboles talados. Frente a la barricada y los árboles de ambos lados, había una hilera de estacas toscamente afiladas que sobresalían inclinadas del suelo, y que se extendían por la estrecha longitud del valle hasta los peñascos. Detrás de las defensas estaba el enemigo, con las armas preparadas, lanzando desafíos. Cuando Cato, y unos cuantos tracios que le siguieron, se reunieron con el centurión, los abucheos de los britanos se incrementaron hasta que reverberaron burlonamente en las montañas de ambos lados.

Cato quedó momentáneamente desconcertado. No había visto que ninguna cuadrilla de guerra se adelantara a la columna. Entonces cayó en la cuenta. Aquellos eran los hombres que habían estado siguiendo a Mancino desde Gobannio. Les habían seguido y hostigado con su presencia hasta asegurarse de que caían en la trampa, y luego habían empezado a poner en práctica el último elemento del plan de su comandante: cerrarles toda retirada posible. Cato no

pudo más que admirar la astuta inteligencia del rey de los catuvellaunos. Una vez más, había sido más listo que sus oponentes romanos.

El momento pasó, y la admiración de Cato se convirtió en un terror gélido. Ahora la posibilidad de sobrevivir era mínima. Tenían que abrirse paso, o no había ninguna duda de que todos morirían allí mismo.

Capítulo XXXIII

—Tribuno Mancino, tú y tus hombres tendréis que resistir aquí y no ceder terreno hasta que hayamos terminado el trabajo —explicó Cato—. Ya han caído un tercio de los hombres. Necesitaré una centuria de los auxiliares galos para atravesar la barricada. Eso te deja corto de personal. Estelano hará lo que pueda para proteger los flancos, pero todo dependerá de que el resto de la escolta y de los refuerzos de la guarnición sean capaces de rechazar al enemigo.

El tribuno asintió y acomodó la mano en el asa de su escudo.

—Cumpliremos con nuestro deber, señor.

Por detrás de ellos, en la dirección de Bruccio, los siluros y demás miembros de las tribus britanas que seguían a Carataco se estaban concentrando en un gran frente que ocupaba toda la anchura del valle, y se preparaban para otra acometida contra los escudos de los romanos coreando sus gritos de batalla cada vez con más fuerza.

Cato sonrió al tribuno.

—En este caso no bastará con cumplir con vuestro deber. Necesito que tú y tus hombres seáis unos malditos héroes.

Mancino le devolvió la sonrisa.

—Los que van a morir…

Cato meneó la cabeza.

—No es exactamente lo que tenía pensado. Os veré a ti y a tus hombres al otro lado de la barricada cuando hayamos

conseguido cruzar.

—Sí, señor. Buena suerte.

Cato lo saludó con un gesto, y fue a reunirse con los auxiliares de la Primera Centuria de la cohorte de Fernando. Habían formado en columna de a ocho y diez en fondo, en orden cerrado. Cato había dejado su lanza y a *Aníbal* al cuidado de uno de los heridos leves, y desenvainó la espada mientras ocupaba su posición en la primera fila de la centuria. El comandante de la cohorte lo miró sorprendido y con aire indeciso.

—Señor, este ataque debería dirigirlo yo. Estos son mis hombres.

—Y están llevando a cabo las órdenes que he dado yo. No voy a pedirles que corran un riesgo que no afrontaría yo mismo.

Fernando asintió, respetuoso.

—Como quiera, señor.

Cato agradeció el gesto.

—Vuelve con el resto de tu cohorte. Algo me dice que el enemigo no esperará mucho más antes de atacar otra vez.

El centurión lo saludó con una inclinación, dio media vuelta y se fue a paso ligero hacia sus hombres, alineados a la derecha de los legionarios que ocupaban el centro, en tanto que los refuerzos que iban destinados al fuerte ocupaban la izquierda. Aparte de eso apenas había diez hombres en cada uno de los escuadrones tracios que se situaron al final de cada línea. Ellos contendrían el primer ataque de Carataco y su horda, pero después la cosa estaría en manos de los dioses. El prefecto levantó el escudo redondo delante de su hombro izquierdo y lo golpeó dos veces con la espada para darse ánimos; luego levantó la brillante hoja y la sostuvo en horizontal.

—¡Adelante, a mi paso! —ordenó.

Los auxiliares que estaban a su lado y tras él apretaron los dientes y tensaron sus músculos, antes de ponerse a paso ligero con una expresión de determinación en el rostro. Eran perfectamente conscientes de que su supervivencia y la de sus compañeros dependía de que se abrieran paso por la barricada y de que luego mantuvieran abierta la brecha el tiempo suficiente para que el resto de la columna se retirara por el camino que cruzaba el cerrado bosque de pinos.

—¡Uno, dos! ¡Uno, dos! —Entonaba Cato repetidamente, y la densa formación avanzó pisando con fuerza hacia la hilera de estacas que se encontraba a menos de cien pasos más adelante. Más allá, los guerreros enemigos alineados en las defensas improvisadas blandían sus armas y desafiaban a su enemigo a acercarse y presentar combate. Cato oyó el toque de los cuernos de guerra a sus espaldas, al que siguió un enorme rugido cuando el grueso de los britanos se precipitó hacia la delgada línea romana que protegía la retirada.

Los auxiliares fueron avanzando paso a paso por el camino hacia el enemigo, y Cato vio que un hombre trepaba a lo alto de la barricada y hacía girar una honda de cuero por encima de su cabeza.

—¡Escudos en alto! ¡Formad en testudo!

Las filas interiores de la formación levantaron sus escudos, una a una, desde el frente, y detrás de los escudos la centuria se convirtió en un apiñado mundo de penumbra, jadeos, olor a sudor y plegarias murmuradas a los dioses. Los sonidos amortiguados del otro lado quedaron repentinamente ahogados por el fuerte traqueteo de los proyectiles de honda que alcanzaron el objetivo y azotaron la superficie de cuero de los escudos. Cato bajó la cabeza hasta que solo pudo atisbar por el borde del escudo, y alzó la voz mientras continuaba entonando el paso.

—¡Uno, dos!

Uno de los auxiliares soltó un grito de dolor cuando un proyectil lo alcanzó en la espinilla y le rompió el hueso. Abandonó la formación, y se cubrió como pudo con el escudo mientras otro soldado ocupaba su lugar. El bombardeo se intensificó cuando llegaron a la hilera de estacas y Cato dio el alto a la formación. Cuando ordenó a dos hombres que arrancaran la primera de las estacas, otro auxiliar fue alcanzado por una piedra que rebotó en un escudo y le dio en la cara, rompiéndole el pómulo e inutilizándole un ojo. El hombre soltó un breve gemido, pero mantuvo su posición.

—Buen chico —le gritó Cato desde el otro lado.

Retiraron la primera estaca, y luego otra. Los proyectiles de honda, y también piedras más grandes lanzadas a mano, seguían estrellándose contra los escudos. A continuación, se oyó un grito y el estruendo de un cuerno, por lo que Cato se arriesgó a echar un vistazo por encima del escudo y vio a unos guerreros enemigos que trepaban por la barricada y se precipitaban hacia los auxiliares.

—¡Ya vienen! ¡Preparaos!

Al cabo de un momento, Cato notó el impacto contra su escudo. Retrocedió un paso tambaleante, antes de dar un empujón brutal y restablecer la línea al frente de la formación. Se les vinieron encima más golpes, y unas manos que querían arrancarles los escudos aparecieron en los bordes, pero los auxiliares resistieron e iban empujando sus espadas hacia el exterior, acuchillando a los guerreros que los rodeaban. Los dos hombres que se ocupaban de las estacas, a cubierto gracias a sus compañeros, continuaron con su tarea, arrancándolas del suelo con gruñidos de esfuerzo.

De pronto, se oyó un crujido ensordecedor, saltaron astillas por todo el espacio de detrás de los escudos y un ancho haz de luz penetró en la penumbra. Cato se volvió, y

vio que un enorme guerrero siluro, desnudo de cintura para arriba y cuyo cuerpo musculoso estaba cubierto de sinuosos tatuajes azules, echaba hacia atrás un enorme martillo de guerra con intención de asestar otro golpe. El primero había destrozado un escudo y se había hundido en el pecho del hombre que lo sostenía. Ahora el soldado estaba tendido en el suelo, parpadeando mientras la sangre borboteaba y salía a chorros de su boca. El martillo giró en el aire describiendo un arco brutal y golpeó de nuevo, con lo que hizo que otro soldado saliera despedido hacia sus compañeros.

—¡Mierda! —exclamó Cato entre dientes cuando dos guerreros se metieron a la fuerza por el hueco.

Uno de ellos llevaba una lanza de caza que clavó en el estómago de otro auxiliar. El segundo guerrero entró corriendo aferrando un hacha pequeña con la que alcanzó en el brazo a otro hombre. Los demás soldados retrocedieron de manera instintiva, y la formación empezó a romperse.

—¡Mantened la posición! —rugió Cato.

Justo en aquel momento, unos dedos se cerraron en torno al borde de su escudo e intentaron arrancárselo de la mano. Cato arremetió con la espada contra aquellos nudillos y se vio recompensado con un grito agudo de dolor cuando dos dedos salieron volando y el guerrero retiró rápidamente su maltrecha mano. El prefecto vio cómo el gigante del martillo de guerra acababa con otro hombre utilizando un golpe por encima de la cabeza que aplastó el casco del auxiliar y el cráneo de debajo. Un estallido de sangre salió del rostro y las orejas de la víctima. Más enemigos se habían introducido a la fuerza en la formación. Cato se dio cuenta enseguida de que no aguantarían, y que sería un suicidio continuar con su plan original.

Sintió una amarga punzada de frustración e inspiró profundamente.

—¡Replegaos! ¡Replegaos!

Mantuvo el escudo levantado mientras se retiraba paso a paso con cautela. Los demás soldados cerraron filas y se ajustaron al paso que Cato iba marcando. El enemigo siguió hostigándolos, y el gigante dirigía su ataque haciendo girar su arma, que aplastaba a un auxiliar tras otro. Cato sabía que debía detenerlo antes de que quebrara el ánimo de los supervivientes de la centuria. Detuvo la formación, y aguardó a que el martillo volviera a alzarse para asestar otro golpe por encima de la cabeza. Cato se lanzó entonces hacia adelante, al tiempo que empujaba el escudo hacia arriba contra la cara del gigante. El golpe le rompió la nariz con un leve crujido, y Cato describió un corto arco invertido con la espada rodeando el borde del escudo y lo apuñaló en la axila. El golpe no llevaba la fuerza suficiente como para romper hueso y la hoja abrió un desgarrón poco profundo en su carne tatuada, pero Cato no aguardó para terminar el trabajo, sino que retrocedió y continuó ordenando la retirada de la centuria. Vio que el gigante retrocedía tambaleándose, aturdido, mientras la sangre corría por su cara. Sus compañeros soltaron un gruñido de preocupación al verlo, y se apartaron de los escudos de los auxiliares el tiempo suficiente para que se abriera un espacio entre los dos bandos. Había muchos más britanos que romanos tendidos en el suelo y eso, junto con la pared de escudos y las puntas letales de las espadas que sobresalían entre ellos, bastó para disuadir al enemigo de continuar hostigándolos. Se conformaron con abuchear a los romanos que se retiraban, hasta que uno de sus jefes tuvo el tino de ordenar a gritos a sus hombres que volvieran a plantar las estacas arrancadas.

Cato condujo a sus hombres fuera del alcance de las hondas, y luego les ordenó que formaran en línea para cubrir la retaguardia del resto de la columna. Cuando tuvo tiempo de volver su atención al combate por la línea de batalla principal, el enemigo ya se estaba replegando. Pero

se lo habían hecho pagar tan caro como lo habían pagado ellos, y la línea romana era de tan solo uno en fondo en casi toda su longitud. Cato se dio cuenta de que el próximo ataque la rompería sin duda alguna. Corrió hacia el tribuno Mancino, al que un ordenanza le estaba vendando una herida en el brazo.

—No podemos abrirnos paso —le informó Cato.

—Ya lo vi. —Mancino resopló—. No podemos abrirnos camino hacia Bruccio, y no podemos retirarnos hacia Gobannio. No nos quedan muchas alternativas, señor.

—No. —Cato señaló una pequeña loma cerca del centro del desfiladero—. Allí es donde tenemos que situarnos.

El tribuno consideró la posición y se encogió de hombros.

—Es un lugar tan bueno como otro cualquiera para una última batalla.

—Será mejor que ocupemos posiciones antes de que Carataco vuelva a por nosotros.

Mancino asintió, y en cuanto el vendaje estuvo atado despachó al ordenanza con un gesto de la mano. Llevaron los tres carros a lo alto de la loma, e hicieron una pequeña barricada con ellos y con los animales de tiro, a los que les cortaron el cuello. Cato ordenó a Estelano que reuniera a los tracios, de los que aún quedaban doce con vida, aunque habían salvado a tres monturas más.

—Nos quedaremos junto a los carros y llenaremos los huecos si el enemigo se abre paso.

—¿Si el enemigo se abre paso, señor? —comentó Estelano enarcando una ceja.

Cato hizo caso omiso del comentario, y observó cómo los legionarios y auxiliares se apostaban en torno a la loma. El enemigo sabía que el final estaba próximo, y empezó a avanzar poco a poco mientras Carataco indicaba por señas al contingente destinado a bloquear la retirada que se sumara a la matanza. El gigante ensangrentado, que se

había recuperado del golpe en la cabeza, trepó por encima de la barricada y se fue abriendo camino por entre las estacas para dirigir a su grupo, que era un poco más numeroso que los romanos supervivientes, balanceando el martillo mientras caminaba.

El último de los soldados ocupó penosamente su posición en la loma y se volvió de cara al enemigo. Muchos ya estaban heridos, y llevaban trapos ensangrentados atados a toda prisa en alguna parte de sus miembros. Los escudos estaban maltrechos, y algunos tenían el borde partido por el impacto de las espadas y las hachas.

Estelano, que estaba sujetando a *Aníbal*, le ofreció la montura a su comandante, y Cato se encaramó a la silla. Desde su posición elevada, en medio del perímetro defendido por los legionarios, paseó la vista por el pequeño círculo de soldados que esperaban hombro con hombro. Los heridos de los carros no podían hacer más que mirar, impotentes. Algunos tenían espadas o dagas en la mano, aunque Cato no estaba seguro de si tenían intención de luchar hasta el último aliento o terminar con su vida antes que afrontar la posibilidad de tormento a manos de los britanos. Los portaestandartes de las dos cohortes estaban encima del pescante de uno de los carros, donde las banderas de las unidades ondearían por encima de las cabezas de los soldados hasta el final.

Mancino se acercó a Cato y le tendió la mano.

—Es una pena que nuestra relación haya sido tan corta, señor. Y una lástima que no se quedara en el fuerte.

Cato suspiró e hizo un gesto hacia el contingente de refuerzo.

—Iban a sumarse a mi unidad. No podía quedarme de brazos cruzados y dejar que los aniquilaran.

Mancino sonrió.

—Si me lo permite, le diré que tiene una visión un tanto anticuada de lo que es el deber de un comandante.

—Es posible, pero el rango conlleva cargas, además de privilegios. —Cato se llevó una mano a la boca para hacer bocina—. ¡Muchachos! Es lamentable que estemos aquí, pero ahora solo nos queda un deber que cumplir. Llevarnos por delante a tantos de esos cabrones como podamos. Cada uno que muera en nuestras manos es uno menos con el que Roma tendrá que lidiar. Nos vengarán. Podéis estar seguros de ello. Eso será trabajo de nuestros compañeros. ¡Hagamos que se sientan orgullosos! En cuanto al enemigo, ¡vamos a demostrarle cómo mueren los romanos! —Desenvainó la espada y la levantó por encima de la cabeza—. ¡Por Roma y por el emperador!

—¡Por Roma! —repitió Mancino, y el grito se propagó por toda la loma mientras los hombres se disponían a vender caras sus vidas.

Cato vio al comandante enemigo y sus compañeros cabalgando a la cabeza de las filas de britanos que se aproximaban, y se preguntó si Carataco les ofrecería la oportunidad de rendirse. De ser así, sabía que no podía aceptar. Después de la cruel destrucción con la que Querto había castigado a los parientes de los siluros que estaban allí, no habría clemencia para los prisioneros romanos, y lo único que estos podían esperar era vivir lo suficiente para que les dieran un final doloroso y despiadado. Pero no, Carataco no daba muestras de que su intención fuera ofrecerles condiciones. Mientras se dirigía a sus hombres, había un inconfundible tono triunfal en las palabras que pronunciaba en su idioma nativo. Los guerreros enemigos se amontonaron en torno a la loma hasta que la rodearon por completo y empezaron a acercarse. Sus gritos eran ensordecedores, y sus rostros tenían grabadas expresiones de odio y triunfo mientras agitaban los puños en el aire y

mostraban sus armas y escudos hacia los romanos. Finalmente, cuando ya se encontraban a no más de unos pasos de distancia, los siluros que estaban al frente parecieron verse poseídos de pronto por un primitivo y cruel instinto de venganza, y la sed de sangre se extendió por sus filas como si un rayo los uniera a todos y los lanzara al unísono contra el enemigo, estrellándose contra los escudos e intentando furiosamente abrir huecos entre ellos para atacar a los hombres que había detrás.

La línea aguantó la primera embestida. Los romanos luchaban por su vida con una brutalidad desesperada que igualaba la de sus oponentes. Los cuerpos caían frente a los escudos, y los britanos tenían que trepar por encima de sus compañeros para llegar a los legionarios y auxiliares. Pero los defensores de la loma empezaron a caer, uno a uno, y con cada baja el círculo se estrechaba más en torno a los carros y el grupo de jinetes que había junto a ellos. Cato decidió conducir a sus hombres contra Carataco en una última embestida desesperada, con la esperanza de que un milagro le permitiera acercarse lo suficiente para intentar acabar con la vida del comandante enemigo. Pero Carataco se quedó atrás, con sus hombres, observando la destrucción de lo que quedaba de la columna de refuerzo.

El prefecto dedicó unos instantes a pensar en la forma en que iba a morir. Era cierto que había sido una locura salir en auxilio de los hombres que entonces lo rodeaban, pero no habría podido vivir con esa carga si no lo hubiera hecho. Además, la euforia que sintió tras vencer a Querto le había liberado de sus temores. No solo había derrotado al tracio, sino también al miedo de una muerte certera. Confiar su vida a su valentía y habilidad con las armas había resultado liberador. Quizás había sido esa sensación de triunfo lo que le había empujado hacia aquel final. Eso, y la esperanza de que sus actos pudieran ayudar a salvar a esos hombres.

Ahora que estaban condenados, decidió que haría que su sacrificio tuviera valor al menos para Macro. Si mataban a suficientes siluros, eso podría minar su voluntad de continuar atacando el fuerte. Le proporcionaba cierto consuelo pensar que su último servicio en la vida sería de ayuda para el único amigo de verdad que había tenido.

A una corta distancia, el gigante que había desbaratado la formación del testudo se abrió paso hacia el frente a empujones para intentar arremeter contra un legionario con su enorme martillo de guerra. El soldado levantó el escudo para parar el golpe, pero el impacto lo destrozó e hizo caer al hombre de rodillas. El siluro propinó entonces un brutal puntapié a su oponente, que lo tumbó en el suelo. Acto seguido, le asestó otro golpe, que se hundió en su pecho y lo dejó inmóvil sobre la hierba manchada de sangre.

—¡Estelano! —le gritó Cato—. Acaba con ese.

El centurión asintió con la cabeza, bajó la lanza e hizo avanzar a su montura. El siluro alzó la mirada y, al ver a otra posible víctima de su hercúlea fuerza, profirió un rugido brutal y levantó el martillo volteándolo sobre sus hombros. El arma se desplazó por el aire con un movimiento borroso, y alcanzó al caballo a un lado de la cabeza. Al mismo tiempo, Estelano tiró una estocada y su lanza atravesó el grueso cuello del gigante y le salió por encima del omoplato. Soltó un rugido de dolor y furia, que se interrumpió bruscamente cuando la sangre le llenó la tráquea y la boca. El caballo, sin embargo, se tambaleó hacia un lado y, al caer, rodó sobre el centurión y golpeó en la espalda a otros tres legionarios enzarzados en combate. El animal agitó las patas, con lo que abatió a otros dos hombres y dejó una abertura en la línea romana. Los britanos se precipitaron hacia ella de inmediato e irrumpieron más allá del cerco de defensores de la loma. El gigante, que aún se mantenía en pie, se acercó con paso vacilante al caballo, que continuaba coceando, y

se inclinó para agarrar a Estelano del cuello. El centurión solo pudo mover un brazo para lanzar un golpe a la mandíbula del gigante, pero tuvo el mismo efecto que si hubiera estado dándole unas palmaditas a un perro. Un instante después, unas manos poderosas le retorcieron la cabeza con un movimiento brusco y le rompieron el cuello; luego el britano, sangrando por la boca, puso los ojos en blanco y se desplomó sobre su víctima.

Más guerreros subían por la loma en tropel, precipitándose por encima de los cuerpos y desplegándose al tiempo que se lanzaban contra los romanos. El perímetro se venía abajo, por lo que los soldados combatían ya individualmente. Otros lo hacían espalda contra espalda o formaban pequeños grupos que arremetían con ferocidad contra los guerreros que se arremolinaban en torno a ellos.

—¡Los estandartes! —gritó Mancino mientras retrocedía hacia los carros. Se volvió a mirar a Cato—. ¡Salve los estandartes!

Cato vaciló un instante, debatiéndose entre su deber de luchar junto a sus compañeros y la deshonra en la que se sumirían todos si el enemigo capturaba los estandartes. Se volvió hacia los portaestandartes que estaban en el carro y envainó la espada.

—¡Dádmelos!

Los dos hombres se los entregaron, y Cato pasó el estandarte de los auxiliares a uno de los tracios y se quedó con el de los legionarios, cuya base metió en el ristre de cuero de la lanza. Un grupo pequeño de guerreros siluros se retiró del combate que tenía lugar más abajo y empezó a correr cuesta arriba hacia los carros.

—¡Salgan de aquí! —gritó Mancino al prefecto, y acto seguido echó a correr para ir al encuentro del enemigo, tumbó a uno con el escudo y apuñaló a otro en el estómago. Liberó la hoja de un tirón y arremetió de nuevo hasta que se

le echaron encima otros tres hombres que lo hicieron retroceder y lo arrojaron al suelo. El tribuno gritó una última vez—: ¡Márchese, señor!

Cato hundió los talones.

—¡Cuervos Sangrientos! ¡Seguidme!

Bajó directo a la refriega con la intención de abrirse paso a la fuerza y dirigirse a la burda barricada al amparo de los árboles, aprovechando que los hombres que bloqueaban el camino habían abandonado su posición para sumarse a la destrucción de la columna romana. Los doce jinetes se mantuvieron juntos, y aquellos que se cruzaron en su camino se apresuraban a apartarse y daban la vuelta para lanzarles tajos y cuchilladas cuando pasaban ruidosamente. Los sonidos del combate inundaban el aire, y en torno a ellos se extendía un furioso mar de armas centelleantes y chorros de sangre. Un joven con unos ojos como platos dio un salto hacia Cato con las manos por delante, en un intento de hacerse con el asta del estandarte, pero él le propinó una patada y la suela tachonada de la bota se estrelló en la cara del siluro y lo hizo salir despedido. Atravesaron lo que quedaba de la línea romana, y se arrojaron hacia las filas de los britanos.

Por delante de ellos, un guerrero más astuto se situó a un lado de los caballos que se acercaban y atacó con su lanza de caza. Cato viró para apartarse, pero el jinete que lo seguía no vio el peligro y la lanza quedó atrapada entre las patas del caballo, que cayó de bruces y arrojó al jinete de la silla. El tracio salió volando, abalanzándose sobre un grupo de guerreros, a los que tiró al suelo, que de inmediato se le arrojaron encima como perros salvajes. Otro tracio fue alcanzado por un hacha que casi le cercenó la rodilla, pero el hombre dejó escapar un rugido desafiante, apretó los dientes, presionó el muslo con fuerza contra la silla y siguió cabalgando. La concentración de enemigos era cada vez

menos densa, y Cato vio que casi habían conseguido salir de ella. Por delante se extendía un terreno abierto hasta la barricada, donde los pinos se unían al lado del desfiladero cubierto de rocas. Hundió los talones en los flancos de *Aníbal*, y el caballo torció en esa dirección. Los tracios le siguieron a toda velocidad arrollando a los últimos enemigos, y llegaron a terreno abierto. Los cascos de los caballos provocaban un retumbo sordo al golpear contra el suelo de turba, y Cato espoleó más aún a *Aníbal*, en su desesperado intento por salvar los estandartes y conservar un poco de honor tras la masacre que estaba teniendo lugar por detrás de ellos.

Llegaron al extremo de la hilera de estacas y aminoraron el paso para adentrarse en los árboles. Cato frenó a su caballo y volvió la vista atrás hacia la loma. El combate casi había terminado. Los siluros se arremolinaban sobre los carros, arremetiendo contra los heridos indefensos que yacían en su interior. Ya solo aguantaban algunos pequeños focos de resistencia. Cato guio a *Aníbal* por entre los árboles para desaparecer en el bosque, antes de que el enemigo volviera la atención hacia el pequeño grupo de jinetes que había escapado. Las gruesas ramas de los pinos filtraban la luz que, salvo por algunos haces dorados que la hendían aquí y allá, adquirió un tono verde apagado. El sonido del combate quedó amortiguado, y los jinetes empezaron a oír el canto de los pájaros en lo alto. El suelo estaba cubierto de pinaza y ramas de muchos años, y los caballos zigzagueaban con paso suave por entre los rectos troncos de los árboles, adentrándose en el bosque. Cato sabía que tenían que volver al camino lo antes posible y permanecer por delante del enemigo. Si se quedaban en aquel bosque, Carataco no tardaría en poder formar una batida con sus guerreros para estrechar el cerco y acabar con ellos.

—Señor… —Uno de los hombres irrumpió en sus pensamientos, y Cato levantó la mirada.

El tracio señaló al hombre al que habían herido en la rodilla.

—Tenemos que ocuparnos de Eumenes. No puede ir muy lejos con la pierna en ese estado.

Cato vio que el soldado de caballería herido sufría terriblemente, y que la pierna le colgaba inerte del poco tejido que aún mantenía unida la articulación destrozada. La sangre goteaba de su bota al suelo del bosque. Cato le dijo que no con la cabeza.

—No podemos detenernos. Tendrá que arreglárselas hasta que pongamos un poco de distancia entre nosotros y el enemigo.

—Señor, no puede cabalgar mucho más en estas condiciones.

Cato sabía que era cierto. Igual que sabía que correrían un riesgo enorme si se detenían para atender al herido. Una lástima. Tenían que salvar los estandartes y llegar a Glevum. Era fundamental que el gobernador Ostorio supiera lo antes posible cuál era el paradero de Carataco y su ejército. Se armó de valor y respondió al jinete:

—Véndasela y luego alcanzadnos. Tiene que seguir cabalgando. Si no puede, debemos dejarlo atrás.

El tracio saludó con amargura y fue a ayudar a su compañero. Una vez dada la orden, Cato sacudió las riendas, agitó la mano para indicar a los demás que siguieran adelante y se dirigió al camino de Gobannio.

Capítulo XXXIV

A media tarde, el cielo se había despejado de nubes y el sol brillaba sobre el fuerte de Bruccio. Macro había dado órdenes de que la almenara se mantuviera encendida y, ahora que la brisa había cesado, la gran columna de humo se alzaba por encima del valle. En las horas transcurridas desde que Cato había salido con los dos escuadrones por la puerta lateral, Macro había permanecido en la torre del portón principal, el punto más alto del fuerte. Primero observó a los jinetes mientras subían al saliente que recorría la montaña, hasta que se perdieron de vista, y luego vio cómo la última de las cuadrillas de guerra desaparecía al otro lado de la cima del final del desfiladero, siguiendo a Cato y a los suyos. El resto del campamento enemigo se había acomodado para seguir con su vigilancia. Los exploradores observaban el fuerte desde una distancia prudencial, mientras sus compañeros empezaban la rutina diaria de salir en busca de comida, leña y madera para la construcción de refugios. También estaban atareados construyendo una especie de parapetos portátiles, que usarían a modo de escudo para protegerse de las jabalinas de los defensores cuando se diera la orden de atacar de nuevo el fuerte.

—Parece ser que esos muchachos bárbaros son capaces de aprender —murmuró Macro con ironía para sus adentros.

Su expresión retomó su seriedad inmutable cuando volvió la mirada de nuevo hacia el desfiladero. Lo

atormentaba no saber cómo estaba resultando la desesperada acción de rescate que había emprendido su amigo. La guarnición necesitaba urgentemente a los hombres de la columna de refuerzos, y si llegaba con la escolta mejor que mejor. Bruccio podría resistir fácilmente cualquier asalto del enemigo, pero solo si las dos cohortes recuperaban todos sus efectivos. Macro dirigió la mirada a lo largo del muro, y fue dolorosamente consciente de que los hombres que quedaban a duras penas podrían aguantar. Contaba con menos de doscientos efectivos. Si Carataco ordenaba un ataque antes de que regresara Cato, había muchas probabilidades de que los britanos desbordaran las defensas. Aguzó la vista hacia el desfiladero, y admitió para sus adentros que era posible que Cato no regresara. Había pasado mucho tiempo desde que su amigo dejara el fuerte, y Macro no podía evitar temerse lo peor.

Apretó el puño y golpeó la empalizada con frustración. Podía haber pasado cualquier cosa. Puede que hubieran ahuyentado a Carataco, o que la columna de refuerzo se hubiera visto obligada a retirarse a Gobannio. Podía ser incluso que la batalla aún prosiguiera con furia en los confines del desfiladero. Todavía no había ningún indicio de cuál de aquellas tres posibilidades era la más probable. Se apoyó en la barandilla de madera, y cerró sus doloridos ojos para descansarlos un momento, consciente de que con lo poco que había dormido los últimos días no aguantaría mucho más. Sentía los miembros entumecidos y pesados, y por primera vez empezaba a preguntarse cuántos años más le quedaban de servir como soldado. Macro había conocido a muchos veteranos que habían servido mucho más de los veinticinco años para los que se habían alistado. Mucho más de lo que les convenía, francamente. Pero el ejército tendía a pasar por alto la desventaja de su edad avanzada porque

valoraba la inestimable experiencia que habían acumulado sirviendo en las legiones.

Por lo que a Macro respectaba, él, al igual que muchos veteranos, había soñado con retirarse a una pequeña granja etrusca con unos cuantos esclavos que trabajaran para él, y con pasarse las noches en la taberna local reviviendo experiencias con otros veteranos. Ahora que la perspectiva se hacía cada vez más inminente, se daba cuenta de que contemplaba aquella idea con desdén…, incluso con desesperación. La vida militar era lo único que conocía. Lo único que le importaba y que amaba de verdad. ¿Qué era la vida sin la rutina, la camaradería y la emoción, que le sentaban como un guante?

Dejó vagar la mente un momento, y se sumió en el cálido y viciado ambiente de los recuerdos agradables, hasta que un pinchazo en la barbilla lo despertó con una sacudida y se espabiló de pronto, parpadeando. La cabeza se le había ido inclinando de tal modo que la carne bajo el mentón se le había enganchado con una astilla de la baranda. Se irguió bruscamente, horrorizado por la idea de haberse permitido quedarse dormido, aunque solo hubiera sido un momento. Un legionario podía ser ejecutado por quedarse dormido estando de guardia. Macro se reprendió con amargura, diciéndose que el hecho de que él no estuviera de servicio no era excusa. Era imperdonable, y echó un vistazo por la torre para ver si alguno de los dos soldados que montaban guardia se había dado cuenta. Por suerte, tenían la atención centrada en el campamento enemigo, y Macro se permitió un breve suspiro de alivio. Nada de lo que él pudiera hacer afectaría el resultado de lo que fuera que estuviese ocurriendo en ese maldito desfiladero. Sería mejor permitirse un poco de descanso y algo de comer, mientras la situación en el fuerte estuviera en calma. Seguro que más tarde necesitaría las fuerzas que ahora pudiera recuperar.

Macro estiró los hombros con aire despreocupado y se dirigió a la escalera.

—Estaré en el cuartel general. Si hay algún indicio del prefecto o de nuestra columna, o de cualquier otra cosa, enviad a buscarme de inmediato.

—Sí, señor. —Uno de los centinelas lo saludó con una inclinación de la cabeza.

Macro bajó por la escalera y, mientras salía de la torre, se desabrochó el barboquejo. Se metió el casco debajo del brazo, se quitó el casquete acolchado y se rascó con placer el pelo apelmazado que se le había pegado a la cabeza. A los legionarios los habían relevado del servicio durante la mañana, y estaban tendidos o sentados en el terraplén de la muralla. Algunos conseguían dormir, mientras que otros conversaban en voz baja. Solo había un grupo jugando a los dados junto a la esquina de la torre, donde su alboroto no molestaba a los compañeros que descansaban.

Al entrar al patio del edificio del cuartel general, Macro intercambió un saludo con el centinela. Aunque se necesitaran a todos los hombres para defender los muros, seguía siendo necesario asegurarse de que el cofre de la paga de la guarnición estuviera bajo vigilancia. Una vez en las dependencias del comandante, Macro dejó el casco en una mesa y llamó a Décimo.

No obtuvo respuesta, ni tampoco oyó ruido de pasos, y Macro frunció el ceño. Al asistente de Cato le habían ordenado regresar al cuartel general después de la pelea con Querto.

—¡Décimo! Maldito seas, hombre. ¿Dónde estás? —Los gritos del centurión se oyeron claramente por todo el edificio. Con un gruñido de irritación, Macro echó un vistazo en el despacho del prefecto, pero no vio señales de vida y decidió dirigirse a la cocina, a ver qué podía encontrar para comer algo rápido. Cuando entró en la habitación con su

intenso olor a humo de leña, Macro percibió una sombra en el otro rincón, y se volvió para mirarlo bien.

—Joder… —susurró, inmóvil.

Un cuerpo colgaba de un trozo de cadena, de la que dos eslabones pasaban por un gancho de carne que había en una de las vigas. El hombre tenía la cara hinchada, sus ojos parecían a punto de estallar, y una lengua púrpura sobresalía de su boca. Macro tardó un momento en reconocerlo, y meneó la cabeza con pena.

—Décimo… Cabrón estúpido.

Mientras miraba fijamente el cuerpo que se balanceaba con lentitud en la penumbra del rincón, la pena de Macro no llegó a abarcar la compasión. Lo que sintió fue un fatigado sentimiento de decepción hacia el criado por haberse quitado la vida. ¿Por qué había optado por eso? ¿Por miedo al castigo por haber traicionado a Cato? ¿Por miedo a ser capturado por el enemigo cuando Bruccio cayera? Fuera cual fuera la razón, Macro estaba seguro de que Décimo merecía algo mejor que el suicidio. Esa no era forma de morir para un hombre, y menos para uno que había sido soldado. No había ninguna justificación para semejante final. Macro no tenía tiempo para todas esas historias de nobles romanos que se quitaban la vida por el bien de Roma…, o de su linaje. Era mucho mejor morir con una espada en la mano, enfrentándote al enemigo y gritándole maldiciones a la cara mientras caías. Pero ¿esto? Macro soltó un largo suspiro. Esto era lo que elegía un cobarde… Por un instante, sin quererlo, se imaginó los últimos momentos del asistente, y una vaga idea de la desesperación de aquel hombre logró aferrarse a los pensamientos de Macro.

El centurión apartó aquellos pensamientos rápidamente. Esas cosas era mejor dejárselas a las personas como Cato, se dijo mientras se dirigía a comprobar lo que quedaba de las raciones en el estante que había sobre la encimera

prácticamente vacía. Encontró un pedazo de queso de los nativos y unos trozos circulares y quebradizos de pan demasiado horneado. Era suficiente. Lo cogió todo, retiró un taburete y se puso a comer sin más, negándose a dedicarle otra mirada al cuerpo de Décimo.

Cuando apenas se había comido la mitad del queso, oyó unos pasos apresurados por el pasillo que recorría toda la longitud de las dependencias del prefecto y terminaba en la cocina.

—¡Señor! ¡Señor!

Macro masticó rápidamente para vaciarse la boca y tragó la comida.

—¡Aquí!

Un instante después, el centinela, casi sin aliento, apareció en la puerta.

—Señor, el enemigo vuelve.

A Macro se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Alguna señal de nuestros muchachos?

—No, señor. Nad… —La respuesta murió en la garganta del centinela cuando este vio el cuerpo. Se lo quedó mirando, ajeno a la expresión enojada de Macro.

—¡Termina de rendir tu maldito informe! —le espetó Macro.

—¿Qué…? —El legionario miró al centurión, que había roto el terrible hechizo—. Sí…, lo siento, señor. Permítame que le informe de que los nativos están volviendo del desfiladero. Vi a Carataco entre ellos, señor.

—Y ningún romano. ¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—¿Ni prisioneros? —Todavía quedaba esa esperanza a la que aferrarse.

—No distinguí a ninguno. Al menos antes de venir a informarle, señor.

Macro se levantó y recogió lo que quedaba de su improvisada comida. Señaló el cadáver con un gesto.

—Baja eso y sácalo de aquí.

Se dirigió a la puerta que salía al pasillo, y se detuvo en el umbral.

—Pon a Décimo con los otros cadáveres. Más vale que le demos una sepultura decente a este cabrón cuando todo esto termine.

—Sí, señor. —El legionario asintió.

Macro se lo quedó mirando.

—Bueno, ¿a qué esperas? ¿Acaso quieres que la cocina empiece a apestar? Y asegúrate de limpiar la porquería que tiene debajo.

El legionario hizo una mueca, dejó la jabalina y el escudo junto a la mesa a la que había estado sentado Macro, y fue a buscar un cubo de agua. Macro dirigió una última mirada al cadáver, meneó la cabeza y se marchó con paso resuelto.

De camino a la puerta principal, su semblante adquirió una expresión sombría. Si Carataco y sus fuerzas regresaban del desfiladero, podía darse por seguro que habían dado una buena paliza a la columna de refuerzo… Lo cual significaba que la guarnición volvía a estar sola. Y con menos hombres que nunca para defender el fuerte. No era una perspectiva muy halagüeña, caviló Macro. El único aspecto esperanzador de todo el asunto era que hubieran visto la almenara desde más lejos, y que se hubiera enviado un mensaje al legado Quintato para alertarlo de que la guarnición de Bruccio tenía problemas. Aun así, Glevum se hallaba a casi cien kilómetros de distancia… La Decimocuarta Legión tardaría al menos tres días en marchar al rescate de la guarnición… Y Macro sabía que no podrían resistir tanto tiempo.

Le dolían los músculos cuando subió a lo alto de la torre y se acercó al parapeto. El centinela que quedaba miraba fijamente hacia el valle, donde una gran columna de

guerreros enemigos, con varios miles de efectivos, marchaba por el camino hacia el campamento. La bandera de Carataco ondeaba por encima del grupo de jinetes que iba en cabeza, y tras ellos iban las cuadrillas de guerra, una tras otra. Al ver que se acercaban, los hombres a los que habían dejado en el campamento salieron a vitorear el retorno de sus compañeros. El sol se estaba hundiendo ya tras el borde de las montañas del oeste cuando los guerreros entraron en el campamento. Su resplandor rojizo inundaba el valle, y unas sombras alargadas se extendían por la hierba y el brezo en torno al fuerte.

Los soldados de la guarnición se alinearon en el muro principal y observaron en silencio. Macro distinguió unos cuantos caballos que las fuerzas enemigas llevaban a un lado. Las crines recortadas y las sillas eran de diseño romano, y supo entonces que el intento de Cato de ayudar a los hombres de la columna de refuerzo había sido en vano. A Macro se le cayó el alma a los pies al pensar que su amigo había perecido junto con los demás hombres de los dos escuadrones de tracios. Aguzó la vista, y recorrió las columnas de guerreros. Vio entonces que algunos hombres iban apoyados en sus compañeros, y otros más a los que transportaban en parihuelas improvisadas hechas con ramas de pino y las capas rojas de los legionarios. Al fin, vio lo que esperaba ver. Una fila de prisioneros hacia el final de la columna. Una veintena de hombres más o menos, con las manos atadas a la espalda y sujetos en fila mediante unos trozos de cuerda alrededor del cuello. Todavía llevaban la armadura puesta, y Macro vio que uno de ellos llevaba el peto y la capa de un oficial, aunque se encontraba demasiado lejos como para estar seguro de su identidad. Se le aceleró el corazón ante la perspectiva de que pudiera tratarse de Cato, pero el breve momento de esperanza se enfrió al considerar la suerte que Carataco podría tener

reservada a sus prisioneros. Macro se dijo con amargura que, si el prisionero era Cato, mejor hubiera sido que muriera en combate.

Atardecía en el valle, y Macro dio la orden de que a la guarnición se le dieran raciones completas. No vio ningún sentido en dejar que los hombres continuaran pasando hambre. Lucharían mejor con el estómago lleno llegada la mañana. En el campamento enemigo ya habían empezado a celebrar su victoria, y Macro decidió que probablemente Carataco permitiría que sus hombres lo festejaran, y que el riesgo de otro ataque nocturno era muy pequeño. Aun así, hizo que los soldados llevaran sus jergones al pie de la muralla, de modo que estuvieran cerca en caso de que tuviera lugar algún intento de atacar el fuerte.

Una a una, se fueron encendiendo las fogatas por el lecho del valle. Con la luz de las llamas, Macro vio que los guerreros enemigos bebían y comían copiosamente. La guarnición de Bruccio incluso podía oír fragmentos de canciones y risas. La hoguera más grande ardía frente al refugio de Carataco, y el centurión lo distinguió con facilidad sentado con sus compañeros en el terreno elevado de la plataforma de inspección que daba a la explanada de la plaza de armas. Iba transcurriendo la noche, y no había indicio alguno de que las celebraciones llegaran a su fin. La luna se alzó sobre las montañas y ocupó su lugar entre las estrellas. Entonces hubo un alboroto en la plaza de armas, y Macro vio unas figuras que se concentraban en torno a una hoguera más grande que las demás. Los britanos añadieron más leña aún, hasta que unas grandes lenguas amarillas y rojas lamieron la noche. Pronto fueron miles los que se apiñaban en torno al fuego.

—¡Centurión Macro!

Macro se volvió hacia la voz y se asomó a la torre. A la luz de la luna, distinguió vagamente a Petilio en el muro.

—¿Lo ha visto, señor? Van a atacar. ¿Quiere que dé la alarma?

Macro miro cuesta abajo. Si iban a lanzar un ataque, el enemigo no se estaba molestando en absoluto en ocultar sus preparaciones. Entonces miró de nuevo al centurión, que esperaba su respuesta.

—No hay necesidad de dar la alarma. Creo que Carataco y sus muchachos solo se están divirtiendo un poco. Dejemos descansar a los chicos. Al menos así estarán más preparados de lo que lo estará el enemigo para enfrentarse a lo que traiga la mañana.

Petilio guardó silencio un momento, y cuando contestó parecía un tanto decepcionado:

—Como quiera, señor… Espero que tenga razón.

Las últimas palabras hirieron el orgullo de Macro, y a punto estuvo de replicar con brusquedad a su subordinado, pero entonces cayó en la cuenta de que Petilio debía de estar aún más nervioso que él. No le haría ningún bien que su superior le echara una bronca por una minucia como aquella.

—Duerme un poco, centurión. Yo los vigilaré un rato.

—Sí, señor. —Petilio asintió, echó un último vistazo por encima del muro y luego bajó por los peldaños de madera hasta el pie de la muralla y se sentó en su jergón, cruzó los brazos sobre las rodillas y bajó la cabeza.

Macro se apoyó entonces en la baranda y observó a la multitud que se congregaba en torno al fuego. Estaba claro que algo iba a ocurrir, algo que señalara el punto álgido de sus celebraciones. Entonces vio que un grupo pequeño salía de la oscuridad y que la multitud se separaba ante él. Una figura alta con vestiduras oscuras iba en cabeza. Tras él iban unos cuantos grupos de tres hombres, cada uno de ellos con un prisionero inmovilizado entre dos britanos. Arrojaron a los prisioneros al suelo cerca del fuego, cinco en total. Llegaron

más nativos, que llevaban unas estructuras de madera en forma de «A». Ataron al primer prisionero a la estructura con la cabeza en el vértice, y las extremidades firmemente atadas a lo largo de los maderos que formaban el ángulo. Cuando se hubieron terminado los preparativos, la figura vestida de oscuro hizo un gesto hacia el fuego, y los hombres levantaron la estructura del suelo y la pusieron derecha. El prisionero empezó a retorcerse al ver el fuego, y solo entonces supo, al mismo tiempo que Macro, el destino que le esperaba. Varios hombres sujetaban una cuerda enganchada en lo alto de la estructura, y fueron soltándola de manera que esta se inclinó hacia la hoguera. El silencio reinó entre la multitud, y al cabo de un momento se oyeron los gritos de dolor del hombre, que rápidamente se convirtieron en alaridos desesperados. Los nativos soltaron un rugido cruel ante su sufrimiento. El soldado se movía nerviosamente, intentando soltar las cuerdas que lo ataban a la estructura. El fuego prendió en su túnica, que se incendió, y el hombre quedó envuelto en llamas mientras sus gritos alcanzaban un nuevo tono de tormento y terror…, hasta que cesaron.

Macro se dio la vuelta porque ya no quería ver más. Se dejó caer en la torre, con la espalda apoyada en la dura madera de la empalizada, pero no podía escapar a los sonidos escalofriantes de abajo: la escena se repetía con los otros prisioneros. Alzó la mirada a las frías estrellas, y rezó a los dioses pidiendo la salvación.

Capítulo xxxv

—No esperaba encontrarle aquí, señor.

El legado Quintato contempló al individuo exhausto y manchado de barro al que habían traído a sus dependencias poco después de que se hubiera retirado a la cama para pasar la noche. Se había puesto una túnica a toda prisa, y había acudido al despacho del comandante del fuerte de Isca para ver al hombre que había exigido que lo despertaran a tan avanzada hora.

—Prefecto Cato… Da la impresión de que las has pasado moradas.

Cato estaba demasiado cansado para apreciar el lacónico comentario del legado. Estaba tan agotado que a duras penas podía mantenerse en pie, pero debía rendir informe con toda la rapidez posible si aún había una posibilidad de poder salvar a Macro y los demás. No había bajado de la silla desde que salió del desfiladero aquella mañana. Cabalgando junto con los tracios supervivientes, había salido del bosque a una corta distancia por delante de un grupo de jinetes siluros, que los habían perseguido hasta Gobannio. En aquella huida desesperada, se habían visto obligados a abandonar al herido. Sufría demasiado dolor para continuar, y ellos no podían llevárselo sin retrasarse ni arriesgarse a que los atrapara el enemigo. El hombre comprendió perfectamente la situación, se despidió de sus compañeros, y desenvainó la espada antes de espolear a su caballo por el camino para lanzarse contra sus perseguidores.

En Gobannio, a Cato le informaron de que el legado Quintato y su columna habían avanzado hasta Isca. Cato dejó que los caballos descansaran una hora, y luego siguieron adelante, galopando durante toda la tarde hasta el atardecer y parte de la noche. Finalmente, vieron las fogatas distantes del campamento de la Decimocuarta Legión y de las cohortes auxiliares adscritas al mando del legado. Una patrulla de caballería los había divisado y, al ver el aspecto de los tracios, su primera reacción fue tomarlos por enemigos. La presencia del prefecto fue lo único que los había convencido de lo contrario. Cato exigió ver al legado de inmediato, y los escoltaron hasta el fuerte de Isca, en torno al cual había acampado el pequeño ejército. El prefecto dejó entonces los estandartes a cargo de un tribuno del Estado Mayor del legado, y se dirigió de inmediato a las dependencias privadas de Quintato para rendir su informe.

—Ha sido un día difícil, señor —respondió Cato con ironía—. Supuse que estaría en Glevum.

—Hace dos días recibimos órdenes de Ostorio para marchar y adentrarnos en territorio siluro. Parece ser que el gobernador ha perdido el contacto con el ejército de Carataco, y sus patrullas no encuentran ni rastro de él. O se ha dirigido al norte para que sus aliados brigantes se unan a él, o ha marchado hacia el sur. Eso es lo que Ostorio quiere que averigüe.

—Pues ha ido hacia el sur, señor. Está asediando Bruccio. Es lo que he venido a notificarle… Y también a informarle de la pérdida de la columna que me envió como refuerzo.

Quintato se lo quedó mirando.

—¿Cómo dices? ¿Y la escolta? ¿El tribuno Mancino?

—Los hemos perdido a todos, señor.

—¡Imposible!

—Les tendieron una emboscada en el desfiladero cercano al fuerte, señor. Salí de Bruccio con algunos miembros de mi

caballería con la intención de intentar avisarles y abrir una vía de escape para Mancino y sus hombres, pero quien tendía aquella trampa era el grueso del ejército de Carataco, y a punto estuvimos de caer junto a ellos. A duras penas conseguí escapar con los estandartes, señor.

—¿Están a salvo? Bueno, algo es algo. Pero, por los dioses, he perdido casi mil hombres.

—Y también perderá el fuerte, señor, a menos que lleve allí su columna de inmediato.

Quintato lo consideró un momento.

—El fuerte es algo secundario, prefecto. La verdadera oportunidad es alcanzar a Carataco y obligarlo a presentar combate. Si eso falla, puedo seguirlo de cerca hasta que Ostorio llegue con su ejército y podamos atraparlo y aplastarlo entre los dos. —Le brillaron los ojos al pensarlo. Luego volvió a mirar a Cato—. ¿Estás seguro de que es Carataco y de que tiene con él a todo su ejército?

—Es él, sin duda alguna, señor. Ya lo he visto antes. Puedo reconocerle perfectamente. Y al menos tiene a diez mil hombres con él.

—Pues debe de ser cierto. Pero ¿por qué diablos quiere tomar Bruccio?

—Por dos razones, señor. En primer lugar, porque la caballería tracia ha estado haciendo estragos en territorio siluro durante los últimos meses.

—Eso será obra del centurión Querto —comentó el legado asintiendo con la cabeza—. Un magnífico oficial.

Cato frunció brevemente los labios.

—Sus métodos eran… poco corrientes, pero por lo visto sirvieron para provocar a Carataco para entrar en acción.

—Y supongo que querrás llevarte la parte del león por lo que respecta al mérito, ¿no?

—Nunca reclamaría ningún mérito por el trabajo de Querto, se lo aseguro, señor. Pero lo más probable es que el

motivo por el que Carataco fue tras la guarnición se deba a que capturamos a su hermano, Maridio. Es nuestro prisionero en el fuerte.

El legado sonrió.

—Has estado ocupado, prefecto. Desde luego, parece ser que tanto tú como el centurión Querto lo habéis hecho muy bien. Estoy seguro de que el gobernador será el primero en recompensaros generosamente a ambos si esto resulta en la derrota de Carataco. Claro que el principal beneficiado será Ostorio. El emperador le concederá una ovación pública como mínimo. Un triunfo apropiado para una carrera tan larga al servicio de Roma.

—Yo no busco recompensas, señor. Y me temo que Querto tampoco va a poder aceptar ninguna.

—¿Ah, no? ¿Y por qué no?

—El centurión Querto está muerto, señor.

—¿Muerto? ¿Cómo?

Cato vaciló un instante.

—Murió luchando, señor.

El legado asintió.

—No esperaría menos de él. Será vengado. Pero primero debemos marchar hacia Bruccio sin pérdida de tiempo. Aguarda aquí, prefecto. Daré órdenes a mi Estado Mayor de que tengan a los hombres preparados para levantar el campamento con las primeras luces del día. —Se rascó la barba incipiente del mentón—. Son casi cincuenta kilómetros. Unos dos días de marcha. ¿A quién has dejado al mando del fuerte?

—Al centurión Macro, señor.

—¿Un buen soldado?

—El mejor posible, señor.

—Pues rezo para que lleguemos a tiempo de salvarlo, y a los demás. No podemos permitirnos el lujo de perder buenos oficiales como él, y como Querto.

—No, señor.

El legado hizo un gesto hacia una jarra de vino que había en su mesa.

—Sírvete mientras yo pongo las cosas en marcha. Volveré lo antes que pueda. Necesitaré que me des más detalles.

—Gracias, señor.

En cuanto estuvo a solas, Cato se quedó inmóvil un momento, con la mente embotada por el cansancio, pero no podía permitirse descansar todavía. Tomó una de las copas de plata delicadamente decoradas del legado, y se sirvió una generosa cantidad de vino. Con la copa en la mano, se acomodó en un diván con un almohadón de crin y tomó un sorbo. Era un vino dulce, no exactamente del gusto de Cato, pero le hizo entrar en calor mientras fluía hacia su estómago. Resistió la tentación de apurar la copa y servirse otra. Necesitaba tener la cabeza en su sitio. Aún tenía que resolver ciertos asuntos con el legado antes de poder ir a descansar. Notó que se le cerraban los párpados y se puso de pie al instante, tan deprisa que llegó a derramar vino de la copa. La dejó en la mesa y se obligó a caminar sin parar de un lado a otro del despacho, pues no se atrevía a detenerse y mucho menos a volverse a sentar. Tenía la sensación de tener la cabeza rellena de lana, y le preocupaba que su mente no funcionara con la agudeza necesaria. El martilleo rítmico de un leve dolor de cabeza empeoraba aún más las cosas.

Pasó casi una hora antes de que Quintato regresara, completamente vestido y recién afeitado, y Cato lo maldijo mentalmente por haberse tomado tiempo para esta última tarea cuando debería haber vuelto allí para continuar con su conversación.

—Me alegra ver que aún estás despierto, prefecto. Pronto podrás descansar un poco. Le he dicho a mi esclavo personal

que te prepare una cama en el comedor de los tribunos. Allí también habrá comida caliente y bebida para ti.

Cato le dio las gracias con un gesto, y el legado regresó a su mesa y se sentó. Agitó la mano para indicarle a Cato que se sentara en el diván.

—Por favor.

—Me quedaré de pie, señor.

Quintato enarcó una ceja y se encogió de hombros.

—Como quieras. Bueno, hay unos cuantos detalles que necesito aclarar. Dices que Carataco tenía diez mil hombres, más o menos.

—Es lo que calculé, señor.

—Y de esos, ¿cuántos eran de caballería?

Cato se esforzó por organizar sus ideas.

—No más de quinientos.

—¿Y la infantería? ¿Qué calidad tenía?

—Una cuarta parte llevaba armadura. Ahora serán más tras la pérdida de la columna y su bagaje. El resto llevan equipo ligero. Pero están muy motivados, señor. Rara vez he visto a hombres luchar con tanta dureza. Han sufrido numerosas bajas atacando el fuerte y la columna del tribuno Mancino, pero dudo que eso los contenga. Carataco sabe cómo sacar lo mejor de sus hombres.

—Puede ser, pero no estarán a la altura de la Decimocuarta Legión. Solo espero que permanezcan frente a Bruccio el tiempo suficiente para poder llegar a la escena. Entonces acabaré con Carataco. Ese hombre ha sido una espina para Roma durante demasiado tiempo. Si soy el elegido por los dioses para completar la tarea, quizá pueda compartir una ovación con Ostorio, ¿eh? —Quintato sonrió con timidez—. Nunca es malo ganarse el favor de la corte imperial, Cato.

—Según mi experiencia, es más sensato aún no tener nada que ver con la corte imperial, señor.

Quintato le dirigió una mirada calculadora.

—¿Hablas por experiencia?

—Sí, señor.

—Entiendo. Pues es una historia que vale la pena oír.

Al principio Cato no respondió, sino que le devolvió la mirada con expresión inescrutable.

—Digamos que es fácil ganarse enemigos simplemente sirviendo al emperador con lealtad y protegiendo sus intereses. Mi ascenso a prefecto fue la recompensa por un servicio así. Sin embargo, parece ser que lo que la vida te da con una mano, te lo arrebata con la otra. Mi ascenso quedó compensado en la balanza al provocar la enemistad de un poderoso elemento de la corte.

—Sin duda te cruzaste en el camino de uno de esos libertos infernales que tiene. O eso, o en el de su nueva esposa y ese hijo suyo, Nerón.

Cato hizo caso omiso de su tentativa de sacarle más información.

—Fue teniendo en cuenta dicha enemistad que aproveché la primera oportunidad de abandonar Roma y asumir el mando de una unidad en una frontera lejana. Esperaba poder dedicarme a una carrera militar y que me olvidaran, pero parece ser que esperaba demasiado. ¿Por qué si no iban a darme el mando de la guarnición de Bruccio?

Quintato se acomodó reclinado en la silla y cruzó las manos.

—No estoy seguro de seguir tu línea de pensamiento, prefecto.

—Es muy sencilla, señor. El anterior prefecto murió en circunstancias sospechosas. Lo más probable es que lo asesinaran.

—Es una sugerencia muy grave.

—El asesinato siempre es un asunto grave. Pero usted se conformó con no investigar el asunto con demasiada atención, en tanto que le daba carta blanca al centurión Querto para decidir a su antojo cómo hacer la guerra contra los siluros.

—No estoy seguro de que me guste el rumbo que está tomando esta conversación.

Cato se frotó la frente e hizo una mueca porque el dolor de cabeza estaba empezando a darle náuseas.

—Señor, no intento causar problemas. Solo quiero dejar las cosas claras entre nosotros. Si no le gusta lo que le digo, solo puedo asegurarle que a mí aún me gusta menos que me persiga la mala voluntad de un enemigo que está lejos, en Roma. Por favor, tenga la cortesía de ser sincero, como lo estoy siendo yo.

El legado lo consideró un momento, y al cabo asintió.

—Muy bien. Continúa. Pero puede que no quiera confirmar ni desmentir las sugerencias que me plantees.

—Lo entiendo, señor. —Cato tuvo que esforzarse unos instantes para poder pensar con claridad, antes de seguir hablando—. Mi destino en Bruccio tenía la finalidad de resolver dos problemas. En primer lugar, esperaban deshacerse de mí mandándome aquí. Si el enemigo no se encargaba de ello, el centurión Querto había demostrado estar dispuesto y ser capaz de deshacerse de los comandantes que entorpecieran sus pretensiones. En segundo lugar, usted contaba con que sus… «métodos» provocaran a Carataco.

Difícilmente podrían llevar a cabo operaciones contra Ostorio mientras sus aliados se veían obligados a soportar las masacres en masa a las que Querto se entregaba con tanto entusiasmo. Los siluros no tendrían más remedio que pedir la paz o amenazarían con retirar a sus guerreros para proteger sus territorios. Carataco no podía permitir ninguna

de las dos cosas. De modo que se vio obligado a dirigirse a Bruccio, donde en su momento le brindaría la oportunidad de enfrentarse a él. —Cato asintió con la cabeza—. Le felicito, señor. Es una solución ingeniosa. Su talento está desperdiciado aquí en la frontera. Estoy seguro de que estaría mejor empleado en Roma.

—Supongo que lo has dicho como un insulto.

Cato suspiró.

—Es una mera exposición de los hechos.

El legado crispó el rostro, luego compuso el semblante y observó a Cato con detenimiento.

—¿Y qué te propones hacer al respecto? Debes de saber que puedo sacudirme de encima semejantes acusaciones sin problemas. Sería tu palabra contra la mía.

—Lo sé.

—¿Y qué quieres de mí entonces?

—Que me dejen tranquilo, señor —respondió Cato de manera inexpresiva—. No es culpa mía si tengo un enemigo en palacio. Conseguí ese premio sirviendo a mi emperador. Desde que me alisté en el ejército, nunca he querido nada más que ser un buen soldado. Lo conseguí durante unos cuantos años, antes de que a mí y a mi amigo el centurión Macro nos obligaran a emprender algunas tareas para uno de los secretarios imperiales. Ahora, por primera vez en años, habíamos albergado la esperanza de librarnos de su influencia y retomar la vida de soldado. Y somos buenos soldados. Soldados experimentados. No merecemos que se nos utilice como piezas en ese tipo de juegos. Eso es desperdiciar nuestro talento y nuestra lealtad hacia Roma. No quiero pasarme la vida preocupándome de si alguien va a clavarme un cuchillo en la espalda. —Cato hizo una pequeña pausa—. Así pues, esta es mi petición. Usted ya ha hecho su parte. Ha hecho el favor que le pidió alguien de Roma. Ya no les debe nada más. Si este es el caso, deme su

palabra de que no intentará hacerme daño, ni tampoco a Macro. No tengo ningún inconveniente en que se me ponga en peligro. Es el deber de un soldado. Si nos da esa libertad, serviremos a Roma, y a usted, con lealtad absoluta. Y tendrá motivos para agradecérnoslo. Si conspira contra nosotros, no solo será deshonroso, sino algo peor. Será malgastar a buenos soldados.

Cuando Cato concluyó, un largo silencio reinó en la habitación, hasta que Quintato se aclaró la garganta.

—¿Este es el trato que me ofreces?

—No es un trato, señor. ¿Qué sentido tendría? No tengo nada con que negociar. Como he dicho, solo es una petición. Si me da su palabra de que nos tratará como soldados, a mí me basta.

—¿Y confiarías en mi palabra?

—Sí. ¿Qué alternativa tengo? Usted, sin embargo, sí tiene elección, señor. Puede optar por ser un hombre de honor, un soldado profesional, o puede optar por no ser mejor que el resto de ese nido de víboras que hay en Roma. —Cato se obligó a permanecer derecho y a sostener de frente la mirada del legado—. ¿Tengo su palabra?

Quintato se rascó el mentón con aire pensativo.

—Está bien. Te doy mi palabra de que no os trataré de forma distinta a los demás soldados que están bajo mis órdenes. ¿Eso te basta?

Cato reflexionó un momento y asintió.

—No creo que haya más que decir, señor. ¿Puedo retirarme a buscar esa cama que mencionó?

—Por supuesto.

Cato lo saludó con una inclinación, dio media vuelta y salió de la habitación medio andando y medio tambaleándose. El legado se lo quedó mirando en silencio mientras se marchaba, y al cabo de un momento meneó la cabeza y murmuró para sus adentros:

—Un joven extraordinario... Es una lástima que se haya granjeado enemigos tan poderosos.

Capítulo xxxvi

El enemigo se contentó con permanecer en su campamento durante la mayor parte del día, y los soldados de la guarnición de Bruccio los miraban con una sensación de alivio. Los gritos de los hombres a los que habían quemado vivos habían perturbado el sueño de muchos en el fuerte, y ni siquiera Macro, agotado como estaba, había podido dormir mucho. Los siluros no terminaron de celebrar su victoria hasta bien pasada la medianoche, momento en que empezaron a acomodarse para dormir, dejando que las hogueras se extinguieran solas. Cuando amaneció sin indicios de un ataque inminente, Macro dejó que casi todos los soldados regresaran a los barracones para descansar. Una cuarta parte de ellos permanecieron de servicio, guarneciendo los muros y montando guardia por si detectaban alguna señal de actividad enemiga. En cuanto hubo dado las órdenes pertinentes, Macro se hizo un ovillo en el suelo de la torre y se rindió al cansancio que pesaba como plomo en sus miembros.

A mediodía lo despertó uno de los centinelas, tal como había ordenado, y Macro se levantó con rigidez para observar al enemigo, que aún dormía tras los festejos de la noche anterior. Algunos jóvenes y niños recorrían los prados en pequeños grupos buscando leña. Era evidente que la comida escaseaba, puesto que desde un valle cercano habían traído al campamento una pequeña manada de reses y un rebaño de cabras, a los que ahora sacrificaban a una

corta distancia del refugio de Carataco. Arrastraron la primera de las reses muertas hasta la plaza de armas, y la cortaron en pedazos para asarla en una espita sobre una hoguera recién encendida. Se estaban encendiendo más fuegos para cocinar, y la carne de los animales sacrificados se distribuía ahora por el resto del campamento. A medida que transcurría la tarde, el olor de carne asada empezó a llegar hasta los defensores.

Macro oyó cómo le sonaban las tripas pensando en lo bien que sabría una pierna de ternera asada después de las escasas raciones que había estado soportando en el fuerte. Consideró incluso hacer que sacrificaran algunos caballos, pero desechó la idea. Sería malo para la moral de los tracios supervivientes. Cuando pareciera inevitable que el fuerte cayera, entonces haría que mataran a los animales para negárselos al enemigo, pero solo entonces. Mientras tanto, solo cabría esperar gachas agrias y los últimos pedazos de queso seco y pan rancio. Pensó con una sonrisa que, afortunadamente, el hambre tenía la costumbre de hacer que hasta la más sosa y poco apetecible de las comidas pareciera un banquete.

Más avanzada la tarde, cuando el enemigo había terminado ya su festín, un pequeño grupo subió por la cuesta hacia la puerta principal. Anunciaron su aproximación haciendo sonar los cuernos, y Macro vio que se trataba de Carataco y de otros cuatro hombres. Uno de ellos llevaba la capa negra de los druidas, en tanto que otro era uno de los prisioneros. Lo habían despojado de la armadura y las botas, y solo llevaba una túnica hecha jirones. Lo sujetaban firmemente dos guerreros fornidos que lo arrastraban hacia el fuerte, pues al prisionero le colgaba la cabeza contra el pecho y parecía inconsciente. Al oír los cuernos, el centurión Petilio subió a la torre y se reunió con

Macro. Intercambiaron un saludo con la cabeza, y Petilio señaló por encima de la baranda.

—¿A qué están jugando ahora?

—Pronto lo sabremos.

Carataco se detuvo fuera del alcance de las jabalinas, y puso los brazos en jarras para dirigirse a los defensores.

—¡Romanos! Anoche fuisteis testigos de la suerte que corrieron algunos de vuestros compañeros. Es una lástima que hayáis tenido que ver el espectáculo desde tan lejos. De haber compartido el calor de nuestras fogatas, hubierais estado allí para oler cómo se les quemaba la carne y oír las plegarias que ofrecían a vuestros dioses, suplicando clemencia. —Carataco hizo una pausa y miró en derredor de manera teatral—. ¿Dónde están ahora? ¿Dónde está vuestro Júpiter? ¿Vuestro Marte? Parece ser que vuestros dioses han perdido el interés por vosotros. ¿O acaso temen el poder de nuestras deidades? En cualquier caso, las palabras de los moribundos cayeron en oídos sordos. Como digo, es una pena que no pudierais compartir el entretenimiento con nuestra gente. Con tal propósito, he venido a ofreceros un pequeño espectáculo solo para vosotros. Aquí, donde lo podáis ver y oír claramente. —Se acercó al prisionero y le levantó el mentón con brusquedad, para que los defensores pudieran verle la cara.

—Este es el comandante de la columna romana que aniquilamos ayer —anunció Carataco.

Petilio soltó una maldición.

—Mierda… Eso supone el fin del prefecto y de los tracios.

El comandante enemigo continuó dirigiéndose a la guarnición:

—Este hombre es el tribuno Cayo Mancino, un aristócrata orgulloso y altanero. Sin duda es uno de esos romanos cuyo árbol genealógico se remonta a Eneas. Una simple ejecución sería demasiado compasiva, teniendo en cuenta su rango. Yo

nunca he sido tan orgulloso como para no aprender de mis enemigos, y los Cuervos Sangrientos han resultado ser unos maestros excelentes en estas cuestiones. Habéis aterrorizado a mis amigos siluros, y ya que algunos creen que sois demonios, debo demostrarles que, al fin y al cabo, no sois más que mortales. Así pues, cuando capturemos el fuerte entregaré a todos los supervivientes a los siluros para que hagan con ellos lo que quieran. El propósito de la lección de esta apacible tarde es enseñaros que se recoge lo que se siembra… —El general enemigo miró los rostros que lo observaban desde el muro, y acto seguido se hizo a un lado y, con un gesto, le indicó al druida que iniciara la ceremonia.

La figura vestida de oscuro sacó un cuchillo y se acercó a Mancino, que parecía haberse recuperado de su sopor. El druida cortó el cuello de la túnica, y luego la desgarró hasta la ingle del tribuno. A continuación, hizo otro corte hasta que la tela estuvo rasgada de arriba abajo, exponiendo el frente del oficial romano.

—Dulce Mitra… —dijo Petilio entre dientes—. Van a destripar a ese pobre desgraciado.

Macro se volvió rápidamente hacia él.

—¡Trae a Maridio aquí arriba, tan rápido como puedas!

Petilio corrió hacia la escalera y bajó los peldaños de dos en dos. Al cabo de un momento, Macro oyó sus botas que chapoteaban en dirección a los barracones en los que estaba preso el príncipe de los catuvellaunos. Delante del fuerte, el druida hizo un corte poco profundo de un lado a otro del pecho de Mancino. El tribuno se esforzó por liberarse, pero los dos guerreros eran hombres fuertes y lo sujetaron con firmeza, por lo que sus esfuerzos quedaron en nada. La sangre fluyó y bajó por su pálida piel. El druida aguardó un momento y volvió a cortar la carne de Mancino, esta vez unos dos o tres centímetros más arriba, donde el sacerdote

pudiera ver más claramente su obra. En esta ocasión, el romano no pudo evitar soltar un grito, y el sonido penetró en el corazón de Macro. Hervía de furia contra su enemigo, pero también de impotencia por su incapacidad para ayudar al tribuno.

Cuando el druida empezó a hacer un tercer corte, Macro se apartó, corrió a la parte de atrás de la torre y miró hacia abajo, deseando que Petilio apareciera con el prisionero. Sonó otro grito delante del fuerte, y Macro apretó la mandíbula con una mueca silenciosa. Entonces vio aparecer a Petilio entre dos de los edificios de los establos, empujando a Maridio por delante de él. El prisionero solo llevaba el taparrabos con el que lo habían dejado tras su interrogatorio de hacía unos días. Aunque tenía la cara y el cuerpo magullados, la hinchazón de sus ojos y labios había disminuido.

—¡Trae aquí arriba a ese hijo de puta, deprisa! —exclamó el centurión a voz en cuello.

Macro dio media vuelta y corrió de nuevo a la empalizada. Una vez allí, agitó las manos para llamar la atención de Carataco.

—¡Basta! ¡Dile a tu druida que aparte ese cuchillo!

El comandante enemigo y sus compañeros miraron a Macro. A Mancino se le iba la cabeza hacia atrás, al borde del desmayo, y dejó escapar un débil gemido.

—¿Qué pasa? —le respondió Carataco—. ¿Acaso pretendes interrumpir nuestro entretenimiento? Creía que los romanos estabais acostumbrados a esto. Que teníais más aguante. ¿Con tanta facilidad os acobardáis al ver sangre?

Macro no reaccionó a la mofa. Sabía que tenía que retrasar el tormento de Mancino el tiempo necesario para que Maridio llegara a lo alto de la torre. Su mente bullía intentando encontrar la forma de salvar a Mancino.

—Escucha, salvaje de mierda, ya me he hartado de tus juegos. ¿Quieres jugar duro con tus prisioneros? Pues nosotros también podemos hacerlo. Si tu druida vuelve a acercar ese cuchillo al tribuno, juro por todos los dioses que lo lamentarás durante el resto de tu puta miserable vida.

Carataco rompió a reír.

—¡No malgastes saliva con amenazas vanas! Además, mi ejército quedaría muy decepcionado si pusiera fin a este espectáculo. He prometido el tribuno a los druidas para hacer una ofrenda de sangre a nuestros dioses. ¡Ya nada puede salvarlo!

Macro oyó ruido en la escalera detrás de él, y vio que subían a Maridio a toda prisa. Se lanzó a la trampilla de acceso, tiró del britano para arrastrarlo a la plataforma y lo llevó hasta la empalizada. Allí le agarró el pelo con el puño y le levantó la cabeza, para que Carataco y los demás pudieran verle perfectamente la cara.

—¿Reconoces a tu hermano, Carataco? —gritó Macro en dirección a la cuesta—. ¿Acaso creías que nos habíamos cargado a una joya tan valiosa? Si haces más daño al tribuno Mancino, te igualaré corte a corte. —Sacó la daga de la vaina, y la sostuvo en alto para que la viera el comandante enemigo.

Hubo unos momentos de calma tensa, hasta que Carataco respondió:

—No te atreverás. Como tú mismo has dicho, es un rehén demasiado valioso para Roma.

—¡No estamos en Roma, amigo! —replicó Macro—. Estamos en el culo del mundo. Estamos tú, yo, y los dos hombres que tenemos prisioneros. Si haces daño al tribuno, yo se lo haré a Maridio. Eso es lo que va a pasar. ¿Lo entiendes?

Carataco se quedó unos instantes en silencio mientras miraba a su hermano menor y al oficial romano que estaba a

su lado. Entonces habló de nuevo:

—Si le haces daño a mi hermano, juro que tú y todos a los que atrape vivos cuando caiga el fuerte seréis sometidos a todo tipo de crueldad, tortura y humillación antes de que se os permita morir. Y haré lo mismo con cada prisionero romano que mi ejército capture hasta que os hayamos expulsado de nuestras tierras, escoria romana. ¡Lo juro!

—¡Pues no sé si te has dado cuenta, pero eso ya lo has jurado un montón de veces, rey de los catuvellaunos!

El centurión Petilio, que estaba detrás de Macro, murmuró:

—Lo dice en serio.

—Yo también.

El druida se volvió a mirar a Carataco y tuvieron una breve conversación, tras la cual el druida alzó la voz, se dio la vuelta nuevamente hacia el prisionero y le propinó otro corte, esta vez le abrió la mejilla con un movimiento rápido del cuchillo. Macro no vaciló. Se volvió hacia Maridio y lo acuchilló en la cara. La sangre cayó sobre las tablas de madera del suelo de la torre. Maridio soltó un grave rugido de dolor.

—¡Que no se mueva! —ordenó Macro.

Petilio y los dos centinelas agarraron de los hombros al prisionero, mientras la sangre de un rojo intenso bajaba por su cuello y su pecho hirsuto.

Carataco lanzó una furiosa maldición hacia el fuerte, avanzó unos cuantos pasos y empezó a desenvainar su espada. Pero entonces se detuvo en seco, dejó que la hoja volviera a asentarse lentamente en la vaina y señaló a Macro con el dedo.

—¡Te mataré, romano! ¡Te mataré con mis propias manos, te arrancaré el corazón y se lo daré de comer a mis perros!

Macro esbozó una sonrisa forzada.

—Primero tendrás que tomar el fuerte, britano.

—¡El fuerte será mío! No podréis resistir contra mí.

—Ya lo veremos. Hasta entonces, llévate al tribuno de vuelta a tu campamento y cuida de él. Lo querré ver vivo y en buenas condiciones todas las mañanas. Si no es así, ejecutaré a tu hermano.

Carataco dejó escapar un afligido gruñido animal.

—No está en mis manos, romano. Ahora el tribuno pertenece a los druidas…

—Pues recupéralo.

—¡No puedo!

—¿Quién está al mando? ¿Tú, o ese payaso de la capa negra?

Carataco tuvo que esforzarse para reprimir su indignación.

—Es el Sumo Druida de los siluros, el hombre elegido por nuestros dioses. No me corresponde a mí darle órdenes.

—Me importa una mierda. ¡Dile que se aleje del tribuno!

Carataco se volvió hacia el druida, y ambos volvieron a hablar acaloradamente. A continuación, con un gesto impaciente de su mano, el druida volvió hacia Mancino, le clavó profundamente el cuchillo en el costado e hizo avanzar la hoja en diagonal por su estómago. El tribuno gimió y gritó a medias, y sus intestinos sobresalieron por la herida y empezaron a deslizarse por encima de la ingle. No contento con eso, el druida alzó de nuevo la hoja ensangrentada y se la hundió en el corazón a Mancino. Acto seguido retrocedió, alzó los brazos al cielo e inició un estridente canto.

Los guerreros soltaron los brazos del tribuno, y su cuerpo se desplomó en el suelo.

—¡No! —Macro dio una sacudida en el parapeto de la torre—. ¡Cabrones! ¡Jodidos bárbaros! ¡Hijos de puta! —Desenvainó la espada de golpe y la apuntó al cuello de

Maridio. Miró a Carataco con ojos centelleantes—. ¡Mirad esto, y recordadlo para siempre, britanos!

Y entonces, con toda la fuerza bruta que pudo reunir, Macro hincó la espada hacia arriba, atravesando el cráneo del prisionero. La hoja salió por el otro lado, haciendo estallar la coronilla, y una mezcla de cuero cabelludo, hueso y sesos salió volando por los aires. El cuerpo de Maridio se tensó como una roca, se sacudió violentamente y a continuación se desplomó contra el suelo de la torre, al tiempo que Macro liberaba su espada de un tirón.

Se oyó el salvaje grito de ira de Carataco, y casi al mismo tiempo el resto de su ejército, que había estado observando desde su campamento, soltó un rugido de furia.

Macro se volvió y vio que Carataco desenvainaba la espada y se situaba junto al cuerpo de Mancino. Entonces se puso a soltar una lluvia de golpes, tajando la carne como un carnicero enloquecido. Macro apartó la mirada y cobró ánimo para lo que debía hacer. Inspiró profundamente, y dio un tajo en el cuello de Maridio. Le hicieron falta varios golpes, antes de que se partiera el último pedazo de cartílago. Se pasó la espada a la mano izquierda, agarró la cabeza por el pelo, y la balanceó con el brazo extendido antes de mandarla volando por los aires. Rebotó en la pendiente, y luego rodó hasta detenerse a una corta distancia de Carataco.

Con la espada ensangrentada aún en la mano, Carataco se quedó mirando la cabeza, temblando, luego hincó la hoja en el aire apuntando directamente a Macro y gritó:

—¡Te mataré! ¡Os mataré a todos! ¡Mataré a todos los romanos! ¡A todos los hombres, mujeres y niños! ¡Echaré abajo este maldito fuerte con mis propias manos! ¡No viviréis para ver otro día! ¡Ninguno de vosotros! —Movió la espada señalando todo el muro del fuerte, y luego dio media vuelta, enfundó torpemente el arma y empezó a bajar por la

pendiente hacia el campamento, agarrándose la cara con las manos mientras sus hombros se agitaban de pena. Uno de sus hombres se agachó a recoger la cabeza de Maridio, mirando a los romanos con desconfianza, pues estaba en la zona de alcance de las jabalinas. Nadie le atacó, y tras recogerla corrió a reunirse con los demás, que se mantenían a una prudente distancia de su comandante mientras lo seguían.

—Ahora sí que estamos jodidos —comentó Petilio en voz baja.

Macro asintió.

—Vendrán a por nosotros en cuanto oscurezca. Quiero a todos los hombres en la muralla, bien alimentados y listos para luchar por sus vidas.

Bajó la mirada hacia el cuerpo decapitado, que yacía sobre un charco de sangre cada vez más grande.

—Primero, deshazte de esto.

Macro echó un último vistazo a Mancino, aunque aquel amasijo de carne en nada recordaba al joven que fue. Ahora la misma suerte lo amenazaba a él. Macro apretó los labios con fuerza y meneó la cabeza. No. Él le negaría a Carataco su diversión. Cuando llegara el final, caería luchando, espada en mano, escupiendo maldiciones al enemigo hasta el último latido de su corazón.

Los britanos iniciaron el asalto antes incluso de que el último resplandor del sol poniente se hubiera desvanecido en el cielo del oeste. En cuanto Carataco bajó al campamento, el enemigo empezó a reunirse. Se prepararon a toda prisa nuevos haces de leña, que se amontonaron en altas pilas en la plaza de armas. Los nativos realizaban su trabajo en un silencio hosco que no era propio de ellos, y Macro tuvo claro que estaban decididos a vengar la muerte de Maridio. Con la luz cada vez más débil del anochecer, el ahora comandante en funciones del fuerte envió a buscar a

sus oficiales supervivientes. El pequeño grupo de hombres se hallaba entonces frente a él, tras el portón principal.

Macro los miró y se sintió complacido al ver que ninguno de ellos parecía mostrar el menor indicio de miedo.

—Todos sabéis lo que se avecina. Carataco tiene intención de tomar el fuerte con el próximo ataque. Irán a la desesperada. Al enemigo le hierve la sangre, y podemos esperar que aunque sufran numerosas bajas sigan adelante. En cuanto consigan superar la empalizada y hacerse fuertes al otro lado del muro, el juego habrá terminado para nosotros. Si eso llega a ocurrir, tal vez sería mejor morir que arriesgarse a ser capturado. Aseguraos de que vuestros hombres lo entienden. Si queremos tener alguna posibilidad de sobrevivir a esto, necesitamos igualar su determinación. No voy a mentiros. Puede que rechacemos el primer ataque, pero después de eso es difícil de decir. Si el fuerte cae, somos hombres muertos. Y caerá… Somos muy pocos para defender la muralla. Ellos son demasiados, y no es probable que recibamos ayuda del exterior. La única decisión que ahora debe preocuparnos es cómo moriremos: como soldados o como perros. —Macro hizo una pausa, y suavizó el tono para dirigirse al cirujano del fuerte—. No quiero que capturen a nadie vivo. Si toman la muralla, haré que el trompeta toque cinco notas largas. Esa es la señal. Tú y tus ordenanzas os ocuparéis de librar a los heridos de su suerte. ¿Entendido?

El cirujano asintió.

—Sí, señor. Me encargaré de que sea rápido.

—Buen chico. —Macro miró al oficial superior de la cohorte tracia—. Lo mismo va por los caballos. Ten preparados a algunos de tus hombres. En cuanto se dé la señal, tienen que dejarlos cojos. Será más rápido que matarlos e igual de efectivo.

—¿Por qué no los matamos ahora, señor? Mientras aún haya tiempo.

Macro le dijo que no con la cabeza y sonrió.

—A pesar de todo, nunca me rindo. Nunca. Incluso en estos momentos, puede que haya una salida a todo esto. No admitiré la derrota hasta el final. Y si ese es el destino que los dioses han decidido para nosotros, entonces y solo entonces lo aceptaremos. Y ahora, muchachos, ¡a vuestros puestos! —Extendió la mano y entrechocó el antebrazo con todos los oficiales, antes de que se marcharan para dar las instrucciones pertinentes a sus hombres. Luego, con un fuerte suspiro, Macro volvió a subir a la torre, se puso el casco, se lo abrochó y se dispuso a esperar al enemigo.

Los siluros formaron frente a su campamento bajo la luz mortecina del atardecer, una oscura concentración de hombres y armas que contrastaba con el resplandor de sus hogueras. Durante un buen rato reinó el silencio, luego un cuerno tocó una nota grave que resonó en las montañas circundantes y en la mente de Macro como si las puertas del Hades se hubieran abierto, y una oleada de nativos avanzó sin proferir ni un solo sonido.

Macro hizo bocina con las manos y gritó a la guarnición:

—¡Ya vienen! ¡Permaneced alerta!

Los legionarios y los tracios subieron al adarve y se apostaron a lo largo de todo el muro. Macro observó a los guerreros que acudían en tropel cuesta arriba. Hubo otro toque de cuerno, que esta vez fue recibido con un rugido ensordecedor por parte de los britanos. Macro no pudo evitar una sonrisa cruel. Aunque Carataco había decidido atacar desde la oscuridad, sus hombres llegarían en una gran oleada y sería difícil no verlos. Sobre todo cuando se acercaran al foso exterior.

—¡Antorchas! —gritó de nuevo.

La orden fue cumplida de inmediato. Los defensores arrojaron unos pequeños haces de leña ardiendo atados a unos trozos de madera, y el fuego brilló a lo largo de todo el muro formando arcos poco pronunciados. Las antorchas cayeron en la cuesta y rodaron una corta distancia. Sus llamas empezaron a proyectar charcos de luz, y Macro pudo ver a los primeros atacantes surgir de la oscuridad. Ascendían a la carga por la pendiente, directos a la empalizada, y el esfuerzo apagó sus vítores.

—¡Preparad las jabalinas!

Los defensores alzaron sus armas, echaron los brazos levemente hacia atrás, y aguardaron la orden.

Macro esperó hasta ver que toda la línea de la pendiente estaba llena de hombres que trepaban hacia la zanja exterior. Aguardó un momento más con calma, y cuando tuvo la certeza de que estaban a su alcance para que no se desperdiciara ni una sola de sus armas, gritó una vez más:

—¡Lanzad! ¡Ahora, lanzad, lanzad!

La orden fue recibida por un coro de gruñidos cuando los soldados arrojaron sus armas a la oscuridad. El resplandor de las antorchas iluminó brevemente las astas, que llovieron sobre las apretadas filas del enemigo. Macro vio que varios guerreros caían abatidos, y se oyeron gritos de dolor entre la horda que corría hacia el foso.

—¡Continuad lanzando, a discreción!

Sus soldados agarraban más y más jabalinas sin parar, y las lanzaban contra el enemigo que se aproximaba. Las últimas reservas del fuerte se agotarían con rapidez, pero Macro había decidido que era mejor utilizar todas las armas disponibles mientras sus hombres aún tuvieran oportunidad de hacerlo. Los mortíferos proyectiles derribaron a una gran cantidad de guerreros antes de que el primero de ellos llegara al foso y se precipitara a su interior. Macro se dio cuenta entonces de las intenciones del enemigo. Cada uno

de los hombres llevaba un pequeño haz de leña. Los guerreros cruzaron el foso y treparon por la contraescarpa, dejaron la carga que llevaban al pie del muro y se alejaron a toda prisa. Entonces surgió de la penumbra la primera de unas protecciones de mimbre y madera que llevaron hasta el borde de la zanja, donde las fueron colocando una junto a otra para formar trechos de muro improvisado que protegiera a los atacantes. La continuada lluvia de jabalinas siguió cobrándose bajas, y los cuerpos de los muertos y heridos empezaron a acumularse desparramados en lo alto de la cuesta y dentro del foso, delante del fuerte. Pero seguían viniendo más y más hombres: salían corriendo de detrás de las protecciones para añadir más material combustible a los montones cada vez mayores que habían alineado al pie del muro, y luego volvían atrás. La mayor parte de los esfuerzos de los guerreros se concentraba en el exterior de la torre de guardia, en el pequeño túnel que quedaba entre el primer portón, ahora inexistente, y la segunda puerta, allí donde la guarnición había bloqueado con rocas y escombros el paso del destrozado portón exterior.

Un fuerte chasquido de astillas hizo que el comandante del puesto agachara la cabeza. Hubo más impactos a ambos lados, y Macro soltó una maldición entre dientes. El enemigo había hecho avanzar a algunos honderos, que ahora estaban lanzando sus proyectiles desde una corta distancia por detrás de las protecciones. Se arriesgó a echar un vistazo rápido al muro que quedaba a la derecha de la torre de entrada, y vio que ya había caído un soldado, que estaba tendido de espaldas en la pendiente interior del terraplén. A otro lo alcanzaron cuando apuntaba con su jabalina: al hombre se le fue la cabeza hacia atrás con un fuerte ruido metálico, el arma se le cayó de entre los dedos y se derrumbó en el suelo, inerte. Macro decidió que era

demasiado peligroso seguir lanzando venablos con los honderos tan cerca del muro. Tomó aire y gritó:

—¡Alto las jabalinas! ¡Poneos a cubierto!

Los demás oficiales repitieron la orden, y los defensores bajaron las armas y se agacharon detrás de la empalizada, mientras más y más proyectiles les pasaban zumbando por encima y rebotaban con un traqueteo contra la madera del muro. Los ordenanzas médicos del fuerte avanzaron a toda prisa para recoger a los heridos y llevárselos a la enfermería, y Macro se preguntó cuántos hombres más caerían durante la noche. Fuera como fuera, sabía que no podían permitirse demasiados lujos, no en ese trance de vida o muerte, de modo que lanzó un grito a los ordenanzas:

—¡Vendadles las heridas, y luego devolved aquí a todo aquel que pueda mantenerse en pie!

El enemigo continuó apilando combustible contra el fuerte durante la primera hora de la noche, mientras sus honderos permanecían atentos a cualquier señal de movimiento en la muralla y soltaban sus mortíferos proyectiles contra cualquier romano que osara mostrarse. Macro se arriesgó a echar algún que otro vistazo para seguir los progresos del enemigo, y pudo ver durante un buen rato a Carataco que, junto al hombre que le llevaba el escudo, caminaba por detrás de las protecciones supervisando el trabajo de sus hombres. Finalmente, el líder de los rebeldes britanos gritó algo en dirección al campamento, y al cabo de unos momentos surgieron unas pequeñas llamas parpadeantes que empezaron a acercarse al fuerte. Macro vio a algunos grupos de hombres que corrían con unos cubos hacia la madera apilada. Le llegó un fuerte olor a brea, y supo que a la guarnición se le estaba acabando el tiempo. El hedor de un humo acre se le pegó entonces al paladar, y el crepitar de la madera ardiendo se extendió por el muro a medida que se iban encendiendo las pilas de

madera, una tras otra. El borde y la madera del parapeto quedaban claramente definidos contra el resplandor del fuego que ardía al pie de la torre de entrada, y una lengua amarilla de fuego se alzó hasta el campo de visión de Macro.

—Mierda. Mierda. Mierda… —masculló con los dientes apretados.

Se oyó un grito de alarma abajo.

—¡Esto se está llenando de humo! ¡Salid! ¡Salid!

Macro se volvió a mirar, y vio que el grupo de soldados que estaba con él en la torre lo miraban con preocupación. Él les sonrió con calma:

—Es hora de moverse, muchachos. No me apetece convertirme en una ofrenda ardiente para algún jodido dios bárbaro.

Los legionarios corrieron a la escalera, bajaron por ella y se perdieron de vista. Cuando Macro se levantó para hacer lo mismo, notó el calor punzante de las llamas que se alzaban frente a la torre de entrada. Se deslizó a la escalera y, al bajar los peldaños, fue consciente de inmediato del humo que empezaba a llenar el cuarto de guardia. Las puertas que salían a la banqueta detrás de la muralla estaban abiertas, y el aire que entraba por ellas creaba una leve corriente de aire que alimentaba las llamas. Por las rendijas de los maderos de la torre se veían unas finas tajadas de luz brillante, y el rugido de las llamas y el crepitar de la madera ardiendo llegó hasta sus oídos. Macro tomó aire, y de repente se dobló en dos y empezó a toser violentamente. Se dirigió como pudo a la puerta más cercana, salió de la torre de guardia y avanzó tambaleándose una corta distancia a lo largo del adarve hasta que se agachó, aturdido.

Los ojos le escocían, y tardó un momento en recuperar el aliento y dejar de parpadear. Cuando volvió a levantarse, evaluó la situación rápidamente. Varios fuegos ardían a lo largo de la muralla que daba a la pendiente que bajaba a la

plaza de armas, y el más grande era el que rugía llameante frente a la torre de entrada.

—¡Señor!

Macro se volvió hacia la voz, y vio al centurión Petilio por debajo de él, al pie del terraplén. Petilio señalaba la torre de entrada.

—¿Ordeno a una de las centurias que vaya a buscar agua?

Macro lo pensó un momento, pero le dijo que no con la cabeza.

—Se expondrían demasiado a los honderos. Además, la poca que queda en las cisternas no serviría de mucho. Retira a los hombres de las secciones incendiadas y haz que se reúnan ante el portón. El resto pueden quedarse donde están.

Petilio saludó y se alejó a toda prisa para llevar a cabo la orden de Macro. Él se quedó en el adarve un rato más, hasta que el dolor en los pulmones desapareció del todo. Entonces bajó al fuerte y se quedó junto al barracón más próximo. Los fuegos ya se habían consolidado, y las llamas envolvían la esquina de la torre de entrada. Macro se dio cuenta de que no se podía hacer nada para salvar la estructura. Las llamas la irían consumiendo gradualmente, y al final se vendría abajo. El fuego seguiría ardiendo durante algunas horas más antes de extinguirse. Llegado el amanecer, lo único que quedaría serían unas ruinas humeantes, y nada podría impedir que Carataco y su ejército se abrieran paso por entre los restos chamuscados y cayeran sobre los soldados de la guarnición. Bien, pues los estarían esperando, caviló Macro. No se lo pondrían fácil a esos bárbaros britanos.

Cuando Petilio regresó con él, Macro le dijo que dejara a unos cuantos hombres de guardia y ordenara a los demás que bajaran y descansaran entre los barracones.

—¿Y los caballos y los soldados de la enfermería, señor? —preguntó Petilio en voz baja.

Macro se quedó mirando las llamas unos instantes, antes de responder.

—Nos ocuparemos de eso en el último momento. Es mejor no desanimar a los hombres antes de tiempo. Daré la orden cuando crea que ha llegado la hora.

—Sí, señor.

—En cuanto te hayas ocupado de los hombres, ve y descansa un poco, Petilio. Necesitarás de todas tus fuerzas para lo que viene.

—Usted también debería hacerlo, señor.

Macro le dio unas palmaditas en el hombro.

—Estoy bien. —Agitó el pulgar en dirección a los incendios—. Hasta que todo eso no haya quedado reducido a cenizas, no nos molestarán. Estaré en el cuartel general un rato. Si surge algo, haz que me avisen.

Petilio asintió y se alejó con paso resuelto hacia la sección más cercana, cuyos soldados estaban encorvados detrás del muro. Macro se encaminó al centro del fuerte, y vio las expresiones de resignación en los rostros de los hombres junto a los que pasaba, iluminados por el resplandor rojizo de las llamas. No había duda del destino que afrontarían por la mañana, y Macro se sintió demasiado cansado para animarlos con unas palabras de falsa esperanza mientras pasaba andando pesadamente entre ellos. Una vez en el despacho del comandante de la guarnición, se sentó y sacó una tablilla encerada en blanco. Tomó un estilo, y redactó una carta para su madre. Los sentimientos que expresó eran sencillos y sinceros; arrepentimiento por los acontecimientos del pasado, y la esperanza de que se sintiera orgullosa porque hubiera muerto con honor. Fue una despedida corta, y, cuando terminó las pocas líneas grabadas en la cera, Macro las

releyó, cerró la tablilla y la ató. La llevó a la caserna del sótano, y la colocó cuidadosamente debajo de uno de los arcones de documentos. Al salir del cuartel general, sintió una extraña calma interior, la sensación de que había cumplido con todas sus obligaciones… Todas menos una.

* * *

El fuego siguió ardiendo durante las horas de la noche. Las llamas alcanzaron su apogeo, y luego empezaron a debilitarse lentamente. Poco después de medianoche, la torre empezó a crujir y se fue inclinando con un gemido hacia la cuesta del exterior, hasta que cayó estrepitosamente contra el paso elevado y el foso, cosa que provocó los vítores del enemigo situado más allá. Al cabo de un rato, los gritos se pagaron y solo se oía el chisporroteo de las llamas que iba disminuyendo paulatinamente. Algunas piezas de la estructura de madera de la torre de entrada aguantaron en pie durante un rato, como si quisieran recordarle a Macro su contorno. Pero al cabo también acabaron cayendo, y se derrumbaron sobre el montón que se iba consumiendo bajo las llamas. Cuando el primer trazo de luz grisácea se extendió por el horizonte del este, Macro se puso el casco, agarró el escudo y subió al adarve para unirse a uno de los legionarios encargados de vigilar al enemigo. El centurión echó un vistazo con cautela por encima del parapeto, y vio los parapetos de mimbre y madera, y a unos cuantos enemigos que miraban por detrás de ellas.

—El resto se replegaron hace un rato, señor —informó el centinela—. Están descansando mientras arde el fuego.

Macro asintió.

—No tardarán en volver.

El centinela se quedó callado un momento, y luego comentó:

—Mejor que todo se acabe rápidamente.

—Siempre y cuando uno se lleve por delante a unos cuantos cabrones de esos, ¿eh?

Intercambiaron una sonrisa cansada, y siguieron atentos a cualquier indicio de que el enemigo se estuviera preparando para lanzar su último asalto al fuerte. El amanecer se fue extendiendo poco a poco por el horizonte y la oscuridad empezó a retirarse, con lo que se reveló la cuesta bajo el fuerte, luego la explanada de la plaza de armas y el valle más allá. Un paisaje casi carente de vida y movimiento. Macro solo distinguía a unas cuantas figuras que rebuscaban en el suelo…

Entonces, de pronto, vio que se dirigieron a toda prisa al otro extremo del valle, como si algo las hubiera alertado. Al final, retrocedieron incluso los que estaban detrás de las protecciones de mimbre, que formaron una pequeña columna y se alejaron marchando.

—¿A qué coño están jugando? —gruñó Macro con recelo, notando cómo se le erizaba el vello de la nuca.

—¡Señor, allí! —El centinela se irguió y señaló al este, hacia el final del valle.

Macro se volvió y vio la cabeza de una columna de jinetes que coronaban el desfiladero y descendían por el camino que conducía al fuerte. Por un momento no se atrevió a dar crédito a lo que estaba viendo. Era imposible… No pronunció palabra, ni siquiera cuando los otros centinelas se alinearon en las secciones del muro que aún estaban en pie y empezaron a dar gritos excitados, llamando a los demás para que subieran y lo vieran con sus propios ojos. El centurión Petilio corrió a reunirse con Macro, entrecerró los ojos y miró la columna que se acercaba poco a poco a ellos como un ciempiés gigantesco.

—¿Son de los nuestros…, señor?

—¿De los nuestros? —Macro se rio con aspereza—. ¡Joder, pues claro que son de los nuestros!

Capítulo XXXVII

El legado Quintato contempló los cuerpos esparcidos por el suelo y el foso, y luego desvió la mirada hacia los huecos ruinosos donde se habían incendiado la torre de entrada y varias secciones del muro. Arrugó la nariz al percibir el hedor acre de la madera y los cuerpos chamuscados, y se volvió hacia Macro.

—Debió de ser todo un combate, centurión.

—Sí, señor —respondió Macro de manera inexpresiva.

—Este es el tipo de acción que convierte en héroes a los hombres que luchan en ella —continuó diciendo el legado—. Estoy seguro de que sacarás una buena tajada de todo esto cuando mi informe llegue al gobernador Ostorio y él lo envíe a Roma. La guarnición de Bruccio se ha distinguido honorablemente, y habrá condecoraciones para prenderlas en los estandartes de tu cohorte, y de tus tracios también. —Se volvió y le dirigió una sonrisa a Cato—. Los Cuervos Sangrientos se han ganado una reputación un tanto feroz. Por supuesto, eso se debe en gran parte a los esfuerzos del centurión Querto. Es una pena que no viva para verlo.

—Sí, señor. Es una pena.

—No importa. Estoy seguro de que su nombre perdurará.

Cato asintió.

—No tengo ninguna duda.

Quintato centró de nuevo su atención en Macro.

—Ya tienes tus órdenes. Asegúrate de que el fuerte quede completamente destruido. No quiero que ningún remanente

enemigo ocupe esta posición después de que abandonemos el valle. Esto es todo, centurión.

Macro saludó, dio media vuelta y regresó al interior del fuerte a través de la brecha. El legado se lo quedó mirando un momento y se encogió de hombros.

—Ese hombre es un duro combatiente, pero también un tipo un tanto hosco.

Cato contuvo el enojo que le causó aquella descripción de su amigo.

—El centurión está exhausto, señor. En su estado no podemos esperar que brinde una conversación estimulante.

Quintato dio media vuelta hacia él con brusquedad.

—Defiende a tus oficiales por todos los medios, pero te agradeceré que no te expreses con tanta insubordinación. Puede que el centurión y tú hayáis salido de esta como unos héroes, pero te advierto que no pongas demasiado a prueba mi buena voluntad. ¿Nos entendemos?

—Sí, señor. Claramente.

—Muy bien. En cuanto tus hombres hayan completado la destrucción de Bruccio, que se unan a la retaguardia. Me temo que no habrá tiempo para que descansen. Debemos marchar con rapidez si queremos alcanzar a Carataco. No podemos permitirnos perder el contacto y dejar que nos vuelva a dar esquinazo. Ostorio no sería muy comprensivo con eso. —Quintato sonrió—. Aunque fue el gobernador quien perdió su rastro la primera vez. Resultaría muy gratificante poner fin a la leyenda de Carataco antes de que Ostorio llegue al escenario. De lo más gratificante, ya lo creo.

Cato sintió una punzada de irritación. Los hombres que comandaban un ejército no tenían derecho a seguir con sus rivalidades políticas en el campo de batalla. Había vidas en juego, y un general tenía el deber, para con todos aquellos cuyos destinos controlaba, de centrar sus pensamientos en

el resultado satisfactorio de la campaña. Lo único que importaba era derrotar al enemigo. Quién se llevara el mérito por ello era irrelevante. O al menos debería serlo. Pero algunas veces daba la impresión de que la guerra solo era una continuación de la política, caviló Cato. Y más aún en Roma, donde los dos campos se solapaban con mucha frecuencia en las carreras de los que se hallaban en las más altas esferas de la sociedad.

El legado Quintato contemplaba la columna de su ejército, que marchaba por delante del fuerte en ruinas. Miles de hombres, mulas, caballos y carros cargados hasta los topes con los avíos de guerra.

—Hemos desperdiciado demasiados años intentando traer la paz a esta provincia. Ha habido pocas oportunidades de conseguir la gloria gracias a que el emperador afirmó que el lugar estaba conquistado pocos meses después de que desembarcáramos aquí por primera vez. Pero hay un abismo entre la visión oficial y la realidad sobre el terreno, ¿eh? Será un placer que me destinen a una frontera donde uno pueda forjarse un nombre. Pero me estoy anticipando. —Quintato le quitó importancia con un gesto de la mano—. Primero debemos destruir al enemigo por completo. Con Carataco derrotado, por fin podremos poner fin a la resistencia nativa en esta miserable isla.

—Eso espero, señor.

El legado se volvió a mirar a Cato con el ceño fruncido.

—¿Lo dudas?

Cato elaboró su respuesta con cuidado.

—Como ha dicho usted mismo, primero tenemos que derrotar a Carataco, señor. Solo sabremos que todo ha terminado cuando eso haya ocurrido. E incluso entonces, ha demostrado ser un enemigo con recursos. ¿Quién sabe? Puede que aún nos tenga reservadas algunas sorpresas. Hay otras tribus que no han rendido homenaje a Roma. Y luego

están los druidas, siempre dispuestos a provocar el odio hacia nosotros. —Se encogió de hombros—. Me temo que aún pasará un tiempo antes de que Britania conozca la paz de verdad.

Quintato soltó un suspiro de impaciencia.

—Tu espíritu de optimismo es cuanto menos asombroso, prefecto Cato. Estoy seguro de que es una delicia tenerte cerca cuando hay que levantar la moral a los hombres.

—El optimismo es una cualidad muy digna de encomio, señor, pero, según mi experiencia, las duras realidades de una situación rara vez hacen caso del buen humor.

—¿Según tu experiencia? —El legado frunció levemente los labios con expresión divertida—. Confío en que vivas lo suficiente para hacer justicia al término, joven prefecto.

Cato le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Yo también, señor.

Quintato le hizo señas al soldado que sujetaba su caballo, y el hombre se apresuró a acercar a la montura y le entregó las riendas al legado, tras lo cual inclinó la cabeza y le ofreció las manos al oficial para que pudiera subir fácilmente a la silla. Después de montar, Quintato miró a Cato desde su caballo, y su voz adoptó un seco tono de autoridad.

—Destruye el fuerte, reúne lo que quede de tus efectivos y únete a la columna.

—Sí, señor.

Intercambiaron un saludo, Quintato puso su caballo al trote y bajó por el sendero hacia la explanada de la plaza de armas por la que marchaba una columna de legionarios. Cato se lo quedó mirando un momento, preguntándose si podía compartir el optimismo del legado en cuanto al inminente final de la guerra contra Carataco y aquellos que todavía se resistían a la fuerza bruta de Roma. Pese a sus reservas, quería albergar la esperanza de que la larga campaña terminara pronto. Si la paz romana llegaba a

Britania, podría enviar a buscar a Julia para que se reuniera con él sin que corriera ningún peligro. Con el tiempo, a muchas de las unidades de la guarnición de la isla las cambiarían de destino, y tal vez podría encontrar uno mejor para ellos. En algún lugar más cálido, más civilizado. Levantó la mirada a los peñascos grises de las montañas, que se alzaban a ambos lados del valle, y se estremeció. Aquel era un lugar agreste y hostil, y resultaba difícil creer que pudiera domarse algún día. Lo más sensato sería no traer nunca a Julia a estas islas. Cuando los nativos al fin se rindieran, lo mejor sería solicitar un nuevo puesto de mando más cerca de Roma. Aún no se atrevía a esperar un puesto en la capital. Al menos mientras todavía estuvieran en palacio los que le tenían ojeriza… Sin embargo, reflexionó con ironía que eso no duraría mucho. Aquellos que urdían el destino de Roma al lado del emperador rara vez duraban demasiado. No tardaría en haber un nuevo emperador. Era más que probable que fuera Nerón, el hijo adoptivo de Claudio, y Cato había salvado la vida del joven príncipe en una occisión. Si aquel joven lleno de vida se convertía en emperador, habría una purga de la vieja guardia, y Cato sería libre de regresar a Roma para reunirse con Julia y vivir en paz.

Con aquel agradable pensamiento en el corazón, dio la espalda a la columna de infantería que pasaba y se abrió paso con cuidado por la brecha junto a la torre de entrada en ruinas, para ir a buscar a su amigo.

La atmósfera del interior del fuerte estaba cargada del olor a madera quemada y del hedor más acre de la brea. Los soldados, en pequeños grupos, preparaban montones de material combustible en las entradas de los barracones y establos. Cato no pudo evitar observar la ironía de que los soldados romanos completaran la destrucción que sus enemigos no habían logrado.

Encontró a Macro en el cuartel general, supervisando la carga de los cofres con la paga y los documentos de la guarnición en un carro. Se había asignado la tarea a una sección de legionarios. Por lo visto, Macro aún no se fiaba de los tracios.

—¿Cómo va todo, Macro?

El centurión saludó a su amigo, y acto seguido se pasó una mano por el pelo y se rascó la nuca mientras ponía en orden las ideas.

—Los enfermos y heridos ya se han unido al tren de bagaje. Junto con los prisioneros siluros. Las monturas de la caballería se han retirado de los establos, además de todo el equipo que podamos transportar en los carros restantes. —Hizo un gesto con la cabeza hacia los cofres que se estaban cargando—. En cuanto esto esté solucionado, habremos terminado.

—¿Y nuestro equipo?

Macro señaló el carro que había en el patio.

—Ya está cargado.

Cato asintió.

—Bien. En cuanto el último de los carros haya salido del fuerte, puedes dar la orden de que se enciendan los fuegos.

—Me alegraré de hacerlo.

Cato miró a su amigo con expresión curiosa.

—¿Te gusta la perspectiva?

—¿Por qué no? ¿Por qué lamentar la pérdida de este lugar? —Macro paseó la mirada por el patio frente al edificio del cuartel general—. Ha sido un verdadero infierno, y retiene demasiado el sentimiento de Querto. Es como si su sombra aún estuviera aquí. Supongo que no sería de extrañar. Ese cabrón no era de los que son bien recibidos en la otra vida. A mi parecer, Querto se merece todo un infierno para él solo.

Cato estaba desconcertado. No era propio de Macro estar tan desanimado. Se dirigió a su amigo en tono suave.

—Macro. Querto está muerto. Lo maté. Se ha terminado.

Macro meneó la cabeza lentamente.

—Para mí no, muchacho. He servido durante veinte años en las legiones, durante este tiempo he visto muchas cosas y he conocido a algunas malas personas, pero nada parecido a un demonio como Querto. Tenía el corazón tocado por las tinieblas.

—¿Las tinieblas? —Cato frunció los labios y lo consideró un momento antes de continuar—. Supongo que sí…

—¿Supones? —Macro se rio sin alegría—. A la mierda. Estaba loco. Querto tenía una vena malvada más ancha que el Tíber. No era mejor que un animal salvaje, y astuto como una serpiente. Había que matarlo. Pero me hubiera gustado ser yo quien lo hiciera. No tú. —Miró a Cato con preocupación—. Espero que no vaya a haber repercusiones.

—No las habrá, al menos durante un tiempo. Por lo que le dije al legado, supone que murió en batalla. Si me piden que redacte un informe completo, se sabrá la verdad, por supuesto. Pero estoy seguro de que se sabrá de todos modos. Había testigos. Llegará a saberse.

—Cierto, pero no habrá muchos de ellos que tengan palabras de elogio para Querto, dado que estuvo a punto de abandonarnos al resto a merced de Carataco. No seré el único que respalde tu versión. Ni mucho menos.

Cato le sonrió agradecido.

—Ya lo sé. No tengo ninguna preocupación en ese sentido. —Su expresión se tornó más pensativa—. Es una pena que tuviera que ocurrir. El método de Querto tenía cierto mérito.

—¡No lo dirás en serio!

—¿Por qué no? El miedo es la mejor arma que puede desplegarse en la guerra. Y no hay duda de que él infundió

el miedo en el corazón del enemigo. Su error fue infundirlo también en el de sus propios hombres.

—Le das demasiado mérito, Cato. Era un mal tipo. Eso es todo. Malo y loco, hasta la médula, y su enajenación afectaba a los demás. A sus hombres, a los siluros…, incluso a mí. —Macro apartó la mirada de Cato al recordar las muertes de Mancino y Maridio. Hizo una mueca, como si le doliera algo—. No cometas el error de hablar bien de los muertos solo porque lo estén. Algunos no se lo merecen. —Macro miró más allá de Cato, hacia los hombres que acababan de cargar el carro, y exclamó—: Muy bien, la maldita cosa ya está cargada, ¿a qué estáis esperando entonces? Sacad el carro del fuerte, llevadlo a la plaza de armas y aseguraos de que ningún cabrón ladronzuelo le ponga las manos encima. ¡Moveos!

El conductor del carro chasqueó el látigo, las pesadas ruedas se pusieron en movimiento con un retumbo y el vehículo y su escolta abandonaron el patio, se dirigieron al portón lateral y tomaron el camino que rodeaba el fuerte hasta la explanada de la plaza de armas. El hechizo melancólico de hacía un momento se rompió, y ambos se pusieron la máscara del rango.

—Esto es todo. —Macro se irguió—. El fuerte está listo para ser incendiado, señor.

Cato asintió.

—Pues te esperaré fuera con el resto de los hombres. Adelante.

Mientras se dirigía de nuevo hacia los restos quemados del muro frente a la plaza de armas, Cato oyó que Macro daba las órdenes a voz en cuello a los grupos incendiarios. Cuando Cato llegó al pie de la cuesta y dio la vuelta para mirar, unas columnas de humo oscuro se arremolinaban hacia el cielo. Macro y unos cuantos de sus hombres salieron por una de las brechas del muro y descendieron por el

camino para reunirse con sus compañeros. Cato rechazó con un gesto de la mano al hombre que sujetaba su caballo. Tenía ganas de andar un rato. Los supervivientes de la guarnición formaron filas, el prefecto echó el brazo hacia adelante para indicarles que avanzaran y se alinearon a la retaguardia de la columna.

Mucho más adelante, la caballería de Quintato iba pisándole los talones a Carataco y sus guerreros. No tardarían en verse obligados a darse la vuelta y combatir. Cato sabía que tendría lugar una gran batalla que pondría a prueba el coraje y la habilidad de los hombres de ambos ejércitos. Si Roma triunfaba, habría una posibilidad de paz en la nueva provincia. Si no, la amarga guerra se alargaría año tras año. La perspectiva deprimió a Cato. Más muerte. Más sufrimiento. Los nativos se aferrarían desesperadamente a la esperanza de que al final humillarían a Roma. Cosa que no ocurriría jamás, caviló pensativo Cato. Ningún emperador de Roma permitiría que sucediera, fuera cual fuera el precio. Era eso lo que Carataco y sus seguidores debían temer de verdad.

Una vez más, la cosa se reducía al miedo. Quizá, en ese sentido, Querto había tenido razón desde el principio.

—Andamos un poco escasos —comentó Macro, que interrumpió los pensamientos de su amigo. Se volvió a señalar a la pequeña columna de hombres y caballos que iba tras ellos—. Las dos cohortes han sufrido muchas bajas.

—Cierto, pero el legado nos ha prometido prioridad con los refuerzos que lleguen de Londinio. Muy pronto volveremos a la línea de batalla.

Macro sonrió ante la perspectiva de formar a algunos nuevos reclutas.

—De vuelta a la vida sencilla de un soldado de verdad. Al fin.

—¡Así me gusta! —Cato miró a su amigo con una amplia sonrisa—. Les haremos hacer instrucción hasta que no se tengan en pie, y cuando abordemos al enemigo nos harán sentir orgullosos. Tus hombres y los Cuervos Sangrientos serán las mejores cohortes de todo el ejército. No habrá ni una sola tribu en Britania que pueda hacernos frente.

Macro asintió.

—Brindaré por ello.

—La primera jarra corre de mi cuenta, en cuanto acampemos esta noche.

—¿Por qué esperar? —Macro se apartó la capa y sacó la cantimplora—. Me tomé la libertad de servirme un poco de lo que quedaba del falerno. No está mal. —Le ofreció la cantimplora a Cato—. Tú primero. El rango tiene sus privilegios.

Cato le dijo que no con la cabeza.

—Y la amistad también. Después de ti, amigo.

Macro se rio, sacó el tapón y tomó un buen trago antes de pasarle la cantimplora a Cato. El prefecto pensó un momento, y luego levantó la cantimplora para brindar.

—¡Por Roma, por el honor y, sobre todo, por la amistad!

NOTA DEL AUTOR

Con frecuencia los libros de historia hacen referencia a la «conquista» de Britania por parte de Claudio en el año 43 d. C., aunque la palabra más acertada sería «invasión». Hay un abismo entre los dos términos. Roma, la superpotencia del mundo antiguo que más tiempo duró, había puesto los ojos en Britania cien años antes de la campaña de Claudio, cuando Julio César se hallaba brutalmente ocupado grabando su nombre para la posteridad masacrando a los galos y apoderándose de sus territorios para la entonces República. La invasión de Britania, una tierra largamente considerada el colmo de la barbarie y el salvajismo, cimentaría su reputación en las mentes del público romano. Y lo hizo, pese al hecho de que ninguna de sus dos incursiones implicó nada más que un breve reconocimiento de la parte meridional de la isla. Al retomarlo allí donde César lo había dejado, el emperador Claudio intentaba dar lustre a un reinado que se había iniciado con un comienzo muy inestable tras el asesinato de su predecesor y el hecho de que su propio ascenso tuviera lugar solo cuando la Guardia Pretoriana reconoció que volver a convertir Roma en una República les privaría de sus considerables privilegios.

En cualquier caso, la invasión siguió adelante, y, con la derrota del ejército nativo dirigido por Carataco frente a su propia capital, el emperador se contentó con declarar la «misión cumplida», con la misma temeridad, inexactitud y adornos de los que hizo gala el presidente Bush en 2003 con

respecto a Iraq. En Roma tuvo lugar la celebración de un Triunfo, y el emperador, disfrutando de la aprobación de sus súbditos, pasó a otros asuntos y dejó al ejército en Britania para rematar la conquista y colonizar la provincia, de modo que pudiera contribuir a los gastos que debía afrontar el Tesoro público.

Pero la conquista de la isla estaba muy lejos de ser completa, y se tardó unos cuantos años en crear una frontera desde The Wash hasta el río Severn, y luego otros más en expandirla más al norte y al oeste, al menos hasta las montañas del Gales moderno. Y allí fue donde el avance romano se atascó. Las legiones y los auxiliares se enfrentaron a dos de las tribus más decididas y valientes, los ordovicos y los siluros, dirigidos por un comandante que al final había desarrollado la táctica apropiada para enfrentarse a la máquina de guerra romana. En lugar de luchar con su enemigo en batallas bien planeadas y ejecutadas, Carataco adoptó el tradicional recurso de la guerra de guerrillas contra un oponente más poderoso, atacando fuertes y columnas aislados y escabulléndose ante los efectivos concentrados de las legiones. En esto lo ayudó la geografía de Gales que, en aquella época, era una zona muy boscosa, además de poseer un interior montañoso. Un terreno perfecto para la clase de guerra que menos les gustaba entonces a los romanos.

Como es habitual en semejantes conflictos, la guerrilla tenía la iniciativa, y siempre y cuando pudiera eludir situaciones en las que el enemigo fuera capaz de desplegar una fuerza aplastante, podría proseguir la resistencia. Atacando al elemento más vulnerable de las fuerzas nativas que dirigía Carataco, de la forma en la que el centurión Querto hizo la guerra a las poblaciones siluras, los romanos pudieron retomar la iniciativa y obligar a los britanos a adoptar una posición defensiva, como ocurre en la

descripción de Carataco en mi novela, cuando se ve obligado a contestar a los ataques de los Cuervos Sangrientos.

Este tipo de táctica podría funcionar bien en un mundo donde no hubiera medios de comunicación rápidos para informar del daño «colateral», y resulta interesante considerar el hecho de que la eficacia del poder militar convencional es inversamente proporcional al alcance y la duración de los masivos, y cada vez más sociales, medios de comunicación que informan de sus actividades. En cambio, la medida de éxito de las fuerzas guerrilleras enemigas es directamente proporcional a los mismos medios de comunicación. ¡Cómo deben envidiar los generales modernos la carta blanca que se les daba a sus antiguos predecesores!

Mientras tanto, volvamos con Cato y Macro. Tras ahuyentar a Carataco y su ejército, ahora deben marchar con el legado Quintato para intentar localizar al ejército nativo y obligarlo a dar la vuelta y presentar batalla. A pesar del optimismo del legado, Carataco ha desafiado a Roma en más de una ocasión cuando sus generales habían creído haber aplastado por fin la voluntad de resistencia de los nativos. La conquista de Britania aún está un poco lejos, y la lucha a la que se enfrentan Macro, Cato y los soldados de Roma debe continuar. Nuestros dos héroes tienen por delante grandes desafíos que los pondrán a prueba al máximo, ¡y regresarán para enfrentarse a Carataco en la próxima novela de la serie!

Simon Scarrow es un escritor inglés nacido en Lagos (Nigeria) en 1962. Su hermano Alex Scarrow también es escritor.

Tras crecer viajando por varios países, Simon acabó viviendo en Londres, donde comenzó a escribir su primera novela tras acabar los estudios. Pero pronto decidió volver a la universidad y se graduó para ser profesor (profesión que recomienda).

Tras varios años como profesor de Historia, se ha convertido en un fenómeno en el campo de los ciclos novelescos de narrativa histórica gracias a dos sagas: Águila y Revolución.